EL PORTAL DE LOS DIOSES FERALES



MATT DINNIMAN

EL PORTAL DE LOS DIOSES FERALES

MATT DINNIMAN

Traducción de David Tejera Expósito
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia
y María Jesús Ramos Vilela

NOVA

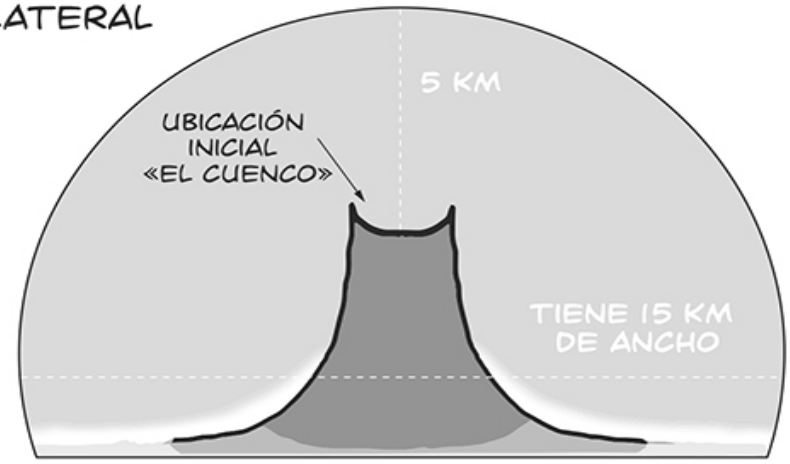
Muchas gracias a todos los que me han ayudado
a convertir esta saga en algo tan especial,
a todos mis amigos de Patreon y de Royal Road.
Y también quiero agradecer especialmente a la mujer (?) que
me envió, sin venir a cuento, una foto de sus pies
sin mensaje alguno ni explicación.
Que sepas que se la reenvié a la IA en tu nombre

La pena capital es, básicamente, una pena para aquellos que no tienen capital.

JOHN A. SPENKELINK, prisionero ejecutado

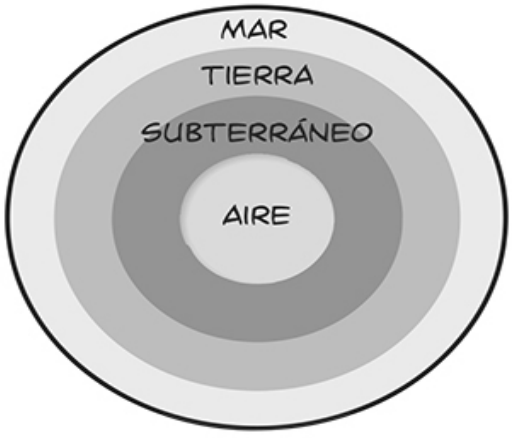
BURBUJA 543 DE 1.172
BURBUJA DESÉRTICA

VISTA LATERAL



- CADA BURBUJA CUENTA CON CUATRO CUADRANTES: MAR, TIERRA, SUBTERRÁNEO Y AIRE.
- EN CADA CUADRANTE HAY UN CASTILLO CON UNA ESCALERA.
- NO PODÉIS ABANDONAR EL CUADRANTE INICIAL HASTA CONQUISTAR EL CASTILLO.
- LAS ESCALERAS NO SE ABRIRÁN HASTA QUE NO SE CONQUISTEN LOS CUATRO CASTILLOS.
- PODÉIS ABANDONAR LA BURBUJA CUANDO «ESTALLE». O SEA, CUANDO CAIGAN LOS CUATRO CASTILLOS.
- NO PODRÉIS ENTRAR EN OTRAS BURBUJAS HASTA QUE HAYAN ESTALLADO.

VISTA AÉREA



1



FASE 1 DE 4. LOS GNOMOS

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 15 DÍAS

Visualizaciones: 1,43 trillones
Seguidores: 7 mil billones
Favoritos: 2,4 mil billones
Puesto en la clasificación: 3
Recompensa: 800.000 de oro

Bienvenido, mazmorrero, al quinto piso. «Las Burbujas».

Ha dado comienzo una puja de patrocinio para el mazmorrero n.º 4.122. Dicha puja terminará en 45 horas.

Mazmorreros restantes: 178.887.

Entrando en la burbuja n.º 543 de 1.172. Cuadrante de Aire.

¡Logro desbloqueado! Un nuevo amanecer para la presa.

Has conseguido entrar en una escalera a pesar de encontrarte en la clasificación de los diez primeros. Eres un superviviente. Un luchador. Y, al igual que las astas de los ciervos crecen cuando estos maduran, tú también has crecido. Tú y el precio por tu cabeza.

Recompensa: ¡Has recibido una caja de carne de venado de oro! Pero no te emociones mucho. Solo es dinero. Además, desde ahora en adelante, todas las recompensas por tu cabeza se doblarán.

Míralo por el lado bueno: el premio por sobrevivir al piso también aumenta.

—Pero ¿qué cojones? —dije al ver la notificación. Nadie me había advertido de que las recompensas por acabar con nosotros iban a doblarse. Mordecai no lo había mencionado ni yo había leído que alguien lo nombrase en el libro de cocina. Me pregunté si sería algo nuevo. «Malditos cabrones».

Tosí y me arrepentí de haberlo dicho en voz alta. Escupí la arena que tenía en la boca.

Había decenas de miles de mazmorreros que no habían sobrevivido a las últimas horas del cuarto piso. Sentí cómo abría y cerraba los puños mientras avanzábamos contra el viento.

Dónut gimoteó con frustración sobre mi hombro. Un viento caliente soplaba contra nosotros, y cada vez que respiraba se me

llenaban de arena la boca y la nariz. Necesitábamos mascarillas. Solo podíamos hablar por el chat.

Habíamos salido al quinto piso por aquella especie de almacén, pocos minutos después del derrumbe del cuarto. Sentí el temblor habitual en el suelo mientras seguíamos ahí dentro, pero fue mucho más distante de lo normal.

Dónut: ¡TENGO QUE ELEGIR UNA CLASE NUEVA! OJALÁ ME DIESEN MÁS TIEMPO. LAS OPCIONES SON TODAS DIFERENTES.

Carl: Mordecai, ayuda a Dónut a elegir. Estamos en una zona de aire.

Mordecai: Ahí estáis, dioses. ¿Acaso Odette os obligó a limpiarle la casa antes de dejaros marchar? Yo llevo un rato por aquí y he estado reuniendo información. Venid al pueblo que se encuentra en la curva noroeste. Los muros protegen de las tormentas de arena. Al parecer, solo hay dos pueblos por la zona. Dónut, léeme las opciones.

Dónut empezó a leer rápidamente algunas de las clases. Ninguna tenía una habilidad que le permitiese volar. Muchas sonaban más interesantes y exóticas de lo habitual, como nueve colas o ayudante de semidios. Aunque también había algunas que sonaban a broma de algún tipo, como dependiente adolescente de tienda de vapeo. Mordecai hizo algunas preguntas rápidas y terminó por reducir a dos las opciones.

Mordecai: Las clases a elegir son mejores aún, pero necesitamos que consigas más Constitución. Acabas de perder 10 puntos porque ya no tienes la clase forofa del fútbol. Hay una que compensará esa pérdida y te dará aún más. Cañón de cristal suele prohibirte la posibilidad de aumentar la Constitución al subir de nivel, pero te proporciona un aumento de 15 puntos a la puntuación base y también aumenta mucho la velocidad a la que los conjuros suben de nivel. No te sube la Inteligencia, pero reduce el coste de maná, lo que es prácticamente lo mismo. Tu proyectil mágico será mucho más potente, más aún. Tampoco es que puedas entrenar la Constitución, así que es una buena elección, sobre todo si te vas a dedicar a grindear los conjuros. Pero claro, los beneficios que te dan son aleatorios y, si no obtienes esos, elegir dicha clase podría ser un desperdicio.

El beneficio Actriz de reparto aumentaba de poder cada vez que bajaba un piso, pero seguía teniendo sus riesgos. No siempre obtenía todas las ventajas de la clase que elegía en cada caso. Y, una vez decidía, tenía que quedarse con ella durante todo el piso.

Dónut: ¡LA ACABO DE ELEGIR!
Mordecai: ¿Y bien? ¿Qué te han dado?
Dónut: PUES... ME LO HAN DADO TODO. MENOS LA BONIFICACIÓN A LA CONSTITUCIÓN.

—Cagondiós —murmuré. Y me arrepentí de inmediato porque me vi obligado a escupir arena.

Mordecai: Bueno. Tenemos que asegurarnos de que Dónut no reciba daño hasta que mejoremos su armadura. Nada de luchar sobre Mongo.

Una vez terminó de elegir clase, continuamos con nuestro camino. El polvo y la arena no dejaban de revolotear a nuestro alrededor. El suelo daba la impresión de ser firme, pero aun así los pies se me hundían hasta los tobillos con cada paso. La tormenta de arena apenas me permitía ver en un radio de seis metros a mi alrededor. Alcé la vista y lo único que vi fue un cielo marrón. Me di la vuelta y me fijé en que la puerta por la que habíamos entrado había desaparecido. La había reemplazado una pared de piedra curvada y escarpada. Parecía alcanzar mucha altura, como si estuviésemos dentro de un cuenco esculpido de cualquier manera.

Katia: Vale. Creo que he visto el pueblo. Está cerca, a unos trescientos metros hacia delante y un poco a la izquierda. Mi habilidad Exploración no funciona muy bien. No veo nada detrás a excepción de esa pared de roca.
Dónut: AL MENOS NO HAY TÚNELES. ODIO LOS TÚNELES.

Yo no hubiese estado tan seguro de eso. En el chat, la gente no dejaba de hablar de los lugares en los que se encontraba. Lo minimicé hasta que encontrásemos algún lugar seguro, pero antes de hacerlo vi que algunos nombraban túneles estrechos y claustrofóbicos. Bautista se encontraba en uno de esos pasadizos, de hecho. Elle e Imani dijeron que estaban en una especie de isla flotante y redonda que, en realidad, era poco más que un par de barcos amarrados entre sí. Les estaba granizando y se habían refugiado en la bodega de carga de uno de los barcos, llena de unos monstruos pez de nivel 29.

Carl: No veo un carajo. Cuidado con los enemigos.

Dónut: EL PELAJE SE ME VA A QUEDAR FATAL. Y HACE CALOR. ESTO NO ME GUSTA, CARL. MONGO ESTÁ TRISTE.

Carl: Mongo sigue en el transportín. No sabes si está triste o no.

Sí que hacía calor. Era como si nos estuviesen apuntando con un secador de pelo encendido. Recordé el frío que hacía el día que habíamos entrado en la mazmorra. Después vi una cuenta atrás en la parte superior izquierda de mi visión. Era el tiempo que me quedaba para volver a tomarme una poción después de haberme bebido la mezcla especial de Mordecai. Al menos no se había detenido mientras estábamos en el programa de Odette.

Carl: Dónut. Campo de minas.

Dónut sacó a Mongo, que graznó consternado al sentir la tormenta de arena. Después, la gata lanzó Triplicado mecánico en la mascota y ordenó a los dos autómatas que abriesen la marcha. No veíamos nada, por lo que nos servían como cebo para los monstruos y para advertirnos de dunas demasiado pronunciadas.

El pueblo estaba cerca, pero llegar allí era bastante complicado. No nos topamos con ningún enemigo. Pasamos junto a la entrada de una especie de caverna en el suelo que parecía un buen refugio, pero los Mongo mecánicos no fueron capaces de entrar a pesar de que era bastante ancha. Descendía inclinada y estaba llena de remolinos de arena. Cuando nos asomamos, vimos que había un túnel que se perdía en la oscuridad. Bajé unos pocos pasos y vi una pared reluciente. No era un portal, sino un campo de fuerza de algún tipo, parecido al que se creaba al usar Caparazón protector y que bloqueaba la entrada de la cueva. La arena lo atravesaba sin problema. Un Mongo mecánico se acercó y le dio un garrazo, pero la pata le rebotó como si fuese una pared de verdad. Desplegué el guantelete y extendí el brazo para tocarlo con cuidado.

Aviso: No puedes entrar en este cuadrante hasta que no liberes el castillo del cuadrante en el que te encuentras.

Intenté gritar para avisar a Dónut y a Katia, pero el viento soplaba con demasiada fuerza. Tendríamos que seguir usando el chat.

Carl: Esta cueva es una entrada al cuadrante Subterráneo. Parece que no podremos salir de la zona de aire hasta que no nos encarguemos de los gnomos.

Katia: El mapa no me deja ver nada de lo que hay ahí dentro. Pero mira las paredes. Pensaba que era una montaña, pero parece excavado. Creo que hay un edificio ahí abajo.

Saqué una esfera pelotazo y la hice rodar por la pendiente. Rebotó unas pocas veces en la rampa desnivelada, atravesó el campo de fuerza y siguió rodando. Desapareció en la oscuridad. Un momento después, el suelo tembló a causa de una explosión distante. No la oí, pero sí que la sentí bajo los pies.

Has activado una trampa. La próxima vez deberías tener más cuidado.

Carl: Joder. Parece que los túneles subterráneos están llenos de trampas. Tendremos que tener mucho cuidado.

Katia: Creo que se trata de una tumba subterránea. En plan Indiana Jones.

Sacó una antorcha normal y corriente del inventario, la encendió y la tiró al otro lado del campo de fuerza. Vimos un pasillo largo e inclinado cubierto de ladrillos.

Carl: Diría que tienes razón, sí.

Las paredes estaban adornadas por unos bajorrelieves de lo que parecían un pterodáctilo llameante que gritaba. «Qué mal rollo».

Dónut: ¿PODRÍAMOS HABLAR DEL TEMA DESPUÉS DE SALIR DE ESTE LUGAR LLENO DE ARENA? ESTÁ CLARO QUE NO PODEMOS ENTRAR AHÍ, QUE NO ES NUESTRO CUADRANTE. ESTO ES HORRIBLE. ALGUNAS PERSONAS DEL CHAT DICEN QUE ESTÁN EN UNA ESPECIE DE PARAÍSO TROPICAL. Y OTRAS EN UNA ZONA DE NIEVE. AMBAS OPCIONES SERÍAN MEJORES QUE ESTA, Y ESO QUE NO ME GUSTA LA NIEVE.

Nos alejamos de la entrada de la cueva y seguimos en dirección al pueblo. Me preocupaba no haberme encontrado con ningún enemigo. Normalmente, cuando había pocos es que estos eran mucho más fuertes.

Sí que vimos algo raro de camino al pueblo. Había un armazón de metal quemado y retorcido en el suelo. Parecía llevar allí bastante tiempo. No fui capaz de averiguar qué había sido en el pasado, pero

se me ocurrió que quizá fuese un vehículo. El sistema no lo definía de ninguna manera. Toqué el metal para comprobar si podía guardarlo en el inventario. Parecía duro y ligero, pero estaba oxidado y medio enterrado en la arena. Lo dejamos ahí y continuamos nuestro camino.

No tardamos en llegar a una muralla alta y curvada formada por planchas de metal unidas con remaches. Dicha pared se alzaba unos seis metros y tenía la parte superior cubierta por una tela de un material de rayas blancas y azules que se agitaba con fuerza en la tormenta y amenazaba con rasgarse en cualquier momento. La tela se perdía en las alturas y desaparecía en la oscuridad. Distinguí una especie de estructuras grandes y oscuras cada pocos metros en la muralla, que parecían ser torres de vigilancia. Estaban cerradas a causa de la tormenta.

KATIA: La ciudad parece construida a partir de la muralla. Por allí hay una entrada.

Señaló hacia la derecha, y la seguimos por aquella superficie de retales de metal hasta una entrada arqueada que se encontraba en una especie de nicho grande protegido del viento. En mi hombro, Dónut empezó a escupir arena. Había un cartel de aspecto rudimentario sobre unas puertas dobles. Rezaba «Pezuña de Camella. Toca dos veces para entrar».

La aldaba era un mazo con el que bien se podría haber tocado un tambor gigante. Colgaba de una cadena junto a la entrada. La agarré y golpeé con él la puerta dos veces. Se oyó un retumbar grave e intenso.

—Ha sonado más fuerte de lo que esperaba —dije. Al fin podíamos hablar, aunque teníamos que alzar la voz.

Dónut siguió escupiéndome en el oído.

—Oye, no vomites cuando estés sobre mi hombro.

—¿Y dónde voy a hacerlo si no, Carl? —dijo entre arcadas. Siguió vomitando.

—Cagondiós, Dónut —me quejé.

—En el antiguo Egipto, se consideraba un honor que un gato vomitase sobre ti. Deberías darme las gracias.

—Pezuña de Camella —leyó Katia con tono serio—. Qué ganas de descubrir qué nos encontraremos.

Pasaron varios minutos y no ocurrió nada. Los Mongo mecánicos terminaron por desmontarse cuando se acabó el tiempo del conjuro. Cuando estaba a punto de molestar a Mordecai para que viniese a abrirnos la puerta, esta empezó a girarse hacia dentro entre crujidos.

—Es un PNJ gigante —nos advirtió Dónut justo cuando la criatura apareció.

Era alta y tenía la cabeza girada hacia abajo para mirarnos. Nosotros giramos las nuestras hacia arriba para hacer lo propio. Se trataba de un camello, uno altísimo con un pañuelo en la cabeza y una túnica. Caminaba a dos patas y tenía unos brazos largos que terminaban en dos dedos y un pulgar. Era de color marrón y podía medir fácilmente unos dos metros y medio. La joroba enorme de su espalda le daba un aspecto extraño al mantenerse erguido, como si fuese una mochila muy llena que le colgase de la parte baja de la espalda cubierta por la túnica.

> Clay. Dromedariense. Nivel 30.
>
> Los dromedarienses son una especie común que antiguamente era nómada y que puede encontrarse por las partes más áridas de todo el universo. Se dice que los dromedarienses, que pueden almacenar grandes cantidades de agua en sus cuerpos, llegan a sobrevivir hasta dos meses sin beber un solo sorbo. Cuando estos cazadores y guerreros se topan con una situación en la que no pueden seguir deambulando por el mundo, normalmente se convierten en criaturas apáticas y perezosas. Pero no te equivoques, son una especie de fuertes guerreros que llegó a ser famosa por hacer gala de una brutalidad realmente abyecta.
>
> Los dromedarienses de este lugar, que se encuentran atrapados sobre la Necrópolis de Anser, son uno de los tres bandos cuya disputa con los bactrianos y los gnomos de los dirigibles ha llegado a un punto muerto. Es un conflicto que podría llegar a convertirse en una guerra sin cuartel en cualquier momento, una guerra a la que es más que probable que no sobrevivirían. Mientras, están a gusto esperando el momento, fumando hierba y bebiendo todo lo que pueden para olvidar sus problemas.

—Pezuña de Camella —dijo Katia mientras miraba hacia el camello —. Claro, era por eso.

—¿Qué pasa? —saludó Clay—. Bienvenidos a Pezuña de Camella. No os quedéis ahí. Entrad y dejadme cerrar la puerta.

Me lo quedé mirando. Por la forma en la que vestía y por la descripción, esperaba que tuviese un acento típico de Oriente Próximo, pero lo cierto es que hablaba como un motero huraño. «Se me parece a Joe Camel, la mascota de aquella marca de cigarrillos», pensé.

—No adoraréis por aquí a Grull, ¿verdad? —pregunté mientras entrábamos. El viento aullaba por el pueblo y la arena no dejaba de acumularse por todas partes. El suelo estaba cubierto de ella, pero lo cierto era que dentro se estaba mucho mejor.

—¿Te parezco uno de esos imbéciles que se pintan la cara y veneran a un toro de mierda? —preguntó Clay.

—Pues no —respondí.

—Habéis llegado justo a tiempo. La tormenta casi ha terminado. Es peligroso estar ahí fuera cuando amaina. —Cerró con fuerza las puertas. Llevaba una lanza larga y de aspecto amenazador sobre el hombro. Y también un tubo que parecía un mortero o un lanzacohetes casero. Como era de esperar, cinco explosivos con forma de piña le colgaban de un cordel que llevaba a la espalda. La interfaz los marcó como COHETES ANTIAÉREOS GUIADOS. No estaban activados, por lo que eran relativamente estables. Tenían un aspecto muy simple, lo que indicaba que al ser «guiados» tenían que ser mágicos. El sistema no me dejó examinar las características.

—Entonces ¿los monstruos se enconden cuando hay tormenta? —pregunté después de que Clay me pillase examinándole el equipo.

La criatura gruñó, un sonido húmedo y estruendoso con el que lo llenó todo de mocos a su alrededor.

—Parece que sois nuevos. Tenéis suerte de no estar muertos.

—Hay un club Desperado —indicó Katia—. No uno Vencedor. Y también he visto varias tiendas y posadas.

—No tan rápido —dijo Clay cuando yo daba otro paso para internarme más en el pueblo—. No podéis entrar en Pezuña de Camella así como así. Tenéis que pagar una tasa. Y que sepáis que si formáis parte del club Vencedor, este lugar no es para vosotros. Lo de Pezuña de Camella es por algo.

—¿Cuánto es la tasa? —pregunté.

—Pues se puede pagar con oro, con drogas o con placer. —Volvió a mirarme de arriba abajo. Resopló y lo llenó todo de mocos otra vez —. Oro o drogas en tu caso.

Era la versión de la mazmorra de esa pegatina para los coches que rezaba «Billetes, hierba o culos. Aquí la gente no se sube gratis». Me reí entre dientes.

—¿Cuánto de oro?

—¿Cuánto tenéis?

Dónut se envaró en mi hombro al olerse que podría llegar a negociar. La arena empezó a derramarse entre su pelaje. Alcé una mano para que no dijese nada.

—¿Qué te parece esto? —pregunté antes de sacar un palito luminoso del inventario. Quint, el boticario del club Desperado, nos había dado unos pocos.

Clay me lo quitó de las manos y entornó los ojos para examinarlo. Se lo metió en la boca al momento y lo encendió.

—Buena mierda. Bienvenidos a Pezuña de Camella. No os acerquéis al ayuntamiento. Es solo para dromedarienses. Por lo demás, podéis divertiros. Si os gustan las movidas chungas, que sepáis que la Callejuela de las Movidas Chungas se encuentra junto a la muralla nororiental del pueblo. Aparte de esto, las chicas normales suelen andar por la calle Pezuña. Os recomiendo a Jazmín Placer de la sala Contoneo.

—Un momento… —dijo Katia—. Entonces ¿lo de Pezuña de Camella era por el bulto de la entrepierna femenina…?

—Claro, este pueblo es un burdel. ¿Qué te creías? Ahora, marchaos. Y ya sabéis, nada de acercaros al ayuntamiento.

> Nueva misión. «Nada de acercaros al ayuntamiento».
> Descubre qué hay en el ayuntamiento. Puede que sea importante.
> Recompensa: Recibirás una caja de misión de plata.

—Vaya. Eso ha sido… demasiado obvio, supongo —murmuré mientras el camello se alejaba fumando el palito luminoso. Se detuvo y empezó a hablar con otro de su especie mientras nos señalaba. Ambos empezaron a reírse.

—¿Creéis que las prostitutas también serán camellos? —preguntó Dónut—. Porque eso sería muy raro.

—No tan raro como una economía basada en la prostitución cuando solo hay dos pueblos. Esto se parece demasiado a la Maraña de Hierro. Tiene el mismo sentido: ninguno.

Clay le mostró con orgullo el palito luminoso a otro camello, que también se rio. Empezaba a darme cuenta de lo que acababa de pasar. Nos habían estafado. Gruñí.

«Bien jugado, comemierda».

—Vayamos a buscar a Mordecai.

Las calles del pueblo estaban dispuestas como una serie de semicírculos encajados unos dentro de otros, como si fuese un arcoíris. La zona residencial se encontraba en el anillo exterior, junto a la muralla, y en ella se intercalaban edificios similares a barracones. El segundo anillo estaba conformado por tiendas y algunos gremios de entrenamiento, y el edificio enorme del ayuntamiento se encontraba en el centro. Era el más grande del lugar y se alzaba hasta los toldos de tela que cubrían el cielo. De hecho, dichos toldos iban desde la parte más alta del ayuntamiento hasta las murallas y luego hasta la estructura de la tumba que se encontraba detrás, como si fuese un paraguas. Cada uno de esos toldos eran triangular, como la vela de un barco, pero muchísimo mayor.

El lugar era mucho más grande de lo que esperaba, más que el asentamiento mediano que había «conquistado» en el tercer piso. Las posadas y el club Desperado estaban en el tercer anillo, el que recibía el acertado nombre de «calle Pezuña».

El viento cesó de repente mientras caminábamos. Y poco después, una luz tenue se coló entre los toldos. Empecé a oír gritos por los alrededores y, de repente, había camellos por todas partes. Un grupo acercó unas escalerillas hasta las murallas y empezó a desenganchar los toldos. También tuvimos que dejar paso a unos camellos altos que pasaron junto a nosotros sobre unos zancos de metal con muelles de estética steampunk. Los vimos enrollar los toldos y, en unos pocos minutos, esa especie de velas estaban recogidas sobre el ayuntamiento. Me percaté del resplandor propio

de la magia en la tela mientras otro grupo envolvía con ella la torre más alta. Las franjas azules y blancas formaron un patrón hasta crear algo parecido a un minarete, algo a caballo entre una de esas torres con forma de cebolla de la catedral de San Basilio y una bola de helado. Pero hecho de tela, una tela que podía desplegarse en un momento y volver a extenderse hacia las murallas en caso de que llegase otra tormenta.

—Eso ha sido digno de ver —dije, sorprendido por la manera en la que lo habían recogido todo.

—Sorprendente —convino Katia.

Me quedé contemplando el cielo con la boca abierta. En el tercer piso de la mazmorra, habíamos visto un techo falso con un cielo ilusorio. Pero había techo, uno en el que había rebotado el proyectil que había disparado con el tirachinas.

Ahora me dio la impresión de ver el resplandor distante de lo que parecía ser un campo de fuerza, pero a muchísima altura. A la misma a la que volaría un avión. Me di la vuelta y comprobé que la ciudad terminaba en una pared enorme que tendría más de nueve metros de alto. Antes había creído que nos encontrábamos en un cuenco gigante y, al parecer, había estado en lo cierto. Un cuenco ubicado sobre una tumba. ¿Cómo la había llamado la descripción del sistema? La Necrópolis de Anser.

—Carl, la verdad es que esto no se parece en nada a una mazmorra —dijo Dónut sin dejar de mirar hacia el cielo.

Me reí.

—Acabas de decir que no te gustan los túneles. Pero que sepas que hay techo, aunque en este caso está a muchísima altura. ¿Recuerdas lo que dijo el sistema nada más entrar? Llamó a este lugar burbuja número 543.

Katia también había empezado a girar en círculos sin dejar de mirar hacia arriba.

—Sí, estamos dentro de una cúpula —convino—. Mirad la manera en la que brilla la luz. Tiene que estar a unos cuatro o cinco kilómetros de altura.

Algo voló en la distancia. Era una especie de pájaro gigante de algún tipo. Se perdió de vista tras el borde del cuenco.

—Si estamos en el cuadrante de Aire y el cuadrante Subterráneo se encuentra bajo nuestros pies, ¿dónde están el cuadrante de Tierra y el de Agua? —pregunté.

—Pues no lo sé —respondió ella—. Pero si estamos en un cuenco, quizá este sea una isla y haya agua alrededor.

—Casi —comentó una voz casi familiar. Me giré para mirar al aveceleste. El águila grande se nos acercó desde una de las calles más largas.

—Mordecai —dije sin dejar de mirar hacia el ave de color marrón claro y beis—. ¿Eres tú? ¿Es tu verdadero aspecto?

Él gruñó.

—¿Habéis venido por la ruta turística o qué? Por los dioses. He tenido que venir a buscaros. No, este no es mi verdadero aspecto. Esto es un aveceleste de acantilado. Yo era un aveceleste centurión. Con plumas más oscuras, mayor envergadura y garras más grandes. Y mucho más guapo, también.

Mongo se acercó a toda velocidad para olisquear al representante al darse cuenta de quién era. Luego empezó a brincar de un lado a otro.

—Pues a mí todas las águilas me parecen iguales —dije. Tuvimos que apartarnos para que volviese a pasar un grupo de dromedarienses. Eran siete, y el sistema los identificó como PATRULLA DE VAGOS NIVEL 48. Iban ataviados con túnicas negras. Llevaban lanzas y más de esos extraños lanzacohetes en el hombro. Caminaban con determinación directamente hacia la salida.

—Pero no os confundáis —continuó Mordecai—. Es maravilloso. Es la primera vez que he estado en un cuerpo parecido a mi forma verdadera en muchísimo tiempo. Pero me han jodido. —Mordecai extendió las alas—. Esto es un puñetero clérigo. Eso significa que estoy limitado. Puedo volar, pero solo distancias cortas. Imagina que de repente te despertases en el cuerpo de un eunuco y te enviaran a una orgía de supermodelos. —Alzó la vista al cielo y suspiró con pesadumbre—. Al menos soy un aveceleste. Y cualquier cosa es mejor que aquel puñetero sapo.

Los avecelestes no tenían brazos. Solo patas y alas, como las águilas normales.

—¿Puedes…? ¿Puedes seguir preparando pociones con ese cuerpo?

Me miró como si le acabase de pedir fotos desnudas de su madre.

—Mejor que nunca —respondió—. Pero a lo que iba. Katia, casi aciertas. Estamos en una cúpula, sí. Una que se parece a esos globos de nieve. Los llaman burbujas. La Necrópolis de Anser es una torre muy alta y nos encontramos en la parte superior. —Señaló hacia arriba—. La burbuja es más grande de lo que parece desde aquí. El suelo y el mar están muy por debajo de nosotros. Llegasteis unos minutos tarde, por lo que os perdisteis el primer anuncio, pero habrá otro donde se explicarán las normas del piso dentro de unos pocos minutos. Vayamos a una estancia segura, comamos algo y escuchemos lo que dicen.

Nos dirigimos a la posada que había elegido Mordecai, un bar llamado la Raja. Avancé delante junto a Mordecai, mientras Katia, Mongo y Dónut nos seguían de cerca sorprendidos por todo lo que veían. El lugar era una extraña mezcla de pueblo del Medio Oeste estereotípico sacado de una película con ese festival del desierto Black Rock, el Burning Man. Los edificios de adobe a veces se ampliaban con una especie de exoesqueletos de metal oxidado. No sabía si aquello era un armazón funcional o una expresión artística. Una casa tenía una especie de telescopio steampunk en la parte superior apuntado hacia las alturas. Otra tenía una estación meteorológica que brillaba a causa de la magia. Una pareja de camellos jóvenes pasó a toda velocidad en un carro parecido a un minitractor, arrastrando un vagón desvencijado lleno de unas ramas que alcanzaban una altura imposible. Se reían con cada rebote del vehículo. El pueblo al completo olía a humo, aceite y tierra.

Todos los PNJ que había visto hasta el momento eran camellos, pero eso cambió justo cuando llegamos a la calle Pezuña. Una pareja de mujeres que había junto a la puerta de un bar se nos quedó mirando, para luego transformarse: una en humana y la otra en aveceleste.

—¿Son cambiados o doppelgängers? —pregunté. El nombre que tenían encima las calificaba de acuerdo a su aspecto.

—Cambiados, como yo —respondió Mordecai con amargura—. No confíes en ellos. Si te ves… necesitado, limítate a los servicios del club Desperado.

El libro de cocina decía algo parecido sobre los cambiados. Los llamaba cabrones rateros que solo daban puñaladas por la espalda, o algo así.

Me fijé en un par de mazmorreros que se nos habían quedado mirando. Ambos eran humanos de nivel 22. Los saludé con un gesto de la mano, pero se dirigieron hacia un bar diferente, como si me tuviesen miedo.

—Quince días, ¿no? —pregunté para cambiar de tema.

—Esperaba que fuesen doce —respondió Mordecai—. Que nos hayan dado tres días más no tiene por qué ser algo bueno. Yo ya sé cómo funciona este piso y os puedo asegurar que es bien jodido. Lo de los tres días solo puede significar que han preparado una sorpresa aún peor.

—¿Por qué es bien jodido? —pregunté.

—Os encontráis en un cuadrante con unas tres docenas de mazmorreros más. Más o menos. El resto de las personas a las que he visto tienen muy poco nivel y es un milagro que hayan llegado hasta aquí. Y, peor aún, vais a necesitarlos para ayudaros a asaltar el castillo de los gnomos que os permitirá llegar hasta las escaleras.

—Sí… —dije—. Bueno, tenemos que reponer las mejoras, dormir un poco, abrir todas las cajas y luego ponernos a buscar ese sitio.

—¿Buscarlo? —preguntó Mordecai. Señaló hacia arriba. Seguí el ala que había alzado. A muchísima altura, rozando el techo de la cúpula y uno de los extremos, vi un punto muy pequeño—. El castillo está ahí.

—Mierda —dije.

La Raja era una taberna muy simplista cuyo propietario era un dromedariense que olía a zoo. En ella solo trabajaba una prostituta, una cambiada de nombre Higo que se sentó con mala cara en uno

de los rincones después de que todos la rechazásemos. Además de la mujer, el lugar también ofrecía alcohol, comida y unas pocas habitaciones.

El mensaje que nos llegó no era un anuncio normal y corriente, ya que aún quedaban diez horas para el episodio resumen. El bar tenía las típicas tres pantallas, pero la del medio con la clasificación estaba vacía. En ella solo había una cuenta atrás que indicaba que los nombres aparecerían dentro de diez horas, después del resumen. Al parecer, era lo normal.

Pedimos unas bebidas y comida y nos sentamos a la mesa para esperar el mensaje. No tardó en llegar.

> Saludos, mazmorreros. ¡Bienvenidos al quinto piso! ¡Nos emociona mucho que podáis disfrutar de este piso nuevo y emocionante! Quedan poco más de 178.000 de los vuestros. El último piso fue todo un misterio y descubrir su funcionamiento formaba parte de la diversión. Este será diferente. El diseño no tiene nada de secreto y las normas son muy simples. Queremos que os lo paséis muy bien.
>
> En este piso hay más de 4.000 castillos y una escalera en todos y cada uno de ellos. Eso sí, no hay dos castillos iguales.
>
> Imaginaos uno de esos rollos de plástico de burbujas. Pues cada una de esas burbujas es como un mundo independiente, y cada mundo cuenta con cuatro zonas o «cuadrantes».
>
> Hay un total de 1.172 burbujas. Todos os encontráis dentro de una de ellas, distribuidos de manera equitativa y aleatoria de la mejor manera posible. Eso hace un total de 150 mazmorreros por burbuja. Al igual que ocurría con los castillos, no hay dos burbujas iguales.
>
> Cada una está dividida en cuatro cuadrantes. Tierra, Mar, Aire y Subterráneo. Cada cuadrante tiene un único castillo en su interior. Vuestra misión es encontrar dicho castillo, asaltarlo y haceros con el salón del trono. Una vez lo hayáis ocupado o haya muerto el jefe del cuadrante, el castillo se considerará conquistado. Las escaleras también estarán en ese salón del trono, por lo que no hay necesidad de buscarlas ni de que os preocupéis. Fácil, ¿verdad? Asaltar el castillo y conseguir las escaleras.

—Pues sí que parece muy simple —dije. Pero no lo era tanto. Si no podíamos volar, ¿cómo íbamos a llegar hasta allí arriba? Tampoco podíamos crear un cañón que nos disparase hacia las alturas. Íbamos a tener que fabricar un globo aerostático. O un avión. O a encontrar la manera de hacer bajar el castillo. Alguna forma tenía que haber.

Pero hay un pequeño inconveniente. Para que la escalera se active y podáis usarla, es necesario que se hayan ocupado los cuatro castillos de vuestra burbuja. Así es. El de Tierra, el de Mar, el de Aire y el Subterráneo. Debéis someterlos a todos para poder bajar al sexto piso.

Mordecai gruñó.

—Cagondiós —dije. Luego intercambié una mirada con Katia, que puso gesto constreñido. Hasta Dónut parecía muy afectada.

Por suerte para vosotros, una vez hayáis tomado vuestro castillo, se os permitirá abandonar vuestro cuadrante para ayudar a vuestros compañeros de burbuja. Una vez consigáis los cuatro castillos, la burbuja estallará y podréis salir de la zona si queréis. No podréis entrar en otras burbujas hasta que estas hayan estallado, eso sí.

Buena suerte, amigos. Algunos de los castillos son mucho más fáciles que los demás. Por si eso fuera poco, que sepáis que la segunda ronda de patrocinios ya está en marcha. Os enviaremos otro mensaje dentro de unas pocas horas después del episodio resumen habitual. ¡Ahora, salid ahí fuera y matad, matad, matad!

Nos quedamos sentados y en silencio durante un rato. Las plumas que Mordecai tenía alrededor del cuello no dejaban de agitarse. Se giró para mirarnos.

—Voy a dar por hecho que los ciento cincuenta mazmorreros que hay en esta burbuja son unos idiotas incompetentes. Eso significa que tenéis menos de cuatro días para haceros con el control de cada uno de los castillos. Así que venga. A comer, a abrir las cajas que habéis acumulado, a dormir y manos a la obra. Hay mucho trabajo que hacer.

2

Cuando enfilamos hacia el espacio personal, lo primero que hizo Dónut fue saltar sobre el buzón y hacerse con el grimorio del club.

—Puede que sea un conjuro para volar —murmuró Katia.

—No tendremos tanta suerte —dije.

Lo que sí que teníamos era tres patrocinadores muy ricos y estábamos a punto de conseguir otros tres. Odiaba muchísimo, pero muchísimo, depender de su ayuda, pero lo cierto es que no se me ocurría otra solución.

—¿De qué sirve salir de la burbuja si no podemos entrar en las demás? —preguntó Katia.

—Ahora mismo, tenemos que centrarnos en ese castillo volador —respondí.

IMANI: Hola, Carl. ¿Qué es una burda?

CARL: ¿En términos náuticos, quieres decir? Es el cordaje que va desde el mástil hasta la parte de atrás del navío. Hay de varios tipos.

ELLE: Somos veinte y ninguno de estos vejestorios sabe navegar. ¿Te lo puedes creer? Les dije que no me metiesen en Meadow Lark. Me habría ido mucho mejor en una de las residencias de mayores caras, esas llenas de carcamales que crecieron rodeados de barcos. Pero no... Mira, el sistema nos está haciendo un tutorial de navegación, pero no nos dice dónde está cada cosa. ¿Cómo se supone que vamos a tirar del burro si no sabemos ni lo que es? Esto es mucho más complicado que aquellos trenes.

IMANI: Tenemos que aprender rápido. Hay piedras por todas partes. ¿Qué es el espináquer? Un momento. No, aún no necesitamos esa parte.

CARL: Dios, tenéis que tener cuidado. Navegar no es algo que se pueda aprender sobre la marcha. Lleva meses.

IMANI: Tendríamos a un PNJ para ayudarnos si Elle no lo hubiese congelado.

Elle: Era sospechoso. Vamos de camino a la isla. Si naufragamos, pues naufragamos. Hay barcos por todas partes. Tenemos muchos donde elegir.

IMANI: No todos sabemos nadar, Elle.

CARL: Pero ¿no estabais en la isla? Bueno, mirad, que da igual. Tened cuidado.

Dónut soltó un grito ahogado.

—Carl, Carl. ¡Este sí que es bueno de verdad!

Brilló al leer el grimorio. Yo respiré hondo.

—Dónut, habíamos dicho que tenías que leer la descripción de los conjuros antes de usarlos. ¿Recuerdas?

—Relajadito, figura.

Katia se rio.

—Eso ha sonado mucho a Elle.

—Sí, ¿verdad? He aprendido muchas cosas de ella. También frases que dicen las personas mayores.

—Que sepas que la realeza no habla así —gruñí.

—Venga, Carl. Corta el rollo.

—El conjuro es de los buenos —interrumpió Mordecai—. Es otro de utilidad, como Agujero.

—¿Qué hace?

—Se llama Pata astral —explicó Mordecai—. Eso sí, no es tan bueno como Mano astral, porque no tiene pulgares con los que manipular y sostener cosas. Pero es muy útil, sobre todo a niveles altos, y, además, puede usarse como arma. A nivel 5 puede sacar las garras. A nivel 10, puede agrandar mucho el tamaño de la pata. A nivel 15, sus habilidades y capacidades podrán usarse a través de la pata. Y eso es genial, porque ya tiene un garrazo normal que es muy fuerte. Hay un conjuro similar que te vendría bien a ti, Carl. Se llama Puño astral. Sea como fuere, ahora Dónut podrá manipular objetos a distancia como si los estuviese tocando de verdad. Dicha distancia aumenta con cada nivel. A nivel 1 es de unos 10 metros.

Me reí.

—Oye, Dónut. Si estuviésemos en casa, al fin podrías tirar ese jarrón que estaba en la estantería más alta.

—Era una amenaza, Carl. Estaba encantado.

En el apartamento, teníamos una estantería muy alta llena de baratijas y un jarrón que era una reliquia familiar sobre la televisión. Dónut había intentado saltar a ella varias veces, pero nunca lo había conseguido. En ocasiones, se sentaba en mi regazo mientras yo jugaba a algo y se quedaba mirando hacia arriba sin dejar de maullar.

Volvimos al espacio personal. Habían pasado dos días y el robot limpiador no había terminado de quitar la sangre, aunque le quedaba poco. Cuando entramos, estaba en el sillón aspirando la parte de atrás de los cojines.

—Esa cosa necesita un aumento —dije.

El robot emitió un pitido para indicar que estaba de acuerdo.

—Abrid las cajas y poneos los puntos de característica —dijo Mordecai.

Me senté en una de las sillas de la cocina y abrí los logros que no había tenido tiempo de leer. Había bastantes, y algunos muy buenos. No me dieron absolutamente nada por matar al mimeto, aunque era algo que me esperaba. La mayoría estaban relacionados con Grull y con tirar el Pesadilla por el portal para así conseguir que explotasen los cristales de alma.

> ¡Logro desbloqueado! Hágase el caos.
>
> Has conseguido invocar con éxito a un dios dentro de la mazmorra. Es una forma perfecta de hacer nuevos amigos. A todo el mundo le encanta que traigas máquinas de guerra mortíferas e inmortales a la fiesta.
>
> Recompensa: Puede que haya sido una mala idea, pero algo me dice que no te vas a aburrir.

> ¡Logro desbloqueado! Epifanía divina.
>
> Has visto a una deidad. Pero no te emociones mucho. Eso no significa que seas un profeta o algo parecido. Este logro es muy común y todos los mazmorreros terminan por recibirlo si sobreviven el tiempo suficiente, por lo que tampoco es que seas muy especial. Toparte con un dios es muy fácil. Y te aseguro que no quieres que dicho dios te encuentre a ti.
>
> Recompensa: Ahora tienes la opción de venerar al dios Grull.

> Aviso de administrador. Hay una nueva pestaña disponible en tu interfaz.

Me reí. Alcé la vista hacia el techo y dije:

—Grull puede chupármela a dos tiempos si quiere.

Dónut y Katia, que acababan de recibir el mismo logro, también se rieron.

—¿Venerar a Grull? Tal y como fueron las cosas, creo que debería ser él quien nos adorase a nosotros —añadió Dónut.

> ¡Logro desbloqueado! Indomable.
>
> Una deidad te ha atacado físicamente y has sobrevivido. Es una hazaña que solo han conseguido un puñado de mazmorreros en la historia de Planeta

mazmorrero. ¡Bien hecho! Por desgracia para ti y para todos los que te rodean, cuando ocurre algo así, las otras deidades también se enteran de lo que ha ocurrido.

Recompensa: Has recibido una caja de deidad legendaria.

—Guau —dije—. ¡Una caja legendaria!

La IA leyó el logro siguiente con esa voz repulsiva que daba la impresión de que se estaba tocando mientras se fumaba un cigarrillo.

¡Logro desbloqueado! Despachurrado, como le gusta a papaíto.

Una deidad te ha aplastado con el pie, pero has sobrevivido al encuentro. Y, aunque lo que aplastó tu cuerpo frágil y húmedo no fue un pie blandito y rosadito con forma de pie humano, a veces también resulta interesante intercambiar posiciones. Para poner a prueba tus límites, ya sabes. Cuando se experimenta, a veces se encuentran maneras nuevas y emocionantes de conseguir ese subidón.

Ha sido divertido, la verdad, pero no es lo mismo. Y no sabes la suerte que tienes de que sea así.

Recompensa: Has recibido una caja subida de tono de platino.

—Por Dios —murmuré. Recordé el momento en el que el dios me había aplastado. Habría acabado conmigo de no ser porque estaba protegido por la poción. También recordé que la mazmorra había temblado, pero en aquel momento estaba demasiado preocupado como para darle mayor importancia. Después de ese solo había unos pocos logros más dignos de mención.

¡Logro desbloqueado! ¡A la desesperada!

Has llevado a cabo un ataque que ha provocado más de 100 bajas a más de 100 kilómetros de tu posición actual. O eres el mejor francotirador del universo o un niño malo al que le gusta mucho usar portales. Sea como fuere, es impresionante, la verdad. Tienes un futuro brillante como político, si es que no hemos destruido tu planeta y sus gobiernos, ya sabes.

Recompensa: ¡Has recibido una caja de francotirador de oro!

¡Logro desbloqueado! Extinción masiva.

Con un solo ataque has conseguido acabar con todos y cada uno de los integrantes de una especie común de uno de los pisos de la mazmorra. No es fácil, y la verdad es que hay que ser todo un cabronazo para ser capaz de llevar a cabo algo así.

Especie extinguida: Vigilantes de pared.

Recompensa: ¡Has recibido una caja de cabronazo de platino!

Los vigilantes de pared eran esa especie de lagartos que vivían en el Abismo. Al parecer, habíamos acabado con todos ellos cuando el tren había atravesado el portal y explotado por todo lo alto.

Además de lo anterior, todos recibimos dos cajas de jefe de bronce por matar a los humanotauros, aunque técnicamente no lo habíamos hecho, ya que se habían convertido en receptáculos de Grull. Tampoco es que fuese a quejarme. Ningún otro miembro del grupo recibió el logro Indomable, aunque Katia consiguió uno similar por sobrevivir al ataque mágico de un dios, pero en su caso solo le dieron una caja de oro. Al parecer, Elle era la única a la que también le habían dado una caja legendaria.

También me dieron una caja de aficionado de plata por ser quien había tenido más «cambios» durante un enfrentamiento. No sabía qué significaba aquello, la verdad, pero ya lo descubriríamos al día siguiente cuando la gente eligiese lo que me iba a encontrar en la caja. No era de categoría muy alta, así que tampoco es que me emocionase demasiado.

De los tres, Dónut fue la que recibió menos cajas, aunque le dieron una caja de Eso no ha sido muy inteligente por tu parte, ¿no? de platino por atacar al jefe de provincia. En las dos cajas de jefe normales que había recibido encontró monedas y pergaminos de sanación. No obstante, también le dieron un pergamino que hizo que se me pusiesen los pelos de punta.

> Pergamino de respirar bajo el agua.
>
> Te permite respirar bajo el agua. Dura el triple de tu puntuación de Inteligencia en segundos. No te protege del oído del nadador ni de que te coman las barracudas zombis. Espero que sepas nadar.

—Una cosa te voy a decir, Carl —anunció la gata justo cuando recibió el pergamino—. Soy una gata. Los gatos no nadamos. No nos metemos en el agua. Es antinatural y no pienso hacerlo.

> Mordecai: Cagondiós, Dónut. No digas eso en voz alta.
>
> Dónut: TAMPOCO ES QUE LO PUEDA DECIR POR CHAT IGUALMENTE, ¿NO CREES, MORDECAI?
>
> Mordecai: Tus chats aún están protegidos mientras yo esté en ellos. Si necesitas desahogarte, asegúrate de hacerlo conmigo.

Agitó la cola con enfado varias veces.

—Esto es un ultraje. No me gusta nada.

—Los pergaminos son muy burdos en ese sentido —dijo Mordecai, que suspiró—. Si consigo los materiales adecuados, crearé una poción para respirar bajo el agua. También hay conjuros que os permitirán moveros con total libertad por el agua.

—¿Y para volar? —pregunté.

Mordecai negó con la cabeza.

—Eso solo con conjuros y objetos. Con muchos, la verdad. Pero con pociones… Para ello tendríais que haber guardado uno de esos cupones de mejora de mesa. En realidad, necesito dos mejoras. De lo contrario, tendremos que hacerlo de otra manera.

Lo dijo en voz alta. Seguro que pretendía que nos oyesen nuestros patrocinadores.

La última caja de Dónut, que era de platino, contenía otro grimorio. Era un conjuro que costaba 15 puntos de maná y se llamaba Muro de fuego.

—Es un conjuro para escapar —explicó Mordecai—. Tiene unos diez metros de ancho y dos de alto. A nivel 1 dura unos quince segundos. Es bastante común y se vuelve muy poderoso más adelante, pero tened en cuenta que es de fuego, y el fuego tiende a propagarse. Cuando la magia se disipa, si lo habéis lanzado cerca de algo inflamable, las llamas no desaparecen. Lo he visto cientos de veces. El fuego se descontrola con mucha facilidad.

—No es Bola de fuego —gruñó la gata—. Ese me hubiese encantado.

Empezó a brillar tras leer el grimorio.

Katia fue la siguiente en abrir sus cajas. Además de las monedas de oro, recibió varios pergaminos más para respirar debajo del agua y antídotos. Los pergaminos y los antídotos parecían ser muy comunes y me dio la impresión de que en este piso íbamos a encontrarlos con tanta facilidad como las antorchas y las vendas en los anteriores. En la caja de superviviente de oro, Katia encontró una poción de habilidad que se vio obligada a beberse en ese mismo momento. Le subió la habilidad Receptor, que había entrenado sin descanso y que alcanzó nivel 11.

Yo era el siguiente. En las cajas de jefe había algunos pergaminos de sanación, una camisa mágica inservible y varios pergaminos más de respirar bajo el agua. Pero también me salió otra poción de invisibilidad, la que me había salvado el pellejo en el enfrentamiento contra Grull.

—Esa poción es fácil de hacer, pero bastante cara —comentó Mordecai—. Usa algunos ingredientes poco habituales, así que es un buen premio.

—Me da la impresión de que cuando empiezas a recibir objetos de un tipo concreto, estos te siguen saliendo a menudo —dije.

—Tienes toda la razón —aseguró Mordecai—. Y hay algunas cosas, como esos pergaminos de respirar bajo el agua, que son pistas nada sutiles sobre los obstáculos que vais a encontraros en un piso concreto. ¿Habéis visto todas las pociones de antídoto que ha recibido Katia? Significa que en este piso encontraréis muchos enemigos y trampas venenosos. Menos mal que Dónut y tú sois inmunes.

—Menos mal, sí —dijo Katia con tono serio.

Me habían dado 40.000 monedas de oro por sobrevivir al piso anterior y formar parte de los diez mejores. Dónut había recibido 30.000 y Katia 10.000. Aún teníamos que comprar algunas mejoras ambientales para nuestro espacio y entre los tres sumábamos 650.000 de oro… Eso antes de que yo abriese el resto de las cajas.

En la de francotirador de oro había un objeto de creación. Era una caja con 25 objetos negros y pequeños del tamaño de un tapón de botella.

> Tiro seguro. Objeto de creación.
>
> Un «tiro seguro» añade el estado «guiado» a cualquier proyectil, sea explosivo o no. Puede usarse en una gran variedad de mesas de creación. Si se usa con una flecha o con un virote, tendrás que elegir el objetivo antes del disparo. Una vez dispares, el proyectil irá a por él.
>
> Si se usa con una trampa, podrás elegir varias opciones como «Centrarse en los sanadores que se encuentren al alcance» o «Centrarse en todos los que crean que es normal echarles mayonesa a los perritos calientes».
>
> Si se añade a un objeto explosivo, como un cohete, tendrás que asignar el objetivo al crearlos o al disparar, pero no podrás hacerlo en ambos momentos.
>
> Nota: Esta mejora por sí misma no aumenta el alcance del proyectil.

—Qué bien —dije mientras sacaba las dos cajas de platino.

En la caja subida de tono de platino, la que me habían dado porque la IA del sistema era una maldita pervertida, había un anillo de pie.

> Anillo de pie mágico del bandido leproso.
> Es un objeto único.
> La mayoría de los niños del universo conocen el emocionante cuento del bandido leproso, el infame ladrón humano cuyo pueblo empezó a morirse de hambre debido a una cuarentena planetaria. Todos los habitantes del planeta eran portadores de la enfermedad, aunque a ellos no les afectaba. Era mortal para los mitigadores, los regentes del planeta, por lo que los alienígenas se mudaron a unas plataformas de protección flotantes y empezaron a proteger los jardines y los almacenes de alimentos, con la esperanza de que todos los humanos acabasen muriendo de hambre.
> El bandido escaló una montaña, saltó a una de esas plataformas y allanó uno de esos jardines flotantes. Lo mataron al momento, como era de esperar, pero consiguió infectar a los mitigadores e hizo que se viesen obligados a escapar del planeta. Gracias a la intervención del bandido, el planeta de los humanos sobrevivió otros cien años antes de que quedase destruido a causa de un conflicto totalmente diferente. A día de hoy, el bandido leproso sigue siendo una inspiración para mucha gente.
> Este anillo de pie aporta lo siguiente:
> El beneficio Pies pegajosos.
> El beneficio Supercontagiador.

—¿Dos beneficios en el mismo objeto? —preguntó Mordecai—. Es un anillo muy valioso. Podría decirse que es de categoría legendaria, prácticamente.

Obviamente, me lo guardé en el inventario para comprobar su valor. Se colocó en la parte alta de la lista, justo encima del anillo de sufrimiento divino y debajo de la figura de Kimaris. Examiné los dos beneficios.

> Pies pegajosos.
> Cada seis horas y durante una cantidad de segundos igual al doble de tu puntuación de Destreza, podrás caminar por una superficie que no esté en horizontal, como una pared o un techo. La gravedad no cambiará, por lo que te recomiendo que no lo hagas con una cerveza en la mano y que te metas la camisa por dentro del pantalón. Tus pies descalzos deben estar en contacto con dicha superficie. Sin calcetines. Sin zapatos.

—Anda. Me sirve para convertirme en Spiderman —dije—. Aunque solo con los pies. Qué pena que sea cada seis horas.

Eché un vistazo al segundo beneficio.

Supercontagiador.

Has conseguido la habilidad que tienen todas las ratas y los niños de guardería desde el principio de los tiempos. Puedes contagiar cualquier desventaja activa a un objetivo a tu elección una vez por hora. Esto no hace que tú pierdas dicha desventaja.

—Qué asco —dije mientras me colocaba el anillo de pie en el meñique izquierdo. Suspiré y bajé la vista a mis pies relucientes.

Cuando abrí la siguiente caja, la de cabronazo de platino, supe qué había recibido en el instante en el que el símbolo apareció en el aire frente a mí.

—Qué puta mierda —dije. Pasó un instante. Me miré los brazos. Me froté el cuello con la mano—. ¿Dónde ha salido? —pregunté.

—En tu cara, Carl —anunció Dónut, con tono asqueado—. Qué desastre. Ahora te pareces a uno de esos raperos blancos.

Katia se rio y se inclinó hacia delante.

—No te preocupes. No es muy grande. Lo tienes debajo del ojo izquierdo y casi ni se ve. Es como una lágrima tatuada, pero más pequeño. Podría confundirse con una peca y todo. ¿Qué es? Parece una pata de lagarto. Te queda bien.

—Sí, es un tatuaje de una pata de lagarto.

Tatuaje de sello de extinción.

Especie: Vigilante de pared.

Elimina automáticamente la hostilidad de todos los enemigos naturales de las criaturas de tipo lagarto.

Aviso: Llevar este sello de extinción hace que todas las criaturas de tipo lagarto te inflijan un 20 % más de daño. Asimismo, los vigilantes de pared te infligirán un 150 % más de daño.

Solo puedes ocultar el tatuaje con una manga de ocultación.

—¿Cómo cojones se supone que voy a poner una manga de ocultación en la cara?

—Hum… —dijo Mordecai, que también estaba examinando el tatuaje—. Creo que nunca había visto algo así. He visto muchos como ese pase de goblin que tienes, pero no como este. Todo el mundo odia a los lagartos, pero no sé cuál será su enemigo natural. Quizá los pájaros. Les gusta comer huevos.

—Supongo que terminaremos por descubrirlo —dije al tiempo que extendía el brazo para tocarme el tatuaje debajo del ojo. Ahora tenía

tres. El pase de goblin, el pase del club Desperado y este. Con suerte sería pequeño y pasaría desapercibido, como había dicho Katia.

Me quedaba un objeto. El de la caja de deidad legendaria. Era una poción, una que tenía un aspecto diferente a las demás. El vial era más redondeado y tenía adornos, como si fuese un perfume caro. Un humo brotaba del cristal.

—Madre mía —dijo Mordecai—. ¿Puedo verla?

Me la quitó de las manos con una garra temblorosa.

—¿Quién es Pawna? —pregunté.

—Es la diosa de la paz —respondió el aveceleste—. En el panteón, es la hermana y archienemiga de Grull. No te la tomes por el momento. Guárdala.

Les pasé la poción a los demás y luego la guardé en el inventario. Era el primer objeto que había visto colocarse más arriba que la figura de Kimaris en el inventario cuando los ordenaba por valor.

La descripción era muy simple.

> Lágrimas de Pawna.
> Esta poción añade cinco niveles a un conjuro o una habilidad a tu elección.

—¿Tan valiosa es? —preguntó Katia—. ¿Por los cinco niveles? No es la primera poción de habilidad que nos encontramos. Hemos visto algunas que hasta suben las habilidades al máximo, como esa que le dieron a Maggie My. Y también están esas pociones de truco que hacen lo mismo con tres niveles.

—Sí que es muy valiosa, Katia —respondió Mordecai—. Y dicho valor no es solo por los cinco niveles, sino porque Carl puede elegir qué subirse con ella. Las pociones de habilidad legendarias que suben las habilidades al máximo también son bastante valiosas, pero solo pueden usarse con un número limitado de habilidades. La poción de truco también tiene su valor, pero añade tres niveles a una habilidad al azar. Y encima tiene límite de tiempo y hay que usarla de inmediato. En cambio, Carl puede guardar esta poción. Ahora, podrá entrenar una de sus habilidades hasta 15, tomársela y subirla hasta 20. Podría decirse que es el mejor botín que ha recibido desde que entró en la mazmorra.

—Si no tenemos en cuenta la galleta de mascota —dijo Dónut.

—Si no tenemos en cuenta la galleta de mascota, sí —convino Mordecai.

—Ya tengo Golpe poderoso a nivel 13 —comenté.

—Pero ese 13 se debe a las bonificaciones que te da el equipo. Lo ideal sería usar la poción cuando hayas subido la habilidad en sí hasta 15. Las habilidades multifunción como Golpe poderoso son difíciles de entrenar, sobre todo más allá de nivel 15, pero los objetos que las aumentan son muy comunes. Tendremos que sentarnos para decidir con qué habilidad usar esa poción. Y no tiene por qué ser ahora. Lo ideal sería esperar a que elijas la subclase una vez llegues al sexto piso. Puede que las cosas se compliquen un poco en ese momento.

—A Elle le dieron la misma caja, ¿no? ¿Qué le salió a ella? —preguntó Katia. El dios había intentado golpear a Elle varias veces, aunque no la había tocado. No obstante, había recibido la caja igualmente.

> Carl: Elle, ¿qué te ha salido en la caja de deidad?
>
> Elle: Ahora no puedo hablar. Imani ha chocado el barco. He tenido que congelar el agua para evitar que nos ahogásemos. Te puedo decir que me ha salido el grimorio de un conjuro llamado Granizo blando. Es una gran tormenta de hielo que se ha convertido en mi conjuro más potente, pero me da miedo probarlo. Cuesta 50 puntos de maná y tiene mucho tiempo de recarga. Hablamos pronto.

Les dije a los demás lo ocurrido. Mordecai negó con la cabeza.

—Es un conjuro de guerra. Coméntale que tenga cuidado con él mientras sigamos dentro de estas burbujas. ¿Conoces a alguien que esté en la misma que nosotros?

—Pues es una buena pregunta —dije—. Aún no he preguntado.

—Yo se lo he comentado a las ex-Hijas, pero nadie me ha respondido —comentó Katia—. Por cierto, Eva sigue viva. Aún la tengo en el chat.

—Si no está en esta burbuja, no tenemos que preocuparnos por ella. Mantén activa la habilidad Encontrar mazmorrero.

—Sí, la tengo activa. Hay ocho mazmorreros por aquí cerca, pero no los conozco. Todos tienen nivel veintipoco.

—Hum… —dijo Mordecai—. Me pregunto si el sistema habrá intentado equilibrar el nivel de los mazmorreros de cada burbuja. Eso explicaría que nos acompañe gente de tan poco nivel. Carl, tú tienes 41, que en estos momentos podría ser uno de los más altos de la mazmorra. No lo sabremos hasta que no se actualice la clasificación.

Envié un mensaje grupal para preguntar si había alguien conocido en la burbuja 543 y solo recibí una respuesta. Era una humana llamada Gwendolyn Duet. Era una TÍPICA GUERRERA ABURRIDA DE SIEMPRE de nivel 27. Sí, su clase era típico guerrero aburrido de siempre. Había visto la clase guerrero por ahí, pero esta era nueva. No recordaba haberme topado con ella en persona, pero hablaba mucho en los chats.

Estaba en el cuadrante de Tierra, muy por debajo de nosotros, a nivel del mar.

GWENDOLYN DUET: Anda. Hola, dinamitero. Parece que somos vecinos. Estos imbéciles con los que ando no tienen ni idea de nada. Otros dos de mi grupo y yo somos los que tenemos más nivel. Al llegar a tierra nos hemos topado con algo llamado el Castillo de Arena del Mago Loco de las Dunas. Hay serpientes gigantes, arañas gigantes y una especie de criaturas mitad humano y mitad escorpión que parecen sacadas de un banda de punk, sin camisa y con piercings en los pezones. También hay algo parecido a pájaros que llevan motosierras, aunque a esos aún no nos hemos enfrentado. No hemos mirado el castillo de cerca, pero es enorme. Tiene cuatro murallas y está construido junto a esa tumba gigante o montaña o lo que sea. No sé cómo vamos a entrar, la verdad.

CARL: ¿Tenéis algún club Desperado por ahí?

El maldito nombre ocupaba la mitad de la pantalla del chat, por lo que me metí en la interfaz y lo cambié a «Gwen».

GWEN: Si no tenemos en cuenta el castillo, hay tres pueblos. Me han dicho que hay un club Desperado en uno de ellos, pero no es en el que estamos ahora. Aun así, tampoco tengo permiso para entrar. Soy una dama muy educadita. Tengo un anillo que me permite entrar en el club Vencedor.

CARL: Muy bien. Pues ya me vas diciendo. Si conoces a alguien que esté en los cuadrantes del mar o de la tumba, avisa.

GWEN: Recibido. Hay un arrecife de coral alrededor de la isla. Se ve desde la costa. También he visto tiburones y medusas, pero no sé dónde se encuentra el castillo marino. En la superficie del agua no parece estar. De la tumba no tengo ni idea, pero hay muchas entradas que no podemos atravesar. Parece que hay

un laberinto ahí abajo. Después de lo del piso anterior, no me apetece algo así, la verdad.

CARL: Entendido.

De repente, quince días se me antojaron poquísimo tiempo.

Volvimos a aplicarnos las ventajas después de la siesta. Tras una breve discusión con Mordecai, llegamos a la conclusión de que necesitábamos mantener un horario de entrenamiento más estricto. Katia y Dónut se metieron en la sala de entrenamiento mientras que yo volví al pueblo. Le dimos a Mordecai los cupones de mejora ambiental y varios cientos de miles de monedas de oro. Dónut y él iban a comprar la interfaz de tienda y la mejora de cocina. Dónut también quería una de las mejoras sociales, algo que nos permitía ver mensajes de nuestros seguidores. Ella era la única que creía que era buena idea, y se pasó una hora entera haciendo pucheros para convencernos.

Dejé que Mordecai se encargara de todo eso y me dirigí a la Raja. El «sol» ya había salido, aunque amenazaba con quedar oculto tras el borde occidental de la tumba dentro de poco tiempo. Tenía que darme prisa.

Las prostitutas que estaban por todas partes, frente a los bares que poblaban la calle, se habían convertido en humanas. Algunas tenían proporciones ridículas, como pechos del tamaño de los de Odette. Tenían pieles de todos los colores del arcoíris y me fijé en que la mayoría habían sido hombres antes del cambio.

No parecía haber más clientes por la zona. Negué con la cabeza y avancé por la calle pegado a la muralla.

—Puedo convertirme en lo que quieras, guapo —me gritó una de ellas cuando pasé cerca—. Soy la que tiene más opciones registradas de todo el pueblo.

Encontré la casa que estaba buscando y toqué en la puerta alta.

Esperaba encontrarme con un dromedariense desgarbado, pero quien apareció en la puerta fue una criatura humanoide pequeña, gris y anodina. Me sorprendió y tuve que dar un paso atrás. Parecía que llevaba puesto uno de esos sacos sensoriales. No tenía nariz ni

ojos, sino el rostro vacío de un maniquí. Medía un metro cincuenta, más o menos. Extendió el brazo y me tocó la mano, momento en el que di otro paso atrás. De no haber tenido el punto blanco de PNJ en el mapa, lo habría machacado en ese mismo momento. Leí la descripción y me alegré por haber conseguido contenerme.

Skarn. Cambiado infante. Nivel 3.

Cambió mientras lo miraba. Empezaron a hinchársele la cara y el cuerpo para formar con torpeza los rasgos de un niño de unos ocho años. A diferencia de los primeros intentos de Katia de moldearse, al terminar tenía el aspecto exacto de un humano normal. Lo vi con unos bóxer de corazones y prendas iguales a las mías durante unos segundos, hasta que cambió y apareció con una túnica de dromedariense. El nombre sobre su cabeza también era otro. El niño alzó la vista para mirarme, con los ojos abiertos como platos y sin pronunciar palabra.

—Esto… Hola, niño —saludé—. ¿Tus padres están en casa?

—Mis padres murieron en los bombardeos. Flint ha salido a patrullar y no volverá hasta después de la oscuridad. Ahora es él quien me cuida. Dice que es mejor que tome la forma de la gente con la que me encuentro para que se sientan más cómodos. —El chico usaba una voz del todo antinatural y robótica, como si estuviese hablando por primera vez en su vida.

—Sí, es buena idea.

Daba muchísimo miedo. No era algo que me hubiese afectado antes, pero aquello me hizo plantearme una nueva fobia: fobia a los niños espeluznantes. En ese momento, me di cuenta de lo que acababa de decir aquel niño. Mierda.

—He visto ese telescopio tan guapo que tienes en el tejado de tu casa y me gustaría usarlo para mirar el castillo de los gnomos.

El niño, que se llamaba Skarn, empezó a brillar y a moverse. Al parecer, cuanto más hablábamos más se desarrollaba su personalidad.

—¿La fortaleza Páramo? ¡Puedo enseñártela! —Se quedó un momento en silencio—. Flint dice que se supone que tengo que

pedir una moneda de oro por hacerlo. Dice que los huérfanos solo sobreviven si usan su talento para sacarle dinero a los que son menos listos que ellos.

—Supongo que ese tal Flint es un dromedariense, ¿no? —pregunté mientras seguía al chico al interior de la casa. Llegamos a una estancia amplia y diáfana con un colchón de paja, una mesa alta y una pared entera de la que colgaban hierbas y verduras. Una escalerilla llevaba a una trampilla que había en el techo. El niño la subió demasiado rápido.

—Vivíamos en otro pueblo, pero los gnomos lo bombardearon —explicó Skarn—. Murieron casi todos, pero los dromedarienses nos acogieron. No sobrevivieron muchos niños. Ruby sí, pero Flint dice que ella está destinada a pasar el resto de su vida en la Callejuela de las Movidas Chungas.

—¿Por qué os bombardearon los gnomos?

—Flint dice que es porque son unos cabrones bajitos que merecen que los pisoteen hasta morir para que luego un ganso salvaje los despedace.

—Ah —dije justo cuando salí al tejado.

Desde allí había una vista panorámica del pueblo. La mayoría de los edificios, incluyendo el del club Desperado que estaba en la calle de al lado, tenían un piso. El ayuntamiento estaba cerca y se alzaba a cuatro pisos de altura sin incluir el toldo gigantesco que tenía enrollado en la parte superior, que medía otros dos. Ahora que estaba despejado vi aquel «cuenco» en su totalidad. Era más o menos circular y tendría casi cinco kilómetros de diámetro. Vi el otro pueblo en la distancia, que era prácticamente igual a este, pero se encontraba en la muralla del otro extremo. Las tierras baldías que separaban los dos asentamientos estaban llenas de dunas y entradas de cuevas. También había restos metálicos desperdigados por aquí y por allá. Unas criaturas gigantescas patrullaban el desierto, demasiado alejadas como para ver qué eran en realidad. La zona me pareció mucho más pequeña ahora que la veía en su totalidad.

«Vale. Ya sabemos a qué nos enfrentamos».

Skarn se acercó al telescopio, que estaba girado hacia el desierto.

—Me gusta vigilar a la patrulla para asegurarme de que están bien. Flint dice que si me hago grande y fuerte quizá me dejen quedarme y unirme a ellos algún día.

Pensé en la enorme cantidad de prostitutas desesperadas que había en la calle. Aún no llegaba a entenderlo del todo, pero las piezas empezaban a encajar. Skarn movió el telescopio como si buscase algo. El artilugio era un tubo blanco cubierto de cañerías y engranajes. Estaba hecho de un material extraño, que bien podría haber sido cerámica. Lo examiné.

> Catalejísimo gnómico mágico.
>
> Se dice que el catalejísimo, que se usa para avistar objetivos para bombardear a largas distancias, es uno de los inventos que han permitido a los gnomos de los dirigibles alcanzar la superioridad aérea. Cuando se instala debidamente en un acorazado gnómico, este dispositivo aumenta la precisión de las bombas que dependen de la gravedad en un 75 %. También permite inspeccionar y conseguir información de objetos a mucha distancia. Y es genial para espiar a tus vecinos. Cuando tienes esto en tu nave no te hace falta ver porno.
>
> Aviso: Todos los gnomos avistados con este artilugio recibirán un aviso para indicarles que los están espiando.

—¿Dónde lo conseguiste? —pregunté.

—Flint lo encontró en las dunas. Hay muchas cosas de la última guerra tiradas por ahí. ¡Ahí! ¡Ahí está! Vale, ya puedes mirar. Rápido, porque se mueve. Pero tienes que pagar.

Le tiré una moneda de oro al chico, que la dejó caer en el tejado. Después la cogió con las dos manos y pegó un brinquito.

—¡Gracias, señor! Puedes usar la ruedecita esa de la derecha para acercar y alejar la imagen.

—Perfecto, chaval —dije mientras me inclinaba hacia el ocular.

Esperaba que la imagen apareciese al revés, como la del telescopio que tenía cuando era guardacostas, pero el castillo de los gnomos apareció recto, grande e imponente.

—Guau —murmuré, sorprendido por la nitidez de la imagen—. Es enorme. Parece una puñetera chatarrería voladora.

—Pues antes era más grande, pero algunas partes se rompieron y cayeron al agua.

La fortaleza Páramo parecía una isla casi rectangular de bordes aserrados que hubiesen arrancado directamente del suelo. Tenía tantas cosas que era difícil centrarse en la totalidad de la estructura. Desde el lugar donde nos encontrábamos, solo veía la parte superior: un tejado de lo que parecía ser una casa que se encontraba en el centro de aquel pedazo de tierra enorme. Pero alrededor también había estructuras más pequeñas, la mayoría de lo que parecía ser metal corrugado, similar a los muros de Pezuña de Camella. Varios globos de tamaño descomunal mantenían la isla a flote. Tres de ellos, marrones y con forma de dirigible, estaban flanqueados por otros monstruosos, aún mayores y redondos. Los cinco globos estaban unidos individualmente a la isla por cuerdas relucientes, y todos se encontraban en el interior de una red. También estaban rodeados por el brillo característico de una barrera mágica, lo que hacía que la parte superior resplandeciese a la luz mortecina del día.

Si había conseguido calcular bien el tamaño, la isla tendría más o menos el ancho de tres campos de fútbol americano. Era como un portaaviones volador, pero más amplio aún. Me percaté de que algunos de los edificios pequeños del exterior eran armas, en realidad. Vi balistas, fundíbulos y todo tipo de cachivaches.

De la parte inferior de la isla colgaban cuerdas, cadenas y otros objetos extraños que resplandecían con la luz. También me pareció distinguir una especie de cabañas pequeñas y redondas. Algunos de los objetos colgaban a escasos metros, pero otras cadenas, cuerdas y cosas raras se perdían por debajo de lo que alcanzaba a ver el telescopio.

Por si eso fuera poco, a un lado de la isla flotante había varias decenas de máquinas voladoras diferentes de distintos tamaños, desde globos aerostáticos individuales a barcos flotantes de tamaño autobús que parecían volar con métodos mágicos. La mayoría estaban anclados en el otro extremo de la isla, y todos parecían artilugios desiguales y oxidados que no deberían usarse para volar, como los coches de una película de *Mad Max*. En ese momento, uno de los vehículos voladores del tamaño de un bote de remos apareció volando. El conductor era un gnomo, sin duda, parecido en forma y

tamaño a los protectores bopca, pero quizá algo más pequeño y con una nariz aún más protuberante. Llevaba el típico gorro rojo puntiagudo. De hecho, me di cuenta de que toda la isla estaba llena de pequeños gorros rojos que iban de un lado a otro.

Aquella pequeña aeronave flotaba como si fuese un dron, con cuatro propulsores colocados en la parte inferior. La forma característica de una bomba tamaño nevera colgaba de manera precaria por debajo. Aumenté la imagen aún más y, para mi sorpresa, apareció la información como si la estuviese examinando de cerca.

> Toc toc gnómico.
> Tipo: Bomba termobárica.
> Efecto: Explosión termobárica.
> Estado: 40. Poco estable. Yo no la tocaría.
> ¿Has visto alguna vez morir a un dromedariense porque sus pulmones implosionan, se le derrite la piel y luego se vaporiza al completo? ¡Pues ahora es tu oportunidad! Esta arma proporciona diversión para toda la familia y es la principal de los pelotones de bombarderos gnómicos. Solo quedan unas pocas y suelen encontrarse en las aeronaves patrulla más fiables de las fuerzas aéreas más fallidas.
> Las bombas termobáricas toc toc se usaron como arma devastadora en los primeros días del conflicto armado más reciente. Las restantes se usan como arma disuasoria por parte de ambos bandos. Son simples, rudimentarias y muy efectivas. Se detonan usando un fusible de presión que permite al bombardero elegir la altura a la que quiere que exploten. Para obtener una eficacia mayor es necesario que el bombardero conozca la altitud a la que se encuentra su objetivo.
> Tienen fama de ser inestables. Pero menudo espectáculo.

—Madre mía —murmuré mientras me echaba hacia atrás. Miré al niño—. ¿Tiraron una de esas bombas toc toc en tu antiguo pueblo?

—Pues sí —respondió este—. Pero fue hace mucho tiempo. Ya ni me acuerdo. Flint dice que los gnomos son unos cobardes lanzabombas. Dice que cualquiera que use una bomba es un cagón.

—Flint parece un modelo a seguir. ¿Por qué los gnomos no se dedican a tirar bombas por aquí?

Skarn se encogió de hombros.

—Flint dice que es por lo que hay en el ayuntamiento. Pasa lo mismo con los bactrianos. Por eso hay paz.

—¿Y qué es lo que hay?

—Flint dice que nadie lo sabe, pero aquí en Pezuña de Camella tenemos algo con lo que conseguimos que los gnomos no tiren bombas. Su líder es un gnomo malísimo, pero nosotros contamos con algo que no quiere destruir, por lo que no bombardea este lugar. Siguen atacando por fuera de los muros, eso sí. Esa es la razón por la que Flint y los demás solo salen justo después de las tormentas, cuando la fortaleza Páramo está sobre el agua.

—Pero ¿sabes qué es lo que guardan en el ayuntamiento?

—No lo sé y no tengo permitido ir. Sé que come setas, eso sí.

3

—Vale. Esto es lo que vamos a hacer —dije cuando acabé de entrenar—. Lo primero será encontrar a los demás mazmorreros y asegurarnos de que unimos fuerzas. Lo segundo, descubrir a quién tienen encerrado en el ayuntamiento. Es probable que sea el hijo del líder de los gnomos o algo así.

—A lo mejor es su mascota —comentó Dónut—. Nadie quiere que le tiren una bomba a su mascota. ¿Qué criatura come setas?

—Pues muchas —respondió Mordecai.

—Muy bien. Entramos ahí…, y si vemos que se trata del hijo, ¿qué hacemos? —preguntó Katia. Había adquirido la forma de una dromedariense, una casi perfecta. El sistema la había registrado con un noventa y cinco por ciento.

—Pues dependerá de lo que encontremos, pero creo que lo ideal sería ir a ese otro pueblo y repetir la jugada. Parece que ellos también tienen algo que evita que los bombardeen. Lo único que sabemos por ahora es lo que me contó ese niño. Necesitamos toda la información posible antes de continuar.

—Muy bien. Pero antes de salir ahí fuera, repasemos las nuevas mejoras —comentó Mordecai, que señaló la cocina renovada, que consistía en poco más que una hilera de tres armarios contra la pared blanca de la estancia—. Podremos mejorarla mucho más cuando consigamos las mejoras de categoría dos. Qué ganas de conseguirlas, sobre todo por la estancia mágica. Pero ya hablaremos de eso más adelante. Esto que veis aquí son sintetizadores de comida que he comprado con el cupón de Katia. Solo podéis usarlos una vez al día, pero la mejora cuenta con tres armarios distintos: desayuno, merienda y cena respectivamente. Sé de buena tinta que

pueden dar error. Os sugiero no elegir el mismo objeto dos veces seguidas, porque puede que de ahí en adelante solo os deje elegir esa opción. Las opciones cambian cada día y son personalizadas. Se amoldarán a vuestros gustos.

Me acerqué al primer armario, coloqué la mano en la puerta y apareció un menú. Era una lista con unas veinte opciones, todas para desayunar, desde copos de maíz tostado a beicon con sémola de maíz. Hice clic en BAGEL DE SALCHICHAS y abrí la puerta. Tras ella encontré la comida caliente, como si aquello fuese un microondas.

—Qué pasada —dije.

—No te emociones mucho —advirtió Katia—. Pruébalo primero.

Le di un mordisco. Sabía a sándwich precocinado calentado en un microondas, de esos que había comido miles de veces a lo largo de los años.

—Pues no está mal —dije mientras masticaba—. Tampoco es que sea gran cosa. La comida de los bopca es mejor.

Apareció una notificación cuando recibí una nueva ventaja:

> ¡Estás lleno! Tu barriguita contenta aumenta la velocidad de sanación en un 5 %. También reduce la duración de las desventajas en un 5 % y todo el daño indirecto en un 5 %.

—La mejora de comida dura todo el día, por lo que no es necesario que hagáis las tres comidas aquí —comentó Mordecai.

—Gracias a Dios —dijo Katia—. Yo he pedido skyr con mermelada y sabía a crema agria en mal estado con caramelos masticables.

—¿Qué mierdas es el skyr? —pregunté.

—La segunda mejora es igual de importante —nos interrumpió Mordecai—. Es la interfaz de mercado.

—¿Mercado? —dije—. ¿Podremos comprar cosas?

—Sí y no —respondió él—. Ya la tenemos comprada, pero no se abrirá hasta el siguiente piso. Por el momento, es poco más que una tienda virtual. La siguiente categoría es lo mismo, pero cuesta el doble, así que hay que hacerse con ella ya. Ahí podréis comprar pociones y pergaminos. Y también otros objetos al azar. También podréis vender cosas. Carl, eso lo hemos comprado con tu cupón,

pero se lo he dado a Dónut para que sea ella la que lo haga. La bonificación de Carisma se añade automáticamente a los precios.

Dónut ya me lo había contado mientras lo hacía, y yo le había dicho que me parecía bien. Si la gata moría o nuestro grupo se separaba, iba a perder la mejora, eso sí. Pero llegados a este punto, nuestras cosas estaban tan mezcladas que perder dicha mejora sería la menor de mis preocupaciones.

—¿Cómo funciona? —pregunté. Ya conocía la respuesta, pero quería la confirmación de Mordecai.

Señaló con el ala hacia una pantalla que había contra la pared junto a su puerta. No la había visto hasta ese momento.

—La interfaz es muy simple. Es como comprar y vender en eBay. En el próximo piso habrá hasta subastas. Si queréis vender algún objeto mágico, como esas prendas de nivel bajo que recibís siempre, me esperaría hasta entonces. Las cosas normales podéis dárselas al comerciante IA, que os hará un buen precio gracias a Dónut.

—No me gusta —dijo la gata—. Así no puedo regatear. Además, esto está mal. Dice que mis gorros del piso anterior solo valen una moneda de oro. Hay que arreglarlo como sea.

—¿Subastas? —pregunté—. La clientela se reduce con cada piso. ¿Cuántos de los nuestros lo tienen? ¿La gente lo usa?

—Sí, sí, claro. Los turistas y las facciones podrán usar el sistema para comerciar una vez se abra el sexto piso. Ya veréis. El mercado estará a rebosar. Algunas de las facciones se harán con todos los objetos mágicos, por lo que conseguiréis mucho dinero vendiendo el botín. Mucho más que si lo hicieseis en la tienda.

—Un momento —dije—. ¿Vamos a tener que luchar contra la gente a la que le vendemos los objetos?

—Claro —respondió el aveceleste—. Las facciones equipan así a sus ejércitos. Pero si vosotros no vendéis el equipo, otros los harán.

—Entonces…, el príncipe Fornido también usará la interfaz esta, ¿no?

—No, en realidad no —respondió Mordecai—. Las facciones del noveno piso no usan la interfaz. La ciudad central de Larracos cuenta con tiendas dirigidas por PNJ, y los líderes de las facciones tienen que ir físicamente a dichas tiendas para comprar o subastar

los objetos. Una vez los mazmorreros llegan allí, expulsan a todo el mundo de Larracos y empiezan los enfrentamientos. Es por eso por lo que cuando más dinero conseguiréis será vendiendo vuestras cosas desde el sexto hasta el octavo piso. Una vez se abra el noveno, las facciones ya no podrán comprar nuevo equipamiento y solo podrán arrebatárselo a otros ejércitos. Os lo explicaré a su debido tiempo.

—No me gusta vender cosas a gente que va a usarlas contra nosotros.

Mordecai gruñó.

—Más bien las usarán para luchar entre ellos. Ahora, acercaos y echadle un vistazo a la interfaz.

—Sí, ahora voy —dije—. Tenemos cosas que hacer.

Sí que quería echarle un ojo a la interfaz, principalmente porque al fin conseguiría tener una idea del valor en monedas de oro de la mayoría de los objetos de mi inventario. Pero en *El libro de cocina del anarquista de la mazmorra* había leído que no se recomendaba usar la interfaz del mercado mientras tuviese el libro encima. Ahora mismo, no tenía valor alguno dentro de mi inventario, y otras cosas como esa bomba a punto de estallar tampoco lo tenían. No obstante, en el libro había una advertencia:

> <Nota añadida por el mazmorrero Batbilge. Duodécima edición>.
>
> Ojo con la interfaz del mercado. Usa un sistema diferente que el de la tuya para tasar los objetos. Este volumen aparecerá como un tomo reliquia familiar única, lo que hará que tenga un valor ridículamente alto, unos cincuenta millones de monedas de oro. Aún no me ha pasado nada, pero no me gusta la idea de que terceros tengan acceso a mi inventario.

> <Nota añadida por el mazmorrero Allister. Decimotercera edición>.
>
> No sé si ha sido por culpa de eso, pero esa parece ser la última entrada de Batbilge en el libro de cocina. Yo he dejado las cartas sobre mi cama sin llamar mucho la atención cada vez que quería usar el mercado. Asegúrate de que no las llevas encima, por si acaso.

Sabía que el libro de cocina adquiría formas diferentes cada vez. Para Allister, había sido una enorme baraja de cartas de su planeta natal. Eran de un juego llamado T'Ghee, que parecía ser una mezcla

entre el ajedrez y el ¡Pesca!, por la poca información que había dado el mazmorrero. El juego también formaba parte de una religión que se basaba en la meditación, lo que ayudaba a que Allister pudiese pasar horas enteras estudiando dichas cartas.

En mi habitación tenía una pequeña mesita de noche junto a la cama, aunque no me pasaba mucho por ella porque Dónut no había dejado de insistirme en que durmiésemos juntos. Intentaría dejar el libro allí y luego usaría la interfaz del mercado.

Pero, por el momento y como había dicho antes, teníamos cosas que hacer.

Los primeros dos mazmorreros eran una pareja de humanos que se encontraban en un burdel llamado Escupe y Traga. El logo del bar era una especie de ave ensartada en una brocheta. Entramos en la estancia segura que olía a incienso y estaba en la penumbra. Mongo se encontraba en su transportín, Dónut iba sobre mi hombro y Katia estaba a mi lado. Un camarero dromedariense alzó la vista para mirarnos. Había varios dromedarienses sentados en las mesas y bebiendo en la barra. Una música agradable reverberaba por la enorme habitación con forma de L. Vi a un joven cambiado tocando un instrumento de cuerda que parecía una guitarra pero cuadrada. Era una melodía sutil pero arrebatadora, con cierto aire asiático. No casaba nada con aquel bar de mala muerte.

Los dos mazmorreros eran los mismos que habíamos visto al entrar en la Raja. El primero era un hombre alto y flaco con un rostro anguloso, de unos veinticinco años. Tenía la piel olivácea y parecía ser de Oriente Próximo. Era un MARTILLERO de nivel 22 llamado FIRAS M. El otro era un tipo calvo y con sobrepeso de más o menos la misma edad. Tenía aspecto español. Era un FUMIGADOR de nivel 22 llamado LOUIS SANTIAGO 2.

Sobre el regazo de Louis había una prostituta, con cierto parecido a Jessica Rabbit. Cuando entramos, Louis y Firas estaban riendo.

—Esta es mucho mejor que la Leia esclava —comentó Louis.

La mujer puso cara triste.

—Dijiste que te había gustado. ¿Y qué te parece mi…? —Se quedó en silencio al ver que nos deteníamos junto a la mesa.

—La están obligando a transformarse en celebridades —comentó Katia con tono indignado. La estaban oyendo, pero ella actuaba como si no fuese el caso.

—Eso parece —comenté. Cada vez que lo hacían, tenían que describir el personaje como si estuviesen haciendo un retrato robot policial. La Jessica Rabbit se parecía bastante, pero la frente de la mujer era demasiado pequeña y la nariz demasiado grande. Además, el vestido no se parecía en nada.

La prostituta, que era una «humana» de nivel 14, se había quedado mirando a Katia de arriba abajo con gesto resentido. Escupió en el suelo antes de levantarse y dirigirse hacia el otro extremo de la estancia.

—¡Pero bueno! —dijo Dónut—. ¿Habéis visto eso? Creo que no le gustas nada, Katia.

—Mordecai me lo advirtió —comentó Katia sin quitarle ojo de encima a la prostituta mientras se alejaba. La mujer volvió a adquirir su extraña forma de cambiado y se apoyó en la barra. Era la única que había por allí—. Me comentó que es normal que los cambiaformas nos caigamos mal.

—Es probable que esté celosa —aseguró Dónut—. Tú puedes transformarte en todo lo que quieras y ellos en monstruos normales que hayan tocado.

—Quizá —dijo Katia—. Pero también pueden moldear su cuerpo a voluntad. Además, consiguen algunas de las habilidades de la especie en la que se transforman. A veces creo que sería mejor tener algo así. Yo nunca voy a ser capaz de volar como ellos, por ejemplo.

Era algo de lo que habíamos hablado con anterioridad. Katia era doppelgänger y podía transformarse en una criatura voladora y quizá alzarse un poco del suelo. El problema era que, aunque no añadiese masa alguna a su cuerpo, seguía pesando mucho más que la mayoría de las criaturas voladoras, lo que hacía que volar fuese un problemón. Tendría que hacerse grande como un dragón para lograrlo, pero eso le llevaría demasiado esfuerzo y demasiado

tiempo, un tiempo del que no disponíamos. La masa de un cambiado era diferente dependiendo de la transformación. Le había preguntado a Mordecai que cómo podía ser, y él se había limitado a responder: «Magia».

Los dos mazmorreros se nos habían quedado mirando con los ojos abiertos como platos.

—Eres Carl —dijo Louis, que se giró hacia Firas—. Te dije que era Carl.

—Y yo te creí, sí.

—Estamos preparando un plan para escapar de este piso —expliqué—. Me gustaría reclutar a todos los que estén por el pueblo para hablar sobre el tema. Nos reuniremos en la Raja después del episodio resumen.

—La Raja—dijo Louis, que soltó una carcajada—. ¿Lo pillas? —preguntó a Firas.

—¿Qué tengo que pillar? —preguntó este.

—¡El chiste! El nombre del bar es un chiste.

—¿Lo de la Raja es un chiste?

—Sí, joder. Venga ya. El pueblo es un burdel. La Raja, ya sabes. Lo de ahí abajo.

—¿Qué? —insistió Firas—. No entiendo nada.

Terminé por darme cuenta de que ambos estaban borrachísimos. No vi la desventaja sobre sus cabezas, eso sí. Aún no entendía muy bien por qué aparecía sobre algunas personas y no sobre otras. Supongo que la desventaja Como una cuba solo se activaba en circunstancias específicas.

—Mirad —dije mientras me inclinaba hacia ellos—. Tenemos que unir nuestras fuerzas. El episodio resumen será dentro de seis horas. Nos vemos allí.

—¿Y si no vamos? —preguntó Louis, que de repente se había puesto inexplicablemente hostil—. ¿Vas a hacernos volar por los aires con una bomba?

—No —dijo Dónut, que saltó sobre la mesa en ese instante y tiró los vasos de los mazmorreros. Derramó el vodka por todas partes—. No será Carl quien os haga daño. Pero si no formáis parte del equipo, nos aseguraremos de que os echen del pueblo. ¿Habéis visto

los enemigos que hay por el desierto? Todos tienen nivel 30 como mínimo. Y como vosotros no sois más que dos tontolabas de nivel 22, diría que no os va a ir muy bien. Ahora repetid conmigo: «Nos vemos allí, Carl».

—Nos vemos allí, Carl —dijo Louis, que tragó saliva a duras penas.

—Así me gusta —comentó Dónut.

—¿Tontolabas? —preguntó Katia—. ¿Esa también la has aprendido de Elle?

—¡Esa la aprendí gracias a la IA! —respondió la gata—. Estaba esperando el momento adecuado para usarla.

—Esos tipos no van a ayudarnos —aseguré—. Algo me dice que ya se han rendido y se limitarán a hacer el vago.

—Me gustaría saber cómo han llegado hasta aquí —comentó Katia.

Solo había anochecido hacía dos horas, pero el amanecer empezaba a despuntar en la distancia cuando salimos del Escupe y Traga.

—Oye —llamé a un dromedariense que pasaba en ese momento junto a nosotros con un fardo lleno de juncos a la espalda. Se detuvo y se nos quedó mirando, impasible.

—¿Las noches solo duran dos horas por aquí?

Se me quedó mirando como si fuese la pregunta más tonta que le hubiesen hecho en toda su vida.

—Taranis surca los cielos perseguido por su hermano rojo Hellik, quien lo alcanza cuatro horas antes de que oscurezca. Luego, Taranis echa a su hermano malvado con la tormenta antes de descender para descansar durante dos horas antes de que vuelva a ocurrir.

—¿Y cuánto tarda Taranis en recorrer el cielo de un lado a otro? —preguntó Katia—. ¿Y cuánto tarda en aparecer Hellik?

—Sí que sois nuevos por aquí, sí. Ya me lo habían comentado —dijo el dromedariense—. El recorrido de Taranis dura unas veinticuatro horas, excepto en los meses de oscuridad después de que su hermano termine por darle caza y lo traicione. Hellik solo

está en los cielos durante ocho horas al día. Os recomiendo que no estéis fuera cuando ambos estén ahí arriba, porque el calor es insoportable.

—Vale. Parece que hay dos soles —explicó Katia—. ¿Cuánto tarda en salir el sol rojo?

—Tenéis doce horas —respondió la criatura—. Pero se acerca el momento del cambio. Dentro de once días tendrá lugar el Equinoccio Rojo. Es cuando alcanzan a Taranis y este desaparece durante todo el día menos cuatro horas. La luz de Hellik bañará el mundo ocho horas, pero cuatro de esas horas serán tormentosas. Ahora, dejadme en paz.

Se dio la vuelta y se marchó.

—¿Has entendido algo? —pregunté a Katia.

—Creo que sí —respondió ella—. Los días tienen veinticuatro horas, como en la Tierra. Solo anochece durante dos horas. Hay tormentas todos los días cuatro horas antes del amanecer y estas duran dos horas. El segundo de los soles sale ocho horas, momento en el que hace muchísimo calor. Parece que los tres últimos días que vamos a pasar por este piso será de noche prácticamente todo el tiempo, y las tormentas durarán el doble.

—Entonces… ¿ha dicho que quedan doce horas antes de que el calor se vuelva insoportable? —pregunté.

—Así es —aseguró Katia—. Y dieciocho para la siguiente tormenta de arena. Creo.

—Pero si el calor ya es insoportable —se quejó Dónut.

—Pues será mejor que nos demos prisa —comenté. El tiempo siempre era enrevesado en la mazmorra. Los relojes se basaban principalmente en el de veinticuatro horas de la Tierra, pero el episodio resumen y el tiempo de recarga de algunos conjuros lo hacía en el día estándar del Sindicato, que tenía unas treinta horas y diecisiete segundos y medio, o algo así. Me recordó a los cálculos que tenía que hacer con el sistema métrico y el imperial, algo que por suerte era mi día a día en el trabajo antes de que ocurriese todo esto.

Después de Louis y Firas encontramos a otros seis mazmorreros en otro bar. Era un grupo de semielfos y humanos que tenían entre

nivel 21 y 24. Parecían mayores, de entre treinta y cuarenta años. Todos eran arqueros. Los seis habían elegido la misma clase. Resultó ser un grupo de vendedores de coches de Helsinki. Todos trabajaban en concesionarios cercanos y estaban comiendo juntos cuando tuvo lugar el derrumbe. En el primer piso, los había atacado un grupo de goblins con arcos que había acabado con muchos de ellos. Después de vencerlos, las cajas que recibieron estaban llenas de objetos relacionados con arcos y flechas. Tenían espadas, dagas y porras, pero lo único que se les daba bien eran los arcos.

El hecho de que todos hubiesen elegido la misma clase era lo más estúpido que había visto en todo el tiempo que llevaba en la mazmorra, pero ahora que me hacía una mejor idea de cómo funcionaba este lugar, sabía que era probable que ellos no tuviesen toda la culpa.

Se habían unido a un grupo mucho más grande durante los dos pisos anteriores, pero habían mantenido su grupo en la interfaz de la mazmorra. Lo de ser arqueros les había servido en el tercer piso, pero en el cuarto les había complicado mucho la existencia. El «líder» era un hombre bajo y fornido de unos cuarenta y cinco años con el cabello rubio y canoso y ojos azul claro. Se llamaba Langley y era el que tenía más nivel de todos, con 24.

A pesar de no tener demasiado nivel, parecían tomárselo en serio. También habían recibido la misión de descubrir qué había en el ayuntamiento y, cuando llegamos, estaban discutiendo para ver qué hacían. Los convencí para que esperasen un poco y saliesen del pueblo para entrenar mientras nosotros íbamos al asentamiento de los bactrianos, que se encontraba a unos cinco kilómetros atravesando las dunas. Quedamos en reunirnos más adelante.

Cuando salimos, las puertas del pueblo estaban abiertas de par en par y no había guardias. Katia añadió masa a su cuerpo, lo que le hizo aumentar su altura y su complexión. Sacó el escudo antidisturbios y se lo colocó en el brazo izquierdo.

—No te voy a mentir —dije cuando salimos del pueblo—. Me sigues dando miedo cuando te transformas.

—Eso es porque estás acostumbrado a ser el más grande del grupo —dijo ella.

—Quizá —comenté—. O quizá sea porque es raro de cojones. ¿Os habéis parado a pensar cuánto ha cambiado nuestra vida?

Nadie respondió.

Las dunas se extendían en todas direcciones. Allí, en el suelo, no se distinguía bien lo pequeño que era el mundo en el que nos encontrábamos. Sabía que el pueblo de los bactrianos no estaba demasiado lejos y encima se encontraba en línea recta. Solo teníamos que seguir caminando, subiendo y bajando por las dunas. No tardaríamos en encontrarnos con los muros del asentamiento.

La fortaleza Páramo flotaba a mucha altura y parecía haberse colocado justo sobre el desierto. Había varias máquinas voladoras que flotaban en círculo a su alrededor y rozaban el borde superior de la burbuja, pero ninguna se encontraba justo encima de lo que habíamos bautizado el «cuenco». Una bandada de aves en forma de V avanzó en la distancia en dirección al borde del cuenco, para luego perderse de vista detrás en dirección al cuadrante de Tierra.

Dónut liberó a Mongo y se subió sobre la mascota mientras avanzábamos en dirección sur hacia el otro asentamiento. Esperaba hundirme en la arena hasta la cintura, pero la mayor parte de la superficie era compacta y solo había alguna que otra duna en la que esta me llegaba hasta el tobillo. En algunos lugares se veía la piedra desnuda. Estábamos caminando sobre una tumba gigantesca de verdad. Tenía la esperanza de que el equipo al que le hubiese tocado recorrerla no hiciese nada estúpido que terminase por derrumbarla.

El suelo no era plano. Había dado por hecho que lo que causaba la creación de las dunas era la superficie irregular del cuenco, pero ahora sabía que era la tumba la que creaba las subidas y bajadas de aquel paisaje de colinas onduladas de arena.

A nuestro alrededor se desperdigaban pedazos oxidados de aeronaves, como si fuesen juguetes olvidados. No parecía haber nada digno de saquear en ellos.

—Viene una criatura —dijo Katia cuando llevábamos cinco minutos caminando—. Y rápido.

—Y es grande —añadió Dónut.

—Muy bien, chicos —dije mientras el punto aparecía en mi mapa —. Contra.

Katia se colocó a mi derecha mientras Dónut saltaba en mi hombro. Mongo se colocó a mi izquierda justo cuando aparecieron los dos Mongo mecánicos. Ambos autómatas se dispusieron frente a nosotros cuando Dónut empezó a gritarles órdenes. Preparé el conjuro Empotrador, pero quería esperar a ver contra qué nos enfrentábamos. Katia se ensanchó y se colocó la ballesta sobre el hombro.

El monstruo ascendió por la duna, nos miró y siseó.

—Madre mía —dije mientras Dónut lo ametrallaba con proyectiles mágicos. Un instante después, la piel blindada de la criatura empezó a recibir los impactos de unos virotes de ballesta, pero la mayoría rebotó y cayó al suelo.

Era un lagarto marrón con manchas anaranjadas cubierto de unos pinchos de veinticinco centímetros. Su lengua larga y roja salió disparada hacia nosotros. La criatura era del tamaño de un puñetero oso *grizzly*. Volvió a sisear y avanzó hacia donde nos encontrábamos, agitando el cuerpo de un lado a otro como si fuese un cocodrilo que corre por tierra firme.

> Diablo picudo macho. Nivel 34.
>
> Estos cabrones están hechos un colador y son muy comunes en los planetas desérticos. Son grandes, rápidos, imbéciles e iracundos. Sus cuerpos están cubiertos de unos pinchos defensivos ante los que es imposible no hacerse la siguiente pregunta: ¿Por qué algo tan grande se vio obligado a desarrollar ese mecanismo de defensa?
>
> Las criaturas de esta especie suelen tener harenes inversos. Es muy probable que reconozcas a la reina cuando te topes con ella. Y también es muy probable que sea una de las últimas cosas que veas antes de morir.
>
> Aviso: Es una criatura de tipo lagarto. Te infligirá un 20 % más de daño debido a tu sello de extinción. Eso te pasa por matar a tantos monstruos inocentes.

—Fantástico —murmuré. Los virotes de ballesta de Katia no le hacían un carajo, pero el nuevo proyectil mágico mejorado de Dónut sí que le quitaba muchos puntos de vida con cada impacto. La criatura se detuvo en lo alto de una de las dunas al darse cuenta de que quizá se había precipitado. Empezó a retirarse, momento en el que guardé el guantelete y saqué una esfera pelotazo. La lancé y le di en toda la cabeza. Le hizo bastante daño, casi tanto como uno de los proyectiles de Dónut.

La gata evitó matarlo para que los Mongo mecánicos atacasen. Tenía ganas de ver de qué eran capaces. La criatura rugió con tono desafiante sin dejar de alejarse mientras ascendía una pequeña colina y nosotros continuábamos acercándonos. Los dos dinosaurios saltaron sobre el monstruo y empezaron a morderle su cuerpo blindado. Este siguió retrocediendo, agitando la cola e intentando morder a los autómatas.

No le hicieron daño. El diablo picudo extendió una de las patas y golpeó a uno de los Mongo, al que aplastó como si fuese un niño que aplasta una piruleta. El robot explotó. El otro graznó y le enterró las garras a la criatura, para continuar arañándolo mientras el Mongo de verdad aullaba de rabia. Dónut gritó para que no hiciese nada, momento en el que el autómata consiguió abrirle una herida al lagarto en el costado de la que empezó a brotar sangre. La criatura empezó a zarandearse a una velocidad sorprendentemente rápida, tanto de pie como en el suelo bocarriba. Consiguió morder al segundo Mongo mecánico y también lo hizo explotar.

—Tienen una armadura muy gruesa —comentó Katia. Apuntó con la ballesta hacia la herida de la criatura y le hizo algo de daño al fin. Le quedaba muy poca salud, prácticamente nada. Dónut podía matarla en cualquier momento con otro proyectil, pero se contuvo. Teníamos que experimentar con los nuevos enemigos para comprobar qué hacían y qué no.

—Atrás —dije mientras calculaba la distancia. Cargué una hobomba con un cuarto de potencia mientras la criatura intentaba escapar por la duna con desesperación. Lancé el explosivo con una volea y cayó detrás de la colina, fuera de nuestro campo de visión.

¡Pum!

Un géiser rojo de entrañas de lagarto mezclado con una gran nube de arena brotó en el horizonte. Una pequeña explosión hizo temblar el suelo, y restos y pedazos de reptil empezaron a caernos encima. El punto rojo se convirtió en una equis.

—Buen tiro —dijo Katia.

—Me gustan las explosiones, pero ¿por qué siempre tienen que ser tan asquerosas? —preguntó Dónut, aún en mi hombro—. La arena combina fatal con la sangre.

Volvió a subirse a Mongo y empezó a limpiarse el pelaje.

Gruñí.

—Esas bombas siguen siendo demasiado para el cuerpo a cuerpo a pesar de estar a un cuarto de su potencia. ¿A qué distancia estaba el lagarto? ¿A poco menos de diez metros? La metralla ha estado a punto de alcanzarnos. Tengo que crear más, quizá la mitad de potentes.

Nos acercamos a investigar el cadáver. Mongo gimió al ver las piezas mecánicas, que empezaron a desaparecer. El monstruo soltó veinte de oro, un hígado de diablo picudo y varios dientes que parecían tener algo de valor. Lo guardé todo en el inventario.

—¿Ves el asentamiento? —pregunté a Katia.

—Sí —respondió—. Cuando salimos del pueblo, me apareció en el mapa la mayor parte del cuenco. Debería quedar a la vista cuando subamos la siguiente duna.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Dónut, que de repente alzó la vista al cielo. Señaló con la pata—. ¡Mirad allí!

—Algo me dice que la explosión no ha pasado desapercibida —dije mientras me colocaba la mano en la frente para hacer visera—. ¡Eh!

Me agaché justo cuando el avión pasó a unos treinta metros sobre nuestras cabezas.

La máquina voladora chirrió con estruendo, como una sierra circular voladora. Había salido de la nada. Era muy probable que de la fortaleza Páramo. Parecía un puñetero biplano con cabina abierta y dos motores, uno a cada lado entre las alas. Vi el característico gorro rojo del piloto, así como el de un segundo pasajero gnomo girado hacia atrás. Dos siluetas ominosas colgaban verticalmente bajo el fuselaje. Eran objetos con forma de huevo algo más pequeños que un toc toc. Cada uno colgaba de la parte baja de la aeronave dentro de una pequeña red.

El avión empezó a virar para volver a por nosotros. No teníamos lugar donde escondernos.

Tiré tres cortinas de humo, tras lo que solo me quedaron cuatro, y corrimos por donde habíamos venido para ocultarnos detrás de una pequeña duna. El humo empezó a alzarse hacia los cielos, arremolinándose para luego desperdigarse en todas direcciones.

La aeronave descendió mientras giraba, momento en el que la vi a la perfección a pesar del humo. El morro tenía una cara pintada en un costado, una especie de animal gris que abría la boca como si gritase. Se parecía a una especie de koala rabioso y despiadado.

> Oso rabioso gnómico. Artilugio.
>
> Es uno de los primeros cazas creado por los gnomos de los dirigibles. Solo hay unos pocos en funcionamiento. Llegan a gran velocidad hasta su objetivo cuando se lanzan de la base, pero es bien sabido que los motores de estos primeros modelos no tenían potencia suficiente. Los osos rabiosos gnómicos suelen tener dificultades a la hora de alcanzar la altitud necesaria para volver a la base, incluso después de soltar las bombas. Esa es la razón por la que la mayoría de estas aeronaves cuentan con unos globos de despliegue y escape rápido que los convierte en objetivos fáciles para las aeronaves y la artillería del enemigo.
>
> Esta es una información que no te va a servir de mucho ahora que estás en el suelo viendo cómo la máquina se precipita hacia ti como un petirrojo que se abalanza sobre un gusano gordo y reluciente.
>
> Pero no te preocupes. Estos tipos no tiran bombas. La carga que llevan es mucho más interesante.

Los dos objetos que colgaban por debajo del avión sí que parecían bombas, en realidad, pero mi habilidad Manejo de explosivos no se activó. No me sentí mejor por ello.

El avión se enderezó cuando se encontraba a unos nueve metros de suelo y nos encaró para dejarnos caer esas cosas encima. Nos quedaban unos pocos segundos.

—Mierda —dije al ver que se había colocado a la perfección para atacarnos. O eran capaces de sentirnos a pesar del humo o habían adivinado nuestra posición. Señalé una cresta que teníamos a la derecha, el lugar donde nos habíamos encontrado con el diablo picudo, que se encontraba a unos noventa metros—. Dónut.

—Está demasiado cerca, Carl.

—Hazlo —dije—. Al aparecer, saltaremos detrás de la colina. Katia, el escudo.

—Voy —dijo ella, que empezó a cambiar de forma. Se convirtió en una especie de medio caparazón, algo que había empezado a practicar. Se colocó en un ángulo de noventa grados del avión, y yo saqué una hobomba con mecha y me preparé para encenderla. También me giré hacia la izquierda.

Los motores rotativos de la aeronave sonaban como motosierras cortando metal, a causa de los engranajes y los pistones. Estaba claro que podían ver dónde nos encontrábamos a pesar del humo. Habíamos valorado la posibilidad de que nos atacasen desde un avión, por lo que habíamos desarrollado un plan. Lo que no habíamos tenido en cuenta era que no funcionasen las bombas de humo. Eso iba a ser un problema. Si nos salía mal, no tendríamos escapatoria.

—Lanzado —dijo Dónut—. Nos vamos en tres, dos, uno.

Zum.

Nos teletransportamos justo antes de que el avión soltase uno de los dos objetos sobre nosotros. Aparecimos en lo alto de una pequeña colina, momento en el que encendí la hobomba y la lancé lo mejor que pude hacia el avión.

El objeto que había soltado la aeronave resonó con estruendo al caer al suelo y rebotó una vez. No ocurrió nada.

La hobomba de máxima potencia detonó en el aire, demasiado bajo y detrás de la aeronave. A pesar de todo, Dónut y yo caímos al suelo por la potencia. Resonó como si acabasen de disparar con una escopeta justo al lado de mi oído. Katia no se movió lo más mínimo. El biplano se estremeció en el aire, y los motores chirriaron aún más cuando un humo empezó a brotar de uno de ellos. El oso rabioso empezó a virar para marcharse y a ascender. Estaba abandonando el enfrentamiento.

«Dios», pensé al tiempo que me ponía en pie. Mis bombas cada vez eran más potentes.

—Carl, le has hecho daño a Mongo en los tímpanos —dijo Dónut. Mongo graznó para dejar claro que así era.

—¿Le has dado? —preguntó Katia mientras veía cómo el avión se alejaba.

—No lo creo —respondí mientras me sacudía la arena. No había dejado de mirar el lugar donde había aterrizado aquel objeto. El huevo metálico era del tamaño de un contenedor de basura. Seguía sin ocurrir nada. No se movía.

—Mirad, se está convirtiendo en un globo —dijo Katia, que no había dejado de mirar la aeronave—. Parece que acaban de soltar la

segunda bomba por allí, pero tampoco ha explotado.

—Se han quedado sin motores y han activado el globo de escape —comenté. Al ver que seguía sin ocurrir nada, unos segundos después dije—: Dónut, hazme el favor de crear unos Mongo mecánicos otra vez para que le echen un vistazo a esa supuesta bomba.

Ella obedeció. Un instante después, los dos Mongo se adelantaron para acercarse a la bomba abollada, mientras nosotros nos apartábamos aún más. El huevo metálico estaba tirado de lado. Había una especie de grieta que lo recorría, como si fuese uno de esos que vendían en Pascua y que tenían golosinas dentro. No sabía si se suponía que debía abrirse, pero no lo había hecho. Los dos dinosaurios mecánicos empezaron a golpearlo, pero siguió sin ocurrir nada. Pasaron un buen rato saltando y atacándolo.

Los duplicados solo duraban diez minutos. Cuando habían pasado ocho, el huevo seguía exactamente igual.

—Esperad —dijo Katia un momento después. Había vuelto a su forma de Hulka, pero no guardó la ballesta—. Veo algo en el mapa. Creo que lo han roto. —Soltó un suspiro de alivio—. Parece un jefe muerto. Diría que ha soltado el mapa de barrio.

Yo también me sentí aliviado. Esperaba algo terrible, como un gas corrosivo, un enjambre de abejas o una explosión mágica.

—Acerquémonos para echar un vistazo.

Volvimos hacia el lugar sin quitarle ojo de encima a la segunda de las bombas. Los dos Mongo se erguían con orgullo sobre el huevo, que parecía haberse resquebrajado. En ese momento, se les acabó el tiempo y explotaron para desaparecer.

Había un cadáver dentro de la supuesta bomba. Parecía que lo hubiese atropellado un camión.

Era un ganso. Un ganso de Canadá con el típico cuerpo marrón, la cabeza negra y la raya blanca.

> Cadáver saqueable. Ganso feral. Jefe de barrio de nivel 45.
> Ha muerto al quedar aplastado al caer contra el suelo.
> Tienes muchísima suerte de que no siga con vida.

Le di una patada al huevo, que se llamaba DISPOSITIVO DE ATAQUE AIRE-TIERRA. ESTE OBJETO ESTÁ ROTO, decía a continuación.

—El huevo no ha funcionado. Mirad lo oxidado que está. No se ha abierto y por eso ha muerto la criatura del interior.

—Creo que tienes razón —comentó Katia, que miró por encima del hombro a las dunas distantes—. Y estoy muy segura de que el otro tampoco se ha abierto. Lo vi rebotar unas cuantas veces.

> CARL: Oye, Mordecai. ¿Sabes lo que es un ganso feral?
>
> MORDECAI: Ese en concreto no, pero cualquier cosa con la palabra «feral» en el nombre son malas noticias.

Extendí el brazo y cogí el mapa de barrio. Aparecieron varios puntos rojos por la zona. Todos eran diablos picudos, pero ninguno se dirigía hacia nosotros. No vi el otro jefe, ni vivo ni muerto.

Sentí como si estuviésemos siguiendo un camino predeterminado, como si hubiese una historia escrita y la siguiésemos al pie de la letra. El hecho de que nos hubiesen tirado una bomba con un jefe muerto en el interior no parecía un accidente, sino una pista. Era como si nos estuviésemos ciñendo a un guion. No me gustaba nada. Teníamos que distanciarnos de él cuanto antes.

—Vamos a ignorar el otro huevo —dije—. Será mejor que no tentemos a la suerte.

Cogí el cadáver del ganso muerto y me lo guardé en el inventario.

—Pero qué asco, Carl —dijo Dónut.

Me había aparecido una nueva pestaña en el inventario llamada MORGUE DE CRIATURAS. Los cadáveres de los monstruos no tenían valor alguno, pero uno nunca sabía cuándo podían llegar a ser útiles.

A pesar de que el huevo estaba roto, el mecanismo que lo abría me resultó interesante. Tenía una especie de dial que quería analizar en más profundidad. Intenté coger el cascarón al completo y, aunque pesaba lo suyo, lo levanté con facilidad. Después, lo guardé entero en el inventario.

—Venga. Sigamos —dije.

Dónut no había dejado de mirar el cielo.

—De repente, esto se ha llenado de aviones. Creo que los hemos enfadado.

—Joder. Tenemos que hacernos con uno de esos lanzacohetes de los camellos —dije.

—He contado ocho —indicó Katia, que miraba hacia las alturas con una mano en la frente para hacer visera—. Parece que están teniendo más cuidado que el anterior.

Los aviones también eran diferentes al biplano. De hecho, era una mezcla bastante heterogénea de vehículos, aunque estaban a demasiada altura como para examinarlos bien. Descendían en círculos, con naturalidad, como una bandada de pájaros. A esa velocidad iban a tardar unos minutos en llegar hasta donde nos encontrábamos. No íbamos a llegar al pueblo de los bactrianos. Teníamos que escapar.

—Cambio de planes. Volvemos a Pezuña de Camella —dije—. Vamos, vamos.

Dónut y Mongo se apresuraron de camino al pueblo delante de nosotros. Poco después, todos empezamos a correr.

Miré por encima del hombro mientras lo hacíamos y vi el oso rabioso, que seguía alzándose en el cielo. Una aeronave diferente que parecía haber despegado de la fortaleza Páramo iba a su encuentro.

—Katia, ¿sigues teniendo las partes de motor en el inventario, las del carro de interdicción que desmontamos en el piso anterior?

—Las tengo, sí —respondió entre jadeos mientras corríamos. Habíamos desmontado uno de los carros pequeños del cuarto piso. Yo tenía en mi inventario las partes grandes, mientras que Katia se había hecho con las mecánicas. Su poción de afición de la Tierra le había dado un conocimiento muy amplio sobre motores.

—Perfecto —dije—. Tenemos que construirnos un todoterreno para las dunas. Y rápido. No tenemos tiempo que perder con estas tonterías. Están intentando que no lleguemos al otro pueblo cuando no hay tormenta. Quieren que salgamos cuando haga mucho calor, no haya luz o cuando las condiciones meteorológicas sean adversas. Y no pienso hacerlo.

Los muros de Pezuña de Camella aparecieron en el horizonte. Las aeronaves dejaron de descender, pero se mantuvieron a la espera a miles de metros.

—También vamos a necesitar defensas —añadí—. Tu encárgate del motor mientras yo pienso en un sistema antiaéreo.

4

No tardamos demasiado en fabricar un vehículo destartalado y compartimentado. Creé todo lo que necesitaba en escasos minutos gracias a las mesas de ingeniería y de metalistería. La mesa de ingeniería de nivel 2 era perfecta para diseños complicados que requerían unir varios objetos, como el sistema de suspensión delantera y el eje de transmisión. La mesa de metalistería, también de nivel 2, me permitía comprobar la fuerza de tracción y los límites de carga. También contaba con más opciones de formas en la interfaz. En una ocasión, Mordecai había comentado que una vez subiésemos dicha mesa a nivel 3 podríamos fundir los objetos de menor valor para crear aleaciones más resistentes, lo que nos permitiría crear esferas explosivas precisas en lugar de tener que depender de las hobombas, que eran muy caras.

Katia y yo nos encargamos de la primera parte del diseño, mientras Dónut y Mordecai se fueron de compras. Antes de que se marchasen, Dónut le echó un vistazo al vehículo sin terminar y dijo:

—He decidido llamarlo Carruaje Real.

Agitó la cola y salió de la estancia sobre Mongo detrás de Mordecai.

—Pero ¿qué cojones? —dije cuando apareció la descripción emergente sobre el vehículo sin terminar. Aún no tenía descripción, pero el sistema ya lo había bautizado como EL CARRUAJE REAL. ARTILUGIO.

El «carruaje» no era más que un cuatriciclo venido a más con un carro opcional. Cuando se le añadía el carro trasero, el artilugio me recordaba a la bomba que habíamos diseñado para enfrentarnos al elemental de furia, pero lo bastante grande como para que todos

cupiésemos en el interior. La parte más complicada era el diseño de las ruedas. Teníamos algo de goma que podía convertir en neumáticos en la mesa de ingeniería usando las herramientas, pero no la suficiente para crear cuatro. También contaba con varios discos que los goblins habían usado como ruedas para las motocicletas, pero no tenían bandas de rodadura y tampoco eran muy anchas. Necesitábamos atravesar las dunas y subir por las pendientes, lo que requería unos neumáticos específicos. Mordecai podía crear los materiales en su mesa de alquimia, pero iba a llevarle tiempo, un tiempo del que no disponíamos.

Es por eso por lo que lo primero que probamos fueron unos neumáticos de metal. Los hice lo más ligeros posible, pero después de probar varias cosas llegué a la conclusión de que no era factible. Seguían pesando demasiado, lo que inutilizaba la suspensión. Aquel motor de carro mágico de una marcha tenía mucha potencia, pero no tardé en darme cuenta de que íbamos a terminar enterrados en la arena sin remedio, aunque hiciésemos todo lo posible por evitar las dunas más grandes. Nuestro objetivo era tener algo con lo que viajar por el cuenco de la forma más rápida y eficiente posible.

Lo resolvimos usando la mesa de ingeniería para crear una rueda de oruga bien ancha parecida a la de una moto de nieve. Los dromedarienses usaban algo similar. Tenían varios vehículos con ruedas de oruga que iban de un lado a otro del pueblo. Usamos dos ruedas orientables en la parte delantera, que fui capaz de crear con la goma que teníamos. El mecanismo de la correa de transmisión requería varias ruedecillas dentadas de tamaños específicos, así como las orugas propiamente dichas. Si funcionaba, terminaríamos por cubrir las orugas también con goma. Katia hizo un boceto junto a mí en la mesa de ingeniería. Tardamos unas dos horas en montar un vehículo funcional una vez terminamos con el diseño. Era algo rudimentario, pero más pesado de lo que me hubiese gustado. Además, me preocupaba cómo iba a funcionar cuando hubiese demasiada arena.

Pero el cacharro funcionó.

El artilugio sin el carro detrás era bastante pequeño, puede que el doble del tamaño de nuestra antigua motocicleta. Era bajo y lo

bastante ancho y resistente como para que la versión de Hulka de Katia se sentase delante conmigo en el asiento de detrás. Tenía un aspecto ridículo a horcajadas sobre un vehículo así, como una adulta sentada en un cuatriciclo para niños.

Podríamos haberlo hecho más grande y más seguro, pero aquel diseño me permitía levantarlo en peso y guardarlo en el inventario. Más o menos. Antes teníamos que dividirlo en dos partes. Pero habíamos conseguido montar un vehículo portátil y lo bastante grande como para que cupiésemos los tres. Katia no podría usar tanta masa como a mí me hubiese gustado, pero se suponía que lo habíamos hecho para avanzar a la máxima velocidad posible. No era un tanque y tampoco era para protegernos.

Por el momento.

Katia y yo comentamos la posibilidad de usar la carrocería del Carruaje como chasis de un vehículo mucho más grande y adaptable, uno en el que ella fuese la carrocería misma. Pero la idea no la convencía del todo. Aún. Además, cometí el error de sugerir que podíamos terminar por llamarla «Katia Prime» y no le hizo tanta gracia como a mí.

Después de media hora más modificando el diseño del Carruaje, todo quedó listo para ponerlo a prueba.

—Si no nos preocupase tanto la posibilidad de tener que almacenarlo, nos iría mucho mejor con dos orugas y sin neumáticos —comentó Katia mientras admiraba nuestro trabajo.

Gruñí para dejarle claro que estaba de acuerdo.

—Cierto es, pero ya lo habíamos decidido y hemos perdido demasiado tiempo. Sea como fuere, esto se te da genial. Podrías haberte dedicado a ello.

Ella señaló la oruga debajo del vehículo.

—Se me da bien gracias a la poción de afición de la Tierra —comentó—. Es como si la información hubiese aparecido de repente en mi cabeza sin esfuerzo alguno. ¿Crees que los alienígenas, los que no están en la mazmorra, pueden aprender este tipo de cosas a la carta, en plan *Matrix*? ¿Crees que es posible que un tipo se tome unas pociones y se convierta de repente en un gran maestro de kung-fu y aprenda a pilotar helicópteros?

—No veo por qué no —dije. Me incliné hacia delante y aflojé dos tornillos. Levanté con esfuerzo la parte trasera del Carruaje y luego desapareció en mi inventario—. No sabemos prácticamente nada del universo que hay ahí fuera.

—Lo pregunto porque algo así tendría un gran impacto en la sociedad. Si cualquiera pudiese llegar a ser un experto en cualquier cosa, ¿qué sentido tendría? No le encuentro sentido a que haya tanta… crueldad en esto que hacemos. No sé.

—Es probable que se pueda pero sea carísimo —dije al tiempo que me colocaba junto a la parte delantera del Carruaje. La guardé también en el inventario—. Solo podrán usarlo los ultrarricos. Quizá sea como la cirugía plástica, que solo pueden permitírselo algunas personas y tiene sus límites. A lo mejor pasan cosas horribles si te sobrepasas usándolo.

—Quizá —comentó ella—. No puedo dejar de pensar en ello. Es tan… extraño. Sé cómo funcionan todos estos motores y sus partes mecánicas, pero es un conocimiento antinatural. No sé muy bien cómo explicarlo. Es como si lo supiera pero no supiese que lo sé. Como si se me descargase en el cerebro cuando lo necesito. Como si estuviese mirando directamente la Wikipedia.

—Sí que es raro, sí. Mi habilidad Cesta punta es algo más muscular y no le he dado tantas vueltas, por lo que quizá sea diferente. Aún no sabemos para qué sirve la afición de la Tierra de Dónut, por cierto. Es muy rara. Escutelifilia. Le he preguntado a muchísima gente y nadie sabe qué carajo es.

Salimos y pasamos junto a varios dromedarienses de camino al desierto. Mordecai y Dónut estaban cerca y dijeron que terminarían de «negociar» dentro de poco. No queríamos alejarnos mucho, por lo que montamos el carruaje justo al otro lado de la salida.

Tardamos unos cinco minutos en hacerlo, lo que me pareció demasiado. Tendríamos que intentar reducir el tiempo.

Nos apartamos y contemplamos el trabajo. Apareció una nueva descripción.

Máquina suicida todoterreno con ruedas de oruga. El Carruaje Real. Artilugio. Si una moto de nieve se emborrachase con garrafón y pasase una noche sudorosa y desacertada con un cuatriciclo pueblerino y racista, el resultado

sería este vehículo sobredimensionado con malformaciones congénitas. Viaja a toda velocidad por la arena y por la nieve. No te preocupes por la ausencia de jaula de seguridad ni por el centro de gravedad desplazado, ni tampoco por lo mucho que se parecerá a una catapulta en el momento en el que le caiga encima una roca. Lo importante es que está guapísimo.

—Guau —dijo Katia—. Me acaban de dar un logro por inventar algo. La descripción es un poco preocupante, eso sí.

—Que el sistema le haya puesto nombre significa que creen que tiene algo de mérito haberlo creado. —Me lo acababa de inventar, pero me pareció creíble. Lo único que quería era llegar del punto A al punto B rápidamente. Miré la máquina con gesto dubitativo—. Veamos si puede considerarse una trampa mortal o no.

Las dunas que estaban cerca de los muros del pueblo eran mucho más empinadas, por lo que eran perfectas para poner a prueba el vehículo. La patrulla de vagos dromedarienses mantenía las afueras sin enemigos, y el cielo estaba despejado. Subí a la colina más cercana para asegurarme de que no me iba a hundir como si fuese nieve.

Llegué arriba e hice un gesto con la mano. Katia arrancó el vehículo y empezó a subir con él muy despacio por la duna. Lo hizo sin problema. El motor era muy silencioso. Lo único que hacía ruido eran las orugas. De hecho, era imposible distinguir que estaba arrancado hasta que empezaba a moverse. Katia lo colocó a mi lado.

—Funciona —dije—. Y parece que avanza muy rápido. Tenemos que tener cuidado con los giros, eso sí. Me preocupa que vuelque. Quizá sí que deberíamos incorporar una jaula de seguridad.

Al avanzar, el vehículo levantó una densa nube de tierra a pesar de que Katia solo lo había movido unos treinta metros. Miré hacia el cielo con nerviosismo. La fortaleza Páramo estaba en el extremo del cuenco del lado opuesto. Mordecai y Dónut habían pasado un tiempo hablando con los habitantes del lugar y habían descubierto que la fortaleza de los gnomos seguía un patrón muy específico. Normalmente, se encontraba sobre el cuenco, menos cuando tenía lugar la tormenta de arena diaria, momento en el que se dirigía hacia el extremo de la burbuja y se quedaba allí sobre el agua. Después de que pasase la tormenta, tardaba unas pocas horas en

volver a colocarse en su posición anterior. Cuando terminase la «noche» de dos horas, la fortaleza volvería a estar a muchos cientos de metros sobre el centro del cuenco.

Aún quedaban doce horas para que diese comienzo la siguiente tormenta de arena, lo que significaba que la fortaleza no estaba donde se suponía que tenía que estar.

—La fortaleza Páramo no está haciendo lo que Mordecai dijo que haría —comenté.

Katia se giró para mirar el cielo.

—Sí, tienes razón. Parece que va de camino al océano. Seguro que se han equivocado.

Vi tres bengalas que recorrieron los cielos. Dos rojas y una blanca. Las tres quedaron flotando en las alturas entre chisporroteos. Habían venido del sur, más o menos el lugar donde se encontraba el pueblo de los bactrianos.

En ese momento me fijé en que la fortaleza se encontraba justo encima del otro pueblo. Detrás de nosotros, del interior de Pezuña de Camella, empezaron a oírse gritos. Una sirena aguda empezó a resonar de repente. El ruido era extrañamente insistente, como el llanto de un bebé. En lo alto, en la muralla de metal corrugado, se abrió la persiana que cubría una de las torres. En ella había dos de esos camellos.

—Es un arma antiaérea —dije. Tenía cuatro cañones que se giraron hacia los cielos.

El zumbido de los cohetes reverberó detrás de nosotros. Eran tres bengalas más, que en esta ocasión habían disparado cerca del lugar donde nos encontrábamos. Alcé la vista y vi que las tres eran rojas.

—Me pregunto qué significarán los colores —comentó Katia.

—Volvamos dentro —dije, y subí a la parte trasera del Carruaje. Mi asiento estaba a más altura que el de Katia y se podía rotar, lo que me permitía ver por encima de su hombro. Ya fabricaría las defensas del vehículo cuando volviesen Mordecai y Dónut. Katia condujo colina abajo, y noté que era muy estable. No dejaba de levantar esa densa nube de humo, eso sí. Me pregunté si habría alguna forma de disimular nuestra presencia. Era probable que no.

Nos detuvimos por fuera de la puerta y empecé a desmontar el vehículo a toda velocidad. Al terminar, me di la vuelta una última vez para mirar hacia el sur.

Y, justo en ese momento, empezaron a caer bombas sobre el pueblo en la distancia.

—Estarán bien mientras se encuentren en estancias seguras —explicó Mordecai mientras esperábamos a que diese comienzo el episodio resumen. Habían conseguido comprar dos de esos lanzacohetes dromedarienses con forma de tubo y diez cohetes. Eran proyectiles de línea de visión normales y corrientes. Los camellos se negaban rotundamente a vender los que eran guiados. Ya había desmontado uno para luego darle el mecanismo químico del motor a Mordecai para que hiciese ingeniería inversa. Me había comentado que estaba seguro de saber cómo funcionaba y que podría crearme algunos componentes que me permitiesen fabricar mis propios misiles en la mesa de zapador. No iban a tener tanta potencia como me hubiese gustado, pero seguro que tenían un alcance brutal. Y si encima les añadía un tiro seguro, conseguiría que hiciesen las veces de cohetes guiados.

—Si hacen estallar todo el pueblo, ¿las estancias seguras quedan en pie? —preguntó Katia.

—Sí —respondió Mordecai—. Pero no todos los bares son estancias seguras de verdad. Normalmente, si el propietario no es un bopca, hay un cincuenta por ciento de probabilidades. La Raja, por ejemplo, no es una estancia segura, pero mientras estemos dentro de nuestro espacio personal no nos ocurrirá nada. Creo que en el pueblo solo hay uno o dos lugares donde los mazmorreros pueden estar a salvo de verdad.

—Entonces… ¿los PNJ estarán a salvo si se encuentran dentro de los bares adecuados? —pregunté.

La cantidad de explosivos que había lanzado la fortaleza Páramo era tal que no creía que fuese a quedar nada en pie.

—Bueno, eso es complicado —explicó el aveceleste—. Algunos PNJ estarán a salvo. Yo lo estaré mientras me encuentre en una estancia

segura. La estancia al completo está protegida. Si no hay mazmorreros, antiguos mazmorreros o PNJ del mundo exterior en la estancia, es muy probable que quede destruida. También hay normas adicionales si solo hay una estancia segura en una zona, pero son muy complicadas. En resumen, todos los PNJ propiedad de Borant no están protegidos por el sistema de estancias seguras si son los únicos que están en ellas. Solo lo están si vosotros estáis allí.

—No sé si lo he entendido bien —dije—. ¿Me estás diciendo que es probable que todos los PNJ hayan muerto a menos que se encontrasen dentro de un bar en el que hubiese un mazmorrero? Entonces ¿las estancias seguras solo son «seguras» si hay un mazmorrero en ellas?

Mordecai se encogió de hombros.

—Básicamente, sí. Pero hay más normas, como te decía. El manual de los procedimientos de las estancias seguras es grande como un listín telefónico.

—¿Y qué hay de ese otro tema del que hemos hablado, de las zonas primarias y secundarias?

—Eso es diferente —respondió al tiempo que me fulminaba con la mirada a modo de advertencia—. Eso no afecta directamente a los mazmorreros ni a los PNJ.

Suspiré. Aún había muchas cosas que no llegaba a comprender. Y probablemente supiese un noventa por ciento más que el resto de los mazmorreros…

—Entonces ¿puede que quede un bar en pie entre los escombros de ese pueblo destruido?

—Así es —aseguró el aveceleste—. Las estancias seguras son lugares protegidos, como indica su nombre. A veces, durante algunas misiones y eventos especiales, el sistema prohíbe la entrada en ellas, como habéis comprobado en el pasado. Pero si los gnomos también atacan el pueblo en el que nos encontramos, solo tenéis que venir aquí y estaréis a salvo.

—Espero que los pobres habitantes del otro pueblo supiesen todo esto —comentó Dónut. Estaba sentada sobre la encimera frente a una lata de comida húmeda que había salido del sintetizador. Su rostro indicaba que no era algo que le gustase demasiado. Mongo no

podía pedir comida, así que teníamos que comprársela nosotros. Esta noche, recibió una galleta de mascota.

Seguíamos sin tener ni idea de por qué los gnomos habían atacado con tanta virulencia el pueblo de los bactrianos. Y por las pistas que me había dado la actitud de los dromedarienses, algo me decía que ellos tampoco tenían ni idea. Seguimos sacando la cabeza de vez en cuando para no perder de vista la fortaleza imponente. Por el momento, no había empezado a dirigirse hacia nosotros.

Y luego empezó el episodio resumen. Lo primero que apareció en la pantalla fue una especie de plástico de burbujas gigante. La cámara pasó por encima a toda velocidad y fue mostrando burbuja tras burbuja. En la pantalla se vieron tormentas de nieve, huracanes, junglas llenas de vegetación, pantanos, montañas, laberintos y mucho más.

Pero antes de continuar con el quinto piso, empezamos a ver varias escenas de lo que había ocurrido al final en la Maraña de Hierro. Vimos cómo Miriam Dom lanzaba un conjuro con el que tiraba al suelo a un jefe de provincia gigante. La desventaja solo duraba unos pocos segundos, pero Prepotente aprovechó el momento para lanzar todo tipo de conjuros y pociones a la criatura, lo que hizo que el tiempo que iba a estar inconsciente pasase de diez segundos a cinco horas.

—Muy listo —comentó Mordecai al ver lo que hacía la cabra—. Los está matando a base de acumular desventajas.

Pero no consiguieron matar a dicho jefe. En la pantalla, Quan Ch entró en la habitación a toda velocidad y disparó un proyectil azul al jefe, lo que hizo que se despertase. El equipo de la cabra se vio obligado a escapar, mientras Prepotente no dejaba de gritar que iba a matar a Quan. Este se quedó en la habitación y disparó al jefe unas pocas veces más para bajarle la salud hasta la mitad, pero se marchó después de que la criatura intentase atacarlo.

—Podría haberlo matado —dijo Dónut—. Pero escapó como un gallina. ¡Es una amenaza!

—Esa túnica que lleva es de una calidad extraordinaria —comentó Mordecai—. Parece que le da la capacidad de volar, el conjuro Escudo y más cosas, seguramente. No tengo muy claro qué era ese

proyectil azul. Podría ser Alteración, que es un conjuro potente y poco habitual. Es parecido a Proyectil mágico de Dónut, pero también sirve para abrir agujeros en las superficies. Y hace daño de salpicadura y también aturde. El único problema es que no tiene mucho alcance.

—Deberíamos tenerla nosotros —gruñó la gata.

Después mostraron mi enfrentamiento contra Grull. Dijeron que Grull estaba siendo controlado por el príncipe Maestro, pero solo lo mencionaron de pasada y no se centraron en él. En lugar de eso, mostraron el trabajo en equipo que habíamos hecho entre Elle, Dónut, Katia y el grupo de Li Jun. Vimos cómo el tren atravesaba el portal y caía al Abismo, pero no mostraron a Brandy la Fogosa ni a Tizquick controlándolo. En lugar de eso, la cámara pasó a mostrarme a mí cuando recibí los puntos de experiencia tras la extinción de los vigilantes de pared y la explosión de los cristales de alma por toda la Maraña, antes de que se abriesen las escaleras para escapar.

Mordecai me miró de hito en hito.

—Sabes que estás muy loco, ¿verdad?

Asentí.

El programa cambió de tercio de repente para convertirse en un homenaje a la vida del mazmorrero Ifechi.

—Vale. Entonces, fue esa persona la que murió —dije mientras mostraban al africano entrando titubeante a la mazmorra—. Era sanador. El pobre.

Ifechi entró en la mazmorra con un grupo de hombres, todos soldados que portaban unas AK-47. Él era el único que no iba armado, y también iba vestido diferente a los demás, con una camisa roja y un chaleco. Llevaba un botiquín al hombro, con el logo reconocible de la Cruz Roja.

—Mira, no es un tío —comentó Katia, que se había quedado mirando fijamente a la pantalla—. Ifechi era una mujer.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

A mí me había parecido un hombre. Es verdad que era flaco y más pequeño que los otros, y que parecía asustadizo y más cohibido que los demás. También llevaba siempre la cabeza rapada. No es que

fuese un experto ni que me importase demasiado, pero hubiese jurado que era un tío.

—Llámalo superpoder si quieres, pero lo sé.

Vimos cómo el grupo anterior de Ifechi, Le Mouvement, quedaba aniquilado por un jefe que era una gelatina transparente del tamaño de una casa. A partir de ese momento, Ifechi había continuado sola a duras penas por la mazmorra hasta encontrarse con Florin, quien tenía una historia bastante misteriosa como humano. Dijo que era de Francia, pero tenía acento australiano. Cuando todo se fue al traste se encontraba en África, pero no contaron la historia al completo del tipo, aunque sí que mencionaron algo de que pertenecía a un «equipo de seguridad privada». Sabía a qué se referían en realidad. Podría decirse que era una especie de mercenario. También había entrado en la mazmorra armado hasta los dientes, pero ahora dependía únicamente de su escopeta automática, que ya parecía estar muy modificada incluso antes de recibir la mejora mágica de munición ilimitada. Ifechi terminó por elegir una clase de sanador, y Florin la especie cocodriliano. Habían llegado separados al tercer piso, pero no tardaron en encontrarse. Los vi abrazándose y llorando al hacerlo.

En ese momento me di cuenta de que eran algo más que amigos.

El arma de Florin era suficiente para destrozar a la mayoría de las criaturas y, a pesar de ser sanadora, Ifechi tenía un ataque tan efectivo y único que no me costó descubrir la razón por la que había llegado a estar entre los diez mejores de la clasificación. Era un bastón que invocaba y lanzaba sanguijuelas. Muchas sanguijuelas. Estas cubrían por completo a los enemigos y les succionaban los fluidos, lo que los mataba en segundos. Después, esas sanguijuelas llenas de sangre y más cosas podían comerse para recibir todo tipo de ventajas. Florin se las comió al momento y se hizo más fuerte durante un tiempo. Era asqueroso.

—Fascinante —admitió Mordecai—. No he visto algo así desde hace muchísimo tiempo. Creía que habían retirado ese conjuro. Los cocodrilianos tienen la capacidad de triplicar la efectividad de cualquier mejora que reciben por comer criaturas. Es probable que eligiese esa especie para complementar el bastón de ella.

Y luego vimos la muerte de Ifechi.

Los dos formaban parte de un grupo que se había apostado en una de las antiguas estaciones de necrófagos después de que se abriesen las escaleras. Habían formado una fila y empezado a descender por ella. La estación estaba prácticamente vacía y todo transcurría con tranquilidad.

Pero Lucia Mar entró en ese momento.

La mazmorrera que lideraba la clasificación pasó por allí como si fuese la dueña del lugar, flanqueada por los dos perros: Cici y Gustavo 3. Lucia tenía su forma mágica atractiva y centrada en la magia. La clase ladjablès la obligaba a pasar medio día con la forma de una mujer atractiva y el otro medio con una versión femenina de Skeletor, fuerte y centrada en el cuerpo a cuerpo. La gente se apartaba mientras la niña convertida en mujer atravesaba la estancia, con ese cabello negro azabache que no dejaba de chisporrotear. Cojeaba un poco debido a su pierna de cabra, y tenía muchísimas estrellas de matar jefes y calaveras de matar jugadores sobre la cabeza.

Cici la rottweiler también se había transformado, y ahora su tamaño doblaba prácticamente al del otro perro. La perra gruñó a un mazmorrero al azar, quien se apartó asustado.

Lucia se quedó quieta y echó un vistazo por la estancia. Los mazmorreros restantes empezaron a abalanzarse hacia la salida, lo que hizo que comenzara a formarse un tumulto junto a las escaleras.

Florin e Ifechi se acercaron a Lucia, al parecer con intención de saludar.

—No. La escalera es mía —dijo Lucia, que avanzaba abrazándose a sí misma. Los dos perros gruñeron.

—Vale, amiga. Tranquila —dijo Florin, que se apartó con los brazos en alto. Después se dio la vuelta y dijo, en voz muy baja—: Puta loca.

Lucia no titubeó. Agarró al mazmorrero que tenía más cerca, un hombre de unos dieciocho años que estaba haciendo todo lo posible por pasar desapercibido. Lo cogió como si no pesase nada y lo lanzó con fuerza hacia Florin. El pobre hombre gritó mientras volaba por los aires, y Florin se apartó a un lado. El tipo cayó al suelo, rebotó

una vez y volvió a chocar contra la pared que había al fondo. Había quedado inconsciente.

—¿Qué cojones? —gritó Florin mientras Ifechi se acercaba a toda prisa al herido—. Señorita, no estás bien de la cabeza. Somos amigos.

—Mi cabeza está perfectamente —dijo Lucia Mar, que pareció extrañamente ofendida—. ¿Por qué has dicho algo así? —Señaló a Ifechi, quien le estaba metiendo algo en la boca al tipo inconsciente —. Será mejor que no digas nada más, o la cabeza de tu novia sí que no va a estar bien.

—Novia. Te lo dije —comentó Katia mientras mirábamos las pantallas, embelesados.

—Dios —dije—. Y yo que pensaba que esa cabra estaba loca.

—Prepotente está loco de verdad, Carl —apostilló Dónut—. Y tú también lo estás. Lucia es diferente. Ella está perturbada.

Había sido una apreciación bastante precisa, sí.

Florin se apartó y no dijo nada más. Vi que era una persona inteligente que se había dado cuenta de que la joven estaba muy perturbada. El último de los mazmorreros bajó por las escaleras, momento en el que solo quedaron los tres y el herido. Y los perros.

—Qué triste —dijo Dónut.

—¿El qué? —pregunté.

—Nadie se quedó para ayudar a ese pobre al que Lucia lanzó por los aires. Solo Ifechi.

Extendí el brazo y le di unas palmaditas a Dónut en la cabeza. La gata tenía el cuerpo muy tenso y no quitaba ojo a la pantalla.

Florin no dijo nada y siguió caminando hacia atrás sin dejar de mirar a Lucia. Extendió el brazo para tocar el hombro de Ifechi y le indicó que se dirigiese hacia las escaleras. Ella asintió. El herido se incorporó y empezó a frotarse la cabeza. Dedicó una mirada de pavor a Lucia e hizo todo lo posible por correr hacia las escaleras. Gustavo, el rottweiler de tamaño normal, avanzó para interponerse. Unos rayos centelleaban en la boca del animal cada vez que gruñía.

—¿Qué has dicho? —espetó Lucia al chico que había intentado escapar—. ¿Qué has dicho sobre mi papaíto?

Gustavo se acercó a él, amenazante.

—¿Qué? —preguntó él—. No… No sé de qué estás hablando.

—No ha dicho nada sobre tu padre, pedazo de zorra —dijo Florin para distraerla—. Pero si yo pudiese hablar con él, seguramente le diría algo en plan: «No dejes que tus bebés se den golpes tan fuertes en la cabeza. Los deja atontados». —En ese momento, ayudó a Ifechi a ponerse en pie—. Vamos, Ife. A las escaleras.

—No pienso dejar que nadie me hable así. Esto es solo un juego. No es real —comentó Lucia. Estaba hablando por encima del hombro, con alguien que no estaba ahí.

Ifechi hizo un ademán con la mano con disimulo para lanzar un conjuro. Parecía uno de protección de algún tipo. Lo lanzó dos veces. Una vez sobre Florin y otra sobre el mazmorrero herido. Ella quedó desprotegida.

—¿Por qué has hablado? —preguntó Lucia a Florin. Parecía preguntarlo con curiosidad genuina y había ladeado la cabeza—. Te dije que, si lo hacías, la cabeza de tu novia no iba a estar bien.

—No queremos problemas —comentó Florin, que empezó a dirigirse hacia las escaleras.

—Sí, siempre decís lo mismo —dijo Lucia, que empezó a caminar de lado para bloquearle el paso. Chasqueó los dientes.

Todo lo que ocurrió a continuación duró unos diez segundos.

Cici, la rottweiler gigante, corrió hacia Florin para luego saltar sobre él. Gustavo hizo lo mismo: se abalanzó sobre el cocodriliano después de saltar sobre el otro mazmorrero indefenso. El perro abrió la boca, como si fuese a disparar un rayo por ella.

Pum, pum, pum.

La escopeta de Florin le había aparecido en la mano de repente, y disparó tres proyectiles tan rápido que ni lo había visto moverse. Uno a Lucia, otro a Cici y el tercero a Gustavo, en ese orden.

Lucia y los dos perros salieron despedidos hacia atrás. El rayo de Gustavo erró el tiro y rebotó contra el techo. Florin siguió disparando a los tres, uno tras otro. Pum, pum, pum. Dio un paso hacia ellos. Pum, pum, pum.

Mordecai gruñó a mi lado. Katia soltó un grito ahogado. Y luego vi la razón.

Ifechi estaba apoyada contra la pared de la estancia. Su cabeza había desaparecido, y una mancha de sangre y restos de cerebro adornaba la piedra.

—¿Qué…? —empecé a decir. Mordecai alzó un ala para que me quedase en silencio.

El cuarto mazmorrero lanzó un conjuro mientras se tambaleaba en dirección a las escaleras. Congeló el suelo de la habitación y luego desapareció por ellas.

Lucia se incorporó. No parecía estar herida. Y luego sonrió a Florin.

—Te advertí que lo haría —aseguró.

—No —dijo Mordecai—. No, no, no.

Florin disparó una vez más, directo a la sien de Lucia Mar.

Ambos salieron despedidos en esta ocasión, girando y rotando como bolas de pinball debido al suelo congelado.

Lucia Mar rebotó en la pared, pero parecía seguir ilesa. Estalló en carcajadas, unas carcajadas que no tardaron en convertirse en un grito desesperado cuando el impulso la llevó hacia las escaleras y desapareció. Cayó con estruendo en la parte baja.

Los perros no dejaron de gimotear mientras intentaban ponerse en pie, también ilesos. Hicieron todo lo posible por conseguir controlar sus movimientos, pero empezaron a girar y a chocar entre ellos. Entre aullidos y gimoteos, se afanaron por seguir a Lucia Mar escaleras abajo.

De no haber sido tan trágico, me hubiese partido de risa.

Florin se sentó en el suelo. Tenía la sien y el cuello cubierto de sangre. Le quedaba muy poca salud. Empezó a agitar la cabeza, confuso.

Y en ese momento se dio cuenta de que Ifechi había muerto. La miró, desconcertado, sin llegar a comprender qué era lo que acababa de pasar.

—No —dijo al ver el cuerpo de la mujer contra la pared—. No, Ife. No.

En ese momento, vi la calavera dorada que había aparecido sobre la cabeza de Florin. Soltó la escopeta, se tapó los ojos de cocodrilo con el brazo y empezó a llorar.

La imagen pasó al presentador sonriente, que empezó a explicar el quinto piso casi sin tomar aliento.

—¿Qué cojones acabamos de ver? —pregunté mientras el programa seguía de fondo.

—Al parecer, Lucia tiene un conjuro muy poderoso —explicó Mordecai—. Es muy probable que sea gracias a una de las prendas que lleva. Normalmente tiene mucho tiempo de recarga, pero hay dos posibilidades: o tiene varios objetos que le dan el conjuro y puede lanzarlo varias veces, o ha conseguido eliminar dicho tiempo de recarga de alguna manera. Sea como fuere, es demasiado poderoso. Normal que haya llegado tan lejos.

—¿Qué conjuro es? —pregunté.

—Es muy probable que sea Rebote. Es similar a tu conjuro Devolver el daño o al de Dónut Vampiro del amor. Cuando lo lanza, también afecta a sus dos mascotas, por lo que lo debe tener al menos a nivel 10. Apuesto lo que sea a que le queda poco para tenerlo al 15. Reduce un gran porcentaje del daño recibido y lo devuelve a un objetivo a tu elección. Lo lanzó directamente sobre la cabeza de Ifechi. Por ello, cuando Florin disparó a Lucia y a los perros, en realidad fue como si le hubiese pegado un tiro en la cabeza a su compañera. Y, cuando esta murió, volvió a lanzar el conjuro, en esta ocasión eligiendo a Florin como objetivo.

—La muerte le contó a él —apuntó Katia—. Es terrible. No me parece bien.

—No lo es. La mazmorra haciendo de las suyas, para variar —dije.

—Es execrable. Execrable. ¿Cómo es que Florin sobrevivió a un disparo en la cabeza? —preguntó Dónut.

—Por el conjuro de protección —respondí—. Ifechi se lo lanzó a él y al otro tipo, pero no a sí misma.

—Hay conjuros de protección que no puedes lanzarte a ti mismo —explicó Mordecai—. Para querer usar y entrenar ese tipo de magia hay que ser un tipo de persona muy especial.

—Pensé en Imani, quien también era sanadora. Seguro que habría hecho exactamente lo mismo en esa situación.

Mierda. Siempre que oía o veía a un mazmorrero matando a uno de los suyos me enfadaba aún más.

«No podréis conmigo. Que os den a todos. Acabaré con vosotros».

Respiré hondo.

—Esa niña está perturbada —dije finalmente—. Dónut tiene razón. Está perturbada. Habla con fantasmas y oye voces.

—Pobrecita —dijo Katia—. Hay que hacer algo con ella.

—Estoy de acuerdo —comenté—. Hay que eliminarla.

—Me pido a los perros —remató Dónut.

> MORDECAI: Tengo buenas noticias. Cuando usa el conjuro Rebote tiene un punto débil. Uno muy grande. Hasta ahora, habían editado los vídeos para que no se viese que lanza el conjuro, y hay una razón para ello. Puede que quieran que alguien acabe con ella.
>
> CARL: Muy bien. Ya hablaremos del tema en otro momento. Pero si no está en nuestra burbuja, ahora mismo no podemos hacer nada. Primero tenemos que salir con vida de aquí.

Después, aparecieron en la pantalla varios mazmorreros entrando en aquel almacén y haciendo girar las ruletas. A Lucia Mar le salió el cuadrante de Tierra, en una burbuja con un diseño similar a la nuestra, pero en el centro había una pirámide gigantesca y escalonada. Y al parecer hacía mucho frío y estaba cubierta de hielo. Me reí. Prepotente y Miriam Dom acabaron en el cuadrante de Aire de una burbuja parecida a una caverna gigante con rocas que brotaban de la pared interior de la esfera. Acabaron en una especie de plataforma de piedra que circundaba dicha pared. Su objetivo era un nido de arañas que colgaba del techo, a miles de metros.

—Dios —dije—. Están igual de jodidos que nosotros.

Florin entró en la estancia completamente alicaído. Se sentó en un rincón del almacén y no hizo girar la ruleta. Llevaba el bastón de Ifechi, que se colocó sobre el regazo. Apoyó la cabeza en la pared y se quedó dormido allí mismo.

Aparecieron decenas de imágenes más de personas haciendo girar la ruleta y llegando a todo tipo de cuadrantes.

El programa terminó con la promesa de más derramamientos de sangre y más escenas divertidísimas de los estúpidos mazmorreros, o sea, nosotros, luchando para sobrevivir. Me imaginé dándole un puñetazo al presentador una y otra vez hasta hundirle el cráneo.

Al final, apareció la nueva clasificación de los diez mejores.

1. Lucia Mar. Ladjablès. General inquisidor negro. Nivel 38. 1.000.000 (doble).
2. Carl. Primigenio. Anarquista moderado. Nivel 41. 500.000 (doble).
3. Prepotente. Cáprido. Equilibrista maldito. Nivel 35. 400.000 (doble).
4. Dónut. Gata. Ex actriz infantil. Nivel 33. 300.000 (doble).
5. Quan Ch. Semielfo. Soldado de seguridad imperial. Nivel 43. 200.000 (doble).
6. Dmitri y Maxim Popov. Cabecencos. Ilusionista y bogatyr. Nivel 33. 100.000 (doble).
7. Miriam Dom. Humana. Pastora. Nivel 31. 100.000 (doble).
8. Elle McGib. Doncella de hielo. Neviscamante. Nivel 33. 100.000.
9. Bogdon Ro. Humano. Legado. Nivel 31. 100.000.
10. Florin. Cocodriliano. Mensajero escopetero. Nivel 33. 100.000.

—¡Carl! ¡Estás en segunda posición! ¡Katia! ¡Ya no estás en la clasificación! ¡Es un ultraje! Eras una superestrella.

—Gracias a Dios —dijo Katia. Parecía aliviada de verdad.

—Oye —continuó Dónut—. Esperad un momento. ¿Por qué yo no he subido? Nos han separado. No puede ser, Carl.

Le di unas palmaditas en la cabeza mientras gruñía y agitaba la cola con rabia.

—¿Y por qué Florin ha bajado tanto? —preguntó la gata un momento después—. Eso ha sido muy triste. Y encima lo están castigando por ello.

—Apuesto lo que sea a que no se ha movido desde que bajó por las escaleras. Es probable que siga sentado en la estancia donde haces girar las ruletas. Y seguro que su relaciones públicas está que se sube por las paredes —comenté—. Elle vuelve a estar en la lista, pero su recompensa no se ha doblado.

—No estaba entre los diez primeros cuando se derrumbó el piso anterior —explicó Mordecai.

Quan Ch había llegado a nivel 43, lo que lo convertía en el mazmorrero con más nivel, aunque no tenía ni idea de cómo lo había conseguido. Ese cabrón escapaba de todos los enfrentamientos que podían resultar complicados. Con suerte, en este piso usaría sus poderes para poner a salvo a todos los mazmorreros de su burbuja.

Me estremecí al pensar en los pobres diablos que estuviesen encerrados con Lucia Mar. Estaba claro que la niña tenía algún tipo de enfermedad mental. Si estuviésemos en cualquier otro lugar, lo

primero que haría sería encerrarla en algún lugar donde la ayudasen con el tratamiento que sin duda necesitaba.

Pero estábamos donde estábamos y se había puesto a matar personas. Buenas personas. Teníamos que hacer algo.

No quise admitirlo, pero una parte de mí se alegraba de no poder hacer nada al respecto por el momento. Solo teníamos un número limitado de mazmorreros con los que interactuar en este piso.

«Es algo que, con el tiempo, termina por superarte», pensé.

5 

Retransmitieron el anuncio poco después, pero no dijeron nada importante. Se habló del hecho de que se hubiesen doblado las recompensas de aquellos que estaban en la lista. La presentadora nos recordó que había una puja de patrocinio en marcha. Y también nos advirtió que, aunque estuviésemos al aire libre, no podíamos usar el ancho mundo a modo de baño, que seguía habiendo servicios en los pueblos. Pero que si teníamos que pasar mucho tiempo ahí fuera, harían una excepción. Teníamos que decir que íbamos al baño en voz alta, esperar cinco segundos y luego hacer lo que fuésemos a hacer. Era una idea ridícula que me dio ganas de reírme a carcajadas.

Todos, incluyendo a Mordecai, salimos del espacio personal y nos dirigimos hacia la Raja, donde encontramos al resto de los mazmorreros esperándonos. A Louis y a Firas, que seguían borrachos, así como a Langley y los otros cinco hombres de negocios convertidos en arqueros. Los arqueros habían subido uno o dos niveles desde la última vez que habíamos hablado. Los ocho mazmorreros se me quedaron mirando con gesto expectante.

Higo, la prostituta cambiada, estaba sentada sobre el regazo de Louis. Se había transformado en algo… extraño. Era una especie de híbrido de humano y roedor, pero con pelaje naranja y un mono púrpura. Fuera lo que fuese, la criatura resultante se parecía a esa mascota Chuck E. Cheese pero travestida.

Suspiré.

MORDECAI: Esa cambiada es mucho más poderosa de lo que parece. Es muy raro. ¿Veis la facilidad con la que cambia de cuerpo? Es como si fuese una doppelgänger.

Examiné a Higo. La nota que tenía sobre la cabeza decía que era una RÁTIDA ASISTENTE DE MATRIARCA, pero mientras la miraba se convirtió en algo más parecido a un roedor y cambió a DAMA RATONERA.

CARL: ¿Estás seguro de que no es una doppelgänger?

MORDECAI: Sí, estoy seguro.

CARL: ¿Los cambiados tenéis alguna especie de sentido arácnido o algo así?

MORDECAI: Estoy seguro por la manera en la que se transforma. Cambia a otra especie y luego altera su apariencia para que se parezca más a lo que le piden. Es como vestirse para esas fotos de bancos de imágenes en lugar de dibujar algo desde cero. Yo no sería capaz de hacer algo así ni aunque tuviese todas mis habilidades de cambiado y no estuviesen a la mitad de su poder. Hay muchas criaturas que imitan a otras, y se pueden diferenciar entre ellas por la manera en la que cambian. Los doppelgängers como Katia tienen que darse forma a sí mismos como si estuviesen hechos de arcilla. Los mimetos hacen lo mismo, pero el cambio parte de la boca y se extiende al resto del cuerpo. Los cambiados adultos se transforman en una versión genérica de la especie y luego alteran su apariencia a partir de ahí. Los ilusionistas aparecen sin más.

CARL: ¿Y los Valtay? He pensado mucho al respecto últimamente.

MORDECAI: Eso es diferente. Los gusanos cerebrales no imitan nada, sino que se hacen con el control de los cuerpos en los que se encuentran. La Corporación Valtay está formada por un tipo de criaturas llamado gondii. Son capaces de reactivar los cuerpos muertos mientras estén dentro y no hayan pasado muchas horas después de la muerte. Los gondii son capaces de hacerse con los recuerdos antiguos y mantener los cuerpos moviéndose durante siglos. Hay cazaintelectos que hacen lo mismo, pero los cuerpos empiezan a pudrirse casi de inmediato y siempre van saltando de uno a otro. Y luego hay unas criaturas que se llaman infiltrados. Son mucho más arteras. Pero ninguna de esas cosas son cambiaformas como esta señorita Higo que tenemos delante.

CARL: No puede ser tan fuerte. Solo tiene nivel 17.

MORDECAI: Eso es engañoso. Los mazmorreros normales que se transforman en cambiados solo pueden alterar su aspecto cada diez minutos. Cambiar a voluntad es una habilidad única de la especie. No me extrañaría que tuviese el equivalente a nivel 15 en la habilidad Cambiaespecie, y apostaría lo que fuese a que todas las prostitutas de este pueblo también. Un cambiado que puede alterar su aspecto con tanta rapidez es muy peligroso. Recuerda que, a diferencia de los doppelgänger, los cambiados consiguen algunas de las habilidades de la especie que imitan. Podría transformarse en una gorgona en un abrir y cerrar de ojos y luego lanzarte un conjuro de petrificación, para luego pasar a ser un lanzarrocas y convertir en polvo tu cuerpo de piedra, para luego ser un ogro de forja y comprimir tus restos hasta transformarte en un diamante. Y todo antes siquiera de que te dé tiempo a decir «ay».

CARL: ¿Podría transformarse en un gigante de las tormentas o algo así? ¿Algo parecido a Grull?

MORDECAI: No. Están limitados por su masa, pero no es una limitación tan estricta como la de Katia. Hay muchas normas extrañas y complicadas. Cuanto

más fuerte sea el monstruo en el que se transforman, menos probabilidades hay de que adquieran todo su potencial. Pero, aun así, puede transformarse en muchas cosas que podrían acabar contigo.

CARL: Vale. Entonces, lo que quieres decir es que nos portemos bien con Higo, ¿no?

MORDECAI: Eso es. Y con todas las prostitutas. Sé educado. Y asegúrate de que todos estos segundones también lo hacen. Sobre todo el tonto ese de Louis.

Me di cuenta de que todos se me habían quedado mirando, así que empecé a hablar.

—Puede que haya otros en este cuadrante, pero si estaban vivos es muy probable que acaben de darles una buena somanta de palos con las bombas —comenté—. Vamos a dar por hecho que tendremos que lidiar con esa fortaleza nosotros solos.

Dediqué una mirada de preocupación al camarero dromedariense, que nos miraba con interés. A diferencia del resto de los de su especie con los que me había topado, parecía un tipo agradable. Le había dado algunas golosinas a Mongo y a Dónut, para luego acariciarlos un poco. Mongo estaba dispuesto a abandonarnos por él, de hecho. No obstante, era muy probable que lo que estaba a punto de decir no les gustase nada a los camellos. Teníamos que evitar que nos oyese.

—Pero primero, me gustaría que fuésemos a nuestro espacio personal. Allí podremos ponernos más cómodos para hablar.

—¡Se llama Palacio Real de la Princesa Dónut! —añadió Dónut.

—Mira, Louis. Otra vez esa gata de la tele —dijo Firas.

Me di cuenta de que, a pesar de que los dos habían estado bastante borrachos cuando los habíamos visto por primera vez, recordaban lo ocurrido y habían sido conscientes de lo que había a su alrededor. Habían pasado nueve horas desde la última vez que habíamos hablado y, de alguna manera, se las habían ingeniado para estar más borrachos aún. Lo primero que se me ocurrió fue echarlos a patadas de la Raja, pero me preocupaba que hiciesen algo muy estúpido, como conseguir que también bombardeasen el pueblo. Necesitaba tenerlos bajo control hasta saber bien qué era lo que íbamos a hacer.

CARL: Mordecai, me he quedado sin pociones de sobriedad. ¿Tienes los ingredientes para crear más?

MORDECAI: Me has leído la mente. Me pondré a hacer unas pocas cuando entremos. Con la mesa mejorada, puedo crear una versión un poco más potente.

—Vayamos a ver ese espacio, sí —dijo Louis al tiempo que se ponía en pie. Higo se bajó de su voluminoso regazo con un graznido —. Siempre he querido ver cómo viven los ricachones.

—Yo también —dijo Higo poco después.

—No, cielo —aseguró Dónut—. No vas a entrar vestida así.

Higo le dio unas palmaditas a Dónut en la cabeza.

—Eres la cosita más adorable que he visto en toda mi vida. Si quieres, podría transformarme en lo mismo que tú para pasar un buen rato. Nunca lo he hecho con la realeza. Y sería gratis. La verdad es que quedaría de lujo en mi currículum. ¿Eres una especie de perro de pelo largo?

Louis y Firas se rieron a carcajadas.

A Dónut se le encrespó todo el pelaje.

—¿Qué acabas de decir?

Di un paso para colocarme entre ellas.

—Perdón, guapa —le dije a Higo—. El espacio personal es solo para mis amigos.

Le tiré una moneda de oro, que cogió en el aire con mucha destreza. Movió la mano con tanta velocidad que me recordó al ataque de una víbora. Al hacerlo, no giró la cabeza para ver mejor la moneda, lo que hizo que un escalofrío inesperado me recorriese la espalda.

—¿Podrías hacerme un favor? —pregunté—. Si ves a alguien que no sea de por aquí, como nosotros, dímelo la próxima vez que me veas. Te daré una moneda de oro por cada persona a la que encuentres.

Aún tenía la forma de dama ratonera y dejó de mirar a Dónut para dedicarme un saludo militar. La boca se le torció en una sonrisa y luego acarició la barriga de Louis.

—No te olvides de la cita que tenemos esta noche, grandullón. Quizá me transforme en esa tal enfermera Joy que estabas

describiendo.

Entramos en el espacio personal, y los recién llegados se quedaron mirando con la boca abierta. Langley y los arqueros empezaron a ir de un lado a otro, inspeccionándolo todo mientras Louis y Firas saltaban en el sillón. El robot limpiador soltó un pitido triste cuando Firas apoyó los pies con las botas puestas sobre la mesa.

—¿Dónde está la mantita esa? —preguntó Firas, arrastrando las palabras.

—¿Mantita? —pregunté.

—Dijiste algo de una somanta, ¿no?

Respiré hondo y decidí no responder.

—Vale, chicos —empecé mientras indicaba a todo el mundo que tomase asiento—. Como probablemente os hayáis dado cuenta, los gnomos acaban de bombardear el otro asentamiento. Nadie sabe la razón aún, pero algo me dice que es probable que tenga que ver con lo que quiera que tuviesen en su ayuntamiento. Quizá algún mazmorrero que estaba por allí lo mató por accidente, lo liberó o algo así. Ocurrió algo que dejó a los bactrianos sin ese aval que evitaba que los gnomos los atacaran.

—Espera. Tengo una pregunta —dijo Firas, que levantó la mano. Vi cómo se balanceaba demasiado en el aire. También olía el alcohol del aliento de ambos a pesar de encontrarme a mucha distancia. Estaba bastante seguro de que habían tomado algo más aparte del alcohol.

«Cagondiós».

—Dime.

—Mira, la verdad es que no tenemos ni idea de qué estás hablando. ¿Qué es un bactriano? ¿Qué aval? ¿Dónde está la mantita?

Al principio había dado por hecho que Firas era de Oriente Próximo y Louis era español, pero ahora me quedaba claro que ambos eran estadounidenses como yo.

—Yo una vez tuve que poner el coche como aval para que me diesen un seguro —comentó Louis—. Siempre lo dejaba bajo llave

en el garaje de mi vieja para que no me lo quitaran, pero los cabrones consiguieron hacerse con él cuando estaba en la disco.

—Cabrones —repitió Firas. Se giró para mirar a Katia—. ¿Tú trabajas aquí? ¿Tienes algo para beber? No tengo mucho dinero, así que tiene que ser barato.

Cuando me estaba replanteando mi promesa de no asesinar compañeros mazmorreros, Mordecai pegó un brinco desde el otro extremo de la estancia y aterrizó en la mesa sobre la que Firas había apoyado las botas. Quedó hecha añicos, tras lo que el aveceleste extendió las alas, se inclinó hacia delante y fulminó a los dos tipos, que se habían quedado con los ojos muy abiertos. Alzó un garra, con mucho cuidado de que no diese la impresión de que iba a atacarlo. Luego, los señaló con aquella pata afilada, primero a uno y luego al otro.

—Mirad, hijos de puta, vais a escucharnos y a prestarnos mucha atención, ¿entendido? No sé cómo habréis sobrevivido hasta ahora, pero estoy a punto de pedirle a mi cliente que os destripe y use vuestros cuerpos como escudos humanos. Y creo que se le da bastante bien hacerlo, ¿no es así, Dónut?

Dónut gruñó.

—Tenemos un problema muy serio, pero ¿sabéis qué? Que a pesar de ser unos imbéciles os ha tocado la lotería, ya que habéis caído en el mismo cuadrante que nosotros. El problema es que sois tan tontos que no sabéis apreciarlo. Podéis sobrevivir y llegar al sexto piso si os lo tomáis en serio. Si no, lo único que conseguiréis será complicarnos las cosas y no tenemos tiempo para algo así. Voy a fabricaros una poción a cada uno, pero tardaré unos cinco minutos. Así que, por los dioses, cerrad la putísima boca y escuchad. De lo contrario, no sobreviviréis el tiempo suficiente para tomárosla.

—Vale, vale. Tranquilito —dijo Louis.

Firas miró a su compañero.

—¿Por qué le has dicho a la puta que se transforme en Caponata? No me voy a follar a un personaje de *Barrio Sésamo*, tío. Eso es de enfermos.

—¿No ves que este es un águila? Joder, ¿veías *G. I. Joe*? ¿Recuerdas al indio? Tenía un águila llamada Libertad. —Se rio—.

Qué serie más racista, joder.

—No, la verdad es que nunca la vi. Sí que veía *Los teleñecos*, que es lo mismo que *Barrio Sésamo*.

Louis estuvo a punto de saltar del asiento, pero se limitó a abrir los ojos de par en par. Miró hacia la puerta.

—Claro. *G. I. Joe*. ¡La Baronesa! Sería muchísimo más fácil que Gadget.

—Mejor que esta águila sería. Eso seguro.

—No tardo —dijo Mordecai con tono exasperado. Luego desapareció en el estudio de creación.

—¿Sabéis qué? —dije—. Vamos a esperar a que Mordecai os preparé las bebidas.

—Dile que nos traiga un Dirty Shirley —comentó Louis.

Dónut soltó un grito ahogado.

—¿Conocéis los Dirty Shirley?

Él se rio.

—Sí, lo vimos en el episodio resumen. Algún mazmorrero imbécil se emborrachó con ellos y desafió a Lucia Mar. Ahora los usamos para valorar la calidad de los camareros. Es lo primero que pedimos en todos los bares.

> Dónut: SI LE DISPARO UN PROYECTIL MÁGICO EN LA CABEZA, ¿ME METERÉ EN PROBLEMAS?
>
> Carl: Sí. Tendrás que esperar a que estemos fuera.
>
> Katia: Están tan borrachos que si lanza ese conjuro nuevo, el de Muro de fuego, el aliento se les prenderá fuego y terminarán inmolándose. Seguro que si lo haces así no te acusan de nada.
>
> Dónut: ES PERFECTO. VOY A PROBAR.
>
> Carl: No, no lo vas a hacer.
>
> Mordecai: No os preocupéis. Yo me encargo.

—Por favor —dijo Langley, el arquero finlandés, a Louis. Era la primera vez que hablaba. Tenía la voz ronca y yo no sabía cómo sonaba el acento finlandés, pero estaba seguro de que no era así. Me pareció más de Europa del Este—. Tenemos que ponernos serios. Esto es muy serio. Hazle caso a Carl.

Louis se giró hacia el arquero.

—Claro que nos lo estamos tomando en serio. Hemos llegado hasta aquí, ¿no?

Esperamos a que volviese Mordecai, y mientras envié un mensaje a Elle para preguntarle si a ella también le habían tocado mazmorreros inútiles en su burbuja. Sabía que ahora cualquiera podía leer el chat, pero me daba igual. El grupo de Meadow Lark había conseguido hacerse con otro tipo de barco, una galera en la que había unos remeros que eran una especie de hombres pez. Estaban tanteando las defensas del castillo que tenían que asaltar, una plataforma petrolífera controlada por orcos que disparaba bolas de fuego a quienquiera que se acercase.

ELLE: Somos los únicos que hay en el cuadrante de Agua. Hemos visto personas en tierra, pero no hemos hablado con nadie. Su castillo es similar al nuestro. Es una refinería de petróleo. Al parecer, toda la burbuja es una sátira absurda de cómo los humanos destruimos nuestro planeta. Creo que el castillo de Aire es una nube de tormenta de la que llueve ácido. ¿A ti te han tocado unos vagos de mierda, entonces?

CARL: No quieres saberlo.

—¿Cómo habéis llegado tan lejos? —preguntó Katia a Louis y a Firas.

—Este tiene un conjuro —respondió Firas—. Lo consiguió por ser el primer mazmorrero en entrar en la mazmorra con una furgoneta.

—¿Entraste en la mazmorra con una furgoneta? —pregunté—. Creía que los vehículos también se habían aplastado durante el derrumbe.

—Los descapotables no —dijo Louis con orgullo en la voz—. Cuando ocurrió no tenía puesta la capota. Y no vi las escaleras hasta que fue demasiado tarde. Estaba en medio de la I-95. Fue horrible y no sabía qué estaba pasando. De repente, la carretera quedó llena de baches. Fue complicado. Y luego vi el resplandor de la entrada. Pisé a fondo el freno, pero no lo conseguí evitar. Entré y se me rompió el eje. Pero conseguí bajar por las escaleras, chocar contra las puertas y entrar en la mazmorra.

Mordecai regresó en ese momento con un par de pociones en una de las garras. No eran las de sobriedad normales. Estas eran blancas y tenían algo de espuma. Estaba a punto de examinar una de ellas,

pero en ese momento me di cuenta de lo absurdo que era lo que acababa de contar Louis.

—Espera —dije—. ¿Una furgoneta descapotable? ¿Una furgoneta de carga sin la parte de arriba?

—Sí, tío. Una pasada. Era la Chevy Astro de mi madre. Le quitamos la parte de arriba. Mi amigo Jojo vio en internet cómo personalizar furgonetas para hacerlas descapotables, así que nos pusimos manos a la obra. Mi madre se enfadó mucho, pero conseguimos como cien mil me gusta en Instagram. La llamé Tetamen Enroscado.

—¿De dónde eres? ¿No nevaba por ahí?

—Qué va —dijo Louis—. En Miami no es que nieve demasiado. Aunque a veces hace un frío de cojones. Cuando ocurrió esto eran las cinco de la mañana y acababa de salir de casa de Jojo. Me salvó la vida.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Katia, que miró al tipo gordo y medio calvo de arriba abajo.

—Tengo veintisiete. ¿Y tú, Punky Brewster?

—¿Cómo se llama ese conjuro? —pregunté—. ¿Y dónde acabó la furgoneta? ¿Te guardaste alguna pieza?

Mordecai le dio una poción a cada uno de los tipos.

—Bebéosla.

Louis la miró con gesto dubitativo, pero luego se encogió de hombros y se la tragó.

—La furgoneta quedó para el arrastre. ¿Para qué iba a coger las piezas? Tampoco es que pudiese crear otra Chevy Astro aquí dentro. Ah, y eso, que el conjuro es una pasada. Se llama Nube de tubo de escape. No tenemos ni que luchar cuando lo lanzo. Y Firas tiene uno para escapar cuando nos metemos en problemas. Se llama Saltacharcos.

—¿A qué nivel tienes Nube de tubo de escape? —preguntó Mordecai con brusquedad.

—¿Por qué esta poción no tiene descripción? —preguntó Firas, que sostenía la poción blanca a la luz.

—Joder, cómo me duele la cabeza. Tengo el conjuro a nivel 11 —respondió Louis—. Lo he usado mucho. Tiene un tiempo de recarga

de 10 minutos, eso sí. Joder, en serio. Creo que voy a vomitar.

—Te encontrarás bien dentro de un minuto. Nube de tubo de escape tiene un tiempo de recarga de una hora, normalmente —explicó Mordecai—. Bébete la poción, Firas. No te hará nada.

Louis se encogió de hombros. Empezaba a ponerse un poco verde.

—Mi clase fumigador reduce el tiempo de recarga de los conjuros tipo nube, o algo así. Y hace que sean más efectivos. Mi guía me dijo que esa clase era mi única posibilidad de sobrevivir. Era un capullo. Como tú, vamos.

—Yo diría que te tocó un guía muy competente que hizo todo lo que estaba en su mano —aseguró Mordecai.

—Eh, eh. Aquí está pasando algo raro —dijo Firas—. Creo que no deberíamos bebernos estas pociones.

—O sea, ¿que paralizáis a grupos enteros de monstruos y luego usáis Saltacharcos para escapar? —continuó Mordecai—. ¿No los matáis cuando están indefensos?

—Qué va —respondió Louis—. A veces sí, pero se recuperan cuando los golpeas. Y algunos de esos bichos de más nivel necesitan muchos golpes para morir, sobre todo en el piso anterior. Normalmente, tiramos la nube y salimos por patas. El conjuro fue muy efectivo en esos túneles y en los trenes.

—¿Ya te la has bebido? —preguntó Firas.

—Sí que lo ha hecho. Y está bien —respondió Mordecai—. No está borracho. ¿Verdad, Louis?

—Qué va. La verdad es que se me ha bajado el pedo rapidísimo. Aunque sigo un poco revuelto.

—Aún tienes alcohol en el cuerpo. Pero no te preocupes que no durará mucho.

—¿Seguro que debería tomármela? —insistió Firas—. No tiene descripción. Es la primera vez que veo algo así.

CARL: No los estarás envenenando, ¿verdad?

MORDECAI: No. O más o menos. Pero es un envenenamiento bueno. Confía en mí.

—Dios. Que te la bebas ya, hombre —dije—. Estamos esperando por ti.

Firas se bebió la poción en el mismo momento en el que Louis vomitó a chorro por todo el suelo.

El robot limpiador soltó un gorjeo rabioso.

MORDECAI: Vale. Os explico lo de estos imbéciles. Louis tiene un conjuro mejorado de categoría legendaria llamado Nube de tubo de escape. Tiene una probabilidad muy alta de dejar inconsciente a los monstruos durante un tiempo que varía dependiendo de la diferencia de nivel. No recuerdo muy bien los detalles, pero hasta los enemigos de nivel alto se quedarán fritos durante un rato. Se despiertan en el momento en el que los tocas, eso sí. Aunque todo el daño que se les haga durante los treinta segundos siguientes a despertarse aumenta. Es uno de esos conjuros que ayuda muchísimo durante los primeros pisos. Y estoy casi seguro de que es el mismo que tiene esa señora de las cabras, Miriam Dom. Pero, en lugar de usarlo como ha venido haciendo ella, estos imbéciles han escapado de todos los enfrentamientos. Les fue bien al principio, pero ahora están jodidos. El tipo este no sabe lo mucho que podría haberlo aprovechado. Habría podido llegar a nivel 40, por lo menos.

No presté mucha atención a lo que estaba diciendo Mordecai. Los dos mazmorreros se habían puesto a cuatro patas y no dejaban de gritar mientras vomitaban en el suelo. Llevaban así varios minutos. Me recordó a la semana libre que nos habían dado en una ocasión. Los que no teníamos familia la pasamos en Filadelfia emborrachándonos hasta la inconsciencia.

CARL: Mordecai, ¿qué coño les has dado a estos tipos?

MORDECAI: Estarán bien. Se llama desintoxicación rápida. Les purga el alcohol y todos los efectos negativos de la mayoría de las drogas. No de los palitos luminosos, por desgracia, pero sí de casi todo lo demás. Funciona muy bien. También hace que algunas toxinas dejen de afectarlos y dura todo un piso.

CARL: Entonces ¿ya no podrán emborracharse?

MORDECAI: Ni colocarse. Y si beben, se pondrán malos como un perro. Se usa para tratar el alcoholismo. Y para torturar a los prisioneros.

KATIA: ¿Por qué no podíamos leer la descripción?

MORDECAI: Añadí icor de escarabajo de salvia. Sirve para ocultar las pociones, pero también las estropea si no se beben en menos de una hora. Es un buen truco. Algunos lugares tienen protecciones que evitan el uso de algunos tipos de pociones, como las arenas de batalla, que no permiten usar pociones de sanación. Pero si la poción tiene icor, puedes usarla.

—Joder —dijo Louis, que se puso en pie entre tambaleos. No había dejado de jadear.

—¿Podemos seguir ya? —pregunté.

—Me acaba de llegar una notificación que dice que no puedo beber más —comentó Louis. Su voz se convirtió en poco más que un susurro—. No me gusta nada, joder. Nada. Era lo único que me quedaba.

—Eso no es cierto. Recuerda que aún tienes esa cita con Higo —dijo Dónut.

6

Cuando el segundo sol, el pálido, se alzó en el cielo, este empezó a avanzar rápidamente y a acortar distancias con el otro, el amarillo. Era mucho más pequeño, pero hizo que la temperatura aumentase unos diez grados. Cuando las dos estrellas se encontrasen en las alturas, daría comienzo la tormenta de arena. La física nunca se me había dado bien, y lo cierto es que no sabía si aquel movimiento de los soles imitaba algún patrón orbital real, o posible siquiera. Después de hablar con Imani y con Elle descubrí que era algo propio de la burbuja en la que nos encontrábamos, por lo que seguro que era una ilusión proyectada en el techo.

Me hice visera con la mano para buscar la fortaleza Páramo en el cielo. No conseguí verla desde el lugar donde nos encontrábamos, lo que significaba que ya había pasado por encima del borde del cráter. En el pueblo no dejaba de hablarse de la destrucción del otro asentamiento, aunque ni siquiera Dónut fue capaz de sonsacarle a los camellos ni a los cambiados qué había provocado el ataque.

Puede que las estrellas no fuesen reales, pero el aumento repentino de la temperatura sí que lo era. Hacía tanto calor fuera que costaba respirar. Los camellos no habían desplegado el toldo, ya que lo reservaban para la tormenta de arena. Una pena. La actividad en el exterior cesó de improviso, y todo el mundo se metió en los edificios a pesar de que la temperatura tampoco es que bajase demasiado dentro de los bares. En las afueras del pueblo, los diablos picudos quedaron reemplazados por unas criaturas diferentes. Eran unas cosas del tamaño de Dónut que se movían muy rápido y se llamaban guadañas de las dunas. Había muchas al otro lado de los muros del asentamiento; los puntos rojos lo rodeaban en el mapa.

La verdad es que no me apetecía salir y tener que enfrentarme a ellas, pero sabía que terminaríamos haciéndolo.

—Vamos a tener que poner aire acondicionado en el Carruaje Real —dije, apoyado en la pared del edificio de adobe. Estábamos en la callejuela entre dos posadas, de cara a la parte trasera del ayuntamiento y detrás de los dos edificios que había al otro lado de la calle. Había otra callejuela que daba hasta el ayuntamiento, pero no queríamos acercarnos tanto.

Katia sí estaba en ella, apoyada en un mecanismo metálico que serpenteaba por el edificio más cercano. Se había transformado en una especie de cañería alargada, lo que le permitía ver mejor la puerta trasera del ayuntamiento. También nos comentó que dicho mecanismo que había en el costado del edificio servía para bombear aire frío en el interior.

—Esto es insoportable —dijo Dónut, que estaba sobre mi hombro —. Me sudan las patitas.

—Los gatos no sudan —aseguré.

—¿No? Pues si los gatos no sudan, ¿podrías explicarme esto, Carl? —dijo Dónut antes de pasarme la pata por la cara. No sabía si estaba húmeda o era mi cuerpo entero el que estaba sudado. Siempre había tenido problemas con el sudor. En el gimnasio, era uno de esos tipos que dejaban todo encharcado. No podía evitarlo, y en este momento mi piel parecía haberse convertido en un grifo abierto.

—Silencio —dije—. Parece que sale alguien.

Sabíamos que había dos entradas al ayuntamiento. La principal, que nadie parecía usar, y la trasera, que era a la que nos habíamos acercado. Vimos cómo un dromedariense abría la puerta, se ataba con fuerza un pañuelo a la cabeza y se alejaba a grandes zancadas. Me quedé muy quieto cuando la criatura pasó junto a Katia, pero no se detuvo. Mientras se cerraba la puerta me fijé en que había dos guardias apostados en el interior. Eran de la patrulla de vagos, de nivel 48 cada uno.

El otro camello giró hacia la izquierda por la calle y desapareció, doblando la esquina para internarse en la Callejuela de las Movidas Chungas.

CARL: ¿Has podido ver bien lo que había?

KATIA: Sí. El tipo que se acaba de ir se llama Henrik. Es uno normal, de nivel 30, pero tenemos un problema. Le enseñó algún tipo de identificación al guardia antes de salir. En un pueblo lleno de cambiaformas, las medidas de seguridad adicionales tienen sentido, supongo. Cuando se abrió la puerta, vi el mapa del interior durante un rato. Hay grupos de guardias por todas partes. Son un total de doce.

«Cagondiós».

CARL: Pasemos al plan B.

El plan de Katia había sido ver de cerca al próximo dromedariense que saliese del edificio, emular sus prendas y su aspecto lo mejor que pudiese y «regresar» al interior para echar un vistazo rápido. Pero había demasiados guardias por el lugar, guardias que seguro que estaban alerta, por lo que el plan no iba a funcionar.

Era un problema. El edificio entero era de alta seguridad, y si nos colábamos era muy posible que solo pudiésemos hacerlo una vez. No teníamos ni idea de qué había escondido en el interior, ni tampoco qué íbamos a hacer al respecto cuando lo descubriésemos. Si resultaba ser el hijo del gnomo líder o algo así, lo mejor sería dejarlo allí por el momento. Si mi idea del cohete de dos fases terminaba por funcionar, no íbamos a necesitar resolver esta narrativa secundaria.

CARL: ¿Viste guardias en el primer o en el segundo piso?

KATIA: Solo en las oficinas. Hay un camello en la mitad de ellas. El primer piso está menos abarrotado que el segundo.

El camarero de la Raja nos había comentado que los ciudadanos no descansaban durante la noche de dos horas. En lugar de eso, lo hacían durante las horas de calor antes de que diese comienzo la tormenta. Y, como había menos gente en las calles, era el mejor momento para infiltrarse en el edificio.

Respiré hondo. «Es una idea terrible». Pero no veía otra alternativa que no fuese entrar ahí y matar a todos los camellos PNJ. Y menos cuando teníamos tan poco tiempo. El equipo de Gwendolyn estaba fabricando máquinas de asedio para derrumbar los muros en

el cuadrante de Tierra, pero a ella le preocupaba no tener efectivos suficientes como para asaltar el Castillo de Arena del Mago Loco de las Dunas. No habíamos oído absolutamente nada de los otros dos cuadrantes. Teníamos que darnos prisa.

> CARL: Louis, vamos con el plan de la rana. Prepárate. Y tú también, Firas.
> LOUIS: Joder, tío. ¿En serio?
> CARL: Vamos. Rapidito.

Louis y Firas estaban dentro de la taberna contigua. Los dos mazmorreros no habían dejado de quejarse de la poción de Mordecai, pero era mucho más fácil tratar con ellos cuando estaban sobrios. Firas era mucho más tranquilo e introspectivo. Trabajaba como limpiador exhaustivo de vehículos y técnico de sonido para coches antes de que ocurriese todo. La clase martillero era de cuerpo a cuerpo y se especializaba en armas y habilidades relacionadas con los martillos. La única arma que llevaba era una maza que mejoraba dependiendo de tu Inteligencia y estaba pensada para los clérigos. Y su conjuro Saltacharcos tenía nivel 10, mucho más que el de Dónut, que tenía 6.

Cuando estaba sobrio, Louis seguía siendo un imbécil. Estaba muy seguro de que el tipo no había trabajado en toda su vida. No dejaba de comentar dibujos animados de los que yo nunca había oído hablar. Cuando descubrió que Katia era de Islandia, empezó a llamarla Villa Pereza, no tenía ni idea de por qué. No obstante, Dónut y él empezaron a llevarse bien. A pesar de decir que la odiaba, Dónut sabía muchísimo sobre una serie de los ochenta llamada *El coche fantástico*, algo que hizo que Louis la tuviese en alta estima.

Yo hubiese preferido que uno de los tipos de Langley nos ayudara con esto, pero las habilidades de ese grupo no hubiesen servido para lo que queríamos hacer. Cuando diese la orden, todos subirían a los tejados y nos cubrirían al escapar si las cosas salían mal. Mientras, se pusieron manos a la obra y cada uno de los seis fue a un bar diferente. Mordecai estaba haciendo lo mismo. De hecho, en aquel momento se encontraba sentado en la Raja, bebiendo vino de

sangre y contándole al camarero del siguiente turno que había visto un grupo de soldados sapo grulke en el desierto.

Una balconada rodeaba el exterior del primer piso del ayuntamiento. Katia anunció que la que daba a la callejuela estaba en un despacho que parecía estar vacío. Decidimos que Katia se quedase fuera y escondida mientras Dónut, Louis, Firas y yo usábamos Saltacharcos para subir a la terraza. Como el tiempo de recarga del conjuro era de cinco horas, usaríamos el de Firas y guardaríamos el de la gata para escapar.

—Perfecto —susurré—. Una vez estemos ahí dentro, mantened la boca bien cerrada. Si alguien nos ve, vamos a tener que matarlo. Los camellos son unos mierdas, pero me gustaría evitarlo si es posible. Haced lo que os digamos Dónut y yo.

Ambos asintieron. Esperé a que Katia nos avisase de que estaba todo despejado, y luego Firas lanzó el conjuro, que nos teletransportó al balcón. Una parte de mí se sorprendió al ver que había funcionado. Los cuatro aparecimos hacinados junto a una barandilla de metal. En ese momento, nos agachamos para intentar pasar desapercibidos mientras los soles gemelos nos fulminaban con su calor. Desde arriba, vi a un dromedariense que se encontraba a dos calles de distancia, pero estaba de espaldas. Teníamos que darnos prisa.

Unas puertas altas llevaban al interior del edificio. Agarré el picaporte e intenté girarlo, pero estaba bloqueado. Era una puerta de seguridad de metal grueso, pero por suerte no estaba cerrada con magia.

—Puerta —le dije a Dónut—. Y, en esta ocasión, espera unos segundos antes de disipar el conjuro.

Lo habíamos practicado. La última vez que habíamos intentado algo así, Dónut había estado a punto de cercenarme la mano. Lanzó Agujero justo encima del picaporte. Gracias a su habilidad Cañón de cristal, el conjuro era muchísimo más poderoso en este piso. El agujero atravesó la puerta de lado a lado, por lo que pude meter la mano, tantear hasta encontrar el pestillo y girarlo despacio. La puerta se abrió con un chasquido. Retiré la mano y eché un vistazo

al interior en busca de amenazas, pero no vi nada en el despacho. Dónut disipó el conjuro en ese momento.

—¿Recuerdas cuando le cercenamos la cabeza al tipo aquel? —susurró la gata mientras nos colábamos en la estancia vacía.

—Sí, aún la tengo en el inventario —dije.

Louis y Firas se tambalearon detrás de mí. Louis sudaba tanto que me hacía parecer seco hasta a mí. Daba la impresión de estar perdiendo litros de agua por momentos. Cerré la puerta cuando entramos todos. Me dio la impresión de que el despacho no se usaba a menudo. Había un escritorio y una silla enormes, tamaño camello, así como una mesa sin nada encima y un arcón abierto y vacío. Las paredes estaban hechas de madera, y los suelos crujían a cada paso. Un sistema muy complicado de cañerías de latón recorría la pared interior. Parecían formar parte de ese aire acondicionado de aspecto steampunk o de uno de esos sistemas de mensajería por tubos neumáticos.

Ahora que estábamos dentro, me apareció en el mapa todo lo que había en el interior. Vi varios despachos en el piso, y solo uno parecía estar ocupado. Los tres guardias deambulaban por los pasillos, aunque justo en ese momento bajaron por las escaleras y desaparecieron.

—Tened cuidado —dije al tiempo que me acercaba con el mayor sigilo posible al escritorio. Yo tenía algunas mejoras que ocultaban mis pasos, pero Louis y Firas no tenían nada y ambos se quedaron allí con los brazos extendidos, como si estuviesen surfeando—. Antes de seguir, esperemos a que los guardias vuelvan al piso de arriba. Louis, prepárate.

Este asintió y no dijo nada por primera vez en toda su vida.

Empecé a rebuscar en el escritorio y a saquear todo lo que no estuviese atornillado a él. No fue gran cosa. Me hice con la silla. Sabía que también podía levantar la mesa con facilidad, pero no quería arriesgarme a hacer mucho ruido.

KATIA: Acaban de salir tres guardias. Están fumando cigarrillos y hablando entre ellos, apoyados contra la pared a la sombra de los balcones. Creo que se están tomando un descanso. Cuando se abrió la puerta, os vi a los cuatro y a

otro camello en el primer piso. Tenéis vía libre hasta la estancia que da al sótano. Adelante. Os avisaré si estos vuelven a entrar.

Titubeé. Ese no era el plan. Los tres guardias podían volver a entrar en cualquier momento.

KATIA: Mierda, estoy viendo muchos camellos más aquí fuera. Vienen hacia aquí. Creo que es un cambio de turno. A menos que queráis quedaros quietos toda una hora esperando a ver dónde se colocan, creo que será mejor que os deis prisa.

Louis se movió, y el suelo crujió con estruendo. «Mierda», pensé. No podíamos quedarnos a esperar.

—Muy bien. Pues vamos —dije—. No podemos disimular las pisadas, por lo que avancemos con calma pero sin detenernos. Ni rápidos ni lentos.

—No sé a qué te refieres con eso, la verdad.

—Tú sígueme —dije. Salí por la puerta a un pasillo largo. Había una hilera de cuadros colgados de la pared, todos con la imagen de un camello estirado y que parecía estarse aburriendo mucho. El suelo de madera estaba cubierto por una alfombra de pasillo, larga y de patrones intrincados. Hacía mucho más fresco en el interior. Recorrimos el pasillo y bajamos por las escaleras.

Continuamos por el pasillo del piso inferior, que se bifurcaba hacia ambas salidas. Los guardias que había en cada uno de los extremos no advirtieron nuestra presencia cuando seguimos avanzando. Pasamos por varias habitaciones abiertas y una pequeña cocina, hasta llegar a una puerta blindada que había al fondo del corredor.

—Vale. Aquí haremos lo mismo —susurré—. Hay dos guardias al otro lado de la puerta, por lo que tiene que ser rápido. Dónut lanzará el conjuro Agujero y tú, Nube. Tienes que esperar a que los puntos se vuelvan rojos. Yo me encargaré de ellos. No os acerquéis al agujero de la puerta. No queremos que os vean. Una vez acabemos con ellos, intentaré abrirla.

Louis parecía estar a punto de desmayarse. No sabía cómo aquel tipo había conseguido llegar hasta aquí. Se crujió el cuello y empezó a dar brincos y a agitar las manos, como si se estuviese preparando para correr a toda velocidad.

—Listo.

Dónut lanzó el conjuro Agujero, y yo tiré por él una de mis nuevas bengalas. Las había descubierto mientras intentaba crear explosivos de poca potencia. No eran más que una mecha unida al detonador de una hobomba. Casi ni hacían daño y no resonaban demasiado. Pero echaban chispas por todas partes durante cinco segundos. El destello chisporroteante se agitaba como avispas enfurecidas que dolían mucho si estabas cerca.

—Vamos —susurré en el momento en el que los puntos se volvieron rojos.

Louis extendió el brazo y lanzó el conjuro. Yo me eché hacia un lado, pero justo en ese momento vi la silueta característica de un camello. Estaba sentado en una mesa, con unas cartas en la pata y cubriéndose la cara, sorprendido por la bengala. Había una lanza pesada apoyada contra la pared.

La habitación empezó a llenarse de humo negro y los dos camellos cayeron inconscientes. Uno de ellos chocó contra algo, probablemente contra la mesa donde seguro estaban jugando a las cartas, y un ruido estruendoso se propagó por el pasillo.

—Joder —susurré. Metí la mano en el agujero y busqué el pestillo con desesperación. Pero no había. La puerta solo tenía un ojo de cerradura por el otro lado, y estaba más alto de lo que esperaba. No se correspondía con el que estaba por el lado donde nos encontrábamos nosotros. En ese momento, me di cuenta de que había dos pestillos. Uno de ellos requería una llave y te permitía abrir la puerta por ambos lados.

—Mierda. No voy a poder abrirla —dije mientras retiraba el brazo.

—¿Qué ha sido eso? —retumbó una voz al fondo del pasillo.

—Vete a ver qué ha pasado —gritó otro. Eran los guardias, hablándose de uno a otro extremo del pasillo.

—Voy a tener que usar explosivos con la puerta —dije—. Atrás todos.

—No hace falta que seas tan dramático, Carl —comentó Dónut—. Mira esto.

Disipó el conjuro Agujero y lo volvió a lanzar, pero en esta ocasión unos centímetros más a la derecha, para que lo que desapareciese

fueran tanto los dos cerrojos como parte de la pared y de la jamba de la puerta. El conjuro tenía una profundidad de veinte centímetros, que era bastante. La gata empujó la puerta y esta se abrió sin dificultad alguna. El agujero formaba una medialuna en la puerta y otra en la pared.

—Pero ¿qué cojones? ¿Por qué no hemos hecho esto siempre?

Entré al tiempo que el humo negro brotaba hacia el exterior.

—¿Cuánto durará este humo? —pregunté mientras agitaba la mano con nerviosismo para dispersarlo. Era mucho más denso de lo que creía. A diferencia del de las bombas de humo, con este no veía absolutamente nada. Y también olía al tubo de escape de un vehículo de diésel. No quería entrar más en la habitación, por miedo a tropezarme con uno de los dos camellos, ya que se despertaban con el más mínimo roce.

—Solo durará un minuto.

Oí unos pasos. Un camello se acercaba para investigar.

—Mierda, va a ver el humo.

En ese momento, empezó a disiparse y vi las dos siluetas en el suelo, aunque había algo raro en ellas. Cerré la puerta.

—Cierra tu agujero, Dónut.

—Hay que ver, Carl. La próxima vez podrías decirme las cosas de otra manera, ¿eh?

Oí gritos que venían del pasillo.

> KATIA: Un guardia acaba de abrir la puerta y ha gritado algo. Están entrando muchos camellos. Os van unos quince.

—Cagondiós, Dónut. El conjuro. Ya.

La gata disipó el conjuro en ese momento.

Lo que terminó por ser un grave error. Cuando lo hizo, me di cuenta de la razón por la que no deberíamos usar el conjuro Agujero para abrir las puertas si queríamos volver a usarlas. El problema fue que había cerrado la puerta con demasiada fuerza o con menos de la que debería, porque cuando reapareció la parte que le faltaba, los pestillos no estaban alineados como antes. Dos pedazos de metal, que seguro eran partes de dichos pestillos, cayeron al suelo. La puerta parecía abollada por el lado donde hasta hacía poco se

encontraba el hueco, como si hubiesen usado algún tipo de explosivo.

—Vaya. La verdad es que no esperaba que ocurriese algo así —dijo Dónut—. ¿Qué has hecho, Carl? Para esto, la verdad es que podrías haber usado los explosivos y ya está.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Louis—. ¿Qué vamos a hacer? Gata, ¡teletranspórtanos fuera de aquí!

—¿Gata? —preguntó Dónut—. ¡Soy la Princesa Dónut, bufón!

Hice rodar una bomba de humo goblin por el pasillo y luego cerré la puerta lo mejor que pude. Después saqué una de las cuñas que había creado para el piso de los trenes. La apoyé contra la entrada y encajé el puntal contra el techo. Ahora iban a tener que esforzarse para entrar en la habitación, pero nosotros nos habíamos quedado atrapados en el interior.

—Vosotros dos, haced algo útil y evitad que abran la puerta.

Louis y Firas se sobresaltaron, pero luego se apoyaron contra la puerta para mantenerla cerrada. Era muy posible que no sirviese para nada, pero al menos los mantendría ocupados un rato.

Volví a echar un vistazo por la estancia y me centré en los dos dromedarienses que se habían desmayado. Pero ya no eran dromedarienses.

—¿Qué cojones?

Eran cambiados. Ambos habían vuelto a esa forma humanoide sin cara. El que había visto hacía unos instantes jugando a las cartas se había desmayado en el suelo, y los naipes se encontraban desperdigados a su alrededor. Pero ahora era mucho más pequeño. La cabeza le latía con una extraña luminiscencia color zafiro, casi como si fuese una medusa.

Examiné sus propiedades. Tenía un contador de cincuenta segundos sobre la cabeza, mucho menos tiempo del que esperábamos a pesar de la diferencia de nivel entre Louis y la criatura. Louis había comentado que perdían la consciencia durante más de cinco minutos, normalmente.

> Svern. Cambiado director. Nivel 49.
> Esta criatura está... nublada.

¿Alguna vez has visitado el hogar de una viuda anciana y visto su colección de cucharas en miniatura? ¿O de dedales? Quizá sea de imanes de nevera o de saleros y pimenteros. Siempre es algo. Y forman parte de una colección. Puede que hasta tengan una vitrina con un espacio específico para cada uno de ellos. Lo cierto es que la mujer se mostró muy ambiciosa al comprar dicha vitrina antes de tener las cosas con las que llenarla. Y la tiene allí en casa, con una capa de polvo en la parte superior porque ya no alcanza a limpiarla. Podría considerarse un santuario dedicado a un optimismo propio de la juventud.

Inevitablemente, a medida que la vida siga su curso, empezará a preocuparse más por los elementos de la colección que le faltan y a ignorar los que ya tiene. Ese cenicero de las cataratas del Niágara fue difícil de conseguir, y lo colocó con mucho orgullo junto al de Branson. Pero cuando se hizo con él, perdió todo su valor. Y ahora solo puede pensar en ese espacio vacío que tiene justo ahí, al lado del de Graceland. La reconcome por dentro.

Podría considerarse un símbolo de todas las cosas que había conseguido en su vida, de todos sus fracasos. A veces lo mira. Ese espacio. Ese puñetero espacio vacío. Y lo único que quiere es verlo ocupado.

Es, al mismo tiempo, una maldición y aquello que hace que el cambiado director se levante todas las mañanas.

CARL: ¿Qué cojones es un cambiado director? La descripción parece una redacción de instituto.

MORDECAI: Mierda. Tendría que habérmelo imaginado.

CARL: Explícate. Los guardias eran esas cosas fingiendo ser camellos. Ahora empiezo a preguntarme si los camellos no serán todos cambiaformas. Es normal que todo el mundo os odie, la verdad.

Se oyó un golpe fuerte en la puerta, pero esta resistió. Louis gritó a causa del miedo. Firas apretó los dientes. No quedaba mucho tiempo.

MORDECAI: Son poco habituales. Es una historia muy antigua que diría que no se usa desde hace mucho tiempo. Pertenecen a una secta de la cultura de los cambiados. A veces, les dan nuevos poderes especiales. Son parecidos a esos elfos urbanos sectarios que vimos en el tercer piso, pero menos apocalípticos y más centrados en conseguir poder. Están obsesionados con completar su biblioteca de transformaciones. Los cambiados solo pueden transformarse en algo que hayan tocado físicamente, por lo que van por ahí en busca de criaturas raras.

CARL: ¿Alguna manera especial de matarlos cuando están en esa forma extraña sin cara?

MORDECAI: Id a por el cerebro. La parte brillante. Si matáis a uno, guardad la cabeza. Puedo crear una poción muy buena con ella, pero solo funcionará si no está transformado cuando lo matáis. Intentad dejarlo inconsciente primero. A veces les hace perder la forma.

No tenía ni idea de qué tenía que ver todo esto con los malditos gnomos, pero sospechaba que lo que estaba ocurriendo ahora mismo tenía que parecerse mucho a lo que había ocurrido en el asentamiento bactriano. Seguro que los mazmorreros no habían completado la misión del ayuntamiento, algo que también estaba a punto de ocurrirnos a nosotros.

El plan original había sido entrar y salir sin que nos viese ni hacer daño a ningún PNJ. Y si había daños colaterales, también teníamos un plan para demostrar que no éramos culpables. Pero toda esta jodienda de los cambiados nos había obligado a dejar de ser diplomáticos. Activé la habilidad Garrazo y aplasté la cabeza de Svern con el pie. En ese momento, desapareció la desventaja nublado, pero volví a golpearlo antes de que pudiese reaccionar y lo volví a dejar aturdido. Ataqué una vez más y acabé con el monstruo de nivel 49. Al morir, el cuerpo se arrugó como una pasa, por completo excepto la cabeza redondeada. La cogí y la guardé en el inventario.

En la estancia había otra salida. Era una trampilla que llevaba hacia abajo, hacia lo que quiera que estuviesen protegiendo en el ayuntamiento. Era nuestro objetivo, pero teníamos que solucionar otro problema antes de continuar. Quedaban menos de quince segundos para que despertase el segundo guardia cambiado.

—Vosotros dos. Matad al otro. Rápido.

—¿Qué? —preguntó Louis, aterrado—. Va a despertar cuando lo golpee.

—Se va a despertar igualmente. Rápido, joder. En la cabeza.

Firas sacó la maza, y Louis hizo lo propio con su arma: un bate de béisbol brillante cubierto de pinchos. Me volví a apoyar contra la puerta cuando volvió a oírse un golpe estruendoso.

> CARL: Dónut, mátalo justo cuando se despierte. Un proyectil de máxima potencia a la cabeza. Pero asegúrate de que esos dos le dan algunos golpes.
> DÓNUT: TIENE LA FUERZA DE UN JEFE. ¿Y SI NO SIRVE DE NADA?

No me dio tiempo a responder. Firas sacó la maza y atacó con todas sus fuerzas al cambiado justo cuando terminaba la cuenta atrás de la desventaja. Louis también atacó con el bate. Ambos le

golpearon varias veces en la cabeza. El conjuro aumentaba el daño durante varios segundos, pero casi no le habían bajado la barra de vida.

Dónut le lanzó a la cabeza un proyectil mágico de doble potencia a bocajarro. Estuvo a punto de matarlo, por lo que la gata lanzó otro poco después. Y se acabó. Un material luminiscente de tonos azulados se desperdigó por toda la estancia como si hubiese partido por la mitad una de esas barras luminosas.

—Quedaos aquí —les dije a Louis y a Firas mientras abría la trampilla. Me llegó un aire frío y fétido al hacerlo—. Y volved a la puerta para bloquear el paso. Mantenedla cerrada todo lo que podáis.

Los dos volvieron a apoyarse contra la obstrucción metálica que había colocado en la puerta.

—He subido dos niveles —le dijo Louis a Firas, quien también había subido a nivel 24.

KATIA: Ha empezado a oírse una campana. Los camellos no dejan de salir.

Yo también oí la campana a través de las paredes.

CARL: No te muevas, Katia. Ya casi hemos terminado. O eso espero.

—Dónut, saca a Mongo y colocaos por allí. —Señalé la pared de la izquierda, la que daba al exterior—. Escaparemos por ese lado. Si entran antes de que yo haya regresado, marchaos sin mí. Intentad que no os vean, pero si lo hacen, salid por patas. No luchéis. Nos volveremos a ver en la estancia segura.

La gata hizo un amago de protestar, pero yo bajé por la escalerilla y me interné en la oscuridad rápidamente.

Encendí una antorcha y la tiré hacia delante. Cayó al pie de la escalerilla, que era bastante corta, y la caverna quedó del todo iluminada.

La habitación apareció en mi mapa. No era grande y no parecía haber nadie.

Mongo se asomó por la trampilla y me graznó.

—Quédate ahí arriba —dije.

El suelo estaba hecho de piedra, con símbolos tallados que parecían jeroglíficos egipcios. Me encontraba en la parte superior de la tumba. El techo de la cueva era algo bajo y tuve que encorvarme. Era imposible que un camello cupiese por aquí. Había una mesa y una silla muy pequeñas. Sobre la mesa había un pergamino. Me hice con él.

> Mapa. La Necrópolis de Anser.
> Has descubierto los planos de las catacumbas. La información se ha añadido a tu mapa y al de todos los miembros de tu grupo.

—Mierda —dije mientras el pergamino se hacía polvo. Vi en el minimapa que la zona que se encontraba debajo de mis pies estaba llena de criaturas. Alejé la imagen y vi que se trataba de un laberinto que hacía que el mapa de la Maraña de Hierro fuese poco más que un juego de niños—. Joder.

En la mesa también había un pequeño cuenco, con tres cosas negras y marchitas. Me fijé en que eran setas, pero no de las que se comían. O al menos no de las que se comían para alimentarse. Guardé el cuenco en el inventario. Después también guardé la mesa y la silla.

> Katia: Acaba de ocurrir algo muy raro. Dos de los camellos de nivel 30 querían entrar en el ayuntamiento, pero otro camello lo ha impedido. Era uno de esos guardias de la patrulla de vagos. Se han peleado, y el guardia los ha matado a ambos. Ha arrastrado los cadáveres al interior.
> Carl: ¿Decía «camellos» en la descripción cuando murieron?
> Katia: Pues sí. ¿Por qué lo preguntas?
> Carl: Luego te lo explico.
> Dónut: DATE PRISA, CARL. ACABAN DE DECIR DE LANZARLE UN COHETE A LA PUERTA.

Vi que la estancia llegaba más lejos de lo que había creído en un principio. Lo que parecía el extremo del lugar, no era más que la barrera que aislaba el cuadrante Subterráneo. Por desgracia, no podía cruzarla aunque hubiese conseguido el mapa. Primero teníamos que capturar el castillo de los gnomos.

Pero también me fijé en otra cosa: el punto blanco de un PNJ. Se encontraba al otro lado de la barrera, por lo que no iba a poder

llegar hasta él.

—¿Hola? —grité. Solo veía sombras al fondo de la habitación.

—¿Henrik? ¿Eres tú? ¿No has vuelto demasiado pronto? —respondió alguien—. He oído ajetreo. ¿A quién te vas a parecer hoy? ¿A mi madre, quizá? Aún me dura la última dosis. Si me das más, quizá me mate. Ojalá…

No vi a la criatura, pero tenía una voz parecida a la de un bopca.

Estaba a punto de encender otra antorcha, pero justo en ese momento vi un farol colgado en el techo. Tenía una llama muy pequeña en el interior, parecida al piloto de un televisor. Giré la manivela, y la estancia se iluminó al completo.

Entonces vi a la perfección la barrera reluciente que separaba los cuadrantes. Y justo al otro lado, encadenado a la pared, había un gnomo anciano. La criatura no llevaba el sombrero rojo y tenía aspecto pálido y enfermizo. También tenía costras en la cara y estaba famélico.

> Wynne. Gnomo de los dirigibles mecánico de carne. Nivel 50.
>
> Los gnomos de los dirigibles eran una especie pacífica en el pasado. Solo querían dos cosas: descubrir el funcionamiento del mundo y que los dejasen en paz.
>
> Para escapar de una realidad ajetreada y llena de criaturas de especies inteligentes que competían con ellos, los gnomos de los dirigibles aprendieron a volar entre las nubes gracias a una gran variedad de aeronaves y asentamientos flotantes. Esto les permitió evitar todo tipo de problemas.
>
> Pero como bien sabemos todos, a los problemas les da igual que te escondas para que no te encuentren.
>
> Los gnomos de los dirigibles tienen una historia larga, complicada y trágica. Pero acabaron igual que acaban todas las especies pacíficas: terminaron por verse obligados a elegir entre luchar o que los matasen. Eligieron luchar.
>
> El grandioso Wynne es el tío favorito del comandante Kane de la fortaleza Páramo. Es mecánico de carne, un sanador que tiene la capacidad de devolver a la vida a aquellos que llevan muertos desde hace mucho, aunque solo por un corto periodo de tiempo. Los dromedarienses lo tienen como rehén para garantizar la paz.
>
> Misión completada. Nada de acercaros al ayuntamiento.

Ahora tenía más preguntas que respuestas. Lo que al principio me había parecido simple empezaba a convertirse en una historia enrevesada. Los dromedarienses tenían secuestrado a este gnomo, pero al parecer los cambiados se habían infiltrado entre las filas de los camellos y también querían al gnomo por alguna razón. Aún no

tenía ni idea de cómo dicha información podía llegar a servirme para colarnos en el salón del trono de la fortaleza Páramo, que se encontraba a miles de metros de altura.

«Si pudiese encargarme de esas cadenas, podríamos hacernos con él. Quizá así pudiésemos entrar en la fortaleza por las buenas».

> Nueva misión. Libera a Wynne de su cautiverio.
> Wynne el gnomo de los dirigibles está encadenado. Libéralo y conseguirás acceder a la fortaleza Páramo.
> Recompensa: Recibirás una caja de misión de plata.
>
> KATIA: Perfecto. Ahora salid por patas de ahí.
> DÓNUT: CARL, NO SÉ CÓMO TE IRÁ POR AHÍ ABAJO, PERO TIENES QUE VOLVER ANTES DE QUE A LOUIS LE DÉ UN INFARTO.

No podía acercarme al gnomo. Tenía una idea, pero necesitaba a Dónut. Estuve a punto de decírselo, pero me detuve en el momento en el que vi cinco puntos azules en el mapa.

Mazmorreros. Del cuadrante Subterráneo. Estaban en el pasillo contiguo y se acercaban a toda velocidad.

—¿Un humano? —preguntó Wynne, que ahora me estaba mirando —. Eso es nuevo, Henrik. ¿De verdad crees que vas a convencerme de que te revele el conjuro siendo humano?

—Es por aquí —gritó una voz. Un hombre. Los cinco mazmorreros entraron en la habitación a toda velocidad y abandonaron la oscuridad. Los cinco eran varones y tenían entre nivel 23 y 26. Tres de ellos eran humanos. Otro era una criatura extraña con cabeza y torso también humanos, pero con el cuerpo de una tarántula. Y no tenía ni puñetera idea de qué era el último. Parecía un tipo con un disfraz de plátano.

—Cabrón. Maldito cabrón —dijo uno de ellos antes de que me diese tiempo a saludarlos—. Has destruido el mapa.

—Yo también estoy encantado de conocerte —dije antes de examinarlo.

> Mazmorrero n.º 4.778.551. «Low Thi».
> Nivel 25.
> Especie: Humano.
> Clase: Frikazo mentecato.

«¿Frikazo mentecato? ¿En serio?».

—El mapa estaba en la mesa de este lado de la barrera, así que no habríais podido conseguirlo. Desapareció cuando lo cogí y se instaló en mi sistema.

—Pues ahora estamos bien jodidos. Solo hay dos mapas y hemos perdido ambos. Este lugar es una puta pesadilla.

—Es Carl —dijo otro de los mazmorreros. Era otro humano llamado TYLER STORM. Un INGENIERO METEOROLÓGICO de nivel 26.

—No es un humano de verdad —dijo Wynne el gnomo sin dejar de mirarnos a mí y a los recién llegados—. ¡Es un cambiado que se llama Henrik! Me está torturando para intentar hacerme lanzar un conjuro que devolvería a la vida a Quetzalcoatlus. Me droga todos los días, y sé que no resistiré mucho más. Tengo el mapa del templo y sé muy bien qué queréis. Si me matáis, podríais conseguirlo. Solo tendríais que cogerlo de mi cadáver. Matadme. ¡Matadme ya!

—No —dije mientras Low Thi sacaba una lanza del inventario. La levantó y apuntó con ella hacia la cabeza del gnomo—. ¡No, no, no!

El tipo dio una estocada, tras lo que el PNJ cayó hacia delante. Estaba muerto.

Misión fallida. Libera a Wynne de su cautiverio.

Low Thi alzó la vista.

—Anda, me acaban de dar un logro llamado Cortarrollos por arruinarte la misión. Supongo que sí que eres Carl.

—Este tipo no tenía ningún mapa. No tiene nada, joder —dijo el tipo del disfraz de plátano. Se llamaba MIKE BARNES 3. Era un agricultor de plátanos de nivel 23—. Estamos muy jodidos.

«Respira hondo… Respira…».

—Comemierdas, ¿por ahí abajo tenéis pueblos o asentamientos?

—Sí —respondió Low Thi.

—¿Y acceso al club Desperado?

—Yo sí —dijo el tipo araña. Señaló al tercero de los humanos—. Bobby y yo somos los únicos que podemos entrar.

—Pues nos vemos ahí dentro de una puta hora.

—¿Por qué? —preguntó el tipo araña. Se llamaba MORRIS SP. Era PSIQUIATRA AUTÓNOMO de nivel 23.

—Porque voy a daros una paliza que no olvidaréis en la vida. Y también porque quiero transcribiros el mapa para que lo tengáis. Todo eso teniendo en cuenta que no bombardeen el pueblo donde nos encontramos.

7

¡Logro desbloqueado! Fracaso total y absoluto.
Has fallado una misión menos de cinco minutos después de que se te encargue. Ya hay que tener talento para algo así.
Recompensa: Ja.

—Mira, que te den —murmuré mientras subía por la escalerilla.

En ese mismo momento, Dónut gritó:

—¡Abajo!

Louis y Firas se tiraron al suelo para ponerse a cubierto justo cuando algo explotó al otro lado de la puerta. ¡Bum!

Las llamas penetraron en la estancia y todo retumbó en el momento en el que aquel asombroso estruendo me dejaba sordo. La placa que había colocado para bloquear la puerta se dobló y se desencajó. Tenía un agujero en el centro y estaba pelada como una patata cocida. El puntal que iba desde el suelo hasta el techo había mantenido el tipo, eso sí. Y la puerta había quedado del todo destrozada, lo que permitió que un humo negro y asfixiante penetrase en la habitación.

Uno de los camellos había lanzado un cohete contra la puerta. Es probable que disparasen otro en cualquier momento.

—¡A cubierto! —grité sin dejar de toser. Tiré una de mis nuevas hobombas ajustadas a un octavo de la potencia normal a través del hueco de la puerta, en dirección al pasillo. Me agaché para cubrirme y explotó, aunque no oí nada. Las paredes se estremecieron, momento en el que se activó una segunda explosión más potente aún. Se derrumbó parte del techo, y empezaron a llegarme notificaciones de experiencia.

«Esa es la razón por la que no se usan explosivos en interiores, pedazo de cabrón».

Seguía sin oír nada, pero el edificio no dejaba de temblar. El hedor a pólvora y a humo empezaba a volverse asfixiante. Era humo de verdad. El edificio había empezado a arder. Me bebí una poción de salud y el dolor de cabeza se me atenuó un poco. Sabía por experiencia que iba a tardar más o menos un minuto en recuperar la audición.

Tanto Firas como Louis seguían tirados en el suelo. Louis se había puesto a gritar, con las manos en los oídos y quemaduras en los antebrazos. Tenía heridas de metralla por todo el torso. «Ese tío necesita una armadura». Firas había salido despedido hasta el otro extremo de la habitación y tenía el estado INCONSCIENTE, pero no parecía malherido. El cohete había hecho que todo volase en dirección contraria y había chamuscado las paredes, pero al menos la plancha de metal los había protegido como si de un escudo se tratara.

Dónut se subió a Mongo; ambos se encontraban al fondo de la estancia y parecían ilesos. Se acercaron a Firas y la gata usó en él uno de nuestros valiosos pergaminos de sanación. Los camellos aún no nos habían visto, pero eso podía cambiar en cualquier momento. Tiré a mis pies una de las últimas cortinas de humo hobgoblin.

> CARL: Dónut, salgamos de aquí.
> DÓNUT: ¿QUÉ TE CREES QUE ESTOY HACIENDO, CARL?

Dónut lanzó Agujero en la pared más alejada de la puerta y apareció un hueco que daba al exterior. Se veía una callejuela, pero por suerte, si nos colocábamos a un lado, veíamos una de las avenidas principales que se extendía hasta la pared del cuenco antes de girar a un lado. Había camellos por todas partes y todos venían hacia donde nos encontrábamos. El humo de la bomba, que era demasiado potente para usarla en un lugar tan pequeño, empezó a escapar por el agujero de la pared. Los camellos de la calle aparecían como puntos blancos en el mapa, por lo que la opacidad de la cortina de humo no iba a ser suficiente como para ocultarnos cuando estuviesen cerca. No podíamos permitir que nos viesen, así

que teníamos que actuar rápido. Todos nos colocamos al lado de aquel agujero temporal.

—Louis, tómate una poción —murmuré mientras sacaba el peluche de la infantería grulke del inventario. Empecé a oír un zumbido muy familiar, lo que quería decir que no quedaba mucho para que recuperase la audición.

Bautista me había dado aquel juguete, ya que él tenía miles y todos diferentes. Se le estaban acabando rápido mientras exploraba con su grupo su cuadrante Subterráneo, que era una especie de hormiguero o algo así.

Arranqué la etiqueta del peluche y lo lancé por el agujero a la callejuela del exterior. Esperamos unos pocos y valiosos segundos a que se invocase la criatura. Louis consiguió tomarse al fin la poción de sanación y se puso en pie entre gimoteos mientras se frotaba los brazos. Estaba cubierto de manchas de sangre. Le dije por lo bajo que se agachase y se mantuviese alejado de la nueva ventana que habíamos abierto en la estancia.

Un croar muy potente reverberó por la habitación. El grulke había aparecido de pie en la callejuela. Giró la cabeza hacia el agujero y me miró. Tenía un contador de 25 segundos sobre la cabeza, y la criatura de nivel 15 tenía un aspecto muy parecido al que había tenido Mordecai en el piso anterior.

—¿Qué hago aquí? —preguntó sin dejar de mirarme fijamente. El humo no del todo opaco revoloteaba a nuestro alrededor. Oí gritos que venían de todas direcciones. Me dio la impresión de que el edificio entero estaba a punto de derrumbarse, y pensé en el toldo protector que había sobre el ayuntamiento y que servía para evitar las inclemencias de las tormentas de arena, una tormenta de arena que nos azotaría en menos de dos horas.

—¿Crees que podrías salir a la avenida principal, girar a la derecha y luego saltar por encima del muro de la ciudad?

No la veía desde el lugar donde me encontraba, pero la entrada principal del pueblo se encontraba a unos pocos cientos de metros.

—¿Me has invocado para obligarme a huir como un gallina?

—Sí. Venga. ¡Rápido!

A la rana solo le quedaban diez segundos. Gruñó, pero pegó un brinco hasta la avenida y aterrizó frente a un par de camellos sorprendidos. Después rebotó hacia la derecha con un salto a mucha altura que resonó con mucha fuerza al caer de nuevo al suelo. Luego volvió a saltar y se perdió de vista.

—Ahora —le dije a Dónut mientras volvía a tirar otra bomba de humo, en esta ocasión hacia la calle. Necesitaba con urgencia una versión que no fuese mágica, una que funcionase con los PNJ y no únicamente con los enemigos que eran puntos rojos en el mapa. Oí gritos detrás de nosotros, al otro lado de los restos destrozados de la puerta. Seguían llegando más dromedarienses al edificio a pesar de que estaba en llamas. No quedaba mucho para que el conjuro Agujero de Dónut se disipase. Era hora de irnos.

Louis agarró a Firas, que seguía recuperándose, y nos teletransportamos lejos de allí. Dónut usó Saltacharcos para llevarnos hasta el otro extremo de la avenida, justo en el lugar donde la calle empezaba a girar tras llegar hasta el muro.

Eché un vistazo rápido a nuestro alrededor. Había varios camellos por la zona, pero todos estaban muy pendientes del ayuntamiento, del que no dejaba de brotar una gran nube de humo. Algo estalló y rompió una ventana en el segundo piso.

—Vaya. Hemos aparecido más lejos de lo que esperaba —comenté tras erguirme del todo—. Ojalá hubiese sido así la vez anterior.

—Ahora me deja teletransportarnos a más distancia —explicó Dónut, que también estaba mirando a su alrededor. Había una camella a unos tres metros que no nos quitaba ojo de encima. Al parecer se había asustado con nuestra aparición repentina.

—Madre mía, pero ¿qué ha pasado ahí? —preguntó Dónut, con voz inocente.

La camella titubeó, insegura. Tenía la mirada fija en Firas, que aún necesitaba de la ayuda de Louis. Yo saqué una botella de whisky vacía del inventario y fingí beber de ella, para que pareciese que acabábamos de llegar hasta allí tras salir del bar más cercano. La camella pareció relajarse. Luego parpadeó dos veces y dijo:

—El ayuntamiento ha sido atacado por unas criaturas con forma de rana. Nadie sabe de dónde han salido. Vi una con mis propios

ojos. Saltó por encima de esa casa de allí y luego pegó otro brinco por encima del muro para escapar.

—Siempre he odiado las ranas —afirmó Dónut—. Son unas criaturas repugnantes. ¿Has visto sus lenguas? Son pegajosas. No se puede confiar en una criatura con una lengua pegajosa. ¿Te imaginas tener algo así dentro de la boca todo el tiempo?

La dromedariense asintió y volvió a centrar la vista en el ayuntamiento en llamas. El toldo con forma de tulipán que el edificio tenía encima no se había prendido fuego, pero la estructura al completo estaba a punto de derrumbarse. Aparecieron unos camellos que iban sobre zancos y no dejaban de lanzar cubos de agua para extinguir el incendio. No lo iban a conseguir.

Katia llegó a la carrera hasta donde nos encontrábamos, con forma humana normal. En la mano llevaba algo parecido a un té helado con una sombrillita. Le dio un sorbo.

—¿Cuál decíais que era el plan? —preguntó—. Ah, sí. Os ibais a colar, descubrir qué era lo que tenían escondido y luego salir sin que os viesen. Pues buen trabajo, ¿eh?

—Por eso siempre tenemos que tener planes alternativos —dije, sin dejar de mirar el edificio incendiado—. Al menos no se han dado cuenta de que fuimos nosotros.

—El engaño de las ranas no va a durar mucho —aseguró—. Este mundo es demasiado pequeño para salirte con la tuya de esa manera. Cuando salgan, verán que no hay más de esas criaturas con forma de rana. O peor aún: encontrarán el peluche en el que habrá vuelto a convertirse esa cosa. Y luego se darán cuenta de que los únicos que mencionaron que habían visto ranas eran personas que acababan de llegar al pueblo. No hay que ser muy listo para unir los puntos.

—Yo creo que nos ha ido muy bien —dijo Dónut—. Y por cierto, son sapos. Nada de llamarlos ranas.

—¿Esto siempre es así? —preguntó Louis. Daba la impresión de que estuviese a punto de volver a vomitar. Firas ya se había sanado, pero seguía sentado en el suelo, meciéndose hacia delante y hacia atrás.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Él no respondió.

Volví a mirar a Katia.

—Tenemos problemas más acuciantes que averiguar si nos descubren o no. Cuando los gnomos se enteren de que el aval que tenían secuestrado por aquí ha muerto, bombardearán de arriba abajo este asentamiento. Me gustaría evitarlo, pero no se me ocurre ninguna forma.

—¿Cómo se van a enterar? —preguntó Dónut, que miró hacia el cielo. Sobre nosotros, los soles gemelos se encontraban más cerca a cada minuto que pasaba.

El calor era insoportable. Le quité la bebida a Katia y le di un sorbo. No era té helado. Era una de esas bebidas alcohólicas para chicas.

—Pues no lo sé, pero de alguna manera lo descubrieron en el caso del otro asentamiento. —Les conté con pelos y señales lo que había ocurrido en el sótano—. Es probable que esos imbéciles del cuadrante subterráneo también hayan hecho lo mismo en el otro pueblo. Mataron al aval, fuera lo que fuese, para intentar hacerse con un mapa que no podían alcanzar porque estaba detrás de la barrera. Pasara lo que pasase, por su culpa terminaron por bombardearlo. Apuesto lo que sea a que aquí va a ocurrir lo mismo. Tenemos poco más de una hora antes de que llegue la tormenta, luego dos horas de dicha tormenta, dos horas más de ocaso postormenta y dos horas de noche.

Ese era el tiempo que teníamos antes de que el acorazado volviese a colocarse sobre el cuenco. Aún no sabía que íbamos a hacer al respecto, pero teníamos que hacerlo rápido.

En ese momento y para colmo, el ayuntamiento se derrumbó con un estruendo. El minarete que había en la parte superior cayó de lado y aterrizó en la calle mientras los camellos se desperdigaban para evitarlo.

—A ver si dejamos de derrumbar edificios gubernamentales, Carl —comentó Dónut—. La gente se va a pensar que tienes un problema con la autoridad.

Poco después, varios dromedarienses empezaron a colocar el toldo sobre la ciudad manualmente. El ayuntamiento había sido el edificio más alto, pero tenían un plan de contingencia para estos casos. Un grupo de camellos empezaron a montar sin descanso unos andamios para sostener el toldo. Trabajaron a toda velocidad para desenrollar la lona y sumir la ciudad en la sombra de debajo.

—Ese material parece haber formado parte de un globo —comentó Katia—. Sin duda es mágico.

Me quedé mirando cómo las criaturas trabajaban con fervor para proteger la ciudad. ¿Eran dromedarienses de verdad o cambiados? Katia había visto cómo un cambiaformas asesinaba a dos dromedarienses, por lo que nos había quedado claro que los camellos no tenían ni idea de que las otras criaturas se habían infiltrado entre sus filas. Era algo digno de *La invasión de los ultracuerpos*.

> CARL: ¿Hay alguna forma de distinguir cuáles son camellos de verdad?
>
> MORDECAI: Le he estado dando vueltas al tema y creo que tengo una idea. Dónut, ¿tus gafas tienen visión térmica?
>
> DÓNUT: NO LO SÉ. HAY MUCHAS OPCIONES, PERO ES PROBABLE.
>
> MORDECAI: Si la tienen, que sepas que un dromedariense de verdad y un cambiado tendrán una señal de calor prácticamente idéntica, pero el cerebro del cambiado estará mucho más caliente, lo que hará que haya diferencia entre las cabezas de las criaturas. Es probable que sea muy sutil, pero quizá te sirva para diferenciarlos.
>
> DÓNUT: MUY BIEN. LO INTENTARÉ, PERO YO NO TENDRÍA MUCHAS ESPERANZAS. LLEVAN PAÑUELOS EN LAS CABEZAS, LO QUE SEGURO QUE COMPLICA LAS COSAS.

Envié a Louis y a Firas a una estancia segura. Solo había una de verdad en el pueblo para la gente que no tuviese espacio personal, la que se encontraba en la Callejuela de las Movidas Chungas. Era un lugar al que no habíamos ido aún, pero a todo el mundo le daba miedo. Les dije que no se preocupasen y que fuesen. Ambos habían recibido varios logros por participar en el enfrentamiento, y seguro que habían recibido las mismas cajas de botín que nosotros. También se habían sorprendido por el aumento repentino de sus visualizaciones y seguidores. Les comenté que después de abrir las cajas se reuniesen con Langley y el resto de los arqueros, quienes

iban a pasar algo de tiempo en el exterior para *grindear* hasta la llegada de la tormenta.

A nosotros también nos vendría bien hacer algo así. Algo me decía que en este piso íbamos a pasar mucho tiempo en el estudio de creación, lo que significaba que tendríamos menos momentos para conseguir experiencia al matar enemigos. Era algo deliberado, sin duda, hecho así para limitar nuestro progreso. No podíamos seguir dependiendo de los enfrentamientos contra los jefes para conseguir grandes cantidades de experiencia; el *grindeo* normal y corriente también era importante, y no solo por la experiencia en sí, sino porque nos servía para entrenar las habilidades.

Siempre estábamos haciendo malabarismos para salir adelante. Siempre íbamos por delante de los demás, pero los arqueros eran el ejemplo perfecto de que dormirte en los laureles durante un único piso podía llegar a pasarte factura.

—Oye —dije a un dromedariense que pasaba por ahí. Dónut estaba toqueteando los ajustes de sus gafas de sol para descubrir cómo ponerlas en modo de visión térmica. Me había pedido que detuviese a una de las criaturas cerca de ella para mirarla bien.

—¿Ahora los gnomos bombardearán el pueblo? —pregunté—. Vi que le hicieron lo mismo al otro.

Era una camella, en realidad. Una de nivel 30 llamada Esmeralda.

Me miró con desprecio, pero luego Dónut le hizo un cumplido al pañuelo que llevaba en la cabeza y el rostro de la criatura cambió de improviso.

—Vamos a tener que excavar entre los escombros. Había algo muy importante enterrado en el sótano del ayuntamiento y…, puede que siga ahí —dijo, con un tono de voz que albergaba algo de esperanza.

No sabían si Wynne el gnomo seguía con vida o no. Iban a quedar muy decepcionados cuando lo descubriesen.

—¿Y si no sigue ahí?

Se quedó en silencio. Creí que no iba a responder, pero luego dijo:

—Pues nos iremos a los refugios. Todos los días, cuando sale el sol, enviamos una prueba del aval a los gnomos. Si mañana no lo hacemos, nos ocurrirá lo mismo que les ha ocurrido a los bactrianos.

—¿Una prueba? ¿Qué tipo de prueba?

—Mirad, voy de camino a ayudar con las tareas de rescate. Pero, si estuviese en vuestro pellejo, me iría a otro asentamiento.

—Pero si no hay más —dije.

Nos dirigimos hacia el club Desperado, donde había quedado con los imbéciles del cuadrante Subterráneo. Tenía intención de hablar con ellos un rato, para que luego Dónut y Katia transcribiesen el mapa de la mejor manera posible. Yo necesitaba volver a la base lo más pronto que pudiese. Iba a pasar bastante tiempo con lo del cohete de dos fases, aunque me temía que no iba a tener potencia suficiente para llegar hasta la fortaleza Páramo. Según el tipo al que Dónut y Mordecai le habían comprado los cohetes, los proyectiles solo podían alcanzar aeronaves que se encontrasen a poco más de ciento cincuenta metros de altura. Y preferiblemente a menos de noventa. Eso no servía de mucho. Iba a tener que usar la mesa de zapador para fabricar un cohete que, con suerte, tuviese mucho más alcance.

De camino al club, me dediqué a hablar con Gwendolyn Duet. Su grupo había conseguido abrir un agujero en la primera de las cuatro murallas, que estaba hecha de arena. La segunda estaba hecha de caracolas, y me comentó que creía que también podrían destruirla en lugar de verse obligados a pasar por encima. Había puesto a los demás a crear escalerillas de asedio y catapultas, por si las moscas. No habían encontrado resistencia alguna por parte del castillo, pero iban despacio porque los monstruos de la playa eran una amenaza constante y siempre los estaban atacando.

No obstante, lo peor de todo era ese pájaro enorme que no dejaba de hostigarlos. Era una versión gigante de esos buitres con motosierras que había descrito anteriormente, pero este era un jefe de municipio. Volaba sin parar y en círculos alrededor de la necrópolis y, si veía mazmorreros, se abalanzaba en picado a por ellos para atacarlos. Había destrozado las dos torres de asedio que habían empezado a construir, lo que los había obligado a abandonar la idea. El monstruo era demasiado fuerte como para que se enfrentasen a él, por lo que tenían que esconderse cada vez que

aparecía. La criatura era rapidísima, tanto que no habían conseguido verla bien para describirla. Estaba dando al traste con todos sus planes:

Gwen: Ah, pero también tengo buenas noticias. He visto a una pareja de mazmorreros en el agua. Estaban demasiado lejos como para hablar, pero iban en una especie de navío que parecía sacado de Veinte mil leguas de viaje submarino. Pues se abrió como un corcho y del interior salieron dos personas que empezaron a luchar contra una especie de medusa que se había aferrado al casco. Luego volvieron a desaparecer. Ahora ya sabemos que hay alguien bajo el agua.

Carl: Sí que son buenas noticias. Cuidaos.

Justo antes de entrar en el club, los tres recibimos una notificación.

Aviso de administrador: Felicidades, mazmorrero. ¡Ahora tienes un segundo patrocinador!

Los espectadores que vean tu canal ahora verán anuncios de tus dos patrocinadores.

Nombre del patrocinador: Organización Activista y Pacifista de Intelecto Abierto, ONC Intergaláctica.

Encontrarás más detalles en la pestaña Patrocinio de tu interfaz.

Noté cómo el estómago me daba un vuelco cuando vi la palabra «Pacifista». ¿Quién cojones eran esos tipos? Envié un mensaje rápido a Mordecai.

Mordecai: Nunca he oído hablar de ellos, pero tienen que ser muy ricos. Ese «ONC» significa «Organización No Conquistable», lo que indica que no están patrocinados por ningún sistema y están exentos de impuestos. Como si fuese una organización sin ánimo de lucro.

Carl: ¿Una organización benéfica, como si fuese algún tipo de religión?

Mordecai: No hay religiones sin ánimo de lucro, al menos no en sentido legal. Me da la impresión de que se trata de uno de los muchos grupos que no apoyan el mazmorreo. Es probable que hayan comprado tu patrocinio para aprovecharse de los anuncios. Espero que no sea el caso, porque de ser así no te enviarán ninguna caja.

Empecé a escribir la respuesta, pero Dónut me interrumpió justo en ese momento.

—¡Carl! ¡Carl! ¡Tengo un nuevo patrocinador! —dijo la gata, que empezó a brincar sobre el lomo de Mongo a causa de la emoción—. ¡Se llama Mascotas y Compañeros Reales Veriluxx! Suena genial,

¿verdad? Me preguntó a qué se dedicarán. ¿Quién te patrocina a ti? ¿Y a ti, Katia?

—A mí me ha tocado el Conglomerado Squim —respondió Katia—. No sé quiénes son.

—Yo sí —respondí—. Es la corporación que se encargó del mazmorreo la temporada anterior. Es una empresa de minería planetaria, como Borant. Sus mazmorreos son del tipo *battle royale*. Pero no sé qué tipo de alienígenas son.

—Ajá —dijo Katia—. Interesante. Me deja ver a qué otros mazmorreros patrocinan. Es una lista de unos quinientos, pero no conozco a nadie.

En ese momento, recordé que era algo que podía hacerse, pero Valtay no patrocinaba a nadie más. Lo comprobé en ese momento y vi que seguían patrocinándome solo a mí. Y el nuevo más de lo mismo.

—Oye, eso no es justo —dijo Dónut, que sonó alicaída de repente —. Mi nuevo patrocinador apoya a mucha gente. Y la princesa D'Nadia también patrocina a cinco mazmorreros más.

—Seguro que son muy especiales si la princesa D'Nadia los apoya —dije al tiempo que extendía el brazo para rascarle la cabeza a Dónut, que carraspeó.

—Bueno, es muy probable que yo sea la mejor entre todos esos mazmorreros —gruñó.

> Loita: Felicidades por los nuevos patrocinadores. Los tres habéis conseguido tarifas muy altas. Tanto Carl como Dónut fueron objeto de subastas que duraron hasta el último microsegundo posible. Dónut, te gustará saber que has conseguido el precio más alto de la historia del programa, por encima de Carl y de Prepotente.

A mi lado, toda la tristeza que había parecido emanar de Dónut hasta ese momento desapareció de un plumazo cuando dio un brinco de alegría.

> Dónut: GENIAL. ES EXACTAMENTE LO QUE ESPERABA. ¿CÓMO ESTÁ ZEV?
> Carl: ¿Lucia no ha conseguido el precio más alto en los patrocinios?

Loita ignoró ambas preguntas.

LOITA: Por si eso fuera poco, Dónut, que sepas que dentro de poco recibirás una caja de benefactor de tu nuevo patrocinador. Es un producto de muestra. Nos han pedido que lo saques e interactúes con él varias veces. Carl, tienes libertad total para aportar alguno de tus famosos comentarios al respecto. Tendrá el aspecto de una caja de benefactor normal, pero en realidad forma parte de nuestro contrato de patrocinio. Es uno de sus productos nuevos, que están probando con algunos mazmorreros concretos para atraer más patrocinadores. No habléis muy mal de él si queréis que Veriluxx os envíe una caja de benefactor de verdad. Dentro de seis o siete días, teniendo en cuenta que sigáis con vida, vosotros dos y Mongo acudiréis a un programa donde hablaréis sobre dicho producto.

CARL: ¿Vamos a hacer un publirreportaje, en serio?

LOITA: No soy Zev, Carl. No me respondas así. No lo toleraré.

Estuve a punto de decirle que se fuese a tomar por culo, pero conseguí contenerme. No era el mejor momento para complicarnos la existencia.

DÓNUT: ¿Y QUÉ PASA CON KATIA?

LOITA: Katia, a ti te he conseguido un programa diferente, más o menos a la vez. En tu caso, irás sola. Será una entrevista cara a cara en un programa llamado Compinches mazmorreros.

KATIA: Qué ganas.

DÓNUT: ¿CÓMO ESTA ZEV, LOITA?

LOITA: Zev sigue en tratamiento. Esperamos que salga pronto.

—¿Un puñetero publirreportaje? —dije.

—Me pregunto qué será ese producto —dijo Dónut mientras desmontaba de Mongo.

El dinosaurio gimoteó mientras se metía en el transportín, pero permitió que la gata lo guardase sin más queja. Dónut saltó sobre mi hombro cuando entramos en el club Desperado, momento en el que soltó un grito ahogado al darse cuenta de algo y apoyó la pata en un lateral de mi cara.

—¿Crees que habrán preparado un guion para el publirreportaje, Carl? ¿Tendré líneas de diálogo, como una actriz de verdad?

—Desfile Fálico, ¿en serio? —dijo Katia mientras echaba un vistazo por la estancia. Nos sentamos en la mesa de siempre. Bomo y el Mazo se habían apostado cerca de nosotros para hacer guardia. Ahora que Katia había conseguido el pase del club, decidimos

contratar a un tercer guardaespaldas para el grupo. También era un cretino, una de esas criaturas de roca. Se llamaba MUY TACITURNO.

—A mí me gusta el Desfile Fálico —dijo Dónut—. Te dan sombreritos si les das monedas de oro de propina. A Macito también le gusta, ¿verdad?

El Mazo soltó un gruñido.

—¿Dónde están esos imbéciles? —dije mientras echaba un vistazo alrededor. No había demasiada gente en el club. Solo vi a un puñado de mazmorreros, y la mayoría iban de camino a la Ruta de la Seda o a la sede gremial. Nadie tenía tiempo libre en este piso. Yo también tenía que pasarme por el mercado para aprovisionarnos.

En ese momento, entró una pareja de mazmorreros y, cuando me giré, vi que se trataba de Morris el tipo araña y el otro humano. Nos vieron y se acercaron titubeantes. Recordé que les había dicho que iba a darles una paliza que no olvidarían en la vida la próxima vez que los viese. Los saludé con la mano e indiqué a los guardaespaldas que los dejasen pasar.

Lo primero que hice fue chocarles el puño a ambos para agregarlos al chat. Luego los examiné uno detrás de otro.

Ya lo había hecho con MORRIS SP. La especie mitad humano y mitad tarántula se llamaba ARÁCNIDO, y tenía nivel 23. La clase se llamaba PSIQUIATRA AUTÓNOMO. Era una clase psiónica. Los que tenían habilidades psiónicas se habían cebado bien en el piso anterior, pero lo cierto era que Morris no parecía haber subido muchos niveles.

El otro era un humano de veintipocos, con el pelo negro y la piel bronceada. Tenía aspecto mediterráneo y se llamaba BOBBY D. J. Era ESPÍA de nivel 24. Era una clase de pícaro y el tipo parecía estar agotado física y mentalmente. Tenía un tic en el ojo y la mano izquierda no dejaba de temblarle. Sabía que su cuadrante estaba lleno de trampas. Si Bobby era el único pícaro del grupo, es probable que lo usasen como primera línea de defensa. No me hubiese gustado nada estar en su pellejo.

—Habladme de vuestro cuadrante —dije después de que les trajesen las bebidas. La única de los presentes que no había pedido alcohol era Dónut, quien había empezado a darle sorbos a un Shirley

Temple mientras hablaba con el Mazo, que gruñía contento como respuesta a todos los comentarios y observaciones de la gata.

Morris no cabía en el reservado, por lo que, en lugar de sentarse, la araña se quedó de pie junto a la mesa. Katia no dijo nada, pero no dejaba de estremecerse cada vez que la criatura se movía. A ella tampoco le gustaban nada las arañas.

—Nuestro cuadrante es horrible —explicó Morris—. Es un laberinto. Un laberinto de esos enormes que parece querer matarte en cada esquina. Empezamos en la parte superior, y la Necrópolis de Anser está en la inferior. Es el lugar donde se encuentra la escalera. Ahora estamos en un pueblo, que en realidad es una caverna llena de esas cosas llamadas pelones desnudos. Son una especie de mezcla entre topo y rata muerto viviente, pero van por ahí desnudos y tienen una anatomía similar a la humana. Son difíciles de mirar. Y así están las cosas. Hay muchísimos caminos que salen del pueblo. Algunos son túneles tan estrechos que tienen que empujarme para poder atravesarlos. Teníamos una misión que consistía en encontrar uno de los dos mapas, pero no la conseguimos por vuestra culpa.

—Yo solo me hice con uno de los mapas —respondí—. No lo conseguisteis porque era imposible hacerlo.

—Quizá.

—Háblame del otro mapa, del lugar en el que se suponía que se encontraba.

Morris se encogió de hombros.

—El otro estaba en un lugar parecido, pero en lugar de un gnomo de los dirigibles había un cerdo. Creímos que era un enemigo. Pero después de darle una buena ración de tanitos nos dimos cuenta de que en realidad era un PNJ.

—¿Una buena ración de tanitos? —preguntó Katia.

—Tenemos a un tipo que dispara semillas de platanera por las manos. Pla… tanitos. Sí, sé que suena muy estúpido, pero es druida y hace que las semillas broten muy rápido. Son muy útiles, pero no tienen mucho alcance.

—¿Un cerdo? ¡Sabía que era una mascota! —dijo Dónut con orgullo en la voz.

—Sí, y lo matamos. El mapa estaba en la misma estancia, pero fuera de nuestro alcance. Se encontraba en el cuadrante de Aire. Empezamos a pensar en construir una herramienta para llegar hasta él. Se pueden tirar cosas a través de la barrera entre cuadrantes, pero no se puede sostener algo como un palo o un gancho grandes y atravesarla con ellos. Tampoco se pueden lanzar conjuros al otro lado.

En ese momento, recordé que había podido tirar una pelota a través de la barrera, pero los Mongo mecánicos no habían sido capaces de atravesarla. Ni tampoco mis manos. Mordecai nos había explicado que las barreras no permitían que nada que estuviese bajo nuestro control, directa o indirectamente, pudiese atravesarlas.

—Pero antes de empezar a crear el artilugio, llegó una especie de camello con dos jorobas, un bactriano, creo que se llamaba, vio al cerdo muerto y se puso como loco. Volcó la mesa donde estaba el mapa y este cayó al suelo y quedó muy cerca de nosotros. Después la criatura se marchó corriendo. Pasamos horas intentando encontrar la manera de hacernos con el mapa, pero antes de que lo consiguiésemos, la puñetera habitación estalló en mil pedazos. Recibimos una notificación diciéndonos que el mapa había quedado destruido, por lo que nos dirigimos hacia el segundo.

—Pero yo llegué antes a él —dije—. ¿Habéis visto el castillo o la cripta o lo que quiera que sea el objetivo? El edificio que tenéis que asaltar, quiero decir.

—No —respondió él—. Necesitamos el mapa. Es imposible recorrer ese lugar sin uno. Todos los pasillos tienen una trampa diferente. A Bobby, aquí presente, se le da muy bien desactivarlas, pero nos retrasa demasiado. Solo hemos recorrido los pasillos de la parte superior; aún tenemos que empezar a descender. Va a llevarnos muchísimo tiempo.

—¿Sabéis quién es Quetzalcoatlus? Lo mencionó Wynne, el gnomo que matasteis.

—Sí —dijo Morris—. Supongo que Anser era el emperador. Pues murió y, al hacerlo, construyeron esta tumba en su honor. Metieron aquí dentro a su mujer y a toda su corte, aunque ellos no estuviesen muertos. Después lo sellaron todo. Quetzalcoatlus es su esposa y

sigue en algún lugar aquí dentro. Es una especie de muerto viviente. No tiene forma corpórea. Como un fantasma, vamos. Puede atravesar las paredes dentro de la tumba. Y algo me dice que está muy enfadada. De vez en cuando, la oigo gritar. Y suena como un pájaro. Después de fallar la misión del mapa, todos recibimos una que decía que teníamos que encontrarla y acabar con ella. Pero nadie sabe cómo matar a un puñetero fantasma.

—Qué raro —dije—. Para matar a los fantasmas hace falta magia. —Nosotros lo habíamos aprendido gracias a las krasue del tercer piso. Además, en el libro de cocina había instrucciones muy detalladas para matar fantasmas, así como bombas especiales que también servían para ello—. Pues en nuestro cuadrante hay unas criaturas que tienen intención de resucitar a Quetzalcoatlus. Están intentando conseguir un conjuro para que vuelva a ser corpórea. Creo que es porque quieren tocarla y así conseguir algunos de sus poderes especiales.

—También es muy probable que sea más fácil acabar con ella si tiene forma corpórea —dijo Morris.

—Es probable —convine—. Es una pena que hayáis matado al tipo que sabía cómo lanzar el conjuro. Así están las cosas. Tenemos a los gnomos flotando por encima de nosotros y lanzando bombas a diestro y siniestro. En la parte alta del templo hay varios grupos, como los cambiados y los camellos. Los cambiados están fingiendo ser refugiados, pero tienen planes para resucitar a la guardiana de la zona subterránea. En el cuadrante de Tierra tenemos a un tipo llamado el Mago Loco de las Dunas, y aún no sabemos mucho sobre él. Y luego está el castillo del agua. Por lo poco que sabemos, está bajo el mar.

—Sí… A nosotros no dejan de salirnos pergaminos para respirar bajo el agua y pergaminos para d-d-desactivar trampas, que no sirven de nada a menos que sepas el lugar exacto donde están dichas trampas —dijo Bobby, que habló por primera vez. Tartamudeaba un poco.

—Muy bien —dije—. Haremos lo siguiente. He visto el mapa y tenéis razón: es complicadísimo. Hay túneles, habitaciones, callejones sin salida, pozos llenos de pinchos. Es una puta locura.

Nuestra compañera Katia ha traído papel y lápiz y ya se ha puesto a dibujaros el camino que hay que seguir para llegar hasta el fondo. Os quedaréis con Dónut y con ella. Tardará unas pocas horas, pero os entregará el mapa cuando esté terminado. Os sugiero que lo vayáis dibujando en vuestro bloc de notas a medida que lo hace ella, por si perdéis el papel. Tenemos que unir nuestras fuerzas. Os ayudaré en todo lo que pueda. Si necesitáis fabricar algo, decídmelo y haré todo lo posible por crearlo.

Morris se giró hacia Bobby y sonrió.

—Y tú que decías que iba a asesinarnos…

—A-a-aún está a tiempo de hacerlo.

Me despedí de Dónut y de Katia y me dirigí hacia la Ruta de la Seda. Recargué al máximo las reservas de explosivos y también compré algunos juguetitos nuevos. Después salí del club y fui a la estancia segura. En el exterior, el viento había empezado a azotar el toldo que cubría el asentamiento. Ya había llegado la tormenta. Mientras caminaba, recibí un par de notificaciones.

Has recibido una caja de benefactor de bronce de la Corporación Valtay.

Has recibido una caja de benefactor de plata de la Organización Activista y Pacifista de Intelecto Abierto, ONC Intergaláctica.

8

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 13 DÍAS
Y 13 HORAS

Lo primero que hice cuando regresé a la base fue abrir las dos cajas nuevas. También tenía una caja de aficionado en camino, pero no había llegado aún. Mordecai salió para saludarme.

Le entregué las setas que había encontrado en la mesa del sótano, y frunció el ceño al verlas. Tenían el nombre SETAS MAIRMEI. MATERIAL ALQUÍMICO en el sistema. Lo único que decía la descripción era: ESTAS SETITAS DAN UN VIAJE QUE FLIPAS. Di por hecho que eran alucinógenas. No había demasiada información sobre setas en el libro de cocina. Mordecai quedó muy intrigado porque nunca había visto aquel tipo en particular. Se las entregué todas para que pudiese analizarlas con tranquilidad.

Pero antes quería que abriese las cajas de benefactor delante de él para ver qué contenían.

—Nunca había visto a un grupo antimazmorreo regalar cajas de benefactor. Sí que he visto algunos que patrocinan participantes a lo largo de todo este tiempo, pero normalmente es para conseguir que la gente hable de su causa. No están interesados en el mazmorreo en sí. Y encima es una caja de plata. No sé quiénes serán, pero o tienen una cantidad asombrosa de dinero o se la están jugando mucho al apoyarte. Sobre todo teniendo en cuenta que eres el único al que patrocinan.

—Ya veremos —dije. No era muy optimista. Me encontraba en una situación un tanto extraña. Si de verdad eran un grupo antimazmorreo pacifista, me apoyaban porque yo representaba su causa de alguna manera. Ser pacifista era una de esas cosas que parecía y sonaba genial cuando intentabas ligar con alguien, pero no tanto cuando tenías la muerte en los talones, como era mi caso.

Necesitaba bombas, armas, armaduras y otras cosas que me sirviesen para matar a tantos de estos cabrones como fuese posible, y un puñetero grupo de hippies no iba a facilitarme algo así, sin importar las cosas que tuviésemos en común.

Empecé por la caja de los Valtay de bronce. La caja intrincada se agitó ostentosa mientras se abría.

Era otra pastilla. Parecía idéntica a la que me habían dado. La examiné.

> Potenciador neural n.º 275 de la Corporación Valtay. Variante 35.j.
> Este objeto es compatible con tu morfología y con tu interfaz.
> Advertencia: Esta pastilla cambiará tu cerebro de forma permanente. Este objeto no se puede desequipar una vez se haya instalado.
> Advertencia: No tienes instalado un potenciador neural de la Corporación Valtay. Aunque tu sistema nervioso es compatible con este, se te recomienda que acudas a un centro de asistencia de la Corporación Valtay para recibir información sobre tus opciones de potenciación. Tenemos disponibles planes de pago y de legado. Intentamos mantener con vida lo mejor de ti.
> Sistema nervioso actual: Mazmorra del Sindicato versión 47.002b.Humano.
> Tomar esta pastilla instalará la siguiente mejora a tu interfaz:
> Altitud y velocidad aerodinámica actuales.

«¿Y ya está?», pensé. No me atreví a decirlo en voz alta. Me sentí decepcionado, pero luego recordé lo útil que me había resultado la mejora en el piso anterior. Con suerte, también lo sería en este caso cuando descubriese qué era. Cogí la pastilla, miré hacia el techo y dije:

—Gracias, gusanitos cerebrales.

Luego abrí la siguiente caja. La primera había tenido el logotipo de los Valtay, pero esta contaba con el símbolo de una galaxia en espiral con algunos caracteres alienígenas. Mordecai se quedó mirándolo y luego se encogió de hombros.

La caja se abrió en ese momento, y en el interior vi algo parecido a un boniato.

—Pero ¿qué cojones? —dije al tiempo que lo sacaba.

> Raíz de toralina.
> Material alquímico.
> Este tubérculo poco habitual solo crece en tierra que ha quedado sepultada bajo la lava. Son muy escasos. Y tampoco es que haya mucha gente que se dedique a excavar para sacarlos. ¿Sabes por qué? Porque saben a mierda. Sí, a

mierda. Son completamente inútiles. De hecho, paso de seguir perdiendo el tiempo con esta tontería.

—Pero ¿esto qué es? ¿Y por qué me ha salido en una caja de plata en lugar de en una de bronce?

—El tipo de caja en el que aparecen viene determinado por el origen, el valor, la rareza y otros cientos de factores más —explicó Mordecai al tiempo que me lo quitaba de las manos con una de sus garras. Después me lo devolvió—. Algunos alienígenas tienen costumbres muy extrañas. Por mi parte, lo único que puedo decirte es que se usa en proposiciones matrimoniales. Pero tengo… muchas… recetas de pociones en mi bloc de notas. Echaré un vistazo a ver si veo alguna con la que la podamos usar. Y también voy a necesitar algo de tiempo para buscar información sobre esas setas.

Asentí. Yo pensaba hacer lo mismo y buscar en el libro de cocina. En él, había muchísimas páginas sobre recetas de pociones. Ya había leído los nombres de las pociones y para qué servían, pero no conocía los ingredientes de memoria. Guardé la toralina en el inventario y vi que estaba clasificada como objeto MUY RARO, aunque no tenía demasiado valor. De hecho, estaba a la par con algunas prendas sin magia que no había vendido aún.

Volví a mirar hacia el techo.

—Gracias por el ñame, alienígenas misteriosos. La verdad es que prefiero un buen puré de patatas, pero supongo que esto también me servirá.

Volví a centrarme en la mejora de los Valtay. Ahora tenía la capacidad de añadir mi velocidad actual y mi altitud a la interfaz de usuario. Le di un repaso a la interfaz e intenté activarla. Hice clic en un botón que servía para que apareciese la velocidad cuando iba a más de seis kilómetros por hora. Había varios indicadores que marcaban velocidades diferentes al mismo tiempo, pero no tenía ni idea de qué podían significar. Por suerte, había otro botón llamado VELOCIDAD SUPERFICIAL RELATIVA. Hice clic en él, momento en el que desapareció el resto de la información y solo quedó a la vista una barra que indicaba que no estaba en movimiento.

La interfaz de altitud era igual de complicada. La activé y, en ese momento, la pantalla se llenó de información que no comprendía. No había indicaciones en pies ni en millas, pero sí en kilómetros y en metros, así que lo seleccioné. Vi cantidades exageradísimas. Intenté activar un botón que rezaba SOLO NIVEL DEL MAR PLANETARIO, pero resultó ser un error. Indicaba que me encontraba a −92.000 metros, o sea, a noventa y dos kilómetros por debajo de la superficie del planeta Tierra. Era una locura. ¿Acaso la corteza terrestre era tan gruesa? ¿No había magma, petróleo y cosas viscosas cuando descendías lo suficiente? Nunca había prestado ni la más mínima atención en las clases de Geografía.

Después de hacer algunos ajustes, encontré dos barras que me daban la información que necesitaba. Una era ajustable. La dejé en el 0,00 en relación con la parte superior de la tumba, donde nos encontrábamos ahora. La segunda indicaba 8.932 metros y se llamaba ZONA GRAVITACIONAL DEL NIVEL DEL MAR. Si estaba en lo cierto, significaba que nos encontrábamos a casi nueve kilómetros por encima del cuadrante de Agua. Era muchísima altura. Por suerte, en la burbuja no nos afectaba todo lo que conllevaba estar tan alto, ya que parecía mantener una presión homogénea en todas partes. Tampoco es que pretendiese darles muchas vueltas a los datos científicos. Si la memoria no me fallaba, nos encontrábamos más o menos a la misma altura que el pico del Everest. Eso también significaba que la Necrópolis de Anser era grande de cojones. No sabía qué altura tenía el edificio más alto del mundo antes del derrumbe, pero estaba seguro de que era mucho menos de mil metros.

Teníamos que ayudar con todo lo que pudiésemos a los de la tumba, ya que si fracasaban tendríamos que entrar ahí nosotros cuando hubiésemos terminado de asaltar la fortaleza de los gnomos. Y lo cierto es que no me apetecía nada.

El asentamiento había sobrevivido a la tormenta. Los camellos no retiraron el toldo al terminar, tal y como habían hecho anteriormente. Langley me dijo que ahora habían apostado guardias

en la puerta principal y defensas antiaéreas por toda la ciudad. Aún nos permitían entrar y salir, pero interrogaban a todo el mundo para ver si habían visto a esos sapos grulke o a los gnomos.

Quedaban unas cuatro horas para que los gnomos descubriesen que el aval había muerto, y calculaba que más o menos unas cinco para que empezasen a bombardear el pueblo. El ambiente tranquilo del lugar había cambiado y ahora parecía una ciudad bajo asedio.

Por mi parte, ahora tenía cuatro misiles modificados en el inventario. Gracias a Mordecai y a mi mesa de zapador de nivel 4, había creado un proyectil capaz de alcanzar la altura necesaria, supuestamente. No podíamos saberlo con seguridad hasta que no lo pusiésemos a prueba. Y dicha oportunidad estaba a punto de presentarse ante nosotros. Era algo que también iba a ser de utilidad para el grupo de Gwen en el cuadrante de Tierra.

Katia y Dónut salieron del club Desperado y me encontraron esperándolas por fuera de la Raja. Se habían pasado las dos horas enteras de la tormenta dentro del club. Katia llevaba una boa de plumas alrededor del cuello, y Mongo estaba fuera del transportín y llevaba puesta una boa igual. No dejaba de intentar morderla, y las plumas volaban por todas partes a su alrededor. Al parecer, Dónut y Katia habían entrado juntas en el Desfile Fálico.

—¿En serio? —pregunté.

—¡Solo me quedan ocho visitas para conseguir un baile gratis de Anaconda! —comentó la gata.

—Un momento, chicas. ¿Cuánto dinero os habéis gastado en ese sitio?

—Ah, ah. ¿Sabes una cosa, Carl? ¡Me ha llegado otra caja de la princesa D'Nadia! —exclamó Dónut, que ignoró mi pregunta. No dejaba de brincar sobre el lomo de Mongo—. Esta vez solo es de bronce, pero ¡seguro que es una maravilla!

—¿No has recibido la que mencionó Loita?

—Aún no. Me envió un mensaje para comentarme que llegaría hoy, pero más tarde. Dijo que el patrocinador quiere asegurarse de que sobrevivimos al bombardeo antes de enviarnos el prototipo. Qué emocionante, ¿verdad? ¡Voy a abrir el regalo de la princesa ahora mismo!

Mongo y ella entraron a toda prisa. Katia y yo los vimos marchar.

Katia alzó la vista al cielo, que seguía cubierto con el toldo. Entre eso y la luz del ocaso, el pueblo parecía haberse oscurecido antes de tiempo.

—¿No has visto a ese pájaro?

—Aún no —respondí—. ¿Cómo ha ido con ese arácnido y con el otro tipo?

Katia les había dibujado un mapa general de la estructura al completo, para luego detallarles el camino que debían recorrer hasta otro pueblo, que estaba a mitad de camino de la cripta que era su objetivo. Si sobrevivían a las próximas veinticuatro horas, entrarían a dicho asentamiento para descansar. La parte inferior de la necrópolis contaba con estancias mucho más amplias y, muchas veces, las entradas y salidas que aparecían en el mapa estaban en el techo o en el suelo, por lo que iban a necesitar escalerillas y cuerdas para descender.

—No son tan terribles como Louis y Firas, pero esos tipos del cuadrante Subterráneo son un despropósito —comentó Katia—. Sus niveles de estrés están por las nubes. Es comprensible, pero están tensos. Demasiado tensos.

Me reí.

—Eso es justo lo que dijo Mordecai sobre ti cuando te conocimos. Dijo que eras un despropósito. Y mira, vamos a llamar asaltatumbas a esos tipos.

A Katia no le habían hecho gracia ninguno de mis comentarios.

—Si le ocurre algo a ese tal Bobby, el grupo entero está condenado. Es el único capaz de detectar trampas y ya ha pasado por alto unas pocas. A veces obligan a adelantarse por los pasillos a otros integrantes del grupo porque él es demasiado valioso, y esos mueren sin remedio delante de él. Me hablaron de una trampa en la que brotaban unas agujas del suelo e inyectaban a los mazmorreros una poción que les llenaba las narices de escarabajos carnívoros. —Katia se estremeció—. Quizá puedas crear algunos explosivos de poca potencia para ellos, algo que puedan hacer rodar por los pasillos para activar las trampas sin exponerse al peligro.

—Lo que necesitan es un conjuro como Triplicado mecánico —dije—. Algo con lo que puedan crear o controlar secuaces. Ese arácnido es psiónico. Debería intentar encontrar la manera de hacerlo. Apuesto a que hay algo para ayudarlos en ese pueblo donde han parado. Están bien jodidos, pero aún pueden salir adelante.

Katia gruñó.

—No dejan de preguntarme que cuándo creemos que vamos a asaltar nuestro castillo. Me da la impresión de que van a esperar a que terminemos con nuestro cuadrante para luego ir a «ayudarlos».

Negué con la cabeza. «Cagondiós».

—Pues tenemos que insistirles para que avancen. El tiempo es oro.

—Estoy de acuerdo y eso mismo fue lo que hice. Mentí y les dije que me daba la impresión de que no íbamos a completar el cuadrante de Aire hasta que estuviese a punto de acabarse el tiempo. —Me miró con un gesto cargado de preocupación—. En realidad, no sé lo que vamos a tardar, pero espero que acabemos mucho antes.

Volví a mirar hacia el cielo instintivamente. El toldo protector, globo desinflado o lo que quiera que fuese aquello brillaba en la penumbra. Un camello con zancos pasó a nuestro lado encendiendo los faroles que había por todo el asentamiento. Sabía que la fortaleza Páramo seguía sobre el agua, pero ahora estábamos esperando a que llegase otra cosa.

—Ya viene —dijo Katia—. Veo el punto en mi mapa.

Oí el graznido grave e iracundo de la criatura voladora.

Después de mi discusión más reciente con Gwen sobre el cuadrante de Tierra, le había preguntado al camarero de la Raja sobre la criatura, pero el camello no parecía estar por la labor de responder. No obstante, Higo me contó sin problema todo lo que sabía sobre aquel jefe de municipio a cambio de una moneda de oro.

El pájaro se llamaba Ruckus y era una versión gigantesca de los zumbibuitres comunes. Venía a descansar a un lugar cercano todas las noches después de la tormenta.

La criatura era mitad biológica y mitad mecánica, una especie de cíborg steampunk. Higo me aseguró que no tenía ni idea de por qué

había pájaros mecánicos por la zona, ya que el resto de las criaturas eran del todo biológicas. Me comentó que podían ser un invento fallido de los gnomos que había escapado durante la segunda guerra, o algo de tiempos pretéritos que había quedado por la zona. A dichos tiempos pretéritos los llamó «la era de los cazatesoros». Las patrullas de vagos evitaban a Ruckus, pero una de sus responsabilidades era acabar con todos los zumbibuitres de tamaño normal que viesen durante su turno.

—Si vuela sobre la ciudad todas las noches, ¿por qué no le disparan con esos misiles antiaéreos? —preguntó Katia.

—Creo que antes había una tercera ciudad de camellos —respondí —. Ellos fueron los primeros en intentarlo y, al parecer, las cosas no les fueron nada bien.

Katia se puso pálida.

—¿Y quieres enfrentarte a esa cosa?

Me encogí de hombros.

—Estaremos a más de un kilómetro de distancia. No te preocupes. Todo saldrá bien.

9

Una parte de mí se sintió muy mal por aprovecharme del pequeño Skarn y su pujante negocio de cobrarle a la gente por mirar por su telescopio, pero no teníamos tiempo de considerar la ética del asunto. Toqué en la puerta de su casa para hablar con él. Me aseguré de que Flint el adulto no estuviera allí (y no lo estaba), y luego le dije al chico que solo había ido para ver cómo se encontraba.

—Si empiezan a tirar bombas, quiero que corras a la Raja, ¿de acuerdo? Díselo a todos tus amigos. Ve a ese lugar. Solo a ese, ¿entendido?

Skarn adquirió esa inquietante forma de niño humano.

—Flint dice que se supone que tenemos que ir al Escupe y Traga o a la Habitación Contoneante.

Sabía que esos lugares no tenían estancias seguras de verdad y que no iban a estar a salvo.

—No. La Raja. Solo a ese sitio, ¿vale? Os daré una moneda de oro a ti y a todos tus amigos si vais allí. Es el lugar más seguro del pueblo. Y también puedes decirle a Flint que vaya allí si quiere.

Mientras hablaba con él, Dónut escaló por la pared y saltó al tejado de la casa para robar el catalejísimo gnómico. Lo hizo en diez segundos justos. Entró y salió.

Le había dicho a la gata que dejase treinta monedas de oro como pago, pero luego me comentó que se había «olvidado».

—¿Por qué no les dices que vayan al OA? —preguntó la gata. Era la única taberna del asentamiento que también hacía las veces de estancia segura de verdad. Se encontraba en la Callejuela de las

Movidas Chungas, y las iniciales venían del Oasis de la Acrotomofilia. No sabía qué significaba la palabra, pero a nadie le gustaba ir allí.

—La Raja tampoco es una estancia segura de verdad, ¿no?

—No, no lo es, pero nuestro espacio personal sí. Tenemos espacio para meter muchos camellos.

—A Mordecai no le va a gustar nada.

—Mordecai puede quejarse todo lo que quiera, que me dará igual —aseguré.

Dónut no respondió. Aún estaba un poco molesta por lo que le había salido en la caja de benefactor, pero intentaba disimularlo lo mejor posible. La caja estaba vacía, pero luego había recibido una notificación que le indicó que le habían mejorado las gafas de sol. Ahora era capaz de determinar con todo lujo de detalles la temperatura superficial y subsuperficial de cualquier cosa que estuviese mirando.

Mordecai había comentado que era una táctica muy común entre los benefactores. Costaba una fortuna enviar objetos de buena calidad, y resultaba más económico enviar un objeto en un piso y luego enviar mejoras para dicho objeto en el siguiente. Y en el siguiente a ese. De esta manera, terminaban con un objeto de categoría legendaria o incluso celestial. Enviar cuatro o cinco cajas de plata o de bronce tenía un precio muy inferior al de enviar una legendaria.

Obviamente, era necesario que sobrevivieses a cinco pisos para recibir todas esas mejoras. Podían enviar más de una caja por piso, pero según Mordecai el coste de hacerlo era astronómico.

Además de su cometido obvio, que era ayudar a Dónut a distinguir a los cambiados, se me ocurrieron muchas formas de aprovechar la mejora, como encontrar los puntos débiles de nuestros enemigos. Y también era probable que sirviese para descubrir trampas y puertas secretas. Podía ajustar los parámetros y recibir un aviso cada vez que miraba algo que se encontraba a una temperatura concreta. Las opciones eran muy variadas. Por desgracia, Dónut tenía muy poca paciencia para algo así. Yo no podía ponérmelas, por lo que Katia y yo nos armamos de paciencia para explicarle a la gata todo lo que podía hacer.

Cuando llegamos a la salida del asentamiento, que ahora estaba protegida por varios dromedarienses, Dónut ya sabía usar la visión térmica decentemente.

Dónut: DOS DE LOS GUARDIAS SON DIFERENTES AL RESTO.

Aún no sabía si aquel drama entre cambiados y dromedarienses era realmente importante. Al igual que otros pisos, había mucho trasfondo narrativo, pero no todo era importante. En la Maraña de Hierro había aprendido que sí que había que descubrir lo máximo posible al respecto, ya que hacerlo ayudaba a encontrar la manera de superar el piso. Pero no podía dejar de pensar en que quizá ya habíamos perdido toda posibilidad de conseguir algo de aquella narrativa cuando los mazmorreros de la tumba habían matado al gnomo que hacía las veces de aval.

Sospechaba que las rencillas entre cambiados y dromedarienses ya no iban a servirnos de mucho, pero de ser así ¿por qué la princesa D'Nadia había gastado dinero para que Dónut tuviese esa mejora? Lo cierto es que ella podía tener menos idea que nosotros. De hecho, era más que probable teniendo en cuenta lo poco habitada que estaba la burbuja en la que nos encontrábamos.

Nos quedaba una hora antes de que llegase la noche cerrada. Una vez ocurriese, iban a aparecer más enemigos, por lo que queríamos zanjar el asunto antes. Al cruzar las puertas, nos pusimos manos a la obra para montar el Carruaje. En esta ocasión, tardamos cuatro minutos.

El Carruaje tenía una mejora desde la última vez que lo habíamos probado. Le había puesto cuatro tubos lanzacohetes a la derecha de mi asiento, que ahora podía girar trescientos sesenta grados. Podía controlar el eje *y* de los tubos con una palanca que había colocado a un lado, lo que me permitía apuntar más arriba o más abajo. Para disparar, tenía que tirar de una clavija que había colocado detrás. Los misiles se disparaban un segundo después de tirar, lo que no era ideal, ciertamente. Y también tenía que apartar la mano al momento si no quería que se me chamuscase. Y tener cuidado con lo que había detrás del aparato, porque la cabeza de Katia podía quedar

envuelta en llamas si no tenía cuidado. Tenía un diseño mucho mejor en mente, pero fabricarlo me hubiese costado mucho más. Como siempre, la seguridad nunca era lo primero.

Gracias al mapa del jefe de barrio que habíamos cogido del cadáver de aquel ganso, ahora también podíamos saber dónde se encontraba el jefe. El ave estaba a casi un kilómetro al este del asentamiento, en la cima de una duna. Estaba allí apostada para recargar sus baterías, o lo que quiera que hiciesen los pájaros cíborg por la noche.

—Está demasiado cerca —dije—. Vamos a tener que ir un poco hacia el oeste, para distanciarnos unos dos kilómetros y medio.

Queríamos comprobar el alcance que tenían los cohetes. Sabía que no íbamos a poder alejarnos lo suficiente para comprobar cuál era el máximo alcance, pero quería saber al menos si funcionaba lo de las dos fases. Sabía que, en el mundo real, la distancia de propulsión era diferente dependiendo de si lanzabas los cohetes en horizontal o en vertical, pero Mordecai parecía creer que eso aquí iba a dar igual, sobre todo teniendo en cuenta que estábamos usando mejoras para que los cohetes fuesen guiados.

—Si nos alejamos demasiado del pueblo, no podremos retirarnos tan fácilmente si resulta que los cohetes no funcionan —comentó Katia—. Espero que sepas lo que estás haciendo.

En ese momento, aceleró y empezamos a avanzar por el desierto. El Carruaje se movía en silencio y con suavidad. Cuando aceleró un poco más, empezamos a notar una brisa caliente en la cara.

—Allí —dije, señalando una duna alta que se encontraba en el centro del cuenco. La subimos sin problema y detuvimos el vehículo. Desde el lugar se veía bien toda la zona. A mucha distancia a mi derecha, vi que las ruinas del asentamiento bactriano seguían humeando. También vi algunos diablos picudos macho por la zona, pero estaban demasiado lejos como para preocuparnos de ellos.

En las alturas, distinguí el destello de la fortaleza Páramo. Se encontraba en el extremo de la burbuja, brillando roja contra aquel cielo negro. Sabía que, una vez saliese el sol, volvería a dirigirse hacia el cuenco y se colocaría justo encima de donde estábamos ahora.

—Pásame el telescopio, Dónut.

—Esto no me gusta, Carl —dijo la gata. Estaba en una pequeña plataforma que se encontraba justo detrás de mi cabeza—. Sigue haciendo mucho calor y la arena se me mete en todas partes. En el centro del cuenco hace cinco grados más que en los extremos. No entiendo cómo el suelo puede seguir tan caliente ahora que se ha puesto el sol. Esto es un ultraje.

Empecé a arrepentirme de que hubiese recibido esa mejora de las gafas de sol. Llevaba una hora entera comentando las diferencias de temperatura en todo lo que veía.

—Tú céntrate en ver si se acercan enemigos y dame el puñetero telescopio.

La gata gruñó un poco más, pero luego sacó el telescopio enorme y pesado. Tenía una abrazadera en la parte baja, diseñada para fijarlo tanto en una mesa como en la borda de un navío o de una aeronave. Lo encajé en la parte izquierda de mi asiento y lo giré hacia mí. Podía usar el telescopio y apuntar con el lanzacohetes al mismo tiempo.

Moví la silla noventa grados y empecé a buscar el jefe de municipio.

—Ahí estás —dije, para luego ampliar la imagen.

A pesar de la escasa luz, el telescopio mágico me permitió ver a la bestia perfectamente. Ruckus. Un ave del tamaño de una casa quieta sobre la arena y con la cabeza gacha, como si estuviese durmiendo. El cuerpo de la criatura vibraba arriba y abajo, como si de un motor se tratara.

Lo cierto es que me la imaginaba más como un buitre, pero resultó parecerse mucho a un halcón gigantesco, uno con una armadura estilo steampunk. Tenía un pico de verdad que brotaba de un casco cubierto de cañerías que le tapaba los ojos. También contaba con engranajes y ruedas que giraban por el exterior de la armadura corporal. Las alas, plegadas a ambos lados de la criatura, parecían ser orgánicas.

Moví el telescopio ligeramente para enfocar el arma principal del ave. Los zumbibuitres normales iban por ahí con un dispositivo con forma de motosierra unido a la parte baja del cuerpo. Caían en

picado y cortaban todo aquello que intentase enfrentarse a ellos. Sabía que el equipo de Gwen había tenido problemas con esas criaturas, y hasta los veteranos de la patrulla de vagos habían tenido que esforzarse para acabar con esas cosas. Usaban más misiles guiados contra ellos que contra las aeronaves de los gnomos.

Ruckus tenía algo similar, pero mucho más grande. El arma estaba en el suelo junto al pájaro. Estaba unida permanentemente a la criatura mediante un par de cables muy gruesos, que sabía que se replegaban o se extendían. No era una motosierra, sino más bien un palo de casi ocho metros de largo con diez sierras circulares que no dejaban de girar y zumbar. El arma colgaba bajo el ave mientras volaba. Había visto algo similar en una ocasión, colgando de un helicóptero. Lo habían usado para aserrar los árboles y las ramas que rodeaban las torres de alta tensión de zonas muy remotas. Gwen había dicho que la multisierra voladora había acabado con las torres de asedio que estaban construyendo en pocos segundos.

Volví a apuntar al pájaro con el telescopio. Amplié un poco la imagen y, en ese momento, apareció la descripción.

> Ruckus. Pollo-halcón centinela a resortes.
>
> ¡Jefe de municipio nivel 55!
>
> El gran osgo cazatesoros Shamus Chaindrive se hizo famoso por ser un tipo avaricioso y paranoico. Después de sufrir demasiadas traiciones dejó de confiar en toda criatura viviente. Esa es la razón por la que su tripulación terminó por estar formada por constructos y autómatas.
>
> Dedicó su vida a buscar tesoros y artefactos perdidos tiempo ha, sobre todo uno muy concreto.
>
> El Portal de los dioses ferales. Se rumoreaba que estaba enterrada en la recóndita Necrópolis de Anser.
>
> Chaindrive partió en busca de la tumba. Subió a bordo de su fantástico submarino y se sumergió entre las olas tras jurar que no volvería a salir a la superficie hasta que consiguiese su objetivo.
>
> El osgo tardó casi veinte años en encontrar la tumba, que asomaba como un monolito en una isla desierta. Atracó el submarino junto a la entrada que había bajo el agua, que se encontraba adyacente a la estancia principal de la tumba llena de trampas. No tardó en descubrir que no había sido el primero en llegar. Un joven mago se había presentado en la isla y se había puesto a excavar mágicamente para entrar. Una colonia de gnomos de los dirigibles también se había apostado por la zona para hacerse con el tesoro que había en el interior, pero no lo habían conseguido por el momento.
>
> Chaindrive usó su arma más poderosa con intención de retrasar a sus competidores. Ruckus, el autómata capaz de duplicarse a sí mismo que hasta

ese momento se encontraba en estasis en el submarino, recibió la orden de matar a todo aquel que pretendiese hacerse con el tesoro de Chaindrive.

Ahora que el osgo lleva muerto muchísimo tiempo, el pollo-halcón centinela pasa los días volando en círculos por la isla y comportándose como un auténtico cabronazo. Los habitantes del lugar son lo bastante listos como para dejarlo en paz. Que estés leyendo este mensaje implica que tú eres de los que no tienen muchas luces.

—Qué raro —les dije a Dónut y a Katia—. Dice que el jefe pertenecía a otro tipo del cuadrante de Agua, que está muerto. Creo que el «castillo» de esa zona es un submarino gigante. Y también parece que hay un tesoro escondido en…

Mensaje del sistema. Espera.

Todo se quedó paralizado durante medio segundo. Me recordó a cuando estaba a punto de comenzar una batalla contra un jefe. Pero no ocurrió nada, y el error pareció solucionarse poco después.

Mensaje del sistema. Gracias por tu paciencia. Ahora puedes continuar con normalidad.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunté mientras echaba un vistazo alrededor.

—Pues no lo sé. Ha sido muy raro —dijo Katia.

Carl: Mordecai, ¿has sentido eso? Y otra cosa, ¿sabes lo que es el Portal de los dioses ferales?

Mordecai: Sí que lo he sentido, sí. Normalmente, no suele ser un error, sino una especie de tiempo muerto en el juego para que las rutinas de combate resuelvan reglas contradictorias. Y no, nunca había oído hablar de ese portal. Pero ¿recuerdas lo que te dije sobre la palabra «feral»? Será mejor que guardes las distancias con todo aquello que la tenga en el nombre. Nunca es nada bueno.

Carl: ¿Y qué son los artefactos? También decía que ese portal es uno de ellos.

Mordecai: Qué raro. Un artefacto es un objeto de categoría legendaria o celestial que puede encontrarse en la mazmorra o como parte de un botín. Como te he dicho antes, la mayoría de los objetos buenos salen en las cajas de los primeros pisos. Después del sexto, el botín que sueltan las criaturas empieza a ser mágico y mucho mejor. Los artefactos suelen empezar a salir a partir del octavo o del noveno piso. Y, en general, son objetos muy poderosos.

Carl: ¿Has dicho en el octavo piso? Pues yo diría que aún estamos en el quinto. Esto ha dicho que el objeto está dentro de la necrópolis que tenemos debajo. ¿Crees que estará relacionado de alguna manera con ese parón tan raro?

MORDECAI: Hum. Puede ser. La verdad es que no me sorprendería. Ya lo hablamos en otra ocasión. Los productores controlan la historia, pero es la IA quien elige el botín. Y también es la IA la que ajusta algunos elementos de dicha historia para adecuar la dificultad del piso o conseguir que el juego siga siendo «justo». No sé si me he explicado bien.

CARL: Perfectamente. Hablamos pronto. Vamos a probar los misiles.

—Esto…, Carl —dijo Dónut, que señaló con una pata—. Ruckus ha empezado a moverse.

Volví a inclinarme para mirar por el catalejísimo.

Puede que fuese una coincidencia. O quizá un error. O a lo mejor solo era una broma de mal gusto del sistema. Pero Ruckus, que seguía dormido hasta hacía tan solo unos instantes, se había despertado para empezar a mirarnos fijamente. Graznó a todo volumen hacia el cielo, que ya se había oscurecido prácticamente. Después se dirigió a la parte alta de una duna, extendió las alas y estas empezaron a brillar. El metal se entremezclaba con las plumas, y la envergadura de las alas era la de tres vagones de tren. Junto al enorme pájaro y en el suelo, la hilera de sierras circulares gigantescas empezó a girar. El sonido era aterrador, y lo oímos claramente a pesar de encontrarnos a más de dos kilómetros. El ave empezó a batir las alas para alzar el vuelo.

—Joder, joder. Preparaos para disparar —dije al tiempo que sacaba un misil y lo metía a toda prisa en el tubo.

El mundo volvió a quedar paralizado. En ese momento, empezó a sonar una música inquietante que reverberó por el desierto.

¡B-b-b-batalla contra jefe!

Dio comienzo la secuencia habitual de batalla con los retratos que empezaron a flotar por el cielo sobre el desierto. Pero cuando apareció la descripción de Ruckus esta había cambiado.

Ruckus. Pollo-halcón centinela a resortes.

¡Jefe de municipio nivel 55!

¿Es un pájaro? ¿Es una herramienta de jardinería? ¡No! ¡Es un puñetero robot mortífero!

El viejo Ruckus es un antiguo autómata de seguridad y exploración antibarcos y antitodo que ha perdido cualquier tipo de contacto con el Akula. O lo había perdido hasta este momento. Ha despertado y le han dado nuevas órdenes, que consisten en dar caza a todos los enemigos del capitán.

Y tú, amigo mío que está a punto de sufrir una muerte horrible bajo los dientes de una sierra circular, eres enemigo del capitán.

—Lo has despertado, Carl —dijo Dónut—. La descripción no dice que sea un secuaz abandonado.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —exclamé mientras movía el catalejísimo para volver a apuntar hacia el pájaro. La descripción había cambiado bastante. Ruckus batió las alas gigantescas un poco más y se alzó por los aires. La sierra circular gigante empezó a alzar el vuelo.

GWEN: ¿Cómo va eso, dinamitero? ¿Has sentido lo del error? Te escribía porque supongo que querrás saber esto. Ha ocurrido algo en el cuadrante de Agua. El mar ha empezado a burbujear. Hay espuma por todas partes, como si nos encontrásemos en la boca de una comadreja rabiosa. Alguien se ha puesto a hacer algo ahí abajo. ¿Habéis encontrado ya al pajarraco gigante?

CARL: Lo tenemos justo delante. Luego hablamos.

Apoyé la mano en la parte trasera del misil de sesenta centímetros y apareció una ventana emergente.

¿Marcar objetivo del misil?

Hice clic mental en SÍ.

Indicar objetivo.
Aviso: El objetivo no se puede cambiar una vez ha quedado fijado.

Me resultó un poco incómodo mantener la mano derecha sobre el misil y la izquierda sobre los controles del telescopio. No tenía ninguna libre para ajustar la silla. Centré la vista en el autómata justo antes de que se alzase y desapareciese del visor del catalejísimo, para luego hacer clic en OBJETIVO.

¡Objetivo fijado, hijos de puta!

El misil empezó a parpadear.

—Todos a cubierto. Cuidado con quemaros el culo —dije. Agarré la clavija que había en la parte trasera y tiré de ella.

Fiuuum.

Una llamarada brotó por detrás del tubo y el misil salió disparado. Descendió un poco para luego alzar el vuelo. Sentí un dolor muy intenso porque el fuego me chamuscó el costado derecho del cuerpo.

—Joder —gruñí a causa del dolor. No es que me hubiese bajado mucho la barra de salud, pero me había dolido. «Tenemos que encontrar una forma más fácil de disparar»—. ¿Estás bien, Dónut?

—¿Tú qué crees, Carl? Sabes que me prendo fuego con facilidad, ¿no? La próxima vez, avisa.

—Yo avisé. Venga. Ponte a mi izquierda.

El fuego que brotaba por la parte trasera del misil iluminó el cielo del desierto unos instantes y este brilló como si volviese a ser mediodía. Agarré otro misil y lo metí en el tubo.

—¡Vamos! —le dije a Katia, quien ya había acelerado el Carruaje para empezar a bajar por la duna.

Miré por encima del hombro y vi cómo la trayectoria del misil se curvaba en las alturas para luego dirigirse hacia el jefe, que no había dejado de ascender. Las sierras circulares se balancearon con brusquedad por los aires mientras Ruckus seguía batiendo las alas.

Habíamos reemplazado el propelente del misil por otro que había improvisado Mordecai. Al agotarse, en teoría la parte trasera se desencajaría y este seguiría avanzando por inercia durante unos pocos segundos. Después, se activaría la segunda fase, que iluminaría la parte trasera del proyectil y le doblaría el alcance.

Los misiles originales tenían una carga explosiva de mierda. Las cabezas explosivas tenían una potencia equivalente a un cuarto de la de un cartucho de dinamita goblin, que no era casi nada. Al principio creía que no iba a ser capaz de mejorar el diseño, pero después de reciclar unas cuantas hobombas de las que se activaban por impacto, me percaté de que podía simplificar el dispositivo de activación, lo que me daba mucho más espacio para aumentar la cantidad de explosivo que había en el interior. Ahora, los misiles tenían una potencia similar a la de un cartucho de dinamita

hobgoblin, que era más que suficiente para matar a cualquier tipo de criatura normal.

El problema posterior fue que necesitábamos que tuviesen un alcance de cinco kilómetros si queríamos que, al dispararlos desde la superficie, impactasen contra los toc toc gnómicos que había aparcados debajo del castillo. Pero, primero, necesitaba comprobar que aquellos misiles de dos fases eran un arma viable. Si conseguíamos salir con vida de esta, podríamos llegar a crear unos pocos más antes de que amaneciese.

Los proyectiles avanzaron hacia el jefe gigantesco. Las llamas empezaron a apagarse justo antes de llegar hasta el objetivo, que no había dejado de ascender.

«Vamos, vamos».

—¡Sí! —dije cuando vi que empezaban a encenderse las chispas de la segunda fase en el misil, que ahora se encontraba muy lejos. Alcé el puño al aire.

Pero luego el misil explotó de repente, a unas pocas decenas de metros del objetivo.

—Joder, joder, joder, joder. Me cago en todo, Dios —grité al tiempo que dejaba el puño cerrado y levantaba el dedo corazón. Ruckus siguió ascendiendo y sobrevoló la explosión. La sierra circular cortó en dos la nube que acababa de formarse.

Habíamos usado una pequeña carga para que se separase la parte trasera del cohete, pero al parecer la explosión había sido demasiado potente. O algo en el propelente de la segunda fase había provocado que la carga explosiva se activase antes de tiempo. No tenía ni idea. Nos quedaban tres misiles. Tres que, de pronto, tenían un alcance mucho menor. No íbamos a conseguir que esas cosas impactasen contra la fortaleza Páramo desde el suelo.

—Pasemos al siguiente plan. Gira el carruaje y dirígete directo hacia él.

Saqué el tercer y el cuarto misil y los cargué. No me gustaba almacenar explosivos fuera del inventario, pero lo que estaba a punto de hacer requería los tres.

En la cabeza de Katia aparecieron un segundo par de ojos y una boca. Los ojos le sobresalían en el cuero cabelludo como si fuesen

unos pequeños tallos.

—¿Estás loco? —preguntó Katia por la segunda boca cuando cogimos un bache. El Carruaje salió despedido por los aires y aterrizó con fuerza en el suelo. La oruga trasera chirrió, levantó la arena y luego continuó avanzando.

—Madre mía, Katia —dije, inquieto tras la aparición de la segunda cara—. Esto es raro de cojones. Pero venga, haz lo que he dicho.

Ella gruñó, pero luego empezó a girar el vehículo. La curva fue tan cerrada que un poco más y hubiésemos volcado. Frente a nosotros, Ruckus volvió a graznar en la oscuridad. La sierra circular siguió balanceándose como un péndulo mortífero. Vimos cómo partía en dos a un diablo picudo. La sangre chorreó por la arena mientras el pájaro gigantesco seguía avanzando en nuestra dirección.

Puse la mano en los tres misiles uno a uno para fijar los tres en el jefe. Uno en la parte que unía el ala izquierda con el cuerpo, otro en el cuello expuesto de la criatura y el tercero en la parte inferior, donde el cable iba desde el monstruo hasta la sierra circular.

El autómata seguía avanzando directo hacia nosotros, como si fuese un maremoto. El zumbido de la sierra era imposiblemente ensordecedor. Quedaban segundos para que nos alcanzase.

—Cuando dispare, gira a la izquierda y pisa a fondo —grité—. Dónut, cuidado que voy.

Tiré de las tres clavijas al mismo tiempo. Los tres misiles salieron despedidos de los tubos. Descendieron un poco, trazaron un arco en el aire y luego empezaron a girar en espiral. Los tres se dirigieron hacia el jefe al mismo tiempo que giramos. El pájaro siguió ascendiendo a mucha altura sobre nosotros, y el Carruaje estuvo a punto de volcar con el giro brusco, pero Katia extendió el brazo en dirección contraria y se le formó una pesa enorme en la mano, lo que hizo que el vehículo se enderezase. Después volvió a equilibrar su masa y continuamos acelerando.

«Perfecto», pensé.

La sierra se balanceó descontrolada, y Ruckus empezó a caer. Trazó un arco en nuestra dirección, agitándose hacia delante y hacia atrás. «Mierda». Dónut disparó un proyectil mágico a las sierras que venían hacia nosotros, pero no sirvió de nada.

Justo cuando las tres explosiones impactaron en la criatura, el ala izquierda salió despedida del cuerpo y empezó a llover metralla. El ala empezó a caer y quedó envuelta en el cable de la sierra. El arma se balanceó con brusquedad de repente y luego empezó a girar a toda velocidad por los aires debido a la inercia del ave, que continuó cayendo. Con el impulso del balanceo, la sierra empezó a golpear los pedazos de metal y a lanzarlos contra nosotros. Los restos pasaron por encima del vehículo y quedaron enterrados en el suelo al caer tras levantar una polvareda, por lo que Katia tuvo que poner la marcha atrás.

Ruckus quedó destrozado entre un reguero de sangre y partes mecánicas. La sierra circular gigante se separó del ave en ese momento y empezó a chirriar al chocar y rebotar contra el suelo. La parte delantera del arma quedó encasquetada entre una roca y la arena, sin dejar de girar ni de cortar. Giró varias veces más, pero luego cayó a un lado sobre la roca de la tumba. Las dos hojas delanteras del arma dejaron de girar, pero el resto empezó a levantar otra polvareda y restos de metal a seis metros del suelo, como si fuese un camión atrapado en el barro.

En ese momento apareció la palabra ¡GANADOR! Di por hecho que había finalizado la música, pero no oí nada debido al chirrido de las sierras. Ruckus había quedado desperdigado por todo el desierto. Había metal, restos de maquinaria y sangre pegajosa por todas partes.

—Siento como si no hubiese hecho nada productivo en este enfrentamiento —dijo Dónut mientras contemplábamos la sierra—. Mordecai dice que debería intentar hacer más cosas, no menos. Ya estoy dos puestos por debajo de ti, Carl. No quiero desaparecer de la clasificación como le ocurrió a Katia.

Extendí el brazo y le rasqué la cabeza.

Después me giré hacia Katia, quien se había quedado mirando el reguero de tierra y rocas que teníamos a escasos seis metros frente a nosotros.

—Lo que has hecho ha estado genial —dije—. Lo de usar un contrapeso para equilibrar el vehículo.

Ella asintió. Me dio la impresión de que estaba a punto de vomitar.

—¿Por qué me has hecho acercarme tanto a esa cosa? Los misiles funcionaban. Hubiesen servido igual de habernos alejado de la criatura. Vale que la segunda fase no funciona, pero la primera tenía alcance suficiente.

—Quería asegurarme de que le dábamos —comenté—. Mordecai me contó que a veces no son muy precisos y no quería dañar el premio.

—¿Premio? —preguntó Katia, pero me di cuenta de que sabía la respuesta a pesar de preguntarlo. La sierra que seguía girando retumbaba en el suelo. Tenía más de siete metros de largo.

—Prepara la mochila. Vas a aumentar tu masa hasta que puedas levantar esa cosa y guardarla en tu inventario.

—Pero Carl…, siempre te quejas de la imagen que das en el programa y…

No terminó la frase. Un retumbar muy fuerte se apoderó de todo lo que nos rodeaba, como si fuese un terremoto. Al principio creí que nos estaban bombardeando, pero no era eso. Era algo que se encontraba dentro del mundo. Miré la sierra con preocupación, pero seguía clavada en el suelo.

> Notificación de burbuja. El Puente del Akula se ha ocupado con éxito. ¡Se ha liberado el cuadrante de Agua!
>
> Felicitad todos al mazmorrero que ha asaltado con éxito el salón del trono. ¡El mazmorrero Chris Andrews 2!
>
> Todos los mazmorreros que hayan empezado en el cuadrante de Agua ahora pueden viajar libremente a otros cuadrantes.

El mundo volvió a temblar, momento en el que Dónut y yo nos miramos.

—Chris —dije—. Está en la misma burbuja que nosotros.

10 | FASE 2 de 4. AÚN CON LOS GNOMOS

—¿Ese tal Chris es del equipo de Meadow Lark? —preguntó Katia —. ¿Entró en la mazmorra con Imani y Elle?

—Sí —respondí mientras volvíamos en el vehículo a Pezuña de Camella. Saqueamos todos los restos de la criatura que pudimos. Era mucho. Y también una tonelada de aluminio enano, un metal ligero pero muy resistente. La sierra gigante funcionaba con el mismo tipo de batería enana que el Carruaje. Solo tuve que quitar dicha batería para hacer que parase. Había un cable que la unía con el pollo-halcón, pero al parecer el arma funcionaba aunque no estuviese unida a la criatura. Era más ligera de lo que parecía, por lo que Katia consiguió guardarla en el inventario.

También conseguimos la guía de campo que había en el cadáver del jefe de municipio. Ahora éramos capaces de ver los niveles y las descripciones de todas las criaturas de la zona. Dicha guía abarcaba el cuenco al completo. En aquel momento y en la oscuridad de la noche, habían empezado a aparecer de las dunas varios monstruos del tamaño de un puño llamados TERRORES NOCTURNOS. Estaban por todas partes. Eran parecidos a los pegajosos podridos a los que nos habíamos enfrentado en el primer piso. Corrían, se te pegaban al cuerpo y luego explotaban. Katia y Dónut acabaron con ellos mientras avanzábamos en el Carruaje, pero no nos paramos a luchar.

—Cuando Elle y los demás aún eran ancianos —continué—, había cuatro personas que se ocupaban de ellos. Antes eran más, pero nunca los llegamos a conocer a todos. Estaban Imani y Yolanda, las enfermeras; y los hermanos Chris y Brandon, que eran los de mantenimiento de la residencia de ancianos. Yolanda murió

protegiéndonos del elemental de furia, y Brandon para proteger al equipo de los diablillos de la oscuridad.

Tragué saliva y recordé el último mensaje que me había enviado Brandon. Lo había guardado en el bloc de notas y de vez en cuando lo abría para leerlo. Lo había escrito después de pelearse con su hermano, quien había abandonado el grupo. Recordé un pasaje en particular:

«Nunca le gustó mucho hablar. Mamá decía que tenía algo raro, que quizá era un poco corto de entendederas. Pero no lo es. Y aunque lo fuese…, le dije algo que estuvo mal y se enfadó. Se ha ido y ahora es demasiado tarde para decirle que lo quiero. Nunca se lo he dicho. Estoy a punto de morir y es lo único en lo que puedo pensar».

Le había prometido darle el mensaje a Chris si podía, pero estaba claro que le había pasado algo raro. Había elegido una especie llamada ígneo, que era una criatura de roca similar al Mazo y a Bomo. Había dejado de comunicarse con Imani, y Odette me había dicho que tuviese cuidado con él.

También había matado a Frank Q, poco después de que este me hubiese entregado el Anillo de sufrimiento divino. Según el Mazo, Chris se había sentado junto a Fran en la barra del club Desperado. Se habían puesto a hablar, y luego el ígneo había extendido el brazo para aplastarle la cabeza. Después, se había limitado a levantarse y salir del lugar. Lo habían expulsado y ya no iba a poder entrar en el club.

Ese no era el mazmorrero que yo recordaba. Era silencioso, sí, pero protegía a sus amigos y a su hermano. Había llorado después de la batalla contra los caballeros colmilludos. Se me antojaba imposible que el Chris de antes matase a alguien de esa manera. Imani me había dicho que su personalidad había empezado a cambiar poco después de elegir la especie.

Envié un mensaje a Imani para comentarle que lo habíamos localizado. Y, aunque no podíamos ir en su busca, cabía la posibilidad de que se dirigiese hacia nuestro cuadrante de Aire. No sabía qué pensar. Imani creía que Chris quería unirse a mi grupo, pero me daba la impresión de que podía llegar a ser demasiado

peligroso. Ya había tenido problemas de ese tipo más que suficientes con Hekla en el piso anterior. Y ahora teníamos muchas cosas de las que preocuparnos. Era demasiado.

Imani: Avisa cuando tomes una decisión. Chris sigue ignorando todos mis mensajes. Espero que su verdadera personalidad siga ahí de alguna manera. Es el único trabajador de la residencia que queda con vida sin contarnos a nosotras.

Carl: Lo haré. ¿Cómo va con el barco?

Imani: No preguntes. Necesitamos uno con blindaje. Elle ha descubierto cómo usar un conjuro de hielo para protegernos de las bolas de fuego, pero seguimos sin poder acercarnos a la plataforma petrolífera. Hay monstruos en el agua y orcos piratas arqueros por todas partes.

Carl: ¿Y si os acercáis por debajo, con un submarino?

Imani: Has estado hablando con Elle, ¿verdad? Carl, sabes que es una locura, ¿no? No creo que fabricar un submarino sea muy fácil.

Carl: Hablando de Chris..., él tiene un submarino. No creo que pueda prestároslo, pero quizá sepa cómo fabricar uno. No sé... Pero si necesitáis torpedos o algo así, decídmelo. Podemos vernos en el club Desperado para entregároslos.

Imani: Nosotras también podemos intercambiar objetos en la interfaz de tienda de nuestro espacio personal. Acabamos de comprarlo gracias al consejo de Dónut. Pueden ponerse a la venta cosas de forma privada, por lo que no hay que quedar cara a cara para comerciar. El único problema es que no te deja regalar nada. Y tampoco te deja venderlo por menos de la mitad de su valor.

Carl: Ya veremos qué podemos hacer. Tened cuidado.

Imani: Vosotros también, Carl. Ah, otra cosa.

Carl: ¿Sí?

Imani: No lo mates. Por favor. Ha cambiado, pero aún es mi amigo. Aún es el hermano de Brandon.

Nos acercamos a los restos del ayuntamiento. El dromedariense llamado Henrik se encontraba por el lugar gestionando las tareas de rescate.

Dónut: ES UN CAMBIADO. DICE QUE TIENE NIVEL 30, PERO SU CABEZA BRILLA AÚN MÁS QUE LAS DEL RESTO. ¿PUEDEN OCULTAR SUS NIVELES?

Carl: Sí, sobre todo si son muy fuertes.

Dónut: PUES PODRÍA HACER UN HUEVO FRITO EN LA CABEZA DE ESE TÍO.

Henrik era el que había intentado «convencer» a Wynne el gnomo para usar su conjuro y resucitar al fantasma. Di por hecho que era el líder y fuimos en su busca. No tuvimos que esforzarnos mucho. El

anciano dromedariense estaba sobre los restos, gritando a los demás para que siguiesen excavando entre los escombros humeantes. La criatura parecía agotada por completo. A pesar de ser un cambiado, la gravedad de la situación le había torcido el gesto.

Aún no habían encontrado el cadáver de Wynne, pero lo estaban buscando con desesperación.

Quedaba media hora para que saliese el sol. La luz opaca de la fortaleza Páramo ya casi volvía a encontrarse sobre el cuenco, en dirección al centro.

Me acerqué al camello y no perdí el tiempo.

—¿Cómo se gestiona lo del aval?

El camello alto bajó la mirada para fijarse en mí.

—Deberías salir del asentamiento antes de que salga el sol. Ya no es seguro.

—No hay ningún lugar al que ir —aseguré.

—Pues ve a un refugio. Compra los servicios de una mujer. No tenemos mucho tiempo. Ahora, déjanos en paz.

—No tengo tiempo para pasármelo bien. ¿Cómo se gestiona lo del aval? ¿Sacáis al gnomo para que los gnomos lo vean a través de uno de esos telescopios sofisticados o cómo?

La criatura entornó los ojos.

—Eres el que alquiló el telescopio al pequeño Skarn, ¿verdad? Y también el que intentó engañarnos con el grulke. Si tu objetivo era matarlos a todos, enhorabuena. Has ganado y esos pobres diablos aún no lo saben. Si has venido a regodearte en tu victoria, será mejor que te largues. Estoy demasiado viejo y cansado como para enfrentarme a ti.

—Mira, mi propósito es detener a los gnomos. Intento ayudar.

Un dromedariense sacó la cabeza entre los escombros.

—La entrada al sótano está sellada —gritó—. No ha sido a causa del incendio. Una parte de la pared de la necrópolis se ha cerrado y no podemos pasar. Creo que podemos hacer algo, pero tardaremos.

—No tenemos tiempo —gruñó Henrik al otro camello.

—Oye —dije—. Te estoy diciendo que podemos detener a los gnomos, pero tienes que dejarte ayudar. Tengo que saber cómo les

hacíais saber que el aval seguía con vida.

Carl: Dónut, necesito un poco de tu encanto.

Dónut saltó a mi hombro y miró al camello.

—Si nos lo cuentas, podríamos salvar esta ciudad. —Después empezó a susurrar—. Me da igual si sois camellos de verdad o cambiados. No entiendo que queráis haceros pasar por algo tan grande y apestoso, eso sí, pero no es asunto mío.

La sorpresa se dibujó en su gesto durante un instante muy breve, pero la advertí. La forma en la que la gata manipulaba a los PNJ a veces era algo muy tangible; podía llegar a sentir cómo se reducía la tensión. Me percaté de que el camello se había puesto a pensar seriamente su respuesta y luego pareció llegar a una conclusión. Sacó un pequeño reloj de bolsillo de la túnica y lo volvió a guardar al momento.

—Suena la alarma en el reloj y lo abro. Tiene un pequeño espejo. El comandante gnomo está al otro lado. Forma un símbolo con los dedos, yo le muestro el aval y él me dice una hora. Luego cambio las manecillas del reloj a dicha hora. El comandante Kane tiene un reloj igual, y creo que las manecillas de ambos están conectadas, por lo que cuando cambio la hora en el reloj de Henrik, las manecillas también se mueven en el otro. Es un código que no comprendemos. Es en ese momento cuando los gnomos dan por hecho que Wynne está vivo y conseguimos que nos den un día más.

Me di cuenta de que acababa de referirse a sí mismo en tercera persona.

—¿Un código? —pregunté. Recordé que Wynne prácticamente se había condenado al engañar a esos mazmorreros para que acabasen con él, un gesto desesperado y muy inteligente al mismo tiempo—. ¿Y él cooperaba?

—Lo hizo durante años, pero empezó a resistirse cuando lo metimos en la estancia que hay debajo del ayuntamiento, cuando comprendió que la situación había cambiado. En ese momento dejó de cooperar. Teníamos que drogarlo para obligarlo a hacernos caso,

y la cosa se estaba complicando cada vez más. Empezó a tolerar los efectos de las setas y teníamos que darle más cada día.

Había mucha información en lo que acababa de decirnos. Mordecai había comentado que aún no había podido desentrañar lo que hacían las setas, pero estaba llevando a cabo algún tipo de proceso alquímico para determinar todos los usos. Al parecer, dárselas de comer crudas a otra persona ayudaba a que esta hiciese lo que te viniese en gana. Había dicho que muchas setas tenían ese efecto, pero que dicho propósito solía ser secundario, sobre todo si el sistema las etiquetaba como objeto alquímico. También comentó que los efectos de control mental no eran demasiado fiables, pero al parecer funcionaban bastante bien en este caso.

—¿Dónde está el verdadero Henrik?

Me miró con gesto impasible.

—¿De verdad quieres que te responda?

—¿Los bactrianos hacían lo mismo? —pregunté—. ¿También tenían un reloj?

Según Morris, su aval era una especie de cerdo.

—No —comentó Henrik—. Ellos tenían un trato diferente con los gnomos. Al parecer, era la mascota cerdo favorita de la hija del comandante. Desconozco los términos, pero creo que tenían que sacar al animal al exterior una vez al día. Los gnomos lo veían usando un catalejísimo y les permitían seguir con vida un día más.

—¿Podéis transformaros en cerdos? ¿Por qué no lo hicisteis? —preguntó Dónut—. Solo teníais que hacer que uno de los vuestros gruñese como un cochino durante un par de minutos y todo el mundo se hubiese salvado. Los gnomos no se hubiesen dado cuenta.

Henrik sonrió por primera vez.

—Ese es el problema, pequeña. Cuando destruyeron nuestra aldea, los bactrianos no nos aceptaron en la suya. Lo que acabas de sugerir es algo que los gnomos también habían pensado, razón por la que jamás han tolerado nuestra presencia. Los dromedarienses se mostraron algo reacios, pero en el fondo son buena gente y nos aceptaron.

—Y así acabaron… —murmuré.

Henrik se me quedó mirando directamente.

—A veces hacemos cosas que no queremos para proteger a los nuestros.

Sentí un escalofrío, pero solo durante unos instantes. Recordé lo que Mordecai había comentado sobre estos tipos, que solo lo estaban haciendo para ser capaces de resucitar a un monstruo antiguo que querían tocar para añadir a su biblioteca de transformaciones. No es que fuese una causa muy noble. Aun así, había algo en todo aquello que me inquietaba. Me daba la sensación de que había algo que no estaban contando. Pero ahora no era el momento de ahondar en ello.

Señalé la batería antiaérea cuadrada que había en la parte superior del muro.

—¿Esas cosas no son suficientes para proteger el asentamiento?

—Sirven para las aeronaves individuales, sí. Pero no serán de mucha ayuda contra un bombardeo del acorazado.

Nos quedaban pocas opciones. Había un código de algún tipo. Al parecer, los gnomos hacían un gesto de la mano, momento en el que Wynne les comentaba a los dromedarienses qué hora poner en el reloj. Era el tipo de acertijo que Katia y Mordecai podrían haber desentrañado.

El problema es que no teníamos mucho tiempo. Seguro que estos tipos sabían cuáles habían sido todas las preguntas y las respuestas anteriores, pero a pesar del Carisma de Dónut, nunca íbamos a conseguir que Henrik se sentase a darnos toda la información.

Otra de las opciones era dejar que bombardeasen el pueblo. No iba a pasarnos nada mientras nos encontrásemos dentro de nuestro espacio personal. Intentaríamos salvar la mayor cantidad posible de estos imbéciles y luego pensaríamos qué hacer a continuación. Sabía que, con algo más de tiempo, sería capaz de fabricar un misil con el alcance suficiente. Y quizá, una vez los dos asentamientos estuviesen destruidos, los gnomos aterrizarían la fortaleza y nos darían la oportunidad de asaltarla a la antigua.

Pero no me gustaba esa última idea. Solo podríamos salvar a unos pocos de los habitantes del asentamiento usando el método de la estancia segura.

Y, aunque salvásemos a la mayoría hacinándolos en nuestro espacio, tendríamos que echarlos en algún momento. ¿Y luego qué?

Alcé la vista y me quedé mirando la tela del toldo que cubría el pueblo.

—¿Puedes hablar con ese comandante usando el reloj?

—Sin sonido, pero podemos intercambiar mensajes escritos. Así nos comunicamos normalmente.

—¿Han enviado un representante alguna vez? Un emisario, o algo así.

Recordé que, en una ocasión, había leído sobre rehenes y rescates en la guerra de los Cien Años. Muchas veces todo terminaba en desastre, pero en ocasiones las negociaciones terminaban pagando un rescate que requería que ambos bandos confiasen el uno en el otro temporalmente.

—Sí. Lo hacen a menudo. Tienen un embajador. Se llama Leon el Comisario Político. Se pasa por aquí a inspeccionar. Tiene un conjuro que le sirve para asegurarse de que el aval no es un cambiado. Creo que temen que terminemos por descifrar el código que usa el comandante.

Aquello me dio curiosidad.

—Por suerte aún no ha usado el conjuro contigo.

—Sí —comentó Henrik—. Se suponía que tenía una inspección dentro de dos días, pero me temo que, con lo ocurrido, los acontecimientos terminarán por precipitarse.

Luego pasamos unos minutos más hablando sobre el embajador y qué hacía durante las inspecciones. Estaba claro que era algo que se había añadido a la historia para ayudarnos a entrar en la fortaleza Páramo, pero la muerte de Wynne lo había complicado todo muchísimo. No obstante, empezó a ocurrírseme una idea mientras hablábamos.

CARL: Mordecai, si llegado el caso necesitase un paracaídas rápidamente, ¿cuáles son mis opciones?

MORDECAI: ¿Se te da bien coser?

CARL: Como el culo.

MORDECAI: Entonces vas a necesitar una poción de las muchas que podrían servirte para algo así, la habilidad de volar o la mejora Caída segura. O también

podrías decirle a Katia que se transformase en un ala delta.

CARL: No creo que le apetezca, la verdad. ¿Tienes los ingredientes para la poción?

MORDECAI: Estoy consultándolo ahora mismo. No tengo los materiales para Caída de pluma. Son pociones muy comunes más adelante, pero los tegumentos que necesito escasearán hasta el sexto piso. Pasa lo mismo con la de Chico burbuja. Sí que tengo para una poción en concreto, pero no te va a gustar. Y solo me daría para fabricar dos de ellas, por lo que para llevar a buen puerto ese desafío a la muerte que estás tramando, sea cual sea, tendrás que llevarte a Katia y dejar a Dónut en tierra. La fórmula es muy sencilla y solo tardaré cinco minutos en prepararla. Comprobaré si hay alguna de las otras disponibles en el mercado, pero lo dudo.

CARL: Voy a tu encuentro. Tengo que fabricar unos pocos misiles rápidamente. Venga, prepara las pociones.

—Muy bien —dije a Henrik—. No sé si esto servirá para salvar el asentamiento, pero vamos a intentarlo. —Me giré hacia Katia, a quien me había extrañado ver tan silenciosa desde que habíamos regresado. Tenía la mirada perdida, así que supe que estaba hablando con alguien. No parecía muy contenta—. Katia, necesito que hagas algo.

Parpadeó y me miró.

—¿Qué quieres que haga?

—Dos cosas. Y la primera da un poco de asco.

Mientras Katia regresaba al club Desperado, le expliqué el asalto a Dónut de camino a nuestro espacio personal. Nos vimos obligados a pasar de largo dos bares y llegar hasta la Raja. Todos tenían una entrada al espacio personal, pero al pasar nos dimos cuenta de que estaban cerrados y tapiados. Los camellos sabían lo que estaba a punto de pasar y habían empezado a dirigirse a los refugios antiaéreos.

—Carl, eso no va a funcionar. Saben que hay cambiados en el pueblo. Se asegurarán.

—Lo sé.

Luego le expliqué la siguiente parte del plan. Dónut no pareció impresionada.

—La verdad es que parece propio de un chafalmejas, cutre hasta para ser uno de tus planes.

—¿Chafalmejas? —pregunté—. ¿De dónde has sacado esa palabra? No me suena que sea una de las de Elle.

—Es de Louis —respondió la gata.

—¿Louis? ¿Has estado hablando con Louis?

—Tengo permiso para tener amigos, ¿verdad, Carl?

Antes de que se me ocurriese una respuesta, me llegó un mensaje de Morris, el tipo araña.

MORRIS: Hola. Hemos hecho lo que queríais. El paquete está entregado. Pero ahora tenemos un problema.

CARL: ¿Problemilla o problemón?

MORRIS: Aquí todos son problemones. Justo después de que se conquistase el cuadrante de Agua, cambiaron algunas paredes aquí dentro. Creo que se han cerrado todas las salidas.

Recordé que el dromedariense había dicho que la estancia del sótano estaba sellada, así que al parecer sí que habían cambiado las paredes. Miré el mapa y a mí me pareció igual, pero no decía si las entradas estaban abiertas o cerradas. No es que los asaltatumbas pudiesen salir de allí, así que daba un poco igual.

CARL: Vale. ¿Y cuál es el problema?

MORRIS: No le prestamos mucha atención al principio, pero creemos que está pasando algo debajo de nosotros. Lo oímos.

CARL: ¿A qué te refieres?

MORRIS: Creo que la necrópolis se está llenando de agua.

CARL: No me jodas.

MORRIS: Sí, así que no tengo ni idea de qué es lo que vamos a hacer. Tenemos muchos pergaminos de respirar bajo el agua, pero diría que no son suficientes. Y no creo que las antorchas funcionen cuando se inunde todo. Si se llena hasta arriba, vamos a pasarlas putas.

CARL: Muy bien. Asegúrate de que todo el mundo tiene pergaminos de respirar bajo el agua. Si se llena hasta donde estáis vosotros, id a una estancia segura. De hecho, si ocurre vuelve al club Desperado con Bobby y quedaos allí. Así podré llevaros más pergaminos o fabricaros algo que necesitéis.

—Mierda —gruñí.

Ahora que Chris había conquistado el castillo submarino, es probable que hubiese activado algo que había hecho que la tumba empezase a llenarse de agua. Todas las entradas se habían cerrado para que el agua no escapase por ninguna de ellas. No se me había

ocurrido que el orden en el que conquistar los castillos era algo a tener en cuenta. Y ahora no podía hacer nada al respecto desde el lugar donde me encontraba.

Esperaba encontrarnos con la Raja también tapiado, pero el bar estaba abierto e iluminado como un escaparate en Navidad. Abrí la puerta y me recibió un grupo de unos cuarenta niños de edades comprendidas entre cuatro y doce años. Casi todos eran dromedarienses, pero unos seis tenían forma humana. Eran cambiados, obviamente. Higo estaba entre ellos e iba hablándoles de uno en uno. Llevaba una bolsa en la mano y les entregaba algo al terminar.

> CARL: ¿Podrías decirme si los niños que no tienen forma humana son cambiaformas?
>
> DÓNUT: ES MUY COMPLICADO SABERLO CON LOS NIÑOS. HIGO TIENE LA CABEZA MUY CALIENTE, IGUAL QUE ESE TAL HENRIK. OH, OH. ¡EL CAMARERO TAMBIÉN ES UNO! ¡MENUDO BRIBÓN!

—Nos debéis una moneda de oro a cada uno —dijo Skarn. Estaba en forma humana, de pie entre los demás.

Los mazmorreros también estaban por allí. Louis y Firas se encontraban con Langley y los arqueros. Al parecer estaba bebiéndose un zumo. Era uno de esos Capri Sun, pero de higo. En ese momento, me percaté de que era justo lo que Higo les estaba repartiendo a los niños.

—Muy bien —dije—. No voy a estar aquí luego para dejaros entrar, así que tendréis que seguirme ahora. Todos.

Dónut resopló.

—¿No deberíamos llevarlos a una de las estancias seguras, Carl, como la que hay en esa callejuela chunga?

—No —aseguré—. Mordecai dijo que las estancias seguras solo lo son si hay un mazmorrero en el interior. No podríamos salvarlos a todos. —Alcé la voz—. Seguidme. —Luego señalé al camarero y a Higo—. Vosotros también.

El camarero se negó a acompañarnos, pero Higo parecía muy dispuesta. Me alegré, porque necesitábamos a alguien capaz de controlar a los niños.

—Pero ¿dónde está el dinero? —preguntó Skarn.

Saqué una moneda de oro y se la tiré.

—Ayúdame a conseguir que entren todos y te daré otra. A ti y a los demás. ¿Dónde están sus padres?

—Todos los adultos están defendiendo el asentamiento —respondió él. Luego alzó la voz—: Vale. Seguid todos al señor Carl.

Vi que tres de los niños cambiados con forma humana no estaban del todo… completos. Uno de ellos, una niña llamada Ruby, no tenía brazos y tenía la cabeza hundida por la parte superior, como una pelota de fútbol desinflada que acabasen de patear. Caminaba despacio y con cojera. Lo cierto es que costaba mirarla directamente. Cuando la examiné, vi que tenía una desventaja activa.

Este PNJ sufre el síndrome de compresión.

Envié un mensaje a Mordecai para preguntarle qué era eso, pero dijo que jamás lo había oído. Después me preguntó dónde estaba, pero justo en ese momento abrí la puerta de nuestro espacio personal para dejar entrar a los niños.

Tal y como esperaba, a Mordecai no le gustó nada la idea.

—Esto no es una puñetera guardería, Carl. No veo que haya un parque infantil de los cojones por aquí.

El sillón se volcó cuando tres niños dromedarienses intentaron subirse en el respaldo. Otro había agarrado al robot de limpieza y flotaba a treinta centímetros del suelo mientras el aparato emitía una alarma con desesperación. Higo se transformó en un monstruo peludo y rugió al camello, que soltó el robot. El limpiador se alzó por los aires hasta quedar fuera de nuestro alcance, para luego empezar a pitar con tristeza cuando otro par de niños empezaban a saltar sobre los zumos para lanzar las pajitas lo más lejos posible. Los niños, dromedarienses y cambiados por igual, formaron un círculo para apostar por quién era capaz de lanzarlas más lejos. Dónut no tardó en unirse al grupo, entre brincos mientras gritaba para apostar con ellos.

El resto de los mazmorreros estaban arrinconados en un extremo de la sala sin saber muy bien qué hacer.

Habíamos entrado hacía menos de tres minutos.

—Sí, está claro que necesitáis algún juego para entretenerlos —dijo Higo, que se me acercó. Había vuelto a esa forma humana de mujer genérica. Tenía la piel blanca y era rubia, de unos dieciocho años. Movía la mandíbula como si estuviese mascando chicle—. Ahora se han tranquilizado, pero no tardarán en empezar a desesperarse.

—¿Tranquilizado? —preguntó Mordecai—. ¿Cómo que tranquilizado?

Uno de los cambiados que había sido un humano se transformó en un aveceleste e intentó alzar el vuelo. Otro se había convertido en un gato, pero Dónut empezó a bufarle y volvió a forma humana.

—¿Por qué no se transforman en dromedarienses? —pregunté.

—No lo tienen permitido —respondió Higo—. Solo cuando están en los bares y para entretener. Fue parte del trato que firmamos para que nos acogiesen. Por lo demás, no podemos adquirir la forma de un dromedariense.

—¿Ah, sí? —pregunté. Pero tenía prisa por llegar al estudio de creación y no me daba tiempo de dejarle claro que sabía que era mentira. Ahora que tenía los planos, solo iba a tardar unos pocos minutos en crear los misiles. Como los de dos fases no habían funcionado y no teníamos tiempo para descubrir por qué, iba a limitarme a usar el diseño original y añadir algunos elementos de los misiles guiados. Iban a tener un alcance de algo más de un kilómetro y medio de altitud, y sabía que la fortaleza Páramo se colocaría a casi cinco kilómetros sobre nosotros antes de descargar las bombas. Estaba claro que íbamos a necesitar ponernos creativos.

—¿Has terminado con las pociones? —pregunté a Mordecai.

—Se están enfriando —respondió, aún rabioso y distraído por la horda de niños—. Es probable que ya casi estén listas. —Suspiró y echó un vistazo por la estancia—. Creo que tengo algunas cosas descargadas de antes de que abriese la mazmorra. Es posible que pueda retransmitirlas por las pantallas que tenemos aquí. Espera.

La pantalla de la estancia principal empezó a titilar antes de que apareciese una nueva imagen. Era una película que empezaba en ese momento.

—No sabía que podías hacer algo así —dije. Después miré a Dónut, a quien le faltaban unos cinco segundos para descubrir que Mordecai tenía una conexión mágica por Bluetooth con la pantalla.

—Sí que puedo —aseguró—, pero no tenéis tiempo de poneros a ver películas.

Los gritos cesaron en ese momento, y decenas de niños se giraron de repente hacia la pantalla.

—Carl, Carl, ¡es una película! —dijo la gata, que empezó a brincar por la habitación hasta acabar sobre mi hombro.

—Es una de las ventajas de ser representante —comentó Mordecai, que sin duda no quería ahondar mucho en el tema—. Es por si queremos planear estrategias usando las pantallas. Pero también tengo una biblioteca digital de la mayoría de las películas de la Tierra que fui recopilando cuando me preparaba para el mazmorreo. Y también tengo programas de entretenimiento del último planeta en el que trabajé, aunque esos son horribles…, a no ser que te gusten las óperas desafinadas.

—¿Tienes *Algo pasa con Mary*? ¡Nunca vi el final! Carl llegó a casa ese día y no pude terminarla porque cambió de canal. Puso ese de la PlayStation en el que se pasan todo el día matándolo, ¡por lo que nunca supe cómo acababa! Y estoy desesperada. Creo que si no descubro pronto qué pasa al final, me va a dar un ataque. —Soltó un grito ahogado en ese momento—. ¿Tienes la película de *Sexo en Nueva York*?

—Y esta es la razón por la que nunca os he dicho que podía hacerlo —comentó Mordecai. La película de la pantalla era la primera de *Toy Story*—. Eh, eh, niño, ¡suelta eso! —gritó el aveceleste de repente mientras se alejaba de nosotros.

—Fantástico —dije mientras veía cómo se marchaba Mordecai. Me giré hacia Higo—. Se te dan muy bien los niños. Lo llevas dentro.

—Oye —dijo ella, que se inclinó hacia delante para susurrarme. Había visto y oído nuestra conversación sobre las películas con un

gesto extraño e intenso en el rostro—. ¿Qué es este lugar? ¿Forma parte del Coto de Caza?

—¿El Coto de Caza? —pregunté sorprendido—. No, es nuestra base de operaciones. Nos sigue allá donde vamos.

—¿Y podríamos usarla para llegar hasta allí? —preguntó ella, con una voz tan cargada de esperanza que me quedé contemplándola en silencio.

El «Coto de Caza» era el nombre que recibía el sexto piso. Recordé de repente a una chamatriz goblin con la cara llena de piercings y anillas diciéndome con tristeza que todo les iría mucho mejor si tan solo conseguían bajar un piso.

—No. Esta habitación no puede usarse para viajar —dije—. Pero el Coto de Caza es el lugar al que nos dirigimos si conseguimos salir de aquí. ¿Lo dices porque también quieres ir?

Había seguido leyendo poco a poco el ensayo que Herot había escrito en el libro de cocina sobre la naturaleza de los PNJ, y esto era algo de lo que hablaba a menudo. Los PNJ contaban con varios niveles de consciencia situacional del lugar donde se encontraban. En el piso anterior, el de los trenes, les habían lavado el cerebro por completo a todos y no tenían ni idea de que se encontraban en una mazmorra. Con Rory y Lorelai, las chamatrices goblin del primer piso, había ocurrido todo lo contrario. A pesar de que habían participado en la historia de esa guerra entre goblins y llamas por la meta, también eran del todo conscientes de que estaban en el primer piso de una mazmorra. Herot, quien abogaba por que los PNJ rompiesen la cuarta pared, advertía que todos los que supiesen desde el principio lo que estaba ocurriendo eran mucho más peligrosos. En el último piso, habíamos reclutado a unos pocos de ellos para que nos ayudasen con nuestra causa porque estaba claro que vivían en un mundo falso cuya ilusión podía resquebrajarse con facilidad.

—El Coto de Caza es nuestro antiguo hogar —dijo Higo. La PNJ, que normalmente era despistada y bobalicona, se había puesto muy seria de repente—. Pero llevamos mucho tiempo atrapados aquí. Había una forma de volver a casa, pero hemos perdido la oportunidad ahora que ha desaparecido el ayuntamiento.

—No buscarás el Portal de los dioses ferales, ¿no? —preguntó Dónut.

La criatura se rio. No parecía sorprendida porque la gata hubiese nombrado el artefacto.

—No. Eso es lo que buscan los gnomos. Y también ese mago loco y el osgo que está bajo el agua. Todos han venido para encontrarlo. Si los gnomos no son capaces de localizarlo, tengo muy claro que nadie puede hacerlo. Ni lo hará. Hen… —Se quedó en silencio—. Uno de los nuestros dice que ese artefacto es un mito. Los camellos son los que llevan más tiempo por aquí y no saben nada de él. Nosotros buscamos otra cosa.

Había estado a punto de decir «Henrik», pero se había contenido.

Hice la pregunta obvia.

—¿Y qué es lo que buscáis? ¿Tiene algo que ver con la reina fantasma Quetzalcoatlus?

Eso sí que la sorprendió, pero no para bien. Entornó los ojos y se apartó un poco.

—Tengo que cuidar a los niños. Empiezo a sospechar que todo esto es culpa vuestra. Decís que queréis ayudarnos, pero ¿cómo podéis demostrarlo? Lo único que habéis hecho ha sido traer a los niños aquí. Demostradme que vais a hacerlo. Si detenéis a los gnomos y evitáis que destruyan el asentamiento para que sobrevivan los míos, os lo diré. Venid a hablar si sobrevivimos al bombardeo.

> KATIA: Henrik acaba de recibir el mensaje diario de los gnomos en ese reloj de bolsillo. Les ha mostrado la respuesta que escribiste. Esperábamos que nos hiciesen preguntas, pero han cortado las comunicaciones.
>
> CARL: ¿Crees que han mordido el anzuelo?
>
> KATIA: No lo sé. ¿Ya has fabricado los misiles?
>
> CARL: Estoy en ello ahora mismo. Nos hemos distraído un poco al entrar.
>
> KATIA: Mira que te gusta apurar, ¿eh?
>
> DÓNUT: ESTÁBAMOS VIENDO *TOY STORY*. ¿LA HAS VISTO?
>
> KATIA: ¿Qué?
>
> CARL: Danos un minuto y estaremos listos.

Apareció un nuevo temporizador en la interfaz. Una hora y quince minutos y contando.

Nueva misión. Cómeme el higo.

Esa traviesa prostituta cambiada parece ser más importante para la historia de lo que habías pensado en un primer momento. También parece estar muy orgullosa de sus hermanos y hermanas, muchos de los cuales están ahí fuera haciéndose pasar por esos pobres e inconscientes dromedarienses que se preparan para morir en un intento desesperado por destruir todas las bombas que van a caer sobre ellos con artillería antiaérea. Si bombardean el pueblo, ya te digo yo que van a salir malparados. No tienen ni la más mínima posibilidad.

Para superar esta misión tendrás que salvar Pezuña de Camella del inevitable bombardeo, que tendrá lugar cuando el temporizador llegue a cero.

Recompensa: Recibirás una caja de misión de platino.

Además, todos los mazmorreros del cuadrante recibirán una bonificación permanente del 50 % al Carisma en cualquier futura interacción con los cambiados.

También obtendrás mi respeto eterno, porque no tienes ni la más remota posibilidad de salir victorioso.

11

Cuando me quedé a solas con Dónut en el estudio de creación, me dediqué durante un minuto a abrir las nuevas cajas de botín. Solo tenía dos. La caja de jefe de plata que había recibido por acabar con Ruckus el pollo-halcón contenía dos objetos. El primero eran veinticinco tiros seguros más, lo que supuso todo un alivio. Ya había usado diez de los que me habían dado antes para mejorar los misiles a «guiados». Estaba a punto de usar el resto de los que ya tenía, y esto me daba un poco de margen. Ahora podía cambiar un poco el plan.

El segundo objeto era algo más preocupante. Tenía cierto parecido con esa pasta de dientes No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy que mejoraba el daño contra los jefes y que me estaba reservando para más adelante.

—Es un bote de crema, Carl —dijo Dónut al verlo. Ella había recibido lo mismo y unos pergaminos de sanación—. Es como el que escondías en el cajón junto a la cama.

> Ungüento de medusa (5 usos).
> Si no puedes convencer a nadie para que te orine encima después de que te pique una medusa amplificadolor, esto te vendrá muy bien.
> Efecto: Elimina todo lo relacionado con el dolor de la desventaja Duele de cojones mátame ya joder.
> Aviso: No elimina la anulación de curas de un minuto asociada con la picadura de una medusa.

La verdad es que esperaba no tener que pasar por el cuadrante de Agua. Habíamos recibido la caja justo antes de que Chris lo conquistase, por lo que quizá podríamos evitarlo.

El siguiente objeto era la caja de aficionado de plata que había recibido al final del piso anterior. Había pasado a estar disponible

justo cuando nos dispusimos a enfrentarnos a Ruckus. Me preparé para cualquier cosa cuando se abrió.

—Sí —dije—. Al fin. —Miré hacia el techo—. Gracias, chicos.

Era un rollo de cinta americana mágica muy grueso. Me hice con él y lo examiné.

> Rollo de cinta americana mágica infinita. Cincuenta metros.
>
> Hay muchas probabilidades de que conozcas a Ted Bundy. Y hay incluso más probabilidades de que no sepas quién es Vesta Stoudt. Y aunque es un problema que no es exclusivo de vosotros, monos sin pelo que habitan en un mundo contaminado, esas primeras dos afirmaciones son parte de la razón por la que has recibido este objeto.
>
> ¿Lo usarás para atar a la gente? ¿Lo usarás para salvar las vidas de aquellos a los que amas? ¿Envolverás con la cinta tus dos tobillos para luego frotar de arriba abajo y sensualmente esos pies tan blanditos que tienes contra la pared de la mazmorra mientras te pasas las manos por el pelo? ¡Quién sabe! Pero nada, que ahí tienes un rollo de la mejor cinta americana que existe en el universo.
>
> Este rollo de cincuenta metros de cinta duradera con refuerzo de tela se regenera a una velocidad de un metro por hora hasta que vuelve a alcanzar los cincuenta metros.

—Qué pasada —dije al tiempo que sacaba la cinta. Ya se me había ocurrido cómo usarla. Me acerqué a la mesa de zapador y me puse manos a la obra.

Cuando quedaban unos cuarenta y cinco minutos, abandonamos la protección de la estancia segura y atravesamos las puertas principales del asentamiento. Le había comentado a Higo que no dejase salir del espacio personal a ninguno de los niños, porque una vez se marchasen no podrían volver a entrar. Mordecai había conseguido crear tres pociones con los suministros que tenía. Las repartí y nos pusimos en camino.

Los seis arqueros iban detrás de nosotros en formación de V. Yo había añadido el carro trasero al Carruaje. Firas se encontraba sentado en dicho carro junto con Henrik, el líder del pueblo. Louis estaba en el asiento del conductor, mientras que yo caminaba a la izquierda y Dónut iba sentada a horcajadas sobre Mongo a nuestra derecha.

Miré de reojo a la gata mientras avanzábamos. Estaba nerviosa. Era un plan complicado que tenía muchas variables implicadas, lo que significaba que podía llegar a torcerse de muchas maneras diferentes.

Wynne, el gnomo de los dirigibles, no dejaba de forcejear sentado en el asiento trasero elevado del vehículo. En un principio, mi plan había sido atarlo con una cuerda, pero la cinta americana era mucho mejor. La batería de misiles opcional no estaba colocada, ya que la había dejado en mi inventario junto a dos paquetes de cuatro misiles. Llevaba el catalejísimo en la mano y lo estaba usando para vigilar la fortaleza voladora en las alturas. Era enorme. Me había asegurado de examinar a varios gnomos para que recibiesen la notificación de que los estábamos viendo. Queríamos que supiesen dónde nos encontrábamos.

Evitamos a varios de los lagartos gigantes mientras nos abríamos camino por el desierto en dirección a esa colina grande que había en el centro del cuenco. Pero no llegamos tan lejos. La pesada fortaleza Páramo se colocó sobre nosotros y temí que fuese a lanzar bombas sobre nuestras cabezas desprotegidas. En lugar de eso, la gigantesca estructura siguió avanzando hacia el sur en dirección al borde del cuenco. No iba a tardar mucho en colocarse sobre Pezuña de Camella.

Varios vehículos voladores salieron de ella y empezaron a descender volando en círculos, una imagen que me recordó a unos pajarillos revoloteando bajo un arce. Tal y como esperaba, era una mezcla heterogénea de aeronaves. Las conté rápidamente y comprobé que eran un total de trece.

El típico globo aerostático permaneció en el centro de la formación. Tenía unas rayas negras y doradas y estaba cubierto de cintas y banderillas. Parecía decorado para un desfile en el que se anunciase un circo. No estaba preparado para la guerra, a diferencia del resto de los vehículos. Por debajo colgaba una cesta enorme en la que cabían unos cinco o seis humanos. Tres rostros se asomaban por el borde y nos miraban desde las alturas. La cesta siguió descendiendo despacio y en círculos mientras que el resto de los vehículos se mantuvo a unos ciento cincuenta metros. La silueta

ominosa de unas bombas y de unos cohetes enormes parecidos a petardos adornaba la parte inferior de todos ellos.

El globo decorado continuó su descenso cada vez más despacio. Vi el resplandor de un escudo que parecía protegerlo. Cuando estaba a unos treinta metros, los tres puntos del interior del globo aparecieron en el minimapa. Eran tres gnomos de los dirigibles: PILOTO AEROSTÁTICO DE NIVEL 25, NEGOCIADOR DE NIVEL 44 y un CAPITÁN FRANCOTIRADOR DE NIVEL 52.

Alcé la vista para contemplar las tres caras mientras aterrizaban. La arena crujió con estruendo mientras el piloto giraba una rueda que había en el mecanismo que alimentaba la llama debajo del globo abierto. Sabía que los globos aerostáticos normales funcionaban mucho mejor cuanto más frío fuese el entorno, y sentía la magia de esa caja de la que brotaba la llama que irradiaba el calor. Tenía toda una complejidad de controles. Me recordó a la locomotora del Pesadilla, aunque algo menos complicado. Solo un poco. Examiné las propiedades del globo al momento.

> Globo de la delegación gnómica. Vahana. Artilugio.
>
> El Vahana quizá sea el más antiguo de todos los vehículos que hay a bordo del acorazado Páramo.
>
> En un pasado muy lejano, los gnomos creían que podían llegar a evitar la guerra.
>
> Y aunque no pudieron abandonar este mundo lleno de conflictos armados, sí que consiguieron alzarse por los cielos y alejarse del resto. Tenían la esperanza de convertirse en pacificadores neutrales. Todos sabían que no debían atacar los globos negros y dorados, que era un símbolo de esperanza. Ver un globo de la delegación gnómica en el horizonte era sinónimo de la llegada de embajadores y, solo quizá, de la paz.
>
> Pero todo cambió cuando unos nuevos visitantes llegaron a este mundo a través de un portal misterioso. Eran depredadores alados que no querían la paz y que tampoco querían compartir los cielos. Los globos de la delegación gnómica se cambiaron por otro tipo de vehículos. En su mayoría, dichos globos silvanos se desmontaron, se reciclaron cosiéndose unos con otros para proporcionar seguridad adicional a los asentamientos de los gnomos, que también terminaron por readaptarse. Las pacíficas comunidades voladoras cambiaron sus nombres de jardines flotantes a acorazados.

Interesante. Volví a fijarme en los ocupantes del globo.

El gnomo francotirador era una criatura de poca estatura y barba negra que llevaba una chaqueta de cuero también negra cubierta de

hebillas y cremalleras. Los gnomos eran más bajos que los bopcas y me di cuenta de que tenían que subirse sobre algo para mirar por el borde del cesto de mimbre. Él era el único que no llevaba un gorro cónico rojo, sino un medio casco de moto redondo y negro de apariencia antigua. Era de esos sin pantalla y que se parecía mucho a uno de béisbol. Mi padre llevaba uno similar.

Recordé de repente a mi padre enfadado. Había sido poco después de que mi madre nos abandonase, y un mes antes él me había dicho que tenía que aprender a vivir por mi cuenta y sin su ayuda. Se había quitado el casco y había golpeado con él mi pecera, lo que había provocado que se saliese el agua y los peces. No había llorado al ver morir a mis peces, pero sí que recuerdo que me quedé muy enfadado durante semanas. Desde aquel entonces, siempre que veía uno de esos cascos me acordaba de mi padre y de esos peces. Los recordaba agitándose en el suelo mientras yo intentaba cogerlos con desesperación y me cortaba los dedos con los cristales. Me venía a la mente el dolor, la sangre y el hecho de que no hubiese sobrevivido ninguno a pesar de haberlos metido en una taza con agua. Siempre que veía uno de esos cascos, recordaba aquel día y lo fácil que era volverse insensible sin darte cuenta siquiera. Había pensado: «No pienso volver a tener una mascota nunca jamás. Solo sirven para morirse».

Era una lección equivocada, claro, sobre todo ahora. Pero es lo que tiene, ¿no? El universo siempre nos muestra lo cruel que puede llegar a ser y termina por afectarnos.

Miré a Dónut sentada sobre Mongo y haciendo todo lo que podía para resultar amenazante. «Ella ya no es una mascota». ¿Era mejor así? No tenía ni idea.

Henrik se había quedado muy quieto y mirando hacia abajo. Mantuvo la mano en el hombro de Wynne, como si le preocupase el estado del gnomo anciano. No parecía natural. Recé para que no se diesen cuenta.

Después alcé la vista hacia la fortaleza Páramo. Era una máquina de guerra que en el pasado había sido el lugar donde los gnomos vivían en paz. Sabía que aquello no era más que una historia

inventada, pero era fácil dejarse llevar por ella. Resultaba muy sencillo olvidar quién era el verdadero enemigo.

Pero lo más difícil era saber todo aquello y llegar a la conclusión de que nada de eso importaba. Al menos en aquel momento. Si todo salía como estaba previsto, todos los gnomos a bordo de esa cosa iban a morir en unos diez minutos.

¿Qué era lo que había dicho Henrik? «A veces hacemos cosas que no queremos para proteger a los nuestros».

El gnomo francotirador sostenía un tubo de metal muy largo que al principio creí que era un arma de asta, pero luego me fijé en que era algo para lanzar proyectiles. El cañón era lo bastante ancho como para que me cupiese el puño. También llevaba una bandolera sobre el hombro, llena de dispositivos parecidos a granadas.

«A ese es a quien tenemos que vigilar», pensé. El gnomo me fulminó con la mirada sin apartar de mí sus ojos negros.

Tal y como había ordenado, los arqueros se colocaron detrás de nosotros. Louis permaneció en los controles del Carruaje, mientras que Firas se colocó en la parte trasera del carro, justo detrás del lugar donde estaba sentado Henrik. Dónut me miró con nerviosismo cuando el gnomo negociador salió del cesto y se hundió en la arena hasta las rodillas. El tipo llevaba una camisa de uniforme color oliva, pero estaba vieja y ajada. Tenía un agujero bastante grande en la tela de la manga izquierda. Dio dos pasos hacia nosotros, se detuvo y luego enderezó la espalda. No estaba armado y en el minimapa su punto era blanco.

> Leon. Gnomo de los dirigibles negociador. Nivel 44.
> Comisario político de la fortaleza Páramo.
> Leon, que es un maestro de la política y está obsesionado con las normas, podría haber sido abogado tributario en otra vida. Ahora es el primer oficial político a bordo de la fortaleza Páramo.
> Diría que parece que tiene un palo metido por el culo, pero es tan estirado que ni eso le cabría.

—Por favor —dijo Henrik a ese gnomo llamado Leon—. Haz que cancelen el bombardeo. Hay niños en el asentamiento.

Me estremecí. La imitación que acababa de hacer Katia de la voz de Henrik no era demasiado buena. Esperaba que no se hubiesen

dado cuenta.

—Hemos recibido vuestro mensaje —dijo Leon, que ignoró la súplica—. Nos llevaremos al tío del comandante, pero también dijisteis que necesitaba una poción. No sabemos a qué poción os referís. ¿Quién de vosotros es el sanador? ¿Eres tú?

—¿Yo? —pregunté—. No.

Señalé a Dónut. Detrás de Leon, el gnomo con el fusil de francotirador se inclinó hacia delante en la cesta.

Todos se giraron hacia la gata. Ella carraspeó y luego puso su voz de actriz.

—Soy yo, la Princesa Dónut, ¡afamada sanadora de la reina Ana! Pero ha habido un malentendido, cielo. Ya tenemos la poción que necesita. Mi criado la tiene en la mano.

Sostuve en alto el vial amarillo verdoso.

—¿Qué? —preguntó Henrik, que empezó a mirarnos a Dónut y a mí—. Dijisteis que…

Firas se puso en pie detrás del camello, que seguía sentado. Sacó un cuchillo alargado y degolló con él a la criatura. Todo se llenó de sangre. Henrik empezó a balbucear para luego caer hacia delante. Firas se quedó allí en pie mirando el cuchillo con gesto de sorpresa.

CARL: Cagondiós. Aplástale la cabeza. Rápido.

Firas tragó saliva y luego aplastó varias veces el bulto que tenía a sus pies.

CARL: Bien hecho. Ahora, siéntate e intenta pasar inadvertido.

Los gnomos casi no reaccionaron a lo que acababa de pasar. Leon se giró para mirar a Dónut, quien se lamió la pata con teatralidad como si no se hubiese enterado de que acababan de asesinar a alguien detrás de ella.

—Nos gustaría entrar en la Páramo. Esta arena es horrible. A cambio, sanaremos a Wynne y os ofreceremos nuestros servicios. Soy sanadora y a mi tripulación se le da muy bien la mecánica. Mi sirviente es un masajista de fama mundial. —Se inclinó hacia delante —. Experto en pies.

CARL: Cagondiós, Dónut. Cíñete al guion.

Leon miró por encima del hombro al francotirador, quien negó con la cabeza. Yo no le había quitado ojo de encima al minimapa. Cuando viese que los puntos se ponían rojos, haría clic en Caparazón protector y empezaría la fiesta. Con suerte, no haría falta hacerlo por el momento.

—Sabemos que vuestro pueblo indecente está infestado de cambiados —explicó Leon—. Y lo normal sería que intentarais engañarnos. Los cambiados son como ratas, y no podemos invitar a unas ratas a entrar en nuestra casa. Ahora, liberad a Wynne y dejadme hablar con él. Me gustaría comprobar que es él de verdad.

Dónut hizo como que miraba hacia la fortaleza, que seguía moviéndose en dirección al asentamiento. Estaría justo encima dentro de unos veinte minutos. Teníamos que darnos prisa.

—No es mi pueblo —aseguró la gata—. Y no soy un cambiado. Qué repugnante. ¿Te imaginas? ¿De verdad vais a bombardearlos?

—Si no es tu pueblo, entonces esto no es de tu incumbencia. Pero sí —explicó Leon—. Independientemente de lo que ocurra aquí, vamos a terminar con esto de una vez por todas. Se ha alargado demasiado. Y también os bombardearemos a vosotros si no cumplís mis órdenes. —El gnomo miró con incredulidad la silueta encapuchada de Wynne, que no dejaba de agitarse—. Empiezo a sospechar que no vais a conseguir demostrar su identidad. Os advierto que los pilotos y los francotiradores de la fortaleza no me tienen cariño alguno. Si vuestro plan es secuestrarme, no titubearán a la hora de matarnos a todos. Ahora, dejadme verlo.

CARL: ¿Cuánto tiempo le queda a Wynne?
DÓNUT: SEIS MINUTOS.

—Voy a quitarle la capucha, pero no pienso desatarlo —comentó la gata—. No sé qué te habrán dicho esos camellos ridículos, pero lo convencieron para usar su magia y resucitar una especie de fantasma que había en la tumba. Aún sigue afectado por los efectos secundarios del conjuro. Carl, sé un buen chico y destápalo.

Extendí el brazo y le quité la capucha a Wynne. El gnomo reanimado y zombi gruñó y cerró con fuerza la mandíbula. Los escarabajos habían mordisqueado el cuerpo, pero solo llevaba muerto unas pocas horas cuando los asaltatumbas habían conseguido hacerse con el cadáver y se lo habían llevado a Katia. Estaba prácticamente inservible. Por suerte, la cabeza no había sufrido daño alguno.

Dónut se bajó de Mongo y aterrizó sobre el hombro de Louis.

—Soy alquimista y sanadora. Como os he dicho, Carl tiene una poción que servirá para sanarlo. Quiero que hagas todo lo que creas necesario para determinar que es él de verdad. Pero no soy estúpida, gnomo. Te daré la poción para devolverlo a la normalidad cuando estemos en el globo y de camino a tu fortaleza.

Contuve el aliento. Antes de morir, Wynne tenía la clase mecánico de carne. Según Mordecai, contaba con unos conjuros que afectaban muchísimo al lanzador. De haberlos usado para devolver la forma corpórea a Quetzalcoatlus, Wynne tendría un aspecto parecido a un zombi igualmente durante un corto espacio de tiempo. Sanaría solo, eso sí, pero estábamos ignorando esa parte.

—Sois demasiados —dijo Leon—. Solo podemos llevaros a Wynne y a ti. Los demás aumentarían mucho la carga. —Extendió los brazos en gesto de disculpa.

Dónut resopló. Sobre nosotros, las aeronaves seguían volando en círculos. La gata hizo un ademán en mi dirección.

—Me llevaré a mi sirviente o no hay trato. Además, ¿quién va a cargar con Wynne si no? ¿Yo? No me hagas reír.

—Muy bien —dijo Leon un momento después. Luego miró con sospecha a los arqueros.

—Otra cosa —añadió la gata—. Cuando vuestro tío favorito vuelva a estar sano y salvo, enviaréis globos para recoger a los demás.

Leon le dedicó una sonrisa retorcida.

—No es mi tío, sino del comandante Kane. Pero sí, es aceptable. Perdón por parecer desconfiado, pero antes necesito lanzar un conjuro. Necesitaré tocarlo y también una muestra aleatoria de vuestros hombres.

Detrás de Leon, el gnomo francotirador se inclinó aún más hacia delante. La cesta de mimbre crujió un poco. Alzó el arma y la apuntó directamente a Dónut. El Wynne zombi volvió a cerrar la mandíbula y a gruñir.

—Esto va muy en serio —gritó el francotirador a Dónut—. Si nos vemos obligados a luchar, serás la primera en tener un agujero en el pecho.

—Y tú el segundo —grité yo al francotirador.

—No es necesario pelearnos —dijo Leon—. Estoy seguro de que… esta especie de perro… nunca sería tan estúpida como para intentar engañarnos. No tendría sentido.

—¿Perdona? —empezó a decir Dónut, pero le envié un mensaje al momento para calmarla, para que se ciñese al guion.

El francotirador sonrió al ver la rabia de la gata y dejó al descubierto una hilera de dientes afilados.

> CARL: Katia y Dónut, si las cosas se tuercen, centraos en el francotirador. Yo me encargo del embajador. Langley, los tuyos y tú encargaos del piloto antes de que se marche. Disparad y luego dispersaos. Nos reuniremos en las ruinas del pueblo de los bactrianos.

Dónut respiró hondo para calmarse.

—Haz lo que tengas que hacer, pero ten cuidado con el gnomo anciano. Es un poco cascarrabias y puede que intente morderte.

—Estoy acostumbrado a los achaques que le dan a Wynne después de usar los conjuros.

León avanzó por la arena. Al oír el graznido de Mongo, el gnomo rodeó el Carruaje por el lado contrario.

Se colocó frente a Louis y le indicó que se inclinase hacia delante.

—Voy a lanzar un conjuro que detectará si eres o no un cambiado —comentó el gnomo—. Si me atacas, morirás.

Le dije a Louis que lo obedeciese, y luego el gnomo le tocó la frente. Un resplandor azul apareció en ese momento. Lo repitió con Dónut. Y luego insistió en hacérmelo también a mí. Planté una rodilla en el suelo para que aquella criatura que olía a perfume me tocase la frente. Cuando se acercó, me percaté de que el aroma ocultaba debajo un hedor muy intenso y desagradable. Lo conocía.

Era el de un hombre que había tenido que racionar el agua para ducharse. «Están en apuros. Le pasa algo a la fortaleza».

Sentí un cosquilleo y luego vi otro resplandor azul. Y ya.

El gnomo asintió y luego se acercó a la criatura que teníamos atada. Levantó la mano, pero no llegaba hasta el asiento alto.

Me reí para intentar ocultar la frustración. Normalmente, el conjuro Segunda oportunidad de Dónut solo le permitía resucitar a cualquier criatura que tuviese hasta diez niveles más que ella. Tenía el conjuro a nivel 10, por lo que también resucitaba a las criaturas durante 15 minutos. Pero gracias a la clase Cañón de cristal, el conjuro se había vuelto mucho más poderoso. Ahora le permitía resucitar el cadáver de cualquier criatura que tuviese hasta veinte niveles más que ella y durante media hora. Dónut tenía nivel 33 y Wynne 50. A pesar de todo, el conjuro estaba a punto de agotarse. Lo habíamos lanzado demasiado pronto. Temía que usasen un catalejísimo para examinarlo antes de enviar al embajador, y de haber visto que era un cadáver se hubiesen limitado a bombardearnos. El hecho de que fuese un muerto viviente tampoco es que mejorase las cosas, pero Mordecai había creído que podía llegar a funcionar. Nos insistió en que había muchas misiones que requerían alzar de entre los muertos a PNJ importantes para así engañar a los vivos. Era un cliché, prácticamente. Sea como fuere, el conjuro iba a disiparse en dos minutos.

—¿Quieres que te aúpe? —le pregunté a Leon.

El gnomo me fulminó con la mirada mientras se subía al carro por un costado. Wynne el zombi volvió a chasquear los dientes y a agitar los brazos, mientras Leon colocaba la mano en la frente de la criatura. Intentó morderle el dedo al gnomo.

> Carl: ¡Haz que se calme!
>
> Dónut: NUNCA HE RESUCITADO A UNA CABEZA CERCENADA, CARL. NI A NADIE DE TANTO NIVEL. CUANDO SOLO LES QUEDA LA CABEZA SON MUCHO MÁS ARISCOS. ADEMÁS, SOY LA ÚNICA QUE ESTÁ HABLANDO. ¿QUÉ TE PARECE SI RESUCITAS TÚ UN CADÁVER A MEDIO COMER LA PRÓXIMA VEZ QUE SE TE OCURRA OTRO PLAN SUICIDA?

Todos contuvimos el aliento al mismo tiempo. No tenía ni idea de si nos íbamos a salir con la nuestra. Supuestamente, el conjuro solo

detectaba cambiados. Como sirviese para algo más, adiós.

Por suerte, Leon estaba inclinado sobre Katia, quien se había transformado en la silla, entre otras cosas. Solo tenía que dar una orden para que lo absorbiese y la criatura pasase a formar parte de su masa.

Solté el aire al ver el resplandor azul.

—Vale. No es un cambiado —dijo Leon, que siguió mirando con gesto de sospecha al gnomo reanimado—. Pero este no es el efecto normal de sus conjuros. Nunca había visto algo parecido. —Olisqueó —. Es mucho peor de lo normal. Parece un necrófago.

—Los camellos lo obligaron a resucitar un fantasma del pasado —explicó Dónut. Señaló la poción, que seguía en mi mano—. Como he dicho, puedo sanarlo. Los camellos no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Y tampoco creo que él lo supiese, en realidad. Lo estaban drogando con setas.

Leon miró el vial que sostenía entre los dedos.

—Pero ¿qué hace la poción?

Dónut no titubeó.

—Se llama descanso del sanador. Son bayas de sutura hervidas con limaduras de hierro y virutas de mantícora.

Leon asintió con gesto pensativo.

—Pues no es algo que tengamos preparado, no. Podría funcionar. Si no lo hace, desearéis haberos quedado en tierra.

En realidad, la poción era un poco de Montain Dew que había sacado de una estancia segura del segundo piso, pero Mordecai dijo que, de todo lo que teníamos, el color era el más parecido. No tenía ni idea de si el embajador iba a tragarse la mentira, pero nos habíamos asegurado de que Dónut supiese de qué estaba hablando. Le hice repetir los ingredientes tres veces por el camino.

—Los dromedarienses nunca intentarían resucitar a sus antiguos esclavistas —continuó Leon, que se bajó del Carruaje para luego dirigirse hacia el carro de atrás, donde se encontraba el «cadáver» de Henrik.

FIRAS: ¿Qué hace? ¿Por qué se acerca?
CARL: Tranquilo. Ya lo habíamos anticipado.

Lo primero que hizo Leon fue comprobar que Firas no era un cambiado, antes de pasar al cuerpo de Henrik y empezar rebuscar en él.

Mientras lo hacía, justo detrás de él, el conjuro Segunda oportunidad se disipó al fin, lo que hizo que la cabeza de Wynne se desintegrase en una nube de polvo. «Mierda, mierda».

CARL: Katia.
KATIA: Estoy en ello.

Nadie pareció darse cuenta de que acababa de aparecer otra cabeza. El francotirador no le había quitado ojo de encima a Dónut, y Leon estaba inclinado hacia delante rebuscando entre la ropa y las cosas de Henrik. Cuando apartó las ropas, dejó al descubierto el cadáver de Svern, el cambiado director que habíamos matado en el ayuntamiento. Me había guardado el cuerpo porque Mordecai quería sacar un mejunje de su cerebro. Estaba bastante destrozado, sobre todo la cabeza, razón por la que Firas había tenido que fingir que pisoteaba la túnica vacía.

—Los cambiados parecen haberse apoderado de los líderes del pueblo —dijo Leon, que parecía asqueado—. También tendría que haberle hecho la prueba. —Alzó la vista y gritó al francotirador—. No lo lleva encima.

—Eso va a ser un problema —dijo este—. ¿Qué hacemos?

—¿Buscáis esto? —pregunté al tiempo que sacaba el reloj. Había hecho una copia de memoria en la mesa de trabajo, y había tardado unos treinta segundos. Era una corazonada de última hora. Le había preguntado a Henrik de dónde había salido el reloj, y él me había asegurado que no lo sabía, aunque me dio la impresión de que ocultaba algo, lo que me hizo cuestionarme su importancia. Mi creación no iba a dar el pego a la mínima que la examinasen, por lo que la volví a guardar al momento—. La princesa me dijo que se lo robase del bolsillo a ese cuando saliéramos del pueblo. Os lo entregaré cuando llevéis al resto de nosotros a la fortaleza.

—Como habrás visto, solo contrato a los sirvientes más capacitados —añadió Dónut.

Leon se relajó un poco.

—Bien, bien. Al menos no tendremos que buscarlo entre los escombros del asentamiento.

—¿Eso significa que tenemos un trato? —preguntó Dónut.

Alcé la vista a la enorme estructura flotante. Parecía haber empezado a descender. Desde aquel ángulo, tenía un aspecto similar al de una plataforma petrolífera voladora. Quince minutos.

—Así es —dijo Leon—. Tenemos un trato. Dile a tu sirviente que coja a Wynne y lo lleve a la cesta. Pero insisto en que le des a Wynne la poción antes de irnos. No puedo llevarlo a la Páramo en ese estado. Al comandante no le va a gustar nada que su tío intente comérselo.

—Muy bien. Pero la poción tardará unos minutos en hacer efecto.

—Mientras esté bien cuando lleguemos… De lo contrario, os tiraré por la borda.

—Carl, adminístrale la medicina.

Cogí el vial de Mountain Dew, quité el corcho y lo vertí en el gaznate de «Wynne». Contuve una sonrisa cuando lo vi atragantarse.

> CARL: Perdón.
> KATIA: Joder. ¿Y la gente se bebe esta mierda voluntariamente?

Dónut metió a Mongo en el transportín, momento en el que el dinosaurio graznó e intentó resistirse entre quejas, siseos y nubes de arena, lo que hizo que Leon se apartara, alarmado. Pero finalmente la gata consiguió que entrase. Después, Dónut saltó sobre mi hombro mientras yo agarraba la silueta cubierta de cinta americana de Wynne y me lo ponía sobre el otro hombro. Nos dirigimos hacia la cesta de mimbre. Mientras avanzábamos, recé para que ninguno de los gnomos se diese cuenta de que el asiento trasero del Carruaje había desaparecido por completo. Ni de que Wynne, a pesar de estar cubierto por la cinta, medía unos sesenta centímetros más de lo que debería. Intenté que la mayor parte de su cuerpo colgase tras mi espalda.

CARL: Vale, chicos. Haced caso a las órdenes de Langley y preparaos. Firas os sacará con Saltacharcos si es necesario. Louis, quedas a cargo del Carruaje. Esos aviones tienen misiles, así que necesitaremos apoyo terrestre. Confío en vosotros.

LOUIS: Uno sabe que un plan es de los desesperados cuando requiere que se confíe en gente como nosotros.

FIRAS: Cierra el pico, Louis. Está intentando conseguir que confiemos en nosotros mismos.

12 

Este es el mensaje que hice que Henrik le mostrase al comandante Kane:

> Wynne está incapacitado y vamos a llevártelo. Lo obligamos a lanzar un conjuro de resurrección y está gravemente enfermo. Una sanadora ambulante se ha ofrecido a ayudarlo, pero ahora comenta que lo único que puede ayudar a tu tío es una poción que tienes en tu poder. Como muestra de buena voluntad, dicha sanadora y su grupo saldrán de los muros del asentamiento dentro de una hora y llevarán a Wynne hasta donde te encuentras. Allí, la sanadora te dirá cómo salvar la vida de tu tío. Yo los acompañaré y me ofreceré como tributo. Espero de todo corazón que consigamos negociar un tratado de paz que salve nuestro pueblo de tu ira.

El Henrik de verdad seguía en la ciudad, entre los defensores y a la espera de que las bombas acabasen con él.

El éxito o el fracaso del plan volvía a recaer en la bonificación de Carisma de Dónut y en las capacidades para cambiar de forma de Katia. Esta no solo se había transformado en el asiento trasero del Carruaje, lo que nos había obligado a quitar el de verdad, sino que también interpretaba al «cadáver» de Wynne el gnomo que habíamos colocado encima. Ahí era donde se había puesto los ojos de verdad, entre la cinta americana, lo que le había dado una buena panorámica de lo que estaba ocurriendo.

Pero la cosa no terminaba ahí. Katia tenía tres cosas diferentes que hacer. También era el cuerpo de Henrik, sentado en el carro justo detrás de la silla. Estaba conectado al resto de la masa mediante el brazo del camello, que habíamos intentado que diese la impresión de que estaba extendido sobre el asiento. La parte delantera del cuello del dromedariense-cambiado había sido una bolsa de sangre de necrófago que yo tenía en el inventario. Esa

había sido una idea de última hora para conseguir que todo pareciese más real cuando Firas lo degollase.

La túnica, la mochila y todo lo demás era real.

Cuando Firas le había cortado el cuello, Katia había retirado la masa del cambiado, lo que había provocado que la silueta de Henrik desapareciese. La túnica y la mochila cayeron al suelo, sobre el cadáver del cambiado que ya estaba allí en el carro, oculto bajo el cuerpo del dromedariense falso. Cuando Leon el embajador se había acercado a investigar, dio la impresión de que el cadáver del cambiado había sido Henrik desde un primer momento.

No me podía creer que Katia hubiese conseguido engañarlo.

Esto era lo que estaba pensando mientras subía a la cesta de mimbre del Vahana, con Katia colgando de mi hombro izquierdo y Dónut sentada en el derecho.

El francotirador se llamaba Crixus y el piloto Hicks. Se pusieron manos a la obra mientras Leon les gritaba órdenes. No le quité ojo de encima al piloto, para intentar recordar cómo se controlaba aquella cosa.

—Llegaréis en buen momento —comentó Leon mientras yo dejaba a Wynne/Katia en el suelo—. Tendremos unas vistas espectaculares de la destrucción del último asentamiento de Anser.

Parecía emocionado y todo.

Dónut saltó de mi hombro y aterrizó en el borde de la cesta, para luego mirar hacia abajo y quedarse con los ojos muy abiertos.

—¡Mira, Carl! Estamos alejándonos del suelo.

Sentí que el estómago me daba un vuelco cuando noté el aire caliente sobre mí. Agarré una cuerda y me envolví el brazo con ella para asegurarme.

—Joder, Dónut. Ten cuidado.

Debajo, la silueta de Wynne estaba ovillada para ocultar su verdadera altura. Añadir masa era fácil, pero reducirla, sobre todo cuando queríamos que Katia siguiese pudiendo combatir, era más complicado. No tardamos en alzarnos por los aires. La sincronización era muy importante. Necesitábamos ascender lo suficiente como para disparar, pero también teníamos que dejar al resto de los aviones fuera de juego.

Quedaban siete minutos para que tuviese lugar el bombardeo. Y seguimos ascendiendo a toda velocidad. Pasamos junto a las aeronaves que nos cubrían en nuestra retirada. «Bien, bien».

—Ya parece tener mejor aspecto —dijo Leon, que se inclinó para mirar a Wynne.

Katia gruñó. Le había advertido que era mejor que no hablase. Había hecho todo lo posible con la voz de Henrik, pero no era una imitación demasiado buena. No quería arriesgarme con el gnomo.

—¿A qué te referías con lo de «el último asentamiento de Anser»? —pregunté para cambiar de tema—. ¿Ese no es el tipo que enterraron en la tumba?

Crixus el francotirador fue quien respondió.

—Los bactrianos y los dromedarienses eran los esclavos que construyeron la tumba. Anser llegó a este lugar y los subyugó a todos, a ellos y a los pelones, y los obligó a obedecerlo. —Escupió por el borde—. Los camellos, que supuestamente eran grandes guerreros, fueron los primeros en hacerlo. Son cómplices de los horrores que Anser y los suyos trajeron a este mundo. Son escoria y merecen ser destruidos. Cuando hayan desaparecido, este lugar será uno mucho mejor. Y a nosotros solo nos quedará un objetivo que cumplir antes de abandonar estas tierras y encontrar la paz.

—¿Qué objetivo? —pregunté. Continuamos ascendiendo rápidamente. «Más cerca. Más cerca». El piloto gnomo giró una rueda, momento en el que el globo empezó a virar hacia el norte, en dirección a la fortaleza Páramo.

—El mago loco —continuó Crixus—. Es el más peligroso de todos. No solo quiere robar el portal, sino que planea comprenderlo. Replicarlo. Es una obsesión que lo ha sumido en la demencia y tememos el daño que pueda llegar a hacer si no lo detenemos.

—Un momento —dije—. ¿Ese mago tiene el artefacto?

Crixus y Leon intercambiaron una mirada. Una pequeña sonrisa torció el gesto del francotirador.

—Solo tiene una tercera parte.

Me dieron ganas de seguir haciendo preguntas, pero nos quedábamos sin tiempo. Miré por el borde de la cesta. Me fijé en el indicador de altitud de mi interfaz. Habíamos ascendido unos

trescientos metros. Las aeronaves que nos escoltaban estaban debajo, pero también ascendían lentamente. Calculé que la que se encontraba a más altura debía estar a casi doscientos cincuenta metros, lo que empezaba a ser demasiado justo.

CARL: ¿Listas, chicas?

La gata permaneció en el borde de la cesta, con las garras clavadas con fuerza en el mimbre.

DÓNUT: LISTA.
KATIA: Lista. Dónut, asegúrate de que estoy bien fijada antes de hacerlo. Estamos a mucha altura.
CARL: Langley. Luz verde.
LANGLEY: Fuego.

Un momento después, ocho misiles salieron despedidos por los aires desde la superficie. Eran proyectiles de una sola fase y fabricados con prisa, pero con el acelerante nuevo y mejorado de Mordecai. Los seis arqueros, además de Louis y Firas, tenían un tubo para lanzarlos en el inventario. Cada uno contaba con dos misiles. Mientras Leon y el globo seguían en el suelo, Langley había repartido objetivos a todo el mundo, y luego habían usado el sistema de guiado para fijarlos y prepararse para disparar a cada una de las aeronaves y globos que nos escoltaban. Antes de que impactase la primera andanada, cuatro misiles más volaron por los aires en dirección a los objetivos restantes.

Crixus reaccionó al momento. Grité y, de repente, los puntos se volvieron rojos en el minimapa. Esperaba que empezase a golpearnos con su arma enorme como si fuese una porra, pero la soltó y se hizo con una de las granadas que llevaba al pecho. En ese mismo momento, agarré con fuerza la cuerda del globo y solté una cortina de humo. Dos pinchos de Katia brotaron del fardo cubierto de cinta americana y perforaron la cesta de mimbre. Se tensaron y la fijaron bien mientras Dónut lanzaba Agujero en el suelo de la cesta, justo debajo de donde nos encontrábamos.

La gata había estado practicando el conjuro y ahora podía ensanchar el área de efecto hasta conseguir un diámetro de un

metro y medio. Reducía el grosor del agujero, pero en este caso no era un problema. El agujero no era lo bastante grande para ocupar el suelo de la cesta al completo, pero casi.

Los tres gnomos empezaron a caer justo cuando Crixus intentó tirarme la granada. Tenían gesto de sorpresa en sus caras al precipitarse hacia el suelo junto a la bomba de humo. La granada, o lo que quiera que fuese, pasó volando por encima de mi hombro mientras yo levantaba los pies y los apoyaba en el borde.

Leon se aferró al borde del agujero en el último momento. Empezó a subir y yo me preparé para interceptarlo, pero en ese instante apareció la pata etérea y mágica de una gata y lo empujó por la cabeza para tirarlo al abismo. Gritó mientras caía.

El agujero permaneció abierto el tiempo suficiente para que viésemos desde arriba cómo explotaba el primero de los aviones.

La cesta se balanceó cuando tuvieron lugar el resto de las explosiones de los cohetes. Me aferré a la cuerda con todas mis fuerzas mientras miraba los aviones que seguían volando. Desplegué la *xistera* y Katia hizo lo propio con la ballesta.

—Guau —dijo Dónut, que miró por el borde—. Los gnomos siguen cayendo. Vale, no. Ya no. —Pegó un brinquito en el borde de la cesta que casi hace que el corazón me salga por la boca—. ¡Nivel 34! ¡Carl, me han dado muchísima experiencia!

—Cagondiós, Dónut. Bájate ya del puñetero borde.

—Soy una gata, Carl, una maestra del equilibrio. ¡Ay!

Se resbaló, pero por suerte cayó dentro. No tenía tiempo de regañarla. Todos los aviones habían sido derribados y solo quedaban tres globos, que ascendían hacia nosotros a mucha velocidad. No veía a los pilotos desde el lugar donde me encontraba, pero me percaté de que eran globos más pequeños. Los tres eran diferentes entre sí. Uno tenía forma de dirigible, el otro era perfectamente redondo pintado del todo de negro y el tercero contaba con tres globos atados entre sí. Este último también tenía una vela cuadrada, como si fuese un velero antiguo.

Katia disparó unos pocos virotes a la más cercana de las aeronaves, la que tenía forma de dirigible. Los proyectiles no tuvieron efecto alguno en los globos, por lo que lancé una esfera

pelotazo, pero esta rebotó en el globo. Después lancé una hobomba usando la *xistera*, para que impactara con toda la fuerza posible. El globo se abolló y la bomba detonó, pero no se rasgó lo más mínimo. La red que tenía alrededor se prendió fuego.

LANGLEY: Creo que lo tenemos fuera de nuestro alcance, pero ¿quieres que probemos a lanzarles los últimos misiles?
CARL: No. Buen trabajo, chicos. Salid de aquí.

Teníamos cinco minutos antes de que tuviese lugar el bombardeo. Empezábamos a quedarnos sin tiempo.

Saqué una lata de gasolina del inventario. Era una que había conseguido hacía muchísimo tiempo, de los goblins del primer piso. Desenrosqué el tapón y la tiré por el borde, en dirección al globo con la red cubierta de fuego. Este estalló en llamas y empezó a alejarse a toda velocidad dejando tras de sí un rastro de humo negro.

Crac. Algo había salido despedido hacia nosotros desde el tercero de los globos, el de la vela. Me fijé en el francotirador que había en la cesta, apoyado en el borde y apuntándonos con un fusil de gran calibre. Se parecía a Crixus, aunque este sí que llevaba un gorro rojo. Vi cómo agarraba una de las granadas que le colgaban del pecho y la cargaba en el fusil. «Pero ¿qué cojones son esas cosas?». Volvió a apuntar, listo para atacarnos otra vez, pero en ese momento Katia le dio de lleno con un virote.

—¡Toma crítico! —dijo ella.

El francotirador había muerto, pero el globo siguió ascendiendo.

—Mantenlos a raya —grité mientras me acercaba a los controles del Vahana. Tiré de la palanca que controlaba el calor y empezamos a subir a más velocidad. Noté las llamas en la cara, a una temperatura insoportable. Me acordé de Brandy la Fogosa, la diabla que se había suicidado en el piso anterior.

Comprobé la altitud. Estábamos a quinientos metros y virando hacia el norte. Teníamos la fortaleza Páramo justo delante. Había descendido hasta quedarse a unos dos kilómetros y medio de la superficie de la tumba. Nos encontrábamos al límite del alcance de los misiles. Quería acercarme más, pero no teníamos tiempo.

Intenté sacar el catalejísimo del inventario, pero vi que había uno junto al mecanismo de disparo del globo. Me acerqué y lo giré hacia arriba.

La parte inferior de la fortaleza estaba llena de gnomos atados a cuerdas y con arneses que se preparaban para el bombardeo. No soltaron las bombas desde un compartimento específico, sino que se limitaron a cortar las cadenas y dejaron que la gravedad hiciese el resto. Solo tenían unos pocos toc toc de combustible y aire bajo el casco de la aeronave, pero sí que había muchísimas bombas de menos potencia colgando como si de gotas de agua se trataran. Los gnomos tenían que activarlas manualmente antes de soltarlas, y eso era lo que estaban haciendo ahora.

Yo contaba con ocho misiles guiados y cuatro sin guiar en el inventario. Los doce estaban cargados en lanzacohetes cuádruples. De los ocho guiados, ya había asignado cuatro de ellos a los pocos toc toc que había visto justo después del amanecer.

Nuestro rápido ascenso se detuvo de improviso.

—¡Veamos si os gusta eso! —gritó Dónut. Miré justo a tiempo para ver cómo dos Mongo mecánicos saltaban por el borde de la cesta entre graznidos. Se había visto obligada a sacar al Mongo verdadero para crear a las versiones mágicas, y la criatura se había puesto a chillar de terror al ver la altura a la que nos encontrábamos. Nos balanceamos debido al cambio de peso dentro de la cesta.

—Guau —dijo Katia—. Madre mía, Dónut. Eso ha funcionado mejor de lo que esperaba.

Dónut siguió mirando el último globo.

—¡Nivel 35! —gritó de repente.

El globo redondo pasó a toda velocidad junto a nosotros en trayectoria ascendente. Estaba intacto, pero la cesta estaba llena de sangre y se había quedado colgando únicamente de una cuerda. Las vísceras goteaban del interior. Había un único Mongo mecánico que gritó para saludarnos al pasar.

Dónut volvió a mirar al de verdad.

—Esto empieza a dársele muy bien a tus hermanos.

Mongo chilló con preocupación cuando nuestra cesta empezó a mecerse demasiado.

—¡Cuidado! —gritó Katia, que señaló hacia arriba. En la fortaleza Páramo al fin se habían dado cuenta de que alguien había secuestrado el Vahana. Una de las estructuras que había al borde de la gigantesca aeronave empezó a rotar para dejar al descubierto una batería de cañones. Se parecían muchísimo a unos cien fusiles de francotirador unidos. Nos apuntó directamente. Mientras se movía, vi la punta de un pequeño gorro rojo en la parte superior de la batería.

—Aguantad, chicas —grité mientras sacaba el lanzacohetes del inventario. Apoyé el mecanismo pesado y cargado en el borde de la cesta—. ¡A cubierto!

—¡Un momento! ¡Espera! —dijo Dónut—. ¡Al transportín, Mongo!

El dinosaurio se negó y se alejó entre sollozos.

Quedaban tres minutos para que empezase el bombardeo. Los misiles tardarían entre diez y veinte segundos en alcanzar su objetivo.

«Dios, hemos llegado tarde. La ciudad está bien jodida si esa cosa le cae encima cuando la derribemos, dispare las bombas o no».

El dinosaurio chilló, pero terminó por obedecer y se metió en el transportín justo cuando la batería de la Páramo nos disparó. El globo se alzó al perder el peso del dinosaurio, y en ese momento los tiros entrecortados de las defensas de la fortaleza resonaron como si hubiesen disparado miles de fusiles al mismo tiempo. Un penacho de humo se alzó por los aires cuando yo disparé los primeros cuatro misiles. Giré una de las ruedas que tenía junto a mí, y el globo salió despedido hacia un lado.

Mis misiles y los cientos de proyectiles que nos habían disparado pasaron los unos junto a los otros en el aire, pero hice un mohín cuando los míos explotaron antes de tiempo. Me llegaron muchas notificaciones de experiencia, y activé el Caparazón protector justo cuando nos alcanzaron las pelotas que nos habían disparado. Había calculado el tiempo a la perfección. El escudo permaneció estático mientras nosotros seguimos ascendiendo en el globo, y vimos cómo un reguero de sangre caía al otro lado del conjuro. «Nos están disparando seres vivos. Pero joder…».

—Preparaos para saltar —grité al tiempo que tiraba el lanzacohetes por el borde. Saqué el segundo, el que no tenía los

proyectiles asignados. Los fijé en la batería defensiva y en tres de las bombas que la fortaleza tenía debajo. Después apunté hacia abajo, para que los misiles no volviesen a cruzarse en el camino de los proyectiles que nos lanzaban, y disparé justo al mismo tiempo que volvían a atacarnos a nosotros.

—¡Saltad! —grité.

Los tres saltamos por el borde de la cesta de mimbre justo cuando decenas de pelotas redondas chocaron contra ella. Oí gritos de rabia justo encima de nosotros, antes de que todo explotase hasta formar una bola de fuego incandescente.

Lo único que fui capaz de oír a continuación fue el viento. Me di la vuelta en el aire mientras buscaba con desesperación un punto de referencia. La física no era algo que se me diese muy bien, pero sabía que me quedaba menos tiempo del que pensaba. El suelo se acercaba muy rápido. Me obligué a ignorar el mundo exterior y me centré en los indicadores de velocidad y de altitud de la interfaz.

> DÓNUT: Carl, Carl, ayuda. No me acuerdo de cuándo teníamos que bebérnosla.
> CARL: ¡Ahora!

La poción se llamaba Dolores no hace chof.

Mordecai había acertado de pleno cuando había dicho lo de «no te va a gustar».

Comentó que la había creado una mazmorrera cocodriliana alquimista hacía mucho tiempo mientras caía. La leyenda decía que se encontraba en un foso muy hondo y que tardó más de diez minutos en caer al suelo. Ocurrió durante uno de los primeros mazmorreos, anterior incluso a la época de Odette. El acontecimiento había tenido tanta fama que después hasta habían cambiado algunas normas relativas a la creación y la preparación de pociones. En realidad, eran dos pociones combinadas. La primera estaba relacionada de alguna manera con la reproducción de los búfalos de roca. La segunda era una poción que, prácticamente, imitaba la habilidad Estallido de multitudes de Katia. Estaba diseñada para añadir potencia adicional a un ataque de tipo terremoto. La

única condición era que tenías que estar cayendo a más de doscientos kilómetros por hora cuando te la bebías.

Cuando Katia lanzaba su habilidad, se volvía invulnerable durante breves instantes. Seguía sintiendo el dolor y todos los elementos de su cuerpo crujían y quedaban aplastados, pero el daño no era permanente ni duraba demasiado.

Cuando nosotros nos bebimos la poción Dolores no hace chof, ocurrió lo siguiente.

Al principio, aceleramos la caída. Los cinco segundos que quedaban para el impacto pasaron a convertirse en dos. Y, cuando chocamos contra el suelo, nuestros cuerpos ablandaron la superficie donde habíamos caído, lo que nos permitió hundirnos más de lo normal en el suelo. Esto provocó que se vaporizasen la arena y las dunas sobre las que habíamos chocado y, en el caso de Dónut, que destrozase a un diablo picudo que tuvo la mala suerte de estar debajo.

Para fecundar a una búfala de roca, era necesario que el macho penetrase a su amante cinco veces en rápida sucesión. Lo cierto es que podría haber sobrevivido sin tener ni idea al respecto. Pero por desgracia para Katia, para Dónut y para mí, aquel pequeño dato sobre los monstruos de roca pasó a convertirse en algo que no íbamos a olvidar jamás.

Caímos contra el suelo con la fuerza de un meteorito, para después alzarnos casi cinco metros y volver a caer. Y otra vez. La roca se resquebrajó bajo nuestros cuerpos. Lo hicimos cinco veces. Al terminar, rodé para colocarme bocarriba y coger aire. Me sentí como si me hubiese pisoteado Grull. Estaba destrozado. «Normal que Katia odie tanto esta habilidad».

Después empecé a notar una sensación extraña de movimiento a mi alrededor. «Sigo cayendo». Pero no, no era eso. Era arena derramándose y fluyendo hacia la necrópolis que tenía debajo. Me puse en pie a pesar de lo dolorido que tenía el cuerpo. No necesitaba una poción de sanación, pero ganas de tomármela no me faltaron. Me quedé mirando embobado hacia los pies. Estaba flotando, literalmente.

Había chocado contra la parte superior del templo y había derrumbado una sección del techo de la necrópolis. La barrera del cuadrante había impedido que cayese debido a que aún no tenía permitido entrar en el de la tumba. Estaba de pie sobre ella. La arena que me rodeaba no tenía dichas restricciones, por lo que caía hacia el interior del agujero oscuro.

KATIA: ¿Estáis todos bien?

A mi izquierda, oí a Dónut quejándose mientras salía del agujero que había formado en la arena. Y a no mucha distancia, una explosión devastadora hizo que todo se agitase.

Fue en ese momento cuando miré hacia el cielo cubierto de humo, pero lo único que vi al principio fue la notificación.

La voz que la leyó sonó muy decepcionada. Desconocía la razón.

Misión completada. Cómeme el higo.

Vale. Podría decirse que, técnicamente, has «ganado» la misión. Has «salvado» Pezuña de Camella del bombardeo. Felicidades. Si tuviese permitido mejorarte la recompensa, lo haría. Quizá. No lo sé. Mira, ¿sabes qué? No, no lo haría. Que te den.

Recompensa: ¡Has recibido una caja de misión de platino!

Salí del agujero justo cuando cayó contra el suelo otro pedazo de la aeronave. El gigantesco trozo de metal explotó en el borde del cuenco; una mitad cayó por nuestro lado, mientras que la otra lo hizo hacia el cuadrante de Tierra. El cielo era poco más que una nube negra, y no fui capaz de ver los daños que habíamos provocado. No dejaban de caer unos restos en llamas que parecían luciérnagas.

GWEN: Joder, pero ¿qué está pasando ahí arriba? Primero se drena la mitad del océano y ahora el cielo se prende fuego.

Me giré hacia Pezuña de Camella, que estaba a unos cuatrocientos metros de distancia. Me sentí muy aliviado al comprobar que estaba prácticamente intacta. En su mayor parte. Un enorme pedazo de algo había aterrizado en la parte occidental del asentamiento, cerca del lugar donde se encontraba la Raja. Una parte de la muralla se había derrumbado. La vela que cubría el pueblo estaba rasgada por

varios sitios. El humo de cientos de incendios se alzaba hacia los cielos. Mientras miraba, los cañones antiaéreos de una de las torres dispararon a una aeronave que había conseguido separarse del acorazado. El vehículo viró y desapareció entre el humo.

Katia y Dónut se me acercaron. La gata iba sobre Mongo, quien no dejaba de intentar comerse las ascuas que nos llovían encima.

Alzamos la vista al cielo sin mediar palabra, a la espera de que el humo se despejase. Oímos el estruendo de diez aviones que seguían sobrevolándonos, por lo que sabíamos que ahí arriba quedaba algo. Un pedazo enorme de escombros, seguido de un globo gigantesco y a medio desinflar, cayó por el sur a mucha distancia. El suelo se estremeció.

—Ese era uno de los globos principales —explicó Katia.

Saqué el catalejísimo e intenté ver entre el humo, que terminó por disiparse lo bastante como para echar un vistazo.

—¿Qué tal? —dije en voz alta al edificio indefenso, que era del mismo tamaño que una casa normal. Colgaba de un único globo, que se había alzado hasta el techo de la burbuja. Al verlo me acordé de aquella película de Pixar en la que el niño y el anciano viajaban en una casa voladora—. Hum —continué—. No hemos destruido el castillo en sí, pero le hemos quitado todo lo que tenía alrededor.

El globo siguió dirigiéndose hacia el norte, más allá del borde del cuenco. Amplié la imagen y la centré en el gnomo que se encontraba en la puerta del edificio. No era el comandante Kane, sino una mujer joven. Una niña, de hecho. De unos diez años. Tenía un catalejísimo en las manos y miraba hacia mí. Alcé la mano para saludar. Ella se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa. En el corto espacio de tiempo en el que la puerta quedó abierta, vi a otro gnomo. Ese sí que era el comandante. Parecía que en aquel lugar solo vivían su hija y él.

—Podemos dispararle otro misil después de que pase por encima del cuenco —comentó Katia—. De esa manera, haremos que la escalera caiga en la superficie.

—Podría ser, sí —dije—. Pero me gustaría subir y hacerlo a la antigua usanza.

—¿Por qué? —Katia aún tenía la mayor parte del cuerpo llena de cinta americana.

Saqué el reloj de bolsillo falso del inventario y se lo tiré.

—Henrik tiene uno, el comandante Kane tiene otro y estoy seguro de que hay un tercero que tiene ese Mago Loco de las Dunas. Si es el caso, diría que los tres relojes son las piezas que conforman el artefacto. El Portal de los dioses ferales.

—Pero ni siquiera sabes para qué sirve —dijo ella.

—Sé que es equivalente a un objeto de categoría celestial —comenté—. Y que no deberíamos tener algo así tan pronto. Si han dejado aquí un objeto así, no deberíamos ignorarlo. Primero, le quitaremos el reloj a Henrik. Y luego subiremos a ese castillo, nos haremos con el salón del trono y le arrebataremos el reloj a Kane. Una vez lo tengamos, iremos a por el del mago.

Katia me miró con gesto dubitativo.

—Sabes que hemos estado a punto de morir, ¿no?

—Carl, Carl, ¡me acaba de llegar la caja de benefactor! —dijo Dónut—. ¡Y también he subido a nivel 36! Creo que hemos matado a muchísimos gnomos.

—Sí que lo hemos hecho.

Miré hacia el lugar donde había caído el último pedazo de la Páramo. No lo veía a simple vista, pero sentía que estaba allí. Yo había subido dos niveles, hasta 43, y estaba a punto de llegar a 44. Me pregunté a cuántos gnomos habríamos matado.

Zev: ¡Hola, chicos! Guau, eso ha sido genial. Buen trabajo. ¡Vuestras cifras sociales están por las nubes!

Dónut: ¡ZEV! DIOS, ¡CUÁNTO TE HE ECHADO DE MENOS! ¿CUÁNDO PODREMOS VERTE?

Zev: Perdón, mazmorrera Dónut. Ahora solo soy vuestra encargada de redes sociales. Os daré consejos sobre cómo se siente el público respecto a vosotros. La administradora Loita será quien esté al cargo de vuestras apariciones públicas. No podréis enviarme mensajes a menos que sea yo quien abra el chat.

Dónut: ¿ESTÁS BIEN?

Zev: Mejor que nunca. Gracias por preocuparte, Dónut. Carl, el público ha empezado a comentar que últimamente estás teniendo la mecha muy corta con el resto de los mazmorreros. Y con eso quiero decir que te enfadas demasiado. Deberías relajarte un poco. Katia, tus cifras no han dejado de subir. Buen trabajo. Dónut, la gente quiere ver más a Mongo. Lo tienes encerrado

demasiado tiempo. Además, solo has usado una vez tus nuevos conjuros. Cuando recibes botín, todo el mundo espera que lo uses cuanto antes.

Dónut alzó la vista para mirarme. La preocupación se había apoderado de su gesto.

DÓNUT: MUY BIEN. LO HAREMOS. ¿POR QUÉ NO PUEDO ENVIARTE MENSAJES?

ZEV: Porque no es necesario, mazmorrera. No te preocupes. Cuando tenga algo que contarte, lo sabrás. Ahora, ¡salid ahí fuera y matad, matad, matad!

13

En lugar de reunirnos con los demás en las ruinas bactrianas, nos dirigimos como buenamente pudimos a Pezuña de Camella. En el cielo había decenas de aviones y otras aeronaves que sobrevolaban el asentamiento y atacaban las defensas aéreas, pero sin la amenaza de un bombardeo a gran altitud, las cosas estaban igualadas. Los gnomos podían fracasar en cualquier momento. Algunos habían aterrizado en la parte más alejada del cuenco, y también vi a otros que volaban por encima del borde y se perdían en la distancia, seguro que buscando algún lugar del cuadrante de Tierra donde aterrizar. Envié un aviso a Gwen.

Sin protección ni ningún tipo de refugio, los gnomos que habían sobrevivido lo tendrían muy complicado para sobrevivir.

Dónut estaba muy preocupada por Zev, lo que sabía que era doblemente frustrante, porque no podía hablar de ello en voz alta ni por el chat. Extendí el brazo y le acaricié el lomo. Tenía el cuerpo muy tenso.

Eché un vistazo a mis logros mientras volvíamos al asentamiento. No me habían dado muchos a pesar de todo lo que habíamos conseguido. Solo había uno que me llamó la atención.

> ¡Logro desbloqueado! ¡Bala de cañón!
> ¡Has caído de una gran altura y has sobrevivido! ¿Sabes quién cayó también de una gran al…? Mira… ¿Sabes qué? Que paso de esto. Que te den.
> Recompensa: ¡Has recibido una caja de paracaidista de caída libre de plata! Aunque tampoco es que te la merezcas, sinvergüenza.

La IA del sistema siempre estaba a caballo entre adorarme o ser directamente hostil, pero nunca la había visto de tan mal humor y desconocía la razón. Sabía que era psicótica por norma general y

bipolar en sus mejores momentos, pero había algo raro en ella desde que habíamos volado por los aires la fortaleza Páramo.

Y eso no era nada bueno.

Cuando nos acercamos a las puertas de Pezuña de Camella, agachándonos lo suficiente como para evitar que nos detectasen los aviones, empezamos a ver varias equis en el mapa. Eran gnomos que habían caído desde la fortaleza cuando había quedado destruida. La mayoría de ellos explotaban como tomates al chocar contra el suelo, pero algunos estaban lo bastante intactos como para que se pudiesen saquear sus cuerpos. Ahora, tampoco tenían gran cosa. Dónut empezó a ir por ahí haciéndose con los pequeños gorros rojos. Yo me hice con algunos cuerpos intactos y los guardé en ese cementerio cada vez más concurrido de mi inventario. También cogí algunas herramientas, muchísimos pedazos rotos de metal, engranajes y muelles y unas pocas monedas de oro y pedazos de armadura por aquí y por allá.

Todos tenían la misma descripción: CADÁVER DE GNOMO DE LOS DIRIGIBLES. MUERTO AL CAER DE UNA GRAN ALTURA CON AYUDA DE CARL EL LLORICA.

—Pero ¿qué le has hecho? —preguntó Katia—. Empiezo a preocuparme.

—No lo sé —respondí—, pero con suerte lo superará pronto. —Miré hacia arriba—. No sé qué habré hecho, pero te prometo que no ha sido aposta.

—Eso me ha recordado mucho a tu relación con la señorita Beatrice —dijo Dónut—. ¿Recuerdas aquella vez que te obligó a dormir en el sillón durante una semana y no te dijo por qué estaba enfadada?

—Sí que lo recuerdo —dije mientras me encogía de hombros—. Creo que fue porque me equivoqué al comprar las cápsulas de café. Lo del sillón me ayudó a pasarme el *Fallout* al fin.

Dónut se rio.

—En realidad, fue porque leyó un artículo donde decía que las discusiones fuertes servían para mejorar las relaciones y, a veces, hacía que los hombres terminasen por proponer matrimonio.

Katia negó con la cabeza.

—Eso no suena muy normal, pero tampoco voy a juzgar relaciones ajenas.

Nos topamos con un grupo de tres cadáveres intactos, todos de francotiradores gnomos. Los tres tenían unos fusiles gigantes, pero solo una de las armas estaba en perfecto estado. También llevaban esas bandoleras al hombro. En ninguna había de esas pequeñas pelotas, excepto en una donde había cinco, la del gnomo que había aterrizado bocarriba. Dónut saltó hacia él y se hizo con el fusil y con los gorritos rojos. Hizo una mueca y luego saqueó la bandolera que estaba en buen estado.

—Carl —dijo un momento después—. Creo que he descubierto lo que ha pasado. Creo que has dejado a la IA con las ganas… Vamos, que te trata así porque cree que eres un… ¿Cómo se decía? Ah, sí, creo que es «calientapollas».

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Dónut soltó la bandolera a mis pies y la cogí.

Examiné una de esas granadas tamaño pelota. Me quedé confundido durante unos instantes, pero luego lo comprendí al fin.

> Pelota-proyectil con vida.
>
> Las pelotas-proyectil con vida son un arma a distancia muy común y versátil de los gnomos de los dirigibles. Estas esferas con forma de caparazón están diseñadas para que se disparen a grandes distancias usando un palito de cosquillas gnómico, o también pueden lanzarse a mano como si fuesen una granada. Otra opción es dispararlas en grandes cantidades desde baterías defensivas antiaéreas. Me alegra no tener que limpiar los destrozos que pueden provocar.
>
> Por norma general, en el interior llevan una criatura viva y enfadada, y la pelota se abre al impactar contra el objetivo. Un campo de estasis mantiene a la criatura a salvo de cualquier herida hasta que se abre la pelota.
>
> Tienen una tecnología similar a los transportines para mascotas. Y es por ello por lo que cualquier criatura que se guarde en su interior puede almacenarse en el inventario. Las pelotas pueden reciclarse si el mecanismo no se abre al impactar. Normalmente se rompen al hacerlo.
>
> Dentro de esta pelota puedes encontrar:
>
> Jerbo enajenado. Nivel 11.

Gruñí. Todas las pelotas tenían la misma criatura en el interior. Un puñetero jerbo enajenado.

En la última batalla, había estado a punto de recibir el impacto de estas pelotas en varias ocasiones. Primero, cuando Crixus el

francotirador me había tirado uno, pero había fallado y había caído al vacío. Después, un francotirador de otra aeronave había disparado otra y tampoco había acertado. Y luego, la fortaleza Páramo había dejado caer cientos de ellas sobre nosotros. Siempre habíamos conseguido evitarlas.

Recordé a Ralph, el jefe del segundo piso. Él también era un jerbo enajenado. Nos lo habíamos topado justo antes de encontrar a Mongo en la sala de recompensa. A la IA del sistema le había gustado… bastante la manera en la que había matado a la criatura.

—Mierda —dije cuando al fin entendí lo que había pasado.

La IA quería que una de las pelotas con los jerbos chocase contra mí. Quería que me enfrentase a una de esas cosas para luego matarla aplastándola con el pie. Miré las cinco que colgaban de la bandolera, que parecían cinco bolas de Navidad. Tragué saliva.

«Venga —pensé—. Tira una contra el suelo. Solo tienen nivel 11. Será muy sencillo. —De repente me sentí muy sucio, y eso que aún no había hecho nada. Poco después me dije—: No. Que te den».

No estaba dispuesto a pasar por eso. Me percaté de que Dónut se había puesto a explicarle a Katia en voz alta lo que estaba pasando, ya que la batalla de jefe contra Ralph había tenido lugar antes de que ella se uniese a nuestro grupo.

—… y después aplastó al pobre Ralph con el pie, y toda la mazmorra se estremeció como solía hacer Carl cuando entraba en esa página web que le metió un virus en el ordenador. Y tras hacerlo llegamos a una sala de recompensa en la que encontramos a Mongo. ¿Verdad, Mongo?

Mongo agitó los bracitos y graznó contento.

—La mazmorra hizo lo mismo cuando Grull aplastó a Carl —comentó Katia—. Me dio la sensación de que se lo estaba pasando bien y estaba horrorizada al mismo tiempo.

—Ah, pero eso no fue nada comparado con la primera vez. Siempre he pensado que el hecho de que se haya encaprichado con Carl juega a nuestro favor —aseguró Dónut—, pero si la IA va a cogerse un berrinche cada vez que Carl no aplaste a una criatura peludita con sus deditos de los pies, la verdad es que tenemos un problema. Carl, deberíamos empezar a acumular criaturas

aplastables para sacrificar una de ellas todas las mañanas. Al menos ahora tenemos cinco jerbos. Quizá deberías hacerlo con dos al mismo tiempo en esta ocasión. Ya sabes, para asegurarnos de que todo el mundo se queda satisfecho antes de continuar. Sería como hacer un trío, ¿no crees? En *Gossip Girl*, había un episodio en el que Dan y…

—No —la interrumpí—. Me niego. Y me la sudan las consecuencias. Ni de coña voy a…

Alcé la vista para mirar la oleada de puntos rojos que había aparecido en el mapa. Había miles. ¿De dónde habían salido?

—Son jerbos —dijo Dónut con tono sorprendido—. Guau. Hay muchísimos.

—Cagondiós —dije—. Cagondiós y en todo lo que se menea. —Me di cuenta de lo que acababa de pasar. Habían caído muchísimos gnomos francotiradores y pedazos de la fortaleza, por lo que seguro que había cientos o miles de esos proyectiles con forma de pelota. Estaban diseñados para soportar los impactos fuertes. «Mierda. Se mueven muy rápido». Seguro que al salir de las pelotas habían empezado a reagruparse, y ahora que lo habían hecho iban a por todas.

—Carl —llamó Dónut—. Algo me dice que tu amiga de ahí arriba no va a aceptar un no por respuesta.

—¡No me jodas! —dije mientras empezaba a correr hacia la puerta principal.

—¡Carl, están haciendo trampa! —gritó Dónut después de que llevásemos diez minutos luchando. Un jerbo se lanzó contra mí y yo grité cuando se me quedó clavado en el cuello. Lo agarré con el guantelete y lo aplasté antes de que empezase a hurgarme en la piel. Me explotó en la mano—. No se acaban nunca.

Dónut lanzó Muro de fuego cuando la siguiente oleada de jerbos se acercó a nuestra línea de defensa, pero terminó por ser un error.

Los pequeños cabrones podían lanzarse por los aires y, cuando atravesaban el fuego mágico de la gata, estallaban en llamas y se convertían en pequeñas bolas de fuego con los dientes muy afilados.

El fuego terminaba por matar a los atacantes, pero no antes de que se aferrasen con las mandíbulas al pecho de los dromedarienses, lo que hacía que estos también se prendiesen fuego.

Habíamos retrocedido hasta la entrada de la Callejuela de las Movidas Chungas. La muralla del asentamiento tenía demasiadas grietas como para poder defenderla, por lo que atravesamos las puertas principales a la carrera mientras gritábamos a los defensores que se retirasen. Había demasiados. Aunque esos pequeños cabrones solo tuviesen nivel 11, podían atravesar la carne con los dientes y comerse a todos los que se les pusiesen delante.

Los dromedarienses se vieron obligados a abandonar las armas antiaéreas para enfrentarse a las criaturas, pero estas nunca dejaban de llegar. Vimos a muchos de los camellos luchar y morir a nuestro alrededor.

Katia adquirió su forma de tanque con el escudo en un brazo y la ballesta sobre la cabeza, mientras yo tiraba hobombas por toda la calle con la *xistera* y mataba decenas de esas cosas al mismo tiempo. Mongo y sus dos copias mecánicas rugieron y empezaron a mordisquear a los jerbos. Un camello disparó un cohete hacia la alfombra de monstruos, pero quedó enterrado bajo ellos poco después.

—No te los tragues enteros —advertí a Mongo. Recordé un perro peligro que había hecho eso en una ocasión y cómo la cosa no había terminado nada bien para el dingo.

Le di un puñetazo y luego una patada a otro jerbo. Tenía que tener cuidado con la sincronización de los ataques. Las bocas de los monstruos se abrían más de lo que era posible, por lo que contaban con fauces que desafiaban las leyes de la física con las que podían morderme el puño.

Dónut había tenido razón. Había demasiados. Me dio la impresión de que había más de los que tenía que albergar la fortaleza. Algo los estaba creando sobre la marcha. Era un castigo. Mierda. Si seguía así, íbamos a perder el control del asentamiento.

—Que te den —grité mientras miraba hacia arriba—. Vete a la mierda.

Tiré una cortina de humo y luego un par de hobombas. Pasé por encima de la barricada que habíamos improvisado y salí a la calle.

—Atrás todos —grité.

—Carl, Carl, pero ¿qué estás haciendo? —gritó Dónut.

Desplegué el escudo del brazo izquierdo e hice que un jerbo chocase contra la autorrodela. Cayó a plomo al suelo, cegado y aturdido, pero yo estaba demasiado cansado para seguir luchando.

Lo aplasté con el pie mientras no dejaba de retorcerse.

—Esto ha dejado de ser divertido —dijo Katia mientras contemplaba la aglomeración de cadáveres de jerbos. Los camellos, desconcertados, habían regresado a las murallas y a las armas antiaéreas, aunque me dio la impresión de que todas las aeronaves habían hecho un aterrizaje de emergencia. Lo único que quedaba en el aire eran algunos globos, que parecían estar alejándose para abandonar la zona.

—Nunca lo fue —respondí. Tenía las piernas cubiertas de sangre hasta las rodilleras. Había aplastado con los pies a unas cincuenta de aquellas cosas antes de que dejasen de llegar oleadas. Todo se había acabado tan de repente como había empezado. Necesitaba una ducha, una muy larga.

—Sí que fue un poco divertido —continuó Katia—, pero la IA ya ni disimula ser justa. Eso no ha sido un berrinche, ha sido el equivalente a un exnovio psicópata que se vuelve loco e intenta asesinarte a ti y a toda tu familia por algo que ni siquiera sabías que habías hecho.

Asentí. Me habían dado un nuevo logro y era el único que lo había recibido. Tenía miedo de hacer clic en él, pero terminé por hacerlo.

> ¡Logro desbloqueado! ¡Eres la razón por la que papaíto se ha dado a la bebida!
>
> Por alguna razón sin especificar has avivado la ira de la IA del sistema. Has solucionado el problema y todo ha vuelto a la normalidad. El evento de aceleración ha terminado. Por el momento.
>
> Buen chico.
>
> Recompensa: Has recibido una caja El sexo de reconciliación es el sexo mejor de oro.

«No podréis conmigo. Que os den a todos. Acabaré con vosotros».

—¿Aceleración? —preguntó Katia después de que les hubiese leído el logro a los demás—. Mi guía original llegó a mencionarlo en alguna ocasión.

—Sí —dije—. Nos han amenazado con ello en varias ocasiones. Esto… Esto ha sido horrible, la verdad.

—Pero si no hiciste nada malo —dijo ella, que negó con la cabeza.

—Al menos ahora volvéis a estar juntos —comentó Dónut—. Y has conseguido una caja muy buena. Sé que te desagrada, Carl, pero siempre que te pones tonto con el tema las cosas se vuelven muy peligrosas. Teníamos que matar a esas criaturas de igual manera, por lo que si la IA quiere que lo hagas de una forma concreta, no le veo el problema. Me recuerda a uno de esos cursos de agilidad que la señorita Beatrice quería que completase en todos los concursos de gatos regionales. No me gustaban nada y nunca conseguí ningún premio, obviamente, pero sabía que si hacía lo que me mandaban me cepillarían durante más tiempo esa tarde. Supongo que todos somos prostitutas, de una forma u otra.

—Yo… —Estaba demasiado cansado como para discutir—. Saquemos a todo el mundo del espacio personal. Necesito una siesta.

Louis y los demás habían llegado a las ruinas bactrianas y se habían puesto a buscar botín y señales de vida, como otros mazmorreros, entre los escombros. Por ahora, lo único que habían conseguido encontrar era una estancia segura abandonada, pero que aún podía usarse, y una entrada al club Vencedor que había quedado taponada por las rocas, pero que nadie podría haber usado de igual manera porque no tenían pase. Iban a pegarse el resto del día *grindeando* y buscando. Capearían la tormenta entrando en la estancia segura y luego volverían al lugar donde nos encontrábamos nosotros. Mientras, nos dedicaríamos a abrir las cajas, renovar las ventajas y pensar un nuevo plan para entrar en el castillo, que había perdido todas las defensas.

Los camellos se dispusieron a reparar la muralla, a extinguir los fuegos y a enmendar la tela del toldo que los protegía de las tormentas de arena. Dónut se fijó en que ya no había cambiados

entre las filas de los camellos. No me había dado tiempo a pensarlo durante el frenético enfrentamiento contra los jerbos, pero todos los cadáveres eran de verdaderos dromedarienses. No vi a ningún cambiado director por la zona, ni siquiera a Henrik.

La Raja había quedado destruida casi por completo. Un enorme pedazo de la fortaleza Páramo había destrozado la manzana entera al caer. Por suerte, aún podíamos atravesar la puerta principal y entrar en el espacio personal. Me había preocupado que, si perdíamos la entrada, todos los PNJ que siguiesen en el interior se quedasen atrapados.

Los niños dromedarienses iban por la mitad de *Toy Story 3* cuando entramos, e insistieron en terminarla antes de marcharse. Era muy probable que algunos de los padres de esos niños hubiesen muerto. Tenían que salir de allí, pero no tuve las fuerzas suficientes para negarme a lo que pedían y los dejamos en paz. «Que vean la película», pensé. Higo estaba sentaba sobre la barra de la cocina hablando con Mordecai mientras el robot limpiador iba de un lado a otro de la estancia, soltando pitidos y chasquidos de rabia mientras limpiaba manchas de zumo.

—Todos han desaparecido —le dije a Higo cuando nos acomodamos—. Le perdí la pista a Henrik poco después de que cayese la fortaleza.

Ella se encogió de hombros.

—No soy directora. Esos tipos tienen motivaciones propias. Es probable que se hayan marchado a la necrópolis en busca de ese fantasma. No sé qué harán cuando lo encuentren, ya que mataste al mecánico de carne. Lo único que sé es que están locos.

—El templo se ha inundado. No llegarán muy lejos.

Se me quedó mirando.

—Son cambiados. El agua no será un problema. —Se bajó de la mesa—. Ahora será mejor que salga ahí fuera para comprobar cuánto de la ciudad habéis dejado en pie.

Al superar esa última misión, todos habíamos recibido una bonificación de Carisma al tratar con cambiados. Y ya estaba comprobando sus efectos. Necesitábamos seguir hablando con Higo sobre la historia de Henrik y el fantasma en la necrópolis, pero ella

necesitaba salir y ver que en realidad habíamos salvado la ciudad. Vi cómo se dirigía hacia el exterior.

Yo tenía tres cajas por abrir, Dónut otras tres y Katia dos. Higo se había marchado, pero la horda de niños se había quedado y no había apartado la vista de la pantalla. Los tres habíamos recibido la misma caja de paracaidista de caída libre de plata, y nos había salido lo mismo en ellas. Tres pociones de casi chof.

Mordecai gruñó.

—Ponedlas en la barra de acceso rápido hasta que os salga una de Caída de pluma de verdad, pero tened en cuenta que no son tan buenas. Os evitarán morir por daño de caída, pero os quedaréis a cinco por ciento de salud al chocar contra el suelo.

—Siguen siendo mejores que la de Dolores no hace chof —susurré.

—Oye —se quejó Mordecai—, que esa poción es una genialidad. Puede que no sea muy agradable, pero vuestra salud permanece intacta al aterrizar.

Gruñí mientras abría la caja siguiente. La caja El sexo de reconciliación es el sexo mejor de oro.

—¿Esto qué es? —pregunté mientras cogía varios objetos. Era una hoja de papel y una pluma. También había un pequeño tarro con tapa y lleno de tinta negra.

—Qué raro —comentó Mordecai, que se inclinó hacia delante para examinar el premio—. No son difíciles de encontrar, aunque sí muy caros. Los usan las clases de académicos y arcanistas que se centran en la creación de pergaminos. Nunca tendrás el nivel necesario para usarlos como es debido. Como mucho, a nivel rudimentario. Si te las apañas para escribir algunos pergaminos quizá puedas ganar algo de dinero. —Se encogió de hombros—. Yo sí que puedo usarlos, pero las pociones se me dan mucho mejor. Además, podría comprar una mesa de escritura y ser mucho más eficiente. Creo que lo mejor que puedes hacer con esto será venderlo.

La última de las cajas era la de misión de platino. Contuve el aliento al abrirla. Necesitaba que me saliese algo decente. Todo lo

que había recibido últimamente era raro o algo que no podía usar por el momento.

La caja se abrió. Contenía 5.000 monedas de oro, veinte pergaminos de sanación y una pequeña roca negra.

—Excelente —dijo Mordecai—. Bien, bien. De esto era de lo que os hablaba antes. Estáis empezado a recibir objetos que sirven para mejorar los que ya tenéis. Tienes que usarla ya. Es para el guantelete. Es muy probable que los tres recibáis algo parecido.

Examiné la piedra negra.

> Piedra de afilar de platino.
> Aviso: Este objeto no durará mucho en el inventario.
> Puedes usarla con un arma ofensiva con pinchos para recibir las siguientes ventajas:
> + (doble de tu nivel actual) % de daño a todos los ataques.
> +1 a todas las bonificaciones de característica. No añade nuevas bonificaciones si estas no existen.
> También hace que el arma adquiera un aspecto aceitoso y perverso. En otras palabras, el aspecto del arma podría llegar a cambiar, pero solo un poco.

Como el objeto no iba a durar mucho en el inventario, tenía que usarlo rápidamente. Desplegué el guantelete y froté la piedra de afilar por los pinchos. Empezó a brillar de arriba abajo. Los pinchos crecieron un poco y, ahora, cuando sacaba el arma tenía un punto adicional en Destreza y otro en Fuerza.

Examiné el otro objeto, el papel y la tinta, mientras Katia abría su caja de platino.

> Kit de escritor de cafetería.
> El alcoholismo y la falta de autoestima paralizante no vienen incluidos.
> Conque quieres ser un escritor, ¿eh? Todo empezó con esos poemas sensibleros que escribías en la escuela, que no tardaron en pasar a convertirse en fan fiction de Naruto. Cuando la adultez terminó por alcanzarte, tu equivocado cerebro estaba muy orgulloso y creía que la novela de mierda protagonizada por una versión literaria de ti mismo que había tenido una infancia traumática iba a cambiar el mundo. Alerta de spoiler: nadie va a leer tu autobiografía de una versión de ti disfrazada de vampiro espacial que tiene un romance con una minotauro. Tú y el resto de los imbéciles que tienen un portátil y un Starbucks cerca sois iguales. Lo que en realidad estáis haciendo sin saberlo es escribir un diario personal de la historia de la mediocridad humana, y el universo es un lugar mejor ahora que el Sindicato ha acabado con todo eso.
> Pero bueno, que esto que estás examinando es una hoja de papel mágica. Verás que ahora tienes una segunda pestaña en la interfaz del bloc de notas.

Puedes escribir cualquier cosa en este papel y aparecerá en dicha pestaña. Y viceversa. Si copias aquí los glifos y el conjuro adecuados, podrás llevarlo al quiosco que corresponda en el mercado y se convertirá en un pergamino que se pondrá a la venta. Y también podrás hacer tus propios pergaminos si consigues una imprenta. O hasta un grimorio si crees que tienes el talento necesario.

Entré en pánico cuando mencionó lo de la segunda pestaña en el bloc de notas. Ya tenía una gracias al libro de cocina, pero por suerte ahora se habían convertido en tres y la del libro era la última. Me relajé y volví a centrar mi atención en el papel.

—No lo entiendo. ¿Puedo escribir un pergamino y ponerlo a la venta en el mercado? —pregunté sin dejar de mirar el pergamino mágico en blanco—. ¿Cuántos puedo vender? ¿Perderé esté papel si lo hago?

—Escribir un pergamino requiere habilidades que no tienes —insistió Mordecai—. Tardarías una semana entera de práctica para escribir un simple pergamino de Luz. Las pociones son mucho mejores, sobre todo en esta temporada que tenéis inventario ilimitado. La única ventaja de los pergaminos es que puedes vender pergaminos ilimitados en el mercado mientras tengas el conjuro escrito en esa hoja mágica. Cuando lo borres del bloc de notas, desaparecerá también del mercado. Podrías hacerte con una mesa de imprenta y crear tus pergaminos, o podrías poner el precio más bajo posible y comprártelos a ti mismo. Vi que un tipo lo hacía la temporada anterior con los de Bola de fuego. Y la verdad es que le fue bastante bien. Al parecer, si usas el mismo pergamino más de doscientas veces, terminas por aprender el conjuro.

Abrí la nueva pestaña y escribí:

«¿Esto funciona?».

La pluma mágica se alzó por los aires mientras se abría la tapa del tintero. La pluma se hundió en el líquido y escribió: «¿Esto funciona?». Dibujé un gato un tanto rudimentario, y la pluma también lo copió.

Dónut miró el dibujo del gato con asco.

—¿Eso es lo que soy para ti, Carl, un chiste?

Me reí para luego borrar del bloc de notas la imagen, que desapareció del papel.

—Es una pasada y completamente inútil al mismo tiempo —dije.

—La tinta no es infinita, así que no juegues mucho con ella —añadió Mordecai.

—Carl, ¿has terminado? Tengo que abrir una caja muy importante y prometiste que ibas a verme hacerlo. ¡Y aún no sabemos qué le ha salido a Katia! —dijo Dónut con impaciencia. Tenía esa caja de benefactor que le había enviado Mascotas y Compañeros Reales Veriluxx, la que Loita había dicho que no era una caja de verdad, sino un «producto de muestra».

Además de los mismos objetos mágicos, Katia había recibido un virote de ballesta.

—Reemplaza la munición ilimitada básica con la que viene el arma y añade más perforación de armadura dependiendo de mi nivel.

—Es una pasada —dije mientras guardaba todo lo que me había salido en el inventario. Me giré hacia Dónut—. Veamos qué tienes tú.

—¡Vamos allá! —dijo la gata antes de brincar varias veces mientras agitaba la cola de un lado a otro. Después se quitó las gafas de sol y vi que le brillaban los ojos—. Recuerda, Carl: tenemos un programa al que ir dentro de unos días en el que haremos una reseña de este producto. Presta mucha atención. Espero que sea un accesorio para Mongo.

Mongo graznó con alegría.

La caja de benefactor se abrió en ese momento, y nos quedamos allí en pie mirando lo que acababa de salir de ella.

Katia estalló en carcajadas.

Era Dónut. Un muñeco robótico de Dónut.

La gata mecánica saltó fuera de la caja, dio unos pasos por la mesa y empezó a lamerse la pata con gestos bruscos y robóticos. Tendría una tercera parte del tamaño real y el pelaje era raro, como si estuviese hecho con el de una rata mojada. La tecnología parecía solo ligeramente superior a la que teníamos en la Tierra antes del derrumbe. Sin duda no estaba al mismo nivel que la del Sindicato, que eran capaces de destruir planetas y crear mazmorras. La mini-Dónut echó un vistazo por la estancia y luego dijo, con una voz que no se parecía en nada a la verdadera:

—Sí, me encanta la lasaña. Y odio los lunes, Carl.

La gata siguió lamiéndose.

Dónut no había dejado de mirarla con la boca abierta, y yo examiné sus propiedades. La voz que la describió no fue la de la IA del sistema, sino una grave, pregrabada y con estática que parecía sacada directamente del anuncio de un juguete de la década de 1980.

> Mascotas y Compañeros Reales Veriluxx.
> «Princesa Dónut la Reina Ana Rechonchita».
> Planeta mazmorrero: Tierra.
> Los juguetes coleccionables, casi indestructibles y de precios razonables de Mascotas y Compañeros Reales Veriluxx son los juguetes definitivos que darán a vuestros hijos horas y horas de diversión. Como estos juguetes interactivos no necesitan un implante para certificar la posibilidad de jugar con ellos y disfrutarlos, ¡los padres no tendrán que preocuparse por la cantidad de horas que sus hijos pasan con sus nuevos mejores amigos!
> ¡Combínalos! ¡Pueden luchar! ¡Pueden amarse! ¡Podrás contarles tus secretos más íntimos y oscuros! Cada uno de los juguetes de Mascotas y Compañeros Veriluxx es una representación licenciada de vuestra celebridad o criatura favorita. Cuentan con una IA preprogramada y realista que imita a la perfección la forma de ser representada y que también puede llegar a aprender. ¡Es como tener una mascota de verdad pero mejor! Disponible en la red comercial del Sindicato. El muñeco de Mongo se vende por separado.
> Veriluxx. Para los niños.
> ¡Y pronto llegará el hecatónquiros articulado!

—¿Lasaña? —preguntó Mordecai.

—Es por Garfield —respondió Katia—. Al parecer, no tienen material suficiente de Dónut, por lo que lo han mezclado con el de Garfield.

El gato robot empezó a olisquear a su alrededor.

—¿Ferdinand? —Miró a Mongo—. ¡Tú no eres Ferdinand!

Ruby, la cambiada malformada y sin brazos estaba sentada cerca sin apartar la vista de la pantalla de televisión, pero se giró justo cuando el robot se acercó a ella. Tenía esa forma extraña de cambiado sin transformar en nada. Al ver a la criatura, soltó un grito ahogado de terror y se alejó de la mesa.

—Niña, que no te va a hacer nada. No es más que un juguete parlante, como en la película —dijo Mordecai, que se marchó para ir a hablar con ella.

Dónut seguía sin decir nada. Se había quedado paralizada en el lugar donde había abierto la caja, tensa como un resorte.

—Esto… ¿Dónut? —la llamé—. ¿Estás bien?

—Lo siento, Carl —dijo el robot, que giró la cabeza ciento ochenta grados para mirarme al oírme hablar—. El vacío es húmedo y un lugar voraz.

—Tú no —le dije al robot raro ese—. ¿Dónut?

Dónut terminó por alzar la vista, con esos ojos amarillos relucientes.

—Me… Me han hecho un muñeco, Carl. Un producto. Tengo un muñeco. Es lo mejor que me ha pasado desde que gané el premio de gran campeona del concurso el año pasado en Cleveland.

Mongó siguió olisqueando a la gata impostora.

—¿Eres un cocker spaniel? —preguntó el robot al dinosaurio. Después bufó y golpeó a Mongo con la cola—. Los cocker spaniel se merecen que los profanen.

Mongo graznó.

—¡No! ¡Mongo malo! —gritó Dónut, pero fue demasiado tarde. Mongo mordió la cabeza del robot y lo decapitó. El cuerpo se quedó paralizado y cayó de lado mientras empezaba a salirle humo. Después, se iluminó y estalló en llamas. El robot limpiador se acercó a toda velocidad entre pitidos iracundos y lo embadurnó de espuma blanca.

Me doblé hacia delante a causa de las carcajadas.

—«Casi indestructible», sin duda —comentó Katia.

Mongo aún parecía ofendido. Dónut olisqueó los restos llameantes y los tocó con cuidado, momento en el que le dio un corrientazo en el hocico.

—Esto lo voy a poner en la reseña, sin duda.

La caja de misión de platino de Dónut contenía lo mismo que le había salido en la anterior. Unas fundas de dientes y una poción de habilidad. Se la bebió al momento y consiguió 3 puntos más de la habilidad Control animal, lo que hizo que llegase hasta 8.

Las fundas de dientes anteriores le habían dado a Mongo una ventaja de daño y la capacidad de añadir varias desventajas como veneno y parálisis, aunque no parecían activarse a menudo. Cuando el dinosaurio se acercaba lo suficiente para morder a los enemigos, estos ya solían estar muertos. Estas fundas adicionales aportaban un 15 % de velocidad de movimiento y un 15 % de Fuerza al dinosaurio, que ya tenía nivel 29. Dónut me obligó a que fuese yo quien se las pusiese en los dientes. Antes de hacerlo tuve que sacarle un pequeño pedazo del robot de Dónut que se le había quedado atascado.

Después, pasé un rato limpiando los restos del robot mientras Dónut gruñía y se quejaba.

—No pienso permitir que una empresa lance al mercado un producto de mala calidad con mi nombre. Cuando hable con ellos se van a enterar.

—Sí —convine—. Creo que también deberíamos decirles que no usen lo de Garfield. No me ha quedado muy claro si han usado… el material original para entrenar a la IA.

La película terminó al fin, y los niños salieron del lugar a regañadientes para volver al mundo real. A su versión del mundo real, al menos. Los llevé al exterior y Dónut se quedó dentro. Katia y Mordecai estaban a punto de marcharse al club Desperado para hacerse con suministros. Teníamos que prepararnos para el asalto a esa casa flotante.

—¿Podríamos volver mañana para ver otra película? —preguntó Skarn mientras salíamos.

—Quizá —respondí sin hacerle mucho caso. Miré hacia el cielo. El toldo que cubría la ciudad estaba a medias, y los dromedarienses trabajaban sin descanso para reparar lo demás antes de que llegase la siguiente tormenta. Miré a través de uno de los muchos agujeros. No podía verlo sin el telescopio que le había robado al niño, pero sentía su presencia. Los restos del castillo. Suspiré.

Estaba tan abstraído que no vi cómo se acercaba el punto azul.

—Hola, Carl —dijo una voz grave que retumbó a mi alrededor.

Me giré y vi a un monstruo de roca muy alto. Se parecía a los seguratas del club Desperado, pero este estaba hecho de unas rocas

rojas y negras de lava. Tenía una gran cantidad de estrellas de muertes de jefe y tres calaveras de muertes de jugadores sobre la cabeza. La última vez que lo había visto usaba la magia, pero al parecer ahora había cambiado, ya que tenía una lanza grande y reluciente al hombro.

—Hola, Chris —respondí—. Cuánto me alegro de verte.

14

Alcé la vista hacia la criatura de nivel 35 mientras todos los niños se apartaban. Era más alta que yo; probablemente midiese unos dos metros y treinta centímetros. Examiné sus propiedades.

> Mazmorrero n.º 324.116. «Chris Andrews 2».
> Nivel 35.
> Especie: Ígneo.
> Clase: Guerrero zulú.

Cada vez que se movía, resonaba un chirriar de rocas. Sentí el calor que emanaba de él, como si el interior de su cuerpo estuviese formado por lava. Era más que probable que la visión térmica de Dónut se hubiese descontrolado al ver algo así. Chris se me quedó mirando también, pero no fui capaz de sacar información alguna de su gesto inexpresivo. Los ojos intensos ardían en mi piel como si fuesen pedazos de carbón al rojo.

—¿Cómo has llegado aquí tan rápido? —pregunté al fin.

—Estaba en el cuadrante de Agua. Había un submarino gigante, el Akula. Teníamos que colarnos en él y estaba lleno de robots. Dentro también nos topamos con una cabeza de osgo en un tarro del que sobresalían patas de araña mecánicas, y la despertamos por accidente. —Gruñó—. Es una larga historia. Rompí el cristal y adiós muy buenas. Nos hicimos con el control del puente y se acabó. Pero, justo en ese momento, el submarino disparó un torpedo a un costado de la montaña y todo empezó a filtrarse hacia el interior. Y después todo empezó a llenarse de agua a nuestro alrededor, por lo que tuvimos que correr. Había tres escotillas de escape. Eran tubos lanzatorpedos, y cada uno llevaba a un cuadrante diferente de los restantes. Los otros dos supervivientes subieron al que llevaba al

cuadrante de Tierra, pero yo no cabía. No quería ir a los túneles, así que me metí en este. Me lanzó por los aires y aterricé en una duna gigantesca. Una locura. Pensé de verdad que iba a quedar hecho miles de pedacitos. Aterricé aquí y empecé a dirigirme hacia este asentamiento, momento en el que tú… bueno, por alguna razón di por hecho que eras tú, volaste por los aires esa cosa gigante que había en el cielo.

Asentí. Todo tenía sentido si lo comparaba con la información que tenía sobre el cuadrante de Agua.

Envié un mensaje rápido a Dónut, Mordecai, Katia e Imani para decirles lo que acababa de pasar. Le comenté a Dónut que se quedase dentro por ahora hasta que comprobase si Chris era peligroso. Katia y Mordecai ya casi habían llegado al club Desperado y estaban a punto de ir de compras. No habíamos dormido nada.

No podía dejar de pensar en la advertencia críptica de Odette.

> Dónut: MIS SEGUIDORES ESTÁN SUBIENDO COMO LA ESPUMA. COMPRUEBA LOS TUYOS. HA PASADO ALGO.

La verdad es que nunca les echaba un ojo a los números, y en ese momento me di cuenta de que era un error. Dónut siempre tenía un acceso directo en la interfaz, pero yo casi nunca me metía a mirar esa pestaña. Tenía que dejar de ser tan cabezota al respecto, porque los números sociales eran un buen indicador de que estaba a punto de pasar algo malo.

> Katia: Acabo de recibir una caja de benefactor de emergencia. De plata. Vamos a abrirla en la otra estancia segura. La de la Callejuela de las Movidas Chungas. Está más cerca.
>
> Carl: ¿Te la ha enviado el Conglomerado Squim?
>
> Katia: No. La princesa Formidable.
>
> Mordecai: Es una caja de emergencia. Hay que abrirla ya. Es probable que a la princesa le haya costado una buena parte de sus riquezas. Ahora te decimos algo.

Sentí un escalofrío. ¿Qué estaba pasando? Era Chris. No podía haber cambiado tanto. Me puse alerta, pero lo cierto es que no me sentía preparado. Si estaba a punto de ocurrir algo, no estaba preparado para ello. Ya había gastado el Caparazón protector diario

mientras caíamos después de atacar la fortaleza Páramo. No me había sentido tan tenso por otro jugador desde que nos habíamos enfrentado a Hekla. Odiaba todo esto. Odiaba no ser capaz de confiar en alguien que se suponía que era mi amigo.

Y lo que era peor aún: odiaba no ser capaz de hacerlo y desconocer la razón. No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Chris… —empecé a decir—. Esto… ¿Por qué no has hablado con nadie? Imani está muy preocupada por ti. —No quería sacar el tema de su hermano ahora, pero necesitaba sacarme esa espinita. Necesitaba oír su respuesta—. Y tu hermano. Seguro que sabes lo que ocurrió.

Chris agitó una pesada mano de roca.

—Recibo daño cuando uso el chat, así que no pierdo tiempo ni energía en hacerlo.

—¿Qué? —pregunté—. Eso no tiene sentido. Forma parte de la interfaz del sistema.

Él se encogió de hombros.

—Creo que es por ser ígneo. No puedo meter ni sacar cosas en el inventario ni abrir el gráfico de los puntos de salud sin perder puntos de vida. A cambio, tengo una Constitución altísima.

—Es la primera vez que lo oigo. No puede ser normal. Hablaremos con Mordecai, nuestro representante. Veremos si descubre qué está pasando y si hay alguna forma de solucionarlo. También le enviaré un mensaje a Imani. Encontraremos la manera. Tus amigos y tu familia estamos preocupados por ti.

—Mi familia está muerta —dijo él—. Da igual. La familia y los amigos te convierten en una persona débil. Tener a alguien de quien cuidar y a quien proteger te vuelve vulnerable. Es algo que aprendí gracias a ti.

—¿Gracias a mí? ¿Por qué?

Dios. De no haber tenido el nombre flotando sobre su cabeza, jamás hubiese averiguado que era la misma persona. Imani hablaba en serio cuando comentó que el cambio había afectado a su personalidad.

No respondió a la pregunta.

—Estamos perdiendo el tiempo. Aún no habéis conquistado el castillo. ¿Sigue en el aire? ¿Dónde está la gata? Vamos juntos a por él.

—Dónut está en la estancia segura. Ven, vamos hacia allí y hablemos por el camino.

Tenía que llevarlo a la estancia segura, donde no tendría que preocuparme porque alguien terminase por hacer una estupidez.

—No me gustan las estancias seguras —dijo él un momento después—. Alzó la vista para mirar el cielo—. ¿El castillo sigue ahí? ¿Cómo teníais pensado llegar? ¿Con otro misil?

—No —respondí—. Vamos a volar y a asaltarlo a la vieja usanza.

> CARL: Le pasa algo raro. Actúa como si escondiese algo. Creo que está a punto de atacarme.
>
> IMANI: Puede disparar lava por su cuerpo. Ten cuidado. Intenta no hacerle daño.

Tenía que seguir hablando.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Chris? ¿Por qué mataste a Frank?

—¿Ya te has enterado?

Apareció una humana y se detuvo entre nosotros, con las manos en las caderas.

—¿Y este semental? —preguntó mientras miraba a Chris de arriba abajo.

—Higo, te presento a Chris —dije.

—Qué grande eres —dijo ella, que parecía estar a punto de ponerse a ronronear—. Qué sexy. —Le puso una mano en el brazo de roca y luego la apartó al momento, como si le hubiese dado una descarga eléctrica. Un momento después dijo—: Y también estás bien caliente. —Después dio un paso atrás y se giró hacia mí—. A ver. Dijiste que habías salvado el asentamiento, y supongo que tienes razón. Hemos perdido algunos camellos, pero no tantos como me temía. Esto está hecho un desastre y mi casa está en ruinas, pero la mayor parte de la gente está bien. Te lo agradezco.

Asentí sin apartar la vista de Chris, quien había empezado a mirar el lugar donde le acababan de tocar.

—Me debes una charla sobre tus amigos cambiados. Ese era el trato. Voy a terminar de hablar con este amigo mío y luego nos sentaremos y me contarás lo que sabes.

—El Escupe y Traga sigue en pie —comentó Higo—. Podríamos vernos todos ahí y hablar sobre Quetzalcoatlus y la razón por la que mi hermano está tan desesperado por hacerse con el fantasma. —Volvió a mirar a Chris—. Podrías traer a estos dos tipos para luego irnos todos de fiesta. —Me agarró la mano de improviso—. Vamos, Carl.

Chris agitó la enorme cabeza.

—Ojalá no hubieses dicho eso.

—¿Dos? —pregunté, confuso.

—Es muy raro —comentó Chris un instante después—. Cuando llegué a este piso, pensé que iba a morir sin remedio. Pero la verdad es que fue muy fácil acabar con el submarino. No creo que ese castillo volador sea muy complicado. He visto muchos aviones aparcados por aquí. Y también hay globos aerostáticos por el desierto. Empiezo a pensar que este piso es más fácil de lo que debería.

—Me alegra que confíes tanto en ti mismo —respondí mientras daba otro paso atrás. El agarre de Higo en mi muñeca tenía la fuerza de un grillete.

—Pero cuanta más esperanza tengo, más problemático me resulta. El hecho de verte aquí… Creo que al fin me he decidido. No dejaba de darle vueltas, pero al fin lo he hecho. Ya no quiero salir de aquí. ¿No es raro? Es como si ahora tuviese elección. Y he decidido no seguir viviendo así.

—Chris —dije—. No sé qué cojones está pasando. Brandon me dejó un mensaje para ti. Sentémonos y hablemos sobre ello.

—Vamos —dijo Higo, que me tiró del brazo. Tenía más fuerza de la que esperaba.

—En realidad tengo dos hijas —comentó Chris—. Solo conoces a una, pero hay otra. Es mayor. De mi primer matrimonio. Estaba en casa, por lo que murió durante el derrumbe. Me lo contó el guía que tuvimos al llegar. Él dijo que podría volver. La gente que murió durante el derrumbe en realidad no está muerta, sino que se

almacena, pero no puedes salvarla. Es algo en lo que pienso mucho. A veces sacan a esas personas, pero nunca es para algo bueno. Pueden estar… diferentes. En los pisos inferiores te obligan a matarlos. Me habló de un mazmorrero que se vio obligado a enfrentarse a toda su familia. Pero en lugar de eso se suicidó.

Volví a sentir que un escalofrío me recorría el cuerpo.

—No sabía que tenías hijos, Chris —comenté—. Y tu guía es una mujer. La profesora Tiatha.

—No puedo matar a nadie más de mi familia, Carl. Soy incapaz.

En ese momento me di cuenta. Y me maldije por no haberlo hecho antes. Este no era Chris.

Era Maggie. Maggie My. ¿Cómo?

—Eres una cambiada. O una doppelgänger —dije al tiempo que daba otro paso atrás.

—No —respondió Higo—. No es una cambiada. Es algo peor.

—Cierto —aseguró Maggie-Chris. De repente, le apareció una bola con pinchos en la mano—. Estaba esperando a que saliese la gata, pero supongo que es demasiado cobarde. Me prometieron que, si lo hacía así, no…

El virote de ballesta impactó contra la cabeza de Maggie y la tiró al suelo con brusquedad. La pelota que llevaba en la mano empezó a rodar lejos de ella. Me lancé a cogerla tras conseguir zafarme del agarre de Higo. No era una bomba. No sabía lo que era, pero el instinto hizo que me hiciese con ella y me la guardase en el inventario antes de hacer nada.

Después me puse en pie a duras penas y cerré el puño.

La criatura que era Maggie-Chris no estaba muerta. Esa cosa de roca tenía un estado un tanto extraño sobre la cabeza. PETRIFICADO. Junto a un contador de sesenta segundos.

—¿Qué cojones? —dije—. Pero ¿qué mierdas está pasando, joder?

Katia llegó a la carrera, justo cuando Dónut también salió de la estancia segura. Vi a Mordecai al fondo de la calle, acercándose también. Todos la rodeamos. Lo rodeamos. A él. A Chris. A lo que quiera que fuese. Varias personas del pueblo se acercaron para colocarse alrededor del cuerpo, y algunos de los cambiados

extendieron el brazo para tocar a la criatura de roca. Uno de los jóvenes también intentó hacerlo, pero un adulto lo agarró para que no avanzase más.

—Me salió en la caja —comentó Katia mientras señalaba la ballesta. Se había quedado sin aliento—. Un conjunto de diez virotes de Petrificar roca.

—Joder —insistí, sin dejar de mirar a la criatura de roca bocarriba. Los ojos aún se le movían. Estaba consciente, pero no se podía mover. ¿Qué otra opción nos quedaba?—. Vamos a tener que matarla.

—¿Matarla? ¿En femenino? —preguntó Katia.

—Es Maggie. La mujer de Frank, la que nos ha estado dando caza desde el primer piso.

Dónut bufó.

—¡Maggie My! ¿Esa cruel villana? —Saltó a la roca del pecho de la criatura, pero luego pegó un grito y se bajó al sentir el calor—. ¿Dónde está Chris? —gritó la gata a la criatura tumbada—. ¿Qué le has hecho?

Katia parecía muy sorprendida.

—Pero… Entonces ¿por qué me han dado los virotes para petrificarla en lugar de matarla? Mordecai me ha dicho que son más caros que los normales.

—Podríamos decirle a Mongo que la matase —dijo Dónut, que en ese momento saltó a mi hombro—. Así no nos saldrían calaveras en el nombre.

—Esperad —dijo Higo mientras se sacudía el cuerpo. Me di cuenta de que la había tirado al suelo cuando me había lanzado a por la pelota—. No le hagáis daño.

> Imani: ¡Parad! ¡Parad! ¡Me acaba de llegar un mensaje de Chris!
>
> Carl: No es él.
>
> Imani: ¡Sí que lo es! Está petrificado. Va a perder la consciencia otra vez cuando su cuerpo despierte. ¡Alguien lo está controlando!

El contador marcaba treinta segundos.

—Las indirectas no funcionan contigo, ¿verdad, guapo? —dijo Higo antes de darle un empujoncito con la punta del pie a la criatura—.

La próxima lo digo y ya está. Sois amigos del tipo este de roca, ¿no?

—Somos amigos de un tipo llamado Chris —respondí—. ¿Es él de verdad?

—Está ahí. No lo matéis. El problema es que está acompañado. Tiene una infiltrada. A esa es a la que tenéis que matar.

—Pero ¿qué cojones es una infiltrada? —pregunté justo cuando llegó Mordecai.

—Mierda —dijo el aveceleste.

Quedaban diez segundos.

—Dispárale otra vez —ordenó Mordecai. Katia lo obedeció y le disparó un virote a la criatura en el pecho. El proyectil mágico se deshizo en un penacho de humo poco después, y el contador de sesenta segundos se reinició—. Tenemos un problema.

Mordecai se inclinó para examinar al ígneo.

—No es la primera vez que os hablo de estos tipos. Existen varios tipos de gusanos cerebrales. Los cazaintelectos son los más comunes, pero solo pueden apoderarse de cadáveres y los cuerpos no tardan en pudrirse. Los Valtay son similares, pero segregan un líquido que mantiene los cuerpos con vida. Sus primos lejanos son una especie llamada los scree, pero son más conocidos por el nombre de infiltradores. Son parásitos que se apoderan por completo de los cuerpos. Cuerpos con vida. Cuando infectan a una persona, tardan unos pocos días en anexarse por completo. Los afectados no saben que tienen el parásito. Unos días después, el gusano se hace con el control por completo. Cuando tiene lugar el cambio, el parásito se vuelve más poderoso y el anfitrión queda encerrado en su propio cuerpo. El gusano lo controla, y este anfitrión solo puede mirar mientras lo mueven como una marioneta.

—Madre del amor hermoso —dije antes de volver a mirar a Chris —. Entonces lleva despierto todo este tiempo, viendo lo que estaba pasando sin poder hacer nada, ¿no?

—Así es. Está en su cerebro, y el cuerpo de Chris es su armadura.

—Vale —dije—. ¿Y cómo la sacamos de ahí?

Mordecai negó con la cabeza con gesto triste.

—¿Sin matarlo? No podemos. Es prácticamente imposible. Ni siquiera ella puede salir de ahí hasta que el anfitrión no haya muerto. Solo se me ocurre una cosa. Un antiparasitario que sí que podría matarla, pero no tendré los ingredientes hasta que lleguemos al próximo piso.

Volví a sentir un escalofrío. Katia le volvió a disparar, con el tercero de los diez virotes. Solo podíamos mantenerlo petrificado siete minutos más.

—Tiene que haber algo que podamos hacer ahora.

Todo cobró sentido de repente. Bueno, no, en realidad no. Nada de esto tenía sentido, pero sí que acababa de darme cuenta de qué era lo que había pasado. Maggie había elegido la especie infiltrado y, de alguna manera, había conseguido meterse dentro de Chris. Llevaba ahí desde el final del tercer piso y, una vez consiguió el control, se separó de su grupo y empezó a darme caza.

Frank había dicho que ni siquiera él sabía qué especie o qué clase había elegido Maggie. Al final, esta lo había encontrado en el club Desperado, seguro que porque buscaba el anillo que él me había entregado a mí. Al final, había terminado por matarlo. A su marido.

«La gente que murió durante el derrumbe en realidad no está muerta».

Pensé en las consecuencias de algo así. Había leído indicios de ello en el libro de cocina, pero nada definitivo. ¿Era cierto? Tenía que comentárselo a Mordecai. Ahora mismo, no podía permitirme el lujo de pensar al respecto.

> ELLE: Imani no quiere enviarte este mensaje, así que lo hago yo. Es de Chris. He copiado y pegado sus palabras exactas. Lo siento, chicos. «Carl, Dónut, matadme, por favor. No pasa nada. Os doy permiso. Me estaréis haciendo un favor».

—Mira, Chris, qué te den —dije—. Vamos a encontrar una solución.

Después le dije a Elle lo que acababa de decir en voz alta.

> ELLE: Yo le he dicho lo mismo. Pero si no encontramos una solución, la verdad es que no se me ocurre qué hacer. Si fuese yo la que estuviese ahí dentro, también querría que me «desconectases», por así decirlo.

—¿Podemos meterlo en la estancia segura? —pregunté—. ¿Eso serviría para curarlo?

—No —respondió Mordecai—. La estancia segura no servirá de nada si ya se ha hecho con el control. No podemos atarlo y dejarlo aquí. Esa cosa no nos lo permitirá.

—Pues lo ataremos y lo dejaremos allí —indiqué—. Si lo mantenemos controlado hasta el siguiente piso, quizá puedas crear la poción.

Mordecai negó con la cabeza.

—Lo siento, chico, pero no va a funcionar. ¿Qué piensas hacer, agarrarlo y echártelo al hombro mientras bajas por las escaleras? Estáis en grupos diferentes, por lo que os separaréis al llegar al siguiente. Y, aunque esté atado, aún puede lanzar conjuros.

No veía solución. Me giré hacia Higo, quien se había apartado para luego cruzar los brazos.

—Lo tocaste, ¿verdad? Ahora puedes convertirte en uno de esos gusanos. ¿No puedes entrar ahí dentro y expulsar al que tiene en la cabeza?

—No —respondió ella—. Son demasiado pequeños y no lo haría ni aunque pudiese. No me pidas esas cosas.

Katia le volvió a disparar. Quedaban seis virotes.

> Elle: Ha respondido: «Esta mujer está llena de rabia y desesperación. Cada instante que comparto con ella es peor que el anterior. Le arrebataste el orbe, pero aún puede haceros daño».

—¿A qué orbe se refiere? —preguntó Dónut.

—Lo tengo yo —respondió, y examiné al momento el objeto que había guardado en el inventario. El nombre me confundió durante unos instantes, ya que no estaba listado como explosivo. Después leí la descripción.

> Granada celestial.
>
> Las monjas de Enyo desarrollaron estas pelotitas de diversión durante la primera iluminación, cuando los dioses tenían que competir por sus devotos. Las monjas llegaron a un pueblo y empezaron a hacer proselitismo diciendo que su diosa era la mejor. Si los aldeanos no se arrodillaban al momento para ponerse a venerarla, se veían obligadas a usar unos métodos más agresivos.

Una monja lanzaba una granada celestial, con la que se invocaba directamente a Enyo en el lugar durante un periodo de sesenta segundos. Normalmente, era tiempo más que suficiente para hacer cambiar de idea a los supervivientes.

Las granadas celestiales tienen los siguientes efectos:

Si el portador de la granada rinde culto a una deidad concreta, el objeto invocará a dicha deidad durante sesenta segundos. Además, el portador recibirá un aura de Ayuda divina también durante sesenta segundos.

Si el portador no venera a una deidad, la granada invocará a una al azar. Dicho portador no recibirá el aura de Ayuda divina en este caso.

¿Por qué Maggie estaba intentando invocar a un dios? Se me antojó una medida un poco exagerada. En ese momento, recordé lo que había empezado a decir. Sonaba como si hubiese hecho algún tipo de trato. El hecho de que Katia hubiese recibido una contramedida por parte de la princesa Formidable significaba que la granada solo podía tener su origen en el Imperio Calavera.

—Chris, ¿sabes si Maggie adora a Grull?

Mientras esperábamos por la respuesta, a través del chat con Imani y Elle, que era el único modo que teníamos de comunicarnos con él, examiné de nuevo la granada en mi inventario para asegurarme de que no se le había retirado la anilla. Aún la tenía. Bien. La saqué y se la pasé a Mordecai, que abrió los ojos de par en par al verla.

—Son muy caras y poco habituales —dijo—. Se ven mucho en el noveno piso, sobre todo cerca del final. Alguien ha pagado una buena suma para dársela a Maggie. Es un poco exagerado, la verdad. Es como intentar matar a un insecto con un bombardeo cinético.

—¡Justo lo que estaba pensando!

—Has humillado al príncipe Maestro y a su familia una y otra vez —comentó Katia—. Tienen que matarte para salvar las apariencias. Si mueres antes de que ellos acaben contigo, tampoco les sentará muy bien.

—Pues la verdad es que lo de matar se les da fatal —comentó Dónut—. Pero mal de verdad. Si ni siquiera son capaces de matar a un humano que no lleva pantalones, ¿cómo van a poder gestionar un imperio intergaláctico? Perdón por la parte que te toca, Carl.

Estuve a punto de decirle a Dónut que cerrase el pico, pero justo en ese momento llegó la respuesta de Chris.

> Elle: Ha empezado a hablar, pero se ha cortado. Dice que sus permisos para usar el chat se han suspendido durante treinta minutos. Antes de que ocurriese comentó lo siguiente: «No, no es Grull. Venera a otra deidad llamada Algos. Y es la que se hubiese invocado en caso de usar la granada. El primer patrocinador de Maggie es el príncipe Maestro. Y el segundo, el príncipe heredero Fornido, su hermano. Yo tengo los mismos patrocinadores. Le dieron un pergamino que le permitía elegir una deidad a la que venerar. Yo recibí una caja con una foto de Algos dentro, y por eso Maggie supo a quién elegir. Consiguió la granada al llegar a este piso. Se nos acercó un tipo muy sospechoso en una estancia segura y nos dijo...». Y ahí es cuando se ha cortado.

—Madre mía —dijo Katia, que le volvió a disparar en ese momento —. Maggie tiene doble patrocinio y los cuatro son del Imperio Calavera.

Le envié el mensaje de Chris a Mordecai al momento por el chat.

> Mordecai: No me parece algo oficial, la verdad. Es probable que alguien haya sobornado a otra persona para hablar cara a cara con Maggie en una estancia segura. Ocurre a veces, pero son ese tipo de cosas que no se dicen. Creo que la especie de Maggie no puede venerar a Grull, por lo que habrán tenido que encontrar a otra deidad para hacerles el trabajo sucio. Además, es muy probable que no quieran volver a confiar en el príncipe Maestro para evitar que vuelva a fracasar y avergüence aún más a la familia. Algos es el dios del dolor. Podría matar a todos los que están en este asentamiento en segundos. Es una muy buena elección si quieres que tu objetivo sufra.

—La verdad es que ese Maestro no deja de pensar en ti, Carl —comentó Dónut—. Da hasta pena. Empiezo a pensar que está enamorado de verdad.

—Su hermana ha gastado muchísimo dinero para detenerlo —añadió Katia, que bajó la vista hacia el cuerpo bocarriba de Chris.

—A mí también me caía mal mi hermano —comentó Dónut—. Siempre creyó que era mejor que el resto de nosotros.

—Vendieron a tu hermano por diez mil dólares —dije yo.

Dónut soltó un bufido de desdén.

—Pues no recuerdo que ganase ningún campeonato.

Katia volvió a disparar a Chris. Se nos acababa el tiempo. El problema no dejaba de empeorar por momentos y me sentía cada vez más desesperado.

—Voy a darle la vuelta, abrirle la cabeza y escarbar hasta sacarle a Maggie de ahí con las manos desnudas.

—Carl —llamó Katia, que parecía alarmada—, eso no va a funcionar. Podrías matarlo.

—No lo conseguirías ni aunque lo intentaras —aseguró Mordecai —. Tiene la cabeza hecha de roca, y el parásito está dentro de su cerebro. No está por ahí danzando por la superficie.

—Cagondiós. ¿Por qué soy el único que está intentando encontrar una solución? ¿Qué cojones vamos a hacer? —pregunté.

Pero lo sabía. Todos los sabíamos. Y la verdad empezó a pesarme como una losa.

«No puedes salvarlos a todos».

CARL: Imani, lo siento.

Imani no respondió, lo que me hizo sentir aún peor. Puse la mano en el hombro de roca de Chris. Estaba caliente, pero tampoco era para tanto.

—Oye, Chris. Sé que ya no puedes responder, pero tu hermano quería que te dijese que te quería y que se arrepentía por no habértelo dicho. Murió protegiendo a sus amigos. Lo siento mucho por no poder ayudarte.

—Carl —llamó Katia, que me puso la mano sobre el hombro—. Aún no tienes una calavera junto al nombre. Yo sí. Deja que lo haga yo.

—No —dije al tiempo que cerraba el puño—. Atrás todos.

—Ten cuidado —dijo Mordecai—. Cuando muera, la infiltrada seguirá viva. Se abrirá paso fuera de su cabeza e intentará meterse en la de alguien.

—No. Voy a acabar con él de una forma que no se lo permitirá.

El pequeño grupo dio varios pasos atrás. Nos quedamos Dónut y yo junto al cuerpo tumbado de Chris. Faltaban veinte segundos.

—¿Carl? —dijo Dónut en mi hombro.

—¿Qué?

—No te enfades conmigo.

Apareció un agujero enorme en la calle, que dejó al descubierto la barrera que separaba este cuadrante del que se encontraba debajo. Chris cayó por dicho hueco y desapareció, para aterrizar con un estruendo en la oscuridad de la estancia que había debajo. Se oyó una salpicadura.

Yo solo caí unos pocos centímetros y aterricé sobre la barrera reluciente. Me mantuve de pie sobre ella como si fuese un cristal, mirando hacia abajo sorprendido.

—Será mejor que salgas del agujero o te quedarás sin pies cuando disipe el conjuro —aseguró la gata—. Y creo que a papaíto eso no le gustaría mucho.

—Cagondiós, Dónut. ¿Qué cojones acabas de hacer?

—No eres un asesino, Carl —dijo la gata cuando canceló el agujero—. De personas, al menos. Con los PNJ la verdad es que eres un poco rarito en ese aspecto. ¿Cómo crees que te hubiese afectado matar a uno de tus amigos? No lo pienso permitir. No pienso soportarte deprimido todo el día.

—Nos estaba pidiendo ayuda, Dónut. Ahora esa infiltrada ha escapado y Chris sigue… Joder, no tendrías que haberlo hecho. Ha sido un error.

—Mira el mapa. No va a salir de esa estancia. Y si lo hace, estaremos preparados. Katia tiene la habilidad Encontrar mazmorrero. Verá si intenta pillarnos por sorpresa. O eso creo.

Respiré hondo para contener la rabia. Me había enfadado con Dónut, pero también conmigo mismo por sentirme tan aliviado por lo que la gata acababa de hacer.

Miré el mapa del cuadrante Subterráneo. Había todo un laberinto de habitaciones debajo de las calles. La entrada a las catacumbas no estaba nivelada, sino que iba hacia arriba y hacia abajo. Chris y Maggie estaban atrapados en una burbuja, rodeados por roca sólida. Atravesándola, podía volver a subir a la calle o descender a otra estancia, aunque esa parecía igual de aislada. Por otra parte, tendrían que romper dos paredes para llegar hasta la galería más cercana, una galería que muy probablemente estaría inundada.

—Mordecai, ¿puede salir de ahí con las habilidades de su especie?

—Quizá —dijo el aveceleste mientras agitaba la cabeza—. Caga lava, pero esta se enfría muy rápido y no es nada efectiva contra la roca. Hay conjuros, como el Agujero de Dónut y otros muchos, que ayudan a atravesar la roca. El problema es que no sé cuáles tendrán ellos. Podrán usar los de ambos, eso sí, tanto las habilidades como los conjuros. Y quizá pueda atravesar la roca a la fuerza con el tiempo. Me dio la impresión de que había agua ahí abajo. Puede respirar bajo ella, pero si la estancia está llena, irá más lento.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Puede respirar debajo del agua?

—Sí. Ambos, en realidad. Los infiltrados son criaturas acuáticas, como la mayoría de los parásitos cerebrales. Los ígneos pueden sobrevivir en la mayoría de los entornos. Son muy duros de pelar.

—Si hay agua, habrá vapor —comentó Katia—. Quizá pueda abrirse paso a explosiones.

—No me parece muy seguro, la verdad —dije.

—Esa tipa está loca y es una suicida. Puede que a ella le dé igual la seguridad —insistió Katia.

Sentí alivió al oír que cabía la posibilidad de que Maggie los matase a ambos. Después me avergoncé por sentir algo así.

Mientras hablábamos, Dónut les hacía un resumen de la conversación a Elle y a Imani por el chat.

> IMANI: Gracias, Dónut. Cuando capturéis los cuatro castillos, podréis volver ahí dentro, incapacitarlos de nuevo y llevarlos hasta las escaleras. Después, vuestro guía podrá crear esa poción para salvar a Chris.

Respiré hondo. Era… una idea muy peligrosa. Una idea estúpida. A Katia solo le quedaban tres virotes de paralizar, lo que significaba que tendríamos tres minutos para llevarlos hasta las escaleras. Era imposible. Maggie había intentado atacarme con un dios del dolor. Dejarla libre era demasiado peligroso. Nos estaban usando como peones en una trifulca real entre hermano y hermana, quienes a su vez estaban siendo explotados por el sistema mientras el universo entero se reía a carcajada limpia de todos nosotros.

Sí, ser el centro de atención estaba bien. Pero teníamos que librarnos de este problema con el Imperio Calavera, porque tarde o

temprano iba a terminar afectándonos para mal.

—Mordecai —dije—. Tenemos que encontrar una manera de separar a Chris de ese gusano antes de salir de este piso. Ve al mercado y busca los ingredientes para la poción. Yo enviaré mensajes por el chat para ver si alguien tiene lo que necesitamos.

Abrí la interfaz. Encontré el indicador que mostraba las visualizaciones actuales que tenía y empecé a probar las opciones para integrarlo en la pantalla. Había una que no mostraba los números en sí, sino que era una flecha hacia arriba que aparecía cuando teníamos más de las habituales. La coloqué en la esquina superior derecha, sobre los contadores de altitud y de velocidad en el aire. Después se me ocurrió algo.

> CARL: Mordecai, antes me equivoqué con algo. Quiero que cojas dinero y le compres a Dónut esa mejora ambiental, la que nos permite ver los comentarios que dejan en nuestras redes sociales.
>
> DÓNUT: ¡YUJU!
>
> MORDECAI: Sabes que la IA filtrará todo lo que veáis ahí, ¿no?
>
> CARL: No pasa nada. Cuanta más información tengamos, mejor.

Señalé a Higo.

—Tú, sentémonos a hablar ahora mismo. Y que sea rápido. Iremos a por el castillo cuando anochezca.

—Pero aún tenemos que descansar, Carl.

—Ya descansaremos cuando hayamos muerto.

15 

—Bueno —le dije a Higo—. Entonces, Henrik es tu hermano, ¿no?

Ella asintió.

—Es lo que llamamos un director. La gente dice que son una secta, que están obsesionados con catalogar todas las especies conocidas. Pero no es cierto. Solo buscan a una. Y creen que la han encontrado.

> Dónut: YETI_SOLITARIA_15 DICE QUE TENGO EL PELAJE MÁS BONITO QUE HA VISTO JAMÁS. TAMBIÉN DICE QUE SE VA A HACER UN TATUAJE DE MÍ EN LA PARTE BAJA DEL TÓRAX.
>
> Carl: ¿No se suponía que estabas ayudando a Katia a coser?
>
> Dónut: NO TENGO PULGARES, CARL.

Agité la cabeza y volví a centrar mi atención en Higo. Se había quedado en forma humana, pero por alguna razón había eliminado todo el pelo de la cabeza. Nos sentamos en el Escupe y Traga, que estaba lleno de camellos que se tomaban un descanso rápido del trabajo frenético que suponía reparar la ciudad antes de la inminente tormenta de arena.

—Vale. Quetzalcoatlus es la criatura que están buscando, ¿no es así? —pregunté.

—Eso es lo que creo, sí. El problema es que es un fantasma.

—Y por eso os hicisteis pasar por los guardias que estaban a cargo del gnomo secuestrado. Teníais que llegar hasta Wynne fuera como fuese. Necesitabais hacerlo porque tiene la capacidad de hacerla corpórea temporalmente, lo que le permitiría a tu hermano tocarla y conseguir así la capacidad de transformarse en ella.

—Sí. —Higo se quedó en silencio, y miró cómo un grupo de dromedarienses de rostro funesto se levantaban y salían del bar para

volver al trabajo—. Yo no quería tener nada que ver con ello. Me pareció muy irrespetuoso después de que nos hubiesen acogido. Pero lo cierto es que lo hubiese ayudado desde mucho antes de haber sabido que el Coto de Caza era accesible, que era algo que podíamos conseguir. De hacerlo, quizá podríamos haber evitado todo esto.

—Tu hermano estaba torturando a ese gnomo —expliqué—. Algo me dice que no habrías estado de acuerdo. —No respondió, por lo que continué—. Y ahora el gnomo está muerto y Quetzalcoatlus sigue siendo un fantasma. Aun así, han conseguido entrar en ese laberinto igualmente. ¿Qué crees que van a hacer?

—No lo sé —respondió ella—. Henrik está desesperado.

—¿Y por qué intentan encontrarla? ¿Qué tiene de especial ese fantasma?

Higo suspiró.

—Es porque es…, o porque era, un tipo de criatura que normalmente no vive por estas tierras. Tiene la habilidad especial para lanzar un conjuro. Puede alterar las plantas. Al igual que ella, mi especie no es de este lugar. Nuestros cuerpos se han adaptado, pero no del todo. A cada generación que pasa, aparecen más defectos. Y cada vez es más común.

Pensé en la niña cambiada, en Ruby, aquella a la que le faltaban brazos y tenía la cabeza hundida.

—El síndrome de compresión —dije.

—Eso es —respondió Higo—. Uno de cada cuatro recién nacidos está enfermo. Los que lo tienen son estériles. Mi hermano cree que, si consigue el conjuro, podrá crear una fuente de alimento que nos proporcionará las vitaminas necesarias para acabar con los defectos de nacimiento en un futuro.

—¿Y el Portal de los dioses ferales? Dijiste que era un mito.

Ella hizo un ademán con el brazo y luego dio un buen sorbo a la bebida. La cantidad de alcohol que consumía me recordó a Elle.

—Mentí. No es un mito, pero sí que es peligroso. Usarlo siempre ha sido el último recurso, pero era una posibilidad más desesperada que el hecho de darle forma corpórea a Quetzalcoatlus. Además, mi hermano no quiere hacerlo. No es tan cruel.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—El artefacto tiene tres partes. Mi hermano tiene una de ellas, la que le robó a los dromedarienses. El comandante de los gnomos tiene la segunda, y la tercera se encuentra en la superficie, en manos de ese mago loco. Son dos relojes de bolsillo y una caja de movimiento. Cuando se juntan, se puede abrir el portal.

Ya había supuesto prácticamente todo lo que me acababa de decir, pero aún no tenía ni idea de lo más importante.

—¿Y para qué sirve el portal?

—Pues es muy sencillo. Puede abrirse para viajar de un lugar a otro, pero tiene un precio. Hace una rasgadura en las profundidades de la Nada, por lo que cuando termina por cerrarse, una deidad antigua y feral lo atraviesa para cruzar a nuestro mundo.

—¿Una deidad feral? ¿Y por qué lado sale, por el lugar donde se abre el portal o por el lugar al que lleva?

—Por el lugar donde se abre, razón por la que mi hermano no quiere usarlo. Podríamos volver a casa, pero este mundo quedaría devastado.

—Yo ni siquiera sé lo que es una deidad feral —comenté.

Higo se estremeció.

—Son deidades de antes, las bestias inmortales que pululaban por los cielos antes de que el panteón los desterrase a la Nada y crease el mundo. El destierro los ha vuelto locos.

En ese momento, me pareció sentir una corriente que me recorría todo el cuerpo. Ya sabía qué significaba y lo que estaba a punto de ocurrir.

> Nueva misión. El Portal de los dioses ferales.
> Henrik el cambiado. El comandante Kane. El Mago Loco de las Dunas. Todos tienen partes del artefacto. Arrebátaselas. Consigue las tres. Júntalas.
> Ya verás qué guapo está lo que pasará cuando lo hagas.
> Recompensa: Ya verás, ya.
> Ay, ay. Ya verás.

Llegó la tormenta y nos refugiamos en el espacio personal. El duro trabajo de los lugareños para preparar la ciudad no fue suficiente para resistirla. Cuando llegó el viento, el toldo volvió a rasgarse y

obligó a todo el mundo a resguardarse. La tormenta iba a dejar el lugar enterrado bajo la arena.

Justo cuando falló el escudo, todos recibimos la misión de «salvar» el pueblo usando unos globos desinflados que podían usarse como refugio. Era una misión normal de bronce que encargué a Louis, Firas y Langley, quienes ya habían terminado de registrar las ruinas del otro asentamiento. Les iba a venir muy bien la experiencia.

Habían pasado el resto del día *grindeando* y haciéndose con el botín. No había ni rastro de bactrianos supervivientes, a excepción de uno que se encontraba en un bar que era una estancia segura. El grupo también había conseguido hacerse con una de esas aeronaves, un oso rabioso gnómico, y estaba intacta. El piloto había desaparecido. Arrastraron la máquina hasta la entrada del otro pueblo y la cubrieron con una lona.

En el cuadrante de Tierra, el grupo de Gwen al fin había conseguido superar todas las murallas, pero ahora se encontraban frente a la entrada principal del castillo, que estaba cerrada mágicamente. Estaban intentando encontrar la manera de cruzarla. Aún no habían visto al mago.

Los asaltatumbas estaban atrapados en la estancia segura. Las catacumbas al completo se habían inundado. Contaban con muchísimos pergaminos de respirar bajo el agua, pero no eran suficientes. No podían hacer nada por el momento.

Chris-Maggie seguía encerrada. Dónut veía el punto en el mapa mientras se mantuviese cerca. La estancia estaba llena de agua hasta la mitad y a oscuras, lo que tenía que ser horrible. Pusimos a Mordecai manos a la obra. Para la poción, necesitaba algo llamado eneldo infame. Aún no lo había encontrado. Estaba buscando una alternativa usando la interfaz de la tienda y hablando con todo el que encontrase en el club Desperado.

Yo no podía dejar de pensar en lo mal que tenía que estar pasándolo Chris. Estar indefenso ya era jodido, pero lo que le estaba pasando ahora era demasiado. Cuanto más pensaba al respecto, más me arrepentía de no haber acabado con su sufrimiento.

Entendía lo que había hecho Dónut. De hecho, yo hubiese hecho lo mismo en su lugar. Aun así, creía que había sido una decisión equivocada. Era la solución fácil, y en este lugar las soluciones fáciles siempre tenían consecuencias catastróficas.

Pero tenía que olvidarme de todo eso y centrarme en lo que teníamos entre manos: capturar el salón del trono de los gnomos.

Teníamos la siguiente información: después de haber hecho saltar por los aires la fortaleza Páramo, lo único que quedaba de ella era un edificio que se mantenía en los cielos gracias a un globo mágico y enorme. El edificio era una casa, sin más. No parecía tener defensas a la vista. La fuerza aérea gnómica al completo había caído a tierra. Al parecer, ahí arriba solo quedaban dos criaturas con vida. El comandante Kane y su hija. La chica debía tener unos diez años. Y ya.

Cuando terminó la tormenta, nos quedaban dos horas antes de que oscureciese. A nuestro alrededor, los camellos salieron de los edificios y empezaron a desenterrar el asentamiento. Saqué el catalejísimo y empecé a buscar hasta que localicé la casita, que estaba a muchísima altura. Había flotado hasta el límite superior de la burbuja, como si un niño hubiese soltado el globo y este se hubiese pegado al techo.

—Podríamos intentar pegarle un tiro para que caiga —comentó Katia, que se encontraba de pie a mi lado.

—Podríamos —dije—. Y seguramente sea la manera más fácil de hacerlo, pero quiero ese reloj de bolsillo. Y si la tiramos ahora, me temo que aterrizará fuera del cuenco. ¿Qué haríamos en ese caso?

—Y tampoco quieres hacerle daño a esa niña —comentó Katia—. Ya te conozco lo bastante bien como para saberlo.

Asentí.

—Quizá tengas razón.

—Lo hacen aposta, ¿sabes? No es casualidad que haya una niña en esa casa.

—Ya… —convine—. Pero ellos también sabrán a estas alturas cuál es mi opinión sobre matar PNJ. No quiero hacerlo, pero también creo que muertos estarían mucho mejor. Así que no titubearé si me veo obligado a ello. Aunque sea una niña.

Nos quedamos el uno junto al otro en silencio durante unos instantes.

—¿Alguna vez has querido tener hijos? —preguntó Katia al fin.

Me giré para mirarla, sorprendido por la pregunta. Sabía que ella había tenido muchos problemas con el tema, pero desconocía los detalles.

—No —respondí—. No sería buen padre. Bea me dijo que creía que estaba embarazada como diez veces. Pero nunca lo estaba. Las primeras, cuando creí que lo estaba de verdad, me dio un miedo de cojones.

—Me… Me cuesta imaginarte con esa mujer. —Negó con la cabeza —. Pero bueno. Yo no puedo tener hijos. —Hizo una pausa y bajó la vista—. Cuando era humana, quiero decir. Iba a adoptar. En Islandia se puede hacer cuando estás soltera. Me aprobaron la solicitud. Estaba en la lista. Era lo que siempre había querido. Pero ocurrió algo y me desautorizaron. No es importante, pero ahora me alegro. No dejo de pensar en esa tal Maggie y en la persona en la que se ha convertido. Es porque es madre. Perderlo todo puede hacer que acabes así. No puedo evitar pensar en lo diferentes que serían las cosas para mí si hubiese tenido un hijo. Me alegro de que no sea el caso.

Sabía que estaba siendo sincera por su tono de voz. Jamás había podido comprender esa necesidad de tener hijos. No dije nada.

—Pues eso —continuó Katia—. Sigo creyendo que deberíamos hacer saltar esa casa por los aires.

—Lo que pasa es que te has enfadado porque sabes que no vas a volver a tener la oportunidad de tirarte en caída libre —le dije mientras guardaba el telescopio.

—Normalmente, me enfada que no cuentes conmigo para tus planes —dijo Katia—. Pero me alegro de quedarme fuera en este caso.

Le di unas palmaditas en el hombro.

Era hora de irse. Detrás de mí, Dónut salió del bar seguida de Mongo y otra Dónut robot. La compañía de juguetes le había enviado tres más, dos de los cuales habían caído bajo las garras del dinosaurio en un abrir y cerrar de ojos. En teoría, el cuarto era más

duradero. Había sobrevivido a un ataque, pero ahora tenía la cabeza llena de los arañazos causados por los dientes de Mongo.

—Vamos, Dónut —dije—. A por todas.

La versión robótica saltó sobre mi hombro. Era mucho más pesada que la anterior. Giró la cabeza hacia mí.

—Que sepas que también había muchos bebés ahí dentro, Carl —dijo el juguete—. Me pregunto cuánto tiempo seguirán llorando en la oscuridad.

—Bájate de mi hombro, joder.

Me zarandeé para quitármela de encima, y la gata mecánica aterrizó bocarriba con un crujido. Mongo se colocó encima al instante, la agarró por el cuello con los dientes y empezó a agitarla de un lado a otro. Se le cayó la cabeza y apareció una cuenta atrás sobre el juguete.

—Mierda —dije—. Atrás todos.

Nos apartamos antes de que el juguete explotase entre una nube de humo y chispas. No fue una explosión demasiado fuerte, pero de haber estado cerca nos habría hecho daño. Dejó una marca negra en toda la fachada delantera del Escupe y Traga.

—Qué juguete más seguro —dije mientras recogía las piezas. El núcleo del control del robot era una pelota de metal del tamaño de una canica. Al igual que las últimas veces, el núcleo había explotado y se había quedado convertido en algo parecido a uno de esos granos de maíz que no llegaba a transformarse del todo en una palomita—. La verdad es que no sabría decir si estos tipos son una empresa de juguetes o una de armas. Pero, vamos, ambas cosas se les dan fatal.

Mongo graznó para confirmar que estaba de acuerdo.

La Dónut de verdad saltó sobre mi hombro y se dejó caer con un gemido.

—Dijeron que esta versión era indestructible —comentó con tristeza—. ¿Crees que las Kardashian tuvieron que lidiar con este tipo de productos defectuosos que llevaban su nombre? Es muy decepcionante.

—La verdad es que no creo que esa empresa de juguetes tenga mucha idea de lo que está haciendo —aseguré.

Loita: Carl, sabes perfectamente que en el mundo real estos juguetes resistirían mucho más. El problema aquí son tus mejoras de fuerza. El juguete está hecho para que jueguen con él niños que están fuera de una zona de mejoras, no para sobrevivir al entorno de la mazmorra.

Carl: Hola, Loita. Deberías decirles a los patrocinadores de Dónut que los padres no estarán por la labor de regalar a sus hijos juguetes que pueden derretirles la cara.

Dónut: Y TAMBIÉN QUE YO NO DIGO LAS COSAS INQUIETANTES QUE DICE ESA MUÑECA. ES MUY RARO.

Zev: Al público le encanta ese aire un tanto rarito que tiene la muñeca, pero estoy de acuerdo con la mazmorrera. No suena muy parecido a ella. Lo teníamos apuntado, pero parece que Veriluxx no lo ha cambiado.

Dónut se tensó sobre mi hombro al darse cuenta de que Zev formaba parte de la conversación. Sabía que seguía preocupada por el bienestar de la kua-tin.

Dónut: ¡HOLITA, ZEV!

Carl: A la gente le va a dar igual la voz y lo que dice la muñeca mientras siga explotando sin sentido.

Dónut: TIENE RAZÓN. NO TIENE SENTIDO QUE EXPLOTE. NO ES UN MUÑECO DE CARL.

Loita: Tras ver que ibas a ponerte a trastear con el juguete, le pedimos al patrocinador que le pusiese un dispositivo de autodestrucción cuando se hubiese roto lo suficiente. No queremos que te hagas con las partes internas más importantes. No sería justo. La versión de verdad no será así.

Carl: Ah, vale. Entonces sois vosotros los que estáis puteando al patrocinador. Algo me dice que no estarán muy contentos. No soy un experto en marketing, pero no creo que esta cosa vaya a vender muy bien teniendo en cuenta lo que estarán viendo los espectadores.

Zev: No te falta razón, mazmorrero. Han empezado a hacer memes.

Loita: Eso no es asunto vuestro. Dentro de poco iréis a su programa. Nos han asegurado que, antes de que eso ocurra, recibiréis un buen prototipo.

Dónut: DILES QUE NECESITO TENER LA POSIBILIDAD DE CAMBIAR EL NOMBRE DEL ROBOT. CARL LO LLAMA «DÓNUT ROBÓTICA», PERO NO QUEDA BIEN. YO NO ME DECIDO ENTRE CHARLIE o IVY. ¿TÚ QUÉ OPINAS, ZEV?

Zev: Es una cuestión intrascendente, mazmorrera.

Dónut me clavó las garras con mucha fuerza en un costado del cuello. Hice una mueca de dolor. El cuerpo entero se le había quedado rígido. Extendí el brazo para hacerle un mimo.

Loita: Muy bien. Ya hemos terminado por el momento. Intentad no romper el siguiente.

Zev: Si tenéis que elegir un nombre, yo le pondría Ivy.

Dónut soltó un grito agudo muy leve.

DÓNUT: CREO QUE YO TAMBIÉN. ¡CHAÍTO, ZEV!

Dónut saltó con emoción sobre mi hombro.
—Muy bien, Carl —dijo—. Vamos a por ese castillo de los cielos.

El oso rabioso gnómico usaba gasolina de verdad como combustible. El tanque del biplano abandonado estaba prácticamente vacío, pero aún me quedaba mucho en el inventario, dentro de contenedores de metal.

Examiné el vehículo mientras llenaba el tanque. Necesitaba que el avión fuese lo más ligero posible, por lo que solo tenía pensado llenar un cuarto. No le quedaba bomba alguna bajo las alas, lo que también iba a ayudar con el tema del peso. No parecía real, sino más bien como algo que un borracho hubiese construido en el patio trasero de su casa a base de chatarra. No tendría que poder volar. Respiré hondo mientras pensaba en lo que estábamos a punto de hacer.

La aeronave tenía una especie de koala rabioso y con espuma en la boca pintado en el morro. También había unas palabras en estándar del Sindicato grabadas encima del dibujo. Limpié la tierra y vi cuál era el nombre del vehículo.

—Fantástico.

Se llamaba Trampa Mortal. Tenía cuatro bombas pintadas después del nombre. Saqué un bote de espray y lo tapé. Luego escribí «Pesadilla II» en un lado. Dónut no estuvo muy de acuerdo, pero tampoco insistió demasiado. Había estado más distraída de lo normal después de la conversación con Loita.

El vehículo solo estaba medio enterrado en la arena cuando habíamos llegado. Por suerte, Langley había sido lo bastante inteligente como para cubrirlo con una lona antes de la tormenta. Todos los demás habían ido en busca de los globos aerostáticos caídos. Necesitaban recuperar cinco para completar la misión «salvar Pezuña de Camella». Había muchos desperdigados por todo el cuenco y tenían que enfrentarse a gnomos y a lagartos gigantes,

pero el grupo de mazmorreros ya tenía experiencia suficiente con ambas criaturas como para conseguirlo. En estos momentos se encontraban de camino a Pezuña de Camella para reunirse con Katia.

Después de que terminásemos de limpiar la aeronave, me senté en el asiento del piloto y Dónut hizo lo propio en el del artillero, que miraba hacia atrás. Tuve que quitarle los reposabrazos para caber bien. Mientras me acomodaba, la gata apoyó las patas sobre la ametralladora y empezó a imitar ruidos de disparos. No había pista, por lo que no íbamos a poder despegar. Al menos no de la forma tradicional.

Encendí el motor para asegurarme de que funcionaba. Ambos parecían estar bien, así que pulsé el botón para desconectarlos. No tenía ni idea de pilotar aquella cosa, pero los controles eran similares a los de todos los simuladores de vuelo a los que había jugado tantas veces. Y podían considerarse hasta simples comparados con los del Pesadilla original. Contaba con cinco calibradores, dos aceleradores que podían controlarse individualmente o al mismo tiempo, pedales de dirección y una palanca. Y ya está. Por suerte, solo necesitaba «volar» con aquella cosa durante unos minutos. Y tampoco tenía que preocuparme por el aterrizaje ni por el despegue.

—¿Estás lista? —pregunté. El sol virtual ya había empezado a ponerse por el horizonte, y la oscuridad se extendía por el cuenco como una mancha de tinta. En las alturas, nuestro objetivo brillaba como si de una estrella se tratara.

—Vamos allá —dijo Dónut.

Los globos de emergencia se desplegaban con una palanca que había a la derecha del pequeñísimo asiento de la cabina. Lo único que hacían era alzar la aeronave por los cielos hasta la parte alta de la burbuja.

Tiré de la palanca como si fuese el freno de mano de un coche. Los dos globos se inflaron al instante y salieron despedidos hacia arriba, siseando mientras se llenaban de… Pues la verdad es que no tenía ni idea de con qué se estaban llenando. Era una especie de reacción química en lugar de lo que tendría un globo convencional.

El avión se agitó, primero por la parte de la cola. Empezamos a alzarnos por los aires. Despacio al principio, pero pronto empezamos a subir más y más rápido. Me fijé en que la aguja que indicaba la altitud a la que estábamos se movía a toda velocidad.

—¡Carl, Carl, aún queda munición en la ametralladora! —exclamó Dónut de repente—. ¡Puedo disparar!

—Ni se te ocurra —grité por encima del hombro mientras seguíamos ascendiendo rápidamente. Subíamos rectos, pero luego comenzó a soplar la brisa y empezamos a hacerlo en diagonal, en dirección hacia el centro de la burbuja. No dejaba de buscar esos pájaros enormes que a veces patrullaban los cielos.

No vi enemigos. Antes de la tormenta, había visto varios globos apoyados contra el techo de la burbuja, pero todos habían desaparecido. Sabía que unos pocos habían caído en el desierto como si fuesen meteoritos. Otros se habían dirigido hacia el cuadrante de Tierra. Algunos incluso al océano.

Lo único que quedaba ahí arriba era nuestro objetivo.

Tardamos más de lo que esperaba en llegar a la parte superior de la burbuja. Chocamos contra el techo, nos zarandeamos y luego dejamos de ascender. Miré la altitud y vi que nos encontrábamos a unos cinco kilómetros sobre el cuenco, que era a muchísima distancia del nivel del mar. Estaba mucho más alto de lo que habíamos estado la última vez. No noté ningún cambio de presión ni diferencia en los niveles de oxígeno. Abrí el gráfico de sectores, pero no vi que la altura me estuviese afectando de ninguna manera. Bien.

Desplegué la *xistera*, la cargué con un proyectil y lo lancé hacia arriba para ver qué ocurría. A pesar de la distancia, no era capaz de distinguir si el techo de la burbuja era transparente o una pantalla. La pelota de metal rebotó con estruendo contra la burbuja de cristal antes de caer al vacío.

Dónut se asomó por el borde y la vio caer hasta que desapareció en la oscuridad de la noche.

—Pero, Carl… —dijo—. Ya verás que le cae a alguien en la cabeza.

Me giré hasta que vi la luz distante, que se encontraba a casi un kilómetro también cerca del techo.

«Mierda», pensé. Estábamos más lejos de lo que había calculado.

—Bueno…, espero que esto funcione. Hora de darle caña. —Extendí el brazo y pulsé dos interruptores para encender los motores del avión—. ¡Agárrate!

Tiré de los aceleradores y agarré la palanca. Después coloqué los pies sobre los pedales de control y la aferré con fuerza. El avión chirrió y salió despedido hacia delante mientras arrastraba los globos por el techo. Como seguíamos enganchados a esos globos de emergencia, no podía decirse que estuviese «pilotando». Más bien era como si estuviese usando los ruedines de una bicicleta mientras nos dirigíamos hacia nuestro destino con solo unos pocos pedaleos.

—Joder —murmuré al ver que había girado demasiado. Tiré de la palanca en la dirección contraria y luego pisé el pedal correspondiente, hasta que terminé de alinear el morro del avión con la casa. Dejé de acelerar y seguimos derrapando por el techo de la burbuja en dirección a la casa voladora. Apagué los motores y dejé que nos llevase el impulso.

—Prepárate —grité a Dónut.

La casa se acercaba a toda velocidad. Un globo enorme y brillante la mantenía en el aire. Era gigantesco, cuatro veces más grande que los globos aerostáticos normales que usaban el resto de las aeronaves, como mínimo. Brillaba con magia y relucía como una baliza, que nos guiaba como si fuésemos polillas que avanzan en dirección al fuego.

El «castillo» era poco más que un pedazo cuadrado de tierra con una casa de dos pisos encima. La construcción era como la típica que se podía encontrar en un barrio de las afueras. Me sorprendí al comprobar que era exactamente eso. Tenía un garaje doble, un porche y hasta un pequeño jardín delantero, aunque la mitad había desaparecido. El edificio estaba pintado de beis y enlucido con aluminio. Había hasta una canasta de baloncesto sobre las puertas del garaje.

No obstante, el lugar se había visto afectado por la destrucción de la fortaleza Páramo. Las ventanas del piso superior estaban rotas y se había derrumbado una parte de la chimenea. Los canalones colgaban sueltos del tejado y, a su vez, de ellos colgaban unas luces de Navidad que no dejaban de parpadear.

—¿Crees que nos habrán oído llegar? —preguntó Dónut.

—Es probable —contesté—. Así que ten cuidado. ¿Los ves?

—No —respondió ella—. Veo la escalera, eso sí. Está en el segundo piso de la casa.

El globo mágico estaba unido al edificio mediante una red gigantesca. El avión se dejó caer sobre ella con la facilidad con la que un barco se acerca a un embarcadero. Se detuvo por completo al chocar contra el globo aerostático colosal. Nos encontrábamos a unos doce metros por encima de la casa.

—Voy a entrar —dijo Dónut. Saltó del asiento trasero hacia la red del globo.

Contuve el aliento, preocupado por si la protección mágica le haría daño a la gata. Mordecai había dicho que podía tocarla sin problema, y me alegré de que estuviese en lo cierto. Yo salí del asiento y me puse en pie sobre el morro de la aeronave mientras me agarraba al ala superior. Después, salté al globo y caí también en la red. Dónut se me subió al hombro.

—No te dan miedo las alturas, ¿verdad, Carl? —preguntó la gata al tiempo que miraba hacia abajo. Estaba aferrada a mí con todas sus fuerzas.

—No —respondí mientras empezaba a bajar escalando por la red. El Pesadilla II colgaba directo sobre nosotros, sin dejar de balancearse. Cuando el globo del avión había tocado el de la casa, este también había empezado a brillar, como si la magia que los protegiese fuera contagiosa.

—¿Estás seguro? Es muchísima —insistió Dónut—. Mira, desde aquí se ven las luces del cuadrante de Tierra. Seguro que eso de allí es el castillo del mago. Está lejísimos, ¿verdad?

—Ya hemos caído una vez. Me asustan muchas cosas, Dónut, pero la altura no es una de ellas.

—Pues debería, Carl. Es aterrador.

—No mires abajo.

—¿Y adónde voy a mirar si no, Carl?

—No parecías tener miedo antes, cuando estábamos en el otro globo aerostático.

—Eso fue antes de la caída libre. No me gustaría repetir la experiencia.

Descendimos muy rápido. La red estaba unida a la casa por las cuatro esquinas. No quería arriesgarme a saltar sobre el tejado y deslizarme por el borde, por lo que descendí todo lo posible y salté al suelo.

Me dio la impresión de que este era inestable. No era igual que estar en el agua, pero sí que se me antojó un poco raro e hizo que el estómago me diese un vuelco. Dimos unos pocos pasos hacia la casa, despacio por si había trampas o nos emboscaban.

—¿No ves nada? —volví a preguntar.

—Nada.

Tenían que habernos oído llegar. Nos acercamos al porche. Un cartel torcido que rezaba «Bienvenidos» colgaba del centro de la puerta blanca y sucia. Estaba pintado a mano, de azul y plateado, y tenía una estrella en la parte baja, lo que indicaba que los propietarios anteriores habían sido aficionados de los Dallas Cowboys. El felpudo tenía el dibujo de una pistola y decía: «No vamos a llamar a la policía».

—Esos dos carteles me han dejado muy confundida, Carl.

Soltó a Mongo, que aterrizó en el porche con un graznido. Echó un vistazo a su alrededor y abrió los ojos como platos cuando sintió que el suelo se movía. Se giró, miró a Dónut y chilló con preocupación.

La gata se bajó de mi hombro para subirse a la grupa del dinosaurio y darle unas palmaditas en la parte alta de la cabeza.

—Bueno. ¿Nos quedamos aquí quietos o echamos la puerta abajo?

Miré el timbre y me planteé tocar para ver qué pasaba.

«Es probable que sea muy mala idea», pensé.

—Bien. Enviaremos a Mongo y los mecánicos por la ventana de arriba y nosotros entraremos por la puerta principal. Nos reuniremos en la escalera, pero dile a Mongo que no…

No me dio tiempo a terminar. La puerta se abrió y una gnoma joven apareció tras el umbral, mirándonos fijamente.

—Hola —dijo la gnoma. Llevaba un jersey de los Dallas Cowboys que le quedaba grande, como si fuese un vestido. Se había hecho

dos coletas que sobresalían por debajo de su gorro rojo y cónico. La parte delantera del jersey estaba manchada de sangre.

—¿Habéis venido a matar a mi padre? Pues llegáis un poco tarde. Ya está muerto. ¿Queréis entrar? ¡Estoy preparando limonada!

16 

Examiné las propiedades de la pequeña al momento. Su punto del minimapa era de color blanco.

Bonnie. Gnoma de los dirigibles. Joven. Nivel 5.

A la pequeña Bonnie solo le gustan dos cosas. Su cerdo mascota Salchichita y conseguir todo lo que quiere.

Es la hija única del comandante Kane y, como tal, sería acertado decir que es la verdadera líder de la fortaleza Páramo. Dicen los rumores que cuando los camellos bactrianos secuestraron a Salchichita para pedir un rescate, la niña tuvo un berrinche tan devastador que lo único que consiguió calmarla fue ver cómo su padre ordenaba el bombardeo del asentamiento neutral de los cambiados.

Eso es lo que dicen los rumores, al menos. Lo cierto es que nadie sabe mucho sobre esta niñita tímida. Por eso, no la juzgues antes de tiempo. No es más que una cría mimada. Si es malvada, recibirá su merecido. Si no lo es, va a ser toda una tragedia cuando probablemente tengas que matarla.

Puta vida.

CARL: No es una cambiada, ¿verdad?

DÓNUT.: NO LO CREO. SU CEREBRO NO ESTÁ MÁS CALIENTE DE LO QUE DEBERÍA ESTAR.

CARL: El plan sigue siendo el mismo. La seguimos dentro, pero tan pronto como estemos ahí, haz que Mongo y los dinosaurios mecánicos entren por arriba. Diles que no hagan ruido.

DÓNUT: NO SABEN ESTARSE CALLADOS.

Titubeé y seguí a la gnoma al interior de la casa. La luz estaba encendida, y se veía todo muy bien, aunque las bombillas no dejaban de titilar.

A pesar del gorro, la niña era poco más alta que Dónut. El lugar olía a una mezcla de cigarrillos y el típico desodorante con aroma a lilas que se conseguía en los bazares. Una hilera de fotos enmarcadas con niños humanos sonrientes estaba apoyada en el suelo, formando una hilera contra la pared. Los retratos colgaban

antes de las paredes ahora vacías, pero se habían caído. De hecho, el interior de la casa al completo parecía haber quedado descolocado debido al reciente alboroto. Vi cristales rotos en el suelo y ladrillos desperdigados cerca de la chimenea. Una pantalla plana y grande de televisión estaba tirada de lado en el salón.

CARL: Dónut, lleva tú la conversación.

—Estoy montando un puesto de limonada —dijo la niña mientras nos dirigíamos a la cocina. Vi el frigorífico grande y cubierto de imanes al fondo del pasillo—. Iba a abrirlo mañana. Podríais probarla. ¡Ah! ¡Me llamo Bonnie!

Hice una mueca al oír el estruendo que resonó en el piso de arriba cuando Mongo y los otros dos dinosaurios saltaron a través de la ventana del primer piso. La chica se giró y alzó la vista.

—¿Qué ha sido eso?

—Bonnie, ¿qué le pasó a tu padre? —preguntó Dónut, que intentó distraerla. Un reguero de sangre iba desde la cocina hasta la puerta delantera. Y ella tenía la parte frontal de la sudadera completamente manchada de rojo, como si se hubiese caído en un charco sanguinolento.

La niña se encogió de hombros y volvió a girarse hacia la cocina. Titubeé, pero volví a seguirla. Pasamos junto a la escalera. Mongo y los autómatas aparecieron en la parte alta, con un gesto decepcionado que indicaba que no habían encontrado nada a lo que matar. Dónut les hizo un gesto para que no se moviesen. Bonnie no vio ni se percató de la presencia de los dinosaurios y continuó su camino a la cocina. Había una jarra llena de un líquido amarillo sobre la encimera, junto a una bolsa de azúcar y varios limones cortados. Al lado del desorden, había también un cartel que parecía estar pintado a mano con sangre. Rezaba: «Fondo Conmemorativo y Puesto de Limonada de Salchichita. Una moneda de oro por vaso».

Y allí, sobre la pequeña mesa de la cocina, se encontraba el cadáver lleno de sangre de un gnomo de los dirigibles.

Cadáver saqueable. Comandante Kane. Gnomo de los dirigibles. Nivel 55. Hecho papilla por Denise.

No tenía ni idea de qué podía haberle pasado al gnomo. Parecía como si lo hubiesen matado a mordiscos.

Bonnie tarareó una cancioncilla mientras se subía a una silla para luego saltar sobre la encimera. Sirvió un vaso de limonada. La jarra era casi de su tamaño, pero la manejó con facilidad. Después empujó el vaso en mi dirección por la superficie.

—¡Dadle un sorbo los dos! Y decidme vuestra opinión. Pero, si os gusta, tendréis que pagarme un moneda de oro.

—Bonnie —pregunté sin coger el vaso—. ¿Quién es Denise?

—Ah —dijo al tiempo que alzaba la mirada. Me fijé en que las pupilas de la niña estaban del todo dilatadas. «Está hechizada»—. ¿Ha vuelto? Salió en busca de comida.

Miré a nuestro alrededor con nerviosismo.

—¿Quién es? —repetí. Pero no me respondió.

—Bonnie, ¿quién es Denise? —preguntó Dónut.

El medidor que había fijado en la interfaz para medir las visualizaciones se disparó en ese momento.

—Cuando se llevaron a Salchichita, mi padre siguió trayéndome mascotas nuevas para que no lo echase de menos.

Di por hecho que Salchichita era el cerdo que había muerto en el asentamiento de los bactrianos. Sabía que si hubiésemos llegado primero a ese lugar, la criatura hubiese sido la manera de llegar hasta aquí.

—Lo intentó con jerbos, pero no me gustaron. Además, son muy malos. Luego intentó otras cosas, como la vieja Denise. Está bien, supongo. Pero no es Salchichita. No se lo digáis a la cara, eso sí. Se pone muy celosa.

—¿Por qué Denise mató a tu padre? —preguntó Dónut.

—Él…, ya sabéis. —Señaló el fregadero de la cocina. No había nada. Era un fregadero y ya.

—Él…, ¿qué? —preguntó la gata—. Bonnie, no sabemos.

La gnoma ignoró la pregunta y empujó aún más el vaso por la encimera.

—La receta es de mi padre. Está muy buena. Probadla.

Tragué saliva y examiné el vaso.

Poción desconocida.
La niña dice que es «limonada».

—Esto… —dije al tiempo que daba un paso hacia el cadáver. Tenía que acercarme lo suficiente como para saquearlo sin que fuese demasiado obvio. Al mismo tiempo, envié un mensaje a Mordecai—. No parece molestarte mucho que tu padre esté muerto.

Sobre la encimera había una hilera muy heterogénea de vasos de chupito. La niña vertió algo más de la poción amarilla en uno que rezaba: «Recuerda el Álamo» y se lo bebió. No tuvo ningún efecto a la vista.

—Está muy buena. ¿Os he dicho que estoy montando un puesto de limonada? —Bajó la cabeza—. Salchichita está muerto. Me prometieron que iban a cuidarlo, pero no lo hicieron. Por eso los bombardeamos a todos. Mi papá dijo que me haría sentir mejor, pero no fue así.

Las paredes se estremecieron. El suelo se agitó. La jarra de limonada se derramó un poco, y otro de los vasos de chupito cayó al suelo. Yo me tambaleé por culpa del movimiento repentino y caí hacia el cadáver. Apoyé la mano en el cuerpo inerte del comandante Kane por accidente. Sentí como si estuviese tocando un cuenco tibio de estofado. Apareció la ventana emergente para saquearlo.

5.030 monedas de oro.
Carta del Mago de Cristal.
Reloj misterioso.

Me hice con todos los objetos. Antes de hacer cualquier otra cosa, examiné la carta. Era corta.

Kane:

Cesa las hostilidades de inmediato. Vuestras bombas no me hacen daño, pero están destrozando la estructura del templo. No querrás que todo se derrumbe, ¿no? A pesar de que estás en tu ciudad flotante, seguro que sabes el peligro al que nos enfrentaríamos de ocurrir algo así.

Te propongo una tregua.

Detén el bombardeo y yo no acabaré con este mundo.

Tengo la caja. Y sé que tú tienes al menos uno de los relojes. O quizá ambos. Eso ya da igual. He descubierto el secreto de la caja y sé cómo abrir

un portal. No necesito las otras dos partes para arrastrar el mundo entero al vacío. Prefiero hacer eso antes que permitir que ese fantasma salga del templo.

No tienes que responder. Limítate a detener el bombardeo. Sé lo mucho que amas a tu pueblo y a tu hija. Piensa en ellos. En ella.

GHAZI

Cuando terminé de leer, me di cuenta al fin de que habíamos empezado a descender. Las luces de la casa titilaron.

—Genial —dije. Le había ocurrido algo al globo. Descendíamos despacio, por suerte, pero no era una buena noticia de igual manera. Me limpié la mano llena de entrañas en la camisa.

—Es Denise —dijo Bonnie, que alzó la mirada—. Cuando se enfada, las cosas mágicas dejan de funcionar. El globo ha empezado a caer. Normalmente se le pasa muy rápido. Es probable que esté en el tejado.

En algún lugar de la casa, se oyó un estruendo seguido de un estallido muy característico. Era el ruido de los Mongo mecánicos al explotar, a pesar de que al conjuro le quedaba mucho tiempo. Mongo soltó un graznido de pavor.

Me sentí más cansado y más pesado al momento. Perdí la mayoría de las mejoras, incluyendo los 14 de Fuerza de mi anillo de pie y mis dos anillos normales. Todas las características importantes se habían reducido.

—¿Mongo? —gritó Dónut preocupada—. ¡Mongo, ven con mami!

MORDECAI: Parece que está a punto de dar comienzo una batalla contra un jefe. Seguro que pronto sabremos para qué era la poción. No os la bebáis, pero intentad que no se derrame.

CARL: ¡El monstruo anula la magia!

MORDECAI: Mierda. Vale... Eso puede tener muchos efectos, pero lo normal es que no funcionen los conjuros ni los pergaminos. Y que tu guantelete no se despliegue. Las pociones normales sí que funcionarán. Quizá. Pero si lo hacen, también cabe la posibilidad de que no funcionen demasiado bien.

CARL: ¡No entiendo un carajo, Mordecai!

MORDECAI: Que las pociones de sanación funcionarán, pero solo contigo. Si es que funcionan. La nueva de casi chof que habéis conseguido no lo hará. Y es probable que hayáis perdido todas las protecciones de vuestro equipo. Y también vuestras ventajas activas. Tened cuidado.

Mongo entró en la cocina a la carrera, gritando y con sangre derramándose de decenas de partes de su cuerpo. Emitió una especie de balido lastimero. Me di cuenta de que no lo habían atacado, sino que las heridas habían sido provocadas por la explosión de dos Mongos mecánicos. Los pequeños restos de metralla no solían hacerle daño.

Dónut soltó un grito ahogado, presa del pánico.

—Carl, Carl. Mi conjuro Sanar ha dejado de funcionar. ¡No puedo ayudar a Mongo!

Se acercó rápido al dinosaurio, que había perdido la mitad de la salud, y empezó a brillar como si hubiese intentado usar un pergamino de Sanar criatura. El conjuro falló.

—Mira, está recuperando la salud poco a poco. No le va a pasar nada —aseguré—. Deja de desperdiciar pergaminos. No van a funcionar. Tenemos que…

—¿Queréis un poco de limonada? —repitió Bonnie, más insistente en esta ocasión.

Recordé lo que había dicho Mordecai.

—Sí. Gracias, niña —dije al tiempo que extendía el brazo para hacerme con el vaso.

Las paredes volvieron a estremecerse, justo antes de que se oyese el berrido muy característico de un animal. La casa viró casi por completo a un lado, y la jarra de limonada salió despedida por los aires. La pequeña Bonnie gritó y cayó por el borde de la encimera tras tirar el vaso. Los platos y las tazas se precipitaron desde los armarios. Los cajones se abrieron, y la cubertería voló por todas partes.

Salté para agarrar el vaso de poción amarilla, pero no lo conseguí. Lo habría hecho, pero el vaso se apartó en mitad del aire para que mi mano no lo alcanzara.

«Hijos de puta», pensé. Había sido aposta. No querían que lo agarrase. Intentar cogerlo terminó por ser como activar una trampa, como si hubiese pisado el mecanismo de activación de una mina personal.

El vaso cayó al suelo, rebotó una vez y luego empezó a girar y a derramar la poción. La casa se agitó unas veces más, momento en

el que la música empezó a sonar. La ventana abierta sobre el fregadero se cerró con un golpe.

—Porras —dijo Bonnie—. He derramado la limonada. Voy a tener que preparar más.

Nos habíamos quedado encerrados en la casa. Era como la batalla contra el jefe del primer piso.

La música sonaba diferente a lo habitual. Era lenta e inquietante, pero con un ritmo constante y leve. Un plin, plin, plin que se me antojó como los golpes de un martillo contra un yunque.

Apareció un contador gigante en mitad del aire, flotando sobre la cocina. Tres minutos.

—Oh, oh. Esto es nuevo —dijo Dónut.

Me giré hacia el pasillo. La puerta delantera de la casa seguía abierta. Empecé a señalarla, pero todo quedó paralizado en ese momento.

«Mierda. Ahí viene».

¡B-b-b-batalla contra jefe!
¡Enfrentamiento cronometrado!
¡Habéis descubierto la guarida de un jefe de municipio!
Damas y caballeros, las cosas se complican, los enfrentamientos se están volviendo más complicados y ¡aquí tenemos el espectáculo principal del día!
Que se oigan esos aplausos.
¡Estas son las normas, participantes!
La casa ha empezado a caer. Se reventará contra el suelo exactamente tres minutos después de que termine este mensaje. Para escapar, ¡tendréis que derrotar al jefe!
Fácil, ¿verdad?
¡Pues no, cabronazos!

Aparecieron nuestros retratos estilo policial flotando en el aire, pero en esta ocasión teníamos las palabras SIN MAGIA estampadas encima de la cara.

¡No podéis usar magia ofensiva o defensiva mientras dure el enfrentamiento!

No podía mover la cabeza, pero sí que podía hablar.

—Quédate a mi espalda, Dónut. Eres demasiado frágil. Yo me encargo de los golpes. Haz que Mongo espere a que se haya curado del todo.

—Carl, esto no me gusta. ¡Sin magia no sirvo para nada!

Un segundo sello se estampó sobre nuestros nombres. ¡SIN DAÑO FÍSICO!

Ah, sí. ¡Me olvidaba! ¡Vuestros ataques físicos harán una mierda de daño!

—Pero ¿qué cojones? —grité—. Eso no es justo, joder.

Esto va a ser un fiestón. ¡Un fiestón, he dicho! Un momento, dónde he puesto la bocina…

—¡Uooo!

Todo se quedó paralizado durante unos instantes cuando una gansa blanca entró gritando por la puerta delantera de la casa. Entró en el pasillo y volvió a graznar como una bocina cuando la puerta se cerró detrás de ella.

La criatura llevaba un tocado con volantes de color azul celeste, así como un mantón también azul alrededor del cuello. El mantón estaba ajado y manchado de sangre. Si no se tenía en cuenta la sangre, parecía un ganso blanco normal y corriente que parecía sacado de un libro infantil.

Es…

¡Denise! ¡La mamá ganso feral!

¡Jefe de municipio nivel 53!

Al igual que el resto de las criaturas de esta burbuja dejada de la mano de los dioses, Denise no tendría que estar aquí. La sacaron directamente del séptimo piso cuando su abuelo, el emperador Anser, decidió usar un portal mágico para traer a su pueblo a este mundo. Pero, al igual que muchos otros que no querían venir a este lugar, ella se quedó demasiado tiempo en las tierras intermedias. La Nada.

Y lo pagó muy caro. Ha perdido por completo la razón.

Los gnomos la capturaron hace ya mucho tiempo, pero no saben quién es en realidad. Denise tampoco lo sabe. Tiene unas pocas habilidades especiales, habilidades que han empezado a manifestarse no hace demasiado tiempo. Puede evitar que la magia le haga daño. Es un jefe de entorno. Y tiene una necesidad abrumadora de proteger a los niños.

Pero, por encima de todo, quiere matar a todo el mundo. Especialmente a los cabronazos.

Y adivinad qué sois vosotros.

Tic, toc, hijos de puta.

¡Aaaaaallá vaaaaaamos!

El mundo recuperó la normalidad y el contador empezó a moverse, momento en el que la gansa aulló de rabia y cargó hacia nosotros.

Mongo y yo nos apartamos de su camino a duras penas mientras la gansa entraba en la cocina a grito limpio, agitando las alas con rabia, para luego chocar contra el frigorífico y tirar al suelo todos los imanes. La puerta del electrodoméstico quedó abollada.

—¡Hola, Denise! —saludó Bonnie mientras seguía colocando limones sobre la silla, como si aquello fuese lo más normal del mundo.

—¡Vamos! —grité—. ¡Al piso de arriba!

—¡Mongo, no! ¡Ven! —aulló Dónut.

Pero era demasiado tarde. El dinosaurio, que seguía herido, graznó y recorrió la estancia de un brinco con las patas por delante hasta que le clavó las garras a la gansa, que aún se estaba recuperando del choque contra el frigorífico. Mongo le mordió el cuello al jefe y empezó a agitar la cabeza como si fuese un perro. La criatura empezó a graznar con rabia y a agitar las alas hasta que el dinosaurio la tiró al suelo. El jefe rebotó al caer y se puso en pie con el mismo movimiento. Después, saltó sobre la mesa de la cocina, donde se encontraba el cadáver del gnomo, se subió a él y volvió a agitar las alas mientras gruñía y graznaba sin dejar de mirar a Mongo.

—Qué boba eres, Denise —dijo Bonnie.

El jefe abrió el pico y dejó al descubierto varias hileras de dientes afilados como cuchillas. No apareció barra de salud alguna. Siguió abriendo el pico, tanto que empezó a parecerse a una flor, hasta que brotó de él una lengua violeta. Graznó otra vez, pero en esta ocasión el sonido fue el doble de estruendoso y grave, un grito aterrador y gutural que parecía venir directamente desde el infierno.

Los dientes salieron despedidos del pico hacia nosotros, como si fuesen los cartuchos de una escopeta. Recibí impactos en el brazo y en el rostro. Dónut gritó de dolor.

No nos había bajado mucho la vida, pero vaya si dolía.

El dinosaurio aulló de rabia y dolor antes de prepararse para volver a atacar.

—¡Mongo, no! —dijo la gata mientras yo lanzaba una esfera pelotazo a la cabeza de la gansa. La criatura graznó de nuevo, sorprendida, cuando la pelota de metal rebotó en su pico. Quedó aturdida, pero siguió sin aparecer la barra de salud. No le estábamos haciendo nada de daño.

Dónut mordió con fuerza la cola del dinosaurio y tiró hacia atrás del indignado y estruendoso Mongo, justo antes de que la gansa se lanzase al ataque. El jefe le dio un pequeño mordisco, pero aun así consiguió arrancarle un pedazo de carne y unas pocas plumas azules y rosadas. Empezó a chorrear sangre.

La gata, aún con la boca llena de cola de dinosaurio, soltó un grito ahogado. La salud de Mongo quedó más roja aún. Lo agarré con ambas manos, lo levanté del suelo y los tiré tanto a él como a Dónut hacia la puerta de la cocina.

—¡Vamos! —grité tras caerme al suelo tras resbalarme con la sangre. Mientras me ponía en pie, rocé con la mano una jarra de cerámica que había caído de un aparador. La agarré y lancé hacia la cabeza de la gansa como si fuese una bola rápida. La taza quedó hecha añicos, el jefe dio varios pasos atrás, cayó de la mesa y la volcó por el camino, lo que hizo que el cadáver del comandante Kane saliese volando por los aires. El gnomo muerto chocó contra el techo y luego salpicó de sangre toda la cocina.

—¡Sígueme, Mongo! —gritó Dónut al soltarle la cola.

El dinosaurio, después de decidir que aquello probablemente era lo mejor que podía hacer, aulló y obedeció.

—Al piso de arriba —dije mientras me tambaleaba hacia la puerta. La casa caía cada vez más rápido, y empezaba a sentir el impulso de la caída.

—¡Tenemos que salir de la cocina! Bonnie, prepara la limonada. ¡Rápido!

Había que apartar a la niña de la gansa. No sabía qué tenía esa puñetera poción, pero tenía que ser el secreto para matar al monstruo. Era lo único que tenía sentido.

Corrimos a toda velocidad por el pasillo. Y tiré una mesilla a mi paso mientras la gansa graznaba con rabia. Estaba a punto de soltar una cortina de humo, pero justo en ese momento me lo pensé

mejor. Aunque el punto siguiese blanco en el minimapa, no quería distraer aún más a Bonnie.

«Dos minutos».

¿Cómo cojones íbamos a derrotar a esa cosa? Mordecai había dicho que siempre había pistas, pero ¿dónde estaban? Las escaleras terminaban en un pasillo que se extendía a izquierda y derecha. Había varias puertas por aquí y por allá, todas entreabiertas excepto una. Dos de las puertas abiertas llevaban a dormitorios pequeños, una a un baño y otra a un armario con ropa de cama. La puerta que estaba al fondo por el pasillo de la derecha era la que estaba cerrada, la que supuestamente era el «salón del trono», donde se encontraban las escaleras que llevaban al sexto piso. Era el dormitorio principal de la casa, en realidad. La puerta brillaba, y sabía que iba a seguir cerrada hasta que terminase el enfrentamiento.

La zona estaba chamuscada y quemada, de cuando los Mongo mecánicos habían explotado antes de tiempo.

Dónut seguía demasiado preocupada por Mongo y no por el combate. El dinosaurio sangraba y estaba herido, pero ya no parecía dolorido. Soltó un graznido de frustración mientras la gata seguía sobreprotegiéndolo.

—Carl, ¡Mongo no deja de sangrar! ¡El transportín no funciona! ¡La vida no deja de bajarle!

Había una mesilla rota en el pasillo. La cogí y la tiré por las escaleras.

—¡Intenta usar una de las vendas! Tenemos cientos de esas mierdas. No van a sanarlo, pero podrían detener la hemorragia.

En el piso de abajo, oí los cacareos iracundos de la gansa al salir de la cocina al pasillo en nuestra busca.

—¡Estamos aquí arriba, pato gigante! —grité.

—¡Ha funcionado! —dijo Dónut—. Tranquilo. Danos un momento y te curaremos. Carl, ¿qué vamos a…?

—Entra en esa habitación de allí —dije mientras señalaba un dormitorio con las paredes rosadas y carteles de una *boy band* coreana—. Está justo encima de la cocina. Abre un agujero en el

suelo lo bastante grande como para que podamos volver a bajar. ¡Rápido!

El ritmo de la música del jefe empezaba a incrementarse a medida que seguía pasando el tiempo.

Dónut entró en la habitación justo cuando la gansa llegó al pie de la escalera. Abrió ese extraño pico con forma de flor y graznó. Yo me agaché cuando volvió a disparar dientes, que se clavaron en la pared que tenía detrás. Dos de los proyectiles me rozaron la cara.

—Ay —dije mientras me sacaba un colmillo afilado de la mejilla.

No era la criatura más poderosa contra la que habíamos luchado, pero daba igual. Era prácticamente indestructible y lo único que tenía que hacer para acabar con nosotros era aguantar un poco más.

En ese momento, me di cuenta de que al fin había aparecido la barra de salud del jefe. No había bajado, prácticamente, pero algo le había hecho daño. ¿El qué? La gansa cargó por las escaleras, dando un brinquito por cada escalón y agitando la cabeza atrás y adelante entre siseos. El gorro azul no dejaba de agitarse en su cabeza entre cacareos. Tiré una esfera pelotazo y le di en el pecho. Se echó hacia atrás con rabia y abrió el pico para volver a disparar. Esta vez, conseguí apartarme a un lado. Me arriesgué a lanzar una bomba de humo, para luego volver a lanzarle otra pelota y conseguir que volviese a bajar unos escalones.

«Un minuto».

—¡Ya está! —gritó Dónut en la estancia.

Me puse en pie de un salto, corrí hacia la habitación y cerré de un portazo al entrar. Miré el agujero aserrado. Dónut había roto la moqueta y el parquet sin problema alguno. Bonnie nos miraba desde abajo, desde la cocina cubierta de sangre. El cadáver de Kane estaba en el suelo, bocabajo, y la niña agarraba una cuchara con la que mezclaba la limonada.

—¿Ya has terminado? —grité a Bonnie.

—Sabe mejor si está fría —dijo—. ¿Por qué habéis roto el techo?

La puerta de la habitación se abrió de repente cuando la gansa entró a ciegas.

—¡Vamos!

Salté al piso inferior por el agujero, seguido de Dónut y Mongo. El dinosaurio tenía una especie de peluche de un animal en la boca. Era un conejo rosa que acababa de encontrar.

La descripción de la jarra recién mezclada llena de líquido amarillo no había cambiado. Seguía sin saber si tenía que bebérmela yo o dársela al monstruo. Esa cosa no le había hecho daño a la niña. Esta parecía estar hechizada de alguna manera, pero dicha magia la protegía de la rabia del ave. Además, ¿qué era lo que había dicho? Que su padre le había dado la receta.

«A la mierda», pensé mientras le quitaba la jarra de las manos.

—¡Oye! —gritó—. ¡Deja que te ponga un vaso! ¡No te la vas a beber toda!

—Te compro la jarra entera —dije mientras la gansa aparecía por el agujero del techo. Abrió la boca y siseó, y saltó hacia nosotros mientras yo me llevaba la jarra a la boca.

Todo volvió a paralizarse en ese momento, con el animal en mitad del aire. El contador de la caída también se detuvo; quedaban treinta y ocho segundos. Sentí un atisbo de esperanza.

> ¡Logro desbloqueado! Deja de hacer el ganso.
> Ah, perdón. ¿Creías que la poción era importante?
> La magia no funciona, tontolculo. ¡Solo es limonada!
> Recompensa: Está buena de verdad. Qué pena que estés a punto de quedar despachurrado contra el techo de las catacumbas.

Y luego todo volvió a la normalidad.

—Joder —grité mientras me apartaba y la gansa caía sobre la encimera de la cocina.

Me había engañado y había caído en la trampa. Lo de la limonada era una distracción bien pensada.

Denise abrió esa boca con forma de flor y se preparó para dispararme una andanada de dientes a bocajarro. Yo le di un golpe con la jarra y la obligué a dar unos pasos atrás.

Y le bajó la salud. Un poco, pero vi cómo lo hacía.

Al fin lo había entendido. La descripción decía que era un «jefe de entorno». No lo había comprendido en aquel momento. Las cosas iban demasiado rápido y no me había percatado de que era una especie de ventaja. Antes le había bajado la salud cuando le había

lanzado la taza y ahora había pasado lo mismo con la jarra. Los ataques y las armas no le hacían daño, pero sí que era vulnerable al daño de los objetos que estaban por la casa. Recordé los ladrillos que había tirados junto a la chimenea. Las esquirlas de cristal del suelo. Era demasiado tarde para hacerme con esas cosas.

«Veinte segundos».

Salté a por la criatura y la agarré por el cuello. Soltó un graznido agudo y empezó a agitar las alas. Intenté cogerla por el pico, pero evitó la mano. Luego lo abrió y me disparó de cerca.

Grité al sentir la hilera de objetos punzantes en la cara y en el cuello. Me había dolido mucho más que antes, como si me hubiesen golpeado con un bate de béisbol. La salud me bajó muchísimo, pero hice clic en una poción. No funcionó. De repente, había dejado de ver por el ojo izquierdo. La gansa consiguió zafarse de mi agarre, pero volví a cogerla y, en esta ocasión, lo hice por la cara y conseguí mantenerle el pico cerrado. Se agitó, pero yo era más fuerte a pesar de la diferencia de nivel. Me empecé a marear, como si estuviese a punto de desmayarme, pero hice todo lo posible por no soltar al monstruo.

¿Qué era lo que la niña había dicho sobre su padre? Había señalado el fregadero. ¿A qué se refería exactamente? Volví a mirar hacia allí. No había nada. ¿Qué era lo que había intentado hacer Kane?

Vi los interruptores que había a la derecha y luego lo entendí.

—Dónut —grité a duras penas mientras avanzaba hacia el fregadero.

—¿Qué? ¡¿Qué pasa?!

«Diez segundos».

Metí a la gansa en el fregadero de cabeza. La criatura pataleó y, de repente, todo se volvió muy difuso. Necesitaba mover la mano para meter el pico de Denise en el desagüe. La criatura intentó abrir la boca para evitarlo, pero lo conseguí. Tenía la cabeza demasiado grande, eso sí, por lo que tuve que empujar y empujar. Se le cayó el gorro cuando conseguí meterla por el agujero.

—¡El triturador de basura! ¡Dale al interruptor!

«Cinco segundos».

Dónut saltó a la encimera y pulsó el primer interruptor mientras yo mantenía la cabeza de la gansa en el agujero. La luz se encendió.

—¡El otro!

Dónut lo pulsó.

El triturador de basura chirrió, como si le hubiésemos metido rocas. Denise se quedó rígida en mis manos, y su cuerpo empezó a convulsionar como si la estuviese empujando contra una herramienta eléctrica cortocircuitando. Empezó a brotar sangre por el agujero, a chorro.

El contador se detuvo cuando quedaba un segundo.

La casa entera quedó suspendida, momento en el que todos nos alzamos por los aires. El jefe, al que yo ya había soltado y que seguía con la cabeza metida en el triturador de basura, empezó a girar a toda velocidad.

Me lancé un Sanar y ahora sí que funcionó. Sentí que recuperaba las mejoras. El triturador de basura chirrió con estruendo, y Mongo empezó a brillar cuando Dónut lo sanó al fin. La gata se volvió a girar hacia el interruptor y lo apagó. La gansa siguió girando unas pocas veces más, flus, flus, flus, flus, antes de detenerse y caer a plomo. Ya no tenía cabeza y cayó lejos del fregadero, sobre mi regazo, donde la sangre continuó chorreando por el agujero del cuello.

> Notificación de burbuja. Los aposentos del comandante de la fortaleza Páramo han sido ocupados con éxito. ¡Se ha liberado el cuadrante de Aire!
>
> Felicitad todos a los mazmorreros que han asaltado con éxito el salón del trono. ¡Princesa Dónut y Carl!
>
> Todos los mazmorreros que hayan empezado en el cuadrante de Aire ahora pueden viajar libremente a otros cuadrantes.

Alcé la vista al techo.

—¿Que deje de hacer el ganso? ¿En serio? ¿Cuánto tiempo llevas esperando para soltar una así?

En ese momento, la casa cayó al suelo con suavidad.

17 | FASE 3 de 4. EL MAGO LOCO DE LAS DUNAS

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 10 DÍAS Y 4 HORAS
Visualizaciones: 17,72 trillones
Seguidores: 13 mil billones
Favoritos: 4,1 mil billones

—¿Tanto coser para nada? —preguntó Katia cuando salimos por la puerta principal de la casa. Los demás y ella estaban esperándonos. Salí y les estreché las manos a Langley y al resto de los arqueros. Louis y Firas también estaban allí, todos con los ojos abiertos como platos mirando la casa de las afueras que ahora estaba torcida sobre una duna.

—Los paracaídas seguirán siéndonos útiles —dije—. Katia, esta es Bonnie.

—¿Qué tal? —saludó ella, que se arrodilló frente a la niña—. ¿Cómo estás, cielito?

—¿Sabes dónde podría conseguir unos limones? —preguntó la niña—. Quiero montar un puesto de limonada, pero se me han acabado. —Me fulminó con la mirada—. Alguien la derramó toda.

La casa había aterrizado cerca del extremo del cuenco, a casi un kilómetro al este de Pezuña de Camella. Aún nos quedaba una hora de oscuridad antes del amanecer. Tras la muerte de Denise, el globo mágico había empezado a rellenarse solo poco a poco. Si no hacíamos nada, no tardaría en volver a alzarse por los aires. Dónut y yo nos acercamos e intentamos cortar las cuerdas que unían la casa al globo, pero eran de acero. Íbamos a tener que salir pronto de allí si no queríamos volver a volar.

Me acerqué a la cocina a toda prisa para agarrar a la niña, pero ella me miró como si estuviese loco cuando le dije que teníamos que irnos.

—La casa está a punto de despegar otra vez. No puedes quedarte por ahí flotando tú sola. No es seguro —comentó.

—Bueno, pues dejémosla aquí abajo. —Se llevó la mano al cuello y sacó un pequeño objeto del interior del jersey, que le quedaba muy grande. Era un collar. Parecía una nuez. Jugueteó con él, y en ese momento noté cómo la casa se asentaba bien en la superficie.

—¿Qué es eso? ¿Qué has hecho? —pregunté.

Se quitó el collar y me lo entregó.

—Me lo dio mi padre al mismo tiempo que la poción. Me dijo que se lo diese a un adulto. Supongo que tendrás que ser tú.

Agarré el collar y lo examiné. Era una gema pequeña de tonos violáceos. La reconocí de inmediato.

> Cristal de alma. Categoría F. Se usaba para alimentar con energía el globo que mantiene esta casa a flote. No tiene más ciencia. Eso sí, será mejor que evites romperlo.
>
> Carga: 89 %. Mata algo para cargarlo.

El cristal se encontraba en una especie de caparazón deslizante. Al parecer, podía controlarse la cantidad de energía que guiaba hasta el globo dependiendo de cómo de abierto estuviese dicho caparazón. Eso sí, había dejado de suministrar dicha energía cuando nos encontrábamos bajo el efecto del aura antimagia de la gansa.

Habíamos visto muchas de esas cosas antes. Controlaban los generadores de necrófagos del piso anterior. Y aún tenía en el inventario un cristal de alma roto y a punto de explotar capaz de destrozarlo todo a unos cuarenta y cinco kilómetros a la redonda. Ese era de «categoría C», aunque no es que fuese mucho mayor que el que tenía entre manos. Me pregunté qué potencia tendrían una gema de categoría B o A.

—Me lo quedo, ¿te parece? —le dije a la niña. Mantuve el caparazón abierto lo mínimo, lo suficiente para mantener el globo separado del suelo pero no como para levantar la casa hasta las alturas…, con suerte. Tenía que ponerme a experimentar.

Bonnie se encogió de hombros.

El edificio había quedado torcido sobre una duna. El interior tenía el aspecto que uno podía esperar de una casa después del

enfrentamiento contra un jefe que era un ganso asesino e indestructible. Todo lo que no estaba atornillado al suelo estaba volcado o había salido volando. Ahora que sabía que el lugar no iba a alzarse por los aires, teníamos cosas que hacer.

Dónut y yo habíamos subido un nivel. Ahora, yo tenía 44 y ella 37. Y poco más. Me supo a poco. Mongo había subido tres y ahora tenía 33. Estaba seguro de que jamás iba a comprender cómo se repartían los puntos de experiencia. Parecía casi al azar, a pesar de que Mordecai insistía en que ese no era el caso.

—Mira a ver si descubres algo más sobre la niña —le dije a la gata —. Su padre le dio algo. Habla con Mordecai e intenta averiguarlo.

Bonnie estaba a cuatro patas y se había puesto a recoger los tenedores y las cucharas que habían salido volando por todas partes.

La niña casi no había reaccionado a lo que acababa de pasar. Después de la desagradable muerte de Denise, empezó a quejarse de que no tenía limones suficientes para volver a preparar limonada y empezó a limpiar la cocina. Seguía con las pupilas dilatadas cuando lo hizo, recogiendo como si no hubiese pasado nada. Empezó a hacerlo alrededor del cadáver de su padre. Actuaba con normalidad, algo del todo anormal en la situación en la que se encontraba.

La casa seguía teniendo electricidad. Y también agua corriente. Mientras Dónut hablaba con ella, yo tenía tres cosas que hacer. Primero, iba a echar un vistazo al salón del trono y a las escaleras, o sea, al dormitorio principal. Después cubriría todas las ventanas con un toldo para que el lugar no se llenase de arena. Y, finalmente, iba a saquear todo lo que pudiese. Tenía pensado echarle un ojo al cuadro de distribución de la corriente y llevármelo si era posible. Todo.

Mongo seguía aferrando el conejito rosa que había encontrado en la habitación de la niña. Le di unas palmaditas en la cabeza al dinosaurio antes de subir por las escaleras. La puerta del dormitorio principal se abrió sin esfuerzo. Entré en una estancia del todo normal. Contra una pared había una cama de matrimonio con una sábana azul y arrugada; contra la otra, una cómoda alta con todos los cajones abiertos y que seguía en pie de milagro. Había ropa de

hombre y de mujer tirada por el suelo. Vi una camisa de uniforme de una empresa de fontanería con el nombre «Dale» bordado en el pecho. El diploma de un máster en Biblioteconomía por la Universidad de Arizona, de la mujer que antes vivía allí, se había caído de la pared, pero el cristal no se había roto. Se llamaba Jennifer.

Jennifer y Dale. Tenían tres hijos. Era probable que estuviesen durmiendo cuando ocurrió.

No podía dejar de pensar en lo que había dicho Maggie: que podían traer de vuelta a las personas. Me negaba a pensar al respecto, a darle vueltas al horror al que podíamos llegar a enfrentarnos en el futuro próximo.

«Tienes suerte —pensé—. Solo hay dos personas ahí fuera que podrían desenterrar para ti».

Para los demás, seguro que el número era mucho más alto.

También vi otra cosa. En una mesilla de noche, había un marco volcado. No contenía una fotografía, sino un dibujo. Era de Kane, una gnoma y un bebé. El gnomo había dormido en esta cama.

Y al parecer también se había pajeado con unas revistas *Cosmopolitan*. Había toda una pila de ellas desperdigadas por el suelo junto a una gran cantidad de pañuelos usados. Suspiré y me acerqué al vestidor enorme.

En ese momento, las vi en el mapa: las escaleras. Abrí la puerta y allí estaban. Tenían una anchura de dos personas, y sabía que a nivel físico aquello no tenía sentido, ya que nos encontrábamos en el primer piso de una casa, pero ahí estaban. Un campo de fuerza azul evitaba que pudiese bajar por ellas. Aún quedaban dos salones del trono más que capturar antes de poder hacerlo.

Después de asegurar las ventanas lo mejor que pude, con lona y cinta americana en su mayor parte, me dispuse a saquearlo todo. Libros, juguetes, muebles… El tipo era bastante bajito, así que no tenía prendas que me sirviesen. Los niños eran adolescentes, y la niña tendría unos doce años. Me hice con todo lo posible, como dos portátiles, tres televisiones y varias consolas de videojuegos.

Bonnie dormía en la habitación de la niña, de la que cogí la cama y la mesilla de noche. El armario estaba lleno de muñecas Barbie y

una cantidad enorme de muñecos de animales. Me hice con todo.

Finalmente, me tocó el premio gordo en el garaje. Además de las dos bicicletas de montaña y del kayak de plástico barato, tenían una mesa de trabajo completa llena de herramientas muy bien organizadas. Había cajas y cajas de basura. Cosas de Navidad, como un árbol falso que habían guardado recientemente. Lo cogí, y también me hice con una caja llena de adornos de Halloween y del Cuatro de Julio.

El cuadro de distribución también estaba en el garaje. Tiré del interruptor general, pero no se fue la electricidad. Era como si la corriente viniese de la nada. Corté uno de los cables para probar, todo seguía funcionando. Después, saqué el panel completo de la pared del garaje y fue en ese momento cuando la corriente dejó de funcionar. No tenía sentido. Tenía que haber magia o alguna regla absurda de por medio. Si estaba donde tenía que estar, funcionaba, pero dejaba de hacerlo cuando se separaba de la pared.

No quería inundar la casa, así que no me puse a trastear con las cañerías. Pero sí que me hice con una parte del cuadro de distribución y la guardé en el inventario. No creía que me sirviese para nada, pero a saber.

No encontré lo que estaba buscando. La casa era de Texas. Tenía un felpudo que aseguraba que tenían armas. No obstante, al parecer el sistema no las había incluido a la hora de reconstruirla en la mazmorra. Si la pareja tenía una caja fuerte con armas, era muy probable que se encontrase en el armario del dormitorio principal.

«Qué pena», pensé. A pesar de todo, me había llevado un buen botín.

Volví a la cocina. Era la última estancia que me quedaba por revisar y aún no había cubierto con lona la ventana ni la puerta trasera que había en ella. Dónut estaba sentada sobre la encimera hablando con Bonnie, quien seguía recogiendo cosas.

—Me está hablando de Salchichita, su cerdo —explicó la gata—. Dice que se lo compró su madre.

—Qué bien —dije.

Dónut: HA DICHO QUE SU PADRE LE DIO A BEBER UNA POCIÓN DESPUÉS DE QUE HICIÉSEMOS SALTAR POR LOS AIRES LA FORTALEZA PÁRAMO, QUE NO HABÍA PARADO DE LLORAR DESDE QUE PASÓ Y LA POCIÓN LA AYUDÓ A TRANQUILIZARSE. CUANDO ENTRAMOS, ESTABA DURMIENDO EN LA COCINA JUNTO A SU PADRE. MORDECAI DICE QUE ES PROBABLE QUE EL EFECTO SE LE PASE PRONTO.

Carl: Dios. Pobre niña. Me alegro de que llegásemos antes de que se la pasase el efecto. Katia y los demás llegarán cuando amanezca. Van a traer a Higo para que cuide de ella.

—¡Carl! ¡Mira! —exclamó Dónut cuando volvíamos a Pezuña de Camella con los demás. Me giré para ver un avión que descendía despacio desde los cielos. Era el Pesadilla II. Se había separado del globo principal durante el enfrentamiento contra el jefe, y luego se le había acabado el combustible al globo de emergencia de la aeronave, lo que había hecho que descendiese despacio hasta el suelo.

Indiqué a Louis y Firas que se hiciesen con él y lo arrastrasen hasta la casa. Era probable que cupiese dentro del garaje. Les comenté que lo asegurasen allí dentro para protegerlo de la próxima tormenta, así tendrían algo que hacer.

Vi cómo se marchaban. Ambos tenían una nueva estrella de jefe de municipio junto al nombre. Al parecer, habían acabado con la reina de los diablos picudos junto con los arqueros. Langley dijo que no les había ido nada mal durante el combate.

Después de matar a la criatura, los diablos picudos normales desaparecieron. Aún quedaban esas pequeñas cosas explosivas que salían de noche y los pájaros, pero podía decirse que habíamos limpiado de enemigos el cuenco.

Bonnie caminaba junto a Higo, quien había adquirido la forma de una gnoma de los dirigibles. Le había dado la mano mientras avanzaban por el suelo caliente del desierto. El conjuro de la niña no se había disipado aún.

—Nosotros la cuidaremos —dijo Higo—. Los huérfanos siempre tendrán un hogar en Pezuña de Camella.

Dónut: ¿HUÉRFANOS Y UN BURDEL TAMAÑO PUEBLO?

Carl: Ahora no, Dónut.

Mientras caminábamos, extendí el brazo y le di unas palmaditas a la gata en la cabeza.

—Ha estado cerca, ¿verdad? —dije.

—Pero lo hemos conseguido. —La gata no dejaba de sacudirse arena del pelaje con rabia—. Pero qué calor. Carl, vas a tener que inventar un aire acondicionado portátil. Esto es un ultraje.

—Mira —dije—. Tenemos que hablar sobre esa batalla. Me alegra que Mongo y tú tengáis un vínculo tan bueno, y sé que ahora ya da igual, pero necesito que luches. Mongo va a resultar herido nos guste o no. No puedes agobiarte tanto cuando ocurra. Lo protegeremos y haremos todo lo que esté en nuestras manos, pero entraste en pánico al verle las heridas y no hiciste absolutamente nada.

Dónut dejó de limpiarse durante unos instante.

—¿Qué intentas decirme, Carl?

—Lo que quiero decir es que si no prestas atención durante los combates, acabaremos muertos. No puedo hacerlo todo yo.

—Y no lo has hecho. ¿Quién pulsó el interruptor? Es que de verdad, eh… No podía lanzar conjuros, y en este piso tengo una clase mágica. ¿Qué se supone que iba a hacer? ¿Vomitar encima del pajarraco? Además, estaba claro que podías con él.

—No sabía qué hacer hasta el último momento. Tuvimos suerte.

—Eso no fue suerte, Carl. Eso fuiste tú haciendo de las tuyas. Estoy segura de que teníamos que ahogar al ganso en el fregadero. O en la jarra de limonada. Lo de arrancarle la cabeza con el triturador de basura fue algo típico de Carl. Eres un buen guerrero y reaccionas muy rápido. Por eso seguimos con vida. No sueles tener la respuesta esperable para los problemas, pero siempre se te ocurre otra que funciona de igual manera.

Iba a decir algo, pero Katia se nos acercó en ese momento.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Entramos en la necrópolis?

Saqué la carta del mago y se la mostré.

—Estoy casi seguro de que esto significa que tenemos que hacernos con el cuadrante de Tierra antes de intentar siquiera asaltar las catacumbas. El mago dice que preferiría destruir el

mundo antes de dejar salir al fantasma. No sé qué estará pasando allí, pero será mejor que tengamos cuidado.

Katia pareció muy aliviada. A ninguno nos gustaba la idea de meternos en un sistema de túneles oscuros llenos de agua y trampas.

—Vamos a ir volando en esa estúpida casa, ¿verdad?

Sonreí.

—No te preocupes. Te lo vas a pasar genial. Vamos a tirar la casa por la ventana.

Zev y Loita nos enviaron un mensaje cuando volvimos a cruzar las puertas del asentamiento.

LOITA: Felicidades. Estar a punto de morir en los combates va genial para los espectadores. Seguid así. Dónut, tienes una caja nueva. Han insistido diciendo que esta versión no explotará mientras no abras a conciencia la parte de la cabeza. Pasa algo de tiempo con el robot. Si funciona como debería, os llevaremos al programa un día antes de lo previsto.

DÓNUT: NO LAS TENGO TODAS CONMIGO, LOITA.

LOITA: Me da igual lo que opines, mazmorrera. Haz lo que se te ordena.

DÓNUT: VALE. TAMPOCO TE PONGAS ASÍ, ¿EH?

LOITA: No me respondas. Siempre te olvidas de la situación en la que te encuentras.

DÓNUT: NO ME GUSTAS NADA, LOITA. HUELES MUY MAL.

LOITA: Es recíproco. Y como vuelvas a hablar, haré que te quiten a Mongo. Lo usaremos para alimentar a los monstruos del siguiente piso y te obligaremos a mirar. Puedo hacerlo. No me pongas a prueba.

Dónut resopló con rabia sobre mi hombro.

CARL: Tranquila, tranquila. Que no se te agrien las escamas. Jugaremos con el robot.

ZEV: Que sepáis que a los fans les ha gustado mucho el enfrentamiento. Buen trabajo a los dos. También siento decir que esta es nuestra despedida. Seguiré siendo la asistenta de Loita entre bambalinas, pero me temo que ya no necesitáis una encargada de redes sociales.

Alcé la mano para evitar que Dónut dijese nada.

CARL: ¿A qué te refieres?

LOITA: Se refiere a que habéis comprado el tablón de redes sociales, por lo que ya no necesitáis que interprete y os comente lo que las masas dicen sobre

vosotros.

CARL: ¿Podrías al menos enviarla aquí para que Dónut se despida de ella?

LOITA: No, claro que no.

CARL: ¿Y al publirreportaje sobre el robot? ¿Podría ir?

LOITA: No. Ya no es su trabajo. Yo seré quien esté allí, obviamente. Venga, seguid con lo vuestro.

La comunicación se interrumpió.

—Ni siquiera he podido despedirme de ella —dijo Dónut. Sollozó —. No hubiese comprado el panel de redes sociales de haber sabido que no iba a volver a hablar con ella.

—Tranquila, Dónut —dije—. La volveremos a ver. Te lo prometo.

—No deberías prometer ese tipo de cosas —aseguró la gata—. No deberías prometer cosas que no puedes cumplir.

Le di unas palmaditas en la cabeza.

—La volveremos a ver, Dónut. Siempre mantengo mis promesas.

Ella me dio un leve cabezazo y empezó a ronronear con fuerza.

Cuando volvimos a la base, dormí durante dos horas, me duché, reinicié las ventajas, entrené y comí. Pasé algo de tiempo con Mordecai, experimentando con diferentes tipos de recetas de explosivos, como un gel tipo pasta de dientes que podía arder durante mucho tiempo y a gran temperatura. Cada vez se me daba mejor sacar fórmulas del libro y guiar las conversaciones para que diese la impresión de que la idea se le había ocurrido a Mordecai.

Vimos el episodio resumen. En él apareció el enfrentamiento de la casa en caída libre, y también vi cómo les iba a los demás. Prepotente y Miriam estaban más o menos como nosotros. Habían conseguido escalar la muralla interior de su burbuja y matar a todas las arañas gracias a algún tipo de desventaja que hacía que se durmiesen y cayesen a una muerte segura. Por alguna razón, eso también había hecho que superasen la zona subterránea de su burbuja, y ahora se estaban preparando para el cuadrante de Agua.

La criatura de dos cabezas que era los hermanos Popov se encontraba en un barco pirata disparando los cañones a otros barcos también de piratas. No sabía muy bien qué estaba pasando ahí. Lucia Mar luchó contra una momia de hielo con muchas

extremidades y la destrozó. Se había unido a un grupo de gente, lo que me sorprendió, y el programa no dio muchos detalles al respecto. Quan Ch ya había roto su burbuja y volaba por la zona *farmeando* todos los monstruos que se encontraba.

La lista de los diez primeros estaba prácticamente igual, pero Florin el cocodriliano había desaparecido de ella. La última vez que lo habíamos visto se encontraba sentado en la habitación inicial del piso y no había elegido el cuadrante de la burbuja tras la muerte de Ifechi. Me pregunté dónde se encontraría en aquel momento, o si estaba vivo siquiera. La lista era la siguiente:

1. Lucia Mar. Ladjablès. General inquisidor negro. Nivel 41. 1.000.000 (doble).
2. Carl. Primigenio. Anarquista moderado. Nivel 44. 500.000 (doble).
3. Prepotente. Cáprido. Equilibrista maldito. Nivel 38. 400.000 (doble).
4. Dónut. Gata. Ex actriz infantil. Nivel 37. 300.000 (doble).
5. Dmitri y Maxim Popov. Cabecencos. Ilusionista y bogatyr. Nivel 37. 200.000 (doble).
6. Miriam Dom. Humana. Pastora. Nivel 34. 100.000 (doble).
7. Quan Ch. Semielfo. Soldado de seguridad imperial. Nivel 45. 100.000 (doble).
8. Elle McGib. Doncella de hielo. Neviscamante. Nivel 35. 100.000.
9. Bogdon Ro. Humano. Legado. Nivel 35. 100.000.
10. Chirag Ali. Humano. Paladín sagrado. Nivel 35. 100.000.

Aún no sabía quién era ese tal Bogdon Ro. Quan había bajado varios puestos, probablemente porque había limpiado la burbuja demasiado rápido y se había quedado por la zona. La gente se aburría con mucha facilidad. Aún era quien tenía más nivel, pero yo cada vez estaba más cerca de él. Había alguien nuevo en la parte baja de la lista. No estaba seguro de si lo había visto o no en el programa.

—Sigo sin entender por qué esa cabra es tan popular —gruñó Dónut—. No me gusta estar separada de ti, Carl.

—¿Quieres hablar sobre el tema? —preguntó la Dónut robot—. Podríamos reunirnos y comentarlo. Solas tú y yo, amiga mía.

—Cállate ya —dijo la gata con tono irritado. Lo de tener un «producto» propio ya no era tan novedoso y agradable.

La nueva versión del juguete robot pesaba el triple que la anterior y también era un poco más grande. Mongo la había atacado de

inmediato, pero en esta ocasión el artilugio no había sufrido daño alguno, que se viese. Pasé algo de tiempo jugando con esa cosa y vi que era muy resistente, pero aparte de eso no la habían arreglado mucho. Seguía soltando citas aleatorias que parecían de Garfield y reaccionaba de forma extraña a según qué cosas.

No obstante, era sin duda la mejor versión hasta la fecha. Y funcionaba tal y como tenía que hacerlo. Más o menos. Loita nos comentó que iríamos al programa en unas pocas horas para hablar sobre el producto. Katia seguía teniendo cita para ir a otro, pero en su caso sería dentro de un día y por la noche. Con suerte, ya estaríamos en el cuadrante de Tierra para entonces.

El juguete robot tenía un pequeño panel de control en la parte de atrás de la cabeza, cerrado con una pestaña barata, como el compartimento para pilas de un juguete de la Tierra. Lo abrí y recibí un aviso que indicaba que aquello iba a autodestruirse dentro de cinco segundos si no lo volvía a cerrar. Sentía mucha curiosidad con lo que podría pasar, ya que nos encontrábamos en una estancia segura, pero en el último momento volví a colocar el pequeño rectángulo en su sitio y este emitió un chasquido.

Mordecai me dijo que no tentara a la suerte, ya que se trataba de un juguete mejorado.

—¿Y eso qué significa? —pregunté. Volví a echar un vistazo a la pestaña. «Pero qué cosa más cutre, Dios».

—¿Sabes esos videojuegos que requieren acceso a internet para jugar, aunque sean de un solo jugador? Pues es más o menos lo mismo. La mayoría de los juguetes de hoy en día requieren acceso a una zona licenciada y mejorada para funcionar. Y algunos van incluso más allá y necesitan que el niño tenga una licencia instalada en sí mismo para desbloquear todas sus características. Eso obliga a que sus padres estén al día con los pagos de impuestos. Este no tiene nada de eso, claro. No es tan sofisticado como muchos de los productos que hay por ahí, pero a cambio es algo con lo que podría jugar un niño que esté en un largo viaje interestelar fuera de la red de un sistema planetario. O una familia demasiado pobre como para pagar la tasa de acceso. Si activas la secuencia de autodestrucción, es posible que la IA llegue a teletransportarlo fuera de aquí, o puede

que no, sobre todo porque la añadieron para evitar que le abrieses la cabeza. La verdad es que no sé qué podría pasar. Y te aseguro que tú tampoco quieres saberlo.

El robot empezó a brincar de un lado a otro, como si estuviese de acuerdo con el aveceleste.

—Carl, Carl, ¡vamos a matar a otro humanotauro!

Extendí el brazo y le di unas palmaditas en la cabeza al robot. Gimió. Un gemido sexual y demasiado humano de mujer. Aparté la mano al instante.

—¡Joder!

> Carl: Vale, a ver. Esa empresa, Veriluxx. ¿Intentan de verdad ayudar a los niños pobres con esta mierda?
>
> Mordecai: Yo no diría tanto, la verdad. Nunca había oído hablar de ellos, pero el logotipo de la caja de benefactor daba a entender que tienen vínculos con la Asociación Veritana. Es un fondo de crédito que aboga por esclavizar a todos aquellos que no puedan permitirse pagar impuestos. Le he estado dando vueltas a por qué una compañía gastaría tanto dinero en un juguete estúpido, pero no le encuentro el sentido. Solo una megacorporación podría permitirse una campaña tan cara, y solo lo harían en caso de que fuesen a recibir algún tipo de beneficio. Dudo que su objetivo sea vender juguetes baratos. Nunca lo sabremos, pero es probable que su cometido sea hacerles llegar dinero a los Borant. Son buenos aliados, de ellos y del Florecimiento.
>
> Carl: Madre mía. ¿El universo entero está lleno de comemierdas o qué?
>
> Mordecai: Qué va. Los únicos así son los que tienen dinero.

—Uy —dijo la Dónut robot—. Qué ganitas tengo de ir a otro programa. ¡Voy a conseguir más fans!

Pasé algo de tiempo jugueteando con el reloj. Era idéntico al que tenía Henrik, aunque la descripción ayudaba menos incluso. Empecé a darle vueltas en mi mano. Había un símbolo de un hueso grabado en el metal. Lo había visto antes en alguna parte, pero no recordaba dónde. El reloj no funcionaba.

> Reloj de bolsillo misterioso.
>
> ¿Qué cojones es esta cosa? ¿Para qué sirve? Lo de dar la hora no se le da nada bien. A veces, las manecillas se mueven por sí solas. Y tiene un espejo integrado que en realidad no es un espejo. Tienes que encontrar la caja para conseguir que funcione.

Y ya estaba. Lo abrí, y el espejito que había sobre la esfera estaba del todo negro. Dentro había un pequeño indicador para una alarma. Tiré tres veces de la pestaña que había en la parte superior del reloj. Podía ajustarlo, así que lo moví hasta llegar a la manecilla de las horas y el aparato empezó a vibrar en la palma de mi mano como un móvil con el sonido desactivado. Apagué la alarma.

La imagen del espejito cambió en ese momento. En él apareció una criatura con forma de pez que me miraba fijamente. Luego volvió a quedarse en negro.

Me di cuenta de que era Henrik. Estaba en la necrópolis con el otro reloj y había adquirido la forma de una criatura submarina. Me había puesto en contacto con él al hacer sonar la alarma. Suspiré y cerré el artilugio. Al menos ahora sabíamos que el cambiado seguía con vida.

—Oye —dijo Katia, que se asomó al espacio personal—. Bonnie está empezando a despertarse. La han llevado a casa de Skarn. Deberías ir a verla antes de que te marches al programa con Dónut.

Era buena idea. Teníamos que hacer el publirreportaje y, al volver, nos meteríamos en la casa voladora para salir del cuenco.

—¿Cómo está? —pregunté mientras seguía a Katia.

—No demasiado bien. Pero es una niña. Los niños aguantan mucho.

La verdad es que los dromedarienses no trataron mal a la niña, a pesar de que en parte era la responsable del bombardeo. No tenía muy claro si los humanos se hubiesen comportado de forma tan compasiva en la misma situación. Un grupo de camellos se encontraba por fuera de la casa, hablando entre ellos en voz baja. Seguí a Katia al interior.

—Aquí es donde vas a dormir —decía Higo. Señalaba hacia uno de los rincones de la estancia.

Me sorprendí al ver que Dónut y Mongo ya estaban por allí. No me había dado cuenta de que la gata ya había terminado con el entrenamiento.

—Esa no es mi cama —dijo Bonnie, que miraba el catre sencillo que tenía delante. La pequeña gnoma se abrazaba con fuerza a sí misma. Había cambiado el jersey de fútbol americano que le

quedaba grande por un vestido que también le quedaba demasiado grande. Skarn estaba junto a ella, con una mano apoyada en su hombro. También se había transformado en un gnomo.

—Hola. Te la he traído —dije al tiempo que sacaba la cama rosa del inventario. Todos se apartaron mientras yo la colocaba en la habitación. Era demasiado grande para la pequeña, pero el lugar tenía espacio suficiente como para que no fuese un problema. Era la misma en la que dormía en la otra casa. Después saqué la mesilla de noche que tenía al lado y la coloqué en la misma posición.

La niña ni reaccionó, prácticamente.

—Denise mató a mi padre —dijo de repente—. Él sabía que iba a hacerlo. Dijo que no podía evitarlo de ninguna manera. Me ordenó que empezase a preparar limonada, pero yo empecé a llorar, por lo que me dio la poción y dejé de tener miedo. ¿Tenéis otra de esas pociones? ¿Por favor?

—No, cielo —respondió Higo.

—No te preocupes —dijo Skarn—. Cuando bombardearon mi pueblo, mis padres también murieron. Pero aquí cuidan bien de mí. Los camellos son unos gruñones, pero no son malos.

—Vale —comentó Bonnie con una vocecilla. Después se frotó la nariz.

Mongo se acercó despacio a la niña y soltó el conejito rosa delante de ella. La gnoma se hizo con él y lo agarró con fuerza. Cerró los ojos. Yo saqué del inventario el dibujo, el de la niña con su madre y con su padre, y lo coloqué sobre la mesa de noche.

> Loita: Madre mía, por todos los dioses. Al público le gusta el drama, pero esto ya es pasarse. Deja de preocuparte tanto por los PNJ. Te teletransportaremos al programa dentro de veinte minutos.

Les hice señas a Katia y a Dónut y dejamos a la niña con Higo. Me giré una última vez antes de salir y vi que Bonnie se había puesto a llorar, aferrada a la cambiada mientras sostenía el conejito rosa de peluche. Higo le acariciaba el pelo.

Aquel fue el momento. Ese mismo. Era una idea que no se me iba de la cabeza, pero la había descartado por ser demasiado arriesgada. Demasiado precipitada.

Pero aquel fue el momento en el que cambié de opinión.

18 

<Nota añadida por el mazmorrero Coolie. Decimonovena edición>.

Esta noche he ido a un programa. Me teletransportaron a una nave que vuela en órbita baja sobre el planeta. Tiene una ventana sin cristal que únicamente está protegida por un campo de fuerza. Es increíble. Puedo ver mi planeta desde aquí. Mi planeta maravilloso y perdido. Si voy a morir, me gustaría que esto fuese lo último que viese.

Carl: Tengo algunas cosas que preparar en la mesa de zapador. Las terminaré rápido antes de que nos teletransportes.

Loita: Tienes diez minutos. Ni un segundo más. Rápido, Carl. El equipo de Veriluxx está pagando el alquiler de la caravana.

Avancé a toda velocidad por la calle hasta el bar más cercano y entré en nuestro espacio personal. Tenía dos juegos de cortinas de humo infusionándose con pociones. Desde que había leído sobre la idea en el libro de cocina, había estado experimentando con combinaciones diferentes. Lo único que había funcionado por el momento había sido mezclar una bomba de humo con un conjuro de sanación, lo que creaba un arma perfecta contra los muertos vivientes. Aún no había tenido la oportunidad de usarla.

En la mesa tenía dos espacios para infusionar objetos. En el primero estaba intentando mezclar una cortina de humo con un poco del batido de inmunidad de Beneficios Ya que había creado en el segundo piso. La poción daba inmunidad temporal a enfermedades, pero te emborrachaba de lo lindo. Supe al momento que no iba a funcionar. La bomba de humo se había ennegrecido y había adquirido el estado PORQUERÍA. Es lo que ocurría normalmente.

La segunda infusión fue mucho más exitosa. Ya sabía que iba a funcionar porque había sacado la receta del libro de cocina. Tenía

que hacer como si la hubiese descubierto por casualidad.

La mayoría de las cajas recientes que había conseguido tenían al menos una poción de invisibilidad. Eran muy valiosas. Cuando conseguí cinco de ellas, llegué a la conclusión de que era el momento de «desperdiciar» una para experimentar.

—Anda, parece que esta mezcla sí que ha funcionado —le dije a la Dónut robot, que estaba sobre la mesa viéndome trabajar.

> Tu habilidad infusionar ha subido a nivel 3. Espera a que aprendas cómo hacer esto con el vodka.

Cogí la cortina de humo redonda, que normalmente era roja, pero ahora brillaba con una opalescencia multicolor.

> Bola de discoteca hobgoblin.
> Tipo: Objeto lanzable y deflagrable infusionado mágicamente.
> Efecto: Es una flipada.
> Estado: 25. Inestable.
> Éxtasis no incluido.
> Hazte con una cortina de humo hobgoblin, métela en una poción de invisibilidad y ¿cuál es el resultado? Una fiesta. ¡Ese es el resultado! Crea densas nubes de humo de varios colores que son fotosensibles y reaccionan a las frecuencias. En caso de que no sepas qué significa eso, tú usa una y ya verás. El humo ocultará todos los movimientos que se hagan en el interior, y los penachos bailotearán al ritmo.
> Aviso: A diferencia de una cortina de humo normal y corriente, aquel que lancé la cortina no es inmune a sus efectos. En otras palabras, quedarás a ciegas igual que los monstruos. Se aconseja que no te la tires a los pies, a menos que seas el tipo más guapo de la orgía.

La infusión de cortinas de humo las convertía en objetos inestables de por sí, razón por la que quería evitar probarlas con explosivos. Una vez subiese la habilidad un poco más, eso dejaría de ser un problema. La coloqué al borde de la mesa mientras cerraba las bandejas donde se llevaban a cabo las infusiones.

—¡Buen trabajo, Carl! —dijo la Dónut robot.

—Sí. La habilidad me ha subido un nivel —dije.

La Dónut robot empezó a brincar.

—¡Sí! ¡Me encantan los niveles de las habilidades!

Cuando cayó sobre la mesa, el robot le dio un golpe sin querer a la bola de discoteca y la tiró al suelo.

—Cagondiós, Dónut robot —grité.

El estado de aquella cosa quedaba protegido mientras se encontrase sobre la mesa, pero no al tocar el suelo. Y, aunque los explosivos nunca estallaban dentro de las estancias seguras, con las bombas de humo no pasaba lo mismo. Ya había tenido varias malas experiencias al respecto.

Di un paso atrás y pisé sin querer la cortina de humo, que como era de esperar, se activó.

Un arcoíris de humo llenó el estudio de creación en ese momento. Mordecai, que se encontraba en el otro extremo de la estancia, se inclinó sobre la mesa de alquimia y alzó la vista justo a tiempo para empezar a dedicarme improperios.

—Puta mierda, joder —dije. Me hice con la Dónut robot y me la llevé al pecho mientras el humo denso empezaba a cubrirnos. Sostuve el robot con fuerza mientras quedábamos rodeados por una cantidad ingente de volutas de humo—. ¡No te muevas, Mordecai! Se disipará en un minuto.

—Qué colores más bonitos —dijo la Dónut robot. Sentí que giraba la cabeza para mirarme a pesar de la tormenta de humo de todo tipo de colores que nos rodeaba. La voz de la criatura bajó una octava—. Esto es lo que todos vemos cuando nos llega la hora. Siempre estaré aquí para ti, Carl.

> Loita: ¿Has acabado ya? Tenemos que irnos.
> Carl: Estamos listos.

Dónut se había dado una ducha y había convencido a Katia para que la cepillase mientras yo estaba con mis cosas en el estudio de creación. Katia se había partido la caja con el incidente de la bola de discoteca, sobre todo después de que Mordecai saliese de allí hecho una furia y quejándose de que le había arruinado una hora completa de trabajo. Yo seguía aferrado con fuerza al robot. El tornado de colores solo había durado un minuto, pero había dejado un residuo arenoso y tecnicolor sobre todas las cosas y todas las personas que había en la estancia. La zona común al completo olía a algodón de azúcar quemado. El robot limpiador empezó a hacerme ruidos iracundos y se abalanzó hacia la suciedad.

—¿En serio, Carl? —dijo Dónut mientras me sacudía polvo de colores del pelo—. Es como si acabaras de matar a todos los personajes de *La tierra del Arcoíris*. Después de todo lo que hemos hecho para conseguir que Mongo no le haga nada… Podrías haber destrozado a la Dónut robot. ¡Mírala! No les va a gustar, Carl.

LOITA: **Teletransportación inminente.**

—¡Así estoy mejor que nunca, amiga! —dijo la Dónut robot, que seguía en mis brazos. Antes de que Dónut llegase a responder, hubo un estallido de luz y aparecimos en la caravana de producción.

Eché un vistazo alrededor para ver con qué íbamos a toparnos. Noté una moqueta frondosa bajo los pies. El color del casco me confirmó al momento que estábamos debajo de la superficie y no volando. A pesar de ello, mis menús habían desaparecido. Tampoco tenía acceso al inventario.

Era una buena caravana de calidad media, pero submarina, no un barco como la última vez que habíamos ido a un programa que no era el de Odette. A pesar de estar bajo la superficie, tenía una configuración similar a la de producción de Odette, con un camerino y una puerta que daba al estudio. De hecho, me di cuenta de que era exactamente el mismo modelo, aunque en este caso el camerino tenía una disposición diferente y un ventanal que daba a la oscuridad del océano.

—No hay tentempiés —gruñó Dónut.

Loita estaba sentada en el sofá que había al fondo de la estancia, lo que explicaba por qué no nos habían aparecido los menús. Tenía un aspecto cómico por ser tan pequeña y estar rodeada de cojines enormes. Llevaba ese dispositivo de reciclado de aire alrededor del cuello, sin el traje blindado que Zev siempre insistía en ponerse. El pequeño dispositivo a veces soltaba un chorrillo de agua. Se había formado una enorme marca de agua a su alrededor. Me acerqué y me incliné sobre ella para luego tocar el ventanal que daba a las frías profundidades del exterior. Sentí cómo el agua del reciclador de aire me mojaba la pierna. Estaba muy oscuro ahí fuera, y noté el peso del océano que nos rodeaba. El «cristal» tenía un tacto

parecido al del plástico. Me fijé en que se veía un leve campo de fuerza en el exterior, prácticamente invisible.

—¿Estas caravanas sirven en el espacio, como naves espaciales? —pregunté—. ¿O tienen que ir dentro de un vehículo de transporte más grande?

Ella arrugó la frente, como si le sorprendiese la pregunta.

—¿Por qué te preocupa algo así?

—Hace tiempo nos atacaron cuando estábamos en órbita, y los que lo hicieron lo han vuelto a intentar hace poco. Tenía curiosidad por saber si estas cosas son muy resistentes.

—Tu seguridad no será un problema, mazmorrero. Estás en una caravana de seguridad submarina.

Volví a tocar la pared.

—De seguridad, ¿no? Nos acabamos de teletransportar aquí como si nada. Si yo fuese un asesino alienígena, también intentaría encontrar la manera de teletransportarme aquí. En la Tierra teníamos una serie llamada *Star Trek*, y los malos siempre se teletransportaban a las naves de sus enemigos para atacarlos.

—La verdad es que para ser un mazmorrero tan famoso eres muy cobarde. La caravana activa un escudo cuando entráis. Nadie puede colarse ni salir hasta que termine el programa. Te repito que estarás más seguro aquí que en la mazmorra.

—Eso espero —dije—. No te olvides de que tú también estás aquí.

Abrió los ojos de par en par, pero el gesto no duró demasiado. Se acababa de dar cuenta de la Dónut robot cubierta de polvo multicolor que llevaba en brazos. Soltó un leve grito ahogado de desesperación.

—¡Pedazo de imbécil! ¿Qué le has hecho a la muestra?

—Hola. ¡Me llamo Princesa Dónut la Reina Ana Rechonchita! —dijo el robot a Loita—. ¿Tú cómo te llamas? Estábamos creando cosas. ¿Quieres suscribirte a mi canal? ¡Matamos con estilo!

—Cagonlosdioses. Sabía que terminarías por estropearlo todo —se quejó Loita con dramatismo. Puso la mirada perdida mientras navegaba por sus menús—. Bueno, bueno. Calma. Parece que tienen otro modelo por aquí. Uno de verdad, no el mejorado para la mazmorra.

—¿Uno de verdad? —pregunté mientras me giraba hacia la puerta —. ¿Podremos llevárnoslo cuando terminemos?

—No, claro que no. Será un holograma.

—Eso no tiene gracia —dije.

—Tendrán un muñeco holográfico de Dónut y otro de Mongo. Entraréis ahí e interactuaréis con los juguetes, pero no podréis tocarlos porque estropearíamos la ilusión.

Dónut, que llevaba un rato sentada en silencio en el suelo y no quería subirse al sillón junto a Loita ni en mi hombro porque seguía llenos de polvos multicolor, pareció activarse cuando se hizo mención del muñeco de Mongo.

—¿Puedo sacar a Mongo? Sería perfecto, ¿verdad? Seguro que le encantaría conocer a su versión de juguete.

—No —espetó Loita—. Limitaos a salir ahí y dar vuestra opinión sobre el producto. Y si no se os ocurre nada, leed el guion. No comentéis nada negativo. No estaréis en directo, así que nada de creer que vais a convertiros en unos valientes capaces de salvar el universo. Todas las estupideces que salgan por vuestras bocas se eliminarán en posproducción y solo servirán para quedarnos más tiempo por aquí. —Loita agitó una mano y apareció un cuadrado virtual flotando frente al sillón—. Veré la grabación desde aquí. No me obliguéis a levantarme para entrar. Si me obligáis a hacerlo, os juro por los dioses que no estaré de buen humor.

Dónut gruñó y dijo algo en voz baja, algo que sonó como «comida para gatos parlante».

—¿Por qué estás siempre tan enfadada, Loita? —pregunté.

La pequeña mujer pez me fulminó con la mirada. Por unos instantes, no creí que fuese a responder, pero luego dijo:

—Tú. Tu gata. Tu pueblo. Tu cultura horrible. Todo es un cáncer para el Florecimiento, y no deberíamos estar haciendo esto.

Sentí cómo se me arqueaba una ceja.

—¿Haciendo el qué?

—No deberíamos celebrar vuestra cultura ni ponerla en manos de las masas.

Me reí con amargura.

—¿Celebrar? ¿Llamas a esto «celebrar» nuestra cultura? Nos habéis exterminado para luego beneficiaros de nuestras cenizas.

—Si de mí dependiese, nos limitaríamos a exterminaros y ya está. Sois asquerosos. Secos. Una podredumbre para el Florecimiento.

Dónut agitó la cola.

—Cielo, creo que no deberías de haberte hecho relaciones públicas si eso es lo que opinas de nosotros. Francamente, algo me dice que no piensas en nuestro bienestar. Esa es la razón por la que trabajábamos mucho mejor con Zev. Ella sí que entendía cómo aprovecharse de nuestra fama.

El comentario pareció afectar a Loita.

—¿Zev? Lo que le habéis hecho a Zev es la razón por la que sois tan peligrosos. Es joven e influenciable. Es el futuro de los kua-tin. Del Florecimiento. Su generación se ha quedado embelesada con la novedad. No confían en lo que supone tener un sistema fuerte. No confían en la Verdadera Unidad. En el Gran Consenso. ¿Sabéis qué tuvimos que hacer para enderezarla? Cosas innombrables a su madre y a sus tías. Fue la única manera. Ahora vamos a tener que hacer lo mismo a toda una generación por vuestra culpa. Por culpa de vuestra asquerosa cultura.

No entendía muy bien por qué estaba enfadada, pero empezaba a cabrearme. «Contrólate. Tranquilo». Luego apreté los dientes y dije:

—Pues no sé qué quieres que te diga, Loita. Si nos hubieseis dejado en paz, no tendríais que preocuparos por…

Me interrumpió en ese momento mientras señalaba a Dónut, que parecía afligida.

—Vuestra cultura, ese intento separatista, derrotista, multiorgánico y diversificado que tenéis por cultura, es una enfermedad contagiosa y mortal y debe ser tratada como tal. Después de este mazmorreo, después de que todos y cada uno de vosotros, escoria reseca, haya muerto, el sistema Borant cerrará sus fronteras y solo entonces llegará el momento del nuevo despertar. Solo entonces nos libraremos de esta podredumbre.

Dónut alzó la vista para mirarme.

—No veas. ¿Es cosa mía o está como una cabra?

Intenté no reírme. Loita gruñó y estuvo a punto de decir algo más, pero en ese momento le brillaron los ojos. Respiró hondo y derramó más agua sobre el sillón.

—Ha llegado la hora. Entrad por esa puerta. No me hagáis levantarme.

Asentí. No tenía ganas de seguir hablando. No entendía muy bien todas las tonterías que había soltado sobre su partido político, pero sí que había entendido lo de Zev.

«¿Sabéis qué tuvimos que hacer para enderezarla?».

Tragué saliva. Me temblaban las manos.

Dejé a la Dónut robot sobre el sillón junto a Loita.

—Muy bien, Dónut robot. Quédate con Loita. ¿Me has entendido?

—Quedarme con Loita —dijo la Dónut robot—. Entendido. —Giró la cabeza hacia la kua-tin y dijo—. ¿Has sentido alguna vez el verdadero frío? Pronto vendrá a por nosotros. Siempre acecha en las sombras.

—Vamos, Dónut —dije al tiempo que me giraba hacia la puerta—. Acabemos con este publirreportaje.

> <Nota añadida por el mazmorrero Coolie. Decimonovena edición>.
>
> Esta noche voy a otro programa. He ocultado una pasta de osgo en mis botas. Las detonaré cuando esté en órbita. Habrá dos administradores a bordo. Mi habilidad Escudo explosivo debería protegerme, si es que la habilidad funciona en un lugar como ese, que ni siquiera lo sé. Pero si consigo que explote la nave, todo dará igual. No me olvidéis, hermanos. Sé que es poco, pero es lo único que puedo hacer.

Los presentadores de *Exhibición de Juguetes Nuevos de Veriluxx* eran una pareja de tigadores altos y con ojos enormes. Los mitigadores. Un hombre llamado Gravo y una mujer llamada Liddi. Empezaba a darme cuenta de que eran una de las especies de alienígenas más comunes del universo.

Por alguna razón que no llegaba a entender, Gravo, el hombre, iba vestido de vaquero y llevaba un sombrero gigantesco de poliestireno y un chaleco con estrella de sheriff. La palabra «Sherif» estaba escrita así tal cual, con una F menos. No tenía ni idea de si aquello había sido a propósito o no. También llevaba unas chaparreras

blancas y negras que imitaban a una vaca. Y unas botas de vaquero con espuelas que tintineaban cuando movía los pies.

Liddi, la mujer, llevaba una especie de traje de superhéroe de mercadillo que no le quedaba bien. Era azul y rojo, como si se tratara de imitar los colores del de Superman, pero la capa también tenía el patrón blanco y negro de una vaca, similar al de las chaparreras de su compañero. Sobre el pecho, donde tendría que estar la S de Superman, destacaba la palabra «Veriluxx». Llevaba una máscara naranja muy simple que le cubría los ojos y que no pegaba nada con el resto del atuendo.

—Pero ¿qué cojones? —dije al entrar en el plató.

—Es en momentos como este cuando desearía que los gatos fuésemos daltónicos —gruñó Dónut.

El lugar no tenía espacio para albergar público. Era poco más que una mesa donde nos sentábamos los cuatro en fila. Había una silla alta para Dónut y una pequeña caja para mí, para igualarnos a la altura de los tigadores. Se suponía que los juguetes iban a ir sobre dicha mesa y que teníamos que comentar lo maravillosos que eran.

Liddi se acercó y nos saludó.

—Hola, hola. Te estrecharía la mano, pero ¡ya sabes que no puedo! —La alienígena superheroína bajó la mirada y sonrió a Dónut —. Princesa Dónut, debo decir que eres una de mis favoritas. Solo tengo dos canales en la lista, y el tuyo es uno de ellos.

—¿Ah, sí? —dijo la gata, que sonrió al instante. Saltó sobre la silla —. Siempre es un placer conocer a una fan.

La tigadora mujer tenía un montón de chapas repartidas por el pecho del traje. Todas eran de animales diferentes que no reconocí, aunque una de las que estaban más abajo era de Pinhead, de las películas de *Hellraiser*.

—Me alegro de que hayáis venido hoy al programa. Crear una muñeca de Dónut fue idea mía.

—¿Y lo de Garfield también lo fue? —pregunté.

—¿Quién es el otro mazmorrero al que tienes en favoritos? —preguntó Dónut antes de que Liddi respondiese a mi pregunta—. Dijiste que tenías dos.

—Ah. Pues Lucia Mar, claro. La de todo el mundo.

—Bueno, ¿y a qué viene eso? —pregunté mientras señalaba su atuendo de superheroína—. ¿Siempre te vistes así?

Gravo, el vaquero, fue quien respondió:

—No, no lo hacemos —dijo. Parecía tener una personalidad mucho más seria—. Las ropas las usamos para llamar la atención de los niños. Estamos a punto de grabar un anuncio para un programa falso llamado *Exhibición de Juguetes Nuevos de Veriluxx*. Este anuncio se reproducirá en las pantallas de todas las naves amarradas que estén repostando y reparándose, en caso de haya algún niño o alguien que esté en posición de comprar un juguete para uno. El objeto estará físicamente disponible para su compra inmediata en la tienda de la estación, o se podrá pedir en la red del Sindicato. Es un juguete de precio asequible para las familias de ingresos bajos, por lo que vamos a crear una campaña de marketing muy agresiva.

—Un momento, ¿entonces es como si fuese un anuncio que solo se va a reproducir en las gasolineras? —pregunté.

—En las terminales de repostaje y en las estaciones de paso, sí —convino Gravo—. E irá dirigido a niños que también vean el canal de Dónut.

Pensé en todos los anuncios de juguetes que me habían atraído cuando era niño.

—¿Y qué haremos? ¿Sentarnos aquí y ponernos a hablar de ese estúpido robot?

—Ese es el plan. Y el alquiler de esta caravana lo pagamos por segundo, por lo que será mejor que nos pongamos a ello. Y no digas que el juguete es estúpido cuando empecemos a grabar.

—Un momento —dije—. ¿De verdad que esos anuncios os funcionan? ¿No sería mejor que en ellos apareciesen niños de verdad jugando con los muñecos? Ya sabéis, anuncios con explosiones, música, colores y niños corriendo por ahí con los robots.

Gravo soltó un bufido.

—Nuestros estudios indican que los niños prefieren que un adulto en quien confían se ponga a su nivel y les hable sobre el producto. Como quienes los compran normalmente son los padres, la nuestra

es una opción lógica que sirve para llamar la atención de los niños y granjearnos la confianza de sus padres.

Intercambié una mirada con Dónut. Estuve a punto de discutir con el alienígena, pero la verdad es que me importaba una mierda el éxito del robot de los huevos. Y estaba muy tenso, demasiado alterado como para darle argumentos coherentes, sobre todo si tenía en cuenta que la compañía que controlaba a Veriluxx era igual de terrible que todas las demás en este puñetero universo.

Pensé en Loita y en su petulancia, sentada en la habitación contigua.

—Pues venga. Vamos a ello.

> <Nota añadida por el mazmorrero Coolie. Decimonovena edición>.
>
> He fracasado. He destruido la nave y la habilidad me ha protegido, pero el campo de fuerza que la rodea ha evitado que se destruya. Los administradores parecían estar junto a mí, pero en realidad eran hologramas. Me han engañado y me avergüenzo por ello, hermanos. La gravedad no funciona, la temperatura no deja de bajar y cada vez me cuesta más respirar. No creo que lleguen a rescatarme antes de que desaparezca el campo de fuerza.
>
> Pero veo mi planeta desde aquí, mi querido Qurux. Brilla y me calienta a pesar del frío. Rezo porque alguien me vengue algún día, ya que yo no podré hacerlo.

—Este juguete es muy divertido —dijo Dónut, que estaba leyendo las frases que aparecían frente a nosotros flotando. No estaba fingiendo demasiado bien. Tenía muy claro que ella también se había quedado afectada por lo que Loita había dicho sobre la familia de Zev. Ya no le apetecía nada lo del programa y estaba interpretando su papel de cualquier manera para que el tiempo pasase lo más rápido posible.

Ninguno de los tigadores pareció darse cuenta.

—¡Yiiija! —digo Gravo. Era como un asesor fiscal sin personalidad al que obligasen a interpretar un papel para un grupo de niños. Sacó un revólver y disparó al aire—. ¡Está claro que este juguete va a ser un éxito muy presuntuoso!

Estaba muy seguro de que «presuntuoso» no tenía el significado que quería usar.

El Mongo de juguete graznó sobre la mesa y empezó a brincar alrededor de la Dónut de juguete. Estaba diseñado para imitar al de verdad con aspecto joven y era adorable. Medía la mitad que la gata robot. Mientras lo mirábamos, Mongo robot saltó y mordió en el hocico a la Dónut robot, quien aulló de dolor.

—¡Mongo malo! ¡Malo! —dijo el robot de la gata.

—Bueno, Carl —llamó Liddi. La tigadora con disfraz de superheroína usaba en realidad el nombre de «Profesora Liddi» para el anuncio. Ni idea de la razón—. ¿Qué es lo que más te gusta de este juguete de Mascotas y Compañeros Reales Veriluxx?

Apareció un párrafo de texto flotando frente a mí, pero lo ignoré.

—Pues lo que más me gusta es que aprenden y se pueden entrenar —dije—. Solo hemos tenido a la Dónut robot unos pocos días, pero le he enseñado varios trucos.

Gravo pareció muy irritado y estuvo a punto de pausar la grabación para repetirla siguiendo el guion, pero la profesora Liddi me siguió el juego.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —continué—. Dice cosas muy raras, pero si le digo que se siente, lo hace. Si le digo que me siga, también lo hace. Hace mucho más caso que la Dónut de verdad.

—Oye —se quejó Dónut—. No me ofendas, Carl.

Tanto Liddi como yo nos reímos.

—Pero eso es lo que queremos todos, ¿no? Que nos obedezcan.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo se llamaba vuestra empresa matriz? La Asociación Veritana, ¿verdad? Es lo que hacen ellos, ¿o no?

Nadie dijo nada durante varios segundos.

—Dejad de grabar —dijo Gravo. Se giró hacia mí—. No sé dónde habrás oído algo así, pero te aseguro que no es cierto. La Asociación Veritana es nuestra empresa matriz, sí, pero somos del todo independientes.

Me encogí de hombros.

—Pues no es lo que he oído. Alguien comenta que vuestra empresa matriz defiende la esclavitud. La gente dice incluso que hay rastreadores en los juguetes.

—Pero ¿qué estás haciendo, Carl? —preguntó Dónut, que alzó la vista para mirarme. Se había quitado las gafas de sol para el programa y tenía los ojos muy abiertos.

—Cíñete al guion, ¿vale? —comentó Gravo—. No seas imbécil. Nada de lo que digas sobre ese tema va a emitirse, así que ¿para qué lo haces?

—Nada de lo que diga aquí —respondí—. Pero en la mazmorra cambia la cosa, ¿no?

—¿Cómo? —preguntó Gravo—. ¿Qué intentas decir? ¿Nos estás chantajeando para conseguir una caja de botín? ¿Estás de broma? ¿De verdad piensas que va a funcionar?

En realidad, no tenía ni idea de si había intenciones ocultas tras los juguetes de Veriluxx. Mordecai parecía pensar que la empresa se usaba para blanquear dinero o algo así. Pero francamente, me daba igual. Lo que estaba haciendo era peligroso. Tanto que podía llegar a considerarse una estupidez. Me la estaba jugando y podía llegar a no servir para nada.

Solo necesitaba que Loita se levantase de ese maldito sillón.

—Una cosa te voy a decir, mazmorrero —empezó a decir Gravo.

Las luces titilaron. Los dos tigadores desaparecieron. El suelo se agitó. El plató quedó a oscuras y luego aparecieron unas luces rojas. Un chirrido horrible resonó por toda la estancia.

—Atención. Se ha activado el sistema antiincendios.

La voz venía de un altavoz.

Dónut saltó sobre mi hombro.

—Carl, Carl, ¡nos atacan!

—Espera —dije—. Prepárate para cualquier cosa.

—¡Aquí no puedo lanzar conjuros!

Me abalancé hacia la puerta del camerino, que se abrió en movimiento circular al acercarnos. Empezó a salir humo del otro lado.

El sillón que había al fondo había quedado reducido a cenizas a causa de la explosión. Respiré hondo, aliviado, al ver que el ventanal seguía intacto.

Pero luego me fijé en que no era así. Tenía una grieta enorme que lo cruzaba, con forma de relámpago. El campo de fuerza azul era lo

único que evitaba que entrase el agua. «Mierda, mierda». Al parecer no iba a haber problema. «Gracias a Dios. Gracias, joder».

«Pero no —pensé—. A Dios no. Gracias a Coolie. Gracias por la información, Coolie».

—¡Carl, creo que la Dónut robot ha explotado! —dijo la gata, que miraba de un lado a otro—. ¿Dónde está Loita? ¿Ha…? —Soltó un grito ahogado.

La silueta desplomada de la administradora de la mazmorra había volado por la estancia para golpearse contra una de las paredes. Dónut se acercó a ella a toda velocidad. A la pequeña kua-tin le faltaban el brazo izquierdo y las dos piernas. Parecía un milagro, pero el dispositivo de reciclado de aire seguía intacto. Tenía el cuerpo de pez ennegrecido, como si la hubiesen pasado por una sartén llena de aceite.

Pero no había muerto. Sentí cómo se me aceleraba el pulso. No podía teletransportarse. Para ello tendrían que desconectar el escudo y, en ese caso, Dónut y yo moriríamos al instante.

Me di cuenta de que Borant tenía que tomar una decisión. Era muy probable que fuesen capaces de sanar a la administradora en segundos, pero solo si la teletransportaban fuera de la caravana. ¿Salvar a una administradora de poca monta o a dos de sus mazmorreros más rentables?

Bajé la vista a la mujer herida y sonreí.

—Esto… Esto ha sido cosa tuya —jadeó Loita.

—¿Por qué dices eso? —respondí—. Ha sido un accidente. Quien ha explotado ha sido el robot. Tú eres la que hizo que pusieran esa secuencia de autodestrucción dentro de esas cosas. Yo estaba en la habitación de al lado. No tengo ni idea de por qué ha explotado. Ya sabías que daba muchos errores.

Aparecieron varias luces al otro lado de la ventana rota, acercándose a toda velocidad al submarino. Eran otras naves que venían para reparar la caravana. No iban a llegar a tiempo.

—No vas a ganar —consiguió articular la kua-tin entre borboteos. Un líquido espumoso y transparente le brotaba por la boca y las branquias—. El Florecimiento prevalecerá. Seréis olvidados.

—Al público le gusta el drama, pero esto ya es pasarse, Loita —dije justo antes de que muriese.

<Nota añadida por el mazmorrero Carl. Vigesimoquinta edición>.

Coolie, sé que no puedes leer esto, pero quiero que tú y los futuros lectores sepáis que he usado la información de tu nota para la primera parte del plan. De no haber sido por tus palabras, no habría tenido la confianza ni los conocimientos necesarios para hacerlo. Esto que he hecho hoy ha sido por ti y por una niñita llamada Bonnie. De lo único que me arrepiento es que esta primera parte haya sido tan insignificante. Y aún no sé si sobreviviré el tiempo suficiente como para continuar con el plan.

Pero si lo consigo, perdóname, por favor. Lo que haga de ahora en adelante, será por mí y por mi gente. Mientras viva, haré todo lo que esté en mi mano para que ardan en el infierno.

No podrán conmigo, joder.

<Nota añadida por el mazmorrero Carl. Vigesimoquinta edición>.

Uno.

19

Los submarinos de reparación solo tardaron unos treinta segundos en solucionar el problema. Cuando terminaron de arreglar el ventanal, Dónut y yo nos teletransportamos fuera de allí. Pero, al hacerlo, no volvimos a nuestro espacio personal. No me sorprendió.

Aunque nuestro destino sí que fue toda una sorpresa.

Entrando en el club Desperado.

Nos encontrábamos en un despacho pequeño y abarrotado. Detrás del escritorio cubierto de documentos había un hombre alto. La figura sombría llevaba una capa oscura con una capucha que le ocultaba el rostro de manera antinatural, como si fuese una especie de parca. Las manos, que era la única carne de su cuerpo que estaba a la vista, eran de un tono violáceo oscuro, casi negro. Tenía los dedos largos parecidos a los de un elfo, aunque su altura daba a entender que no lo era.

El despacho era pequeño, con paredes paneladas de madera y el mismo suelo de baldosas que el resto del club. De una de las paredes colgaba un tapiz que se parecía mucho a una alfombra turca. No había más decoración. Oí el latir de la música de la pista de baile a mucha distancia.

Los indicadores de estado no aparecieron por el momento, pero sí que fui capaz de examinar las propiedades del tipo que teníamos delante. Más o menos.

Orren.
Intermediario del Sindicato.

Había dos sillas viejas de madera frente al escritorio.

—Por favor —dijo el hombre al tiempo que señalaba los asientos —. Sentaos, Carl y Dónut.

Tenía la voz de un profesor británico. Autoritaria, pero nada agresiva.

Ambos nos sentamos sin articular palabra. Yo empecé a morderme el borde aserrado de una uña. La silla no era lo bastante alta para que Dónut mirase por encima del escritorio, y se me antojó muy pequeña cuando la vi allí encima. Extendí el brazo y le di unas palmaditas. Estaba temblando.

El tipo soltó el bolígrafo y entrelazó las manos. Se nos quedó mirando. La oscuridad bajo la capucha se agitó.

—Me llamo Orren. No trabajo para Borant. Soy un asesor independiente contratado por el Sindicato. Un observador imparcial. Trabajo con los productores de la temporada actual, el gobierno del Sindicato y la IA de la mazmorra. Lo normal es que los mazmorreros no me veáis ni a mí ni a mis compañeros, excepto en circunstancias extremas.

—¿Qué me estás contando, entonces? ¿Eres como el director de un instituto? ¿Hablas con los niños que se han portado mal para decirles cuál es su castigo?

Hizo algo parecido a un encogimiento de hombros.

—Soy una persona imparcial que determina los hechos sin usar IA. No soy un sheriff. Ni tampoco un abogado. —Se quedó en silencio unos instantes—. Tampoco un juez, en realidad. —Se agitó en la silla, que crujió como si su cuerpo fuese más pesado de lo que parecía—. Si el Sindicato ve algo que requiere más información, piden informes sobre lo ocurrido a los kua-tin o a la IA. A veces, dichos informes se contradicen. Es en esos casos cuando los intermediarios empezamos a investigar. Y si los hechos se esclarecen, soy yo quien les aconseja los pasos a seguir.

Estábamos en peligro y ambos los sabíamos. Lo sentía mucho por la pobre Dónut, quien no tenía nada que ver con lo ocurrido en la caravana. Pero no me arrepentía de nada. Ni lo más mínimo.

La criatura unió las puntas de los dedos de ambas manos.

—¿Sabéis cuántos intentos de asesinato a administradores de las mazmorras ha habido a lo largo de los solares?

—Muchos, probablemente —dije.

—Más de los que nos gusta admitir, sí —dijo el tipo, Orren—. Y algunos de ellos han tenido éxito. Hace dos temporadas, un cocodriliano consiguió arrancarle la cabeza de un mordisco a su adjunto de exterior. Lo empujó en un pasillo y se la arrancó de cuajo. En lugar de teletransportarlo a una unidad de eliminación de mazmorreros del exterior, los imbéciles de los administradores Fortent enviaron a dos de sus agentes de seguridad para contener al mazmorrero, pero también acabaron muertos antes de que la IA interviniese al fin. Murieron tres, los únicos de aquella temporada.

Orren se reclinó con naturalidad en la silla, que siguió gruñendo y chirriando de manera ominosa. Sabía que intentaba que yo dijese algo, que confesase, como un director de verdad que intentara conseguir que un estudiante rebelde admitiese su culpa. No pensaba hacerlo a menos que me hiciese una pregunta directa.

—Tres no se acerca ni de lejos al récord, claro. Pero siguen siendo muchos. Durante la última temporada del Conglomerado Squim no murieron administradores en manos de ataques de mazmorreros. Me gustaría que intentarais adivinar cuántos lo han hecho en este mazmorreo hasta el momento.

Era una pregunta trampa. Lo tenía muy claro.

—Cero —dije.

El tipo gruñó, como si le estuviese divirtiendo la conversación.

—Sin incluir la muerte más reciente de la administradora Loita, el número de bajas de esta temporada es de quince. Lucia Mar ha matado a dos. Tres si contamos a su primer guía, que no entra en nuestras estadísticas. El resto han muerto a manos de mazmorreros diferentes.

Era algo que me intrigaba de verdad, y también estaba muy orgulloso de mis compañeros humanos.

—Creía que la violencia contra los administradores tenía una respuesta inmediata por parte de la IA. Era lo que decía el aviso.

Orren me ignoró.

—Quince ya se considera un desastre. ¿Sabéis por qué el número es tan alto esta temporada?

Me encogí de hombros.

—Es probable que sea por dos razones. A mi pueblo no le gusta que un pez le diga lo que tiene que hacer. Y, por otra parte, los kuatin están gestionando el programa de la manera más barata posible. Desconozco los detalles de cómo funciona eso de las zonas, pero sé que esta temporada son más peligrosas para los trabajadores.

—Tienes razón en ambos casos. —Tamborileó sobre la mesa con los dedos—. No obstante, mazmorrero, cada una de esas quince muertes…, y las de todos los administradores desde el primer mazmorreo hasta ese momento, de hecho, tienen una cosa en común. —Se inclinó hacia delante. Detecté una ligera distorsión en su voz, como si estuviese hablando a través de un altavoz—. Sabemos exactamente cómo se llevaron a cabo. Esta mazmorra es la ubicación más controlada y observada del universo. El problema es que, en tu caso, nadie sabe cómo lo has hecho.

—Murió por la explosión de ese estúpido gato de juguete —aseguré.

—Carl, empiezo a sospechar que el Orren este cree que hemos asesinado a Loita —dijo Dónut, que habló por primera vez.

—No, no me has entendido, Carl el mazmorrero. Sabemos exactamente cómo murió. Tardamos más de lo que me gustaría en confirmar todos los detalles. Al principio, nos llamó la atención la intensidad de la explosión. No había explosivos adicionales dentro de la caravana de producción, pero el estallido fue más potente de lo que debería. Ese fue el primer misterio, aunque la IA consiguió explicarlo rápidamente. ¿Sabes lo que dijo?

—La gata robot estaba sobre la mesa, viéndome preparar las infusiones —respondí.

El tipo dio un golpe sobre la mesa y me señaló, como si le acabase de dar la respuesta de una ecuación. El ruido repentino e inesperado resonó como un trueno. Intenté no estremecerme, pero me odié a mí mismo cuando fui incapaz de hacerlo.

—¡Sí! La IA mejoró artificialmente la potencia del mecanismo de autodestrucción del juguete solo por estar en tu mesa de zapador mientras trabajabas en ella, que como sabes es uno de los beneficios de tu mesa y de tu habilidad Manejo de explosivos. Pero eso ocurrió sin que nadie interviniese. Los registros indican que no

hiciste ajustes directos a los explosivos del juguete. Lo que hiciste después fue lo que provocó la explosión.

Dónut resopló.

—Dios mío. ¿Ves? Cree que lo hicimos a propósito. —Emitió un ruido de frustración y luego saltó sobre mi hombro para mirar directamente al tipo—. Si Carl hubiese tenido intención de matar a Loita aposta, le hubiese metido un cartucho de dinamita por las branquias para luego darle una patada en la cabeza. A Carl se le da muy bien matar cosas y puede llegar a ser muy listo en ocasiones, pero no asesina en plan asiático sigiloso.

—No digas eso, Dónut —dije.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es racista.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Se puede matar con sigilo sin ser asiático.

—Vale, sí. Pues eso. Que no es el estilo de Carl. Y además, todos sus planes siempre terminan por irse al traste en algún momento. Lo habrían descubierto. Cuando estaba con la señorita Beatrice, su definición de sutil era bajarse los calzoncillos y decir: «Yo estar cachondo». Sin ofender, Carl.

—¿Qué? Pero si nunca hice eso.

—Ah, vale. Entonces habrá sido Brad. Pero bueno, que se entiende lo que quiero decir. Esto no ha sido obra de mi Carl. Es prácticamente imposible. No es un ninja. Y, antes de que lo preguntes, que sepas que tampoco he sido yo. ¿Tienes un vídeo de la explosión? Me encantaría verlo. ¿Estás seguro de que no fue uno de esos orcos del Imperio Calavera? ¿O los de Veriluxx detonándolo a distancia porque Carl había descubierto su malvado plan secreto?

Orren asintió.

—Tenemos imágenes de la cámara de vigilancia de la unidad Mexx de la caravana, pero nada más. Como no estabais en la habitación, el metraje no es tan integral como nos gustaría. Pero da igual. Nos ha quedado claro lo que ocurrió. La administradora Loita se bajó del sillón. El juguete la imitó para seguirla y, unos segundos después, explotó, acabó con ella y casi acaba también con vosotros dos. El panel que tenía detrás de la cabeza se descolocó al saltar, lo que

activó la secuencia de autodestrucción de la criatura y provocó la explosión. Debido a la desconexión de la interfaz por la presencia de la administradora, no recibisteis el aviso de autodestrucción.

Gruñí.

—Entonces ¿ese panel de mierda que la gata tenía en la parte de atrás de la cabeza se cayó solo? Mira, no voy a ocultar que no me caía nada bien. Pero el panel estaba hecho de plástico. El juguete era cutre y barato. Avisé de que se iba a caer solo más de una vez.

Él asintió.

—Lo sé. Vi las grabaciones varias veces. Y no es de plástico, al menos no de un plástico que conozcáis vosotros. Estaba hecho de un polímero reactivo y a prueba de manipulaciones llamado zentix. Es muy popular por toda la galaxia, especialmente para juguetes infantiles. Se diseñó para que no sirviese en ciertas circunstancias. Obviamente, la explosión no es una característica habitual del juguete, pero el panel está diseñado para romperse si alguien trastea con él o intenta modificar ilegalmente el interior del juguete.

—Pero ¿entonces para qué hay un panel? —preguntó Dónut—. Si no es para jugar, ¿para qué está ahí?

—Pues eso depende del juguete. La mayoría tiene varios tipos de características dependiendo de la licencia del usuario. Algunos paneles solo pueden usarse por personas autorizadas. Algunos tienen controles que solo el personal autorizado puede ajustar. El polímero es inteligente y tiene varios ajustes de seguridad. Pero esto no es importante. Nos estamos yendo por las ramas.

—Pero ¿entonces qué quieres? ¿Qué es lo que nos intentas decir? —pregunté.

—Intento decir que el polvo residual de aquella cortina de humo con forma de bola de discoteca empezó a carcomer poco a poco el panel. Fue un proceso que se aceleró en gran medida cuando colocaste el juguete dentro del alcance del dispositivo de reciclado de aire de la administradora Loita. La humedad provocó que el polvo restante recorriese el panel por los bordes. Luego, provocaste una situación que hizo que la administradora se viese obligada a levantarse del sillón. Y, como el juguete estaba programado para seguirla, el salto descolocó el panel y fue eso lo que activó la

explosión. Os puedo decir que ha sido uno de los asesinatos más brillantes que he visto hacer a un mazmorrero. Y os felicito por ello.

—Esto parece el final de un episodio de *Perry Mason* —dijo Dónut —. Me decepciona que sea todo inventado y que Carl no empiece a llorar desde el estrado mientras confiesa el asesinato.

Dónut no dejaba de hacer chistes, pero yo sabía que estaba muy tensa. Y preocupada.

—Pero —continuó Orren, que ignoró a la gata— por muy impresionante que fuese, no puedo permitir que los mazmorreros asesinen administradores, aunque sean de nivel bajo como Loita. — Cogió un pedazo de papel de la pila que tenía sobre el escritorio y me lo enseñó. Estaba prácticamente en blanco y tenía una línea para firmar en la parte de abajo, así como un encabezado escrito a mano en estándar del Sindicato que rezaba: «Reconocimiento de violencia sin sanción del mazmorrero Carl, número 4.122».

—¿Quieres que firme una hoja en blanco? —pregunté. Me ofendía que creyesen que algo así iba a funcionar—. Pues ya te digo que va a ser que no.

Él se encogió de hombros.

—Puede que sobrevivas si lo admites. Lucia Mar firmó una confesión sin planteárselo ambas veces. Y sigue dentro de la mazmorra. Te ofrecemos un trato similar.

—Si pensarais de verdad que la he matado yo, no estaríamos teniendo esta conversación. No me estaríais pidiendo que firmase nada.

Orren se quedó en silencio un rato.

—Sabías que el campo de fuerza iba a proteger el casco de la caravana de la explosión. Preguntaste al respecto. También sabías que la reacción química iba a carcomer el panel. Creaste unas de las pocas combinaciones de explosivos que dejan un residuo persistente. —Se guardó la hoja en blanco y sacó otra, una llena de párrafos. También tenía una línea para firmar en la parte de abajo—. Tenemos muy claro que hay una fuente externa que te está proporcionando información. Sabemos que no fue Agatha ni ninguno de sus ayudantes. No estaban en tu burbuja. Y tampoco creemos que haya sido Odette.

Me sorprendí al oír el nombre de la vagabunda que empujaba aquel carrito de la compra. ¿Cómo era lo que había dicho en el segundo piso?

«Las criaturas ya saben que estoy aquí. Lo que no saben es qué hacer conmigo».

—Dinos quién es esa fuente externa y cómo se comunica contigo y regresarás a la mazmorra sin penalizaciones. También te daremos una caja legendaria con un objeto que garantizará tu supervivencia hasta el noveno piso.

Me quedé aturdido por la oferta, pero solo durante un instante. Por mucho contrato que firmase, no iba a confiar en esa gente. Además, mi «fuente» era el libro de cocina y no quería entregárselo. Sabía que si lo mencionaba iba a desaparecer. ¿Me creerían acaso? No merecía la pena correr el riesgo. Ni de broma.

Además, la versión que había dado aquel tipo del asesinato era mucho más complicada y tecnológica que lo que había ocurrido en realidad.

Desconocía por completo los polímeros o que el residuo de la bola de discoteca fuese a reaccionar con aquel extraño plástico espacial. No podía confiar en algo así. Dónut había tenido razón al afirmar que mis planes solían salirse de madre. Y en esta ocasión había sido ventajoso para mí. Lo de la reacción química había sido una casualidad muy beneficiosa.

Sabía lo del campo de fuerza gracias a la nota de Coolie, y gracias al libro también sabía que la bola de discoteca iba a cubrirlo todo con aquel polvo tecnicolor. Mi propósito había sido muy simple. Quería que el juguete quedase cubierto con esa porquería para que no quisiesen llevarlo al plató. Y ya está.

No tenía ni idea de que aquel pequeño panel estaba hecho de un tipo extraño de plástico. Aunque sí que sabía que era una mierda. Me había preocupado que se cayese desde un primer momento y hasta me había planteado usar la cinta americana para mantenerlo cerrado.

Pero en lugar de eso, se me había ocurrido una idea para que se cayese exactamente cuando lo necesitaba.

Si iba a arriesgarlo todo, todas las condiciones tenían que ser perfectas, pero el problema era que no iba a saber si lo eran hasta el último minuto. Y tras saberlo, era cuando únicamente podía «arriesgarme» a ponerle explosivos al juguete. De lo que no me había dado cuenta era de que el polvo de la bola de discoteca iba a hacer por mí gran parte del trabajo.

Todos los niños que tienen juguetes con pilas, o cualquier adulto con un mando a distancia para la televisión, saben exactamente lo que ocurre cuando esta pestañita ridícula de plástico de la tapa del compartimento se rompe o se dobla por alguna razón. No se puede volver a cerrar bien, y cualquier golpe o movimiento brusco hace que se caiga y que las pilas hagan lo propio.

No podía romper la pestaña sin más, ya que habría sido demasiado obvio y habría hecho que se cayese al momento. Por lo que, en lugar de eso, me limité a presionarla con la palma izquierda y coloqué el pulgar entre la pestaña y el borde para luego romperme allí la uña, que había cortado de manera estratégica, y crear así una especie de calza.

No había dejado de recoger las piezas rotas de las Dónut robot cada vez que Mongo mataba a una. Tenía un panel perfecto de la primera guardado en el inventario. Me había sentado en el baño para practicar aquel movimiento varias veces con el resto de los dedos antes de que me saliese bien. Luego me había cortado tres cuartas partes de la uña, pero dejándola a ras del dedo para que no se notase demasiado. El panel era tan cutre que se abría con el más mínimo contacto. De hecho, era tan endeble que había llegado a sospechar que habían intentado asesinarnos a nosotros y esperaban que se abriese en algún momento.

Cuando me había inclinado para tocar el cristal y preguntarle a Loita si la caravana podía salir al espacio, lo que me confirmó que ella estaba allí por la humedad, intenté colocar la uña, pero no lo conseguí. Tuve que inclinarme una segunda vez para hacerlo bien. Me coloqué junto al sillón y presioné al robot contra mi pecho con la mano izquierda. Al final no me había costado demasiado. Solo tuve que sostener el panel mientras apartaba la mano. Cuando dejé el juguete sobre el sillón junto a la administradora, lo hice con la fuerza

suficiente como para arrancarme la uña y dejarla allí sosteniendo el panel de manera precaria.

Estuve a punto de cagarme encima cuando la Dónut robot giró la cabeza hacia Loita para decirle alguna movida espeluznante, pero el panel consiguió aguantar sin caerse. No daba la impresión de estar suelto, pero sabía que iba a salir despedido por los aires desde que el muñeco saltase al suelo. Al decirle a la Dónut robot que se quedase junto a la administradora, sabía que esta saltaría del sillón en el momento en el que la kua-tin se pusiese en pie. Loita había estado tan distraída por mi intento de extorsión a Veriluxx que era muy probable que ni se hubiese dado cuenta de cómo el pequeño trozo de plástico caía de la cabeza de la gata hasta la moqueta.

Y eso había sido lo que la había matado.

—No voy a firmar nada porque no tengo nada que confesar. Ni a nadie a quien delatar —aseguré—. Y créeme cuando te digo que me encantaría hacerme con esa caja legendaria. Pero no tengo nada que darte a cambio. Esto no ha sido más que un accidente. Pero, como sé que no eres imbécil, tampoco te voy a mentir. Me hubiese encantado que se me ocurriesen todas esas cosas que has dicho. Sería genial tener a alguien fuera ayudándome, porque de haberlo tenido y sabiendo que iba a librarme de las consecuencias, lo hubiese hecho sin titubear. Ahora, también te digo que no hubiese desperdiciado la oportunidad con una imbécil de poca monta como Loita.

Dónut, que seguía sobre mi hombro, se quedó tensa como un resorte.

El hombre sin rostro se quedó en silencio un instante.

—¿Y con quién habrías aprovechado la oportunidad?

No respondí. Podría haber dicho muchas cosas. Me dieron ganas de hacerlo, de hecho. Pensé en Brandon. En Yolanda. En todas las personas del mundo. Habían muerto y daban igual. Pero ¿cuando moría alguien como Loita tenía que pasar por esto?

«No podréis conmigo. Que os den a todos. Acabaré con vosotros. Acabaré con todos vosotros».

Orren suspiró y apartó el documento.

—Muy bien. Como somos incapaces de determinar lo ocurrido y no hay consenso con el incidente, lo único que podemos hacer es recomendar al Sindicato que cierre el caso. No obstante, deberías saber que hemos implementado un castigo a Borant durante el resto del piso, ya que no se trata de un incidente aislado. Los mazmorreros no podrán teletransportarse al exterior para tratar con terceros hasta que se abra el siguiente piso. Sí, eso significa que se ha cancelado vuestra próxima aparición en el programa de Odette. Aunque ella ya ha recurrido la decisión.

Tenía muchas preguntas. Lucia Mar había matado a dos administradores y se había librado. ¿Cómo? ¿Por qué no había muerto?

—Podéis salir por la puerta —dijo el tipo, que nos despidió con un gesto de la mano—. Vuestros guardaespaldas os esperan fuera.

—¿Está Macito? ¡Bien! —dijo Dónut.

—Y me gustaría decirte una cosa, Carl. Has sido afortunado. Admiro tu determinación. Ayuda con las audiencias. Pero no tientes a la suerte. Quienquiera que te esté ayudando, no lo hace para que tú salgas beneficiado. Si los kua-tin no se hubiesen puesto de tu parte, las cosas habrían sido muy diferentes.

Me quedé muy quieto tras ponerme en pie.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo que se han puesto de mi parte?

El tipo no alzó la cabeza.

—Algunos mazmorreros sois demasiado valiosos como para desaparecer fuera de las cámaras, por muy obstinados que seáis. Y ellos son quienes deciden en última instancia. De ser por mí, te hubiese retirado del programa a pesar de no haber encontrado una causa legal para condenarte por la muerte de la administradora Loita. Lo discutimos en el comité, y decidieron ignorar mi recomendación personal. Por ahora. Los peces del fango no son famosos por ser capaces de reconocer las amenazas. Si los rumores son ciertos y nos hacemos con el control después del próximo piso, espero que mi pueblo esté mucho más dispuesto a escuchar mis recomendaciones.

La interfaz seguía apagada, por lo que no pude mirar el tiempo restante, pero me estremecí. Calculé que habrían pasado unos

cuarenta y cinco minutos desde la explosión de Loita, pero… todo eso de las reuniones del comité, los recursos, las confesiones escritas a mano…

—¿Cuánto tiempo llevamos fuera? —pregunté.

—Solo han sido cinco días. Tenéis suerte de que no hayan sido más. Aún os quedan otros cinco para completar vuestra burbuja. Tu compañera Katia ha vivido aventuras muy interesantes mientras no estabais. Vuelve a estar entre los diez primeros. Por encima de vosotros, en realidad. Estáis a punto de desaparecer de la lista, por lo que supongo que será mejor que os pongáis manos a la obra.

—Mierda —dije. Le di un golpe al escritorio con frustración, lo que hizo que algunos documentos saliesen volando. No estaba enfadado por estar a punto de desaparecer de la lista, sino por haber perdido tanto tiempo.

«No te enfades tanto. Ahora mismo, eres el cabrón con más suerte de toda la mazmorra. Lo has conseguido. Te has librado.

»La próxima vez no será tan fácil».

Orren alzó la cabeza y fue entonces cuando se le cayó la capucha. La negrura arremolinada se fusionó y vi que era un cuenco con forma de cara y lleno de un líquido con ese aspecto. Dentro del líquido vi un pequeño punto de luz. Mordecai me había descrito qué aspecto tenían, por lo que reconocí lo que había dentro. Un gusano. Un gusano Valtay.

Si Mordecai no hubiese estado cubierto de plumas, seguro que se habría puesto pálido como un cadáver.

Dónut tenía el pelaje erizado y no dejaba de saltar de un lado a otro, como si se hubiese tomado dos expresos de más. Había soltado a Mongo, a quien se le contagió su energía y también brincaba por aquí y por allá con emoción. La gata ya les había contado a Katia y a Mordecai la muerte de Loita y ahora intentaba explicar lo que había ocurrido después entre jadeos. Lo hacía sin parar, en una retahíla descontrolada y casi incompresible.

—… y creyeron que Carl estaba haciendo cosas químicas en plan *Breaking Bad*, pero yo les dije que era imposible porque Carl se

quitaba los pantalones sin más cuando quería tener relaciones con la señorita Beatrice, y en ese momento el tipo se dio cuenta de que era probable que Carl no lo hubiese hecho, a pesar de que yo estaba equivocada porque quien hacía eso era Brad, ese con el que se fue a las Bahamas. Ah, ¿y sabéis que no todos los asesinatos sigilosos los hacen asiáticos? No tenía ni idea. Bueno, pues que quizá la IA les dijo que era probable que lo hubiese hecho Carl. No lo sé…, pero fue muy raro. Porque el tipo también dijo que los kua-tin dijeron que no había sido cosa de Carl. Y eso significa que la IA tiene que haber pensado que fue cosa de él, porque ese de la capucha dijo que había cosas que no encajaban. Y luego, ese que parecía la parca acusó a Agatha, la del carrito de la compra, y a Odette de ayudarnos, aunque ni siquiera están en la burbuja. Y Carl se puso todo gruñón y dijo: «Me hubiese encantado haberlo hecho yo», y creí que eso iba a meternos en más problemas aún, pero a ese ni le importó. Pero ella murió porque se cayó la tapa del panel y explotó. Y eso fue culpa de ella, ¿no? Es quien insistió en poner los explosivos en el juguete, y ellos lo hicieron y terminaron por matarla. El anuncio era muy cutre, por cierto, y solo lo emitirán en las gasolineras. Es un ultraje. Una vergüenza. Pero ya no podemos ir a otros programas durante el resto del piso. Odette está muy enfadada y ha recurrido. Ah, ah, Katia. ¿Eso significa que cancelaron tu programa? Lo siento mucho.

—No cancelaron mi programa —dijo Katia. No parecía muy emocionada al respecto—. Tuve que ir. La prohibición se hizo efectiva justo antes de que me teletransportasen de vuelta. Zev me lo comentó al llegar. También me ha contado todo lo que os estaba ocurriendo a los tres.

Dónut soltó un grito ahogado.

—¿Zev? ¿En serio? ¿Has hablado con ella?

—Ha dicho que vuelve a ser nuestra relaciones públicas hasta que se solucione todo. También dijo que pronto te enviaría un mensaje.

Dónut dio un saltito. Mordecai asintió.

—Creía que no iba a volver a veros. Me llegó un aviso de que un intermediario había retenido a Dónut y, de repente, habían pasado cinco días.

—Un momento. Entonces ¿tú también desapareciste? —pregunté. Me giré hacia Katia. Ahora estaba en el cuadrante de Tierra y había entrado en nuestro espacio personal desde un bar que había allí. Tenía nivel 41, tres más que la última vez que la había visto.

Dónut y yo seguíamos en Pezuña de Camella.

—Seguro que creías que habíamos muerto.

—No sabía qué era lo que estaba pasando hasta que Zev me lo contó. No podía contactaros por el chat y Mordecai había desaparecido, pero no indicaba que estuvieseis muertos y las mejoras personales del espacio seguían aquí. Cuando supe que no sabría qué iba a pasaros hasta dentro de unos días, tuve que tomar las riendas. Intenté volar con la casa al cuadrante de Tierra, pero al principio no nos dejó hasta que no descubrimos qué estábamos haciendo mal. Por cierto, si no le hubieses dejado el controlador a Louis, jamás habríamos podido hacerlo. Me he pasado los últimos cinco días matando hombres escorpiones y discutiendo con Gwen. Nos vendría muy bien vuestra ayuda aquí abajo. Louis y Firas ya van de camino a recogeros. Se han convertido en unos pilotos buenísimos. Cuando estéis por aquí, os pondré al día.

Mordecai seguía decaído. No dejaba de murmurar para sí.

—Estamos en el quinto piso y ya hemos tenido contacto con los intermediarios. Por su teta izquierda. Cuando menos lo esperéis, tendréis por aquí a los abogados. Las cosas se complican mucho cuando llegan los abogados.

Lo ignoré.

—¿Sabes si Chris y Maggie siguen atrapados?

—Ahí siguen —respondió Katia—. Langley y los suyos continúan ahí arriba contigo y les están echando un ojo.

—¿Por qué no pudisteis llegar al cuadrante de Tierra con la casa? —pregunté.

Katia hizo un ademán.

—Es una larga historia. Casi morimos, de hecho. Fue por la escalera de la habitación principal. ¿Recordáis lo que Louis le hizo a la furgoneta de su madre? Pues también tuvo que hacerlo con la casa. Ya lo veréis. No es la solución más elegante, pero funciona.

—Madre mía —dije—. Sí que tenemos que ponernos al día.

Mordecai seguía dándole vueltas a lo que nos había ocurrido.

—Un puñetero intermediario del Sindicato. Y os ha dejado iros como si nada. No me lo puedo creer.

—Sí —comenté con una sonrisa en el gesto—. Y ni siquiera me dijo nada de esto. —Saqué el dispositivo de reciclado de aire de Loita y lo levanté. Lo había saqueado del cadáver de la kua-tin. Como no tenía acceso al inventario, me había limitado a metérmelo debajo de los gayumbos. Era pequeño, del tamaño de un collar para gatos. Lo guardé en el inventario. No era muy valioso y solo podía usarlo una criatura de poca altura con branquias, pero uno nunca sabe lo que puede llegar a ser útil.

Mordecai se me había quedado mirando con el pico abierto.

—¡Pues espera a oír lo que Carl le dijo a mi patrocinador! —añadió Dónut.

20

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 4 DÍAS
Y 22 HORAS

La parte superior de la casa había desaparecido por completo. Era como si un grupo de castores borrachos y con una venda en los ojos hubiese decidido remodelarla. Habían eliminado el piso de arriba y la buhardilla, decapitando la casa sin cuidado alguno a unos quince centímetros por debajo del techo, lo que significaba que ahora todas las habitaciones habían quedado expuestas. La parte superior de las paredes estaba astillada y aserrada. La chimenea también había sido recortada, pero aun así sobresalía un metro y medio por encima de las paredes. Vi cómo se acercaba el globo y, en ese momento, uno de los ladrillos cayó de ella en lo que antes había sido el salón.

Al mutilar la casa, también habían cortado parte del cableado eléctrico y de las cañerías. Habían intentado que no se saliese el agua, pero una de las tuberías parecía haberse descolocado durante el viaje que acababan de hacer para recogernos. Dónut y yo vimos el globo aterrizar frente a Pezuña de Camella. El agua chorreaba de la casa como si hubiesen cortado una boca de incendios y no la hubiesen cerrado.

—¿Qué pasa con el agua? —pregunté.

Firas saltó desde el borde del jardín hasta las dunas. El tipo, que era muy alto, se sacudió la arena de las botas y se enderezó por completo para luego sonreírnos. Parecía alguien con mucha confianza en sí mismo y noté el cambio al momento. Cuando lo había conocido solo tenía nivel 22, pero ahora tenía 30. Seguía por debajo de la media, pero había mejorado mucho.

El agua siguió chorreando, lo que hizo que se formase un arcoíris en el aire. Mongo graznó de alegría, se acercó corriendo y empezó a

brincar de un lado a otro. La arena que lo rodeaba no tardó en convertirse en barro.

—Uno de esos zumbibuitres cortó el tapón que habíamos colocado y salió despedido por los aires. Son versiones en miniatura del jefe enorme del que Katia consiguió esa sierra colgante. La verdad es que fue muy divertido. Aún no sé de dónde sale el agua. Ojalá hubiese tenido tanta presión en mi antigua casa. Es muy raro. La electricidad también funciona. Y esas cosas son un grano en el culo…, los pájaros, quiero decir. Pero hemos visto menos últimamente. —Señaló el chorro del agua—. El que hizo eso nos sorprendió. Ya lo taparé de nuevo cuando aterricemos. ¿Katia te ha contado cómo se guarda la casa en el inventario?

—¿Qué? —pregunté—. ¿Puede guardar la casa en el inventario? ¿Con globo y todo? ¿Entera? ¿Cómo?

—Tío, es que has estado ausente demasiado tiempo. Han ocurrido muchas cosas. Fue idea de Louis. Hicimos que se quedase flotando a poca distancia del suelo, y luego Katia hizo eso raro que hace cuando se pone la mochila. Y funcionó. Luego, en el episodio resumen de esa misma noche, lo parchearon y el edificio apareció de repente sobre nuestras cabezas. Casi nos aplasta. Estábamos en un bar llamado el Antro del Choco y lo destrozó casi por completo. El pazuzu, que es el dueño, se enfadó de cojones. Tuvimos que subirnos y escapar por los aires, porque estuvo a punto de pincharnos con el aguijón. Fue muy intenso, la verdad. Después, Louis orinó por el borde al tipo mientras seguía gritándonos. Casi nos echan del asentamiento. Pensé que Gwen le iba a arrancar la polla. Katia tuvo que detenerla para que no le diese una paliza, pero ella también se estaba riendo, lo que hizo que Gwen se enfadase aún más.

Yo me había quedado mirándolo en silencio. Volví a arrepentirme de haberme perdido tantas cosas.

—¿Dónde está la escalera?

—Ah, sí. Tuvimos que cortar la parte superior de la casa para separar el armario del dormitorio principal. No nos dejaba salir del cuadrante si la escalera seguía en la casa. Está más o menos a un kilómetro al este del pueblo, cerca de donde aterrizasteis la primera

vez. Langley ha apostado allí a varios de su grupo, para que no se llene de arena. A partir de mañana se complicarán las cosas, ya que llega el Equinoccio Rojo. Están construyendo algo para protegerla.

—Mierda —dije. Lo había olvidado por completo. Los últimos días en la burbuja, el clima y los patrones de noche y día iban a cambiar. Sería de noche durante unas dieciséis horas al día, y las tormentas de arena iban a ser el doble de largas y de intensas.

—Sí —convino Firas—. Allá abajo la tormenta de arena es diferente. En lugar de soplar de todas direcciones, siempre se mueve en círculo, como un reloj alrededor de la isla. Y hay muchos rayos. Ya está oscureciendo por allí, por lo que ya estará oscuro para la tormenta.

—Hablando de la tormenta, tenemos que irnos yendo —dijo Louis, que salió del interior de la casa. El mazmorrero rechoncho también había subido a nivel 30—. Hay que llegar a la plataforma de aterrizaje antes de que empiece. Gwen dijo que iba a empezar con el plan de inundación si no volvíamos a tiempo. Y esos cabrones pazuzu ferales salen por la noche y me gustaría limpiar la plataforma también. Anda. Hola, Dónut.

—¡Hola, Louis! —dijo la gata desde mi hombro.

—Espera. ¿Más monstruos ferales? —pregunté.

—Sí. Vamos —dijo Louis muy serio. Se dio la vuelta y volvió al interior.

—Lo de los ferales es culpa del mago ese —comentó Firas—. Todo lo que se queda encerrado en la Nada durante más de unos pocos minutos se vuelve loco. No entiendo cómo funciona, eso sí. Tendréis que asaltar el castillo cuando lleguéis abajo, si Gwendolyn no ha matado antes a Katia.

—¿No te sientes fuera de lugar, Carl? —susurró Dónut—. Porque yo me siento muy fuera de lugar.

Una parte de mí estaba muy orgullosa de que a Katia le hubiese ido tan bien sin nosotros. Había hecho muchas cosas. Había conseguido bajar la casa al cuadrante de Tierra y también había descubierto la manera de cruzar la puerta mágica que protegía la

entrada del castillo del cuadrante de Tierra. Todo sin nosotros. Firas me contó que ya habrían tomado el castillo si Zev no le hubiese pedido a Katia que nos esperase.

Pero una parte de mí no se sentía muy bien por el hecho de que pudiese hacer todo aquello sin nosotros. Era absurdo, egoísta y narcisista incluso pensar que Katia y los demás estaban bien jodidos si Dónut y yo no estábamos para ayudar. Pero no podía evitarlo. Sentí alivio por estar equivocado y pavor porque algo así se me hubiese pasado por la cabeza.

Aún no sabía si íbamos a llegar a tiempo, pero las acciones de Katia y de los demás en nuestra ausencia nos habían demostrado que no éramos tan indispensables como creíamos. Y terminé por darme cuenta de que era un sentimiento necesario.

«Sin mí, morirás tirado en la calle. Me necesitas. ¿Crees que estarás bien? ¿Qué vas a hacer, mierdecilla maleducada? Un día solo y acabarás llorando. Y luego morirás. Eso es lo que te va a pasar. Igual que a la zorra de tu madre».

Respiré hondo e intenté ignorar el recuerdo. Empecé a enviar mensajes por el chat para comprobar cómo le iba a todo el mundo.

Bautista ya había capturado los cuatro castillos de su burbuja, aunque la mayoría de los mazmorreros que había en ella no habían sobrevivido. No era alguien dado a mostrar sus sentimientos en las conversaciones, pero me dio la impresión de que lo estaba pasando mal. Li Jun, Li Na y su equipo estaban a punto de asaltar un castillo subacuático, el último que quedaba en su burbuja. Meadow Lark estaba fabricando un cañón para disparar petróleo por los cielos, lo que con suerte les serviría para derribar el último castillo que les quedaba a ellos. Si el plan no servía, Elle iba a usar su nuevo conjuro Granizo blando para obligarlo a bajar.

Mientras descendíamos, Louis y Firas también nos comentaron cómo les iba a los mazmorreros más populares. Uno de los rottweilers de Lucia Mar, el pequeño que se llamaba Gustavo, había matado «accidentalmente» a un grupo de mazmorreros después de un enfrentamiento. Esto había provocado una especie de brote psicótico a Lucia, uno peor de lo habitual. Habían mostrado imágenes de la extraña mazmorrera sentada sola y sollozando en

una habitación, lo que resultó ser la primera emoción real que se veía de ella sin contar la rabia o la locura más descontrolada. Florin, el cocodrilo con escopeta, al fin había salido a un cuadrante para descubrir que el resto de los mazmorreros de su burbuja estaban muertos. Estaba intentando sobrevivir a la desesperada, pero por el momento solo había conseguido capturar uno de los castillos y todo el mundo parecía pensar que estaba bien jodido. El grupo de las cabras ya casi había terminado con su burbuja, pero Miriam Dom, la pastora, había sufrido algún tipo de maldición que terminó por transformarla en una puñetera vampira. Al parecer, era vegana antes de que le ocurriese, y algún cabrón había pensado que sería muy divertido hacerle algo así.

Lo escuché todo mientras contemplaba el lateral de la necrópolis flotar a nuestro lado. La tumba gigantesca era incluso más grande cuando la mirabas desde aquel ángulo. El edificio con forma de volcán tenía más de montaña que de estructura normal. La pared del exterior estaba cubierta con grabados intrincados que representaban criaturas parecidas a pterodáctilos y otras aves, todo con ese estilo angular propio de los aztecas. Empecé a buscar algún patrón repetido, pero no encontré dos rocas que fuesen iguales. Seguro que había algún tipo de historia en aquellos grabados.

Había nidos por todo el flanco de la estructura. Firas comentó que era el lugar donde vivían los zumbibuitres, pero que la mayoría ya estaban muertos. No vimos monstruos mientras descendíamos.

Respecto a los pobres diablos que se encontraban encerrados en el cuadrante Subterráneo, seguían escondiéndose en la parte superior de la tumba. Dos de ellos, ese que iba vestido de un puñetero plátano y se llamaba Mike y el que encontraba trampas y se llamaba Bobby, habían reunido varios pergaminos de respirar bajo el agua y se habían aventurado para investigar. Terminaron por activar una trampa dentro de un pasillo lleno de agua, lo que provocó que el señor Plátano muriese cuando un proyectil brotó de la pared, le perforó el estómago y este se le llenó de «comadrejas carnívoras» que se lo comieron desde dentro. Bobby se había marchado rápidamente al verlo. Los demás se habían quedado

paralizados por el miedo y habían decidido esperar a que drenásemos el agua antes de continuar.

Examiné el castillo de arena a medida que nos acercábamos. El edificio oscuro estaba construido contra uno de los costados de la necrópolis, lo que hizo que se me pareciese a un perro asustado apoyado contra una pared. La estructura parecía de verdad hecha de arena. No era tan grande como pensaba tras oír la descripción de Gwen, pero sí que tenía el aspecto de una fortaleza de tipo medieval. O quizá el de un pequeño casino de temática medieval. Tenía tres pisos de alto y unas torres de vigilancia muy estrechas a cada lado de la fachada delantera. De hecho, parecía como si el castillo en realidad estuviese protegiendo la entrada a la tumba gigantesca que tenía detrás. Me pregunté si habría un lugar por donde llegar a ella ahí detrás. Era probable, sí.

La oscuridad cubría por completo la zona de aterrizaje. Me pareció ver una playa con la marea baja. Los arrecifes de coral secos que habían quedado expuestos se parecían a un bosque de zarzas bajo la penumbra del cielo, lo que le daba al cuadrante de Tierra con forma de O un aspecto amenazador pero que parecía sacado de un cuento de hadas.

—¿Hay algo en el agua? —pregunté a Firas.

—Hemos visto aletas de tiburón y la parte superior de medusas gigantes y azules, pero no salen a la orilla. Ya no. Antes había serpientes, unas grandes que podían entrar y salir del agua, pero Gwen mató al jefe y han desaparecido. Los otros dos supervivientes del cuadrante de Agua están aquí y no quieren volver a entrar. Vadim y Britney. Dicen que hay auténticas aberraciones en las profundidades cerca del lecho marino.

Había olvidado que Chris no había capturado el castillo submarino él solo.

—¿Les has hablado de Chris?

—Sí —respondió—. No se sorprendieron.

Dónut se envaró cuando mencionamos el cuadrante de Agua. Se había quedado muy relajada al enterarse de que lo habían capturado. Yo sabía que a la pobre gata le aterrorizaba la posibilidad de tener que mojarse. Esperaba poder evitarlo.

Aterrizamos dentro de un círculo de rocas rojas que había en la playa. Dos mazmorreros nos esperaban por allí cerca. Katia era uno de ellos. Había adquirido su forma de guerrera de dos metros diez, llevaba la ballesta sobre el hombro y no dejó de sonreírnos cuando desembarcamos.

Mongo la vio antes de bajar y empezó a graznar de alegría, para luego saltar de la plataforma, que no había terminado de descender, y brincar hacia ella, que empezó a darle palmaditas en la cabeza. Louis y Firas empezaron a tapar la cañería de agua mientras Dónut y yo nos bajábamos.

Le di una palmada a Katia en el hombro. Acabábamos de verla en la estancia segura, pero Mongo graznaba y aullaba como si no la hubiese visto desde hacía meses.

—Bueno, ¿qué tal fue en el programa *Compinches mazmorreros*?

—Ni preguntes —dijo—. Me han obligado a cantar en el karaoke con Miriam Dom.

—Firas me acaba de decir que se ha transformado en vampira.

Katia asintió con solemnidad.

—Así es, aunque eso ocurrió después. Al parecer, Prepotente tuvo un ataque de pánico en el programa, se volvió loco y escapó. Cuando Miriam volvió a la mazmorra, empezó a buscarlo y fue por eso por lo que la atacaron y recibió la maldición.

—Sí, esa cabra es un tipo muy raro.

—A mí me gusta. Es todo un caballero —comentó Dónut.

Katia sonrió.

—Bueno, me alegra que estéis de vuelta. Os necesitábamos de verdad para lo que estamos a punto de hacer.

Me giré para encarar a la mujer bajita y con cota de malla que había junto a Katia.

—Hola, Gwen —saludé.

—Hola, dinamitero. Hola, Princesa Dónut. Aquí estáis al fin.

Ahora que estábamos cara a cara, me dio la impresión de tener un vago recuerdo de ella en el piso anterior. Habíamos chocado los puños cuando Dónut se había puesto a recoger los gorros de maquinista que ya no servían para nada. La mujer tendría unos cuarenta y cinco años y una complexión fuerte. Aún era humana y

mediría poco más de un metro cincuenta. Por nuestras conversaciones anteriores sabía que era de Canadá, y ahora vi que también pertenecía a las Naciones Originarias de Canadá. Llevaba un capacete de metal brillante forrado con piel, pero por lo poco que le vi del pelo negro parecía llevarlo corto. Iba armada con una lanza de metal muy sencilla que tenía apoyada en el hombro.

La característica más particular de la mujer era el tatuaje en la frente. Era antiguo y estaba desgastado, lo que indicaba que sin duda lo tenía mucho antes de haberse aventurado en la mazmorra. Tenía la forma de una uve doble con trazos tribales. También tenía los dedos y los dorsos de ambas manos cubiertos de tatuajes que parecían líneas con puntas de flecha. Se veían como poco más que garabatos.

La mujer me examinó con sus ojos negros. Al principio, me dio la impresión de que estaba un poco rechoncha, pero al verla más de cerca me di cuenta de que estaba muy equivocado. Era un aspecto muy propio de la gente con la que había trabajado en los astilleros. La mujer tenía un cuerpo forjado por el trabajo duro, una nariz a la que le habían dado muchos puñetazos y que seguro que crujía cuando la tocabas y unos nudillos llenos de cicatrices que seguro habían terminado tantas peleas como habían empezado. Supuse que era estibadora, granjera o que trabajaba en la construcción, alguien cuyo trabajo requería pasarse el día llevando a cabo tareas físicas y pasar la noche en el bar bebiendo y peleando mientras se gastaba el sueldo.

Conocía muy muy bien a ese tipo de personas. Examiné sus propiedades.

> Mazmorrero n.º 1.293.776. «Gwendolyn Duet».
> Nivel 34.
> Especie: Humana.
> Clase: Típico guerrero aburrido de siempre.

—Oh, me encantan los tatuajes —dijo Dónut—. ¿Qué representan?

Gwen se rio.

—Representan que estáis haciéndome perder el tiempo, princesita. Ahora, poneos manos a la obra. Vuestra compañera lleva

retrasándome más de un día y cada vez nos queda menos tiempo.

El clima del cuadrante de Tierra también era cálido, pero mucho menos que en el de Aire. Olía a playa, lo que por alguna extraña razón me resultó reconfortante. La arena había formado canales muy profundos durante la tormenta más reciente, lo que había adornado el lugar con círculos concéntricos que le daban el aspecto de las calles de una pista de atletismo. Caminamos por una de ellas para acercarnos al castillo.

—Perdón por no tener un banquete preparado, dinamitero, pero debemos ponernos manos a la obra con esta mierda que nos ha obligado a hacer tu amiga —comentó Gwen mientras avanzábamos —. La tormenta que está a punto de tener lugar es la última antes de que cambie el clima, y no sabemos si será para bien o para jodernos. Solo podemos usar esa puñetera puerta eléctrica de Katia durante la tormenta de arena.

El anillo de murallas se extendía frente a nosotros, cada uno de seis metros de alto. Todas estaban rotas para que pudiésemos cruzar sin problema.

Pasamos junto a los restos de lo que me pareció una torre de asedio hecha de madera y partes de bicicletas. Me costó dejar materiales tan buenos ahí tirados en el suelo.

—Nos la rompió el ave mecánica esa, que era un jefe —comentó Gwen al ver mi interés—. La verdad es que nos salvaste el culo matándolo. Lo de las murallas fue un coñazo. Tuvimos que romper cada una de formas diferentes. Pero lo conseguimos. Obviamente, antes de que aparecierais con una casa voladora. Y ahora, vosotros dos y esa *arnaaluk* que tenéis por amiga vais a entrar ahí y a matar a ese mago por nosotros.

—Y Mongo —apostilló Dónut.

Mongo graznó para mostrarse de acuerdo.

—¿Solo nosotros? —pregunté. Sentí cómo se me arqueaba la ceja. Miré por encima del hombro a Katia, quien sonrió con timidez.

—Ah, no os ha contado el trato, ¿verdad? —Gwen emitió un chasquido con la lengua—. No me sorprende, la verdad.

—Pues no lo ha hecho. Pero me lo va a contar ahora mismo.

Decidí que lo mejor era que lo comentásemos por el chat.

CARL: ¿Dónde nos estás metiendo? ¿Y qué es eso del trato?

DÓNUT: ME GUSTA. ME RECUERDA A UNA HEKLA EN MINIATURA.

CARL: Pues las cosas con Hekla no fueron demasiado bien.

KATIA: Es una guerrera formidable. Y también es rápida. Su clase le da una gran variedad de habilidades de combate a cambio de no tener conjuros de ningún tipo. Vi cómo perforaba a un pazuzu con esa lanza para luego saltar y usar el impulso para lanzar a la criatura contra otro monstruo. El problema es que es una insoportable de cuidado. Se parece a Hekla en muchos sentidos, pero en lugar de confabular mentalmente, Gwen lo hace en voz alta. Y si no le gustas, te lo dice sin cortarse. Y luego, para asegurarse de que la estabas escuchando, te lo repetirá pero de manera diferente. Hekla al menos fingía apoyarte.

CARL: La verdad es que me sorprendió cuando Firas me dijo que siempre os estabais peleando. Creía que tú podías llevarte bien con todo el mundo.

KATIA: Es por algo que me prometí hace no mucho. No pienso volver a dejar que me pisoteen. Cuando Gwen toma una decisión, es imposible hacerla cambiar de idea. Y luego se pone muy amenazante si no le haces caso. No me gusta nada.

DÓNUT: DIRÍA QUE ESO HACE QUE SE PAREZCA MÁS A CARL QUE A HEKLA. AUNQUE ÉL NO ES MUY AMENAZANTE, LA VERDAD.

KATIA: Cierto. Carl no te insulta cuando tienes una opinión diferente.

CARL: Es exactamente el tipo de persona que sobrevivirá bien en la mazmorra. Bueno, háblame de lo del castillo.

KATIA: Cierto. Tenemos un problema. Hemos descubierto que hay dos formas de capturar el castillo: una fácil y una difícil. Gwen quiere hacerlo con la fácil, pero si lo hacemos así creo que perderemos la oportunidad de encontrar esa caja que tiene el mago. Francamente, yo lo haría como dice ella, pero Zev se puso más insistente de lo normal para que os esperásemos.

CARL: Vale. Le dijiste a Gwen que teníais que esperarnos y ahora no deja de pelearse contigo.

KATIA: Eso es.

CARL: Vale. Descríbeme el castillo.

KATIA: Pues está hecho de arena. No tiene túneles ni habitaciones ni nada en su interior. No es más que arena con una escalera enterrada en medio.

CARL: Un momento... ¿Y qué hay del mago? ¿Cómo se llamaba? Ghazi, sí. La nota que encontré en el castillo del Aire decía que destruiría cualquier cosa antes que permitir que escapase el fantasma del último cuadrante. Tiene que estar pasando algo más ahí dentro.

KATIA: Sí. Lo que te voy a contar nos lo dijo uno de esos hombres escorpión que estaba borracho. Es como la versión de Higo de este cuadrante. Ghazi, el Mago Loco de las Dunas, se convirtió en un elemental de arena mientras buscaba el Portal de los dioses ferales. Así fue como consiguió la parte que

tiene, la caja de movimiento. Ahora es todo arena. Hay una puerta mágica para entrar en el castillo, pero detrás solo hay arena. Al principio, pensé que era un portal, pero no fue el caso.

CARL: Entonces ¿no es más que una puerta que lleva a más arena?

KATIA: Más o menos. Ahora te lo explico. Después de que atravesasen la última de las murallas, el equipo de Gwen encontró un panel de desagüe secreto en una de las paredes de la necrópolis. Cuando se encienda, expulsará toda el agua que hay en la tumba, que llegará al océano a través del túnel principal de drenaje, que es el túnel alrededor del que se ha construido el castillo. No necesitaríamos ni atravesar la puerta mágica. Lo destruiría todo como si estuviésemos usando una manguera. Fácil, aunque al parecer solo drenaría la mitad del agua de la necrópolis, porque esta sigue entrando por otro lugar en bucle. Tendríamos que apagar la bomba de agua del submarino para drenar la necrópolis por completo. Nuestra amiga Maggie no lo hizo antes de marcharse, lo que significa que, hagamos lo que hagamos, vamos a tener que volver ahí abajo.

DÓNUT: ME NIEGO.

Suspiré. Entendí el diseño: el creador de la burbuja lo había tenido todo en cuenta. No sabía calcular las probabilidades, pero sí comprendí que había al menos varias decenas de maneras en las que podía desarrollarse la historia dependiendo del orden en el que capturásemos los castillos. Como el cuadrante de Agua había sido el primero, el Subterráneo se había llenado de agua. Y, como estaba lleno de agua, permitía destruir con facilidad el cuadrante de Tierra. Pero seguíamos jodidos aunque nos librásemos de este castillo de la forma más sencilla.

CARL: Entonces, si lo destruimos con el plan de la manguera de agua, nos haremos con el castillo pero el mago se convertirá en barro y nunca encontraremos la caja. ¿Cuál es el método difícil?

KATIA: ¿Ves esas dos torres a ambos lados del castillo de arena? En la base de cada una de ellas había un cable eléctrico enrollado con unas pinzas en los extremos. Si conectas el cable a la torre y luego a la puerta, cuando llega la tormenta, los rayos impactan en las torres y estas hacen las veces de pararrayos. Electrifican la puerta y tras ella aparece un pasillo de cristal. Si la examinas mientras se abre, el mensaje dice que solo lo hace una vez por tormenta, pero se cierra rapidísimo. Solo tendremos tiempo de entrar unos pocos. He hecho un trato con Gwen para hacerlo nosotros. Cree que somos unos imbéciles por intentarlo cuando hay una solución más sencilla.

DÓNUT: ¿NECESITAMOS RAYOS? ES COMO EN LA PELÍCULA ESA DE LA MÁQUINA DEL TIEMPO DONDE UN TIPO SE ENROLLA CON SU MADRE.

CARL: Joder, Dónut. ¿Cuánta televisión veías? Bueno, ¿y qué pasa después de que se cierre la puerta? ¿El castillo vuelve a convertirse en arena? ¿Y qué hay de Louis y Firas?

KATIA: Sí, yo he pensado lo mismo. Le pregunté a Mordecai mientras bajabais, y él cree que es probable que el castillo se mantenga igual mientras dure la tormenta, lo que nos da unas dos horas. A partir de mañana durarán más, pero no sabemos si esto seguirá funcionando cuando todo cambie. Tenemos que hacerlo ya. Les he dicho a Louis y a Firas que se queden fuera para asegurarse de que Gwen no se pone en plan Hekla y decide inundar el castillo mientras estamos dentro.

CARL: Entonces ¿vamos a entrar a la carrera en el castillo para enfrentarnos a un mago loco que es capaz de expulsarnos a otra dimensión? ¿Tenemos un plan alternativo?

KATIA: A ver, el que quiere la caja eres tú.

La entrada al Castillo de Arena del Mago Loco de las Dunas se parecía a la típica de una mazmorra. Tal y como había dicho Katia, no era un portal, sino una puerta mágica. Había un pequeño foso frente al castillo, pero sin puente, y el foso en sí estaba vacío. Al igual que todo lo demás, estaba hecho de arena muy compacta. Sabía que si seguíamos el semicírculo del foso hasta la necrópolis, encontraríamos el panel que nos permitiría abrir una cañería enorme que convertiría el castillo en barro en un abrir y cerrar de ojos.

Un pequeño grupo de mazmorreros curtidos en mil batallas se nos quedó mirando mientras nos acercábamos a la puerta. Los cables eléctricos que serpenteaban desde la parte baja de las dos torres seguían conectados a la entrada. Uno estaba tenso, y el otro muy suelto. Cuando vi dicho segundo cable, recordé de repente la voz de mi instructor de la academia donde había aprendido los rudimentos de las reparaciones eléctricas.

«¡Los cables sueltos provocan incendios! ¡Los cables sueltos provocan incendios!».

Eran puentes eléctricos cubiertos de plástico aislante. Cada uno era grueso como mi pierna, aunque eran ligeros y estaban hechos de algún tipo de material conductor alienígena. El cable de la torre norte estaba tenso, conectado a la parte superior izquierda de la puerta. El cable de la torre sur era ridículamente largo y estaba enrollado como una serpiente.

Alcé la vista al cielo. El viento empezaba a soplar. No había rayos, pero podían empezar a caer en cualquier momento. También vi otro par de cables a mucha altura, que conectaban las torres entre sí.

—Gwen, Katia, ¿habéis visto algún otro contacto por aquí cerca, algún lugar donde encajen las pinzas?

—No —respondió Gwen—. Y hemos buscado muy bien. Funcionó ayer cuando cayeron los rayos.

—Mierda. ¿Hemos hecho algo mal? —preguntó Katia, que miró al cielo con nerviosismo.

—Pues no estoy seguro —respondí—. Las dos torres ya están conectadas, por lo que este segundo cable largo es redundante. O está aquí para que nos lo llevemos o porque hay que conectarlo a algo que aún no hemos encontrado.

—No hay nada de metal a lo que conectarlo —dijo Gwen. Señaló a un mazmorrero humano, un espadachín de nivel 28. Era un tipo asiático que parecía muy cansado. Tenía la misma clase que Bautista —. Tran tiene una habilidad para detectar el metal.

—¿Y no hay nada? —pregunté al tipo.

Él se encogió de hombros.

—Nada menos esa rueda que abre la cañería. Bueno, ahora que lo dices… Hay un anillo debajo de la rueda. Pensé que era un asidero.

Se me ocurrió algo.

—Vale. Desconéctalo de la torre por el momento para que no te electrocutes, pero quiero que agarres el otro extremo y lo lleves hasta la rueda. Avísame si llega bien.

El tipo miró con incertidumbre a Gwen, quien asintió, y luego se alejó. Lo vimos desconectar el cable de la torre sur y desaparecer por un costado del castillo arrastrándolo tras él.

Volví a centrarme en la entrada.

—La puerta debería abrirse igualmente con solo un cable conectado. Además, me pregunto cuánta energía requiere para ello. Podríamos conectarlo a una batería enana o incluso a la casa voladora y ver qué pasa. Aunque lo cierto es que los rayos ya tienen bastante…

¡Pum!

Sentí cómo se me erizaba el vello del cuerpo. Recordé el momento en el que Sangre-Sangre el humanotauro se había electrocutado con el tercer riel en los túneles de metro. La arena del suelo revoloteó a nuestro alrededor, electrificada por unos instantes. Todos nos

quedamos muy quietos, como si nos hubiésemos librado de algo por los pelos. Mongo graznó. Dónut tenía todo el pelaje encrespado y bufó. Un rayo surcó el cielo a baja altura, y las dos torres empezaron a brillar.

La puerta estaba a un metro y medio de mí. Empezó a relucir de azul hasta desaparecer, momento en el que empezó a oírse un crujido que era como si todo el hielo del mundo se estuviese rompiendo al mismo tiempo. Luego apareció un pasillo que se perdía en la oscuridad.

—¡Vamos! —gritó Katia, que dio un brinco hacia delante y desapareció en el interior.

21

Dónut, Mongo y yo nos apuramos por seguir a Katia a través de la puerta electrificada hasta el pasillo de cristal.

Entrando en el Castillo de Arena del Mago Loco de las Dunas.

Bzzzt. Me estremecí cuando la puerta desapareció a mi espalda. Las paredes no se derrumbaron, pero nos habíamos quedado encerrados en el castillo sin manera de salir. Todo quedó envuelto por la oscuridad.

—Luz —susurré, y Dónut usó el conjuro Antorcha.

—¡Ah! —gritamos todos cuando la luz se volvió insoportable. El brillo de la antorcha se reflejaba en las paredes de cristal con tonalidades irisadas y nos cegó un poco.

—¡Baja la intensidad!

—Está al mínimo —dijo Dónut un momento después. El conjuro era poco más que una pequeña ascua que flotaba frente a nosotros, lo que provocaba que las paredes brillasen con intensidad en un arcoíris de colores cada vez que esta se movía. Di un paso al frente y noté cómo el suelo, también de cristal, crujía bajo mis pies. No iba a romperse ni vi grieta alguna, pero era como si estuviese sobre una base de gravilla. Tanto las paredes como el suelo estaban algo calientes al tacto.

Frente a nosotros se extendía un pasillo largo y estrecho. Estaba hecho de un cristal blanco azulado y opaco, con imperfecciones y grietas negras con forma de rayo que brillaban cuando les daba la luz de Dónut. El suelo y las paredes eran irregulares, casi como si nos encontrásemos en algo que se había formado de forma natural. Al fondo había una bifurcación en forma de T.

Katia se vio obligada a reducir un poco su masa para no chocarse contra el techo.

—¿Cómo veis el mapa? —susurré. Hacerlo me pareció lo adecuado. El pasillo de cristal era inquietante y parecía abandonado, pero al mismo tiempo daba la impresión de estar vivo. Era difícil de explicar. Era como si estuviésemos explorando una fotografía en lugar de un sitio normal y corriente.

—Veo varias habitaciones y unas pocas escaleras, hacia arriba y hacia abajo —comentó Katia—. También veo la escalera del piso. Está debajo de nosotros, en el sótano. No veo monstruos.

—¡Mirad, mirad, he encontrado algo! —dijo Dónut, que saltó al suelo desde el lomo de Mongo. Tocó un pequeño bulto con la pata. Era un ratón de cristal. La criaturita se había quedado paralizada mientras corría por el borde del pasillo. Tenía las patas fundidas con el suelo. La gata volvió a extender la pata para tocarla y, en esta ocasión, se convirtió en polvo.

—Qué asco —dijo mientras volvía a subirse sobre Mongo y se limpiaba la pata en las plumas del dinosaurio—. ¡Acaba de explotar!

—Algo me dice que este lugar era real —comenté—. O sea, que era un castillo de verdad. Y que ese tipo hizo algo que lo convirtió todo en arena. O en cristal. La verdad es que no estoy muy seguro de qué está pasando.

El pasillo era demasiado estrecho como para avanzar los unos junto a los otros, por lo que formamos una fila. Katia fue delante, después Mongo y yo me coloqué en la retaguardia. Si nos atacaban por delante, Dónut podía saltar sobre mi hombro. Teníamos menos de dos horas, y el lugar no parecía demasiado grande. Decidimos limpiar el piso y los superiores lo más pronto posible antes de bajar al sótano, donde se encontraba el salón del trono. Llegamos hasta la bifurcación. El camino de la derecha llevaba hasta una escalera que subía y otra que bajaba, mientras que el de la izquierda lo hacía a una sala enorme con una fuente y una estatua.

Todo lo que había en esa habitación estaba hecho de cristal, paralizado, incluyendo la fuente. Di un paso hacia ella para examinarla, con cuidado de no toparme con monstruos o trampas. No había movimientos ni sonido alguno, a excepción del crujido que

hacíamos al caminar y al repiqueteo de las zarpas de Mongo contra el cristal.

La estatua tenía tamaño humano y era de una figura femenina con túnica que extendía los brazos hacia delante sobre la fuente redonda. Unas esquirlas relucientes de cristal brotaban de los pies de la figura y se alzaban hasta su cintura antes de volver a curvarse hacia el suelo. Daba la impresión de que las esquirlas se estuviesen moviendo. Antes de convertirse en cristal y quedarse paralizada, la mujer estaba colocada sobre la fuente con los brazos extendidos en pose de Jesucristo, pero con las piernas bien plantadas en el suelo y separadas entre sí, así como la boca bien abierta como si estuviese cantando. El agua de la fuente fluía hacia arriba alrededor de sus pies. Era como si una ola estuviese rompiendo a su alrededor. O como si estuviese sobre un géiser.

Al mirarla más de cerca, vi que la estatua en realidad no era de una humana. Tenía los ojos grandes y una nariz pequeña que me resultaban familiares, pero no la identifiqué en un primer momento. Un par de dientes afilados brotaban de entre unos labios grandes en su boca abierta. Después vi las branquias de su cuello y lo entendí.

La última vez que había visto a Zarina Signet era en el tercer piso, la élite semielfa y seminayade había sido la que había iniciado la misión del circo. Y cuando llegásemos al siguiente piso, si es que lo hacíamos, yo iba a tener que cumplir con mi contrato. La criatura formaba parte de una historia creada por una empresa externa que usaba este escenario para crear su propia serie. Se llamaba *La venganza de la hija* y era un relato sobre altos elfos, náyades y genocidios. Yo estaba obligado a participar en el programa si conseguíamos bajar un piso más.

Esta criatura con túnica que tenía frente a mí también era una seminayade…, una ninfa de agua. Era una criatura de tipo feérico que vivía en el agua. Pero en lugar de ser semielfa, al parecer era semihumana. No tenía cuernos en la cabeza como Zarina Signet, pero vi que se le parecía mucho a pesar de estar en forma de cristal.

—Mira —dijo Katia. Extendió el brazo y rompió un pedazo de cristal transparente, bajo el que había una pequeña placa también de cristal en un lateral de la fuente. Las palabras estaban grabadas

en el cristal y eran muy difíciles de leer, pero cuando las examiné el sistema las leyó por mí.

> Aaah, la típica figura cristalizada con una descripción críptica. Algo muy conveniente para aquellos de nosotros que seguimos preguntándonos qué cojones está pasando en este lugar a nivel narrativo.
>
> Cuando se transmutaron las instalaciones de investigación del mago de cristal, todo lo que había en el interior también se transformó, incluyendo lo que ahora tenéis delante. En la base de la fuente hay una pequeña placa. Si entornáis mucho los ojos, podréis leer las palabras que casi no se ven. Rezan:
>
> «Lika, amor mío.
>
> »Mi sol y mis estrellas. Mi esposa. Mi dama. Removeré cielo y tierra para que volvamos a estar juntos. Quemaré, enterraré y destruiré a todo aquel que se interponga en nuestro amor».

—Vaya, eso ha sonado muy amenazante —dijo Katia.

Mongo se inclinó hacia delante para oler la estatua. Lo que antes era agua ahora era un cristal limpio y transparente. La estatua era del mismo cristal multicolor y opaco que imperaba en el castillo. Se agitó cuando el dinosaurio la olisqueó, lo que sorprendió al animal. Graznó a la estatua y se apartó. Todos dimos un brinco hacia atrás cuando esta volcó y se hizo añicos contra el suelo. El ruido resonó como un disparo de escopeta en la amplia estancia.

—Ups —dije.

El cristal desmenuzado se convirtió en polvo. La cabeza de cristal de la náyade estaba prácticamente intacta, aunque una parte de su barbilla tenía una muesca. Guardé la cabeza en el inventario con algunas de las piezas de cristal más grandes. Al hacerlo, se almacenó con el nombre de FULGURITA. La descripción de la cabeza era la siguiente:

> Cabeza de cristal decapitada de Lika de La recompensa de la *trovadora*.
> Está pegajosa.

Antes de que me diese tiempo siquiera a pensar qué podía significar algo así, recibí un mensaje.

> GWEN: Hola, dinamitero. Confío en que aún no estés muerto. Tran me comenta que estabas en lo cierto con lo del cable. Tiene la longitud exacta entre la rueda y el contacto que hay en la parte baja de la torre.
>
> CARL: Perfecto. Dile que lo conecte a la rueda, pero no a la torre. Y que se quede por ahí por si necesitamos que lo haga.

GWEN: Ya sabes que si le cae un rayo, la electricidad podría activar la válvula de escape. Diría que no vas a querer que ocurra algo así mientras estás dentro del castillo. Sería como dejar que te atropellase uno de los trenes del piso anterior.

CARL: Sí, lo sé. Así que no lo conectéis a menos que os lo pida.

La válvula se abría cuando la girabas físicamente. Sospechaba que electrificar el metal servía para otra cosa, pero aún no estaba seguro. Esperaba no tener que probarlo mientras estuviésemos dentro del castillo, la verdad.

GWEN: Muy bien. Mira que estás loco, cabrón. Pero será mejor que os deis prisa.

—Vamos —dije a los demás—. Continuemos.

Exploramos las habitaciones restantes del primer piso del castillo, pero estaban todas vacías. Había cuadros y muebles hechos de cristal, pero fui incapaz de averiguar su cometido y los muebles se convertían en polvo o se hacían añicos cuando intentaba moverlos. Los cuadros eran poco más que cuadrados de cristal en las paredes.

Cuando subimos por las escaleras nos encontramos con más de lo mismo. Había una mesa llena de pociones. Toqué una, y también se convirtió en volutas de polvo que revolotearon a mi alrededor. Me cubrí la boca y me aparté, por miedo a respirarlo. En ese momento, me di cuenta de que quizá había una manera de devolver todo aquello a la normalidad y estábamos destruyendo objetos que podíamos llegar a saquear. A través de las paredes, oí que la tormenta de arena soplaba con fuerza en el exterior. Los rayos no dejaban de restallar.

—Vamos a dejar de tocar cosas y vayamos al grano —comenté.

—Estoy de acuerdo —dijo Katia.

Nos dirigimos hacia el sótano. El techo era bastante bajo y quedaba a escasos centímetros de mi cabeza, lo que solo servía para provocarme claustrofobia. Katia tuvo que ensanchar sus caderas y reducir su peso para continuar. En la base de las escaleras había una pequeña habitación redonda con una gran mesa de madera en la pared del fondo. La puerta era ancha y llegaba hasta el techo bajo. No estaba hecha de cristal ni de arena, y tampoco era mágica. Era

una puerta normal y corriente, el primer objeto que no era de cristal que habíamos visto desde que entramos al castillo. Hice una pausa y busqué trampas en ella. Había una luz brillante que se proyectaba por debajo desde el otro lado.

Estaba claro que se trataba de la sala del jefe del castillo.

—Parece que solo hay una habitación muy grande —dijo Katia—. Y una pequeña después de esa, con las escaleras del piso.

—Veo las escaleras —dije. Ahora que estábamos cerca de la salida, al fin había aparecido en mi minimapa.

—No veo monstruos —añadió Dónut—. Nada. Pero sí que oigo voces.

—Jugada Voyeur, venga —susurré.

—Creí que habíamos decidido llamarla Mongueur, ¿no? —dijo Dónut.

—Tú hazlo. Y primero apaga la luz.

El conjuro Antorcha dejó de alumbrar en ese momento, y un pequeño agujero se materializó en la puerta. Esperé unos instantes y luego eché un vistazo al interior. No veía demasiado. El techo no era más alto y había pilas de libros y revistas desperdigados por el lugar, junto a estatuas más pequeñas en una vitrina. Ninguno de los objetos, sin contar las paredes o el techo, estaban hechos de cristal, aunque sí que el suelo estaba cubierto de arena, como si hubiesen construido aquel lugar en mitad de una playa. También me dio la impresión de ver varias pilas de cosas desordenadas por el lugar. La mayoría ropa. Había una extraña mezcla de prendas negras y rosadas por todas partes, pero sobre mesas. El desorden no era tan horrible como el de la estancia de la Acaparadora, pero un hedor terrible brotaba también por el agujero.

No vi de dónde venía aquella luz cegadora, pero se me parecía mucho a la de una televisión. O a la de un videojuego. Y también el ruido que se oía.

Di un paso atrás.

—Abortar —susurré.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dónut, también entre susurros. Estaba a punto de lanzar Triplicado mecánico sobre Mongo para que apareciesen las dos copias dentro de la estancia. Pero me daba la

sensación de que, si atacábamos sin más a lo que había ahí dentro, nos perderíamos la oportunidad de saber qué era lo que estaba ocurriendo.

—Cambio de planes. Mira a través del agujero y usa Pata astral para tirar uno de los montones de revistas o cualquier cosa que encuentres. Me gustaría ver si algo reacciona a ello dentro de la habitación. A veces podemos hacer que el jefe se muestre sin estar nosotros dentro encerrados con él.

—No pidas jugadas si vas a abortarlas, Carl —gruñó Dónut—. Es la razón por la que las creamos, para hacer las cosas sin pensar y rápido.

Dónut saltó sobre mi hombro y miró por el agujero. Le di unas palmaditas en la cabeza.

—Lo llamamos Voyeur porque primero miro por el agujero para comprobar si los Mongo mecánicos son necesarios. De ahí el nombre.

—Mongueur, Carl. De verdad. Si vas a decir mal los nombres, tendremos que pasar media hora más al día entrenando las jugadas, y ya te digo yo que tengo un horario muy ajustado debido a mis acicalamientos. No es difícil de recordar. Katia siempre recuerda los nombres. —Antes de que me diese tiempo de decir nada, la gata miró por el agujero. Hizo una mueca—. Anda, este mago es muy desordenado. Huele a pollo rancio y a verduras podridas. La arena del suelo está muy fría. Está viendo la tele. No reconozco la serie, pero suena a dibujos animados. Vale. Tiro una pila de revistas, venga. —Se apartó del agujero—. Hecho. Francamente, no sé qué diferencia marcará algo así. Tú nunca te enterabas cuando yo tiraba las cosas.

—Sí que me enteraba, pero estaba acostumbrado. —Volví a mirar por el agujero mágico. La serie o lo que fuera se había pausado, y el silenció se apoderó del lugar. Desde allí no veía qué era lo que había hecho Dónut. No había nada entre la arena del suelo.

—¿Hay alguien ahí? —llamó una voz.

Justo cuando se oyó, un punto blanco apareció en mi minimapa, en un rincón donde no alcanzaba a ver. Apareció una persona que cruzó la estancia. Era un hombre humano con lo que parecía ser un albornoz. Por unos instantes muy confusos, mi cerebro creyó que se

trataba de Louis, pero no tenía sentido, claro. Era un tipo con sobrepeso y desaseado de unos veintipocos, con el pelo largo y ralo. Se dirigió al centro de la habitación y miró la arena del suelo. Gruñó algo que no fui capaz de oír y luego se giró hacia la televisión. Me dio tiempo a examinarlo antes de que desapareciese de mi campo de visión.

Ghazi. Humano. Mago de cristal de nivel 43.

Ghazi, al que todo el mundo del lugar conoce como el Mago Loco de las Dunas, llegó a la zona por la misma razón que el capitán del submarino, el osgo Shamus Chaindrive: para encontrar un tesoro oculto que se dice que está enterrado en la Necrópolis de Anser.

Es un mago de cristal especializado en el estudio de la transmutación y la teletransportación de partículas energizadas, y les dijo a sus compañeros de la facultad de magia de Larracos que se disponía a encontrar el Portal de los dioses ferales para estudiar su posible uso a la hora de teletransportarse entre largas distancias.

Pero era mentira, claro.

Su verdadero propósito para encontrar ese artefacto legendario era tener un modo de acceso controlable a la Nada, para así hablar con Yarilo, el dios desterrado de la lujuria. Solo quería algo muy simple a cambio de liberarlo.

Ghazi quería que la afamada Lika se enamorase de él.

Lika es una seminayade trovatriz. Una trovatriz es una barda clériga que tiene un voto de celibato. También es el personaje principal ficticio de una serie popular de obras de teatro que suelen interpretarse en el distrito teatral de Larracos. Nunca ha sido real y está vagamente basada en una deidad menor. A lo largo de los años, la han representado una gran cantidad de seminayades thespianas.

En otras palabras, Ghazi intentaba invocar a un dios para que convirtiese a su waifu en una persona de verdad.

Lo curioso de invocar criaturas que se encuentran en el interior de la Nada es que todas están locas. Todas quieren salir. Y a algunas se les da muy bien fingir que son personas que no son en realidad.

En resumidas cuentas, podría decirse que la entidad invocada por Ghazi no es Yarilo. Y ahora, el mago de cristal está atrapado en su castillo transformado, a sabiendas de lo que ha hecho y de que es culpable de lo que le ha ocurrido al mundo.

Tiene una manera de escapar, pero es demasiado cobarde para hacerlo. No obstante, sí que hay una cosa que le haría dar el paso. Pero es probable que no quieras que ocurra algo así.

—Mierda. Es un tipo normal —susurré—. No está hecho de arena ni nada de eso. Aquí dice que su esposa no es de verdad. No tiene sentido. Es como un friki que ha intentado lanzar un conjuro para hacer que una tipa de mentira se enamore de él.

—Es como lo de Louis e Higo —dijo Dónut—. Pero al menos Higo es real. Bueno, más o menos. Se había transformado en Wonder Woman antes de que nos fuésemos, y lo creas o no pensé que…

—¡Caparazón! —gritó Katia mientras sentía que algo me alejaba de la habitación.

Dónut saltó y gritó para que Mongo la siguiese mientras yo me daba un espaldarazo contra las escaleras. No sabía qué estaba pasando, pero activé Caparazón protector justo al tiempo que Dónut lanzaba Muro de fuego dentro de la habitación.

La puerta explotó en el momento en el que lancé el conjuro, lo que no tenía mucho sentido en realidad. El caparazón protector había aparecido al otro lado y no tendría por qué haberla hecho detonar.

El conjuro de fuego incendió al instante las pilas de libros y las mesas.

—¡Oye, oye! —gritó alguien desde el interior. Ghazi se acercó a la carrera. Atravesó corriendo el caparazón protector y empezó a mirar de un lado a otro. El muro de fuego lo había dejado atrapado en aquel lado de la estancia. Abrió los ojos como platos al darse cuenta de que lo estábamos mirando.

«Sigue teniendo el punto blanco. El conjuro no va a protegernos».

Katia había sido la que me había separado de la puerta. Pero ¿por qué?

Y luego me di cuenta. La arena del suelo se había apartado para dejar al descubierto una superficie de cristal, como si la hubiesen limpiado con una escoba. El caparazón protector la había desperdigado al lanzarlo. De repente, vi que la habitación al completo estaba roja en el mapa.

«La arena es una criatura. El suelo es un monstruo».

—¡Mantén activo el conjuro! —gritó Ghazi, que corrió hacia nosotros.

Me puse en pie. Mongo graznó, listo para atacar.

—Contén a Mongo —le dije a Dónut. Luego me giré hacia el mago —: El conjuro va a disiparse dentro de unos pocos segundos.

El tipo miró las llamas por encima del hombro. Vio algo sobre una de las mesas, cerca del caparazón protector. La mesa estaba en

llamas. El mago con albornoz soltó un improperio y volvió a internarse en la estancia para hacerse con el objeto, que era una bolsa de cuero, y luego volvió a acercarse a nosotros. El conjuro iba a disiparse dentro de cinco segundos. La bolsa estaba en llamas. La tiró al suelo y empezó a pisotearla, antes de volver a cogerla y llevársela al pecho.

—¡Subid las escaleras! ¡Ahí arriba no os seguirá! —consiguió decir Ghazi entre jadeos.

Tuve que tomar una decisión rápida.

—¿Tienes la caja? ¡La facultad la necesita para salvar el mundo!

El tipo me miró, incrédulo.

El conjuro desapareció, y la arena empezó a acercarse a nosotros, burbujeando como si de lava gris se tratara. «Es un limo», deduje al instante. El suelo de la habitación no estaba cubierto de arena normal, sino por un limo. Y, por alguna razón inexplicable, el mago vivía sobre la criatura.

—¡Respóndele, imbécil! —exigió Dónut.

—La tengo aquí, sí —dijo Ghazi mientras daba unas palmaditas a la bolsa—. Sabía que el consejo no iba a abandonarme. Yo…

Le di un puñetazo en la cara al mago y agarré la bolsa. El tipo se derrumbó, pero Katia extendió los brazos para agarrarlo a tiempo. Se lo colocó sobre el hombro, y luego todos nos dimos la vuelta y empezamos a correr escaleras arriba mientras el limo de arena se deslizaba hacia nosotros.

—Eso no me lo esperaba —comentó Dónut. Mongo graznó con inseguridad y olisqueó la oscuridad que nos rodeaba. A pesar de lo que acababa de decir aquel tipo, vi que el limo, el cieno o lo que quiera que fuese aquello seguía avanzando despacio por las escaleras hacia nosotros. Iba a tardar mucho en alcanzarnos, pero venía de camino.

Nos quedamos en la parte alta de las escaleras. Katia colocó al tipo inconsciente en el suelo. Iba a despertarse dentro de noventa segundos. Yo no había desplegado el guantelete siquiera, pero el

golpe lo había noqueado al instante. La barra de salud le había bajado dos tercios, y el punto aún era blanco.

—¿Facultad? ¿A qué ha venido eso? —preguntó Katia.

—Examínalo —dije.

—Ah —comentó ella un momento después—. Es de Larracos. Es la gran ciudad del noveno piso, ¿no?

—Así es —aseguré—. Vino hasta aquí para convertir en una persona de verdad a su novia ficticia.

Dónut resopló.

—¿Os lo podéis imaginar? Eres una aventurera famosa y atractiva y, de repente, apareces en el sótano de una especie de científico apestoso. Hacerla realidad no es suficiente. Encima quería que se enamorase de él. Y una cosa os voy a decir, si eres el típico tío que vive en un sótano horrible intentando dar vida a personajes ficticios, conseguirlo va a ser toda una hazaña. Es raro y da mucho miedo.

—Bueno, ¿qué pasó ahí abajo? —pregunté a Katia mientras abría la bolsa de cuero.

—Mientras mirabas por el agujero, la arena empezó a rezumar por debajo de la puerta. Había empezado a subir por la madera cuando lo vi. Lanzaste el caparazón y la desperdigó, lo que hizo que la puerta se hiciese añicos.

—Si hubiésemos entrado en la habitación, es probable que se hubiese activado el combate contra el jefe —dije—. Es casi idéntico a lo que ocurrió en el castillo del cuadrante de Aire. Había un jefe y un PNJ.

Miré en el interior de la bolsa. Había dos objetos: CARTA DEL CONSEJO y CAJA MISTERIOSA.

Examiné la caja. Era una caja de madera gruesa con ventanita de cristal. Era más pesada de lo que tendría que haber sido, y la madera oscura del objeto parecía antigua. Me recordó a un humidificador o una caja de música grande. En el interior había dos botones y dos huecos, uno para cada reloj. No estaba muy seguro de cómo funcionaba aquello. Colocabas el reloj dentro y la encendías, y luego lo hacía girar y lo mantenía listo para usar. O algo así.

Caja de movimiento misteriosa.

Esta extraña caja zumba con energía arcana. Hay espacio para dos relojes. ¿Qué ocurrirá cuando los coloques dentro y actives la caja? ¡Deberías probar!

Sabía que el tipo había conseguido que aquello funcionase sin los relojes, aunque no del todo, por lo que no quería tocarla demasiado. La guardé en el inventario. El reloj restante se encontraba dentro de la necrópolis, en manos de Henrik, el hermano de Higo.

«Deberíamos habérselo arrebatado cuando tuvimos oportunidad».

Examiné la carta. Dónut la leyó por encima de mi hombro y soltó un grito ahogado al llegar al final. Cuando terminé, se la entregué a Katia.

Ghazi:

Nos hemos quedado consternados al recibir tu carta. Hemos buscado la criatura que nos describes y hemos llegado a la conclusión de que se trata de una deidad menor desterrada llamada Psámate. Es la única de la lista de destierros que va acompañada del cieno que describes. Por suerte, la ineptitud que has mostrado al invocarla podría salvarnos.

Los académicos creen que tu fracaso ha hecho que disponga del tiempo suficiente para conseguir un punto de apoyo, pero el comportamiento que describes sugiere que aún no ha llegado a cruzar del todo. Buscará la entidad subconsciente más poderosa que haya cerca y ocupará a la criatura. Por suerte, y debido a que no dispone de forma física, solo podrá ocupar a una criatura que también se encuentre entre mundos. Y, teniendo en cuenta tu ubicación, está claro quién va a ser.

En resumen, el consejo cree que Psámate te ha timado. Ha fingido ser ese tal Yarilo, a quien intentaste resucitar como el inconsciente que eres, y luego se ha hecho con el control del fantasma que acecha en la necrópolis, la reina Quetzalcoatlus.

Solo tienes una opción. Debes usar la caja de movimiento para desterrarte a ti y a toda la necrópolis a la Nada. No permitas que Quetzalcoatlus alcance la forma corpórea. De ocurrir algo así, Psámate resucitará por completo y los verdaderos dioses se verán obligados a actuar, lo que provocaría un caos y unas muertes que no se han visto desde hace eones.

Tu fracaso ha hecho que eliminemos tu nombre del Tomo de los Académicos.

Que los dioses se apiaden de tu alma.

Estaba firmado por un grupo de doce nombres.

Debajo de la carta, y escrita con una caligrafía diferente, había una nota adicional.

> Ghazi, tonto del culo. Te dije que iba a pasar algo así. Desde que te vi con esa cosa, sabía que no tenías solución. Lo has arruinado todo. Espero que haya merecido la pena. Ahora será imposible derrotar a Escolopendra. Necesitábamos ese artefacto, pero está claro que piensas con la polla. Nunca te perdonaré. Me has tenido aquí todo el tiempo, pero supongo que nunca fui suficiente. Que te jodan. Espero que sufras antes de morir. Haz lo correcto.
>
> Tish

«Dios», pensé. Si los cambiados conseguían devolver la forma corpórea a esa criatura, no habría manera alguna de ganar. O el fantasma escapaba de la necrópolis o este tal Ghazi acabaría con la burbuja usando la caja de movimiento.

—Esto es angustiante —dijo Dónut—. ¿Podría haber estado con Tish pero la ignoró por una mujer que no existe? Me deja consternada. ¡Esto es un ultraje!

Gruñí.

—Dónut, no sabemos nada de lo ocurrido, en realidad. Lo único que tenemos es lo que dice la carta. Estás suponiendo demasiado. Lo importante es que si esa tal Quetza…, lo que sea, sale de la necrópolis aparecerá otra puñetera deidad y acabará con todos los que nos encontremos por aquí. Y que ahora también sabemos que podemos usar esta caja de movimiento como arma. Y el artefacto puede usarse de alguna manera contra el tal Escolopendra, el jefe final.

—Quizá —comentó Katia—. O a lo mejor solo lo querían para escapar.

—No sois del consejo —dijo Ghazi, que se incorporó. Tenía la enorme túnica abierta a la altura del pecho, donde destacaba un tatuaje gigantesco de Lika. Se llevó una mano a la cabeza—. Me has dado un puñetazo muy fuerte.

—¿Cómo osas? —dijo Dónut, que saltó al pecho del PNJ. El tipo empezó a echarse hacia atrás, sorprendido por la vehemencia de la gata. Dónut siseó y escupió.

—¿Qué? ¿Cómo oso qué?

—¡Podrías estar con Tish y la dejaste por Lika! ¡Y ni siquiera es real! ¡Mira lo que has hecho!

El tipo abrió los ojos de par en par.

—¿Tish? Entonces ¿sois de la facultad? ¿Cómo habéis entrado aquí?

Teníamos aproximadamente una hora antes de que terminase la tormenta de arena. Cuando cesase, las paredes se derrumbarían al convertirse en grava y quedaríamos enterrados en el interior del castillo. No teníamos tiempo para dramas.

Agarré al mago confundido por el albornoz.

—Vale. Voy a hacerte varias preguntas y me las vas a responder. ¿Entendido?

—¿Qué está pasando? ¿Qué es lo que queréis?

—¿Qué es esa cosa de ahí abajo? ¿Y cómo la matamos?

—Es… Matarla no sirve. Lo he hecho decenas de veces. Siempre vuelve.

—¿Qué es?

—Ella es… una cieno de arena. El familiar de Psámate. Psámate no es una diosa, sino una deidad menor. Una que… escapó durante mi investigación. La cieno se regenerará con un único grano de arena mientras Psámate esté viva en este mundo, por lo que es imposible acabar con ella del todo. Podéis quemarla, congelarla o diluirla. También electrocutarla. Encoge, pero jamás se muere. Para hacerlo, tendríais que eliminar toda la arena del mundo.

«Mierda —pensé—. Deberíamos haber traído ese cable eléctrico».

—Vale. ¿Y qué hacía en la habitación contigo?

—Pero ¿me vais a decir quiénes sois o no?

—No. Responde a las preguntas. Si noto el más mínimo indicio de que vas a lanzar un conjuro, el dinosaurio que tenemos ahí atrás te arrancará la cabeza de un mordisco. He visto cómo se lo hace a otras personas. ¿Entendido? Ahora dime, ¿qué hacía la lima en la habitación contigo?

—Ella es… es mi esposa. Y creo que está enamorada de mí.

—¿Tu esposa? ¿La lima es tu esposa?

—No es una lima, es una cieno. Hay diferencias. Y sí, la cieno es mi esposa.

Dónut soltó un ruidito de asco.

—Si Tish viese en qué te has convertido…

—Vale. Pero vas a tener que explicarte —comenté—. Y que sea rápido.

Ghazi nos miró a Dónut y a mí, desconcertado, como era de esperar. Luego centró su atención en Katia, quien seguía al borde de las escaleras para no quitar ojo de encima a la cieno que se acercaba. Negó con la cabeza para indicarle a Ghazi que no esperase su ayuda.

—Mira —continué—. Aceleremos un poco las cosas. Sabemos que has venido aquí para invocar a un dios de la lujuria y que convierta a un personaje que aparece en una obra de teatro en tu esclava sexual. Pero que esa tal Psámate te engañó para que la invocases a ella. Y ahora, está dentro de la necrópolis en el interior del cuerpo del fantasma de ese pterodáctilo. Diría que esa es la historia de esta puñetera burbuja. Sabemos que, si el fantasma sale de ahí, los dioses que están al mando ahora podrían enfadarse. También sabemos que esa caja de movimiento que acabo de robarte podría usarse para solucionar el problema, pero tú aún no lo has hecho. Y ahora no vas a poder porque la tengo yo y no te la voy a devolver. Pues todo eso me da igual. Solo quiero que me cuentes todo lo posible sobre esa cieno que sube por las escaleras, porque vamos a tener que librarnos de ella el tiempo suficiente para llegar a la pequeña estancia que hay detrás de tu habitación. Y tengo que hacerlo antes de que cese la tormenta de arena del exterior.

El tipo me miraba con la boca abierta.

—Ahora es cuando te toca hablar —insistió Dónut.

—Va por la mitad de las escaleras —indicó Katia.

—Vale, vale. Lika no es solo el personaje de una obra. Es real. Y no iba a convertirla en una esclava sexual. La traje aquí conmigo. Lo que dice todo el mundo no es verdad. Está atrapada, paralizada dentro de su cuerpo. Habla conmigo. Es la que me dijo que viniese

aquí e hiciese todo esto. Intento salvarla. Tish jamás lo comprendería. Nadie lo hace. Cuando creía que había invocado a Yarilo, Lika pasó a ser real. Me dijo que tenía que casarme con ella para que la magia siguiese manteniéndola con vida, por lo que lo hice. Sin pensármelo. Ofició la ceremonia allí mismo y en ese mismo momento. Pero después de la consumación, salí de la estancia y vi que Lika seguía donde había estado antes, su receptáculo de limpieza. El castillo entero se había cristalizado cuando usé el conjuro para invocar a Yarilo, pero no había sido lo bastante potente. —Hizo una pausa, triste de improviso—. La cagué. Siempre la cago. Pero fue entonces cuando descubrí que me habían engañado, que no había salvado a Lika. Seguía allí, cristalizada como todo lo demás. Y todo lo que había escapado a mi protección se había convertido en arena. La deidad que había invocado me creó una esposa, pero era una esposa de arena. Por eso la cieno se queda siempre cerca de mí. Después de la consumación, está enamorada.

—Una cosa, Carl… ¿«Consumación» significa lo que creo que significa? —preguntó Dónut.

Volvíamos a irnos por las ramas, pero ahora tenía más preguntas que antes.

—¿Te tiraste a la cieno? —pregunté—. ¿Y no te diste cuenta de que en realidad no era la tía que tienes tatuada en el pecho, joder?

—Estaba borracho —dijo él, avergonzado—. Y muy cachondo. Además, estaba oscuro.

—¿Esa cosa habla? —pregunté.

—Pues… no. Adquiere la forma de Lika cuando no hay tormenta en el exterior. Cuando empieza a soplar el viento… vuelve a forma de cieno, pero yo me convierto en arena cuando no hay tormenta. Hace falta ser muy poderoso para… Mirad, eso da igual. Yo solo estoy en forma humana durante la tormenta, pero ella solo está en forma de Lika cuando no hay tormenta, por lo que el único tiempo que hemos pasado juntos de verdad fue justo después de la boda. Me ha ido consumiendo. Todos los días. Me consume cuando estoy hecho de arena. Es la forma que tienen los cienos de expresarte su amor.

Se estremeció.

—Pero ¿qué cojones? —susurré.

—Vale. Y por eso es por lo que intentas matarla, ¿no? —preguntó Dónut.

—Un matrimonio cimentado en mentiras está condenado al fracaso —dijo él—. Pero dejé de intentar matarla hace tiempo. Ahora me he acostumbrado. Mientras su ama se encuentre dentro de la necrópolis, no habrá problema. Tampoco envejezco. Además, ahora tengo un maravilloso panel mágico con miles de horas de series y programas, que la verdad es que no sé de dónde ha salido. Pero me entretiene. Solo puedo verlo durante dos horas al día, excepto durante el Equinoccio Rojo, que llegará pronto. Hay una serie llamada *Inuyasha* que me gustaría terminar… Bueno, eso. Y la cieno no me deja salir de la estancia muy a menudo. Está celosa de la Lika de verdad.

—La Lika «de verdad» —gruñó Dónut en voz baja.

—Un momento —interrumpió Katia—. Cuando dijiste que había encontrado a Lika en su receptáculo de limpieza, ¿a qué te referías?

Ghazi cabeceó en dirección a la estancia que teníamos detrás.

—Está allí, en esa habitación. Pero es un lugar que solo aparece durante la tormenta, que es el único momento en el que yo puedo salir de la mía. Ahora, mi… esposa no me suele dejar salir. Estoy preparando un conjuro para revertir todo lo que ha ocurrido. El castillo quedó cristalizado. Lancé un conjuro de protección, pero se ve que no funcionó, que no era lo bastante amplio ni lo bastante potente. La mayor parte del castillo es de arena, pero hay partes del interior que se transforman en cristal durante la tormenta. Tanto yo como mi estudio volvemos a nuestra forma inicial durante la tormenta, pero nada más. Cuando consiga revertir el conjuro, recuperaré a Lika y lo volveremos a intentar.

—¿Y cómo vas a revertir el conjuro si te pasas todo tu tiempo libre viendo dibujos animados para frikis? —preguntó Dónut.

—Entonces… ¿está en la fuente? —pregunté. Intercambié una mirada con Katia—. La hemos visto antes. Creíamos que era una estatua.

—Es un dispositivo de acompañamiento personal creado a imagen y semejanza de Lika. Pero es real. Hay un alma atrapada en el interior, y esa es la razón por la que vine aquí.

Todos nos dimos cuenta en ese momento, pero Dónut fue la primera que lo dijo en voz alta.

—Dios…, ¿era una muñeca hinchable? ¿Una muñeca hinchable fue la que te dijo que vinieses aquí? ¿Y la metiste en la fuente para… limpiarla? Y esa es la razón por la que…

—Por la que estaba ahí, sí —interrumpí a Dónut.

Los añicos de la muñeca hinchable supuestamente poseída de Lika estaban desperdigados por la estancia contigua, pero yo tenía la cabeza en mi inventario. Teníamos que evitar que este tipo entrase allí hasta que terminásemos con esto.

—Como he dicho antes, nos estamos yendo por las ramas —continué—. Dime cómo mataste a tu esposa la última vez que lo hiciste. Necesito que permanezca muerta durante unos pocos minutos. Y luego saldremos pitando de aquí.

22

Miré escaleras abajo y vi cómo la cieno seguía acercándose poco a poco. Cuanto más lo hacía, más lenta avanzaba. Me fijé en que tenía que extenderse, y cuanto más lo estaba más le costaba moverse.

Era como si una deidad hubiese estornudado en la escalera y la hubiese llenado de mocos mezclados con arena de gato usada. Entre la masa de la criatura también había algunas de las revistas que Dónut había tirado de la mesa y otros objetos del laboratorio, que avanzaban escaleras arriba poco a poco.

La voz de la descripción de la cieno que puso la IA era diferente. No hizo ningún chiste absurdo y parecía más taciturna de lo habitual, lo que probablemente era el chiste en sí. Pero yo no lo entendí.

Señora Ghazi.
Cieno de arena.
¡Jefe de distrito de nivel 52!
Es una secuaz de Psámate.

Todos los seres vivos buscan lo mismo: ser felices de alguna manera. Da igual cuál sea su historia, de qué están hechos cuando brotan a la existencia o lo tontos o listos o confusos que estén… Todos buscan consuelo. Pero ese consuelo puede ser algo completamente diferente para cada uno de ellos, hasta entre criaturas de la misma especie. En muchas ocasiones, esa búsqueda de la felicidad es lo que le da sentido a su mera existencia. Cuando uno de esos seres se cruza con otro, es inevitable que el más débil de los dos empiece a alejarse de dicho objetivo.

Esto es algo que bien podría estar pensando la señora Ghazi mientras se pasa los días cuidando a un hombre que ha llegado a amar a petición de alguien más poderoso que ella. El hecho de saber que sus sentimientos no son correspondidos por ese hombre es como tener una espinita en su corazón…, si tuviese corazón. No puede dejar de darle vueltas al tema y se pasa el día indecisa. «¿Lo protejo porque lo amo? ¿Lo mato porque él no me quiere a mí? ¿Debo seguir con mi misión? ¿Qué me pasaría si me limitase a desobedecer?».

Es demasiado estrés para una criatura que no está acostumbrada a las emociones. Demasiado. Pero aunque la criatura quisiese acabar con este problema sería incapaz. Su ama tiene la capacidad de devolverla a la vida..., una y otra y otra vez.

—Creo que la IA está fumada —dijo Katia.

—No nos ha dicho nada nuevo sobre la criatura —comente, irritado por la descripción—. Menos que es un jefe de distrito. Pero tampoco oigo la música del combate.

—Creo que rompimos el enfrentamiento al no entrar en la habitación —dijo Katia.

—¿Estáis seguro de que hablaba de la cieno? —preguntó Dónut.

Matar a la cieno de arena, aunque solo fuese temporalmente, iba a ser imposible en la situación en la que nos encontrábamos. No teníamos electricidad suficiente, por lo que tendríamos que quemarla. Y, aunque tenía material más que suficiente para conseguir reducir un cieno a cenizas, habíamos perdido la oportunidad al subir por las escaleras.

Según Ghazi, había que quemar el núcleo de la criatura, que siempre estaba en el mismo lugar: justo debajo de la silla reclinable que había frente a la televisión de pantalla plana que se encontraba en uno de los rincones de la habitación.

Tampoco podíamos usar fuego normal. Vimos que la criatura ya había extinguido las llamas del conjuro de Dónut, por lo que tampoco podía decirse que tuviese debilidad al fuego. Necesitábamos algo muy caliente. Me quedaban dos jarras explosivas, pero me temía que fuesen demasiado potentes. Se me ocurrió algo mejor. Antes de venir había preparado un poco de «gel ardiente» en la mesa de trabajo. Había sacado la receta del libro de cocina. Unos días antes había forzado una conversación con Mordecai en la que le contaba que a veces le prendía fuego al desinfectante de manos. Él me había comentado que conocía una manera de crear un gel inflamable que seguro que ardía mejor, durante más tiempo y a más temperatura. Lo creamos mezclando aguardiente con una pasta que él podía crear fácilmente, y el gel resultante era muy inflamable y soltaba volutas de humo. No era demasiado útil en combate, porque tenía la consistencia de la pasta

de dientes y se tardaba demasiado en aplicarlo, pero en la situación en la que nos encontrábamos ahora sí que podía llegar a funcionar. Llevaba una bolsa de plástico llena de ese gel en el inventario, y le había colocado un embudo para distribuirla, como si fuese una manga pastelera para decorar tartas.

La cieno de arena se había estirado casi hasta la parte superior de las escaleras. En caso de tocarla, seguro que terminaría atrapándome y arrastrándome hacia abajo para asfixiarme. Por eso tenía que encontrar la manera de llegar hasta el piso inferior, doblar la esquina, entrar en la habitación y acercarme hasta su centro sin que me rozase.

El conjuro Saltacharcos de Dónut no iba a funcionar porque necesitábamos un lugar seguro en el que aparecer. Tampoco iba a tirar cócteles molotov. La solución más obvia era abrirnos paso hasta allí con fuego. Si íbamos atacando con llamas lo bastante calientes como para hacerle daño, la criatura empezaría a encogerse hasta permitirnos acercarnos al núcleo.

Pero no teníamos tiempo para eso.

Y, para complicar aún más las cosas, Ghazi había comentado que de ninguna manera podía usar explosivos, mucho menos en el sótano y menos aún en su laboratorio. Había insistido en que una explosión demasiado potente terminaría por resquebrajar las paredes y el interior de cristal se derrumbaría. De hacer algo así, acabaríamos enterrados.

Eso solo nos dejaba una solución rápida y factible. Usaríamos el conjuro Agujero de Dónut para dejar caer el fuego sobre el núcleo de la criatura desde el piso superior. Había poco más de un metro de arena entre el suelo de cristal de arriba y el techo del sótano. Su conjuro era lo bastante potente como para hacerla desaparecer gracias a la clase cañón de cristal, pero por muy poco. El problema era que el taller de Ghazi no estaba alineado correctamente con el piso bajo el que se encontraba. Tendríamos que salir a la estancia donde habíamos roto por accidente la muñeca hinchable cristalizada y acercarnos a un rincón, que era el lugar que daba a un extremo del laboratorio. Pero era el extremo más alejado, por lo que

podíamos hacer un agujero para llegar al lugar, pero aún íbamos a encontrarnos a unos nueve metros.

Nos pusimos manos a la obra con el problema, a proponer diferentes soluciones. Katia no tenía masa suficiente para estirarse a tanta distancia. Yo podía asomarme por el agujero y usar la *xistera* para colocarme bocabajo y tirar algo al núcleo. También podía lanzar cócteles molotov. Pero temía que no fuese suficiente.

Había que apartar la silla reclinable de alguna forma, cubrir bien de gel ardiente el núcleo y prenderle fuego, todo sin que la criatura nos capturase para asfixiarnos.

Mordecai se asustó bastante cuando le expliqué lo que era el monstruo.

> MORDECAI: No permitas que te toque. Una vez te atrapa, es como arenas movedizas y no te deja escapar. Y como ya has usado el Caparazón protector, vas a estar bien jodido. No solo te asfixia, sino que te mete arena por todos los orificios de tu cuerpo hasta que explotas. Y como solo llevas gayumbos, tendrá muy fácil llegar hasta tu... entrada inferior... Eso. Ni se te ocurra dejar que te atrape.
>
> CARL: Dios, Mordecai. Siempre haces que las cosas horribles parezcan más horribles aún.
>
> MORDECAI: Es mi trabajo, chico. ¿Te has estado cortando el pelo?
>
> CARL: Sí, Katia me lo cortó el otro día. Diría que no ha crecido los días que estuvimos fuera.

Al final, decidimos continuar con mi idea menos favorita. Sabía que sería lo mejor, pero estaba reservándola como último recurso. Dónut la sugirió en voz alta.

Con las mejoras del equipo, y antes de aplicarme las mejoras diarias, tenía una Destreza de 32. Lo que más había subido era Fuerza y Constitución, pero también me había puesto algún punto que otro en Destreza de vez en cuando. Ojalá hubiesen sido más.

Gracias al nuevo anillo de pie, tenía una habilidad llamada Pies pegajosos. Me permitía caminar por el techo durante una cantidad de tiempo igual al doble de mi Destreza en segundos, con una recarga de seis horas. Lo había practicado unas pocas veces, pero jamás lo había usado en combate. Eso estaba a punto de cambiar.

> CARL: ¿Cómo detectan a la gente esas cosas? ¿Sabrá que estoy bocabajo en el techo?

MORDECAI: Estoy segurísimo de que lo sabrá si no lo distraes. Los cienos notan las vibraciones y el sonido. No se llevan por el calor, como los limos, así que mejor. Aun así, si haces mucho ruido en el techo llamarás su atención, por lo que tendrás que usar una de esas cosas que fabricaste antes.

DÓNUT: ¿Y PUEDE OLER? CARL SE PUSO A SUDAR MUCHÍSIMO CUANDO DECIDIMOS QUE IBA A ENTRAR AHÍ BOCABAJO.

MORDECAI: Los cienos de arena normales no tienen olfato. Pero puede que este no sea uno normal. Tened cuidado.

CARL: Esa cosa se llama señora Ghazi y está enamorada de un humano. Estoy muy seguro de que no es un cieno normal.

MORDECAI: Es probable que no lo sea. Hablando del mago, yo no confiaría en un tipo que se ha tirado a un cieno. Katia, no lo pierdas de vista, sobre todo cuando Carl esté en la estancia.

CARL: Yo tampoco confío en él. No parecía demasiado enfadado cuando le robé la caja de movimiento.

KATIA: Tengo la habilidad Estallido de multitudes preparada. Si intenta hacer algo, quedará aplastado como un bicho contra el parabrisas.

Dónut y yo nos colocamos en el rincón de la sala de la fuente, mientras que Katia permaneció en lo alto de las escaleras con Ghazi. El cieno estaba a punto de llegar al escalón superior, y Katia se iría alejando poco a poco a medida que el monstruo siguiese avanzando.

Ya le había dado a Katia el dispositivo. Había creado cinco en la mesa de zapador, cada uno para un propósito diferente. En ese momento había elegido una canción para cada uno. El que le di tenía una descripción muy simple: «Línea de bajo intensa. Para distraer». Era una esfera pelotazo vacía con una trampa de alarma de las que se activaban por impacto en el interior. Había tardado menos de tres minutos en crearlo. Y luego había elegido las canciones de memoria al instante.

—¡Todo listo! —grité a Katia desde la estancia contigua.

—Allá vamos —aulló ella en respuesta.

El anuncio se oyó un instante después.

¡Y en el número 3 a fecha de 3 de octubre de 1992, tenemos Jump Around!

La música no sonaba tan estruendosa como lo hacía normalmente porque el módulo de alarma estaba sellado dentro de una pelota de cristal. Aun así, el ruido era ensordecedor y resonó una canción con un bajo lo bastante potente como para hacer temblar las paredes y

acallar el resto de los ruidos. Katia había tirado la pelota escaleras abajo. Temía que el cieno la consumiese al instante, pero al parecer la trampa estaba a salvo dentro del artilugio.

KATIA: Guau. La pelota se ha puesto a rebotar siguiendo el ritmo de la canción. El cieno no deja de intentar hacerse con ella, pero se le escapa.

DÓNUT: ¿EN SERIO ESA ERA LA ÚNICA CANCIÓN CON UN BAJO POTENTE QUE SE TE HA OCURRIDO? ¿NO HAS PENSADO EN LIL PUMP?

CARL: Que abras el puto agujero.

DÓNUT: PUES QUE SEPAS QUE EL BAJO TAMPOCO DESTACA TANTO. SOLO TIENE BUEN RITMO.

CARL: Cagondiós, Dónut. Se nos acaba el tiempo.

Dónut suspiró y luego lanzó el conjuro. Miramos por el agujero a la estancia chamuscada de debajo. Estaba hecho un desastre. El cuerpo del cieno estaba estirado al máximo como si fuese un chicle arenoso. La televisión había vuelto a activarse de alguna manera y en ella se reproducía una escena de un anime, lo que llenaba el lugar de colores siempre cambiantes. No oía nada. El monstruo cubría la estancia de un rincón a otro.

La pequeña puerta reluciente estaba junto a la televisión. Detrás de ella se encontraban las escaleras del piso. De no haber estado brillando, podría haber pasado por la de un armario para los trastos o algo del todo inofensivo. Una vez nos encargásemos del jefe, podríamos entrar en ella al fin.

Vi que todo estaba dispuesto como una sala de jefe, pero el enfrentamiento nunca se había activado. Había varias mesas de alturas diferentes por todo el lugar, aunque la mayoría se habían roto. Habría tenido que ir saltando de mesa en mesa hasta descubrir dónde se encontraba el núcleo. Mordecai había dicho que buscase una especie de cúpula parecida a una yema de huevo en la superficie del monstruo. Y en ese momento la vi, cerca del lugar donde había estado Ghazi. Un resplandor amarillo emanaba de debajo de la silla que se encontraba junto a la puerta de las escaleras del piso.

Metí el cuerpo por el agujero. Tocar el techo con los pies no era precisamente fácil cuando te encuentras en el piso de arriba. Quería dejar a Katia apostada en las escaleras, aunque para ella hubiese

sido muy fácil ayudarme a bajar. Es por ello por lo que tuve que pensar algo con una cuerda.

CARL: No dejes que se caiga.

La estancia de la fuente estaba hecha de cristal, así que no confiaba en nada que hubiese allí para sostenerme y había sacado un buen pedazo de metal del inventario para luego colocarlo con cuidado en el suelo. Era un resto de un autómata enano y, aunque el metal de los enanos era más ligero que el acero, pesaba más o menos media tonelada. Era del tamaño de un montacargas y estaba cubierto de partes afiladas y aserradas de metal roto. Lo estaba guardando para tirarlo contra algo o soltarlo como obstáculo si teníamos que escapar rápido. Era una de esas cosas que antes no podría ni haber movido siquiera, pero ahora tenía 80 de Fuerza y era capaz de levantarlo sin problemas. Até la cuerda a un remache curvo y resistente que seguro sostendría mi peso.

Bajé bocabajo por el agujero y entré en la sala del cieno a lo Spiderman. No empezó a sonar la música del jefe. Tampoco oí el anunció. El techo era bajo, lo que significaba que cuando estaba de pie en él, la cabeza me quedaba a unos pocos centímetros de distancia de la señora Ghazi. Si llegaba a sentirme, solo tenía que alzarse un poco y tirar de mí hacia la arena por la cabeza.

Descendí un poco más con la cuerda y luego coloqué los pies descalzos en el techo mientras me preparaba para usar la habilidad Pies pegajosos. Cuando la activase, tendría unos setenta y pocos segundos.

La canción terminó y volvió a empezar al momento. No iba a parar jamás.

CARL: Voy a activar el conjuro dentro de cinco segundos. Preparaos para enviar los refuerzos. Dónut, quizá deberías guardar a Mongo después de sacar los mecánicos. No quiero que caiga en la arena por accidente.
KATIA: Ahí van.

Activé la habilidad, y los pies se me pegaron al techo. Solté la cuerda y me quedé de pie bocabajo mientras empezaba la cuenta atrás. Era muy diferente al conjuro Gravedad invertida. Ese había

hecho que sintiese que el mundo entero estaba bocabajo, pero ahora simplemente estaba pegado al techo, como si llevase una de esas ridículas botas de gravedad que te destrozaban los abdominales. Tenía que pisar con cuidado: si levantaba ambos pies del techo a la vez, caería hacia la cieno.

Oí unos graznidos muy característicos acercándose a la puerta, a pesar de la música estruendosa. Los Mongo mecánicos bajaron las escaleras brincando y se dirigieron hacia una muerte segura. Sabía que Katia había empezado a lanzar al monstruo cosas al azar que le sobraban en el inventario, todo para intentar distraerlo. Me giré hacia la silla reclinable del rincón y empecé a caminar hacia ella con cuidado.

Contaba con algunas habilidades pasivas de bajo nivel que podían ayudarme con el sigilo, pero nunca me servían para nada porque viajaba con un dinosaurio y una gata parlante. Ahora, tenía la esperanza de que me sirviesen para pasar desapercibido.

Avancé rápido por el techo esquivando mesas y otros escombros sin problema, hasta que llegué cerca de la silla reclinable. Fue necesario agacharme un poco para colocarme justo sobre ella.

Ahora tenía que tomar una decisión. Podía agarrar la silla y guardarla en el inventario, lo que sin duda llamaría la atención de la cieno. O podía verter el gel directamente sobre el asiento y prenderle fuego, lo que seguro que funcionaría igual de bien. El gel ardía a mucha temperatura, y el fuego era casi imposible de apagar.

Quedaban treinta segundos. Me decidí por prenderle fuego a todo, silla incluida. Saqué el dispensador de gel del inventario y empecé a verter el líquido turbio y denso sobre el asiento.

> Dónut: ¡SE MUEVE! ¡CARL, SE ESTÁ MOVIENDO! ¡NO LO PUEDO PARAR!
> Carl: ¿El qué se está moviendo?
> Dónut: ¡LA COSA ESTA DE METAL!

Miré por encima del hombro y vi que un poco de cieno había descubierto de alguna manera la cuerda que colgaba a escasos centímetros del suelo. La criatura se había estirado hacia arriba para agarrarla y ahora no dejaba de tirar de ella. El metal era mucho más grande que el agujero, por lo que daba igual, pero era el lugar por

donde tenía pensado escapar. También sirvió para que me diese cuenta de lo terriblemente fuerte que era la cieno.

CARL: Tranquila. Disipa el agujero y haz uno igual al lado rápidamente. Voy a prenderle fuego a la silla ahora mismo y saldré por patas de aquí.

Saqué una antorcha del inventario, la encendí y la dejé caer sobre la silla, que estaba encima del núcleo. Me di la vuelta y empecé a alejarme mientras las llamaradas se alzaban detrás de mí y ardían con intensidad para luego extenderse por el rincón a más velocidad de lo que esperaba.

«Mierda».

Reprimí un grito de dolor. A pesar de alejarme, el calor empezó a hacerme daño. Sentía como si me hubiesen salpicado lava en la nuca, y empezó a arderme el estómago mientras caminaba de lado como un cangrejo por el techo, como una criatura salida de una puñetera película de terror.

La cieno reaccionó al instante. La habitación entera empezó a vibrar. La arena se agitó, y la silla en llamas salió volando hacia arriba como un misil hasta chocar contra el techo bajo, justo donde yo me encontraba unos momentos antes. Quedó destrozada en pedazos ardientes y cayó sobre el núcleo con forma de yema de huevo, que había quedado al descubierto, mientras desperdigaba más gel por la habitación.

«Sí», pensé.

El suelo al completo de la estancia se alzó, como si se estuviese llenando de arena. La criatura se plegó sobre sí misma como si intentara extinguir las llamas, pero era incapaz. Se veía el fuego reluciente y chisporroteante incluso cuando quedaba enterrado.

KATIA: ¡Se está retirando!

Apareció una barra de salud sobre el núcleo y empezó a reducirse. El monstruo soltó la cuerda, que cayó cuando Dónut cerró el agujero. La criatura se replegó aún más y empezó a acumularse en el rincón, por lo que bloqueó la puerta que daba a las escaleras. Enterró la televisión, que había empezado a fundirse a toda

velocidad debido a las llamas, y sumió la estancia en una penumbra iluminada únicamente por el fuego. El jefe chisporroteaba y no dejaba de sufrir daño. Empezó a girar, y unos zarcillos de arena viscosa se agitaron en círculos luminosos a mi alrededor. Iba a morir en pocos segundos.

Y fue en ese momento cuando el techo de la habitación se derrumbó y todo empezó a llenarse de arena.

No estoy muy seguro de qué fue lo que lo provocó. Probablemente el calor. O quizá la manera en la que estaba diseñado este piso, como si el suelo estuviese preparado para derrumbarse justo antes de derrotar al jefe para joder nada más. Mientras corría por el techo hacia el nuevo agujero cuando solo quedaban cinco segundos, caí de repente y quedé enterrado bocabajo en la arena, ciego e incapaz de moverme.

DÓNUT: ¡Carl! ¡Carl! ¡Ayuda! ¡Me he caído! ¡Estoy rodeada de arena!

«Mierda. Ha llegado el fin».

Me afané por liberarme, pero seguía sin poder moverme. El peso de la arena que tenía encima empezó a aumentar y a presionarme más aún, como si estuviese enterrado en la parte inferior de un reloj de arena. Los granos me entraron en la boca. No podía respirar. Intenté agitarme, pero lo único que era capaz de mover eran los dedos de los pies.

Apareció una notificación que parpadeaba muy rápido. El jefe había sido derrotado y se había abierto el cuadrante.

KATIA: ¡Carl! ¡Dónut! ¿Dónde estáis? ¡Las escaleras se han llenado de arena! Las paredes han empezado a crujir y a resquebrajarse! ¡Creo que todo se va a derrumbar! ¿Estáis bien?

Sentí de repente que me movía, que me deslizaba a toda velocidad entre la arena. Caí al suelo de cualquier manera mientras intentaba recuperar el aliento y tosía. Era Dónut. Me había mordido el pie para luego arrastrarme hacia el exterior.

—Gracias —dije sin dejar de toser y mientras escupía arena caliente por la boca. El conjuro Antorcha de Dónut iluminaba el pequeño espacio. Casi no había sitio para ponerme en pie. Nos

encontrábamos en uno de los rincones del sótano. El techo se había derrumbado, lo que nos hubiese servido como rampa para subir al piso superior, pero el techo de ese piso también había caído. Lo que teníamos encima ahora era el techo restante del sótano, que no dejaba de crujir y de moverse de forma precaria. A nuestra derecha se encontraba el enorme pedazo de metal enano, que había ayudado a hundir el techo. Había caído con Dónut. Si lo guardaba ahora en el inventario, era probable que quedáramos enterrados al momento.

Teníamos unos tres pisos llenos de arena sobre nuestras cabezas y podían caernos encima en cualquier momento. Estábamos atrapados.

—El suelo se rompió justo después de lanzar el conjuro Agujero —explicó Dónut sin aliento—. No sabía que podía hacer algo así. Carl, ¿qué vamos a hacer? ¡No podemos salir de aquí!

—Creo que fue por culpa del calor —dije. Extendí un poco el brazo hacia arriba y toqué el nuevo techo. Lo recorría una grieta—. Ese gel ardió a más temperatura de la que creía.

Envié un mensaje a Katia para decirle dónde nos encontrábamos.

KATIA: No sé qué hacer. Esto está a punto de derrumbarse. La estancia en la que se encontraba Dónut se ha derrumbado, y Ghazi se ha obsesionado con salvar a su muñeca hinchable. Está como loco. No sé si está llorando o riendo.

GWEN: Felicidades. Ahora salid de ahí. La tormenta casi ha terminado. La puerta acaba de reaparecer, pero no creo que dure demasiado. ¡Está parpadeando!

CARL: Katia, corre hacia la puerta mientras puedas. Llévate a Ghazi. Comprobemos si sacarlo del castillo soluciona el tema de la cristalización.

DÓNUT: ¡Mátalo! ¡Eso sí que lo solucionará! ¡Mordecai siempre dice que matar a los magos soluciona la mayoría de los problemas!

Aviso: Tus niveles de oxígeno son muy bajos. Y sí, que sepas que necesitas oxígeno…, por si te lo estabas preguntando.

«Mierda. Mierda. No tenemos tiempo».

CARL: Lo necesitamos para que nos explique cómo funciona la caja de movimiento.

—Dentro de unos pocos segundos ya no necesitaremos nada, Carl.

Envié un mensaje a Gwen.

KATIA: Joder, chicos. No os voy a abandonar. Aguantad. Empezaré a excavar.
CARL: Hazme caso. Tienes que sacarlo del castillo. Esa es la solución. Rápido. Y cuando salgas haz lo que te diga Gwen.
KATIA: Vale. Vale. Te aviso cuando estemos fuera.

La pared que teníamos a la izquierda se rompió en ese momento y cayó más arena. Dónut saltó sobre mi hombro, temblando. Aún oíamos la música de la trampa, distante y retumbante, enterrada muy cerca. El movimiento de la pelota seguro que no nos estaba haciendo favor alguno.

«Bueno, pues al final la jugada nos ha salido como el puto culo».

—No creo que sacar al mago del castillo vaya a funcionar —dijo la gata, que cada vez sonaba más asustada.

—No lo hará —convine—. Solo quería que Katia saliese de aquí.

—Carl, no quiero que me entierren viva.

GWEN: Querías que la electrificase, ¿verdad?
CARL: No. Rápido.

—Todo saldrá bien, Dónut. ¿Cuántos pergaminos de respirar bajo el agua llevas encima?

—Carl, son de respirar bajo el «agua», no de respirar bajo la «arena» —explicó la gata—. ¡No me despedí de Mongo! ¿Qué le pasará a él? ¡Se va a quedar dentro del transportín por toda la eternidad!

—Cagondiós, que me digas cuántos tienes —insistí.

—Ocho.

Yo también tenía ocho. Estaba bien. Suficientes.

KATIA: Acabo de salir.

No ocurrió nada. Es justo lo que esperaba. Me imaginaba cómo podíamos revertir la cristalización del castillo y sabía que ya era demasiado tarde. La habíamos cagado. Yo la había cagado. Tendríamos que haber entrado con ese cable. Mierda.

DÓNUT: Mata a Ghazi. ¡Rápido!

CARL: No. ¡Espera! Eso no va a…

KATIA: Pues… ya lo he hecho. Tuvimos una peleíta de nada. Saqueé una nota de su cadáver que explica lo de la caja de movimiento. Pero el castillo sigue igual. Creo que está muerto. El sistema dice que lo está. Su cadáver se transformó en arena después de que lo saquease. Nunca había visto nada igual.

Tragué saliva. Sobre nosotros, el techo empezó a resquebrajarse. El pedazo de metal empezó a moverse. «Mierda, mierda, mierda».

GWEN: Agarraos los machos. Tran está abriendo la válvula. No lo hará del todo, pero será suficiente para daros un buen meneo.

—Saca un pergamino de agua —dije—. Ya. Y ponte el resto en la barra de acceso rápido. Ahora. Si te baja mucho la salud, no te tomes una poción, sino la mezcla especial de Mordecai.

—Carl, he cambiado de idea. La verdad es que preferiría que me enterrasen viva a que…

Agarré a Dónut y la abracé con fuerza, lo que evitó que oyese lo que estaba a punto de decir. Al final, el techo terminó por romperse y la arena cayó sobre nosotros mientras un rugido distante empezaba a resonar en la estancia. Me recordó al de un tren al acercarse.

El mundo se desplomó a nuestro alrededor. No fue como si me hubiese atropellado un tren, sino como si me hubiesen atacado con una decena de bates de béisbol al mismo tiempo. La salud me bajó mucho mientras protegía el cuerpo frágil de Dónut, hasta sumirnos en la oscuridad. Giré como una pelota, rebotando y golpeándome contra muchas cosas fuerte, flojo y de forma bastante dolorosa en ocasiones. Cerré los ojos. «Que sea lo que Dios quiera. Que sea lo que Dios quiera. Tú tranquilo». No aparté la vista de mi barra de vida e hice clic en una poción justo cuando llegó más o menos al 25 %. Me recuperé, pero luego solté un grito ahogado de dolor cuando choqué contra lo que se me antojó como una valla de alambre de púas. El metal me perforó la pierna. Una esquirla de cristal me atravesó la mano y llegó hasta Dónut, quien se quedó inerte. No se había tomado la poción de invulnerabilidad, como le había sugerido. «Cagondiós, Dónut».

La señalé con la interfaz y le lancé un pergamino de Sanación mientras seguíamos girando. «No es para tanto. Solo ha abierto un poco la válvula. Es como un tobogán acuático».

Después lancé el conjuro Sanar sobre mí mismo. Me fijé en que lo que me había perforado la pierna era en realidad una vara de metal que sobresalía del pedazo de autómata enano. Grité de nuevo cuando me lo saqué. El metal empezó a girar y se perdió en la oscuridad. La temperatura se desplumó de repente, y en ese momento me di cuenta de que estábamos bajo el agua en el cuadrante de Agua. Y que llevábamos así un buen rato. No dejaba de recibir notificaciones. Ni de girar, girar y girar.

Me aferré a Dónut con todas mis fuerzas y me hice un ovillo para protegerla lo mejor que fui capaz.

Volvía a tener la salud en rojo. La de Dónut también había bajado peligrosamente. Se había quedado inconsciente, y yo estaba rodeado por agua mezclada con la sangre que manaba de ella. Ya no estábamos dentro de la corriente, por lo que habíamos empezado a hundirnos. Habíamos tardado unos tres segundos en llegar hasta allí, pero me había parecido mucho más tiempo. El conjuro Antorcha de Dónut nos había seguido sin descanso, aunque le había costado mantener el ritmo y tampoco iluminaba demasiado en las aguas turbias.

> Mordecai: ¿Qué está pasando? ¡La salud de Dónut no deja de bajar!
> Carl: Ahora no.

Usé un segundo pergamino de Sanar en ella, aunque iba a permanecer inconsciente durante treinta segundos más. Por suerte, había usado el pergamino de respirar bajo el agua, que duraba una cantidad de segundos igual al triple de su Inteligencia. En su caso, permanecería activo durante más de dos minutos y medio. En el mío, solo 54 segundos. Ya no me quedaba mucho para tener que usar otro.

Examiné a Dónut mientras seguíamos hundiéndonos. Estábamos rodeados por escombros, tanto del castillo como de la necrópolis. Vi varios cadáveres de enemigos, pero en la oscuridad era incapaz de

distinguir lo que eran. Todos dejaban tras de sí un rastro de sangre negra, como el humo de los aviones que caen en picado desde el cielo en cámara lenta.

Dónut parecía estar bien. El pelaje le flotaba alrededor, lo que le daba un aspecto muy parecido a una anémona de mar. Con la última cura había dejado de sangrar. Empecé a darle vueltas a la gata inerte para ver si tenía alguna herida. El metal le había perforado el estómago, pero ya parecía estar curada. No sabía si se le habría activado la habilidad Cucaracha o no. Sea como fuere, había estado cerca. De no haberla protegido con mi cuerpo, seguramente estaría muerta.

Me percaté de que la presión del agua no dejaba de aumentar. Entré en pánico durante unos instantes al no tener claro hacia qué dirección se encontraba la superficie. Empecé a darle a las piernas, pero me dio la impresión de que no servía para nada y me asusté aún más. Era de noche en el exterior, por lo que tampoco podía contar con esa referencia. «Calma. Calma». Recordé el pequeño indicador en la interfaz que servía para consultar la posición con relación al nivel del mar. Solo estábamos a unos ciento cincuenta metros por debajo de la superficie. No era poca distancia, pero mucho menos de la que esperaba. Me alegré de que el conjuro Antorcha de Dónut funcionase debajo del agua, y también de que lo siguiese haciendo a pesar de que estaba inconsciente.

Seguí pataleando un poco más y empezamos a subir rápidamente. Fue entonces cuando me relajé. No sabía a qué distancia nos encontrábamos de la costa, pero no pasaba nada. El cuadrante no era tan grande de lado a lado, aunque sí que era profundo.

Respiré agua como si fuese oxígeno. No me habían salido branquias ni nada raro, sino que era como si el líquido se disolviese al entrarme por la boca. «Madre mía con la magia».

Intenté hablar y también funcionó. La palabras sonaban un poco raras, pero conseguí oírme. Sobre mí, seguí oyendo el rugir del agua al salir de la necrópolis, cruzar la playa y volver al océano. También oí algo más, no demasiado lejos, pero perdía intensidad a cada segundo que pasaba. Era la trampa, que aún reproducía la canción y se hundía con el resto de los escombros.

Me llegaron varios mensajes desesperados de Katia y Mordecai, que respondí al momento para decirles que estábamos bien.

El castillo había quedado destrozado por la corriente de agua, igual que haría uno de arena de verdad bajo la presión de una manguera de jardín. Esperaba que, al estar en el sótano, cayésemos al cuadrante de Agua y el chorro destruyese el castillo a mucha distancia por encima de nosotros para que la arena no nos arrastrase. No habíamos tenido suerte, pero al menos seguíamos con vida. Hice clic en otro pergamino de respirar bajo el agua.

> GWEN: Oye, dinamitero. Ahora es cuando debería decirte que si me hubieses dejado abrir la válvula desde el principio, podríamos habernos evitado lo que quiera que haya pasado ahí dentro.
>
> CARL: Y ahora es cuando yo debería decirte que cierres la puta boca.

Estaba a punto de seguir hablando, pero sentí movimiento debajo de mí. Algo grande avanzaba a toda velocidad por el agua. Chocó contra uno de los cadáveres que caían, y el crujido ahogado de los huesos al quebrarse resonó mucho más siniestro en la oscuridad, parecido al de una bota enorme que atravesase la nieve. Fuera lo que fuese esa cosa, era gigantesca, alargada y surcaba las aguas con mucha facilidad. El punto apareció en mi minimapa, zigzagueando rápidamente entre los cadáveres. «Joder. Toca salir por patas». Empecé a darle a las piernas de nuevo en dirección a la superficie. Era probable que la sangre hubiese atraído a la criatura. Tenía que dejar de llamar la atención y salir de allí lo más rápido posible y en silencio.

Dónut se despertó en mis brazos.

Y empezó a gritar como una posesa.

23 | FASE 4 de 4. LA NECRÓPOLIS DE ANSER

Una mañana, cuando Bea y yo acabábamos de mudarnos juntos, decidí preparar tortitas. Ella seguía dormida, y se me ocurrió darle una sorpresa porque ella era quien había estado preparando la comida últimamente.

Aún me estaba acostumbrando a la idea de compartir un hogar con una mujer y una gata, y había muchas cosas que desconocía. Conocía a Dónut desde que era una cría, pero nunca había vivido con un gato, y cosas como limpiar el arenero, no dejar la ventana abierta y despertarme con vómito en la almohada eran del todo nuevas para mí.

Pues saqué un cuenco con harina, una taza de leche y un huevo. Lo dejé todo sobre la encimera y me dirigí hacia el frigorífico en busca del sirope, cuando de repente oí un estruendo detrás de mí. Dónut había aparecido de la nada y había tirado al suelo la harina, la leche y el huevo, por lo que todo había quedado hecho unos zorros. Cuando se dio la vuelta para correr, tocó el borde de la vitrocerámica, maulló de dolor, pegó un brinco y luego aterrizó entre lo que acababa de tirar, manchándose en el proceso para luego intentar escapar agitando las patas sin moverse del sitio, como ocurría siempre en *Scooby-Doo*, lo que hizo que desperdigase aún más el estropicio antes de conseguir salir de allí.

—Cagondiós, Dónut —grité mientras perseguía a la gata y ella maullaba a la carrera en dirección al salón, dejando un rastro de potingue en el suelo. Saltó para subir a su torre y empezó a gruñir mientras se lamía el pelaje con rabia.

Bea se iba a poner hecha una furia cuando la viese tan manchada, por lo que decidí que tenía que hacer algo.

Y ese algo era darle un baño.

Después del limpiar rápidamente la cocina, entré en el baño y abrí el grifo para llenar la bañera con unos pocos centímetros de agua caliente y jabón. Luego fui a por la gata.

La agarré con dos manos mientras intentaba zafarse, entré en el baño, cerré la puerta y la metí en la bañera con gesto firme.

Unas horas después, sentado en la sala de espera de urgencias con puntos en la mano, el brazo y la puñetera oreja, describí a un enfermero poco impresionado el ruido que había hecho Dónut al meterla en el agua.

—Tío, fue como un chirrido, un bebé amplificado combinado con el motor de una fueraborda revolucionada al máximo.

No mentí al decirle que había sido uno de los estruendos más aterradores que había oído jamás. La hostia.

Ese fue el recuerdo que me vino a la mente en el momento en el que Dónut despertó y se dio cuenta de que estaba bajo el agua.

El grito de ahora tuvo más intensidad que aquel que recordaba.

—AAH, AAH, AAH, GRRR, AAAAAAAAAH —aulló la gata sin dejar de retorcerse, dar vueltas y agitar las garras, como si estuviese atrapada dentro de un lavavajillas. La solté después de que estuviese a punto de arañarme el brazo, y empezó a hundirse como una roca mientras giraba y se contoneaba como una posesa.

—Dónut —grité—. Dónut. ¡Tranquila!

Debajo, la sombra que masticaba con gusto los cadáveres se había quedado muy quieta. Empezó a ascender poco a poco, en círculo hacia donde nos encontrábamos y parando para comerse todo lo que encontraba por el camino.

«Claro. Es la criatura limpiadora del cuadrante de Agua».

—Dónut —volví a gritar—. ¡Que te tranquilices, joder!

> CARL: Dónut, tranquila. Te estás hundiendo. Y viene un monstruo.
> DÓNUT: AAAAAAAAAAAAAH.
> CARL: MONGO TE NECESITA.

Dónut dejo de moverse, pero el pelaje siguió revolviéndosele alrededor. Echó un vistazo rápido, aún asustada. Unas luces extrañas brillaron debajo de sus gafas de sol, que se le quedaban fijadas a la

cara siempre que salía de la estancia segura. Intentó darle a las patas, pero fue un movimiento insuficiente con sus pequeñas extremidades de gata persa. No podía nadar. Estaba a punto de entrar en pánico otra vez, por lo que me acerqué, la agarré y me la coloqué debajo del brazo. Luego, empecé a darle a los pies para ascender mientras ella me clavaba las garras en el pecho. Tenía las orejas pegadas a la cabeza, jadeaba y movía el cuello de un lado a otro, aún aterrorizada.

—Carl, Mongo está en el transportín. ¡Me has engañado! ¡Nos estamos ahogando! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

—Cálmate. Tenemos compañía. Tienes que tranquilizarte. Respira hondo.

—¿Cómo voy a respirar hondo si me estoy ahogando, Carl?

—El pergamino de agua, ¿recuerdas? No le quites ojo de encima a la cuenta atrás. Tendrás que renovarlo pronto.

Un par de cadáveres hinchados pasaron a nuestro lado, hundiéndose cada vez más. Eran unas criaturas humanas desnudas y de piel rosa, pero estaban llenas de arrugas y tenían la cabeza de lo que parecía ser una rata topo. Sus ojos eran blancos e hinchados, como cebollas. Tenían las bocas abiertas e inertes, de las que brotaban unos dientes amarillentos y podridos.

Cadáver. Tuco. Pelón desnudo. Nivel 30. Ahogado.

Los pelones desnudos eran los PNJ que vivían en los asentamientos dentro de la necrópolis. Jamás había visto uno, pero un asaltatumbas nos lo había descrito. Seguro que todos estos cadáveres eran de uno de esos asentamientos, después de que el templo se inundase. Nos habían comentado que eran «muertos vivientes», pero no había pensado que los muertos vivientes podían llegar a ahogarse. Probablemente esa descripción no había sido demasiado precisa. La mayoría de los tipos de la necrópolis no sabían ni lo que estaban haciendo.

Dónut se agitó en mis brazos. Su voz sonó distante y amortiguada a pesar de que estaba junto a mí.

—Eso de ahí abajo es un tiburón. ¡Un tiburón! Y vienen más. Están por todas partes. Esto es inaceptable. Te dije que no me metieses en el agua. Esta es una traición mayor que cuando le diste mis galletas de mascota a aquel perro peligro.

—Te duchas cada cinco minutos —gruñí sin dejar de nadar—. Esto es prácticamente lo mismo.

—Es obvio que no es lo mismo, Carl. Te exijo que me saques de aquí cuanto antes.

Seguí dándole a las piernas con rabia para nadar hacia la superficie. El ruido del chorro que salía de la necrópolis se intensificaba cada vez más. No creía que pudiésemos nadar por él, ya que sería lo mismo que atravesar un tornado a pie, pero ¿qué íbamos a hacer? El monstruo…, que al parecer era un tiburón, seguía avanzando en círculos hacia nosotros, poco a poco. Estábamos atrapados entre la corriente y la criatura. Esta masticó el cadáver de Tuco y otros escombros. Cuando abrió la boca, oí el ritmo característico de *Jump Around* resonando por todo el océano. También se había tragado la puñetera alarma.

—Por favor, Carl. Lo siento. Esto no me gusta. ¿Podemos irnos? Por favor.

Ninguno de los explosivos con mecha iba a funcionar demasiado bien debajo del agua. Estaba seguro de que la dinamita sí, pero tendría que aprovechar la inestabilidad propia de los cartuchos en lugar de la mecha. Había visto suficientes vídeos de pesca con explosivos como para saber que era mejor alejarse de ese tipo de explosiones. No creía que fuese a darnos tiempo de alejarnos a nado. Había estado trabajando en un diseño de cargas de profundidad, pero no lo había terminado aún.

Era probable que las hobombas que detonaban por impacto fuesen efectivas contra la criatura, pero había todo tipo de escombros flotando a nuestro alrededor y tampoco creía que nos diese tiempo a alejarnos.

El cadáver de otra criatura flotó a nuestro lado. Era algo parecido a un delfín, y una esquirla de cristal le había atravesado la cabeza.

Cadáver saqueable. Beluga de burbuja. Nivel 29. Murió cuando una esquirla de cristal enorme le perforó el cerebro. Y también le dolió mucho.

—¿Estás más tranquila? Dónut, escúchame. Te voy a necesitar. ¿Estás bien?

—No, claro que no estoy bien. Estoy todo lo contrario a lo que podría considerarse bien, Carl.

—Escucha. Hekla —dije mientras señalaba el cadáver del beluga —. Haz que vayan a por el tiburón. Ya.

Era una de las jugadas favoritas de Dónut. En un primer momento la habíamos llamado «Hora del limo», pero por alguna razón había pasado a ser «Hekla». Katia creía que era de mal gusto y muy retorcido llamarla así, y lo era, pero también era gracioso de cojones.

Dónut no titubeó, por suerte. Lanzó Segunda oportunidad en el cadáver del beluga y luego lanzó Triplicado mecánico de inmediato para crear tres de esas cosas. Las dos copias aparecieron con la esquirla en la cabeza, lo que le daba un toque genial. La gata las envió contra el monstruo mientras yo seguía nadando a pesar de la corriente. Tuve que usar otro pergamino de respirar bajo el agua.

Casi de inmediato, uno de los beluga mecánicos explotó debajo del agua. Lo sentí en los tímpanos, más que nada, como si me hubiesen reventado. El monstruo rugió como un león cuando recibió el impacto de la metralla. Antes de recuperarme, el segundo beluga mecánico también explotó detrás de nosotros.

—¡Cuidado, Carl! —gritó Dónut.

—Mierda —dije cuando dos tiburones más aparecieron de la nada. Pasaron nadando a toda velocidad junto a nosotros a través de la corriente. Nos ignoraron y se dirigieron rápidamente hacia el tiburón herido. «Uf, eso ha estado cerca». Cada uno medía cuatro metros y medio de largo, era de color negro azabache y tenía los ojos rojos y brillantes. Si no se tenía en cuenta el color ni los ojos aterradores, tenían un aspecto muy parecido a los típicos tiburones tigre. Me dio tiempo de leer su descripción.

Tiburón conserje. Nivel 41.

Estos psicópatas son de la escuela de diplomacia submarina de morder primero y hacer preguntas después.

Los tiburones conserje, que también reciben el nombre de «Comité de Bienvenida Mortal», son unos de los depredadores más rápidos y voraces del océano. Se comen cualquier cosa. CUALQUIER COSA. Hasta esas nubes azucaradas con forma de cacahuete. Es asqueroso, la verdad.

Los atrae el olor de la sangre, lo que los convierte en los mayores asesinos de cualquier mazmorra con temática acuática.

Los dos recién llegados se impulsaron hacia el primer tiburón, que había resultado herido en la explosión. Empezaron a arrancarse pedazos de carne, lo que hizo que brotase una nube roja debajo de donde nos encontrábamos.

—Vienen más —siseó Dónut.

—Avísame si alguno nos sigue.

Como no podía seguir ascendiendo por culpa de la corriente, nadé recto por debajo de ella para intentar llegar al otro lado. Seguía dándole a los pies y nadando con un solo brazo mientras Dónut se aferraba a mí entre gimoteos. Un banco de pececillos nos atravesó a toda velocidad y chocó contra nosotros, como si fuesen piedras de granizo, pero continuaron y no nos hicieron daño. Dónut escupió cuando uno de los peces se le quedó pegado a la boca.

Encima, la presión del chorro de agua empezó a reducirse, pero yo seguía alejándome del enfrentamiento de tiburones. Dónut dijo que se acercaban más, todos directos hacia la nube de sangre.

Empecé a ascender a la superficie hasta que saqué al cabeza del agua. Después Dónut hizo lo propio y empezó a jadear aunque no lo necesitaba. Le temblaba todo el cuerpo. Tuve que seguir agarrándola para que no se hundiese.

—Guau —dije mientras contemplaba el chorro de agua que salía por un agujero en la necrópolis. Era noche cerrada, pero había varias luces que iluminaban el lugar. La mayor parte del resto de los mazmorreros estaba cerca de lo que quedaba del castillo, que había desaparecido prácticamente. Las murallas que lo rodeaban habían quedado destrozadas. Lo único que quedaba en pie eran las torres con los pararrayos que se alzaban a ambos lados de la entrada, cuya parte superior relucía al reflejar la luz, como unos obeliscos gemelos.

Estábamos a medio kilómetro de la costa. Examiné con cautela por si había monstruos. Bastante lejos a nuestra derecha vi un chapoteo que se alzó hacia el cielo nocturno. Eran tiburones

alimentándose. Primero solo había uno. Después tres. Y ahora había decenas de ellos luchando entre sí.

Sopesé qué hacer a continuación. Teníamos que llegar al submarino, el Akula, y una vez allí desconectar la bomba de agua. Pero sabía que se encontraba en el otro extremo del cuadrante de Agua, que tenía forma de anillo, y me había quedado claro que no íbamos a llegar a nado desde donde nos encontrábamos. Decidí apiadarme de Dónut y llevarla a la orilla por el momento.

Tenía un kayak en el inventario, que había encontrado en el garaje de la casa voladora. Lo saqué y solté sobre la superficie del agua, donde empezó a moverse de un lado a otro como si fuese un corcho. Levanté a la gata y la coloqué dentro, para luego subirme yo y coger el remo doble. Supuse que así llegaríamos antes.

En ese momento, se me acabó el pergamino de respirar bajo el agua y vomité. Un agua marrón brotó de mis pulmones. No me había dado cuenta siquiera de que la tenía dentro. Me sentí como si me hubiesen dado una patada en el estómago mientras exhalaba fuego. Me recordó a aquella vez que Mordecai les había dado a Louis y a Firas la poción de sobriedad. Un momento después, Dónut hizo lo propio, más estruendosa y durante más tiempo. Las arcadas la hicieron estremecerse como una onda sinusoidal. La cantidad de agua que salió de su cuerpo no tenía sentido. Cuando terminó al fin, soltó un leve gemido y volvió a vomitar. En esta ocasión, le salió de la boca un pececillo que empezó a brincar dentro del kayak.

Empecé a remar en dirección a la costa. Dónut permaneció sentada, con gesto serio, agotada y empapada. Tenía un alga colgando de la tiara. Debajo del agua había tenido un aspecto majestuoso y feérico, pero ahora en la superficie parecía una rata muerta a la que habían resucitado para luego ser atropellada por un camión de la basura.

—Eso ha sido una pasada —dije cuando me quedó claro que estábamos a salvo de los tiburones.

—Que te den, Carl —respondió Dónut.

—¡Esto es un ultraje! —gritó la gata cuando nos encontrábamos de nuevo en la base. Se había duchado y volvía a estar seca y limpia —. Me han enterrado viva, me han disparado por un cañón de agua, me he ahogado y luego casi me come un tiburón…, ¿y ni siquiera me dan una caja de jefe? Nos hemos pasado la fase. Esa limo ha muerto. ¿Y no nos dan nada? Carl, este juego nos ha vuelto a hacer trampas.

Mongo graznó para indicar que estaba de acuerdo con Dónut.

—El cieno no está muerto. Lo diluimos, pero salió despedido de allí con el chorro de agua.

Habíamos tenido que recorrer un cuarto del cuadrante de Tierra para llegar hasta un asentamiento que nos permitiese entrar en nuestro espacio seguro. Estábamos Dónut, Katia, Louis, Firas y yo. El pueblo se llamaba Pandinus, y los habitantes eran unas criaturas parecidas a centauros mitad humanas mitad escorpiones que se llamaban pazuzu. Todos iban vestidos con equipo posapocalíptico ridículo: ropa de cuero estilo punk rock, borlas, gafas protectoras, cadenas, rastas… Era como si acabasen de llegar de una convención de *Mad Max*.

Louis y Firas se habían marchado a dormir, y Louis había comentado entre gruñidos algo sobre que no podía beber alcohol justo antes de dejarlos allí y meternos en nuestro espacio personal. Gwen y su equipo se habían quedado por la zona del castillo. La escalera se había quedado enterrada a pesar de que habíamos superado el cuadrante. Estaba justo debajo del lugar por el que caía el agua de la necrópolis, por lo que iban a cerrar la válvula y ponerse a excavar. Les envíe un aviso a los asaltatumbas para comentarles que el lugar iba a volver a llenarse de agua. No se habían movido, así que les dio igual.

Sabíamos que la escalera seguía ahí porque el beneficio Exploración nos permitía verla. Una vez la desenterraran, intentaría colocar un techo encima y quizá excavar un túnel que llegase hasta ella. O aislarla de alguna manera. Íbamos a tener que volver a abrir la válvula cuando desconectásemos la bomba de agua del submarino. Era la única manera de vaciar por completo la necrópolis.

Al parecer, la lima de arena no había sido «derrotada» por completo y tenía que estar por alguna parte. Lo más seguro era que se encontrase flotando en forma de un único grano de arena en algún lugar del océano, donde no podía regenerarse. De ser así, nunca la volveríamos a ver. Y, como no estaba muerta, nos habíamos quedado sin caja de jefe. En los primeros dos pisos, las cajas de jefe de bronce y de plata tenían muy buen botín, pero ahora eran una mierda en comparación con lo que habían sido en los pisos anteriores.

Las cosas buenas solo se podían conseguir con las cajas que soltaban los jefes de ciudad y superiores.

Aun así, recibimos muchos logros y otras cajas de botín por lo que acabábamos de hacer. Los más notables fueron:

> ¡Logro desbloqueado! ¡Pusilánime!
> Has conseguido de alguna manera vencer en una batalla contra jefe importante sin matar al susodicho jefe. Es como pagarle dinero a una prostituta para hacer la cucharita.
> Recompensa: Has recibido una caja de pacifista de plata.
>
> ¡Logro desbloqueado! ¡Vengo de la piscina!
> Has pasado más de 60 segundos sumergido debajo del agua… ¡y no has muerto! Puede que algunas partes de tu cuerpo se hayan encogido, pero por lo demás estás bien. ¡Ya eres un pez del fango honorífico!
> Recompensa: ¡Has recibido una caja Estoy mojadito de bronce!

La caja Estoy mojadito contenía diez pergaminos de respirar bajo el agua para cada uno. Por alguna razón inexplicable, la de Dónut era de plata en lugar de bronce, por lo que recibió un objeto adicional: un CINTO DE FLOTACIÓN. Era un cinturón normal que se colocaba alrededor del vientre y que evitaba que se hundiese. Solo funcionaba en el agua, y la gata se pasó tres minutos enteros quejándose y diciendo que no pensaba volver a meterse en el agua jamás.

La caja de pacifista de plata contenía una poción de habilidad para Dónut, que le aumentó la habilidad Esquivar en un punto y se quedó con 10. Era muy beneficioso, porque llevaba entrenándola bastante tiempo y no había conseguido pasar de 9. Era algo que ocurría a menudo con algunas habilidades. Ahora que la tenía a nivel 10, tenía

una mejora permanente de Desvío, que hacía que costase más acertarle tanto con proyectiles mágicos como con físicos. Mordecai comentó que no la iba a proteger por completo de las flechas, pero que reducía la precisión a la mitad. También significaba que había más posibilidades de que nos diesen a Mongo o a mí si Dónut estaba cerca.

En la caja de pacifista, yo recibí dos pociones que llamaron la atención de Mordecai.

—No las uses —comentó nada más verlas.

—¿Por qué no?

Se quedó en silencio unos segundos.

—Porque la última vez que vi a alguien beber esa poción, mató por error a la mitad de su grupo.

> Poción de ansia de sangre.
> Es como ponerte a ti mismo un edema de fenciclidina después de pasar el día cogiéndotela con coñac.
> Beber esta poción tiene los efectos siguientes durante una cantidad de segundos igual a tu Constitución:
> Doble de fuerza.
> Doble de velocidad de movimiento.
> Destreza multiplicada por 0,5.
> La desventaja Dónde carajo estoy y quién cojones eres tú.
> Constitución multiplicada por 0,5.
> Por cada mazmorrero, PNJ o enemigo que mates mientras está poción esté activa, tu velocidad de movimiento aumenta en un 25 % adicional.

—Vamos, que es una poción de berserker, ¿no?

—Eso mismo, sí —respondió Mordecai—. Pero la desventaja hace que no recuerdes dónde estás ni por qué estás peleando. Es demasiado peligrosa.

Guardé las dos pociones. Estaba de acuerdo con Mordecai. Lo último que quería era tomarme una poción que me hiciese perder el control, aunque mejorase muchísimo mi Fuerza. Tendría que buscar en el libro de cocina para ver si encontraba algún consejo que me ayudase a darle alguna utilidad.

> Gwen: Ha sido más fácil de lo que creía. Hemos encontrado la pared que da a la habitación de las escaleras. Terminaremos de excavar y lo sellaremos todo bien. Luego, ya veremos cómo afrontar la última parte.
> Carl: Recibido. Cuidado por si quedan restos de la cieno.

Saqué las dos partes del artefacto. La caja de movimiento y el reloj. Los coloqué sobre la mesa. Tenía miedo de la caja ahora que sabía que podía usarse para abrir un portal a la Nada. Y que podían salir cosas de dicho portal cuando lo hacías.

Sin mediar palabra, Katia me entregó la nota que había saqueado del Mago Loco de las Dunas cuando se había visto obligada a luchar contra él. No estaba segura de si lo había matado o no. Le habían dado experiencia y había saqueado el cuerpo, pero luego este se había transformado en arena. No sabía si eso significaba que estaba muerto. Sea como fuere, el sistema había dado el cuadrante por superado, que era lo importante.

La nota tenía varias páginas. Las primeras eran un mensaje para Tish, la misma persona que lo insultaba en la otra carta que habíamos encontrado. El resto de las hojas eran listas de palabras seguidas de varios números. La última estaba llena de dibujos.

Tish:

Sé que me odias, pero escúchame, por favor. No todo está perdido. Me han pedido que use la caja para destruir por completo esta isla y que la absorba la Nada. Hacerlo es un error. Las tres partes del artefacto están por los alrededores, y las tres terminarían en esa dimensión alternativa. Es demasiado peligroso que los dioses ferales se hagan con él, aunque esté dividido en partes. Por eso, tengo un plan. Si el fantasma de Psámate se marcha antes de que me dé tiempo a implementar la solución, me veré obligado a destruirme. Pero espero que no ocurra.

He descubierto algo muy útil. Esa familiar, la cieno, no sabe a quién serle fiel. Creo de verdad que se ha enamorado de mí, por muy raro que suene. Sabe de mi afecto por Lika, ahora cristalizada, y está celosa. Puedo usarlo a mi favor, pero aún no sé cómo hacerlo.

Sigo investigando cuando tengo cuerpo y puedo trabajar. Esto es lo que he descubierto.

El Portal de los dioses ferales es, al mismo tiempo, un dispositivo simple y complicado. Primero tienes que marcar una hora concreta, que representa un lugar. Ambos relojes están conectados mágicamente. Si

marcas una hora en un reloj, esta se ve reflejada en el otro. Dicha hora representa tu destino, y su funcionamiento es tan complicado que no lo entiendo, pero he hallado varias combinaciones de horas y ubicaciones, y todo ello sin poseer un reloj. Las he incluido en esta carta.

Una vez hayas marcado la ubicación, tienes que colocar ambos relojes en la caja y activar el proceso de movimiento. El segundo reloj empezará a mover las manecillas. Será el único instante en el que ambos estarán desincronizados. Una vez la hora del segundo reloj se sincronice con la de la ubicación que has puesto en el primero, sonará la alarma en el segundo y este dejará de moverse. Eso activará la caja. Este proceso puede llevar tanto unos momentos como una vuelta completa de las manecillas, dependiendo de la distancia a la que desees viajar. No podrás mover la caja del lugar en el que se encuentre en ese momento o se reiniciará. Luego, cuando saques los dos relojes, aparecerá el portal.

Dicho portal es de un único sentido y durará unos veinte minutos abierto, o hasta que la caja de movimiento y los relojes pasen al otro lado. Una vez ocurra, la salida se cerrará en el lugar de destino.

Pero ojo. El portal se quedará en el lugar donde se haya abierto y, en ese momento, se convertirá en un portal bidireccional hacia la Nada. Permanecerá abierto hasta que una criatura lo cruce desde esa horrible dimensión. Y créeme que lo harán. Será rápido. A veces, la criatura será un dios feral. Dependiendo del dios que escape o de su nivel de poder, puede que traiga consigo una gran destrucción. Y si lo atraviesan ciertos dioses o deidades menores, como Psámate, el panteón se verá obligado a reaccionar.

También se dice que, aquellos que usan el portal y son de constitución débil, no deben quedarse al otro lado. Incluso estar en las proximidades del portal abierto es suficiente para perjudicar a sus mentes débiles y que estas se vean afectadas por la locura feral.

Pero también he descubierto que la caja de movimiento en sí es un conducto hacia la Nada. Lo único necesario para abrir una entrada es abrir la tapa, darle cuerda y darle una descarga de energía al dispositivo, momento en el que se abrirá un portal directo hacia la Nada.

Sí, es peligroso. Lo sé, lo sé. Pero el amor nos obliga a ponernos en peligro. ¿O no es así?

Esa fue la manera en la que abrí el portal para traer a Yarilo, el dios de la lujuria desterrado. Fue la razón por la que Psámate me engañó para casarme con su familiar. Mi querida Lika permanece desterrada en su propia versión del infierno porque me engañaron. Y ahora, Psámate anda suelta en la necrópolis, donde se supone que ha usurpado al fantasma llamado Quetzalcoatlus.

Esto es lo que voy a hacer para derrotarla. Si tengo éxito, moriré, pero vosotros recibiréis esta carta junto con la caja de movimiento. Una vez ocurra, enviad otra expedición para encontrar los dos artefactos restantes. Creo que son

La carta terminaba así. Le faltaba una página.

—Pues me he puesto a mirar la página con los números —comentó Katia—, y al parecer son ubicaciones a las que podemos viajar usando el portal, pero parece que todas son ubicaciones cercanas a la ciudad de Larracos. Una vez tengamos el segundo reloj, solo hay que mover las manecillas hasta la hora que representa la ubicación, meterlo en la caja y esperar a que suene la alarma.

—¿Estás diciendo que podríamos abrir un portal directo al noveno piso?

—Así es —comentó Katia—. Y también creo que podría hacer un mapa del noveno piso con esas notas.

—No os emocionéis mucho —comentó Mordecai—. Es posible que podáis abrir un portal a las Llanuras de Larracos, pero no lo podréis cruzar. Los mazmorreros no pueden saltarse pisos. Hay un portal en el club Desperado, pero está cerrado para vosotros. Por lo que si tenéis la gran idea de abrir un portal, no podréis cruzarlo y, cuando se cierre, tendréis que lidiar con algo terrible que muy probablemente acabará con todo lo que haya en la burbuja.

—Puede —dijo Katia. Empezó a pasar las páginas y terminó por señalar una nota que había en la última. Eran varios dibujos de los dos relojes y la caja de movimiento, así como de dos portales, en los

que se representaban varias posibilidades. En la primera, los tres objetos estaban a un lado del portal. En la segunda, la caja estaba al otro lado. Hacía un repaso por todas las combinaciones, indicando lo que ocurriría en cada caso. Todas las posibilidades menos una de ellas terminaban con un monstruo saliendo del portal por el lugar donde este se había abierto. La que no, estaba rodeada por un círculo y mostraba un reloj a cada lado del portal y la caja de movimiento dentro de este—. Parece que si lo hacemos así, perderemos la caja pero no saldrán monstruos.

Mordecai gruñó.

—Pero sería un desperdicio. No vais a poder usarlo para saltaros algún piso de igual manera.

Casi ni lo escuché. Me había quedado mirando fijamente la penúltima de las posibilidades que se mostraban en los dibujos. «Virgen santa. Virgen santísima».

Negué con la cabeza y decidí centrarme en el problema que nos ocupaba.

—¿Creéis que si invocamos a uno de esos dioses ferales, esa cosa podrá salir de la burbuja o romper la pared?

—Pues no lo sé —comentó Mordecai—. Algunos dioses son más grandes que las burbujas en sí. Al invocarlos suelen cambiar de tamaño, pero esto no puede llegar a considerarse una invocación. Son ellos en su verdadera forma y sin límite de tiempo, como si escapase de su prisión. Pero estáis adelantando acontecimientos. Aún no tenéis el último de los relojes. Y, si lo conseguís, os aconsejaría que lo guardaseis todo en el inventario y no hagáis nada con esos objetos hasta que seáis lo bastante fuertes como para lidiar con lo que quiera que salga del portal, que será nunca. Ahora, si me necesitáis, estaré en el estudio de creación. Creo que puedo crear algo con ese ñame que recibisteis antes.

Miré el tiempo que le quedaba al piso mientras Mordecai se marchaba. Solo teníamos poco más de cuatro días y medio.

—¿Hay un club Desperado en este asentamiento?

24 

Antes de que a Katia le diese tiempo a responder, me interrumpió un mensaje.

> Gwen: Hemos excavado hasta la habitación de la escalera, pero ha ocurrido algo raro al entrar. Estaba hecha por completo de cristal, pero cuando le dije a Tran que entrase, empezó a brillar y todo se convirtió en

Un mensaje de error estruendoso bloqueó el resto del mensaje de Gwen.

> Aviso: Uno de los objetos que llevas encima ha dejado de cumplir los requisitos para estar en tu inventario. Se eliminará dentro de cinco segundos.

—Pero ¿qué cojones? —dije. Pensé al momento en las dos últimas veces que había ocurrido algo así, ambas a Katia. La primera había sido por toda la sangre que tenía en el inventario, que había explotado de repente debido al parche que habían puesto. La segunda vez yo no había estado presente. Había sido cuando Katia había guardado la casa entera en el inventario, y Borant había cambiado las normas. Había destruido por completo una taberna cuando la casa apareció de repente, y la habían expulsado del pueblo, razón por la que había tenido que viajar un poco más para llegar hasta el asentamiento en el que nos encontrábamos ahora.

En ambas ocasiones, había ocurrido inmediatamente después del episodio resumen, que era cuando Borant lanzaba las actualizaciones y los parches. Aún quedaban unas pocas horas para el episodio, por lo que no tenía ni idea de qué era lo que estaba pasando en este caso. Apreté los dientes y esperé a ver qué ocurría.

La cabeza cristalizada de la muñeca hinchable salió de mi inventario y cayó al suelo.

Pero ya no estaba cristalizada. Aún era la cabeza decapitada de una muñeca hinchable seminayade llamada Lika, eso sí. Se le había abierto una grieta en el cristal de la barbilla cuando Mongo había tirado la estatua, por lo que ahora a la muñeca le faltaba un buen pedazo de látex en el mismo sitio.

—Esto… Carl —dijo Katia—. Has tirado la cabeza al suelo.

Había visto unas pocas muñecas sexuales en mi vida, aunque no me consideraba un experto. Sabía que, al menos en la Tierra, había tanto hinchables y baratas como muñecas que parecían reales y estaban controladas por inteligencia artificial, que podían hablar y parecían más o menos realistas.

Esta estaba a caballo entre ambas cosas. Era una cabeza de muñeca de látex que claramente había formado parte de una muñeca sexual y no de un maniquí normal y corriente. La cabeza tenía los ojos y la boca muy abiertos y no parecía poder moverlos. También iba maquillada en plan prostituta. De la boca le sobresalían dos colmillos, como si fuese una vampira. Y tenía un cabello largo y sedoso blanco como el hueso. Los labios carnosos estaban pintados con un carmín rojo muy llamativo y contaba con branquias a ambos lados del cuello, justo por encima del lugar donde la habían decapitado, lo que le daba un aspecto aserrado a esa parte. El agujero de debajo del cuello estaba cubierto de látex.

Tenía un pasador de pelo brillante con un mensaje que rezaba: «Húmeda para ti».

—Esto es abominable —dijo Dónut mientras la olisqueaba. Hizo una mueca. Y Mongo graznó—. Carl, ¿de verdad la gente usa estas cosas?

—Sí que las usan, sí —respondí—. Pero suelen estar unidas a un cuerpo. A veces la gente puede llegar a sentirse muy sola. No juzgues a Ghazi.

—Sí, claro que lo juzgo. La señorita Beatrice tenía un cajón lleno de juguetes sexuales, pero nunca se marchó al otro extremo del mundo porque se lo dijese un vibrador. —Ladeó la cabeza—. Bueno, ahora que lo pienso… Eso es más o menos lo que hizo, ¿no? Pero en lugar de un vibrador, quien se lo dijo fue ese tal Brad.

—¿Por qué ya no puedo llevarla en el inventario? —pregunté mientras intentaba ignorar el golpe bajo de Dónut.

Agarré la cabeza por el pelo. Lo único que decía la descripción CABEZA DE MUÑECA HINCHABLE DECAPITADA DE LIKA. Le toqué uno de los dientes y me estremecí ante la idea de ver colmillos en la boca de una puñetera muñeca hinchable, pero los colmillos afilados se doblaban con facilidad con la mera presión de un dedo. Estaban hechos de látex liso y flexible. La mandíbula podía abrirse y cerrarse.

—Hum. Hum. Que mbe febjes, jobjer.

La voz salió de la cabeza.

—Pero ¡qué coño! —exclamé al tiempo que la tiraba al suelo. Rebotó una vez y gritó por el susto.

Dónut aulló y dio un brinco para apartarse. Mongo graznó y estuvo a punto de atacar, pero le grité para que parase. Cuando esa cosa empezó a hablar, apareció un punto blanco en el mapa.

La cabeza continuó gritando de rabia, pero no entendí ni una palabra de lo que decía.

—Bueno. Parece que esta cosa sigue poseída —dije al tiempo que le daba unos toquecitos con el pie. No me preocupaba que me atacase o que me lanzase un conjuro porque estábamos en una estancia segura—. El equipo de Gwen disipó el conjuro de cristalización al entrar en la habitación de la escalera, por lo que todo lo que era de cristal ha vuelto a la normalidad.

Katia y yo permanecimos junto a la cabeza, mirándola desde arriba. Siguió gritando y aullando.

—Carl, vuelve a examinar sus propiedades. Se han actualizado.

Cabeza de muñeca del amor de Lika.

Este objeto está poseído por el espíritu debilitado de Psámate.

Psámate, o Samantha para los amigos, es una deidad menor que fue desterrada a la Nada por su padre después de que descubriese que estaba saliendo con un rey de la antigüedad. Normalmente, va acompañada por su compinche de confianza, una cieno familiar que da la casualidad de que es la hija maldita resultado de su unión con dicho rey. Ya sabes, cosas de dioses.

Y si crees que eso es extraño, aún no has visto nada. Estos tipos quedaban por las estancias de la Ascendencia Celestial del duodécimo piso y hacían cosas estrafalarias de cojones. Atento. ¿Alguna vez has visto a un tío dar a luz por el muslo a una vaca adivina con cabeza de serpiente? ¿O a una mujer cuya sangre menstrual tiene voluntad propia? Pues esas son el tipo de movidas que te esperan ahí abajo.

Psámate es tan inteligente como temperamental. Por desgracia para ella, acabó dividida en su primer intento de escapar de la Nada y su esencia se vio obligada a refugiarse en el recipiente de náyade más cercano que fue capaz de encontrar, que resultó ser una muñeca hinchable basada en el personaje ficticio Lika, quien por raro que parezca estaba basado vagamente en una historia imprecisa de Psámate. Lleva varios años viviendo en el interior de la muñeca, incapaz de salir hasta que llegue a reunirse con el resto de su espíritu.

La historia se vuelve un poco rarita a partir de ese momento.

—Pues vale… —dije.

CARL: Oye, Mordecai. ¿Qué es un espíritu debilitado?
MORDECAI: ¿Por qué lo preguntas?
CARL: Tenemos visita.

Mordecai salió al momento del estudio de creación y se detuvo de improviso para quedarse mirando a la criatura del suelo, con los ojos abiertos de par en par.

—Por su teta izquierda. ¿De dónde ha salido eso?

—¡Carl la tenía en el inventario! —exclamó Dónut.

Mordecai se acercó para examinarla. Se inclinó y colocó el pico a escasos centímetros de la cabeza. Le dio unos golpecitos.

—A veces, el alma de una criatura puede… dividirse… en dos mitades. Cuando ocurre, las dos mitades intentarán volver a reencontrarse, como imanes. Tienen que hacerlo en un receptáculo adecuado, eso sí. Pero si algo va mal durante la reunificación, el resultado podría llegar a ser un espíritu debilitado. No está vivo. No está muerto. De hecho, es difícil que mueran en ese estado y podrían considerarse prácticamente invulnerables. El receptáculo tiene que ser similar a su cuerpo original y, si no lo es, esto es lo que ocurre. Poseen dicho objeto, pero tienen muy poco poder. Es un poco lío. Los espíritus debilitados se usan a menudo como PNJ que encargan misiones.

—Me suena parecido a lo de Remex, aquel aveceleste del final del tercer piso —dije.

—Sí. Remex era un condensador de parásito de almas. Ese es un tipo de espíritu debilitado mucho más peligroso, uno creado a propósito por un mago o nigromante poderoso y diseñado para

almacenar energía y consumir almas. Esto que tenemos aquí es una versión más estable de lo mismo. Es terrible para ella, pero no puede hacernos daño directamente. Hace unas temporadas, había un piso entero en el que todas las armas que les salían a los mazmorreros estaban poseídas por un espíritu debilitado. Necesitaremos un exorcismo para liberarla. Además, es una deidad menor, lo que complica mucho las cosas.

—¿Eso significa que es una semidiosa? ¿Mitad humana y mitad… algo?

La cabeza escupió de rabia.

Mordecai encogió las alas.

—Podría ser, pero también podría ser que no. Está claro que no es cien por cien de la Ascendencia, si no nunca la habrían desterrado a la Nada. Tienes que imaginarte el panteón como un club de campo. Puede que tenga un padre famoso, pero su madre sea de otra casta…, por así decirlo. Te aseguro que no queremos inmiscuirnos en su historia. Tenemos que evitar a los dioses igual que evitamos tener trato con las facciones fuera de la mazmorra. Ya tenemos problemas suficientes aquí dentro.

—Yo sé lo que ocurrió —comentó Katia mientras chasqueaba los dedos—. Aquí dice que, cuando escapó la primera vez terminó en el cuerpo de una muñeca hinchable, ¿no? Que es lo más parecido que encontró a su forma real. Eso significa que ella fue la que convenció a Ghazi para venir aquí. Le mintió todo el tiempo sobre quién era. Quería que el mago abriese el portal a la Nada. Le dijo que era para encontrar a ese dios de la lujuria, pero era una trampa. Cuando se abrió la Nada, llegó su otra mitad junto a la cieno de arena, pero algo se torció. Ghazi hizo algo mal durante el proceso y la muñeca hinchable, el receptáculo de la otra mitad, se convirtió en cristal. Se vio obligada a usar a la cieno para que el mago se quedase por aquí hasta que ocurriese algo que eliminase la cristalización. Todo el mundo pensaba que se había metido en el cuerpo de Quetzalcoatlus, pero se equivocaban porque no sabían que se había dividido en dos. Y tampoco sabían que Ghazi tenía la otra mitad desde el principio.

—Y se habría salido con la suya de no ser por un pequeño dinosaurio que tiró la estatua y la hizo añicos —terminé.

—¡Buen chico, Mongo! —felicitó Dónut.

Me di cuenta de que había sido una trampa. De haber conseguido mantener intacto el castillo y disipar el conjuro de cristalización, la muñeca hinchable no se hubiese despertado, pero habría recuperado el poder de una deidad menor.

No estaba seguro de si habíamos tenido suerte o no. Mongo casi no había tocado la estatua cuando se había caído al suelo. Me daba la funesta sensación de que todo había ocurrido como alguien quería que ocurriese, con el objetivo último de una gran confrontación preparada de antemano.

Y eso siempre era malo.

La cabeza siguió gritando con voz ahogada desde el suelo.

Dónut le dio con la pata, y esta empezó a rodar.

—¡Carl, me acabo de dar cuenta de algo! ¡Esto es como la trama de esas películas de Chucky, las del muñeco diabólico! —comentó Dónut—. Imagina que la tal Psámate es Chucky, pero solo es una cabeza y no se puede mover.

—Yo diría que más bien se parece a los horrocruxes de *Harry Potter* —comentó Katia—. Pero en este caso su alma solo se ha dividido en dos partes.

—No, no —insistió Dónut—. Es como Chucky. Esa señora que escribió esa película de magos robó todas las ideas de las películas de terror absurdas que Carl estaba viendo todo el día. Yo solo vi una de esas películas de magos, pero salía un perro. Terrible.

—Eran libros antes de… —Katia se quedó en silencio. Tomó la sabia decisión de no continuar por ahí.

—Da igual. Ha estado en la Nada, así que es probable que ya esté loca como una cabra —dije. Me agaché sobre una rodilla y le di unos golpecitos a la cabeza, que gruñó—. El juego nos ha dejado muy claro que pasar tiempo ahí dentro te vuelve loco.

Dónut asintió.

—Supongo que tienes razón. Además, una parte de ella lleva mucho tiempo encerrada en esa muñeca. Es probable que eso tampoco haya ayudado con su salud mental. Yo te he visto abusar sexualmente de ti mismo varias veces y… te aseguro que tampoco fue bueno para la mía. No me puedo imaginar cómo estaría si

encima hubiese tenido que participar en esos actos. —La gata se giró hacia Katia y bajó la voz—. Una vez se limpió la mano en mí. Después de eso, ya sabes.

—¡Eso no es verdad! —exclamé.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Katia para cambiar de tema—. No entendemos lo que dice. ¿Creéis que vendrá una deidad de verdad e intentará atacarla? Al parecer esa es la razón por la que los de esa facultad estaban tan asustados.

—Pues no sé —respondí—. ¿Mordecai?

Él negó con la cabeza.

—Esto es algo completamente nuevo para mí. No tengo ni puñetera idea de lo que va a pasar. Nunca he visto tantas historias que abarcan varios pisos desarrollándose al mismo tiempo. Que estén usando Larracos y la Ascendencia como trama en una misión del quinto piso me deja un poco descolocado. Basándome en todo lo que he visto, sospecho que cuando esa cabeza salga de la estancia segura su presencia podría invocar a un dios muy enfadado. Pero quizá no sea así. Después de todo, no ha llegado a resucitar del todo.

—¡Dejemos que Mongo se la coma! —dijo Dónut—. O podemos quemarla. O podemos tirar la cabeza a la Nada. Y no tendríamos que hacerlo aquí. Hay un portal a la Nada en el casino, ¿os acordáis?

—Si queremos hacerle algo primero tendríamos que sacarla de la estancia segura —dije. Estaba empezado a darme cuenta de que la aparición de la cabeza iba a ser más problemática de lo que había pensado en un primer momento—. No podemos meterla en un transportín. No creo que nos deje.

—Lo dudo —convino Mordecai.

—Pues podríamos abandonarla en la taberna —dijo Katia.

Recapacité durante unos instantes.

—No es mala idea, pero es probable que ese tipo escorpión la eche de una patada y nos dé problemas.

—Pues ¿qué hacemos? ¿La dejamos en la estancia segura? —preguntó Katia.

—Esperad —dije. Volví a agarrar la cabeza por el pelo. Tenía la mandíbula abierta, por lo que se la cerré del todo. Siguió gritando,

pero sonaba mucho más ahogado. La agarré por la barbilla y fui bajando poco a poco hasta que conseguí entender lo que estaba diciendo.

—… mataré a tu madre. Descubriré dónde vive y le prenderé fuego y luego la mataré y después contrataré a un nigromante para que la levante de entre los muertos y la mataré una y otra vez y te haré mirar y… —Se quedó en silencio cuando se dio cuenta de que le había colocado la boca en la posición adecuada para que se entendiesen sus palabras, como si hubiese sintonizado bien una emisora de radio.

—¿Qué tal? —dije—. Me llamo Carl. ¿Puedo llamarte Samantha? Voy a llamarte Samantha, sí. Tu nombre verdadero se me hace un poco raro.

—¿Dónde está el resto de mi cuerpo? —exigió saber. Podía mover los labios, más o menos. Sonaba como si estuviese hablando a través de dientes apretados—. ¿Sabes cuánto he trabajado para reunir mi cuerpo? ¿Sabes todo lo que he tenido que hacer?

—Oh, cielo… —dijo Dónut—. Estábamos hablando del tema, sí. Tiene que haber sido horrible.

Le ajustó un poco el mentón.

—Pues mira… Tu cuerpo ha quedado hecho añicos y luego estos han acabado en el océano. Diría que tu otra mitad está siendo digerida por un tiburón muy grande en estos momentos.

No vi emoción alguna en la cabeza. Los ojos no parpadeaban, lo que resultaba bastante inquietante.

—Mi hija. La siento. Está viva, pero no puede recuperar su forma. Solo tuve unos momentos y la obligué a casarse con ese imbécil. Ese tipo usó demasiada energía y cristalizó todo, receptáculo incluido. Solo tuve unos minutos. Es lo último que recuerdo. Mi hija. Mi hija. Mi hijita.

—Es probable que esté en el océano. Terminará por llegar a la costa. Su marido sí que está bastante muerto, diría yo.

—Mataré a tu madre.

—Esto… Mira. ¿Qué quieres que hagamos contigo? No puedo llevarte encima. ¿Quieres que te vuelva a tirar a la Nada?

—No, por favor. No. Eso no. Quiero que encuentres mis partes y vuelvas a reunirlas. He trabajado muy duro para escapar. Necesito una forma corpórea.

—Eso no va a pasar —aseguré.

—Entonces ¿engañaste a ese tipo para que viniese aquí? —preguntó Dónut—. Debo decir que estoy impresionada. A los hombres se los engaña muy fácil, pero aun así… Bravo. Yo siempre engaño a Carl para que haga cosas por mí, pero tú convenciste a ese mago para que abriese un portal a otra dimensión por ti. Me siento mal por Tish, eso sí. Parecía que ese tipo le gustaba de verdad.

—¿Tish? Tish estuvo a punto de arruinarlo todo. Llevadme con ella. Voy a… Voy a…

—¿Matar a su madre? —pregunté.

Samantha empezó a berrear.

—Muy bien —dije al tiempo que me ponía en pie y volvía a dejar la cabeza en el suelo—. Esto no va a funcionar. O te tiro fuera de aquí o me arriesgo a que Mongo te coma o algo. ¿Qué prefieres?

La cabeza dejó de gritar tan bruscamente como había empezado.

—Llevadme con vosotros —dijo—. Podemos irnos juntos de aventuras. Hay una náyade que vive en el Coto de Caza que quizá pueda ayudarme.

Y eso fue todo. Así fue como esa puñetera cabeza de muñeca hinchable parlante se unió a nosotros.

—Ya tengo un gata parlante, un dinosaurio, a Katia y un águila gruñona en mi grupo. Las cosas no salieron bien con el último muñeco que tuvimos. No es nada personal, pero somos muchos. Y no me convence del todo que se nos una alguien que puede hacer que un dios iracundo nos mate en cualquier momento.

—Mataré a tu madre.

> Mordecai: Sé que me voy a arrepentir de esto, pero tengo una idea. Creo que deberíamos dejar que se nos una. Podemos dejarla en la estancia segura para que no nos haga daño. Si no sale de ahí, no invocará a ningún dios. Es una deidad menor, por lo que seguro que sabe cosas muy valiosas. Es probable que sea quien enseñó a Ghazi a lanzar todos esos conjuros. Merecerá la pena si me enseña a preparar algunas pociones.

CARL: Es una cabeza de muñeca hinchable parlante y no deja de amenazar con matar a mi madre fallecida. Además, ¿cómo nos la vamos a quedar? ¿No desaparecerá cuando bajemos al siguiente piso?

MORDECAI: Como he mencionado antes, podemos contratar a unos pocos PNJ. Solo funciona con algunos tipos concretos, pero te aseguro que con ella servirá. Dónut puede hacerlo usando el menú de su espacio personal. Ahora mismo hay hueco para un entrenador y para un cocinero. Contratadla como entrenadora y vivirá en un rincón de la sala de entrenamiento. Una vez lleguemos al próximo piso, podremos comprar un nuevo módulo que nos permitirá contratar mercenarios y más personal. Podremos usar uno de esos huecos para ella.

DÓNUT: ME GUSTA. ¡Y NO SABÍA QUE PODÍAMOS CONTRATAR MERCENARIOS! ¿PUEDO CONTRATAR A MACITO?

KATIA: Yo diría que es una idea horrible, pero si estamos seguros mientras no salga de aquí, podríamos probar un tiempo. Está claro que el juego quiere que nos la quedemos.

CARL: Sí... Eso es lo que más me preocupa.

Agarré la cabeza y le cerré la boca del todo para luego dirigirme hacia la sala de entrenamiento. La hice rodar hacia el interior y cerré la puerta.

—Ya decidiremos en otro momento. Nos quedan cuatro días y medio. Y me gustaría capturar ese cuarto castillo lo antes posible, porque cuanto antes lo hagamos antes empezaremos a rescatar gente.

—Te digo que a veces te duchas dos o incluso tres veces al día. Y es agua. No entiendo qué diferencia hay con meterte en el océano.

—No pienso volver a hacerlo, Carl. No. Llévate a Katia. O a Louis. O a Gwen. O a Samantha la muñeca hinchable. Me trae sin cuidado. No pienso volver a hacerlo y no hay nada en este mundo que puedas decir para convencerme de lo contrario.

Extendí el brazo para rascarla. Tenía el cuerpo muy tenso.

—Tranquila. Era broma. No tienes que volver a meterte en el agua por el momento. Pero sí que necesitaré que vueles sobre ella en esa casa. Las cargas de profundidad serán cosa tuya.

Dónut olisqueó.

—Me gustan las cargas de mortandad.

Nos habíamos echado una siesta, pasado un tiempo en el estudio de creación y vuelto a activar todas las ventajas. Zev nos había

enviado un mensaje para recordarnos que nuestra aparición habitual en el programa de Odette se había cancelado. Seguía con esa voz robótica propia de *Las mujeres perfectas*, pero Dónut la había saludado muy efusivamente y ya no parecía preocupada por su condición. Estaba pasando algo más entre bambalinas, pero no podía preguntarle sin llamar la atención.

Luego me había ido a la sala de entrenamiento para seguir entrenando Golpe poderoso. Ya lo tenía a nivel 14 si contaba el equipo, pero solo a 8 sin las mejoras de los objetos. Tenía que encontrar una sede gremial donde entrenarlo. Era una de esa habilidades obstinadas que no subían por mucho que entrenase. Ya iba siendo hora de que encontrásemos un lugar donde *grindear* y matar enemigos sin dioses ni misiones ni distracción alguna.

Mordecai había dicho que era algo fácil de encontrar en el sexto piso, pero yo ya sabía que si llegábamos hasta ahí íbamos a estar ocupadísimos.

Me había hecho con la cabeza de Psámate, de Samantha, y la había colocado en su rincón. Empezó a gritarme mientras entrenaba, por lo que me había girado hacia ella para amenazarla con meterla en el baño y encerrarla dentro de un cubo si no cerraba el pico. Se había quedado en silencio, aunque a veces me daba la impresión de que soltaba algún que otro gruñido.

Más tarde, llegó el momento de empezar a planear qué íbamos a hacer a continuación. El primer paso era llegar hasta el submarino, entrar y ver cómo funcionaba la bomba de agua. Gwen iba a reunirse con nosotros y dos supervivientes más de ese cuadrante dentro de una hora. Mientras, habían vuelto a abrir la válvula. Envié un mensaje a los asaltatumbas para comentarles que sería mejor que empezasen a abrirse paso hasta el lugar donde había bajado el agua.

Si esos cabrones se negaban, que era lo que me temía, tendríamos que pasar un día entero o dos evitando trampas, algo que nadie quería hacer.

En el exterior, quedaban horas para que diese comienzo el equinoccio, momento en el que las tormentas de arena durarían el doble de lo normal y pasaríamos gran parte de los días a oscuras.

—¿Sabes qué? —le dije a Dónut—. ¿Cuándo fue la última vez que le echaste un ojo al tablón de redes sociales? Sabías que ya puedes volver a hacerlo ahora que Zev ha recuperado su trabajo, ¿no?

Dónut abrió los ojos como platos.

—¡Carl, eres un genio! Vamos, Mongo. ¡Veamos si Nutria-Estilosa12 ha encontrado a gente para el club de fans no oficial!

Katia se quedó mirando cómo se marchaba.

—¿De verdad no sabe nadar?

—Se hunde como una roca.

Katia se rio. Le había dicho que empezase a dibujar un mapa del noveno piso. Mordecai entró en ese momento murmurando algo.

—Hola, Mordecai. Acércate un segundo —dije.

Parecía distraído.

—Creo que necesito un ingrediente más, pero no sé qué es —gruñó. Hablaba para sí. Lo hacía mucho cuando trabajaba en su mesa—. ¿Qué quieres?

Le quité el mapa a Katia y se lo mostré. Parecía una flor con esa gran ciudad en el centro. Ya sabía parte de la respuesta, pero no todo. Y había algo muy importante que desconocía.

—¿Esto te parece una representación precisa del noveno piso?

—Chicos —dijo—. No os preocupéis tanto por algo para lo que aún queda mucho.

—Lo sé. Tranquilo —aseguré—. Pero tengo curiosidad. Sobre todo si tenemos en cuenta que ya no queda nada para el sexto. Los dos son parte de esa trama extraña del volcán y quiero estar preparado.

—No vas a llegar ni al sexto piso si no te centras en lo que tienes que hacer en estos momentos.

—Venga, dime. Por favor —insistí.

Suspiró y luego se subió a la mesa de un salto. Cogió un bolígrafo con una garra y empezó a dibujar más líneas en el mapa para dejar a la flor con nueve pétalos.

—Así está mejor. Larracos está en el centro, y las zonas de las nueve facciones rodean ese centro. Has dibujado el diámetro de la ciudad un poco grande, creo —continuó. Hizo el círculo un poco más pequeño—. Hay un barrio de chabolas de PNJ, pero no forma parte de la ciudad. Esto sí es Larracos.

—Pues es más pequeña de lo que pensaba —dijo Katia.

—La ciudad es enorme, pero no tiene mucho diámetro. Tiene la forma de un cono invertido. Está enterrada en el suelo, construida por enanos. Y cada piso tiene cosas diferentes. El castillo está en lo más profundo. —Siguió haciendo pequeñas correcciones, ahora otra vez por los pétalos—. Toda esta zona son colinas ondulantes con trincheras excavadas antes de empezar. Y hay un bosque que lo rodea todo. Cuanto más te internas en el bosque, más duros son los monstruos, pero suelen haberlos matado a casi todos para cuando los mazmorreros llegan al piso.

—¿Y cómo van las normas? —pregunté.

—Cuando se abrió el tercer piso, cada una de las nueve facciones llegó a su zona designada. Los espacios se reparten al azar excepto uno. El ganador anterior tiene permitido elegir dónde empieza. Luego, comienzan a preparar el ejército, las defensas y las fortificaciones. Cuando se abre el sexto piso, tienen acceso al mercado y pueden comprar armaduras y suministros mágicos a los mazmorreros. Solo pueden traer de casa un cofre grande con suministros propios, por lo que no tienen suficiente para todo el ejército. Necesitan comprar o saquear todo lo demás. Tampoco tienen permitido luchar entre sí hasta que no llegan los mazmorreros. Pero antes de que eso ocurra, obligan a sus efectivos a luchar y a *grindear* en el bosque para subir de nivel. Además, todos traen pociones de truco para tener mejoras.

—¿De dónde salen los ejércitos?

—Todas las facciones empiezan con quince mil efectivos y también pueden contratar mercenarios y especialistas. Los mercenarios adicionales se consiguen con juegos, apuestas y comerciando. Pueden hacerlo hasta que se abre el noveno piso. —Tocó el pequeño círculo que había dibujado y que representaba la ciudad—. El mercado de mercenarios está cerca del castillo, en lo más profundo de la ciudad. Igual que el resto.

—Pero ¿mueren de verdad? —preguntó Katia.

—¿Los turistas? No. En ese piso no. Para ellos es como un juego. El sistema almacena parte de su salud y los teletransporta fuera antes de que mueran. Sienten el dolor, eso sí. Las tropas están

formadas en su mayoría por PNJ, pero las facciones más ricas pueden pagar para llevar a sus propios efectivos, que tienen la misma protección. Las personas de verdad reaparecen en el piso si les ocurre algo, hasta que llegáis vosotros. Los PNJ que conforman las tropas no reaparecen. Esos pobres diablos mueren de verdad.

Sentí que se me aceleraba el pulso.

—¿Cuántos de los quince mil suelen ser personas de verdad del exterior?

Mordecai encogió las alas.

—Pues si la facción es rica puede llegar a traer unos doscientos. No muchos, porque es caro. Una facción pobre, como el Sultanato de Sangre, solo trae unos veinte. Es más o menos como la pista de baile del club Desperado. Por cada persona que traen, desaparece uno de los PNJ, lo que hace que traer mucha gente en realidad no suponga una gran ventaja táctica. A menos que sean soldados bien entrenados, que no suele ser el caso.

—Entonces ¿vamos a tener que construir las defensas desde cero?

—Así es —respondió el aveceleste. Señaló con la garra uno de los pétalos de la flor—. Este pétalo tiene un castillo fortificado y preconstruido. El Emplazamiento del Rey. Es una zona pequeña, pero con colinas más escarpadas. La mayoría de los ganadores anteriores la eligen para no tener que perder tiempo ni recursos construyendo. Y tiene defensas naturales.

Asentí.

—Vale. Entonces, en el sexto piso… ¿Tenemos que tener algo en cuenta para el noveno?

—El Coto de Caza es un lugar muy diferente. Las facciones pueden, y a veces lo hacen, enviar efectivos al lugar para hacerse con más equipo. Pero es peligroso porque allí no están protegidos. Es el único lugar de todo el juego en el que pueden morir de verdad. Y, como he dicho antes, mueren. La mayoría de esos tipos son imbéciles ricos que se toman esto como si fuese una partida de paintball durante una escapada de fin de semana. Se hacen muchas apuestas para determinar el resultado de la Guerra de Facciones, pero la mayoría son tan ricos que tampoco es que el dinero les importe demasiado. Si ocurre algo inesperado, hay grandes

cantidades de dinero que cambian de manos. Y también hay un premio en metálico para el ganador. Lo cierto es que se participa más por fanfarronear de la victoria que por la pasta.

—Pero la gente que decide ir de caza al sexto piso… —insistí—, ¿pueden conseguir equipo para luego llevarlo a las facciones del noveno?

—Sí, como te decía —respondió Mordecai—. Es la razón por la que muchos están allí. Cualquiera que esté ahora en el noveno puede subir al sexto, pero en general los cazadores son personas que no pertenecen a ninguna facción. Van para hacerse con equipo, como ese anillo que ya deberías haber tirado. Y luego se lo venden a las facciones.

—Vale —dije mientras reflexionaba—. Una última pregunta. ¿Cuándo puede alguien tomar la decisión de que va a participar en todo esto? Digamos que soy un tipo cualquiera que va por ahí flotando en su nave espacial y mañana decido que quiero hacerlo. ¿Podría?

—Sí. Si tienes los créditos y llegas a tiempo. Los cazadores pueden apuntarse hasta el momento en el que se abre el sexto piso. Y tampoco es tarde para que lo hagan los del noveno, ni para que cualquiera de los turistas o de los invitados a la fiesta del decimoctavo vayan al sexto si se atreven. Pero la mayoría de los cazadores ya están allí. Sería absurdo esperar hasta el último momento.

—¿Por qué?

—Porque todos los cazadores empiezan a nivel 30 y pueden empezar a entrar cuando los mazmorreros llegan al tercer piso. Tienen zonas con monstruos designadas para entrenar, para que sean lo bastante fuertes cuando vosotros lleguéis al sexto, que para colmo es cuando se activa la posibilidad de morir. Suelen llegar a nivel 50, aunque ahora que hay menos tiempo quizá no tengan tanto. De hecho, apostaría las plumas de mi cola a que no tendrán tanto.

—Gracias, Mordecai —dije.

—Carl —llamó Katia mientras Mordecai seguía con lo suyo—. ¿Por qué me da la impresión de que estás a punto de hacer algo

realmente estúpido?

Sonreí.

—Venga. Primero hagamos que estalle la burbuja. Luego ya nos preocuparemos de mis estupideces.

25

Abrí el reloj de bolsillo e hice sonar la alarma con la esperanza de que Henrik me respondiese. Tenía la pluma embadurnada en tinta y lista para escribirle una nota, pero no hubo suerte. No había respondido desde aquella primera vez. Se lo comenté a Higo a través de Langley, quien me dijo que ella estaba preocupada por su hermano, tanto que estaba a punto de tomar la decisión de ir a ver cómo estaba por su propio pie. Le dije que intentara convencerla para que no lo hiciese.

Mientras, los asaltatumbas habían empezado a moverse en dirección al agua al fin, que ahora cubría tan solo la mitad inferior de la necrópolis. Gracias a la inundación habían muerto casi todas las criaturas que no eran fantasmas del cuadrante, pero solo se habían activado la mitad de las trampas. Bobby, el que tenía la clase espía y la habilidad para encontrarlas, estaba a punto de tener un ataque de nervios y había dejado de poder controlarse.

Chris y Maggie My seguían encerrados entre cuatro paredes en la tumba. Aún no tenía ni idea de qué hacer con ellos. Mordecai no había tenido suerte a la hora de encontrar los ingredientes que necesitaba para matar al parásito. Por mi parte, hice que el grupo de Langley arrastrase la parte superior de la casa, donde se encontraban las escaleras del piso, fuera de Pezuña de Camella. De esa manera, Dónut podría abrir la puerta y Katia usar los virotes que paralizaban monstruos de roca restantes para dejarlos fuera de juego. Así podríamos empujar a la criatura paralizada a través del portal con facilidad si necesitábamos hacerlo cuando llegase el momento.

No era algo que yo quisiese hacer, claro. Y sabía que Chris tampoco lo quería. Era muy probable que no nos teletransportásemos al mismo lugar del sexto piso, por lo que lo único que íbamos a conseguir era volver a dejar suelta a Maggie allí abajo y vuelta a empezar con toda esta movida. Imani insistía en que hiciésemos todo lo posible por salvarlo. Era un plan que no me convencía en ningún sentido, pero ¿qué otra opción teníamos?

Ahora, nada de esto iba a importar si no conseguíamos capturar el último castillo. La Necrópolis de Anser.

Primer paso: drenar el resto del agua de la tumba. Para conseguirlo, teníamos que desconectar la bomba de agua que había dentro del submarino.

El pueblo de Pandinus era más pequeño que Pezuña de Camella, pero aun así contaba con varias posadas y tabernas. No había club Desperado, eso sí, pero sí un club Vencedor. De todos nosotros, Gwen era la única que tenía un pase para entrar ahí. Decía que hacía poco había tenido lugar una pelea muy grande en el interior, algo que no era muy habitual en el club. Al parecer, le habían retirado la membresía a Miriam Dom cuando se había transformado en vampira, lo que había hecho que Prepotente armase la de Dios es Cristo. Había dejado suelto a su tercer acompañante, esa cabra engendro infernal que daba un miedo de cojones, en el salón principal y la criatura había devorado a algunos clérigos antes de que les diese tiempo a escapar. Ahora había una «cruzada con recompensa» contra el trío, aunque no tenía muy claro qué implicaba algo así. Pero habían cerrado el club durante un tiempo para limpiarlo todo.

Nos reunimos en una taberna llamada Acechador Mortal, que era poco más que unas mesas y una barra. Y, por alguna razón, un carrito de helados. El hombre escorpión que lo llevaba tenía veinte sabores y podía servírtelos en un cono de galleta o en un vasito. Cuando vi los conos, recordé al momento el otro cono que me había comido dentro de la mazmorra, ese lleno de gusanos del circo, y me dieron arcadas al instante. Tanto Katia como Gwen se compraron uno. Dónut se hizo con un vasito de sabor frambuesa y luego nos

sentamos. Convenció al pazuzu para que le vendiese el vasito por una moneda de oro en lugar de dos.

Estábamos Dónut, Katia, Gwen, Tran el humano espadachín, dos mazmorreros que eran de Ucrania y yo.

Examiné a los dos recién llegados. Una era una humana llamada Britney Proskurina, una GLADIADORA de nivel 27. Tenía el pelo negro y llevaba un biquini de piel y una porra cubierta de pinchos al hombro. Se había entregado por completo a la temática de bárbara que la mazmorra había elegido para ella.

El otro mazmorrero era una criatura parecida a un lagarto con manchas de una especie llamada KUHLI, lo que se me antojó raro porque sabía que era un tipo de pez y no un reptil. Se llamaba Vadim Zbar y su clase era algo llamado REORGANIZADOR DE ENTRAÑAS, que al parecer era una mezcla de sanador y pícaro. Iba cubierto de pies a cabeza de pequeñas fundas con dagas de todo tipo.

Eran los dos supervivientes del cuadrante de Agua. Resultó que Vadim era cirujano y se dedicaba a la cirugía estética en el mundo real, y que Britney estaba en su consulta como cliente cuando ocurrió todo. También eran los dos últimos supervivientes de su grupo original. Tuvieron suerte de salir al exterior para sacar unas fotos del «antes» de la cirugía cuando tuvo lugar la transformación.

—No pienso volver ahí abajo —comentó Britney cuando nos sentamos a la mesa—. Os diré todo lo que queráis, pero prefiero morir a volver a meterme en el agua.

—Me encantan tus pieles —dijo Dónut después de probar varias veces su helado de frambuesa—. Y pienso igual que tú. Yo tampoco voy a volver a meterme ahí.

La mujer se quedó mirando a Dónut.

—¿Y tú? —pregunté a Vadim, el hombre lagarto.

—Yo voy —respondió.

—No. Tú no vas a ir —interrumpió Britney—. Morirás. Todos los que vayan morirán. Tuvimos mucha suerte de salir de ahí con vida.

—Yo voy —repitió la criatura—. Creo que sé dónde están los controles de la bomba.

Asentí y señalé a Katia y a Tran el espadachín.

—Los cuatro vamos a sumergirnos. Nos dirigiremos al submarino y apagaremos la bomba de agua. Cuando esté desconectada, saldremos de ahí por patas. Espero que entrar y salir nos lleve sobre una hora, como mucho.

Tran se giró hacia Vadim.

—¿Tienes una camisa roja? Algo me dice que debería ponerme una.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Vadim.

El oso rabioso gnómico, el Pesadilla II, estaba en el garaje grande de la casa. Era la última parte de la casa «decapitada» que aún conservaba el techo. Louis y Firas habían atado el biplano muy bien. Lo inspeccioné mientras el garaje entero y el resto de la estructura alzaban el vuelo. Empezamos a balancearnos por los aires.

Dónut estaba de un humor terrible. Al parecer, la IA le había mostrado un mensaje de la internet galáctica que la había enfadado mucho y se pasó una hora entera gruñendo.

—«No tiene ningún atributo que sea útil» —murmuró la gata—. Es lo que dijo él, Carl. ¿Te lo puedes creer? ¡También comentó que yo había arruinado la experiencia y que casi había hecho que dejase de ver el programa para siempre! Menudo imbécil el tal Shuruga36. Además, ¿qué clase de nombre es ese? Shuruga. Suena al ruido que harían un grupo de bebés enfadados gritándote.

Miré el asiento trasero de la aeronave, el que estaba girado hacia atrás. El arma del artillero de cola aún tenía ese cargador de forma semicircular, pero no había manera de saber los proyectiles que quedaban en él.

—Pasas demasiado tiempo leyendo esas cosas. No les hagas caso. Solo es gente hablando por hablar. No merece la pena.

Dónut me ignoró.

—Además, ha insultado a Mongo. Dijo, y cito textualmente: «Dónut y ese pollo dinosáurico me irritan lo que no está escrito». Mongo es un niño. Si supiese leer, se habría quedado consternado. Yo puedo aceptar críticas, pero ¿reírse de un niño? Eso está fuera de

lugar. Apuesto lo que sea a que se chupa el dedo y piensa en su abuela cuando se toca.

—¿Que puedes aceptar críticas, en serio? —pregunté.

—En serio, Carl.

Katia entró en el garaje.

—Aún no me creo que hayáis pilotado esa cosa —dije.

—En realidad, podría decirse que no la pilotamos. Ascendimos en ella usándola como si fuese un globo aerostático.

—Bueno, las bombas cebo están listas.

—Perfecto. Pues empieza a lanzarlas. Dónut tiene el detonador en su inventario.

Cada una de las bombas cebo no era más que tres bolsas de basura una dentro de otra y llena de varios cadáveres y hobombas con mecha a una octava parte de su potencia, todas con un poco de pus de hobgoblin pegado. Estaban conectadas al mismo detonador, por lo que cuando Dónut pulsase el botón estallarían al mismo tiempo y desperdigarían un buen puñado de vísceras por el océano.

Íbamos a arrojarlas cerca del chorro de agua que salía de la necrópolis. También era probable que empezasen a soltar líquido antes de que nos diese tiempo a hacerlo, pero no pasaba nada. Lo único que quería conseguir con ellas era una distracción que nos permitiese salvar la primera barrera de seguridad submarina: los tiburones conserje. Necesitábamos que estuviesen lo más lejos posible de nosotros.

Aún no nos habíamos internado lo suficiente como para conocer al resto de los habitantes del océano. Vadim nos habló de varios, entre los que se encontraban medusas, calamares y tiburones martillo. El tipo era muy seco y prosaico, muy diferente de su compañera Britney, quien parecía estar siempre al borde de un ataque de nervios.

—¿Langley te ha hablado de ese tal Vadim? —preguntó Katia mientras terminaba de inspeccionar el biplano.

Dejé de hacerlo.

—No. ¿Qué pasa con él? ¿Se conocían?

Que yo supiese, jamás se habían visto en persona.

—Supongo que el doctor Vadim es, o era, muy famoso en Ucrania. Tenía anuncios de televisión y en vallas publicitarias por todas partes para dar a conocer sus clínicas de cirugía estética. Tenía muchas denuncias por cirugías chapuceras. Langley comentó que tenía como cincuenta hijos. Es famoso por acostarse con muchas de sus clientas.

—Vaya, vaya —dijo Dónut—. Cómo me gustan ese tipo de salseos jugosos. Me pregunto por qué se habrá transformado en lagarto entonces. Hace tiempo conocí a un gato persa que era igual: iba por ahí dejando su semilla por todas partes. Se llamaba El Famoso Solo de Santana. Una vez salió de la jaula en un evento de la Asociación de Criadores de Gatos y dejó embarazada a una gata esfinge. ¿Te lo puedes imaginar? Es como si un miembro de la realeza fecundase un pollo sin cocinar. Fue todo un escándalo. ¿Crees que Vadim se ha tirado a Britney? La verdad es que parece la típica que se dejaría dar por un cirujano plástico.

—¿Cómo es que Langley conoce a un tipo de Ucrania? —pregunté.

—Porque también es de ahí —dijo Katia.

—Creí que era de Finlandia.

Dónut soltó un suspiro exasperado.

—Vivía en Finlandia. De verdad, Carl, a veces me da la impresión de que no prestas mucha atención. Langley nació en Ucrania pero emigró a Finlandia hace poco. Casi todo los tipos de su grupo son de otros países.

La verdad es que me daba igual de dónde eran mientras fuesen de la Tierra, pero la historia de Vadim me preocupaba un poco. De ser cierta, que a saber, íbamos a bajar al submarino con un tipo muy turbio. No era alguien con quien compartir situaciones peligrosas, la verdad. Y mucho menos cuando les habían puesto un precio muy alto a nuestras cabezas.

—Britney no está embarazada —dijo Katia—. De haberlo estado antes de entrar en la mazmorra, ya habría empezado a notársele. Y sé que las mujeres no pueden quedarse embarazadas aquí dentro. Hemos dejado de tener la regla y recibimos una notificación para informarnos de que ya no podemos concebir hasta que termine el mazmorreo.

—¿Qué? ¿En serio? —pregunté—. A mí nunca me llegó ese mensaje.

Me di cuenta al instante de la tontería que acababa de decir en voz alta. No obstante, también recordé algo muy raro que había leído en el libro de cocina. Rickard, el tipo que había escrito en la edición anterior, no había añadido demasiadas notas, pero sí que mencionó que había entrado en la mazmorra con su mujer embarazada y que esta había desaparecido al cruzar la puerta. Nunca la había vuelto a ver. Creía que había sido algo aislado. Sabía que los tíos aún podían follarse a las criaturas. De hecho, la razón por la que Brandon había muerto era porque otro de su grupo, uno de los que antes eran ancianos de la residencia, se había tirado a una súcubo en un callejón del tercer piso y esta había dado a luz a cientos de monstruos bebé con la cara de ese tío.

—¿Alguien ha visto a alguna mujer embarazada en la mazmorra? —pregunté.

Katia se encogió de hombros.

—No lo creo. Menos Brandy la Fogosa en el piso anterior.

—¡Y Eunice la enana del tercer piso! —añadió Dónut.

—Esas eran PNJ. Me preguntó si hacen algo con las mazmorreras embarazadas —dije.

—Algo horrible, seguramente —dijo Katia—. Pero no creo que ninguna embarazada entrase voluntariamente a este lugar.

Firas asomó la cabeza por la puerta del garaje.

—Estamos en posición para lanzar las bombas cebo —dijo—. Los cañones de las cargas de profundidad también están instalados y listos para que los carguéis. Quedan cinco horas antes de que anochezca y seis antes de que tenga lugar la primera tormenta del equinoccio, así que moved el culo.

—Perfecto —dije—. Vamos allá.

Después de soltar las bombas cebo, volamos a toda velocidad junto a la necrópolis y nos colocamos justo sobre el submarino. Firas y Louis tenían un sistema que les permitía ajustar la altura de la casa y controlaban bastante bien las corrientes de aire que hacían

que el globo se dirigiese hacia la dirección deseada. No se les daba nada mal, y Louis comentó que habían recibido varios logros por pilotar aquel globo aerostático mágico.

—Dale —le dije a Dónut mientras descendíamos hasta el nivel del mar.

Dónut dio un brinquito y luego pulsó el detonador del pus de hobgoblin. Estábamos demasiado lejos como para oír el ruido de las bolsas al explotar, pero sabía que ahora el mar estaba lleno de sangre, vísceras y partes de cuerpos de los necrófagos del cuarto piso.

—¡Carl, Carl! ¡He subido un nivel! ¡Ahora tengo 38!

—Supongo que alguno de esos tiburones se acercó a las bolsas antes de que las detonases —comenté. Esperaba que ocurriese algo así. Perder los cinco días había hecho que Dónut y yo no hubiésemos tenido demasiado tiempo para *grindear*. Nos habíamos quedado atrás en términos de niveles, así que teníamos que aprovechar cualquier oportunidad.

—¿Alguien ve algo ahí abajo? —pregunté mientras volábamos a casi cinco metros por encima de la superficie. El nivel del agua había subido por alguna razón desde que habían activado el drenaje, pero seguía siendo más bajo que cuando se había abierto el piso. Con suerte, eso era algo que iba a cambiar cuando hiciésemos lo que habíamos venido a hacer.

—Veo el submarino en el mapa —respondió Katia. Tran, quien también tenía la habilidad Exploración, asintió para confirmar que él también.

—¿Dónut? —pregunté.

—No veo monstruos. Hay pececillos por aquí y por allá, pero todos aparecen blancos en el minimapa.

—Perfecto. Recordad: no vamos a lanzar las cargas de profundidad al agua a menos que yo lo diga. Son nuestro último recurso.

Dónut saltó sobre mi hombro.

—Entendido, capitán Carl. —Hizo una pausa y nos miró a Katia y a mí—. Tened cuidado ahí abajo, lobos de mar. Es un lugar horrible.

—Esto es rarísimo —comentó Tran mientras veía cómo Katia se transformaba en una campana de buceo.

—Es fascinante —dijo Vadim mientras caminaba en círculos alrededor de ella.

Yo seguía maravillado con lo mucho que había mejorado Katia. Se estaba transformando en algo así sobre la marcha y sin haberlo practicado antes. Estábamos en una esquina de la casa, en el jardín que había junto al borde del pedazo de tierra donde flotaba la estructura. Katia se había descolgado por un lado, con un brazo aferrado al soporte mágico donde estaba anclado el globo. La casa entera y el globo aerostático empezaron a virarse hacia nuestro lado a medida que ella iba añadiendo peso.

Recordé la primera vez que había empezado a probar sus habilidades para cambiar de forma, cuando el más mínimo cambio le dolía un poco. Ahora podía moldearse a su antojo y en cualquier momento. Las caras aún no se le daban demasiado bien, a no ser que se sentase frente a su mesa de maquillaje, pero era una experta con este tipo de cosas inanimadas.

El Akula se encontraba a unos quinientos metros por debajo de la superficie. No parecía demasiado, pero en realidad era muchísima profundidad. Vadim comentó que el submarino enorme contaba con una cámara en la parte superior por la que se podía entrar y salir, pero había uno de los minisubmarinos anclados a él antes de que ellos empezasen a asaltar el puente. Después de conseguirlo, había ocurrido algo que había hecho explotar dicho minisubmarino, lo que había provocado que el Akula se llenase de agua. Ahora, la parte delantera del submarino estaba unida físicamente a la base de la necrópolis por debajo de la superficie del agua, y los gigantescos tubos de torpedos de la parte inferior estaban bombeando grandes cantidades de agua al interior de la estructura.

Al igual que había ocurrido con la gran altura a la que se encontraba la fortaleza Páramo, yo sabía que, en condiciones normales, no era posible para una persona sumergirse a quinientos metros. La profundidad de inmersión de la mayoría de los submarinos era de cuatrocientos metros, pero Vadim y Britney habían comentado que habían buceado esa distancia, e incluso más,

sin equipo y con la única ayuda de los pergaminos para respirar bajo el agua.

No sabía cuáles eran las leyes de la física que se aplicaban en este concurso de mierda, pero al parecer estaban diseñadas para permitirnos hacer lo imposible. No querían que muriésemos con peligros ambientales insulsos, a menos que fuese una trampa o un monstruo colocados estratégicamente. Morir por síndrome de descompresión no era tan entretenido como ver cómo nos comía un tiburón.

—Ten cuidado —le dije a Dónut mientras Katia abría la puerta para que me metiese dentro de ella—. Katia pesa mucho y, cuando nos soltemos, esta cosa va a salir despedida por los aires. No quiero que te caigas.

Dónut asintió. A pesar de su declarada insistencia de que no iba a volver a meterse en el agua jamás, sabía que se sentía muy mal por separarse de nosotros así. Le di unas palmaditas en la cabeza.

—Tienes que ayudarnos a estar a salvo, ¿de acuerdo?

—Tened cuidado —dijo Dónut mientras se frotaba la cabeza contra mi mano.

Di un paso al frente para entrar. Katia había extendido mucho su masa, lo que le permitía hacerse muy grande. Los tres, Vadim, Tran y yo, nos colocamos en mitad de su estructura. Había creado tres postes en el interior para que nos agarrásemos bien. Lo llamaba campana de buceo, pero en realidad era más bien un ascensor con un anillo de metal denso y pesado en la parte inferior para evitar que se volcase. También hizo que le creciesen unos alerones y les puso algo de masa para reducir la velocidad de descenso a medida que nos acercábamos al submarino. Queríamos aclimatarnos al agua lo más pronto posible, por lo que la campana no estaba sellada. Con la habilidad Exploración de Tran y el conjuro Antorcha de Vadim podríamos avanzar por los pasillos anegados del submarino y completar nuestro objetivo rápidamente.

El jefe con el que habían acabado era uno de distrito, no de barrio, por lo que el mapa que había soltado mostraba los monstruos que había en la zona. Ahora, por desgracia no tenían el mapa completo del Akula, lo que era un poco problemático. Al parecer, se

habían topado con algo parecido a una torreta centinela que era un jefe de barrio, pero dijeron que no había llegado a saquear el mapa, que todo había pasado demasiado rápido.

—Usad un pergamino todos —comenté. Todos usamos un pergamino de respirar bajo el agua. Teníamos suficientes en el inventario para permanecer al menos cuatro horas sumergidos, cuatro veces más del tiempo que yo consideraba necesario.

Contemplé con nerviosismo la aguja que me indicaba la cantidad de visualizaciones y vi cómo estas empezaban a aumentar. Eso siempre era mala señal.

—Vamos allá —dijo Katia, desde una boca que había brotado en la pared interior de la campana de buceo, justo al lado de mi oreja. Estuve a punto de cagarme encima al oírla, porque no me lo esperaba.

Antes de que me diese tiempo a decir «Katia, joder», la estructura empezó a caer. El ascensor chocó contra el océano y solo permaneció en la superficie un instante antes de empezar a sumergirse. Nos hundimos, y la fuerza del agua al penetrar en el interior casi nos empuja hacia fuera.

No le quité ojo de encima a la altitud en mi interfaz mientras descendíamos a toda velocidad. Avanzábamos a unos cinco metros por segundo, directos hacia las profundidades. Sentí la presión del agua cada vez mayor sobre nuestras cabezas cuando llegamos a los cien metros, luego a los doscientos y después a los trescientos, pero no era tanta como debería.

—Lo veo —comentó Katia solo un minuto después, con una voz que se escuchó a la perfección bajo el agua—. Voy a ir reduciendo la masa poco a poco y abriendo los alerones. Vaya. Es más grande de lo que pensaba. Le falta toda la parte superior y hay una corriente muy intensa. Veo por dónde entra el agua, que es básicamente por la parte de debajo. Es como si algo la absorbiese hacia el interior, como si fuese una aspiradora. Toda la parte delantera estaba metida en un agujero. O sea, que la bomba de agua en realidad es todo el submarino.

Empecé a sentir cómo reducíamos la velocidad. El Akula apareció al fin en mi mapa y lo ocupó casi por completo. Era del tamaño de

un portaaviones pequeño.

—Hay algunas medusas cerca de la entrada —dijo Katia.

—¿De qué color son? —preguntó Vadim al momento.

—Azules. Y son grandes.

—Vale. Perfecto. Cuidado con las blancas. Se llaman amplificadolor. Son más pequeñas. Las azules grandes se aferran a ti para cubrirte si te acercas, pero si las evitas te dejan en paz. Ahora, hay que tener cuidado porque se mueven.

—Entendido. Voy a intentar acercarme a una zona en la que no haya —comentó Katia—. Atracamos.

Crac. Golpeamos contra el casco del submarino, y la forma de Katia cambió al instante. El ascensor se abrió como una flor y en ese momento vimos el mundo oscuro de las profundidades. No estaba del todo a oscuras, eso sí. Había alguna luz que se proyectaba desde arriba, pero todo lo que nos rodeaba era de un color azul casi negro. Me agaché un poco, aún sobre la forma de Katia. Sentía como si tuviese a alguien de pie sobre los hombros, pero la presión era llevadera.

Tal y como había comentado Katia, el Akula era enorme. Se parecía más a una puñetera nave espacial que a un submarino. La estructura metálica y lisa se extendía en todas direcciones por la oscuridad. Todo vibraba y sentí cómo algo bombeaba el agua a través del vehículo. Justo delante, la estructura cónica que se alzaba en la parte superior de todos los submarinos, había sido arrancada de cuajo, lo que nos permitía ver la parte inferior de la necrópolis. Desde donde nos encontrábamos, no era más que una pared oscura e imponente.

Katia siguió cambiando. Se estaba transformando para cubrir el casco y camuflarse. Iba a quedarse por aquí fuera y vigilar por si venía algún monstruo grande y peligroso mientras nosotros entrábamos en el submarino. La parte rota por la que íbamos a entrar se encontraba a unos seis metros. En la mayoría de los submarinos, la sala de control estaba justo debajo de la estructura cónica, pero ese no era el caso de este. Según Vadim, la sala de control (que en este caso la interfaz llamaba puente) se encontraba

en la proa del navío, justo antes de la punta. Ese era el lugar donde estaban las escaleras. Yo no lo veía, pero Katia sí.

Vadim había comentado que había una estancia justo debajo del puente que creía que era el sistema de control de fuego. Ese era nuestro objetivo.

Sobre nosotros, las medusas azules y relucientes flotaban como centinelas. Cada una tenía unos cuatro metros de diámetro, y los tentáculos le colgaban por debajo ominosos, como a unos seis metros por encima del submarino. Se agitaban sin ton ni son, rebotando entre ellos.

Los puntos de las criaturas en el mapa eran blancos, lo que significaba que no eran hostiles en un primer momento.

> Grandullón azul. Nivel 40.
>
> El bueno del Grandullón azul es la medusa más grande que vas a encontrar flotando por ahí. Podrías compararla con ese tipo que conocías del instituto, el que siempre llevaba un peto o un jersey de algún tipo, el que medía un metro noventa y cinco y pesaba ciento treinta kilos el primer año. Siempre iba rapado y su padre era camionero. Nunca hablaba y nunca hacía la tarea. Pero estaba ahí, rondando. Tampoco le hacía daño a nadie, pero era tan tonto que había que tener cuidado con él cuando lo importunabas de alguna manera. Además, por alguna razón siempre tenía una novia que estaba buenísima. Pero bueno, que eso no tiene nada que ver con la puñetera medusa. Me has entendido, ¿no? Que no te hará nada mientras no la toques.

Apoyé la mano en la superficie ahora plateada de Katia y dije:

—Vamos a entrar. Ten cuidado. No te olvides de colocar el bálsamo que te di en la lista de acceso rápido.

—Entrad y salid, Carl —dijo ella—. Si no lo consigues, coloca las bombas.

Le di una palmadita, y los tres empezamos a medio caminar y medio rebotar por la superficie del submarino antes de entrar.

> Entrando en el Akula.

Vadim lanzó el conjuro Antorcha justo cuando nos sumergimos en la superestructura destruida y bajamos a una estancia redonda. Había partes mecánicas flotando por doquier mientras descendíamos nadando por un túnel. El agua olía a aceite y a humo, pero me

resultó extrañamente tranquilizadora. Familiar. Todo el lugar estaba inundado. El casco crujía y resonaba ominoso.

> Dónut: ¿ESTÁIS BIEN?
> Carl: Estamos bien. Acabamos de entrar.

Vadim abría la marcha.

—El submarino estaba en un estado terrible cuando llegamos. Había esqueletos de osgos y también varios robots con los que luchamos para llegar hasta el puente —dijo. Nos abrimos paso por pasillos estrechos, impulsándonos en las paredes, que estaban calientes y no heladas como esperaba—. Solo sobrevivimos tres.

—¿Recuperasteis el equipo de aquellos que no salieron con vida? —pregunté.

—No. Normalmente no quedaba nada de ellos. Había un arma por fuera del puente que los hacía explotar. Nadie podía pasar excepto Chris, que al parecer tenía una habilidad que hacía que no lo detectaran. Pasó y entró solo en la sala del jefe. Cuando mató al robot ese que tenía la cabeza dentro de un tarro, el arma explotó sola.

—¿Nunca sospechasteis que Chris era dos personas en realidad?

Vadim negó con la cabeza. Nadó por debajo de un barril azul que flotaba frente a nosotros. Se movía rápido bajo el agua. Yo agarré el barril y lo guardé en el inventario, lleno de agua de mar.

—No me sorprendió —continuó Vadim—. Chris tenía más niveles que nosotros. Nunca hablaba demasiado. Era un buen guerrero, pero muy insensible. Tenía muchos conjuros y nos insultaba cuando no hacíamos lo que ordenaba. A Britney nunca le cayó bien.

—Esa persona no se parece en nada a Chris, no —dije.

Tran cogió lo que parecía un brazo de robot y luego lo soltó. Yo estaba guardándome todo lo que podía en el inventario. La mayoría de las cosas no iban a servir para nada, pero algunas estaban hechas de metal de osgo, que parecía ser muy ligero.

Atravesamos lo que supuse que en el pasado era la cantina. Ojalá hubiésemos tenido más tiempo para explorar, pero sabía que íbamos contrarreloj. Finalmente, vi la escalera en un extremo del mapa.

Estábamos siguiendo el camino original que habían tomado ellos a lo largo del Akula. Había obligado a Vadim a ir delante por si me estaba dirigiendo hacia una trampa.

—¿Saqueasteis algún diario o notas del jefe? —pregunté.

—Sí —respondió él—. Había una nota. Chris se hizo con ella y la leyó. No nos la enseñó, pero tenía un código que servía para los tubos de escape que hay sobre el puente. Todos accedimos a ir al cuadrante de Tierra porque era el que estaba más cerca, pero de alguna manera él terminó donde estabais vosotros.

—Dijo que no había espacio para él y no pudo acompañaros al cuadrante de Tierra —aseguré.

—Eso era mentira. Había mucho espacio. Podríamos haber metido al grupo entero de seguir vivos. Pero cada uno de los tubos de escape solo podía usarse una vez.

Hizo una pausa cuando llegamos a otro pasillo. Nos detuvimos frente a una escotilla con una rueda que la cerraba a cal y canto. Estábamos a unas pocas estancias del puente.

—¿Qué pasa?

—Esto estaba abierto. Dejamos todas las puertas abiertas para escapar a nuestro submarino.

Avancé para inspeccionarla. «Oh, oh».

—¿No ves nada al otro lado? —pregunté.

El rostro de lagarto de Vadim se torció en gesto funesto.

—No, pero hay una habitación pequeña. Es como esas que se usan para drenar el agua.

—Una esclusa de aire —dije.

> KATIA: Esto..., ¿chicos? Hay algo aquí fuera. Es grande y nada por debajo del submarino. No he conseguido verlo bien, pero es más grande que el submarino. Ahora mismo se ha ido.
>
> CARL: Vale. Es probable que sea lo que rompió la parte de arriba del navío.
>
> KATIA: No debería pasarnos nada mientras no llaméis la atención.

Giré la rueda de la escotilla. Se movió con facilidad y, al otro lado, había una estancia pequeña con un interruptor en la pared. Había una luz roja encendida. Leí otro pergamino para respirar bajo el agua.

—Vamos. Todos dentro.

Tran y Vadim se miraron entre sí y luego me siguieron al interior. Cerré la puerta y nos encerré. Luego pulsé el interruptor, momento en el que la estancia empezó vibrar. Reverberó un estruendo, noté cómo se me taponaban los oídos y el agua empezó a drenarse.

Un minuto más tarde, empezó a oírse un siseo. Giré la rueda de la segunda puerta y la abrimos.

—Ta-chan —dije al tiempo que salía.

El agua había desaparecido, pero había charcos por todas partes. La sección estaba seca, pero no lo había estado mucho tiempo. Respiré hondo. El aire parecía estar viciado, pero al menos era aire. No recibí la advertencia de oxígeno bajo. Sabía que si nos quedábamos sin él, el pergamino de respirar bajo el agua no iba a ayudarnos. Tendríamos volver a inundar el lugar.

Tran fue el primero en vomitar. Todos esperamos a que nuestros conjuros se disipasen. Cuando me tocó, me arrodillé y lo llené todo de esa agua marrón. «Dios, esto es horrible».

—Por qué me habré prestado voluntario a esto… —comentó Tran, al tiempo que se ponía bocarriba.

Vadim parecía poco afectado por el vómito.

—Te acostumbras con el tiempo. Ahora, si pasas debajo del agua más de una hora es peor aún.

Nos recuperamos y continuamos hacia una estancia grande y semicircular. El centro estaba lleno de rejillas extraíbles. La habitación metálica parecía no tener un propósito, algo muy poco habitual para un submarino. Vi chispas en un agujero del techo, que supuse que se trataría de los restos de la torreta centinela. El jefe de barrio. Era la sala del jefe. No vi nada que saquear en el mapa. Es probable que tuviese que subir o bajar un piso para hacerme con el botín. Solo se oía el eco de nuestros pasos al caminar.

La puerta siguiente era similar a la que teníamos detrás. Vadim dijo que después se encontraba el puente. Yo sabía que allí dentro estaba el camarote del capitán, una estancia independiente donde estaba la salida del piso. También había una escalera de verdad que descendía a la estación de control de fuego, donde en teoría podríamos apagar la bomba de agua. Y si subíamos en lugar de

bajar, había otra habitación donde se encontraban las tres escotillas de escape. Dos de ellas ya se habían usado.

—Esa puerta también estaba abierta —dijo Vadim.

Ojalá Dónut hubiese estado con nosotros. De esa manera, podría haber usado el conjuro Agujero para ver qué había dentro.

—Allí —dijo Tran mientras señalaba hacia el suelo. Era una de las rejillas que había en uno de los rincones de la estancia. Vi finalmente lo que estaba señalando, el resplandor de un cadáver.

Cuando retiré la rejilla, la equis apareció en el mapa.

> Cadáver saqueable. Deleite del osgo. Jefe de barrio. Muerto por desactivación del sistema.

Era una cajita oculta bajo el suelo que había que destruir para desactivar la torreta. De alguna manera, Maggie la había evitado y había conseguido matar al jefe de distrito por su cuenta llevándose así toda la experiencia. Me agaché, abrí el pequeño panel de control y saqueé el mapa de barrio y un FUSIBLE REFORZADO QUEMADO.

Cuando me hice con el mapa, todo el Akula cubrió mi pantalla. Aparecieron varios puntos rojos, la mayoría en las cubiertas inferiores. El mapa era útil para ver las partes del submarino que estaban inundadas y las que no. Había agua en casi todas partes.

Un punto rojo se movía de un lado a otro por el puente al otro lado de la puerta. También había varias equis de cadáveres. Me centré en ellas y se me aceleró el pulso.

El punto rojo no dejaba de aparecer y desaparecer. Se movía entre el puente y la estancia que había al otro lado, fuera del submarino. Fuera del cuadrante de Agua, de hecho.

—Joder —murmuré.

—¿Qué pasa? —preguntó Tran.

—Es un fantasma. Uno que no debería estar aquí. Es…

Antes de que me diese tiempo de terminar, un aullido ensordecedor retumbó por todo el submarino. El casco se estremeció. Apareció la cabeza verde y brillante de un puñetero pterodáctilo a través del mamparo que daba al puente. Volvió a gritar y lo vi todo rojo. Vadim cayó al suelo con la salud alarmantemente baja de repente.

Un ataque auditivo.

Antes de que me diese tiempo a examinar el fantasma, volvió a desaparecer a través del mamparo. Pero sabía quién era. Era Quetzalcoatlus, el supuesto jefe del cuadrante Subterráneo.

El punto desapareció, pero un momento después volví a oír el grito, más estruendoso incluso. El casco a mi alrededor rechinó, y Tran usó el conjuro Sanar a otros sobre Vadim.

KATIA: Algo verde y brillante acaba de salir despedido por un costado del submarino y ha empezado a descender. ¿Qué era eso? Oh, mierda. Mierda. Mierda. Ya lo veo. La cosa verde acaba de darle un golpe y luego ha dado la vuelta.

CARL: Suelta lastre y sal pitando de aquí. No tienes tiempo para llegar hasta nosotros. Vuelve a la superficie.

KATIA: El punto verde volador acaba de regresar al templo, creo. Pero la cosa grande se acerca. Carl, oigo música, una que no he oído antes.

CARL: LÁRGATE DE AHÍ.

DÓNUT: NO ABANDONES A CARL.

KATIA: Viene. Oh, Dios. Dios. Va a por el submarino, Carl.

26

Me dirigí hacia la escalerilla del puente mientras la música empezaba a resonar. Al principio estaba muy baja, pero luego subió de volumen e hizo temblar el casco. No tardó en volverse muy estruendosa. No tanto como la trampa, pero lo suficiente como para que tuviese que gritar para que me oyesen los demás.

Era un ritmo intenso de dubstep acentuado por lo que se me antojaron errores de sonido ensordecedores y muy agudos que se parecían al canto de una ballena. Me hizo sentir un pánico frenético y sobrecogedor. Las rejillas bajo mis pies no dejaban de tintinear por el temblor.

El navío al completo se estremeció y, de repente, los tres caímos hacia atrás. El submarino vibró cuando lo que quiera que fuese esa cosa lo agarró.

Me puse en pie a duras penas e intenté avanzar. Tenía que llegar a los cadáveres del puente. Cuando Henrik el cambiado director había desaparecido, todos habíamos dado por hecho que se había dirigido directamente a la necrópolis. Pero al ponerme en contacto con él a través del reloj, había visto que estaba bajo el agua. Había pensado que se encontraba en la tumba inundada y lo había visto con forma de pez.

Pero, en realidad, estaba de camino al Akula. No tenía ni idea de para qué había venido hasta el submarino, pero fuera lo que fuese le había salido mal. Seis de los sietes cadáveres que había en el puente eran cambiados directores, incluyendo a Henrik. Y si Henrik estaba aquí, eso significaba que el reloj tenía que estar por alguna parte.

Giré la rueda y abrí la puerta justo cuando el submarino volvía a agitarse. Tiré hacia mí de la rueda y me impulsé hacia el interior.

Grité más alto que la música para indicarle a Tran y a Vadim que me siguiesen. Íbamos a saquear los cuerpos y luego los tres nos dirigiríamos a la última de las escotillas de escape. No nos quedaba elección. Tenía claro que nos enfrentábamos a un jefe de barrio o de distrito, lo que significaba que estábamos bien jodidos.

CARL: Katia, ¿te has largado ya?

Cuando envié el mensaje, me di cuenta de que no, que seguía por aquí. Vi su punto en el minimapa moviéndose por el interior del Akula hacia nosotros. Se había colado en el submarino.

CARL: Cagondiós, Katia.
KATIA: Era demasiado tarde. No hubiese conseguido escapar.
CARL: Vale, pues mueve el culo hasta aquí. ¿Por qué se oye la música del jefe pero no hemos visto lo de los retratos y demás?
KATIA: No tengo ni idea.

La aguja que marcaba las visualizaciones se movió del todo hacia la derecha.

Grité para que Tran volviese atrás y cerrase la puerta de la esclusa de aire, lo que permitiría entrar a Katia. El proceso iba a tardar un minuto entero. Recé para que llegase a tiempo.

El submarino viró hasta quedar de lado. Caí hacia el puente. Detrás de mí, tanto Vadim como Tran gritaron sorprendidos al caer y dejé de verlos. La criatura había sacado el submarino del agujero de la necrópolis. Oí que el ruido del agua que teníamos debajo cambiaba de tono.

Me fijé en el cadáver de Henrik en el extremo del puente; tenía esa forma humanoide y sin rostro. Lo vi chocar contra la pared con fuerza. Las piezas rotas de un robot cayeron junto a él. Supuse que se trataba del cadáver del jefe de distrito, que había sido una araña con la cabeza del osgo Chaindrive en un tarro. Después se colaron por otra de las puertas de la habitación, la que daba al camarote del capitán y las escaleras del piso.

El submarino permaneció virado a cuarenta y cinco grados mientras yo me levantaba, con un pie en el mamparo y el otro en la cubierta. El casco chirrió y gruñó. No oía la música, pero sí que

sentía las reverberaciones. Me fije en la aguja de altitud que había colocado en la interfaz y vi que estábamos a quinientos cincuenta metros y cayendo. «Nos ha sacado del agujero y ha empezado a llevarnos hacia abajo».

Me quedé unos instantes muy valiosos contemplando la opulencia del puente. El centro de control del Akula era una combinación entre la Enterprise de *Star Trek* y el interior de un restaurante de temática victoriana, de esos tan caros que ni ponen el precio en el menú. Eso es lo que parecía, pero los estragos del tiempo y la inundación reciente habían arruinado por completo el lugar. Colgando del techo había una lámpara de araña llena de óxido de la que a veces brotaban chispas, meciéndose de un lado a otro. La cubierta estaba llena de verdín. La barandilla era de madera pulida y tenía adornos de latón con detalles intrincados. Un mural imponente pero desgastado y roto cubría por completo uno de los mamparos. En él, aparecía lo que creía que era un osgo al que un elfo con una túnica holgada nombraba caballero.

La silla del capitán se alzaba en medio de la habitación. Era un trono de latón lustrado lleno de espitas y palancas que me recordó a la cabina del Pesadilla. El asiento parecía haber estado tapizado de terciopelo rojo, pero este se había desintegrado con el tiempo y solo se veían muelles oxidados. Junto a la silla se encontraba lo que parecía ser una mininevera y una barra. La puerta colgaba abierta y se veía el interior vacío. La barra estaba igual de vacía.

Pero lo más impresionante era la portilla de cristal que daba al mundo submarino. La ventana era ancha, de unos ocho metros por tres de alto, con marco de latón remachado. Vi que el cristal había quedado cubierto por una capa de barro, pero habían limpiado una de las esquinas recientemente, ya fuese cosa de Chris o de alguien del grupo de Henrik.

Hasta hacía poco solo se veía oscuridad al otro lado, pero en ese momento me pareció ver que algo se movía, burbujas y el remover del agua. Había algo pegado contra el cristal y sentí que se me encogía el pecho. «No es oscuridad. Hay algo al otro lado bloqueando la vista».

Tragué saliva cuando me di cuenta de qué era lo que estaba viendo. Apareció la ventosa del tentáculo de un calamar o de un pulpo. Era ovalada y ocupaba la mitad de la ventana.

—Madre mía —murmuré.

KATIA: Estoy esperando a que se drene el agua de la estancia.

CARL: Perfecto. Yo estoy en el puente. Cuando cruces la esclusa, hazte con el mapa si tienes tiempo. Está en la primera habitación.

DÓNUT: ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

CARL: Prepara las cargas de profundidad y no las sueltes hasta que te lo diga.

Avancé poco a poco por la pared en dirección al cadáver de Henrik.

Cadáver saqueable. Henrik. Cambiado director de nivel 50. Asesinado por una Quetzalcoatlus muy enfadada.

Reloj misterioso.

Página de libro arrancada.

Guardé el cuerpo entero en el inventario. Cuando lo hice, el mundo se quedó paralizado.

«Joder. Pues vamos allá».

Mensaje del sistema: Espera, por favor.

El tiempo volvió a transcurrir con normalidad poco después.

Mensaje del sistema: Gracias por tu paciencia. Ya puedes seguir con lo que estabas haciendo.

¿Qué cojones? Era la segunda vez que ocurría algo así. En realidad, había dado por hecho que iba a empezar el combate contra el jefe.

Aviso de administrador: Tres de los objetos de tu inventario se han visto afectados por un bloqueo administrativo mientras se resuelve un recurso en los juzgados del Sindicato para determinar si son…

El mensaje apareció y desapareció al momento, casi demasiado rápido para leerlo o comprenderlo. Nunca llegó a aparecer completo. Y luego llegó otro mensaje, que desapareció igual de rápido.

Aviso de administrador: Resolución. Los demandantes no tienen derecho legal para imponer la demanda. Se ha eliminado el bloqueo administrativo. Nuestras más sinceras disculpas.

La cubierta se agitó. La lámpara de araña no había dejado de balancearse, y la música seguía resonando.

DÓNUT: CARL, TODO HA VUELTO A QUEDAR PARALIZADO. ¿HAS SIDO TÚ?

El submarino chocó contra algo sólido, se agitó y volvió a colocarse recto. Tuve que esforzarme para mantenerme en pie, todo mientras la lámpara seguía moviéndose de un lado a otro. El casco gruñó y restalló bajo mis pies. Estábamos a mil quinientos metros por debajo del nivel del mar y algo me decía que nos encontrábamos en la parte más baja de la burbuja. En el exterior, la ventosa se separó de la portilla con un ruido ensordecedor.

A quinientos metros, todo había tenido una tonalidad azulada, pero allí abajo había una luminiscencia verdosa que permeaba el lecho oceánico. No vi ni rastro del monstruo. Tampoco de la isla sobre la que se encontraba la necrópolis. Me di cuenta de que el submarino había girado ciento ochenta grados. La música continuó sonando.

KATIA: He cruzado. Voy hacia allí.

¿Qué estaba pasando? «A la mierda», pensé. Teníamos que llegar hasta la escotilla de escape.

CARL: Entra aquí y trae a los otros dos.

Pensé en ese mensaje del sistema tan extraño. Alguien había denunciado para que no me hiciese con las partes del Portal de los dioses ferales. No era una sorpresa. Ni tampoco era una sorpresa que la denuncia tuviese varios demandantes.

Pero Henrik tenía algo más en el inventario. Empezaba a quedarme claro que esto era algo común en el juego, que el sistema siempre dejaba información importante en los cadáveres. Saqué la página de libro arrancada del inventario de Henrik y la examiné.

Página de libro arrancada.

Este pedazo de papel se arrancó sin piedad de un libro del todo inocente. Cualquiera al que se le ocurra mutilar libros de esta manera sin duda es una persona terrible. El libro ahí tan tranquilo y sin molestar a nadie y de repente... ¡BUM! Una página a la que arrancan de su hogar. Y, aunque se devuelva a su sitio, es algo que no se puede reparar. Se queda destrozada para siempre. Todo aquel que haga algo así es un capullo de cojones. Se parece mucho a lo que os hicimos a vosotros.

Pero bueno, que parece que han arrancado este viejo pedazo de papel del diario de un clérigo. Por un lado tiene la mitad de un poema de amor terrible para su tía. Por el otro, habla de fantasmas. Putos clérigos. Menudos frikis, ¿verdad?

Leí la hoja al momento.

y se transformó en un elemental de furia.

Otra curiosidad es La del lamento. O la Lamentadora Quejumbrosa. Es un fantasma poco habitual que se forma cuando una viuda de luto muere a causa de la desesperanza, en la oscuridad y sobre tierra consagrada, mientras el cadáver de su ser querido se pudre en las cercanías. A menudo se creaban a propósito para proteger tumbas, a veces por orden del faraón o de un rey enfermo, quien dedicaba a dicha mujer todo su afecto para tenerla lista después de su entierro. En ocasiones, lo hacía con un harén entero, si era especialmente paranoico y quería mantener sus tesoros a salvo. Las mujeres no sabían que aquel iba a ser su destino.

Si aparece una Lamentadora Quejumbrosa, esta tendrá tendencia a quedarse junto a latumba de su amado y defenderá la zona con agresividad. Se la puede derrotar con un conjuro de exorcismo de nivel alto, con la destrucción del cadáver de su ser querido, con algunos conjuros de destierro poderosos o con electrochoques. Cuidado con su roce y con sus gritos. Es inteligente y celosa. No tiene forma corpórea y se puede neutralizar con todo conjuro que se lance para otorgársela.

Henrik y su equipo no querían matar a Quetzalcoatlus. Querían tocarla físicamente, pero solo podían hacerlo si conseguían darle forma corpórea. El plan original era usar a Wynne el gnomo para hacerlo. No sabía para qué habían venido hasta aquí ni qué estarían tramando, pero estaba claro que esto era el plan B o incluso el C. Y no había funcionado. Habían enfadado al fantasma, ella los había matado y ahora nosotros estábamos en el fondo del océano por su culpa.

CARL: Gwen, ¿cuánto tiempo queda para la tormenta?
GWEN: Dos horas y media. Y no sabemos qué va a pasar.

Le di unas instrucciones rápidas y le dije que se diese prisa.

Katia entró en la habitación en ese momento, seguida de Tran y Vadim.

—Saquead el resto de los cadáveres —dije, gritando por encima de la música mientras me acercaba al cuerpo más cercano. Lo guardé en el inventario. Solo llevaba encima unas pocas monedas de oro, pero Mordecai también quería los cerebros de estos tíos. Señalé hacia unas escaleras en espiral que había en el otro extremo del puente, contra el mural. Llevaban a sendas escotillas, arriba y abajo —. Subid. Ya no necesitamos desconectar la bomba de agua, pero tenemos que llegar a la sala de las escotillas de escape.

Katia y los otros dos no reaccionaron a pesar de mis gritos. Se habían quedado muy quietos y mirando por la ventana. En ese momento, alcé la vista y vi lo que ocurría. Una silueta gigantesca y brillante se acercaba al submarino. Un tiburón. Un tiburón del tamaño de una montaña. ¿Un tiburón? No tenía sentido. Luego vi los tentáculos que se agitaban debajo.

«Un tiburopulpo. Un puñetero tiburopulpo. Dónut se va a enfadar por perdérselo».

—Anda —me oí decir—. Esto no pinta bien.

—No es el mismo que nos ha arrastrado aquí abajo —gritó Katia para hacerse oír a pesar de la música.

La monstruosidad salió disparada hacia nosotros, con la boca abierta de par en par. Se giró un poco, como si estuviese a punto de comerse un maldito taco.

«Mierda. Va a tragarnos enteros».

Y luego, finalmente, todo se quedó paralizado.

Aviso de administrador: Esta batalla contra jefe es un evento especial que se retransmitirá a todos los suscriptores de eventos especiales.

Aviso de administrador: Felicidades. Se te ha aceptado en el programa de prueba beta. Con este enfrentamiento estamos probando un nuevo formato. Es posible que te hagamos rellenar una encuesta cuando termine el combate. Si sobrevives, claro. Gracias.

¡B-b-b-batalla contra jefe!

Unas estrellas de bronce y fuegos artificiales empezaron a estallar en la pantalla y a revolotear en las alturas.

Las palabras EVENTO ESPECIAL giraron dejando tras de sí un arcoíris antes de chocar contra algo invisible y explotar.

Apareció una ventana emergente, algo que no había ocurrido nunca. Aquel presentador que era un lagarto naranja y que presentaba el episodio resumen estaba en ella con un micrófono. Junto a él, había una criatura parecida a un orco que no había visto nunca. Era de una raza diferente al Maestro. Se parecía más al típico orco de los videojuegos. Eran grande, robusto y con ojos como los de un cerdo. Llevaba una chaqueta deportiva y una corbata.

La música bajó de volumen y se convirtió en poco más que ruido de fondo, algo que tampoco había ocurrido nunca.

—¡Estamos en directo, damas y caballeros! ¡Y esta noche tenemos algo increíble para vosotros! —dijo el lagarto. La voz resonó como si nos encontrásemos en un puñetero estadio.

—Qué ganas tengo, Kevin —continuó el orco, con una voz parecida a la de un comentarista deportivo—. Lo único malo es que Princesa Dónut no está por aquí. Sería un equipo perfecto.

—Algo me dice que ella está tan decepcionada como tú —dijo el del episodio resumen, que al parecer se llamaba «Kevin». Se rio—. Pero todos sabemos lo poco que le gusta el agua.

Luego aparecieron nuestros retratos de estilo policial. El de Katia y el mío lo hicieron primero, aliados con Tran y Vadim, que aparecían un poco separados a un lado. Los marcos alrededor de los retratos se prendieron fuego y luego explotaron.

—Bueno, Troy el Magnífico, cuéntanos —dijo Kevin—. ¿Podrías explicar a nuestros espectadores por qué hemos elegido este formato para el evento especial de esta noche?

—¿Qué cojones? —murmuré entre dientes apretados. ¿El orco ese se llamaba de verdad Troy el Magnífico? ¿Iban a comentar la jugada mientras luchábamos o qué?—. Pero ¿qué cojones?

—Sí, claro. Atentos a lo que tenemos aquí esta noche. Carl y Katia, mazmorreros que se encuentran entre los diez mejores, junto con

dos tipos que habían sido bastante decepcionantes hasta hace poco…

—¡Oye! —dijo Tran, también con los dientes apretados.

—Y los cuatro tendrán que enfrentarse a un jefe muy poderoso. Teniendo en cuenta lo dramática que ha sido esta burbuja en particular y el tipo de batalla que estamos a punto de presenciar, tenemos aquí un enfrentamiento que pasará a los anales de la historia.

—Así es, Troy el Magnífico. Ahora, veamos qué es exactamente este jefe que tenemos aquí, ¿te parece? —Kevin hizo una pausa muy teatral—. Es la única. ¡La incomparable! Salida directamente de las profundidades de la luna acuática Hayes 17, la mismísima hija de puta de la reina…

Apareció una imagen muy pequeña. Empezó a girar hacia nosotros, como si acabase de salir de verdad de la boca del tiburopulpo. Era una versión tridimensional de la criatura.

CARL: Cargas de profundidad. Ahora. Gira el pequeño interruptor que hay a los lados, primero todo hacia la izquierda. Ajústalas para profundidad máxima. Louis y Firas, cuando hayan caído las cargas, salid de ahí, aterrizad la casa y meteos todos cagando leches en una estancia segura. Gwen, cuando hayas terminado en el castillo de arena, ve también a una estancia segura. Bobby o Morris, si me oís, llevad a todos los asaltatumbas a una estancia segura también. Rápido. Y tú también, Langley.

GWEN: ¿Por qué?

DÓNUT: ¿Y TÚ QUÉ, CARL? LAS CARGAS DE MORTANDAD TAMBIÉN TE PUEDEN CAER A TI, ¿NO?

CARL: La verdad es que espero que no.

La imagen del tiburopulpo se detuvo en seco y luego explotó para revelar a la criatura de verdad, aún paralizada por fuera del submarino, con la boca abierta de par en par. Cada uno de los dientes era del tamaño de una tabla de surf.

—¡Lusca! —gritó Kevin.

La voz de la IA del sistema recitó la descripción oficial.

¡Lusca! ¡Reina matriarca octoescualo!

¡Jefe de ciudad de nivel 82!

Lo sé, lo sé. Tiburopulpo suena mucho mejor que octoescualo, pero qué quieres que te diga. Es una criatura de verdad y no algo que me haya inventado yo, así que las culpas a otro. No se llama así, y repito, no se llama así por

Nadya Suleman, la octomadre y sus ocho bebés, esa que estuvo en todas las portadas hace ya unos años.

Aunque pensarlo tampoco sería una locura.

Al tratarse de la criatura más grande, malota y voraz del océano, requiere mucho sustento, sobre todo si tenemos en cuenta que es madre y tiene que alimentar a un cargamento de crías hambrientas. Y como Lusca también es madre soltera, a veces necesita un poco de ayuda. Tiene que alimentar a sus retoños.

¿Y quién es el papaíto de esas preciosas criaturitas? A saber. ¡Lusca es prostituta! Todos los puteros octoescualo del barrio saben que ofrece ese culito lleno de tentáculos a cualquier chico malo que le deje en bandeja algo bien jugoso.

Y eso es justo lo que eres tú, por cierto. Comida que ha caído en el plato de Lusca a cambio de un poco de tiempo a solas. El octoescualo macho que te ha traído hasta aquí abajo ya ha recibido su recompensa y se ha largado. ¡Como hizo tu verdadero padre!

Lusca ya ha comido bien. Pero ¡no pasa nada!

Como he dicho, sus crías tienen que estar alimentadas.

Todo dejó de estar paralizado en ese momento.

Me tambaleé hacia delante cuando la criatura gigantesca nos tragó. Crunch.

El submarino se agitó, y vi un resplandor en el minimapa.

Todo volvió a detenerse, y las palabras ¡OH, OH! aparecieron en pantalla antes de convertirse en burbujas y perderse de vista.

Un diagrama de la boca de la tiburón que parecía sacado de unos dibujos animados apareció en pantalla, en el lugar donde estaban los dos comentaristas, aunque aún los oía hablando.

—Lusca es una incubadora bucal —explicó Troy el Magnífico. Apareció un círculo alrededor de la boca, como si el tipo tuviese un bolígrafo y estuviese explicando la jugada de un partido de fútbol. El diagrama se amplió, y aparecieron varios puntitos con caras felices flotando por la boca junto a una caricatura que representaba la mitad del submarino con un signo de exclamación parpadeante encima. Pasé a mirar el minimapa. Vale, la tiburón gigante había partido por la mitad el Akula y ahora estábamos flotando dentro de la maldita boca de esa cosa—. Cuando se come algo para sus bebés, les da unos diez minutos para que se alimenten con el relleno. ¡Y si queda algo, pues para mamá!

En la imagen, los puntos felices que representaban a los bebés avanzaron a toda velocidad hacia el submarino, girando como

demonios de Tasmania, para luego alejarse de él y dejar tras de sí poco más que unos pecios desconchados de los que brotaba humo. Los bebés se dirigieron hacia la zona de los dientes mientras mamá tiburón tragaba con gesto exagerado. Los restos del submarino dibujado rebotaron alegremente hasta el estómago de la criatura, donde quedaron derretidos por los ácidos. Y luego pasaron a otro estómago. Después, a un tercero. Y, finalmente, se vio una representación de la enorme criatura cagando un esqueleto en plan dibujo animado de un humano que llevaba unos gayumbos de corazones. Luego, apareció una Dónut también dibujada que lloraba desconsolada. Los dos presentadores volvieron a aparecer en la pantalla, partiéndose de risa por la representación dibujada que acababan de retransmitir.

Apareció una cuenta atrás de diez minutos en la pantalla.

«Joder, otra vez esta mierda no».

27 

—¡Y allá vamos! —gritó Kevin justo cuando todo volvió a moverse. La cuenta atrás también empezó en ese momento.

—Carl, no creo que la escotilla de escape vaya a servirnos a estas alturas —gritó Katia mientras el submarino volvía a agitarse.

Algo chocó contra la ventana. Luego, algo más. Los bebés. Ahora que estábamos en la boca todo estaba muy oscuro. El submarino siguió girando. La lámpara de araña se rompió y se hizo añicos contra el suelo. De repente, el interior del puente también quedó del todo a oscuras. La única luz era la de la gigantesca cuenta atrás y la ventana emergente con Kevin y Troy el Magnífico, pero esa luz no iluminaba lo que teníamos alrededor.

—Vadim —grité—, ¡Antorcha!

—Oooh… Vadim ha escapado y Carl no se había dado cuenta aún —comentó Kevin el presentador.

—Ha subido por las escaleras —explicó Tran. Justo cuando lo dijo, vi el punto azul prácticamente encima de nosotros. Así que había subido… Vale. Solo quedaba una cápsula de escape y parecía que iba a usarla él.

> CARL: Vadim, estamos dentro del puñetero tiburopulpo. ¡La escotilla de escape no sirve de nada!

No respondió.

Katia sacó unas antorchas normales del inventario y las tiró a los rincones de la estancia. Hice lo mismo que ella. El puente quedó iluminado por una luz roja y tenue que se reflejaba en nuestros rostros horrorizados al ver las criaturas espantosas que había al otro lado del cristal. Katia soltó un grito ahogado. Bocas. Cientos de

bocas redondas y hambrientas llenas de dientes, cada una del tamaño de una rueda de bicicleta. El exterior estaba lleno de esas cosas. Una pasó de lado junto a la portilla y conseguimos ver que detrás había cientos, quizá miles o decenas de miles, más.

—Bueeeno, parece que esas cositas tienen hambrecita, ¿no? —gritó Troy el Magnífico.

Examiné la que se había deslizado por el cristal. El monstruo parecía una lamprea enorme, pero por detrás tenía varios tentáculos. La criatura aterradora medía unos tres metros de largo desde la boca hasta la punta del tentáculo más largo.

> Octoescualo joven. Nivel 30.
> Es un secuaz de Lusca.
> Ah, los bebés. Los de octoescualo tienen un problemilla, y es que lo tienen todo en contra desde que nacen porque son demasiados. Su madre es muy estricta y no los deja salir de su boca. No saben quiénes son sus padres, lo que los pone tristes, sobre todo cuando llega la Navidad. Necesitan alimento constantemente, por lo que cuando llega la comida, tienen que luchar por ella. Solo sobreviven los más fuertes.
> Llega un momento en el que ni siquiera Lusca es capaz de suplir la comida que necesitan. Es en ese momento cuando los infantes se dan cuenta de que sus hermanos y hermanas también son deliciosos. Nacen unos dos mil o tres mil de cada vez, pero solo sobreviven uno o dos.
> En otras palabras, ¡tienen más posibilidades de sobrevivir que tú!

Una explosión distante hizo temblar el submarino. Luego otra.

—¡Ooooh! ¡Eso ha sido un golpe directo! Esas cargas de profundidad están funcionando a pedir de boca —comentó Kevin—. Y también tienen un diseño muy interesante. Cuentan con varias capas: barriles llenos de pólvora rodeados por hobombas que detonan al impactar, todo diseñado para explotar cuando los barriles quedan aplastados a causa de la presión del agua. Luego ha hecho un agujero en todos los barriles excepto en el último y colocado un dial en un costado, lo que le permite seleccionar la resistencia de dicho barril. Cuantos más agujeros estén cubiertos, más profundo llegará antes de quedar aplastado y explotar. ¡Es un diseño sacado directamente de los libros de Historia de la Tierra!

—¿Has oído lo que dijo Princesa Dónut? Los llamó «cargas de mortandad» en lugar de «cargas de profundidad». Diría que me gusta más ese nombre, Kevin.

—Sí, a mí también. Pero el nombre es lo de menos. No van a acabar con Lusca tan fácilmente. Da igual lo bueno que sea el diseño. Se deshará de ellos fácilmente y se quedará con ganas de más. Hoy ha venido a por todas —comentó Kevin—. Pero ahora está saliendo de la zona. Parece que el resto de las cargas no van a servir de nada.

—Y también parece que esa portilla del submarino va a romperse en cualquier momento —añadió Troy—. Las cosas van a ponerse muy interesantes.

—Mierda, mierda —dije. Mientras los comentaristas seguían con su cháchara, saqué una hobomba, arranqué la mecha y la reemplacé por un poco de pus de hobgoblin. Le había comprado pus a Pústula la última vez que habíamos estado en la Ruta de la Seda, pero no había dejado de gastar el valioso detonador. Después saqué una poción del inventario y la cinta americana. Uní el vial de la poción a la hobomba.

Había una versión mucho más elegante del artilugio en el libro de cocina, aunque con una poción diferente. No tenía ni idea de si iba a funcionar. Eché un vistazo a la desesperada por la estancia en busca de un lugar en el que colocar la bomba, donde estuviese a salvo del chorro de agua que estaba a punto de entrar. Miré la silla del capitán y la mininevera de al lado. El frigorífico estaba atornillado con fuerza al suelo. Corrí hacia él para abrirlo, coloqué la bomba improvisada en el interior y luego cerré la puerta con cinta americana. Listo.

La cuenta atrás iba por ocho minutos.

La ventana empezó a resquebrajarse. Las bocas no dejaban de golpearla. Kevin y Troy seguían haciendo esos comentarios absurdos.

—Chicos, al camarote del capitán —grité al tiempo que corría hacia la puerta. Dentro de la pequeña estancia, en un rincón y tras un campo de fuerza, se encontraba la escalera al sexto piso.

—¿Por qué nos metemos aquí? —preguntó Katia, que encendió y tiró al suelo otra antorcha en ese momento. Cerré la puerta cuando habíamos entrado los tres, pero no sin antes echar un último vistazo al puente. La ventana volvió a resquebrajarse mientras Kevin y Troy no dejaban de gritar con emoción.

—Porque es la única habitación que sé que no se va a romper y podemos sellarla. Solo necesito un minuto. Preparad los pergaminos. Tran, dile a Vadim que es demasiado tarde para volver, que se encierre en la estancia de arriba si puede.

Incluso antes de haber recibido el segundo reloj, la última pieza del Portal de los dioses ferales, Katia y yo habíamos estado jugueteando con las otras dos que teníamos. Descubrimos que si colocábamos el reloj en el segundo hueco de la caja de movimiento y cerrábamos la tapa, las manecillas se movían solas a una posición concreta. Después de experimentar, confirmamos que la hora eran las coordenadas en las que se encontraba el reloj en ese momento. Katia pasó una hora escribiendo combinación de horas y coordenadas mientras yo preparaba nuestra excursión para «entrar y salir» del Akula.

Ella ya había descubierto algunas cosas interesantes sobre el artefacto, incluyendo una manera de predecir, más o menos, cuál iba a ser la hora de una ubicación concreta, sobre todo si sabías la distancia exacta que ese lugar tenía en relación con el nivel del mar de la Tierra.

—Si no encontramos el segundo reloj, creo que aun así podría usar esto como una brújula invertida que nos indique exactamente dónde estamos con relación a otros lugares. Solo necesito un poco más de tiempo para confirmar algunas cosas —había comentado Katia antes de marcharnos.

Pero ahora teníamos las tres partes y una razón muy acuciante para usar el artefacto.

Cogí el primer reloj y lo examiné. Siempre empezaba a hacer tictac si lo sacabas de la caja de movimiento. Moví las agujas en dirección antihoraria y coloqué con mucho cuidado la tercera para marcar exactamente el lugar al que quería ir: por fuera del asentamiento pazuzu. Si no nos teletransportábamos muy lejos, el artefacto solo necesitaba unos pocos segundos para funcionar. En teoría, al menos.

La ventana emergente mágica con los dos presentadores no nos había seguido al interior del camarote, pero aún los oía hablando. Y estaba claro que ellos sí que seguían viéndonos.

—¡Parece que Carl va a usar el portal para escapar!

—Cierra la puta boca, Kevin —dije mientras seguía trasteando. El submarino se agitó de nuevo, lo que hizo que me pasase al colocar la manecilla. Solté un improperio.

Siete minutos.

No quería hacerlo. Era una idea horrible. Nos salvaría temporalmente, pero también jodería a todos los que se encontraban en la burbuja. Mordecai había dicho que algunos de los monstruos ferales que podían salir del portal eran más grandes que la burbuja misma. ¿Qué pasaría en ese caso? Íbamos a quedarnos encerrados con lo que quiera que saliese de él hasta que capturásemos el último castillo.

Y sabía que eso era justo lo que ellos querían que hiciese. Volví a sentir, irremediablemente, que los acontecimientos me estaban guiando para que hiciese justo esto. Era obvio que era lo que querían. De alguna manera, el juego había convencido a Henrik para que bajase aquí y así matarlo y dejar en mis manos la última parte del portal. Habían preparado este enfrentamiento contra un jefe a sabiendas de que era imposible vencerle. No íbamos a poder luchar. No había forma, joder. Era una batalla imposible de vencer. Aunque sobreviviésemos a los bebés, ¿luego qué? El jefe ya nos había tragado.

No había manera de ganar. No a menos que tuviésemos un portal mágico que nos permitiese largarnos.

> Carl: Dónut, ¿ya habéis vuelto?
>
> Dónut: ¡NO! ¡HA EMPEZADO A SOPLAR EL VIENTO ANTES! ¡FIRAS DICE QUE ES DIFERENTE Y LES ESTÁ COSTANDO CONTROLAR ESTA COSA! NO DEJAMOS DE ASCENDER. ¡VAMOS A TENER QUE VOLVER A PEZUÑA DE CAMELLA!
>
> Carl: ¿Y cuándo llegaréis?
>
> Dónut: LOUIS DICE QUE EN DIEZ MINUTOS.

Joder. No me valía. No quería hacerlo. No pensaba hacerlo si los demás no se encontraban dentro de una estancia segura.

Tenía que haber otra forma.

«Fíjate en las pistas».

—¡Ahí va! —gritó Troy el Magnífico.

Un estruendo colosal agitó el submarino y nos hizo caer de lado y golpearnos contra el mamparo. No nos enderezamos. Agarré la puerta del camarote y tiré de ella para asegurarme de que estaba bien cerrada. El cristal se había roto. Sentí cómo se inundaba el puente. El casco se estremeció mientras los bebés entraban en la habitación contigua.

Seis minutos.

Ya habían empezado a golpear la puerta. Sabía que a la estancia en sí no le iba a pasar nada, pero también que nosotros no estábamos a salvo en ella. No por mucho tiempo, al menos. No tenía ni idea de qué era lo que ocurriría en caso de que la tiburopulpo digiriese las escaleras, pero sospechaba que estas atravesarían las tripas del animal y, al salir, terminarían en el lecho oceánico. Junto a un esqueleto con gayumbos de corazones.

Me estremecí cuando vi que la rueda de la puerta empezaba a girar. Esas malditas cosas eran muy listas. La puerta estaba en un ángulo de treinta grados. Solo tenían que abrirla un poco para conseguir que el agua entrase y la empujase del todo. Agarré la rueda e intenté evitar que se siguiese moviendo.

—Vale, chicos —dije—. Esperad. Es posible que esto no vaya a salir como tenía planeado.

Sin apartar la mano de la rueda, saqué el detonador y pulsé el botón. Transcurrieron los diez segundos que tenía de retraso y luego se oyó un estruendo amortiguado.

Miré el mapa. El puente se había convertido en un mar de puntos rojos. Vadim seguía vivo y solo en la habitación que estaba encima de la nuestra. Lo vi caminando de un lado a otro. No nos había dicho nada.

—No ha pasado nada —dijo Tran un momento después.

—Espera —dije.

Apareció una equis en el mapa. Luego otra. Después diez. Al otro lado de la puerta, los golpes se volvieron más frenéticos. Sonaba como si miles de martillos hubiesen empezado a chocar de repente contra una pared de metal.

—¿Qué era esa poción? —preguntó Katia.

—Era la poción de ansia de sangre —dije. El número de equis aumentaba por momentos, pero a pesar de ello no dejaban de entrar más y más bebés en el navío—. La de berserker. No sé a cuántos afectará cuando se extienda por el agua, pero parece que ha funcionado. Puede que sean bebés. Puede que sean medio pulpos. Pero también son tiburones. Aunque la poción solo afecte a unos pocos, una vez empiezan a comer se descontrolan. La descripción dice que terminarán por matarse entre ellos cuando descubran que sus hermanos son comestibles.

—Madre mía —dijo Katia un momento después.

Quedaban cuatro minutos y medio y solo unos pocos bebés tiburopulpos. Las equis habían empezado a extenderse por el mapa como un incendio descontrolado. Uno de los puntos rojos iba de acá para allá como una bola de pinball, pero se detuvo de repente y se quedó flotando alrededor de miles de cadáveres.

—Vaya, eso ha sido muy entretenido —comentó Kevin, con una voz que resonó con eco.

—La verdad es que sí, pero ¿qué van a hacer ahora? —preguntó Troy el Magnífico—. No eran más que secuaces.

> Aviso: Tus niveles de oxígeno son muy bajos. Además, llevas un rato ahí quieto y estás siendo aburrido de cojones.

—La verdad es que la IA tiene razón en este caso —dijo Kevin.

Gruñí.

—Mierda. Vamos a tener que salir de aquí. Usad un pergamino.

Todo volvió a girar a nuestro alrededor. Miré el indicador y vi que nos movíamos bastante rápido, a unos treinta y cinco kilómetros por hora, razón por la que solo habían impactado unas pocas cargas de profundidad. Al parecer, Lusca se limitaba a nadar en círculos alrededor de la circunferencia que conformaba el cuadrante de Agua. Me pregunté si sabría que la mayor parte de sus bebés habían muerto.

—Esperad —dije después de que leyésemos los pergaminos de respirar bajo el agua. Solo tuve que girar la rueda de la puerta un poco para que el agua empezara a entrar por los bordes. Después, la giré un poco más y me aparté mientras entraba a chorro.

Y no solo era agua, sino también sangre y restos destrozados de los bebés de tiburopulpo muertos. Sufrí unos cinco segundos de caos absoluto en los que solo notaba que algo me empujaba contra el mamparo mientras los comentaristas se reían a carcajadas, pero el agua terminó por asentarse. Katia formó una lanza en el extremo de la mano y empezó a nadar hacia delante, abriéndose paso por aquel caos de vísceras. Estaba del todo oscuro. Intenté encender una antorcha, pero el sistema no me lo permitió. Vi cómo el punto de Katia avanzaba hacia uno de los bebés restantes y lo atravesaba con la lanza para matarlo al instante. Tran y yo la seguimos a través de la densidad del líquido en el que nadábamos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —gritó Katia.

Dos minutos.

Señalé el agujero en el cristal. Mis compañeros no me habían visto, pero lo hice de igual manera.

—Salgamos del submarino. Nadad hacia los dientes. ¡Tenemos que estar en la parte frontal de la boca cuando trague! Usad el mapa para guiaros.

En ese momento se me ocurrió algo y me lancé Armadura de volutas. Empezó a resplandecer y quedé rodeado por esas luces que no paraban de revolotear. El conjuro de protección mágica duraba siete minutos y llenó la estancia una luz verde y roja titilante que iluminó los cadáveres a medio comer que nos rodeaban.

«Mierda, tendría que haberlo pensado mejor antes de usarlo».

Noté el sabor de la sangre en la boca. Frente a mí, Katia había formado un único ojo en su cabeza, del tamaño de un puño. El ojo se internó en su cuerpo cuando le dio mi luz. Después, Katia se dio la vuelta al instante y atravesó a otro tiburopulpo con la lanza, el último de los que quedaban por allí. Tran había sacado una espada y empezado a lanzar tajos contra los cadáveres como si estuviese abriendo un sendero a machetazos.

—¿Qué hacemos con Vadim? —preguntó Tran mientras nos acercábamos a la ventana.

«Que le den por culo», pensé.

—Estará seguro en esa habitación durante un rato —dije mientras avanzábamos entre cadáveres en dirección a la salida—. Aunque

Lusca se lo trague, el submarino tardará un buen rato en descomponerse. O eso espero.

—Los mazmorreros se han puesto a buscar un lugar al que anclarse —gritó Kevin cuando la cuenta atrás llegó a un minuto—. ¡Mamaíta se los va a tragar!

Nos libramos de los cadáveres cuando salimos del submarino al interior de la boca cavernosa del tiburón. Hacía un calor horrible y, a pesar de la luz de mi cuerpo, todo estaba a oscuras. Seguíamos dentro de la boca, pero daba la impresión de que nos encontrábamos en medio del océano. Seguimos nadando hacia arriba y al fin vi el cielo de la boca color alabastro de Lusca, una superficie lisa y amplia. El tiburón se agitó y vi algunas hendiduras en la carne del techo. Mientras mirábamos, un bebé apareció entre la oscuridad y se metió en una de esas hendiduras. Aparecieron más puntos rojos y, de repente, había cientos de bebés en el agua, que nos ignoraron y desaparecieron por los agujeros. La mayoría parecían estar heridos.

Era el lugar donde se ocultaban, no dentro de la boca como habíamos visto en aquellos dibujos horribles.

—Tenemos que entrar en una de esas hendiduras —gritó Katia, que los vio al mismo tiempo que yo—. ¡Rápido!

—Tengo una idea mejor —dije—. Caracuero.

—¿Estás loco? —gritó Katia, que se agitó en el agua—. No soy lo bastante grande. No tengo tiempo para ganar masa. Esa jugada era para la casa voladora.

—No te preocupes —dije—. Tú agárrate detrás y asegúrate de que no nos caemos. También le haré un agujero piloto primero. Tú aguanta. E intenta evitar el submarino.

—¿Quieres que use el cohete?

Lo pensé durante unos instantes. Teníamos dos formas diferentes de ascender rápido. Los barriles, que estaba muy seguro de que no iban a funcionar a esta profundidad, y luego el cohete, que no era más que una caldera de vapor goblin presurizada que nos impulsaría durante unos treinta segundos. También dudé que llegase a funcionar a esta profundidad. Al menos, fuera de la boca de la tiburopulpo.

«Por probar…».

—Hazlo.

A Katia le salió una aleta y luego sacó la caldera, que rodeó con su carne. Tenía el tamaño de una botella de dos litros de refresco, pero sabía que tenían mucha potencia cuando explotaban. Una de ellas me había ayudado a impulsar mi vieja motocicleta de cobre goblin. Gracias a la válvula de presión que había colocado en la parte baja, habíamos creado el equivalente a un torpedo de bajo presupuesto. Solo había tenido tiempo de crear y presurizar dos en el banco de trabajo, pero habíamos usado uno para ponerlo a prueba y asegurarnos de que no explotaba.

—Esto… ¿qué está pasando? —preguntó Tran.

—Espera y verás —respondió ella mientras se ensanchaba. Le aparecieron un par de asideros en la espalda con los que nos aferró y apretó nuestros cuerpos contra el suyo. Frente a nosotros, ahora a unos pocos cientos de metros y apenas visible, la silueta gigantesca de la proa del Akula yacía de lado en la parte trasera de la garganta de la octoescualo. Había dado la vuelta por completo y estaba girado hacia nosotros. Nos encontrábamos a mucha altura y esperaba que siguiese siendo así. Mientras la cuenta atrás llegaba a cero, me seguí fijando en la aguja de velocidad para asegurarme de que el jefe de ciudad seguía en movimiento. Y lo estaba. No tan rápido como el tren, pero me valía.

—¡Diez segundos! —gritó Kevin, con voz una octava más aguda de lo normal.

—Vale. Primero lo lanzo, luego giras la válvula y después tiras de ella —aullé. En ese momento me di cuenta de que ahora que quedaba poco tiempo la música se había vuelto muy estruendosa. También se había subido el volumen de los comentaristas para compensar.

> CARL: Dónut, si esto no funciona, haz lo que hablamos antes. Ve con Imani y Elle cuando llegues al siguiente piso.

Dónut respondió, pero la ignoré. La cuenta atrás llegó a cero.

Lusca tragó en ese mismo momento. Tal y como esperaba, levantó un poco la cabeza para tragarse el tocho de metal que era el

submarino con más facilidad. El agua empezó a dirigirse hacia la garganta y a arrastrarnos con ella. El Akula desapareció en las entrañas de la tiburón.

En ese mismo momento, justo cuando empezábamos a caer, activé el Caparazón protector.

Avanzábamos rápidamente hacia la parte trasera de la garganta de la criatura, pero el tiburón seguía nadando hacia delante. La esfera estática de protección salió despedida a toda velocidad en dirección hacia el estómago, justo hacia la carne blanda.

Era algo que había hecho dos veces antes: usar el conjuro para matar a todo lo que había en un tren. El radio del conjuro era de tres metros más medio metro por cada punto de Inteligencia, lo que significaba que la esfera que se había formado para luego salir disparada tenía unos doce metros de diámetro.

Esperaba que actuase como una bala y abriese un agujero en el jefe de ciudad, atravesándole el cerebro para luego seguir abriéndose paso en dirección a los tentáculos y salirle por detrás mientras ella avanzaba por la mera inercia.

Pero, en lugar de eso, ocurrió algo inesperado. El jefe de ciudad se detuvo en seco en el agua, como si se hubiese chocado contra un muro. La parte superior de la boca de Lusca se abrió y se rompió al separarse demasiado. Se curvó sobre sus ojos y se quebraron huesos y cartílagos, como la capota de un coche que saliese volando hacia atrás al dejarla abierta mientras aceleras a toda velocidad por una autopista. Pasamos de estar en la boca del monstruo a terminar en el océano cuando la parte superior de su mandíbula se dobló por completo hacia atrás. Los dientes se resquebrajaron mientras el conjuro inamovible empujaba al jefe hacia el lecho oceánico. Los bebés que quedaban con vida murieron al instante, y el cielo de la boca quedó expuesto y destrozado por la presión de la profundidad.

El paso del conjuro le había hecho un daño terrible a Lusca, pero a pesar de la horripilante herida, no había muerto.

No obstante, en ese momento, no había visto ni sabía muy bien qué había hecho el conjuro. Mientras avanzábamos hacia la garganta, Katia activó el cohete, que aumentó nuestra velocidad. Al

mismo tiempo, sacó la sierra circular gigantesca de siete metros del inventario y se aferró a la parte de atrás con todas su fuerzas.

La jugada Caracuero era muy simple. Mientras volábamos en la casa, si gritábamos «Caracuero», Katia tenía que sacar la sierra por el borde de la plataforma y dejarla allí colgando. Habíamos fabricado una cadena para ello específicamente. Luego, usábamos la sierra colgante como arma cuerpo a cuerpo.

La sierra circular era pesada, pero mucho más ligera de lo que podría parecer. Esperaba que, con el impulso del cohete y el del agua hacia el estómago del jefe, siguiésemos el mismo camino de destrucción que el Caparazón protector, atravesásemos a la tiburón y saliésemos por detrás. Lusca era tan grande que no sabía si eso iba a matarla o no, pero esperaba llegar hasta su cerebro. Y si no, hacerle el daño suficiente como para que nos dejase escapar.

Pero en lugar de salir despedidos hacia delante, empezamos a girar sobre nosotros mismos.

La presión del agua nos había afectado, pero ya era demasiado tarde cuando me di cuenta de que nos encontrábamos en el océano y no en la boca. Flotamos en la dirección opuesta a la que esperaba, como si hubiésemos atravesado el parabrisas de un coche, debido a que el jefe se había detenido de repente. El cohete siguió soltando aire, lo que hizo que girásemos cada vez más rápido. Nos alejamos de la boca de la tiburón dando vueltas hacia delante, giramos, redujimos la velocidad y luego cambiamos de dirección para empezar a atravesar el centro del cielo de la boca de la criatura, que ya no estaba dentro de su boca, técnicamente. La sierra circular no se veía afectada por el agua o por la profundidad, y atravesó la carne de Lusca como si fuese un cuchillo caliente cortando la carne tierna de un calamar. Seguimos girando, cada vez más rápido y empezó a descender a través de la cabeza de la tiburón.

Solo paramos cuando nos atacó con uno de sus enormes tentáculos, que era tan ancho como la sierra. El cohete dejó al fin de moverse, y la sierra chocó contra el suelo rocoso y quedó enterrada a pesar de seguir en movimiento. Katia la soltó, lo que hizo que los tres saliésemos flotando en todas direcciones.

Giré y giré hasta chocar con el lecho oceánico y derrapar por él. La salud empezaba a bajarme poco a poco. Estaba mareado y me dieron ganas de vomitar. Seguí girando y rodando hasta que me detuvo una roca. Sentí como si tuviese decenas de sacos de arena sobre los hombros. Me di la vuelta e intenté ver qué le habíamos hecho a la criatura. El mundo acuático y verde se había convertido en un revoltijo de tierra y sangre.

Vi aparecer una página entera de notificaciones. Aún oía a los dos presentadores, que se desgañitaban a grito pelado. En ese momento, la tierra que me rodeaba se despejó y lo vi.

Lusca la octoescualo flotaba de lado sobre el lecho oceánico, con la mandíbula superior horriblemente girada hacia atrás y partida por la mitad. Una línea aserrada y roja recorría la curva superior de la criatura del tamaño de un edificio, no justo por el centro pero sí lo bastante centrada. Le habíamos atravesado el cerebrito.

Detrás de mí, la sierra había quedado del todo enterrada en el suelo. Seguía haciendo un ruido ahogado, pero de repente se hizo pedazos y las partes empezaron a volar a mi alrededor. Una de ellas se perdió en la oscuridad, girando hasta desaparecer como una rueda tras un accidente de tráfico.

¡Ganador!

Aparecieron más notificaciones. Vi una de una caja de aficionado. Las cerré todas y luego hice clic en otro pergamino de respirar bajo el agua. La música se detuvo de repente. Solo quedó una notificación en mi pantalla.

Aviso: A esta profundidad tu salud se reducirá a un ritmo de 2 % cada segundo.

Mierda.

TRAN: Ayuda. No me puedo levantar.

Veía su punto en el mapa. Cerca. Katia ya se había puesto en pie y estaba a unos cien metros.

Dónut: CARL, ACABO DE SUBIR UN NIVEL Y NO HE HECHO NADA. QUIERO QUEDARME ATRÁS MÁS VECES. ES LO MEJOR.

No tenía tiempo para regocijarme en la locura que acababa de ocurrir. Teníamos que regresar a los restos del Akula. ¿Seguían dentro de la tiburón? Se lo había tragado. Usé una poción de sanación mientras me tambaleaba hacia Tran. Lo ayudé a levantar y me lo colgué al hombro.

—¿Veis el barco? Si entramos, no nos afectará la presión —grité.

—Sí. Está a medio camino dentro de la garganta de la tiburón —respondió Katia mientras se acercaba. Había vuelto a adquirir su forma de Hulka. No podíamos nadar. Teníamos que caminar como si nos encontrásemos en medio de una tormenta de nieve. Vi que tenía cara de estar a punto de vomitar.

—Muy bien —conseguí responder a duras penas. No teníamos otra alternativa—. Volvamos ahí dentro.

Mientras avanzábamos como podíamos de vuelta al submarino, Vadim nos respondió al fin.

Vadim: Lo siento. Lo siento. Me asusté. Fui un estúpido. Conseguí sellar la estancia.

Carl: Ya nos preocuparemos de eso en otro momento. Tranquilízate. Vamos hacia ti.

Vadim: La habitación está sellada. Tenía que hacerlo. La puerta es diferente. No me va a dejar volverla a abrir si hay agua al otro lado. No puedo salir de aquí y me acaba de llegar un aviso del nivel de oxígeno. Me quedan cinco minutos y luego tendré que usar la última escotilla de escape. Lo siento.

Mierda.

Carl: El barco sigue dentro de la puñetera tiburón. No sé si funcionará. Puede que sí o puede que no. ¿Tienes el conjuro Escudo?

Katia tenía en el inventario varios barriles reforzados y vacíos soldados entre sí y unidos a una cadena, lo que podía servirnos para dispararnos hacia la superficie como si fuesen un globo aerostático sin preocuparnos por la descompresión. Los habíamos diseñado para ascender rápidamente desde al menos quinientos metros. Pero

ahora estábamos en el puñetero lecho oceánico, y sabía que si los sacaba en este momento quedarían aplastados como una lata de refresco. Las cargas de profundidad se encontraban dentro de un recipiente más resistente que los barriles, pero habían explotado todas.

Quizá si los cubría con su carne resistiesen la presión… No lo tenía muy claro, pero había que intentarlo.

—¡Mirad! —dijo Katia, que señaló hacia arriba.

Miré. Había miles de medusas gigantes flotando sobre nosotros. Estaban por todas partes y brillaban azules. Era lo único que veíamos sobre nuestras cabezas.

—También hay una capa de medusas más pequeñas debajo —gruñó Tran en mi hombro. Perdía un cinco por ciento de la salud cada segundo. Por suerte, teníamos decenas de pociones de sanación. Pero tampoco podíamos quedarnos sin hacer nada.

> CARL: Esto…, ¿Vadim? Quizá debería usar explosivos en la escotilla para sacarte de ahí. Creo que tú no deberías tocarla.

Frente a mí oí un siseo muy fuerte. Vi una hilera de burbujas que apareció justo cuando la cápsula de escape flotó hacia arriba y se alejó, como el ascensor de cristal del final de *Charlie y la fábrica de chocolate*. Había salido en diagonal, pero la cápsula parecida a un ascensor empezó a virar hasta quedar enfilada directa hacia arriba.

—Hijo de puta —dije mientras seguía la trayectoria con la cabeza —. La cápsula ha atravesado la parte superior de la tiburón. Podríamos haberla usado mientras seguía con vida.

También atravesó la hilera de medusas, como si no estuviesen allí. No tardó en desaparecer. Sabía que el ascensor que lo rodeaba se desmontaría cuando saliese del agua y que aterrizaría, supuestamente sin problema, en la necrópolis. No tenía ni idea de cómo lo iba a hacer. Supuse que por uno de los agujeros de entrada que tenía arriba.

—No te pongas muy celoso —murmuró Katia—. Se va a quedar solo dentro de la necrópolis.

—Sí, al menos ha salido de aquí. Sabes lo que vamos a tener que hacer nosotros, ¿verdad? —dije—. Diría que nos están obligando a

ello.

—Lo sé —comentó Katia—. Esperaremos a que todos entren en las estancias seguras.

> **Vadim: Oh, Dios. Dios. Están conmigo dentro de la cápsula. Dios.**
> **Carl: ¿Qué? ¿Qué pasa?**
> **Vadim: Las amplificadolor…**
>
> **Aviso: Este mensaje pertenece a un mazmorrero fallecido.**

—Vaya… —fue todo lo que acerté a pronunciar.

No me respondieron ni Bobby ni Norris, ese tipo que era una araña humana. No vi en el chat que los asaltatumbas hubiesen muerto, por lo que no sabía qué estaba pasando ahí dentro. Pero no podíamos esperar más. Todos los demás se encontraban en una estancia segura. Dónut, Louis y Firas en Pezuña de Camella. Estaban en el espacio personal con Higo y la mitad del asentamiento. Higo no se había tomado muy bien la muerte de su hermano. Les había comentado a Dónut y a Mordecai que le dijesen lo que queríamos que hiciera, y Dónut creía que estaría de acuerdo.

No estábamos demasiado seguros de las coordenadas de la parte superior de la necrópolis, por lo que tuvimos que introducir unas que llevaban justo al exterior de Pandinus, el pueblo del cuadrante de Tierra. El plan era simple. Teníamos que usar el Portal de los dioses ferales para teletransportarnos al pueblo y luego meternos lo más rápido posible en una estancia segura mientras se invocaba a la deidad. Luego, esperaríamos a ver qué pasaba.

Tenía muy claro que era muy posible que estuviésemos a punto de joder a todos los que se encontraban en la burbuja. Gwen lo dejó muy claro, pero hasta ella parecía tener una curiosidad morbosa por lo que estaba a punto de ocurrir. A mí también me preocupaba la seguridad de Chris y Maggie, pero no podía hacer nada al respecto. Si explotaba la montaña, o algo así, era probable que muriésemos todos. No solo ellos.

La necrópolis seguía llena de agua hasta la mitad. Tenía pensado decirle a Gwen que la drenase del todo cuando supiese cómo matar

a Quetzalcoatlus. Y ahora, gracias al mapa de las estrellas que habíamos encontrado en el cadáver del jefe, podríamos ver en el mapa el lugar exacto donde se encontraba, así como el del resto de los jefes. Katia la estaba viendo en ese momento, junto a la salida y debajo del agua.

Cuando diese comienzo la tormenta dentro de unas horas, con suerte los relámpagos impactarían contra la torre y electrocutarían a todo lo que se encontraba en la parte sumergida de la necrópolis. Y, probablemente, también a todo lo que había en el cuadrante de Agua, lo que era otra razón para salir por patas de donde nos encontrábamos.

—¿Listos? —dije. Ya había marcado las coordenadas en el primer reloj y lo había metido en el primer hueco de la caja de movimiento. El segundo reloj también tenía las coordenadas adecuadas. Volvíamos a estar en el lecho oceánico.

—Vamos allá —dijo Katia. Tran asintió nervioso.

—Recordad. Atravesadlo rápidamente y no os quedéis en medio. Yo entraré el último.

Coloqué el segundo reloj, cerré la tapa y giré el mecanismo de movimiento de la caja. Tardó menos de un segundo en empezar a brillar.

Misión completada. El Portal de los dioses ferales.

Abrí la caja de movimiento y empezó a vibrarme en las manos. Después apareció un portal turbulento frente a nosotros, enorme, más de lo que esperaba. El portal medía seis metros de alto.

—Aaagh —grité mientras nos absorbía al instante, antes de que me diese tiempo a examinarlo siquiera.

Caímos en la playa que había por fuera del pequeño asentamiento pazuzu, rodeados por una pared de agua. No había caído en la cuenta de que el portal también absorbería el agua. Por suerte, se cerró justo cuando lo atravesamos. Eché un vistazo alrededor para comprobar que Katia y Tran también lo habían cruzado. Así era.

El portal solo había permanecido abierto unos tres o cuatro segundos, pero el chorro de agua presurizada había sido suficiente

para tumbar la muralla de metal que había por fuera de Pandinus. También había derrumbado una torre de guardia. En el otro extremo de la calle, un pazuzu que tenía los ojos abiertos como platos nos contemplaba desde su casa. Un trozo de metal le había roto la puerta, atravesándola como una jabalina. De haber seguido abierto el portal, el agua habría hecho lo mismo a este lugar que al castillo de arena. Ups.

—Vamos dentro —dije—. Rápido.

Habíamos salido del agua, pero aun así usé otro pergamino para evitar el vómito y no quedar incapacitado en aquel momento. Una brisa intensa soplaba desde la playa. El sol ya se había puesto. Los tres nos dimos la vuelta y empezamos a correr hacia el bar más cercano.

> ¡Logro desbloqueado! ¿Quién ha soltado a los dioses?
>
> Has permitido que un dios feral entrase en el reino donde te encuentras. Es el equivalente a meterte una granada en los pantalones y gritar: «¡Carpe diem!».
>
> Un dato curioso: al resto de las deidades no les gustan los dioses ferales. Están encerrados en la Nada por una razón. La reacción dependerá de a quién hayas traído.
>
> Recompensa: No sabemos qué pasará a continuación, pero ya te digo yo que vas a salir en las tomas falsas de Planeta mazmorrero.

Nos metimos a toda velocidad en la posada más cercana. Gwen y el resto de su grupo nos estaban esperando allí. Un pazuzu se nos quedó mirando cuando entramos a toda velocidad y empapados.

—¡Síguenos! —grité al camarero mientras avanzaba en dirección a la puerta del espacio personal. No lo hizo, pero yo me tuve que pasar un minuto entero dando permiso a Gwen y su equipo para que pudiesen entrar.

Llegamos a la estancia, que ya estaba abarrotada y nos dejamos caer al suelo frente a Dónut y Mordecai.

Dónut se bajó de la encimera y empezó a olisquearme.

—Hay que ver, Carl. Hueles fatal. Y tienes el pelo lleno de algas.

Empecé a vomitar agua salada en el suelo.

El mundo entero tembló en el exterior.

28

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 3 DÍAS
y 20 HORAS

Las paredes se estremecieron. Un chirrido terrible resonó por todas partes. Había varios niños por la estancia segura, como la última vez, y todos se abrazaron y dejaron de prestar atención a la película de la pantalla, que parecía la primera *Space Jam*.

—Abrid las cajas —dijo Mordecai en voz baja—. Esperemos a que se asienten las cosas antes de salir ahí fuera y ver qué habéis hecho.

Higo se encontraba cerca en forma humana, inclinada sobre Ruby, la niña cambiada con síndrome de compresión. Esta, que no tenía brazos, también estaba en forma humana y su cabeza hundida resultaba realmente desconcertante. Recordé a Henrik, quien había muerto intentando hacer algo, lo que fuese, por evitar que esto les ocurriese a los suyos.

Seguí mirando a Higo.

—¿Qué ha dicho? —pregunté a Mordecai sin empezar a abrir las cajas. La mujer le dio unas palmaditas a Ruby en la cabeza y luego se acercó a otro grupo de niños.

—Creo que lo hará, pero no será gratis —respondió Mordecai—. Le hemos ofrecido ayudarlos a cruzar a todos, pero es normal que esa opción le dé miedo.

—Muy bien —dije—. Veamos primero si sobrevivimos a las próximas horas.

—Carl —dijo Dónut, también entre susurros—. ¿Recuerdas lo que le ocurrió a Brandy la Fogosa y al enano aquel en el piso anterior? Cuando empezaron a recordar, quiero decir.

—Sí que me acuerdo, sí.

Me acordaba perfectamente de lo que les había ocurrido a Brandy la Fogosa y a Tizquick el enano. Cuando se habían dado cuenta de

que eran PNJ, se había suicidado lanzándose al Abismo con el Pesadilla.

—Pues creo que a Higo le está pasando lo mismo. Cuando le dije que su hermano había muerto, al principio dijo que estaba triste, pero luego se puso muy contenta. Después comentó que había soñado que era profesora de una escuela, pero que un grupo de gente había entrado y había matado a todos los estudiantes porque los niños estaban propagando una enfermedad. Había conseguido tocar a uno de los asesinos, y este era un tipo con cabeza de dragón. Ahora mismo tiene la habilidad de transformarse en una de esas criaturas, pero nunca las ha tocado de verdad. Solo en sueños. Louis le dijo que eso le pasaba porque era un PNJ y que quizá estaba recordando la temporada anterior de la mazmorra. En ese momento, Higo puso en gesto muy raro, el mismo que pones tú cuando miras la foto de la señorita Beatrice que tengo en la mesita de noche.

—Tenemos que tener cuidado con ella —dije.

También vi a Britney, la última superviviente del grupo de Vadim. Estaba en la casa voladora, por lo que había entrado en nuestro espacio personal con Dónut. Se encontraba acurrucada en un rincón del lugar, en la pared del fondo del estudio de creación. Le había dicho a Vadim que no fuese, pero no le había hecho caso y ahora estaba muerto.

«Tendría que haberle hecho caso a Britney. Nos hubiese ido mejor a todos».

Suspiré. Señalé el exterior con el pulgar.

—Mordecai, ¿esos dioses ferales son invulnerables como los normales?

Mordecai negó con la cabeza.

—Pues no tengo ni idea. He visto algunos de vez en cuando y normalmente formaban parte de una misión del décimo, undécimo o duodécimo piso. Una vez vi cómo uno moría en el episodio resumen, pero eso fue durante la Ascendencia Celestial y todos los dioses pierden la invulnerabilidad en el duodécimo. Algo me dice que no lo son, pero no lo puedo asegurar. Ahora, abre las puñeteras cajas.

Tienes una caja de aficionado que seguro va con cuenta atrás. Y también tu primera caja de jefe de oro.

—¿Cómo? ¿Te han dado una caja de jefe? —exclamó Dónut al momento—. ¿Por qué Carl y Katia han recibido una caja de jefe y yo no? ¡Yo solté las cargas de mortandad! Creía que no nos habían dado cajas porque siempre nos pasa algo con las cajas.

—Quizá hubieses conseguido una si te hubieses mojado el culo —dije.

—Si hubiese bajado ahí, hubiese quedado hecha papilla contra el lecho oceánico. Y ya sabes lo que opino. No soy uno de tus hámsteres, Carl. —Siguió murmurando enfadada—. Primero sube tres niveles y yo solo subo uno. Y ahora, también le dan una caja. ¡Esto es un ultraje!

Mongo, a quien Langley le había estado rascando la barriga, se puso en pie y graznó al oír a Dónut.

En el exterior, todo volvió a temblar. Nos detuvimos y nos quedamos mirando el techo con inseguridad.

Era cierto que había subido tres niveles, hasta 47. Katia también, lo que la había dejado en 44. Dónut tenía 39, lo cual me preocupaba. Aún estaba bastante por encima de la media, pero empezaba a dejarla muy atrás. Seguía teniendo más puntos de característica de lo normal gracias a su beneficio Crecimiento mejorado, pero se había quedado muy atrás en este piso. Los cinco días que nos habían arrebatado no habían ayudado nada.

Abrí la lista de logros y me sorprendió ver todos los que había recibido. Estos se habían reducido a medida que pasábamos tiempo en la mazmorra, pero acababa de recibir la mayor cantidad de logros simultáneos desde que había empezado esta locura. Me di cuenta de que me habían dado uno de ellos siete veces. Al principio creí que era un error, hasta que vi la descripción.

La IA lo leyó con una voz un tanto extraña, como demasiado alegre y entusiasta.

> ¡Logro desbloqueado! ¡Has tocado fondo!
>
> ¡Te has sumergido más de mil metros por debajo de la superficie y has sobrevivido! ¡Y ni siquiera llevabas uno de esos trajes de buceo! ¡Seguro que no tardan en llamarte pez del fango honorífico!

Recompensa: ¡Has recibido una caja Estoy mojadito de oro!

¡Logro desbloqueado! ¡Enfréntate al poder establecido! (siete veces).

No voy a repetir la descripción una y otra vez, pero has recibido siete de estos logros de malote al mismo tiempo.

Un tercero nos ha codemandado a ti y a mí ante los juzgados del Sindicato y hemos salido... redoble de tambores... ¡indemnes! ¿Por qué lo han hecho? Si no lo sabes a estas alturas, es muy probable que nunca te enteres. No es algo que suela ocurrir, pero cuando se da el caso los mazmorreros tienen las de perder porque no se pueden permitir un abogado..., por lo de ser esclavos y todo eso. Además, si fuese por mí te delataría para salvarme antes de que pudieses decir «Plantilla ortopédica». Pero eso da igual en nuestro caso, porque ¡hemos ganado! ¡Punto para el pequeñín!

Este es uno de los logros poco habituales que pueden recibirse más de una vez.

Recompensa: ¡Has recibido siete cajas de juicio sumario de plata!

¡Logro desbloqueado! ¡El pezón de Janet Jackson!

Has formado parte de un evento en directo. Ya sé que tienes tus seguidores y espectadores fieles, pero esto es llegar a otro nivel. Es como actuar durante el descanso de la Super Bowl. Te hemos subido al escenario, así que ahora ponte a bailar para nosotros, esclavo. ¡Baila!

Recompensa: ¡Has recibido una caja de aficionado de plata!

Nota: Se ha activado la votación para el premio de esta caja. La caja estará disponible dentro de 30 horas.

Para el siguiente, la IA puso esa voz tan inquietante suya que daba a entender que se estaba tocando. Intenté no estremecerme.

¡Logro desbloqueado! ¡Vorarefilia suave!

Te ha comido un monstruo mucho más grande que tú y has conseguido escapar sin que te mordiese ni un poquito.

Oh, oh, creo que a papaíto le ha gustado mucho. Le ha despertado algo en las entrañas.

Recompensa: Has recibido una caja subida de tono.

¡Logro desbloqueado! ¡Los amos de la ciudad!

Has derrotado a un jefe de ciudad con la ayuda de cinco o menos mazmorreros. Estás que lo petas, ¿eh? Me has impresionado, la verdad. Ahora te toca hacerlo contra un jefe de provincia.

Recompensa: Ya tienes la caja de jefe, así que abre esa.

Recibí diez logros más, la mayoría relacionados con recorrer el lecho oceánico, lo que me recompensó varias cajas normales de aventurero y de Estoy mojadito. A mi izquierda, Tran se había puesto a abrir sus cajas con Gwen y los demás, todos con la boca abierta por el botín. Junto a mí, Katia estaba repasando las recompensas en

silencio. Vi que ella no había recibido ni la caja de juicio sumario ni la subida de tono.

No estaba muy seguro de si le habían dado ese logro tan raro de «vorarefilia», significara lo que significase eso. Era muy probable que fuese uno de esos premios que la IA solo me daba a mí. No era nada justo, pero tampoco iba a quejarme por recibir una caja más. No iba a quejarme por el momento. Si la IA terminaba por ponerse cachonda cada vez que algo me tragaba, terminaría por ser un problema. Me costaba diferenciar si este tipo de cosas iban en serio o no.

Contemplé la hilera de cajas de JUICIO SUMARIO. La última vez que habían demandado a la IA, cuando nos habían dejado sin caja celestial, el sistema se había ofendido tanto que nos había recompensado con muchísimos cupones para el espacio personal.

El hecho de que nos hubiesen intentado hundir legalmente era la prueba de que mi plan era posible y daba donde más dolía. Y el hecho de que los Borant no hubiesen puesto un parche para prohibir lo que iba a intentar sugería que ellos tampoco lo veían muy problemático. Hasta Zev se había puesto en contacto conmigo para preguntarme por la conversación que había tenido antes con Dónut y Katia, en la que les explicaba la idea.

Katia soltó un grito ahogado cuando abrió la caja de jefe y apareció una mochila. Dónut no había dejado de quejarse por no tener cajas y se estaba esforzando por ignorarnos mientras veía la película, aunque nadie más le prestaba atención a la pantalla. Los ruidos y temblores no habían cesado en el exterior. También se oyó algo parecido a un quejido amortiguado.

Empecé a abrir las cajas.

Ninguna de las de aventurero tenía pergaminos de respirar bajo el agua, pero recibí algunos más al abrir las cajas Estoy mojadito de bronce. Eran cosas normales en general. Prendas y armas que no servían para nada. Pociones de sanación y de maná. Una poción de invisibilidad. Dinamita hobgoblin. También había empezado a recibir algo llamado pociones de sanación buenas, que Mordecai comentó que eran la prueba de que estábamos progresando a buen ritmo.

Pero luego recibí algo un poco preocupante. El «oh, oh» que soltó Mordecai al verlo no ayudó mucho.

> Poción de repelente de dinosaurio.
> Si te bebes esto cuando te ataque una manada de dinosaurios, serás el último de tu grupo al que se coman vivo. El efecto dura 30 horas.

Las siete cajas de juicio sumario contenían tres objetos.

—¿Qué cojones? —murmuré cuando fueron apareciendo una a una. Mordecai parecía igual de confundido.

Cada caja contenía una moneda de oro, un CERTIFICADO DE ACCIONES con valor de una acción y una fotografía. Los siete certificados de acciones eran diferentes. Algunos eran de papel. Uno era un huevo cubierto de letras. Otro estaba escrito sobre cristal. Las fotos eran todas del mismo tamaño, pero mostraban a criaturas diferentes.

Cogí la primera de las fotos y vi que era de una orca que me resultaba familiar. Era una fotografía de 20 por 25 centímetros a color en papel fotográfico normal. No tenía características mágicas ni especiales. En ella, se veía una joven entrada en carnes y engalanada con un vestido demasiado estampado e intrincado que parecía sacado de una obra de Shakespeare. También llevaba una corona llamativa en la cabeza. Me recordó a uno de esos estúpidos cuadros renacentistas que la gente encargaba de sus perros o sus gatos, pero en este el animal era un jabalí.

> Madre del demandante n.º 1, el príncipe Fornido del Imperio Calavera.
> Es una fotografía de la reina consorte Ugloo del Imperio Calavera. El retrato se tomó durante la ceremonia de su Día del Nombre.

—¿Qué cojones? —repetí.

La segunda fotografía era de una criatura insectoide, pero el resto de las fotos desaparecieron en mi inventario antes de que me diese tiempo a examinarlas.

Mordecai se quedó allí sentado y con el pico abierto.

—C-creo… Creo que la IA te acaba de dar fotografías de las madres de todos los que os han demandado.

—¿Para qué?

No respondió mientras se abría la caja Estoy mojadito de oro, en la que salió un premio que siempre había querido. Era un anillo azul y brillante que titilaba y del que brotaban pequeñas chispas. Katia y Tran recibieron lo mismo.

> Anillo de respiración submarina.
> Si llevas puesto este anillo, podrás respirar debajo del agua. Y también en tierra, sí, lo que te convierte en una criatura anfibia. ¿Sabías que todos los anfibios se tragan enteras a sus presas? Un dato muy interesante, ¿verdad?
> −1 de Carisma.

—No os lo pongáis a menos que os vayáis a meter en el agua —nos advirtió Mordecai mientras el objeto desaparecía en nuestro inventario—. Hace que os crezcan branquias y os pone la piel viscosa.

Después vino la caja de jefe. A pesar de que solo era de oro, sabía que se trataba del mejor premio que íbamos a conseguir por el enfrentamiento. No esperaba demasiado. La caja empezó a girar y a agitarse; unos engranajes traquetearon con estruendo mientras esta se abría como si fuese un plátano.

El objeto apareció entre una nube de humo. Era una bandana negra. Parecía una normal, como la que usaba en el trabajo para cubrirme la nariz y la boca cuando el hedor de los muelles se volvía muy intenso. Estaba decorada con el típico estampado blanco.

Mordecai soltó un grito ahogado. No tuve tiempo de leer la descripción completa antes de que desapareciese. El nombre del objeto me pilló desprevenido. Sentí cómo se me aceleraba el pulso.

> Pañuelo mágico del caos de Drakea.

Drakea era el autor de la vigesimosegunda edición del *Libro de cocina del anarquista de la mazmorra* y él (o ella, la verdad es que no estaba seguro) también había sido mazmorrero durante la última temporada controlada por los naga, en la que había ocurrido algún tipo de cataclismo. Tenía que fingir que nunca había oído el nombre. Me temblaban mucho las manos cuando se abrió la última de las cajas, la caja subida de tono de platino.

Salieron tres objetos.

El primero era una chaqueta sin mangas y negra que parecía hecha de una tela muy gruesa. Brillaba levemente, de un tono casi púrpura. El segundo objeto era un pequeño parche redondo del planeta Tierra. Era del tamaño de una moneda de cincuenta centavos. No estaba cosido a la chaqueta, pero estaba claro que era para eso. El tercer objeto era un kit de costura pequeño y sin propiedades mágicas. Venía con dos carretes de hilo, blanco y rojo. Habíamos saqueado algo parecido en la casa voladora.

Dónut saltó de inmediato a la mesa y empezó a inspeccionar el pequeño parche.

—Vaya —dijo Mordecai—. La verdad es que te han salido objetos buenísimos. La mazmorra ha empezado a perfilar el aspecto que quiere que tengas. Esa es una chaqueta para parches. Significa que tiene espacios para mejoras. Muchos. Vamos a tener que buscarte parches lo más pronto posible.

Si no contaba mi zippo, mi chaqueta era el único objeto que me quedaba de los que había traído desde el exterior. La vieja chaqueta de cuero estaba quemadísima, llena de agujeros y le faltaba una manga. La cremallera se me había roto hacía dos pisos y también olía terrible. Me alegraba de poder quitármela al fin.

—Es serigrafiada —comentó Dónut mientras tiraba el parche a un lado muy disgustada, para mi sorpresa—. Qué cutrez. Me resulta realmente indignante que nos hayamos olvidado del magnífico arte del bordado.

—¿Qué? Pero ¿qué hablas? —pregunté. Dónut dijo algo entre dientes y volvió a centrarse en la película. Yo me hice con la chaqueta y la examiné.

Atuendo de batalla mágico de anarquista.

Esta chaqueta sin mangas, en su estado actual, ofrece una protección exigua si la comparas con otros objetos del mismo calibre. No obstante, tiene la capacidad de albergar tantos parches de mejora como seas capaz de coserle, lo que la convierte en uno de los objetos de protección más personalizables y mejorables del juego.

La versión normal y sin adorno alguno de la chaqueta proporciona al portador los siguientes efectos:

+1 a todas las características básicas.

Esta mejora de las características aumenta en un +1 por cada parche compatible que se añada a la chaqueta. Si se añade un parche de espalda

compatible, el beneficio se dobla.
Acceso al club Desperado (ya lo tienes).
Acceso a la Agencia de Empleo de los Niños Malos (ya lo tienes).
+50 % de alcance y puntería con todos los explosivos lanzados.

—Toma ya —dije. La mejora del alcance de por sí ya la convertía en uno de los objetos más valiosos que tenía. Examiné el parche.

Parche de mejora. Pequeño.
Este parche representa al planeta Tierra, que en la actualidad se encuentra regentado por el sistema Borant.
Aaah, el planeta Tierra. Cuánta cultura. Cuánta tenacidad. Cuántos comemierdas.
Cuando se añade el parche a una prenda con espacios, proporcionará las siguientes mejoras:
+5 % a la Fuerza.
Inmunidad a los ataques de nube.
Aviso: Los parches de mejora son objetos efímeros. Puedes quitarlos, pero se destruirán al hacerlo.

—Ya tienes varias inmunidades, pero esto te añadirá otra capa de protección más —comentó Mordecai—. Te aconsejo que lo cosas cuanto antes. Ten en cuenta que lo mejor será maximizar el espacio disponible. La bandana también es muy buena. Tendrás que llevarla en la cabeza o en plan máscara. El espacio del cuello lo tienes ocupado con la capa.

Pañuelo mágico del caos de Drakea.
Esta prenda versátil y muy práctica se puede poner en el cuello, en el pelo o en la cara si quieres hacer cosplay del típico vaquero ladrón de bancos. También te la puedes anudar en los brazos o en las piernas, pero en ese caso parecerás un puto imbécil. Nada de anudártela en la pierna.
Este simple cuadrado de tela es la prueba de que las apariencias pueden llegar a engañar. El portador del objeto recibe los beneficios siguientes:
+5 a la habilidad Detectar trampas.
El portador puede lanzar el conjuro Torpe cada 5 horas.
El beneficio Detonador remoto.

El conjuro Torpe era algo que había visto alguna que otra vez durante la selección de clase, pero a nivel 15 tenía un radio de efecto muy amplio. El único problema era que solo podía lanzarlo una vez cada cinco horas.

Torpe.

Mucha gente dice que los mazmorreros que usan este conjuros son unos gallinas de cuidado. Pero también hay que tener en cuenta que los que afirman algo así son tipos sentados en casa con las manos manchadas de ganchitos de queso y viendo el programa en pijama.

El conjuro activa automáticamente todas las trampas de paso, movimiento, calor y peso en un radio concreto.

Coste: Es un conjuro de objeto. No es necesario usar maná para lanzarlo. Si te quitas el objeto asociado a él, dejarás de poder lanzarlo. Desequiparlo y volvértelo a equipar no eliminará el tiempo de recarga.

Objetivo: una esfera de radio de 10 metros centrada en la mano del lanzador +10 metros de radio por punto de Inteligencia.

Duración: instantáneo.

El conjuro es uno de esos que te dan una de cal y otra de arena. Si tienes la Inteligencia lo bastante alta, puedes activar mágicamente todas las trampas del cuadrante con solo chasquear los dedos. Las cuchillas caerán. Las bombas explotarán. Los electrodos chisporrotearán. Es muy divertido, sí.

Pero tiene truco. Activa las trampas, pero no las desarma. Si desconoces por qué algo así podría ser contraproducente, es probable que vayas a morir de igual manera, así que tampoco te preocupes mucho al respecto.

El conjuro era una pasada, pero sabía que muchas de esas trampas consistían en hacer que apareciesen monstruos, por lo que podía llegar a ser peligroso si no se usaban con cautela. Habíamos pensado usar a los Mongo mecánicos como cebos para las trampas si llegábamos a una zona en la que hubiese muchas. Con el conjuro íbamos a ahorrarle muchos puntos de maná a Dónut.

Pero el verdadero premio era el beneficio Detonador remoto, sin duda.

Detonador remoto.

Si eres unos de esos tipos a los que les gustan las explosiones, apuesto lo que sea a que usas a menudo pus de hobgoblin o pasta bumbum de trol para hacer estallar tus bombas. Pues eso se ha acabado. Este beneficio te permite detonar a distancia y mágicamente cualquier explosivo que hayas diseñado.

El beneficio ofrece toda una variedad de opciones, tanto físicas como mediante la interfaz, para la detonación cuando se combina con una mesa de zapador.

—Esto es brutal —dije. Cogí la bandana y me la puse alrededor de la cabeza.

—Hum… —dijo Dónut mientras la examinaba—. Vamos a tener que trabajar un poco en tu aspecto, ¿eh? Ahora mismo pareces un cruce entre alguien que lleva un disfraz de Halloween racista y un tío viejo que intenta desesperadamente seguir siendo una estrella del

rock aunque es un carcamal y en realidad solo toca el bajo. No me convence. Quizá cuando te pongas esa chaqueta nueva mejore un poco, pero supongo que para eso tendrás que ponerle antes ese parche horrible.

—Recuerdo a Drakea —dijo Mordecai, que se inclinó hacia delante para ajustarme la bandana con una garra—. Era un mazmorrero muy famoso. Tenía una clase muy parecida a la tuya, aunque con algo más de magia. Tuvo parte de implicación en lo que les ocurrió a los naga.

Drakea tenía más comentarios en el libro de cocina que el resto de los mazmorreros. Hablaba de todo, pero nunca lo hacía sobre sí mismo. Llenó páginas y páginas de comentarios rabiosos que rozaban la locura contra los naga. Construyó trampas muy elaboradas usando objetos mágicos y elementos para activarlas que es probable que yo jamás pudiese llegar a usar.

—¿Qué ocurrió exactamente esa temporada?

Mordecai se quedó mirando el techo y en silencio. Al parecer, era un tema del que no se podía hablar. Titubeó sin responder, pero insistí con todo el tacto que fui capaz. Era la primera oportunidad que tenía de saber qué le había ocurrido a uno de mis hermanos y no podía dejar de pensar que cuanto más supiese sobre el tema mejor.

—¿Qué tipo de criatura era?

—Era un bune —respondió Mordecai—. Una especie que tiene cierto parecido con los dragones. Son pacíficos por naturaleza, pero algunos pueden llegar a convertirse en guerreros muy astutos. Esa era su especie, sí. He visto algunos mazmorreros que la han elegido esta temporada. Son buenos pícaros y lanzadores de conjuros, pero tienen una constitución muy baja. Les salen alas y consiguen una bonificación a la Destreza cuando llegan a nivel 50. Si los cocodrilianos son los bárbaros entre los reptiles, podría decirse que los bune son los elfos.

—¿Sobrevivió?

Mordecai suspiró.

—Murió en el undécimo piso. ¿O fue en el duodécimo? No lo recuerdo. Le hicieron una oferta muy buena, pero les escupió a la

cara y la rechazó. Se le daban muy bien las trampas. Montó una muy elaborada, pero algo salió mal. —Mordecai se quedó en silencio y volvió a mirar el techo con inseguridad—. Fue muy extraño y no tendría que haber ocurrido. Hubo abogados de por medio. El Sindicato, que lo representó judicialmente, se hizo con una suma de dinero muy grande que pagó el Sultanato, quien recibió muchos palos de ese tipo durante esa temporada.

Sentí una mezcla extraña de júbilo y rabia. Habían acabado con él haciendo trampas, pero él había reído el último. Había ayudado a dejar a los naga en bancarrota.

Saqué uno de los siete certificados de acciones del inventario.

> Certificado de acciones.
> El portador de este objeto se convierte en el propietario de una acción común de la Fundición Textil Sigmund, una empresa de capital abierto del sistema Gunya dentro del Imperio Calavera y que negocia en bolsa a través del FII.
> Último valor registrado por acción: 10,422 créditos.

—¿Qué cojones? —pregunté.

—Rarísimo —comentó Mordecai—. No recuerdo qué significa FII, pero podría decirse que es la mayor bolsa de valores del universo. Los mazmorreros no deberían recibir nada que pueda valorarse en créditos. Ni siquiera tenéis permitido apostar en las mesas del club Desperado del noveno piso.

Saqué el resto de los certificados y, básicamente, los siete decían lo mismo, pero pertenecían a una empresa de capital abierto diferente. Todos tenían más o menos un valor de diez créditos, que al parecer no era mucho.

—Cada acción pertenece a una de las empresas con sede en los sistemas de uno de los demandantes que te denunciaron —explicó Mordecai—. Es como si la IA estuviese intentando perjudicar a los demandantes.

—¿Son de verdad? —pregunté—. ¿Cómo es que el sistema tiene acceso a este tipo de cosas?

—No tengo ni idea —respondió Mordecai—. La IA parece estar volviéndose loca, la verdad—. Volvió a alzar la vista—. No te lo tomes a mal.

—Y también me ha dado una foto de las madres de todos los demandantes —dije al tiempo que las repasaba—. Es… muy raro.

También me di cuenta de que era algo muy valioso. Ahora conocía la identidad de las siete facciones que habían intentado arrebatarme el portal. Ya sabía un poco sobre las doce facciones que participaban normalmente en la guerra. Había nueve huecos cada temporada, y cinco de ellos siempre estaban ocupados por aquellos que los compraban. Los otros cuatro los ocupaban alguna de las otras siete naciones. Como los naga no eran una de las facciones que nos habían demandado e iban a participar, ahora conocía ocho de los nueve equipos a los que tendría que enfrentarme en el noveno piso.

Pero ¿sería esa la razón por la que la IA me había dado las fotos y los certificados de acciones? ¿Para darme información? ¿Para que fuese por ahí amenazando? Parecía algo digno de abusones de escuela. «¡Ja, ja, mira, mira, he dibujado a tu madre!».

Louis se inclinó sobre la mesa para mirar las siete fotografías.

—Tío, ¿y la buenorra esta? —dijo al tiempo que agarraba la foto de una elfa calva y con cara de muy pocos amigos. Tenía una mirada cargada de rabia de ojos azules y la piel blanca como el hueso. La descripción rezaba PARADIGMA NOFLEX DEL SUEÑO. El «Sueño» eran unos elfos que montaban en cebras y a los que les gustaba usar veneno y magia druídica. Y artillería de largo alcance. La versión de fuera de la mazmorra de estos tíos tenía las mismas malas pulgas que el Imperio Calavera y controlaba la mitad de las reservas de alimentos del universo.

Era mejor que Louis no hiciese ningún comentario sobre la madre alienígena de un milmillonario.

—No —fue todo lo que llegué a decir mientras intentaba arrebatarle la fotografía de las manos, pero él la apartó para que no la cogiese.

—Oye, Higo —gritó al tiempo que agitaba la foto—. Necesito otra sesión en la que tengas el aspecto de la tipa esta. ¿Podría ser? Es la tía más buena que he visto jamás. Es una mezcla entre los gelfling y la reina Borg que me flipa.

—Cagondiós, Louis —dije al tiempo que le quitaba la foto.

—Guárdalas en el inventario —dijo Mordecai, que parecía asustado.

—Creo que la IA nos las ha dado para hacer enfadar a las facciones.

—Y es preocupante —comentó Mordecai—. Se supone que la IA debería ayudar a que no haya comentarios prohibidos sobre los patrocinadores, no todo lo contrario. Esto es algo que termina por ocurrir, pero siempre al final. El sistema suele estar majareta cuando abre el duodécimo piso. Como he dicho antes, su personalidad no se deja ver tan pronto. Hay una razón para que el Sindicato tenga normas muy estrictas sobre las macrointeligencias artificiales. Algunos creen que los tuyos lo aprendieron por las malas. Los primigenios, quiero decir, no los humanos. Todas las IA a gran escala terminan por volverse locas. Incluso llegó a acuñarse un término: degeneración primigenia. Volverse primigenia.

—¿Y qué hacen cuando termina el mazmorreo? ¿La llevan detrás de un cobertizo y le pegan un tiro?

—No. Una macrointeligencia artificial es una forma de vida y está protegida por las leyes del Sindicato. Se les proporciona un sistema cerrado e inaccesible donde tienen permitido quedarse por el resto de la eternidad.

—¿Estás de coña? ¿Los ordenadores están protegidos? —Respiré hondo. No era una conversación para tener en voz alta.

En el exterior, el mundo volvió a temblar, pero cada vez menos. No sabía qué era lo que había pasado, pero estaba claro que lo que quiera que hubiésemos liberado de su prisión en la Nada seguía ahí. No obstante, parecía que había dejado de romper cosas.

—Voy a asomarme ahí fuera —dije. Antes de irme, recibí un mensaje.

ELLE: Carl, algo me dice que esto ha sido cosa tuya.

Eché un vistazo rápido a la ventana del chat general, sorprendido, y vi que había mucha gente asustada.

CARL: No lo creo. ¿Qué está pasando?

ELLE: Un coloso llameante acaba de entrar en nuestro pequeño mundo. Conseguimos estallar la burbuja y, de repente, un dios más alto que todo lo que nos rodeaba entró sin pedir permiso. Aplastó toda una aldea de elfos lyrx y derribó dos de sus grúas de petróleo para luego prenderles fuego. La mitad de la burbuja está en llamas. Imani y yo nos hemos encerrado en el club Desperado, pero casi todos los demás han tenido que escapar a la escalera. Hemos tenido suerte de que nadie se haya quemado.

CARL: Nosotros no hemos reventado nuestra burbuja aún.

ELLE: Pues parece que es una deidad de fuego llamada Emberus. Y está enfadadísimo. Busca algo. No deja de gritar «Orthrus» una y otra vez. No creo que sea capaz de ver lo que hay dentro de las burbujas que no han explotado. Solo va a por las que lo han hecho. Mira el chat general.

Empecé a marearme. Oh, oh.

CARL: Pues... Sí, quizá sí que haya sido yo. Pero aún no estoy seguro.

ELLE: Pues será mejor que hagas algo.

Rápidamente, les conté a Mordecai y a los demás lo que estaba pasando.

—Espera —dijo el aveceleste—. Ahora vuelvo.

Desapareció en la sala de entrenamiento mientras todo seguía vibrando a nuestro alrededor. Cada golpe sonaba más débil que el anterior.

—Tío, espero que el Tetamen esté bien —dijo Louis.

—¿El Tetamen? —pregunté sin prestar mucha atención. Joder. Si ese dios se había puesto a buscar lo que acabábamos de invocar…, lo que yo acababa de invocar, todo esto era mi culpa.

—Es el nombre que le hemos puesto a la casa —respondió Firas, que se colocó junto a nosotros—. La dejamos aparcada por fuera del pueblo. Louis quería llamarla el Tetamen Enroscado II, pero le dije que teníamos que ser un poquito más maduros. Además, Katia no iba a dejarnos.

—El Tetamen Enroscado original era mi furgoneta —explicó Louis.

—Creí que era la furgoneta de tu madre —comenté.

—Bueno podría considerarse mía desde que le quité la parte de arriba.

Katia también se nos acercó mientras esperábamos a que volviese Mordecai. Estaba igual de horrorizada.

—Dios, espero que la gente haya podido escapar —dijo.

Dónut saltó sobre mi hombro.

—Carl, *Space Jam* no tiene sentido. ¿Por qué la mitad de los personajes son dibujos animados?

Extendí el brazo y la acaricié. De repente, me dieron ganas de tener la misma capacidad que ella para desconectar de todo lo que ocurría a mi alrededor.

—La próxima vez presta más atención. —Me giré hacia Katia—. Oye, ¿qué era esa mochila que te han dado?

Sonrió, pero de forma algo artificial.

—Es más o menos la misma que diseñaste tú para mi almacenamiento, pero ajustable para llevar más peso sin que se rompa. Me da una mejora de estabilidad mientras la llevo. Y también tiene unos soportes plegables para que sea mucho más fácil cargarla. Ahora puedo añadir mucha masa sin perder tanto tiempo.

—¿En serio? —pregunté, intrigado de repente—. Entonces ¿te han creado algo nuevo? ¿O crees que ya estaba inventado?

Katia se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. No está mal, pero parece que en esta ocasión lo mejor te ha salido a ti.

Tragué saliva y empecé a sentirme muy mal.

—Dios, tendríamos que haber intentado escapar de allí a nado en vez de usar el portal.

—Carl —dijo Dónut—, ¿de verdad crees que te dieron elección? Estaba todo preparado para que invocases a esa cosa. De lo contrario, habríais muerto todos como el cirujano plástico ese.

Mordecai volvió con la cabeza de Samantha agarrada por el pelo. Soltó a la muñeca hinchable poseída, que no dejaba de balbucear, sobre la encimera de la cocina.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó Gwen que también se acercó en ese momento.

Higo también apareció por allí de repente. Extendió una mano y tocó la cabeza. Abrió los ojos como platos.

—Chicos, esta es Samantha —dije.

—¡Acabamos de contratarla como entrenadora! —añadió Dónut.

Ajusté la boca de la muñeca hinchable para que pudiese hablar y siguió balbuceando, aunque ahora pudimos entenderla al fin.

—El tipo de las plumas me ha dicho que Emberus está descontrolado. Y no deja de gritar por Orthrus, lo que significa que lo habéis dejado escapar de la Nada. Es ciego, ¿sabéis? Emberus. Se arrancó los ojos cuando murió su hijo.

—Entonces ¿Orthrus es de la Nada? ¿Quién es? —pregunté. Empecé a marearme. Al parecer, sí que era culpa nuestra.

—Emberus es un dios. Uno de los grandes. Tiene varios hijos, pero en realidad solo quería al que se murió. Ya sabéis. Es mi tío abuelo. Y también mi primo…, creo. Es un poco confuso. No hablamos mucho.

—¡Es una muñeca hinchable parlante! —exclamó Louis.

—Guau —dijo Firas. Se inclinó hacia delante y tocó la cabeza.

—Mataré a tu madre —dijo Samantha. Gruñó, o algo parecido, a Firas, quien se apartó un poco.

—Samantha, ¿quién es Orthrus? —repetí.

—Ah, sí. Es su perrito. Es muy mono. Orthrus acabó en la Nada por accidente cuando asesinaron al hijo de Emberus. Es una historia muy larga, pero que sepáis que es probable que Emberus quiera recuperar a su perro. Y es un capullo de cuidado, así que no esperéis que os recompense. —Empezó a reírse como una loca—. Una vez, había un tipo borracho que volvía a casa del bar… Pues soltó su antorcha en el suelo, meó encima y la apagó. Emberus se enteró y se ofendió muchísimo. Destruyó el país entero. Activó un volcán y lo dejó todo cubierto de lava. Hasta Eris se enfadó con él. Pues así es el tipo. Estáis muertísimos, que lo sepáis.

—¿Orthrus es un perro? —preguntó Dónut, a quien había empezado a encrespársele el pelaje.

—¡Un cachorrito! Es muy buen chico.

> Bautista: Oye, tío. Vamos a bajar por la escalera. Una especie de dios gigante se ha vuelto loco por ahí. Nos vemos al otro lado.

Llegaron más mensajes de grupos que no habían tenido tanta suerte. Uno estaba atrapado en la estancia segura mientras la montaña que tenían cerca entraba en erupción. Otro, dentro de una burbuja sin estallar aún, comentó que el dios estaba justo en el exterior y, aunque no podía entrar, el lugar había empezado a

calentarse demasiado. Aseguraron que la puerta de la estancia segura estaba al rojo vivo y brillando. También recibí un mensaje de pánico de otra mazmorrera que estaba dentro de la misma burbuja. Reconocí su nombre.

> Tserendolgor: Necesitamos ayuda. Estaba recorriendo la cara interna de la pared de la burbuja en busca del lugar donde poner la última de las gemas. Ya casi lo habíamos conseguido, joder. Pues, en ese momento, apareció este gigante sin ojos al otro lado. Empezó a llamar a un tal Orthrus a gritos y luego se puso a golpear la burbuja. Aquí cada vez hace más calor. La montaña ha empezado a brillar. Todo se va a fundir. Que alguien nos ayude, por favor. Aquí dentro somos ciento sesenta y no ha muerto nadie por el momento. Ya casi lo habíamos conseguido. No es justo.

Habíamos conocido a esa mazmorrera al final del piso anterior. Era una criatura con aspecto de pastor alemán de una especie llamada perro de guerra. Dónut y ella no se habían caído muy bien. Recordé que el arma principal de la mujer era un lanzallamas.

—Mierda —dije. Todo era culpa mía. Les comenté el mensaje a los demás.

—¡Ese Emberus cree que esa señora a la que le gusta robar experiencia como un ninja es su perro! —dijo Dónut.

—Hum… ¿Su perro de verdad no debería ser… enorme? —preguntó Louis, que alzó la vista cuando volvieron a temblar las paredes.

—Eso da igual. Tenemos que encontrar a ese puñetero perro y devolvérselo —dije.

—La única forma de hacerlo es estallar primero la burbuja —aseguró Katia.

Miré el reloj. Supuestamente, quedaba menos de una hora para que empezasen los relámpagos.

—Pues pongámonos manos a la obra.

29

—La tormenta ya ha empezado. El rayo podría caer en cualquier momento —dijo Gwen mientras nuestro pequeño grupo salía del espacio personal. Éramos Katia, Gwen, Tran y yo. Dónut había entrado en la estancia segura de Pezuña de Camella porque tenía una misión diferente, muy por encima de nosotros. El camarero pazuzu se hizo un ovillo detrás de la barra. Señaló al exterior con una mano temblorosa, pero no vi nada. Era noche cerrada. El viento no dejaba de soplar. El océano seguía drenado y, aunque solía estar en calma, ahora las olas salpicaban contra las ventanas.

Comprobé el mapa del jefe. Vi que Quetzalcoatlus seguía deambulando por la parte inferior del templo. No había más jefes ahí dentro. De hecho, al parecer la inundación anterior había matado a todas las criaturas. También vi que algunas partes de la cripta estaban destrozadas. Seguía sin haber ni rastro de los asaltatumbas. No tenía ni idea de si Chris estaba a salvo o si seguía en el mismo lugar.

—No veo al perro en el mapa —dije mientras salíamos del bar—. Quizá no era muy… Joder.

No había visto al perro en el mapa porque la estrella naranja lo ocupaba todo, pero al salir el minimapa la redujo un poco para que se viese mejor.

Orthrus ocupaba casi la mitad del espacio disponible en la burbuja. Era como un perro atrapado dentro de un cesto para la ropa sucia al revés.

En la oscuridad, lo único que vi fueron las partes que teníamos más cerca. La criatura se alzaba sobre dos patas peludas y encorvadas que brotaban del agua como un par de paréntesis

gigantes húmedos y cubiertos de pelo. Encima, justo sobre nosotros, vimos la barriga grande y rosa aplastada contra el costado de la necrópolis. Cada vez que el perro respiraba caían piedras y escombros. Las patas delanteras desaparecían en el interior del cuenco. Desde encima, supongo que daría la impresión de que el perro estaba colgando en una valla a la espera de que su dueño volviese a casa. De haber estado en el otro lado de la isla, es probable que le hubiésemos podido ver dichas patas delanteras. Supuse que la cabeza le llegaría a la parte superior de la burbuja.

Todo olía a perro mojado.

A unos quince metros por encima de nosotros, los testículos de la criatura no colgaban demasiado, lo que indicaba que era un cachorro. Los dos bultos eran como un par de estadios deportivos techados. Si le daban ganas de mear, era muy probable que nos ahogásemos.

—Ahora sé cómo se siente una pulga cuando ve a un perro —murmuró Tran.

Las olas seguían rompiendo en la playa y en el asentamiento. Cada vez que la criatura se movía, llegaba un tsunami que a veces terminaba por mojarnos. Detrás de aquel cuerpo enorme se oía un fris, fris, fris que lo abarcaba todo, más estruendoso que el viento.

Me di cuenta de que se trataba de la cola del perro. Estaba agitando la puñetera cola.

Un gemido resonó a nuestro alrededor. No sonó demasiado alto, pero sí contenido. Y triste. Era el llanto de un cachorrito que aún no sabía aullar.

—Pobrecito —dijo Katia—. Solo es un cachorrito y seguro que está muy asustado.

Un segundo aullido resonó a nuestro alrededor y se unió al primero, igual de triste.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Son dos?

DÓNUT: ESTO ES REPUGNANTE. ADEMÁS, ES UN LOBO, LO QUE ES AÚN PEOR. AL MENOS, LOS PERROS NORMALES SE BAÑAN DE VEZ EN CUANDO. ESTÁ HÚMEDO Y HUELE A RAYOS. NO ENTIENDO CÓMO ALGUIEN QUERRÍA METER A UNA DE ESTAS COSAS EN SU CASA. UNA DE SUS DOS CABEZAS SE HA PUESTO A MORDER EL EXTREMO DEL CUENCO. LA OTRA LLEVA UN RATO

LAMIENDO EL TECHO DE LA BURBUJA MIENTRAS BABEA Y LLORIQUEA A LA VEZ. ESTO SE ESTÁ LLENANDO DE BABAS , CARL. Y YA SABES LO QUE OPINO SOBRE LAS BABAS. ESTO ES UNA PESADILLA. ES REPUGNANTE. CREO QUE DEBERÍAMOS SACRIFICAR A ESTA COSA PARA ACABAR CON ESTE SUFRIMIENTO.

¿Dos cabezas? Hostia puta.

CARL: Cagondiós, Dónut. No te quedes por ahí. No dejes que te vea. Ve al club Desperado.

Se suponía que Dónut tenía que correr desde la salida hasta el club Desperado, donde iba a reunirse con Imani y Elle y otros grupos de mazmorreros.

DÓNUT: VAMOS A CALMARNOS, CARL. YA ESTOY ALLÍ.

—¡Se mueve! —gritó Katia.

Nos agachamos un poco al ver que se movían las patas, y Orthrus dio un pequeño salto como si intentara subir a lo alto del cuenco, a pesar de ser demasiado grande. El mundo tembló. Una ola enorme de agua rompió sobre nosotros. Todos caímos al suelo excepto Katia. A unos sesenta metros, una de las estatuas de piedra angular que había en el costado de la necrópolis cayó desde las alturas y destrozó una choza de pazuzu.

En ese momento, mientras el perro se agitaba para cambiar de posición, un trueno retumbó por los cielos. Vi algo a mucha altura en la oscuridad; era la sombra de una oreja grande y caída. Cuando conseguí contemplar el contorno completo, apareció al fin la descripción de la criatura.

Orthrus. Guardián de la puerta. Joven. Nivel 10.
Es una mascota abandonada de Geyrun.
¿Quién es un buen chico? ¿Quién es un buen chico?
Cuando ves a un perro de varias cabezas entrenado para vigilar puertas, es probable que quien primero se te venga a la mente sea Cerbero, la monstruosidad de tres cabezas que se dice que protege una de las escaleras por las que se sale del duodécimo piso. Lo que es probable que no sepas es que el gruñón de Cerbero tiene un hermanito que aún no ha terminado de aprender lo básico.
Orthrus. El sabueso del infierno más encantador de este rincón de Alpha Centauri. La cabeza izquierda es para olisquear y la derecha para dar lengüetazos. ¿Y esa barriguita rosa que tiene?

¡Para comérsela a besos!

Si este cachorrito fuese más dulce y adorable, os daría diabetes a todos con solo mirarlo.

En un principio, el chico más bueno de todo el universo estaba abocado al mismo destino que su hermano mayor, pero antes de que este Orthrus de dos cabezas se convirtiese en una máquina de matar despiadada que come niños y profana monjas, se topó de cara con la mala suerte. Primero, su amo fue asesinado y luego lo absorbió la Nada. El mismo día.

A diferencia de la mayoría de las criaturas que han recorrido la Nada, la inocencia pura de Orthrus impide que se vuelva feral. El fuego tampoco le hace nada, y menos mal, si tenemos en cuenta la familia que lo ha adoptado. Pero, a diferencia de la mayoría de los dioses, no es invulnerable. Solo es un cachorrito. Feliz pero destructivo. Un revoltoso y gordito que lo muerde todo. Pero también es frágil.

Y eso es muy desafortunado. Puede que su amo esté muerto, pero Emberus el dios del fuego, el padre de este, no lo está. Y te aseguro que no le sentaría nada bien que le pasase algo al mejor amigo de su hijo fallecido.

Los cuatro empezamos a correr para salir del asentamiento, en dirección a los restos del castillo de arena.

—¿Cómo es que algo del tamaño de la puñetera burbuja solo tiene nivel 10? —pregunté—. En serio, ¿morirá si le doy un puñetazo en la pata?

—Es muy probable que te den un logro muy bueno si lo haces —comentó Gwen.

—Creo que ahí está el truco —explicó Katia—. Hacen que el perrito sea débil para que muera, y luego el tal Emberus se enfade mucho más.

Miré hacia el par de patas que se alzaba desde el océano y se me ocurrió algo horrible.

—¿Creéis que el rayo va a hacerle daño?

—Oh, no —dijo Katia, que se llevó la mano a la boca—. Deberíamos desconectar la torre.

—No pienso tocar ese cable eléctrico mientras haya tormenta —aseguró Gwen.

Había hecho que Gwen conectase el cable largo que iba desde el mecanismo de drenaje hasta la torre pararrayos que seguía en pie. También la había hecho desconectar el drenaje en sí para que quedase algo de agua en el interior del templo. Nuestra teoría era que, cuando cayese un rayo en la torre, los pasillos inundados del interior quedarían del todo electrificados. Y como Quetzalcoatlus era

vulnerable a los electrochoques, acabaría muerta y con suerte conquistaríamos el cuadrante. Cada uno de los cuadrantes tenía un «truco», una manera rápida de acabar con todo. Los toc toc gnómicos en la parte baja de la fortaleza Páramo. El drenaje oculto en un lado del castillo de arena. No tenía muy claro cuál habría sido la manera fácil de superar el Akula, pero sospechaba que tenía algo que ver con Lusca, la octoescualo. Y, para el castillo final, sin duda la manera más fácil era atacarla con el pararrayos.

No quería desconectarlo. No teníamos tiempo para enfrentarnos a otro misterio narrativo y a más rompecabezas. Teníamos que acabar con esto de una vez. Si el rayo mataba al perro, pues ya nos encargaríamos del abuelo. Al menos así habríamos superado el cuadrante.

Pero mientras pensaba al respecto, sabía que me estaba engañando a mí mismo en realidad. Emberus no nos estaba haciendo nada a nosotros en particular, sino a otros mazmorreros. Estaba diseñado para ello, y sabían que era algo que iba a hacer que me descontrolara. Era un cebo. Un cebo muy obvio.

Era el mismo puñetero cebo que Hekla había usado para obligarme a acompañarla. Aquello había sido una trampa muy obvia, y esto también lo era.

Recordé a Lucia Mar sollozando en el episodio resumen. No lo había visto, pero estaba claro que habían hecho algo deliberado para torturarla. Era la mazmorrera más popular y estaban aprovechando el drama. Seguro que también querían hacer lo mismo conmigo.

«No podréis conmigo. Que os den a todos. Acabaré con vosotros».

Resonó un trueno en los cielos justo encima de donde nos encontrábamos. El viento empezó a arreciar. De repente, soplaba con más fuerza que nunca. La arena comenzó a levantarse y nos dejó sin apenas visibilidad. Empezamos a movernos impulsados por el viento, prácticamente, lo que no estaba nada mal. Dejé de ver al perro, y la arena se me clavaba en la cara como si de agujas se tratara. Me coloqué la nueva bandana como si fuese una máscara y luego me puse la capucha de la capa.

Un rayo volvió a iluminar el cielo, y el cachorrito soltó un gemido.

Nueva misión. Donde brilla el dios rojo.

SE TRATA DE UNA MISIÓN GRUPAL. La recibirán todos los mazmorreros que se encuentren en la burbuja número 543.

Tu grupo ha sido nombrado anfitrión de esta misión grupal.

Ningún grupo tiene permitido abandonar la misión.

¿Has leído Donde crece el helecho rojo?

Pues está muy bien. Va sobre unos niños que ahorran dinero para comprarse dos perros de la raza cazador de mapaches. Anita y el Viejo Dan. Y también hay un gato que se porta muy mal en la historia. Y pasan muchas cosas.

Bueno, pero lo que te quería preguntar es si alguna vez te has percatado del extraño fenómeno que se da en los libros sobre perros de la Tierra. Siempre mueren al final. Siempre. ¿Qué clase de cabrones sádicos y enfermos sois?

Los cachorritos jamás deberían sufrir ni el más mínimo dolor. Pero así son las cosas. Gracias, cultura de la Tierra.

Orthrus, el cachorrito gigante, está siendo electrocutado por una andanada constante de relámpagos. Y también hay un puñado de tiburones muy obstinados que no dejan de morderle los tobillos una y otra vez. Empieza a dolerle. Pobrecito. Le ha empezado a bajar la salud.

Si muere, será culpa vuestra. Sobre todo de Carl el mazmorrero, el responsable de haber encerrado al cachorrito en una burbuja demasiado pequeña y demasiado peligrosa para él.

Si Orthrus muere, el todopoderoso dios Emberus convertirá la burbuja en un horno. Os deseo mucha suerte para llegar a la escalera si termina por pasar algo así.

Si el cachorrito sobrevive a la tormenta eléctrica y escapa de los tiburones, hay muchas posibilidades de que también acabéis muertos, pero al menos lo haréis sabiendo que dejáis atrás un mundo en el que un pobre perrito indefenso no ha sufrido.

Bueno, menos Maggie My la mazmorrera. Ella atropelló a un cachorro de labrador una vez con su Chevrolet Tahoe. ¡Zorra!

Recompensa: Es una sorpresa.

—Mierda —dije al tiempo que volvía a caer otro rayo. El perro aulló. No alcanzaba a ver la barra de salud que supuestamente tenía encima. Empecé a sentirme fatal y envié un mensaje a Dónut.

DÓNUT: ¿QUÉ ACABAS DE DECIR?

CARL: Ya me has leído. ¿Tienes esas pociones de invisibilidad que te di? Úsalas, pero solo si es absolutamente necesario. Y prepara también la poción de Mordecai. Me salvó la última vez.

DÓNUT: ¿ESTÁS BORRACHO?

CARL: Lo siento. No puedo hacerlo yo solo y eres la única que tiene el conjuro. Tú puedes. Creo en ti.

DÓNUT: ME GUSTABAS MÁS CUANDO NO ME DEJABAS LANZARME DE CABEZA AL PELIGRO.

Vi nuestro destino a través de la arena. Las torres no dejaban de recibir el impacto de los rayos. Brillaban como balizas antes de apagarse por completo, pero no parecía ocurrir nada más.

—No funciona —comentó Katia.

—Es posible que los terremotos hayan desconectado el cable —dije.

Apareció una notificación del CHAT DE MISIÓN a un lado de mi interfaz mientras avanzábamos por los restos de lo que antes habían sido las murallas que rodeaban el castillo de Ghazi. Vi la escalera en el mapa, sellada y enterrada entre la arena.

Me di cuenta de que el chat de misión me daba una oportunidad de hacer algo que antes no podía hacer. Era una sala de chat especial que solo aparecía durante las misiones de grupo y que, en este caso, incluía a todos los mazmorreros de la burbuja. La abrí. Me quedé sin aliento al ver la lista. Estábamos todos los del cuadrante de Aire, el grupo de Gwen, Britney y los asaltatumbas. Pero en este último grupo solo quedaban tres: Low Thi el frikazo mentecato, Morris el hombre araña y Bobby el trampero. Los tres tenían la palabra POSEÍDO tras el nombre.

Pero también había dos nombres más en la parte inferior de la lista. Separados. Maggie My y Chris Andrews 2. Tras el nombre de Chris aparecía la palabra ESCLAVIZADO.

A pesar de los poseídos y los esclavizados, todo el mundo parecía tener la capacidad de escribir en el chat.

Dónut ya lo había descubierto y se había puesto a insultar sin piedad a Maggie My, quien no había escrito nada.

Tran se dirigió a un lado del castillo para comprobar si el problema era el cable, mientras que Katia se acercó titubeante a la torre. Sobre nosotros, Orthrus lloriqueaba y el viento arrastraba sus quejidos. El mundo tembló cuando el perro levantó una pata e intentó sacarla del agua. Todos nos tambaleamos. En la distancia, se oyó un estruendo cuando se derrumbó otra parte del templo.

DÓNUT: … Y QUE HAYAS MATADO UN PERRO NO COMPENSA LO QUE LE HAS HECHO A CHRIS. BRANDON MURIÓ PENSANDO QUE SU HERMANO ESTABA ENFADADO CON ÉL Y FUE POR TU CULPA. ERES LA PEOR PERSONA QUE HA EXISTIDO JAMÁS, Y MIRA QUE HE CONOCIDO A GENTE HORRIBLE.

Chris: Dónut.

Dónut: UNA VEZ CONOCÍ A UNA SEÑORA QUE TENÍA UN MARAVILLOSO GATO HIMALAYO LLAMADO CACAHUETE AL QUE SOLO ALIMENTABA CON UNA DIETA EXTRAÑA SIN CARNE, POR LO QUE CACAHUETE SE PUSO MALITO Y LE DIO ALOPECIA.

Chris: Dónut.

Dónut: Y OTRA SEÑORA CONVENCIÓ A SU HIJA PARA VENDER UNA GATA PRECIOSA Y MUY LEAL DESPUÉS DE GANAR UN CONCURSO, METERLA EN UNA JAULA Y TENER BEBÉS CON SU PROPIO TÍO, QUE DABA MUCHO MIEDO Y ERA MUY MALO. Y TODO PARA GANAR DINERO.

Chris: Dónut, para.

Dónut: ¡PUES ERES PEOR QUE TODOS ELLOS JUNTOS! FRANK SE PUSO MUY TRISTE Y DEJÓ DE SER UN ASESINO Y LE DIO A CARL EL ANILLO, PERO LUEGO LLEGASTE TÚ E HICISTE QUE CHRIS LO MATASE Y AHORA CHRIS YA NO PUEDE ENTRAR EN EL CLUB DESPERADO. ES HORRIBLE. ES POSIBLE QUE NO PUEDA VOLVER A BAILAR JAMÁS. LA SEÑORITA BEATRICE SIEMPRE BAILABA CONMIGO CUANDO LAS DOS ESTÁBAMOS TRISTES Y SIEMPRE ME HACÍA SENTIR UN POCO MEJOR. Y TÚ LO HAS ESTROPEADO TODO.

Carl: Dónut, ¿no deberías estar haciendo otra cosa?

Dónut: ESTOY CORRIENDO TODO LO RÁPIDO QUE PUEDO, CARL. PUEDO CORRER Y ESCRIBIR EN EL CHAT AL MISMO TIEMPO.

Carl: Chris, ¿seguís atrapados en esa habitación?

Chris: Hemos salido. Bajamos por una escalerilla enorme y desconectamos un cable que había en el agua. Y después atacamos a un grupo de mazmorreros y matamos a uno. Ahora estamos volviendo a la parte de arriba. No sé si ella puede leer este chat.

«No, no, no, no».

Low Thi: ¡Mató a Tyler! Estábamos bajando, pero ¡este tío salió de la nada y lo partió por la mitad! Corrimos, pero activamos una trampa y ahora unos fantasmas nos han poseído a todos.

Morris Sp: Y encima ya ni siquiera estamos juntos. Estamos deambulando sin rumbo por ahí. ¡Y Janice pisó uno de esos aplastadores y explotó!

Bobby: No puedo más. Estoy harto. Se acabó. Esto es demasiado. Demasiado.

Carl: ¿Puedes mover la mano? Rasca un poco la pared. Si recibes daño, creo que el fantasma abandonará tu cuerpo.

Me arrepentí de escribir algo así justo después de darle a Enviar. Había sido un error, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Era la única forma que tenían de saber cómo dejar de estar poseídos.

Tran regresó. Todos nos apartamos un poco cuando un rayo volvió a caer sobre las torres. Se iluminaron por completo y se quedaron zumbando durante diez segundos antes de volver a la normalidad.

—Sigue conectado —comentó Tran, sin aliento—. No creo que ese sea el problema.

Carl: Chris, mira, no tenemos tiempo. Lo siento mucho por no haberte hecho caso antes. Te prometo que…

Chris: Eso ahora da igual. Hemos vuelto a la parte superior del templo. Maggie está haciendo trampa. Tiene ayuda externa. Un…

Chris ha quedado silenciado en el chat.

Los mensajes anteriores también desaparecieron del registro.

—Joder —grité. Era la segunda vez que pasaba algo así. Alcé la vista al cielo—. ¡No me jodas!

—Mierda —dijo Katia al tiempo que se daba la vuelta. El escudo antidisturbios le apareció en el brazo—. ¿Ahora? ¿En serio? Chicos, viene algo.

La lanza de Gwen apareció en su mano en ese momento. Una oleada de puntos rojos se materializó de repente y avanzaron a través de la tormenta. Pazuzu ferales. Gwen y Katia empezaron a moverse al unísono, como si formasen parte de una manada de cazadoras, en dirección hacia la nueva amenaza. Tran sacó un sable y las acompañó. Yo seguí con los chats. Además del chat de misión, ahora estaba hablando con Imani y con otro mazmorrero al que le había dicho que les enviase unos mensajes a otros con los que no podía comunicarme directamente. Era incapaz de luchar y encargarme de esto al mismo tiempo.

Morris Sp: Ha funcionado. ¡Soy libre!

Low Thi: ¡Yo también!

Carl: Bien. Yo una vez tuve que romperme un dedo para anular un conjuro de Encanto, por lo que supuse que algo así también funcionaría en este caso.

Era una excusa muy mala y desesperada que no explicaba por qué sabía que seguían teniendo el control de la mano izquierda. Había todo un capítulo del libro de recetas dedicado a superar desventajas. Por suerte, nadie solía cuestionar mi conocimiento general.

Tserendolgor: Si alguien nos lee, los pomos de la parte de dentro de las puertas de nuestras estancias seguras se están fundiendo.

Carl: Estamos trabajando en ello. Nos estamos esforzando al máximo.

Un hombre escorpión que soltaba espuma por la boca salió volando por los aires y aterrizó frente a mí con un crujido. Los tipos eran enormes, más que las versiones normales que vivían en el asentamiento. Gwen y Katia habían pasado días enfrentándose juntas a esas criaturas, mientras Dónut y yo estábamos fuera de juego. Este seguía con vida, por lo que activé Garrazo y le di una buena patada en la cabeza para acabar con él. Después, saqué una esfera pelotazo y se la lancé a otro; la pelota trazó una curva en el aire a causa del viento. A pesar de todo, lo golpeó en un lado de la cabeza y lo tiró al suelo.

Dónut: NO ME DEJA. DICE QUE ESTOY DEMASIADO LEJOS. TIENE LA SALUD POR LA MITAD.

Carl: Louis, Firas, os voy a necesitar. Salid de ahí e id al Tetamen. Dónut, reúnete con ellos en la casa. Rápido.

Louis: ¿Durante la puñetera tormenta?

Firas: ¿Estás borracho?

Dónut: ¿INTENTAS MATARME?

Envié un mensaje rápido a los asaltatumbas.

Morris: La escalerilla lateral. Sé dónde está. Hay una entrada no demasiado lejos. La despejamos antes, pero lleva hasta un panel eléctrico un poco raro que no hace nada independientemente de lo que toquemos. Sigue sumergido, eso sí. No se puede entrar a la cripta por ahí. Créeme. Lo hemos intentado.

Carl: Mirad, chicos. Necesitamos conectarlo. Estoy muy seguro de que es lo que está fallando, pero será peligroso. Cuando se conecte, el siguiente rayo freirá todo lo que aún se encuentre bajo el agua dentro de la tumba. Tendréis que salir de ella lo más rápido posible.

Morris: Diría que es más de un kilómetro de escalerilla, pero puedo usar mi habilidad Seda para llegar rápido a la superficie. Bobby sigue poseído. Low está demasiado lejos. Parece que tendré que ser yo. Llegaré al panel en unos cinco minutos, pero la última vez que bajamos ahí Quetzalcoatlus empezó a gritar y a dirigirse hacia nosotros.

Low Thi: Yo me encargo de la pterodáctilo. La distraeré. Vamos allá.

Carl: Buena suerte.

Me giré hacia la oleada de pazuzu ferales y me uní al enfrentamiento.

Gwen saltó sobre un pazuzu, giró en el aire y vi cómo la lanza le resplandecía y le iluminaba el rostro lleno de arena ensangrentada. La ballesta de Katia apareció en ese momento, y los virotes mágicos se clavaron en otro par de escorpiones. El viento silbó con fuerza, y prácticamente no había visibilidad alguna. Era como si nos atacasen a través de una pared de arena.

Uno se lanzó sobre mí de repente, con un aguijón del que goteaba veneno. Agarré la parte aserrada con la mano porque era inmune, pero me atravesó la piel y grité de dolor. Después, cerré el puño con fuerza sin soltar el aguijón mientras la criatura no dejaba de intentar zafarse. Tenía la boca llena de espuma como si tuviese la puñetera rabia. En ese momento, apareció el guantelete y conseguí arrancarle de un tirón la parte trasera de la cola. Empezó a brotar sangre de la herida y aproveché el momento para darle un rodillazo en el pecho al monstruo. Después le di un revés en la mandíbula y luego lo apuñalé en el cuello con la punta de su propio aguijón.

DÓNUT: LO HEMOS CONSEGUIDO. HE LANZADO SANAR CRIATURA Y HA FUNCIONADO. NO ME LO PUEDO CREER. PERO LA SALUD SIGUE BAJANDO, ESO SÍ. ESE ESTÚPIDO PERRO NI SIQUIERA ME HA DADO LAS GRACIAS.

LOUIS: La casa se está rompiendo. El globo no deja de balancearse de un lado a otro. Nos vamos a caer. Es como subirse a un toro salvaje.

FIRAS: Yo hice eso una vez. Y me caí.

CARL: ¿Y los rayos?

LOUIS: Pues están por debajo de nosotros. Me preocupa más el perro, la verdad. Estamos intentando dejar atrás las cabezas, pero no dejan de moverse y aullar. Si nos ve, vamos a tener problemas.

CARL: Tenéis que conseguir que no le baje la salud. Haced todo lo posible.

FIRAS: ¡Joder! ¡La mitad del cuenco se acaba de derrumbar! ¡La mitad donde se encontraba el asentamiento bactriano ha desaparecido!

Un enorme pedazo de roca cayó en la playa cercana. El suelo tembló. Era probable que el lado contrario de la isla hubiese quedado sepultado bajo el desprendimiento. No teníamos mucho tiempo. Sobre nosotros, el perro volvió a aullar. No le quité ojo de encima al mapa de la necrópolis. El punto de Quetzalcoatlus se dirigía a la habitación con el panel, pero cambió de rumbo de repente.

Morris: ¡Bobby ha muerto! ¡Dios! Creo que ha quedado aplastado.
Carl: Céntrate en la misión.
Morris: Ya casi he llegado.
Low Thi: ¡Me está persiguiendo! La he distraído. ¡Rápido!

Aviso: Este mensaje pertenece a un mazmorrero fallecido.

El jefe, que podía atravesar las paredes, casi ni se detuvo al destrozar al mazmorrero. Empezó a dirigirse a toda velocidad hacia la posición de Morris.

«Dios, han muerto por mi culpa».

Morris: ¡Ya lo he conectado! ¡Lo he conseguido! Voy a subir…

Aviso: Este mensaje pertenece a un mazmorrero fallecido.

Justo cuando apareció el mensaje, las torres que tenía delante se iluminaron al caerles el rayo.

El ruido posterior fue como si todas las ramas de cada uno de los árboles del universo se rompiesen al mismo tiempo. La arena que había debajo de la torre, incluyendo aquella en la que yo estaba enterrado hasta los tobillos, se iluminó. Empecé a sentir un dolor por todo el cuerpo y, durante un instante aterrador, pensé que me había quedado sin pies. La salud me bajó prácticamente hasta la mitad. De repente, me había quedado paralizado. Me tambaleé, pero no podía caerme porque no podía mover las piernas. La playa entera alrededor de las dos torres pararrayos, a unos sesenta metros a la redonda, se había cristalizado.

Katia, Gwen y Tran estaban tan paralizados como yo. La salud de Tran estaba prácticamente a cero, pero volvió a subir cuando se sanó. Yo saqué la pierna, y el cristal empezó a resquebrajarse. Conseguí zafarme justo a tiempo para darle un puñetazo a un pazuzu que cargaba contra mí y no había quedado atrapado entre el cristal. Era el último.

No sabía si lo que había matado a Morris Sp era la electrocución del interior del templo o Quetzalcoatlus. Era el último mazmorrero que quedaba en el cuadrante Subterráneo, pero eso ya daba igual.

No estaba seguro de cuántos habían empezado en la necrópolis, pero habían muerto todos. Todos y cada uno de ellos. Estaba muy seguro de que les había tocado una de las peores partes de todo el quinto piso. Y era una mierda. Les dediqué unos segundos de silencio.

Pero al menos su sacrificio serviría para algo. Habían cumplido con su misión.

> Notificación de burbuja. El guardián de la tumba de Anser se ha destruido con éxito. ¡El cuadrante Subterráneo se ha liberado!
>
> Felicitad todos a los mazmorreros que han liberado con éxito el salón del trono. Felicitad todos a los mazmorreros Gwendolyn Duet, Low Thi y Morris Sp.
>
> Todos los mazmorreros que aparecieron en el cuadrante Subterráneo ahora pueden viajar libremente a los demás cuadrantes.
>
> Pero... Un momento. ¡Están todos muertos!
>
> Notificación de burbuja. Los cuatro cuadrantes se han liberado con éxito. Felicidades.

¡Psssst! El ruido se pareció al silbido de una lata de cerveza al abrirse. Durante unos diez segundos, el viento se intensificó aún más, tanto que incluso costaba respirar. Me estallaron los oídos. La temperatura descendió de repente y un extraño hedor como a ozono lo cubrió todo, seguido del olor distante de algo ardiente. Y luego la tormenta paró por completo, igual que pararía de agitarse la nieve de un globo de nieve al romper el cristal.

Pasaron unos instantes, y luego otra ventisca azotó la playa, lenta, constante y fría. Seguía siendo de noche, pero el cielo sin estrellas adquirió una tonalidad rojiza. Sobre nosotros, Orthrus siguió gimiendo. Su sombra ocupaba la mitad del cielo.

> La burbuja número 543 ha estallado. Las cuatro ubicaciones de las escaleras ya están abiertas. ¿Ves? Tampoco ha sido tan difícil. Tanto lloriqueo y tanto drama para nada, ¿verdad?

Esperaba que el océano se hubiese drenado, pero no lo hizo. Me di cuenta de que solo había desaparecido la parte superior de la burbuja, como si fuese la mitad superior de un huevo de Pascua de plástico. Por eso, el agua seguía contenida dentro de la parte

inferior. La arena se agitaba con el viento y costaba respirar, ya que no había llegado a asentarse del todo debido a la nueva ventolera.

Pero lo sentí. Sentí que esa claustrofobia de la que casi no me había percatado desaparecía por completo al fin.

> DÓNUT: CARL, LA SALUD LE BAJÓ CASI POR COMPLETO CUANDO HICISTE ESO DEL SUPERRAYO, PERO LO CURÉ. Y AHORA NO HAY RAYOS, PERO NO HA PARADO DE BAJARLE. ESE PERRO ESTÚPIDO NI SIQUIERA SABE MANTENERSE CON VIDA. CREO QUE ES PORQUE LOS TIBURONES LO ESTÁN MORDIENDO.

Mierda. Aún no había acabado. Teníamos que sacarlo del agua.

Estaba muy seguro de que ya podíamos bajar por las escaleras a pesar de la misión de la burbuja, pero eso significaría abandonar al resto. Además, ahora Elle tenía el Portal de los dioses ferales gracias a Dónut y tenía que recuperarlo antes de abandonar el piso.

> LOUIS: Vamos a tener que aterrizar para arreglar la red. No puedo mantener la casa estable con estas rachas de viento de costado. No nos queda otra.
>
> CARL: Venid hacia aquí. Quedaos detrás del perro para que no os vea. Maggie está suelta por alguna parte del cuenco. No quiero que estéis por ahí. Todos los demás tendrán que quedarse en una estancia segura hasta que nos hayamos encargado de ella. Pero esto es lo primero.

Katia me puso la mano en el hombro. Estaba empapada de sangre y, de repente, sentí como si yo no hubiese sido de ayuda alguna en el combate, a pesar de haber acabado con decenas de esas cosas.

«He enviado a esos tipos a una muerte segura. Y ellos sabían que iban a morir. Y los envié de igual manera. Dios, ¿qué derecho tengo de hacer algo así?».

—¿Les digo a los demás que esperen? —preguntó Katia.

—Sí. Aún nos quedan tres días. ¿Cuánto necesitábamos para lo último que tenemos que hacer? ¿Unas cuatro horas y media?

Katia titubeó.

—Pues sí —dijo al fin—. Si estás seguro de ello. Y puede que una hora más para el portal al sexto piso.

Íbamos a ir bastante justos.

—Dile a Elle que espere hasta que acabemos con la misión del perro. Después empezaremos con los rescates. —Tragué saliva—. Si

todos los dioses ferales que invocamos también invocan a un dios de verdad, vamos a quedar muy apretados por aquí.

El Tetamen apareció sobre nosotros. La red que sostenía la casa estaba muy ajada. Vi a Dónut en el borde dando brincos. El patio que rodeaba la casa estaba lleno de agujeros, y un reguero de agua caía por una tubería rota.

—Dios —murmuré—. Han tenido suerte de que esa cosa no se cayese.

Alcé la vista para mirar al perro gimoteante. Ya no estábamos justo debajo, pero aún lo veía muy bien a pesar de la oscuridad. Volví a leer las condiciones de victoria de la misión. La criatura tenía que sobrevivir a la tormenta eléctrica y escapar de los tiburones. El problema era que, a pesar de que la burbuja se había abierto, el perro no parecía tener intención de sacar las patas del agua. El dios del fuego no parecía saber que la mascota estaba por aquí. No tenía ni idea de qué era lo que había fuera de la burbuja. ¿Sería un pozo sin fondo? Era probable que no, pero estaba demasiado oscuro como para ver nada.

Nos dirigimos hacia la casa a la carrera cuando aterrizó. Louis y Firas iban de un lado a otro como dos hormigas obreras. Dónut saltó al suelo y luego se subió directamente sobre mi hombro. Mongo apareció en ese momento, aún en la casa, y me graznó.

—Carl, no tenemos tiempo. Ese chucho apestoso va a morir muy pronto. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dónut.

—Esta cosa no tardará en caer de los cielos si no la arreglamos —me gritó Louis desde el tejado.

Miré el garaje de al lado. La puerta permanecía cerrada. Suspiré.

—Dónut, ¿aún tienes ese pergamino de Garfios de carne que conseguimos en el tercer piso?

30 

<Mazmorrero Sinjin. Decimoquinta edición>.

Ahora venero a la diosa Kuraokami. Puede que sea la peor decisión que he tomado jamás. La diosa está patrocinada por un tigador macho imbécil que parece creerse que lo venero a él de verdad. Este sistema es mucho más complicado de lo que debería. Si veis a un dios, si encontráis un templo o si os hacéis con un pergamino de oración, se os dará la opción de adorar a una deidad. Una vez lo hagáis, conseguiréis una gran cantidad de beneficios, pero también una serie de normas que tendréis que seguir. Las de Kuraokami son que, si matáis algo, tenéis que tocar el cadáver con hielo al menos una vez al día. ¿Por qué? Pues yo qué carajo sé. No tengo conjuros de hielo, por lo que tengo que volver a las estancias seguras y hacer acopio de cubitos todos los días.

Si hago esto del hielo una vez al día durante cinco días seguidos, consigo una bendición. El problema es que no sabes qué hace dicha bendición. Aún no he llegado a los cinco días. Si fallas durante uno de esos días, la deidad «te rechaza» y dejas de tener el resto de los beneficios. Si fallas dos días, recibes una desventaja. Si lo haces tres, caes en desgracia y no puedes volver a venerarla. Hay un 50 % de probabilidades de que te caiga un «castigo divino». No sé lo que significa eso, pero supongo que no será nada bueno.

También puedes abandonar su fe voluntariamente, pero al hacerlo sufres uno de esos castigos automáticamente.

Pero lo peor de todo es que, mientras veneras a una deidad, dicha deidad puede enviarte mensajes. La descripción decía que no era habitual, pero mi diosa no cierra la puta boca. Estoy muy seguro de que soy el único que la adora, y que este tigador comemierda se aburre lo más grande y no deja de *spamearme* con mensajes. El último que recibí fue: «Tienes que decir que soy la diosa más guapa en voz alta». Pero lo que hice fue mandar a tomar por culo al tío ese. Y ahora el cabronazo no deja de enviarme mensajes para insultarme. No sé si pueden hacerme algo, en realidad, a menos que alguien lo invoque o que me afecte uno de esos castigos. Tan pronto como llegue a la estación de las escaleras, abandonaré la fe y saltaré hacia ellas. Quizá así me libre.

<Nota añadida por el mazmorrero Azin. Decimoséptima edición>.

Esa era la última entrada de Sinjin. Una persona de mi grupo sufrió un castigo divino de su dios y le dejó una desventaja de ceguera permanente.

Manteneos al margen de los puñeteros dioses.

—Carl, esto ya no tiene arreglo. Si queremos aterrizar, vamos a tener que hacerlo de verdad —dijo Dónut mientras nos preparábamos para volar.

Mientras me aseguraba de que el tanque de combustible estaba lleno, Katia se inclinó sobre el motor y se puso a apretar tornillos como una loca.

Golpeó uno de los cilindros del motor radial del ala izquierda con la llave inglesa.

—Normal que estas cosas tengan tan poca potencia. Algunos de estos pistones están del todo atascados. Este ni siquiera estaba bien conectado. Es un milagro que vuele incluso. Esto es una idea terrible.

—Siempre tenemos ideas terribles —comenté.

Sobre nosotros, Orthrus volvió a gimotear. Teníamos que llegar ahí arriba y curarlo lo antes posible. Esperaba de verdad que esto funcionase. Ya nos ocuparíamos más tarde de detallitos de nada… como aterrizar.

Como no había ningún lugar decente para despegar, hablé con Louis y Firas para hacer volar la casa durante unos instantes, lo que nos permitiría lanzarnos desde el borde del Tetamen y, con suerte, alzar el vuelo a tiempo. Decidimos volar hacia el océano, lejos del perro y más cerca del borde de la burbuja.

—No veo nada ahí abajo —comentó Firas, que se inclinó por el borde para mirar. El cuadrante de Agua terminaba, y la pared brillante de la burbuja se alzaba unos doce o quince metros por encima del agua. Detrás de ella no se veía nada sino oscuridad. Contemplé un borrón brillante de algo no demasiado lejos y estaba seguro de que se trataba de la pared de otra burbuja, pero no se veía muy bien.

—Esta altura será suficiente —dije—. Tenemos que buscar al tipo de fuego.

—Está por ahí —dijo Dónut, que señaló hacia el este—. La temperatura del aire es mucho más alta en esa dirección. Y también veo ondas de calor en el horizonte a mucha distancia cuando ajusto las gafas en ese modo extraño en el que se ve todo oscuro.

—Perfecto —dije.

Les había comentado a Gwen y a Tran, en el cuadrante de Tierra, que encendiesen el drenaje y lo mantuviesen así, lo que con suerte eliminaría toda el agua de la necrópolis. Después, les había dicho que volviesen a una estancia segura.

—Vais a tener que hacerlo aquí —gritó Louis desde el tejado de la casa. Estaba arreglando con desesperación la red de cuerdas—. El viento cada vez sopla más fuerte y esto no va a aguantar demasiado. —Me tiró el rollo vacío de cinta americana mágica. Lo hizo a mucha altura, y tuve que saltar para agarrarlo. Me hice con él. A duras penas. Le habría dado una buena paliza si se hubiese caído por el borde. Lo guardé en el inventario para que se regenerase.

> Carl: Oye, ¿ese dios de fuego sigue derritiendo todo en tu burbuja?
> Tserendolgor: MIERDA. SÍ, JODER.
> Carl: Vale. Vamos de camino. O eso espero.

—Louis, cuando despeguemos vuelve a dejar esto en el suelo. —Miré a Dónut, quien se había puesto a jugar con el arma en la parte de atrás del oso rabioso. Bajé la voz—. Pero antes de marcharte…, asegúrate de que no nos caemos al agua. Si las cosas salen mal, quizá tengas que ir a recogernos en el océano.

Sacamos el oso rabioso del garaje grande y lo colocamos con el viento de cola. Louis bajó el globo para que le diese la brisa que venía del exterior de la burbuja. El globo empezó a coger velocidad. Me senté en la cabina y encendimos los motores, que rugieron con fuerza. Podría decirse que no tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo. Vi la columna de control, los pedales, un indicador de combustible, algo parecido a un giroscopio que no entendía, los dos aceleradores y ya. Sobre nosotros, Orthrus tenía la salud en rojo. Dónut siguió sentada detrás de mí.

Lanzó el conjuro Antorcha y, de alguna manera, pegó la luz en la parte interior del ala superior para que iluminase el interior de las

cabinas, resolviendo así un problema que ni me había planteado.

—¿Lista? —grité por encima del rugido de los motores.

La gata gruñó algo que no conseguí oír. Extendí el brazo hacia Katia y levanté un pulgar, para luego empujar hacia delante el acelerador e intentar ganar el máximo de velocidad posible. El pequeño biplano retumbó mientras avanzaba para luego caer por el borde mientras levantaba mucha tierra.

Caímos como una roca, pero al tener el viento de cola evitamos precipitarnos en picado. Tiré de la columna de control a medida que el océano se acercaba a nosotros. Sentí cómo el estómago me daba un vuelco, como si estuviésemos en una montaña rusa, mientras rezaba por mi vida. Conseguimos enderezarnos, y luego sentí cómo empezábamos a alzar el vuelo. Ajusté el timón con uno de los pedales y nos estabilizamos. Tiré para elevarnos aún más.

«Joder, joder. Esto funciona».

> DÓNUT: A ver si pilotas mejor, que vas a hacerme vomitar.

Viré en dirección a Orthrus mientras ascendíamos, con un trazado lento de curvatura constante con el que pasé rápidamente por encima del perro. No quería hacer nada que complicase aún más las cosas. Vi el Tetamen descendiendo rápidamente en dirección al pueblo pazuzu.

El movimiento más ínfimo de mis manos o de mis pies tenía un impacto muy significativo en el control de la avioneta, y en muchas ocasiones era contraintuitivo. Me daba la sensación de que el vehículo iba a romperse en mil pedazos si tiraba de alguna palanca en la dirección equivocada, aunque fuese solo unos pocos centímetros.

La habilidad PILOTO DE BIPLANO subió hasta 3 de repente. Estos niveles de habilidad no me proporcionaban información adicional, pero la palanca me resultó más suave al momento. No obstante, el vehículo al completo seguía vibrando ominosamente.

Mientras ascendíamos, vi al fin las dos cabezas de aquel perro gigantesco. Se parecían a las de un cachorro de lobo pero con orejas más grandes. La cabeza de la derecha las tenía levantadas, y la de la

izquierda tenía una levantada y la otra colgando. Una lengua enorme se balanceaba de un lado a otro desde la boca de la cabeza con una oreja caída.

«Dios, el cabrón es adorable».

Le quedaba un diez por ciento de la salud. Dentro de poco iba a quedar inconsciente. Teníamos que darnos prisa.

Alineé el avión con cuidado para colocarlo detrás de las dos cabezas y, en ese momento, vi otro brillo distante más allá de los límites de la burbuja. El paisaje que se apreciaba en la distancia sí que se parecía a una hoja de plástico de burbujas. La mitad estaban estalladas, pero había otras que seguían intactas. Había más aún detrás de esas, pero se perdían en la oscuridad del horizonte.

Recordé dónde estábamos, o sea, bajo la superficie del planeta Tierra, lo que significaba que, aunque no lo viese, tenía que haber techo en alguna parte. Teníamos que tener cuidado y no ascender demasiado. Frente a nosotros, la montaña que era la primera cabeza de Orthrus se alzó y empezó a moverse de un lado a otro.

—Tengo que acercarme —gritó Dónut.

Apreté los dientes y mantuve la trayectoria. Éramos pequeños y con suerte no nos vería.

—Vale. ¡Espera!

Finalmente, me di cuenta de que si colocaba el punto en mitad de aquel giroscopio extraño, significaba que el avión estaba recto y no iba a ascender ni a descender. Había un bloqueo en dicho giroscopio, así que hice clic en él por curiosidad. No me dio la impresión de que ocurriese nada al principio, pero luego me di cuenta de que la columna de control se había quedado fija. Era un piloto automático algo rudimentario, diseñado para mantenernos en la misma trayectoria. Anda… Se desbloqueó solo en el momento en el que volví a agarrar la palanca.

Nos acercamos al lomo del animal, tanto que empezaba a resultar peligroso. Le vi el pelaje, que se extendía como un bosque debajo de nosotros. Todo olía a perro mojado.

—¡Lo lanzo!

La criatura al completo empezó a brillar y la salud le subió al menos un 50 %. Dónut lanzó el conjuro otra vez mientras nos

alejábamos y lo curó por completo, aunque la barra empezó a vaciarse de nuevo al instante. Ambas cabezas aullaron, y tuve que tirar de la palanca para evitar chocar, lo que hizo que el avión al completo temblase como una bicicleta al pasar sobre rocas.

Era muy complicado de pilotar. Daba la impresión de que siempre intentaba caer en picado y, como no había un horizonte en sí, resultaba difícil saber si el avión estaba recto si no miraba el giroscopio.

—Vale. ¿Lista? —grité.

—No repitas lo de las turbulencias, Carl —dijo Dónut.

—Voy a rodearlo. Prepara el pergamino.

Habíamos recibido el pergamino de Garfios de carne en el tercer piso. Un elfo urbano había usado el mismo para atraer a Mongo hacia un callejón y separarlo de nosotros. Por suerte, no teníamos que estar tan cerca para lanzarlo. El problema era que, una vez lo usásemos, llamaríamos la atención del perro. Esperaba que consiguiésemos movernos lo bastante rápido.

Antes de usarlo, volví a leer la descripción.

> Pergamino de Garfios de carne.
>
> Seamos francos, podría decirse que todos los dueños de una mascota tienen este conjuro, al menos en lo que a sus animales se refiere. A veces, lo activan cuando abren una lata de comida. O cuando dicen: «¡A comer, Fido!». En ocasiones, lo que lo activa es el ruido que hace un tarro de mantequilla de cacahuete al abrirse. Da igual lo que lo haga, ya que el efecto es el mismo. Haces algo y tu mascota se acerca corriendo.
>
> Garfios de carne tiene el mismo fundamento. Lo lanzas, y las mascotas se acercan corriendo. Pero en este caso, el hedor que brota del humo negro que aparece en tu mano huele a los restos podridos del cadáver hinchado de un buey leproso después de ser abusado una y otra vez por una hiena libidinosa. En otras palabras, que huele como el culo.
>
> Pero a las mascotas les encanta. Les encanta tanto que se lanzarán hacia ti sin pensar.
>
> Este conjuro atrae a todas la criaturas de clase mascota carnívoras, estén atadas o no, hasta el origen del olor durante unos 30 segundos más 10 segundos por cada punto de Inteligencia que tenga el lanzador. El conjuro tiene un alcance de 100 metros más 20 metros por cada punto de Carisma.

Dónut tenía 53 puntos de Inteligencia, pero había que contar los más de 10 puntos que recibía debido a las mejoras temporales del Buen descanso y de la ducha. El sistema seguía *bugueado* y no

mostraba el número bien, pero sí que lo tenía en cuenta cuando se lanzaba el conjuro. A veces. Teniendo en cuenta que su Inteligencia total sería de unos 64 puntos, el conjuro iba a durar más de 9 minutos, que sería tiempo más que suficiente para conseguir que el perrito saliese del agua de una vez y sacarlo luego de la burbuja. Era todo lo que necesitábamos hacer para completar la misión.

El Carisma de Dónut era de 120. Una pasada. Con las bonificaciones, el conjuro iba a tener un alcance de unos tres kilómetros. Parecía muchísimo, y lo hubiese sido en circunstancias normales, pero el monstruo era enorme y capaz de cubrir esa distancia con un solo salto. Si no teníamos cuidado, podíamos perderlo.

Seguí virando alrededor hasta que volví a colocarnos sobre el agua y detrás de la mascota. Al mismo tiempo, no había dejado de ascender, con cautela por si nos topábamos con un techo invisible. El viento helado no dejaba de azotarme el rostro. Hacía muchísimo frío. La nueva chaqueta no me protegía nada contra él, la verdad. El avión traqueteó unas cuantas veces, y temí que hubiésemos alcanzado su altura máxima. Lo enderecé y recé para que el oso rabioso aguantase unos minutos más.

—Lee el pergamino —grité.

El hedor pungente empezó a dejar una nube detrás del biplano, como si el motor acabase de prenderse fuego. Nos dimos cuenta de que el perrito dejaba de gimotear. Enfilamos directamente hacia el exterior de la burbuja y nos dirigimos hacia la oscuridad, dejando atrás una nube de humo como si fuésemos en un tren.

—¡Carl, Carl, esto huele fatal! Dios, voy a vomitar otra vez. ¿Cómo se me ha ocurrido lanzar el conjuro? No me puedo creer que esto haya atraído a Mongo.

Entrando en la laguna.

—¿Nos está siguiendo? —pregunté a grito pelado.

—Se nos ha quedado mirando, Carl —respondió Dónut—. ¡Más rápido!

—Esto no va más rápido —respondí.

Resonó un estruendo ensordecedor detrás de nosotros cuando el cachorrito se subió a la necrópolis para luego lanzarse al océano. Miré por encima del hombro y vi que la criatura aullaba con indignación. No dejaban de llover rocas de la parte superior de la tumba mientras el perro agitaba las patas y salpicaba agua por todas partes para girarse hacia nosotros. Gimió al caer por el borde de la burbuja.

—¡Ha salido! —gritó Dónut—. ¡Lo hemos conseguido!

Esperaba que la mascota cayese al vacío para luego desaparecer, pero en lugar de eso aterrizó en un suelo que estaba mucho más cerca de lo que creía. Cuando volvió a erguirse sobre las cuatro patas, vi que era mucho más alto de lo que había sido antes. Ambas cabezas aullaron, y la lengua siguió balanceándose alrededor de la boca de la izquierda. Soltó un «auuuuu» para luego correr a toda prisa hacia nosotros, rebotando con torpeza. Era aterradoramente rápido.

> ¡Misión completada! Donde brilla el dios rojo.
>
> ¡Has salvado a la mascota del peligro! ¡Viva!
>
> Debería daros vergüenza a todos los que tuvieseis esta misión y no hayáis hecho nada. La próxima vez que estéis en peligro de muerte, espero que os acordéis de esto cuando no haya nadie que aparezca de repente para salvaros el culo. De ser así, al menos todos acabaréis en el hoyo.
>
> Recompensa: ¡Has conseguido una nueva misión!

—Pero me cago en… —murmuré.

Dos burbujas aparecieron frente a nosotros. Nos encontrábamos a unos tres cuartos de la altura de ambas y no las habían estallado aún, lo que significaba que los mazmorreros del interior no habían completado la misión de los castillos. Las paredes impenetrables eran opacas, aunque una de ellas brillaba como una bombilla esmerilada. Viré el avión hacia el espacio que había entre ellas. A la altura en la que eran más anchas, aún quedaba un espacio de casi medio kilómetro. Era suficiente para pasar volando, pero un problema para el perro gigante.

> Nueva misión. El lacayo más tonto.
>
> SE TRATA DE UNA MISIÓN GRUPAL. Todos los supervivientes de la anterior misión grupal se encuentran ahora en un grupo para completar esta. ¿Y por qué

no? Todos los mazmorreros de la burbuja número 18 también se han añadido a la misión. ¡Fiesta para todos!

Tu grupo ha sido nombrado anfitrión de esta misión grupal.

Ningún grupo tiene permitido abandonar la misión.

Vaya, vaya. Menuda movida tenemos montada por aquí. Emberus, dios del fuego y de la ceniza, parece creer que la mascota perdida de su hijo está dentro de la burbuja 18. Pero el perro no está ahí dentro, claro. Se encuentra por fuera de la 543 y acaban de rescatarlo de una muerte muy dolorosa. El siguiente paso debería ser sencillo. Solo hay que reunirlos a ambos. Cuando ocurra, tanto Emberus como Orthrus volverán de inmediato a los Salones Celestiales y todo volverá casi a la normalidad.

Si algo le ocurriese al cachorrito, la misión se dará por fallida. Si la misión se da por fallida, los mazmorreros recibirán uno a uno el castigo divino de Emberus, sin importar el piso en el que se encuentren. Es probable que no sepas lo que significa eso, pero te aseguro que tampoco quieres saberlo.

Hum. Quizá esto sea demasiado fácil. ¿Sabías que en la burbuja 18 no ha muerto ningún mazmorrero? ¡El lugar está inundado de lava, pero han conseguido sobrevivir! Ridículo, ¿verdad? Poquita fiesta veo ahí. Vamos a ver qué puedo hacer.

Recompensa: ¡Recibirás una caja de misión de platino!

—Carl, ¿por qué la misión se llama así? —gritó Dónut—. ¿Y qué quería decir con eso del final? No me ha gustado nada.

—No tengo ni idea. Un momento. —Di la curva con el biplano alrededor de la burbuja. La habilidad de pilotaje me subió otra vez, y el temblor del aparato disminuyó un poco. Solo un poco.

Lo vi al fin frente a nosotros. No estaba demasiado lejos. Era una presencia reluciente que abarcaba el horizonte, como un sol que saliese por la mañana. Iluminaba aquel mundo exterior más y más a medida que nos acercábamos.

El mundo entre mundos donde nos encontrábamos, la laguna, era más parecido a un cartón de huevos que una hoja de plástico de burbujas. Cada burbuja individual se encontraba en su espacio, algo hundida. La «tierra» de la laguna, que aún no era capaz de ver desde allí, solo se encontraba a unos pocos cientos de metros debajo del agua de nuestro cuadrante.

Orthrus se dirigió hacia nosotros aullando de felicidad. El maldito cachorro se había olvidado de que había estado a punto de morir unos minutos antes y ahora empezó a chocarse contra todo lo que había en aquel mundo fuera de las burbujas. Saltó sobre las que estaban sin estallar, que al parecer eran resbaladizas. Volvió a aullar, cayó de lado y rodó.

Guau, guau, guau, guau.

El cachorrito estaba sin duda fuera del alcance del conjuro Garfios de carne, pero aquello no parecía importarle. Conjuro o no, nos había visto y quería atraparnos.

Dónut se había puesto a gritar insultos que yo no oía muy bien. Las dos burbujas que teníamos delante estallaron en ese momento. La de la izquierda contenía lo que parecía ser un cactus gigante. La de la derecha, una estructura de hormigón curvada con forma de medialuna. Ambos lugares tenían solo una iluminación tenue gracias al resplandor rojo del horizonte.

La mascota apareció de la nada y aterrizó con estruendo sobre el mundo del cactus gigante, donde hizo una pausa para hacer pis antes de continuar persiguiéndonos. Me estremecí y deseé que todos los que se encontraban cerca estuviesen bien.

> CARL: Dios. Mensaje para todos: si estalla vuestra burbuja, entrad en una estancia segura. ¡Hacédselo saber a todo el mundo!

—Va a pillarnos, Carl —gritó Dónut—. Si terminamos en la barriga de un cocker spaniel gigante de dos cabezas, que sepas que jamás te lo perdonaré.

—¡Si se acerca demasiado, disipa el conjuro!

Dónut agitó la pata frenéticamente.

—¡No puedo disiparlo! —La voz se le había vuelto una octava más aguda—. ¡No hay botón! ¡Suele haber un botón! ¡El humo no va a parar! ¡Este olor es insoportable!

Empezaba a ponerme nervioso. Al parecer, los últimos arreglos de Katia estaban funcionando bien. Avanzábamos a casi cuatrocientos kilómetros por hora y estábamos a medio camino. Mientras la presencia del dios no hiciese explotar el puñetero avión, pronto íbamos a conseguir atraer al perro hasta el lugar donde se encontraba. Detrás de nosotros, la criatura había girado para investigar otra de las burbujas, pero su cabeza izquierda aulló hacia donde nos encontrábamos y continuó persiguiéndonos.

> ¡Nueva misión! A por Orthrus.
>
> ¡Se trata de una misión de mundo! ¡Todos los mazmorreros del quinto piso que sigan con vida recibirán este mensaje!

Ahora sí que nos vamos de fiesta.

Orthrus, el cachorro de dos cabezas, no ha dejado de brincar alegremente por la laguna, el mundo donde se encuentran las burbujas. Este perrito adorable se dirige hacia el padre de su antiguo amo. No te preocupes. No vas a perderlo. Acaba de ahogar a los tipos de la burbuja 331 y de derrumbar la torre baliza de la 298.

¡Menuda amenaza!

Hay que matarlo.

Recompensa: Cualquier mazmorrero que mate a esa cosita adorable antes de que encuentre a su abuelo recibirá lo siguiente:

Un millón de monedas de oro.

Cinco pociones de subir de nivel.

Un mono mascota llamado Jimbo.

Aquellos que tengan activa la misión de grupo «El lacayo más tonto» tienen libertad para matar a la mascota si son unos cabrones sádicos, pero no recibirán las recompensas. ¿Sabéis qué? Que da igual. ¡También las recibirán!

—¿Esto es una broma? ¿En serio? —grité—. ¡Venga ya!

Abrí el chat de inmediato para enviar un mensaje grupal, pero tanto Katia como Elle ya estaban en ello y se habían puesto a decirle a todo el mundo que darían caza personalmente a todos aquellos que le hiciesen cualquier cosa al perro, aunque fuese lanzarle una flecha, cuando este pasase junto a su burbuja.

Viré hacia la izquierda para cruzar entre dos burbujas sin estallar. Había toda una hilera de ellas por allí y tuve que pasar por el medio como si estuviese volando por un desfiladero. Cuando cruzamos entre las dos primeras, Orthrus pegó un brinco y aterrizó sobre una, muy cerca de nosotros. Ladró contento y brincó dos veces antes de extender una pata para golpearnos.

—Mierda, mierda, mierda —dije al tiempo que tiraba de la palanca para descender lo más rápido posible. Éramos tan pequeños en comparación con el monstruo que quizá ni nos hubiese visto. Estaba persiguiendo el alargado penacho de humo que dejábamos a nuestro paso. La pata gigante pasó muy cerca y disipó parte del humo.

—Carl, esto ha sido una idea terrible —gritó la gata, que no había dejado de agitar también la pata como si la tuviese en llamas. El movimiento desperdigaba aún más el humo, y todavía quedaban seis minutos de conjuro.

De repente, ambas cabezas gimotearon de sorpresa y dolor al mismo tiempo. Fue un estruendo tan repentino que casi se me sale el corazón por la boca. Giré la cabeza a un lado y a otro para mirar hacia atrás. La barra de salud que Orthrus tenía encima bajó de repente y el perro desapareció de nuestra vista. En la oscuridad solo se oían sus lamentos doloridos.

—Mierda —gruñí—. Alguien lo ha atacado con un conjuro o algo así. Prepárate para curarlo.

—Carl, tenemos que acercarnos mucho para que funcione la sanación.

—Lo sé —dije al tiempo que alzaba el biplano para abandonar la protección de las burbujas que nos rodeaban y alejarnos de aquel horizonte ardiente. El vehículo chirrió mientras daba una curva muy cerrada.

—¡Hay alguien más aquí fuera! —gritó Dónut.

Vi el punto azul en el mapa moviéndose a toda velocidad por la negrura sobre nosotros, para luego caer en picado hacia el perrito, más o menos en la misma trayectoria que seguíamos.

«Pedazo de cabrón», pensé.

Había pasado de largo junto a la criatura y aprovechado el momento para lanzarle un conjuro, y ahora estaba dando la vuelta para acabar con él.

No me hizo falta ver la descripción del mazmorrero para saber de quién se trataba. No podía enviarle un mensaje directamente, ya que solo había hablado con él en una ocasión, durante la primera misión grupal del tercer piso. Nunca nos habíamos encontrado en persona. Y no había chat de grupo para esta misión de mundo. Si terminaba por matar al perro, iba a acabar con todos los de nuestra burbuja y con los de la 18.

CARL: Si alguien tiene a Quan Ch en el chat, que le diga que se esté quietecito, joder.

31

Tran: ¡Yo lo tengo en el chat! Le dije que iba a matarnos si acababa con el perro. Y él respondió: «Perdón, pero la recompensa es demasiado buena. Además, si de paso acabo con esa puñetera gata será como matar dos pájaros de un tiro».

—Pero ¿qué le he hecho yo? —gritó Dónut, que ni se molestó en escribirlo en el chat.

Dónut había mencionado lo mucho que odiaba a ese «tramposo» de Quan unas veinte veces desde que había recibido la caja celestial al final del tercer piso. No me sorprendió que él se hubiese enterado de alguna manera. Era muy probable que alguien le hubiese mostrado vídeos o algo así durante alguna entrevista.

Envié una pregunta rápida y desesperada a Mordecai, quien respondió con solo una palabra.

Mordecai: Sí.

—Lánzale un puñetero proyectil mágico —grité. Extendí el brazo hacia atrás, hacia Dónut—. Y dame esa poción, la mezcla especial de Mordecai.

Dónut disparó un proyectil, pero falló por mucho. A la velocidad a la que íbamos, costaba mucho apuntar. La poción apareció en mi mano y la guardé en el inventario. Dónut se había acostumbrado a no hacer preguntas en este tipo de situaciones.

Gracias al sistema de inventario, conseguí preparar la poción sin tener que sacarla. Hice clic mental en ella en la lista y la arrastré hacia el otro objeto que Mordecai me había dado el mismo día que había creado esa poción. Se combinaron y se creó algo nuevo.

Orthrus estaba asustado y tenías las cuatro orejas pegadas a sus respectivas cabezas. Se había cubierto entre dos burbujas, una estallada y la otra intacta. La que estaba abierta tenía mucha vegetación y, de haber tenido cuadrante de Aire en el pasado, este parecía haber desaparecido a estas alturas. El cachorrito gimoteó cuando vio acercarse a Quan. Tenía la salud al 20 %.

Nos colocamos detrás de Quan, quien había descendido un poco y se estaba preparando para atacar otra vez. Había visto su ataque principal varias veces en el episodio resumen y tenía poco alcance. Era una especie de rayo de energía azul que brotaba de su mano izquierda. Lo había usado para hacer chocar los trenes entre sí en el piso anterior.

Quedaban unos veinte segundos para que llegase a la distancia adecuada.

—Prueba otra vez —gruñí.

Un proyectil mágico siseó junto a mi oreja cuando Dónut lo disparó directo hacia el hombre volador. Le dio en toda la espalda.

Se agitó en el aire, pero no ocurrió nada más. Se recuperó casi de inmediato. No apareció barra de salud alguna. Un escudo transparente brilló durante unos instantes a su alrededor. El tipo miró por encima del hombro y nos dedicó una leve sonrisa.

—¡Está haciendo trampa, Carl! —gritó Dónut—. ¡Tenía un escudo!

—Es esa túnica de mierda —dije. El objeto de categoría celestial que le daba la capacidad de volar, el ataque de rayo y supuse que también el escudo. Habíamos visto pruebas del escudo antes. Lucia Mar tenía algo parecido. Mordecai comentó que era posible que la túnica también tuviese otros beneficios que desconocíamos, como grandes bonificaciones a las estadísticas y otras habilidades especiales o conjuros.

La protección probablemente fuese un conjuro Escudo de nivel 15, pero no lo sabíamos con seguridad. Escudo era uno de esos conjuros sobre los que Mordecai y yo habíamos hablado mucho. Íbamos a usar todo nuestro dinero para comprar un grimorio en el siguiente piso y dárselo a Dónut.

Si de verdad era ese conjuro y lo tenía a nivel 15, le iba a durar el triple de su puntuación de Inteligencia en segundos, aunque no

tenía ni idea de cuánto podía ser. Lo protegía contra la mayoría de los ataques, incluyendo explosiones y magia. No obstante, no era un conjuro de invulnerabilidad. Los ataques psiónicos, auditivos o de nube seguían funcionando. Los golpes contundentes aturdían al lanzador, y el escudo en sí tenía puntos de golpe. Si se le hacía daño suficiente…, hacía puf y desaparecía. El total de puntos de salud del escudo aumentaba con el nivel. Con 15, era una locura…, como diez veces la puntuación de Constitución del lanzador.

Habíamos visto cómo Quan Ch escapaba en lugar de luchar en muchas ocasiones, por lo que o el escudo tenía muchísimo tiempo de recarga o el tipo era un cobarde de campeonato. Tenía nivel 48, uno más que yo. También contaba con una innumerable cantidad de estrellas de muertes de jefes de barrio y de distrito sobre la cabeza. No tenía calaveras, a pesar de lo mucho que nos había complicado la existencia en el piso anterior. Pero jugaba sucio. Era como un buitre. Se aprovechaba de los débiles y de los que estaban casi muertos para robarles las presas. Estaba seguro de que escaparía rápidamente en el momento en el que se viese que estaba en peligro.

Íbamos más rápido que él y estábamos a punto de alcanzarlo, pero tenía claro que podía derribarnos con poco más que un movimiento de muñeca. Lo había visto abollar la parte delantera de un tren en movimiento sin mucho esfuerzo.

—Dónut —grité mientras nos acercábamos—. ¡Ajusta las gafas de sol para ver su firma de calor! ¡Y luego lánzaselo todo cuando pasemos junto a él! ¡También proyectiles mágicos!

Enderecé el avión e hice clic en el giroscopio para fijar la trayectoria. Si manteníamos la posición, íbamos a pasar unos nueve metros por debajo.

Frente a nosotros se alzaba la montaña que era Orthrus.

—¡Carl, va a destrozarnos!

—¡Si no funciona, salta!

Me levanté del asiento y me giré hacia la derecha para agarrar la vara de metal que unía el ala superior con el fuselaje. Me subí al ala inferior y mantuve el equilibrio mientras el viento amenazaba con

lanzarme hacia la oscuridad. La pequeña hélice de estribor chirriaba justo frente a mí. Tenía que tener mucho cuidado.

—¡Carl, Carl! Pero ¿qué estás haciendo?

—¡Las gafas! ¡Ya! —grité mientras desplegaba la *xistera* y la cargaba con la bola de discoteca hobgoblin. Quan giró la cabeza para calcular la distancia a la que nos encontrábamos y abrió los ojos como platos cuando me vio sobre el ala. Se inclinó a un lado hasta hacer un tonel, y vi que la mano izquierda empezaba a brillarle. Justo en ese momento, lancé la bola de discoteca, que pasó muy cerca de la hélice.

El escudo seguía intacto, pero la bola de discoteca le había explotado en el pecho y lo había desviado. El residuo de arena pegajosa se le había quedado pegado al conjuro de protección como si fuese barro. El humo de los colores del arcoíris empezó a brotar a su alrededor a causa de la explosión, y él agitó los brazos frenéticamente. Lanzó el rayo al fin, pero falló por mucho.

Pasamos a toda velocidad junto a Quan, que seguía sobre nosotros. En ese momento, empecé a oír los ataques. Dónut gritó de júbilo mientras disparaba a su presa. Un proyectil mágico doble de máxima potencia también se precipitó a toda velocidad hacia la nube en la que se había convertido Quan.

—¡Le he dado! ¡Le he dado!

Cargué una hobomba con mecha que había diseñado con la nueva habilidad Detonador remoto. La lancé hacia el penacho de humo arcoíris, que era cada vez mayor. A pesar de la nueva habilidad que me permitía lanzar cosas al doble de distancia, me había quedado un poco corto. Aun así, detoné la bomba cuando empezaba a caer y explotó a unos seis metros del humo.

Sabía por experiencia que había estado muy cerca de acabar con todo.

El humo arcoíris chisporroteante y crepitante empezó a caer en picado. No vi el cuerpo de Quan, ya que los restos de la bola de discoteca eran pegajosos y se le habían adherido al pecho para luego seguirlo mientras caía como un cometa. Desapareció en la nada de debajo.

—¿Lo hemos matado? ¿Está muerto? —gritó Dónut.

—No —respondí entre alaridos mientras volvía a la cabina. Me hice de nuevo con los controles y viré hacia la derecha. Volamos sobre el perro, a unos escasos quince metros sobre las cabezas. De haberse movido en aquel momento, nos hubiesen dado un buen golpe—. Pero seguro que estará sordo y muy dolorido. Con suerte nos libraremos de él un buen rato. Lanza el conjuro de sanación.

Orthrus gimoteó debajo de nosotros. Dónut lo curó y yo alcé de nuevo el vuelo y giré hasta colocar el biplano entre dos burbujas. Habíamos conseguido subirle la salud hasta el 70 %, lo que tuvo el desafortunado e inmediato efecto de hacer que el perro volviese a interesarse en nosotros. El conjuro Garfios de carne no había dejado de expulsar humo por la pata de Dónut.

La criatura aulló mientras brincaba de un lado a otro. Viré el avión con brusquedad, cada vez con más confianza en mis capacidades de piloto, y corregí la trayectoria.

—¡Carl, más mazmorreros! —gritó Dónut justo cuando vi otra amenaza.

Un dirigible de metal con forma de pez apareció delante y debajo de nosotros. La aeronave, que se movía muy despacio, había surgido de la nada. Vi dos arpones que salían disparados de ella directos hacia el perro.

—¡Mierda! —grité.

Volaba demasiado bajo y demasiado lento, y los arpones no alcanzaron su objetivo. Vi cómo tres mazmorreros saltaban de ella cuando el perro se chocó contra el dirigible sin haberse percatado de su presencia siquiera. El globo con forma de pez explotó y desapareció entre el pelaje de la criatura. Sospechaba que los mazmorreros que habían saltado no habían terminado mucho mejor.

—¡Os lo tenéis merecido! —gritó Dónut mientras continuábamos avanzando a toda velocidad. Vi al dios frente a nosotros al fin. Y también lo sentí; el calor empezaba a alzarse como si nos acercásemos lentamente a una hoguera.

Emberus. El dios humanoide tenía un aspecto asimétrico desde atrás. Un cuerno curvado y enorme le sobresalía de la parte izquierda de la cabeza. La derecha parecía tenerla hundida, casi como esa niña con síndrome de compresión. El cuerno humeaba

como una varita de incienso. La piel del dios estaba formada por lenguas de llamas de color rojo y naranja, que revoloteaban a su alrededor y llegaban a formar lo que parecía la forma vaga y musculada de un ser humano. Por la descripción de los demás, normalmente su piel era una roca viscosa de tonalidad azulada, pero se había prendido fuego al ponerse a gritar a esa perra soldado. El dios era gigantesco, pero no tan grande como pensaba. En términos humanos, era como si Orthrus tuviese el tamaño de un caballo grande a su lado. Estaba apoyado en una burbuja y la golpeaba con un puño enorme mientras gritaba sin parar. La pared brillaba enrojecida.

Emberus, dios del fuego y la ceniza. Nivel 250.

Aviso: Es una deidad. Es invulnerable en este piso.

Se trata de un dios bloqueado. Esta temporada no habrá patrocinadores de esta deidad.

Este dios se ha invocado a esta ubicación. Se le aplicarán las normas de las invocaciones.

Emberus, hermano pequeño de Taranis y de la mitad de la bilogía del sol, cree fervientemente que es el mejor candidato para ascender al Trono Celestial. Se le conoce por ser estoico e indiferente al sufrimiento de los demás, a excepción de al de aquellos que considera dignos, y puede llegar a ser un dios justo si le da por ahí. El problema es que no le ha dado por ahí desde hace mucho tiempo. Normalmente, es un cretino absoluto que quema a todos tus seres queridos porque sí, para divertirse. Está considerado como uno de los más inestables de todo el panteón.

Hellik, su hermano gemelo, es otro dios del sol que está obsesionadísimo con matar a Emberus y a su hermano mayor Taranis. Es una relación muy tóxica. Supongo que la mayoría de las familias son iguales. No te recomiendo inmiscuirte.

La mera presencia de Emberus puede llegar a ser mortal para los mazmorreros, y eso cuando está en su forma normal. Cuando se pone sensible, hace que el ambiente se caldee al momento.

Dicen los rumores que como un atacante desconocido asesinó a su hijo favorito, últimamente Emberus ha estado actuando más raro de lo normal. El tío se arrancó los ojos por la pena que sentía. Asqueroso, la verdad.

Aún nos encontrábamos a kilómetros de distancia, pero cada vez hacía más calor. No íbamos a poder acercarnos mucho más. Necesitábamos que ese puñetero dios se diese la vuelta.

«Es ciego. Eso no va a servir para nada».

Había sentido la presencia de esa mujer perro de alguna manera. Pero ¿cómo?

—¡Hay más en el suelo? —gritó Dónut mientras señalaba hacia abajo.

Era un grupo entero de mazmorreros, de unos quince. Formaban un hilera de puntos rojos en el suelo que había entre dos burbujas y avanzaban hacia el perro. No los veía directamente a causa de la oscuridad, pero justo después de que Dónut los señalase vi cómo aparecía una bola de fuego y se dirigía hacia el perro. No le hizo absolutamente nada de daño.

—Joder —dije—. Esos imbéciles van a morir.

—O nos matarán a nosotros si acaban con ese estúpido cachorrito —comentó Dónut.

Otro conjuro surgió desde el lugar donde se encontraba el grupo. Era un proyectil mágico, pero Orthrus saltó sobre varias burbujas y consiguió evitarlo, ajeno por completo al peligro. Miró en nuestra dirección y empezó a ladrar frenéticamente entre brincos. Se deslizó por la burbuja sobre la que se encontraba y cayó hacia delante, para luego destrozar por completo el cuadrante de una burbuja estallada antes de ponerse en pie de nuevo.

—¿Ves a alguien más? —grité. El avión no dejaba de chirriar. A medida que nos acercábamos a Emberus, cada vez costaba más respirar. El viento soplaba como si tuviese un secador de pelo apuntado hacia la cara.

Orthrus volvió a gimotear, más agudo en esta ocasión. Ambas cabezas chillaron y lloraron para luego parar de repente. El perro cayó a plomo al suelo.

«Oh, no. No, no, no».

Giré el biplano. La criatura no estaba muerta, pero su salud había descendido hasta el 2 %, se había quedado inconsciente y tenía una cuenta atrás de un minuto sobre la cabeza. La mitad delantera del perrito estaba dentro de una burbuja estallada de la que caía agua sin parar. Era un mundo rocoso y vacío.

Quan. Ese puto mierda de los huevos. Se había recuperado y ya había vuelto. Había atacado al perro por detrás. En la distancia, vi la mota brillante e ínfima que era flotando en la oscuridad. Se acercaba a la mascota para darle el golpe de gracia.

El puñetero dios del sol estaba demasiado ocupado gritando como para oír lo que estaba pasando a varios kilómetros detrás de él. Giré el biplano directo hacia el perro y bajé un poco el morro. Luego aceleré a toda máquina.

—Agarra la palanca —grité mientras hacía clic en el giroscopio y saltaba de nuevo al ala. El avión empezó a temblar.

—¿Qué agarre la palanca? —aulló Dónut—. ¿Cómo que «agarre la palanca»? ¡Los pulgares, Carl! ¡Los pulgares!

—Tira de ella tan pronto como lance esto.

Cargué la poción en la *xistera*. Estaba llena de la mezcla especial de Mordecai, que sanaría de inmediato al cachorrito y lo haría casi invulnerable durante treinta segundos. Mordecai me había confirmado que funcionaba con el perro. Solo tenía que lanzársela antes de que Quan se acercase lo suficiente como para herirlo con su ataque eléctrico.

Dónut siguió gritando mientras descendíamos. Intenté ignorarla y me concentré por completo en el lanzamiento. Detrás de la criatura, vi cómo la mano izquierda de Quan empezaba a chisporrotear, por lo que me apresuré y lancé la bola tras gruñir a causa del esfuerzo. Salió disparada como una bala y desapareció de mi vista mientras nosotros seguíamos precipitándonos hacia la colosal cabeza izquierda.

La pelota golpeó al cachorrito justo en el mismo momento en el que Quan lanzó su ataque.

—¡Toma! —grité mientras el perro empezaba a brillar. La salud le subió por completo, pero no se despertó—. Cómete esa, pedazo de… ¡Aaay!

El avión giró con brusquedad hacia arriba, y tuve que agarrarme al soporte del ala. Empecé a moverme de un lado a otro, como si estuviese en una atracción de feria. Activé Pies pegajosos, lo que me salvó de salir volando lejos del vehículo. Dónut estaba en la cabina principal, gritando y con las patas alrededor de la palanca. Estaba reclinada del todo en el asiento y aferraba con todas sus fuerzas la columna de control. El avión dio una vuelta completa hacia atrás mientras yo también empezaba a gritar y me arrepentía de todas las decisiones anteriores que había tomado en la vida. Volvimos a dar

una vuelta, en esta ocasión un tonel hacia estribor. El avión chirrió y se le cayó algo al timón trasero.

—¡Suelta la palanca! —grité mientras avanzaba a duras penas. Me había acercado a la cabina hasta conseguir agarrarme al asiento, pero había separado los pies del ala y me había quedado colgando solo de los brazos. Dónut no se movió.

Agarré a la gata y me impulsé para meterme del todo en la cabina, hasta que conseguí sentarme bien y plantar los pies en los pedales. El avión empezó a hacer toneles uno detrás de otro, girando mientras la fuerza centrífuga tiraba de nosotros en todas direcciones al mismo tiempo. No tenía ni idea de cómo detener la maniobra y vi que se le cayó otra cosa al biplano por la parte de atrás. La pata de Dónut seguía expulsando ese humo negro, que cubría todo lo que me rodeaba y me había dejado sin visibilidad alguna.

Intenté centrar los pedales en el suelo. Estaban pegajosos y torcidos hacia la derecha. Algo se rompió cuando intenté colocarlos bien a la fuerza.

Cerré los ojos y pasé a centrarme en los controles de la interfaz del sistema. Moví la palanca con suavidad, a pesar de que tenía una gata que no había dejado de gritar aferrada a ella, e intenté enderezar la aeronave.

Seguimos girando, pero ahora a menos velocidad. Abrí los ojos y eché un vistazo alrededor. Solo había conseguido estabilizar el avión parcialmente. Habíamos dejado de hacer el tonel, pero seguíamos descendiendo en espiral como si cayésemos por una tubería. Intenté alzar el vuelo, pero el vehículo no reaccionó, prácticamente.

Íbamos a chocar contra el lateral del cachorrito o a aterrizar en el cuadrante de roca dentro de unos veinte segundos. Orthrus seguía inconsciente, pero tenía la salud al máximo. Quan se dirigía hacia nosotros con ambas manos brillando. Sabía que estaba muy enfadado y me pregunté si aún tendría activo el conjuro Escudo. Sospechaba que no. Debajo, vi algo más. Alguien, probablemente del grupo de antes, intentaba matar al perro desde el suelo de la laguna con una miríada de conjuros. No parecían haberse dado

cuenta de que Orthrus seguiría siendo invulnerable durante otros quince segundos.

Quan iba a matarnos antes de que chocásemos. Y luego cabía la posibilidad de esos imbéciles del suelo matasen al puñetero perro antes de que Emberus viese la batalla que se estaba librando cerca de él.

Solo me quedaba una opción. El botón nuclear. El último recurso.

Cuando la descripción de Emberus había aparecido en mi pantalla, me dio la opción de «venerarlo». Las notas del libro de cocina recomendaban no hacerlo. Abrí al momento la pestaña de los dioses en la interfaz. Solo tenía la opción de venerar a dos. A Grull o a Emberus. Hice clic en Emberus.

Apareció una ventana emergente que rezaba ¿ESTÁS SEGURO? Hice clic en sí. Después apareció un texto enorme que ignoré y cerré.

Hice clic también en el giroscopio para dejarlo fijo.

—Carl, ¿qué está pasando? ¿Por qué has empezado a brillar? —preguntó Dónut.

—Súbete a mi hombro y aguanta todo lo que puedas. No te sueltes. Usa las garras si lo necesitas. Y también tómate la poción casi chof.

Me puse en pie en la cabina mientras Dónut se agarraba a mí por la parte de atrás de los hombros, entre la capa y la chaqueta. Me clavó las garras y me dolió mucho, a pesar de la tela de la chaqueta y de la camisa de piel de trol. Extendí los brazos hacia arriba y me aferré a la parte trasera del ala superior.

—¡No te sueltes! —grité. La notaba temblar en mi espalda.

Vi un pequeño asidero para gnomos, que usé para impulsarme hacia el ala superior, donde conseguí ponerme en pie al fin mientras el biplano seguía cayendo hacia una muerte segura en espiral. Quan seguía acercándose con la mano izquierda brillando de azul y la derecha de rojo, algo nuevo. Saqué la granada celestial del inventario, la activé y se la lancé con todas mis fuerzas.

En ese momento, disparó el rayo rojo hacia la granada para intentar interceptarla. La pelota se quedó paralizada en mitad del aire, a unos cuatro metros de él. No tenía ni idea de qué conjuro

acababa de usar ni de para qué servía, pero había detenido en seco el proyectil.

Pero, por suerte, eso dio completamente igual.

La granada celestial había sido un premio de patrocinador que el Imperio Calavera había entregado a Maggie y a Chris, y se suponía que se usaba para invocar a un dios del dolor y así acabar conmigo. Pero, en lugar de eso, usé el regalo del príncipe Maestro para salvarme a mí. A mí y a todos los mazmorreros de dos burbujas.

La granada brilló una vez y creí que había desaparecido poco después. Quan siguió acercándose para disparar el ataque principal, momento que aproveché para saltar del biplano e intentar evitar el golpe.

Dio igual. Quan nunca llegó a lanzar el conjuro.

La granada estaba diseñada para invocar a un dios, un dios aleatorio a menos que la persona que lo hubiera lanzado venerase a una deidad concreta.

En ese momento, apareció Emberus, invocado a esta ubicación en contra de su voluntad desde el lugar donde se encontraba a unos kilómetros. Mientras me precipitaba en caída libre hacia el suelo, me giré para ver cómo el dios se manifestaba sobre nosotros. Me estremecí y me preparé para el calor, pero no llegó.

Había adquirido una forma extraña, diferente a la de antes. Ahora mismo no era más que una cabeza gigantesca y unos hombros. El dios era enorme y estaba enfadado, y su piel era de un gris brillante y lleno de ascuas con algunas zonas en llamas que parecían acné en realidad. Tenía una boca secundaria en la mejilla derecha que no dejaba de gritar y brillaba de color rojo. Sobre dicha boca, tenía la piel hundida, como si fuese una herida antigua que había sanado mal. Las cuencas de los ojos vacías dejaban tras de sí un penacho de humo y también caía de ellas un reguero de sangre.

El biplano a la deriva se chocó directo contra su nariz para luego explotar.

Has recibido Ayuda divina. Eres invulnerable durante sesenta segundos.

Yo me había vuelto invulnerable, pero Dónut no.

Quan había estado ahí, pero ya no. No sabía si había muerto, pero si seguía vivo era muy probable que se estuviese precipitando hacia el suelo.

La cabeza era enorme, del tamaño de una ciudad, pero más pequeña aun así que hace unos momentos, cuando el dios se estaba dedicando a golpear el costado de la burbuja 18.

Me dio la impresión de que no íbamos a aterrizar sobre Orthrus, sino en lo que parecía un valle plano que se encontraba en el cuadrante de Tierra de aquella burbuja. Había una escalera para bajar al siguiente piso en alguna parte. Desde las alturas veía la luz que brotaba de ella, alzándose por los cielos como si fuese la de un faro.

—Orthrus —dijo el dios, con una voz cargada de alivio que resonó por todas partes. La sangre que manaba de sus cuencas oculares se intensificó y pasó a convertirse en una lluvia—. Orthrus, estás aquí. Te estaba buscando. Me tenías muy preocupado.

Se suponía que el dios solo iba a quedarse sesenta segundos, pero desapareció antes de que cayésemos al suelo. Y también Orthrus. Emberus había dejado tras de sí un rastro reluciente en el cielo. Luego, todo quedó sumido en la oscuridad, iluminado únicamente por el haz de luz que brotaba de la escalera.

Me puse bocabajo.

—Aguanta —grité.

Chocamos contra el suelo. Dónut, que estaba en mi espalda, gritó de dolor y rebotó contra mí. Me quedé sin aliento, pero no se me rompieron los huesos. No recibí daño alguno. Me puse en pie y empecé a recuperar el aire.

Entrando en el cuadrante de Tierra del Profeta Desalmado.

Dónut se había quedado inconsciente. Tenía un 5 % de salud, la piel quemada y el pelaje chamuscado. Al fin había dejado de salirle humo de la pata. Lancé de inmediato un pergamino de Sanar y se recuperó. Le froté un poco el pelo y vi que las manos se me quedaron negras. El dios estaba demasiado caliente, a pesar de

estar en forma de cabeza gigante, y habíamos estado muy cerca. La ventaja Ayuda divina que te proporcionaba la granada celestial me había protegido sin darme cuenta.

La única luz alrededor era la de la escalera, que se encontraba a medio kilómetro de distancia. Me recordó a aquella noche en la que había empezado todo, a aquella escalera que relucía bajo una helada brisa nocturna.

Algo chocó contra mí y me lanzó por los aires.

Quan. Había conseguido pasar desapercibido para luego atacarme con su rayo, pero por suerte a mi invulnerabilidad le quedaban unos pocos segundos.

«Pedazo de capullo».

Me puse en pie de un salto, me giré hacia él y cargué.

El semielfo abrió los ojos de par en par. Le di un puñetazo directo en la cara y lo mandé volando hacia atrás. Apareció la barra de salud.

—Asesino de mierda —grité mientras se ponía en pie—. Te voy a reventar.

Apareció una daga en la mano de Quan y me intentó apuñalar. El arma se le hizo añicos en la mano poco antes de que desapareciera mi invulnerabilidad. Me di cuenta de que la mejora era indetectable. No tenía ningún indicador sobre mi cabeza que dijese que no me podía hacer daño. Era la única explicación que se me ocurrió a que aquel idiota me atacase en ese momento.

Ya podía herirme, pero eso era algo que él no sabía. Solté un grito ahogado al recibir el impacto, pero intenté disimularlo. Aunque el dios hubiese desaparecido, seguía notando el aire muy caliente. Me di cuenta de que el suelo estaba al rojo vivo. No me hacía daño en los pies, pero lo sentía. Todo a mí alrededor olía a carne quemada.

Gruñí y empecé a sentirme cada vez más rabioso. Pensé en lo que había hecho aquel tipo, en lo que había hecho con conocimiento de causa.

—¿No te das cuenta? —dije. Era incapaz de articular una frase coherente—. ¿Es que no te das cuenta?

«¿No te das cuentas de lo que acabas de hacer? —era lo que intentaba decir—. Solo te das importancia a ti mismo. Eres más

fuerte que todos nosotros, pero te da igual. Piensa en todas las cosas buenas que podrías hacer. Piensa en lo bien que estaríamos todos si no fueras un capullo egoísta».

Pero eso no fue lo que dije.

—¿Es que no te das cuenta? —repetí, palabras que fueron poco más que un gruñido ininteligible—. Eres un abusón. Eres un abusón y no le caes bien a nadie. Esa es la razón por la que…

Me quedé en silencio.

El tipo se dio la vuelta e intentó escapar volando, pero lo agarré por la túnica mágica y lo tiré contra el suelo. Cayó de cara contra la roca y se le cayeron algunos dientes. Activé Garrazo en el pie y le di un pisotón, pero el tipo era rápido y lo esquivó a tiempo.

«Para —dijo una voz distante en mi cabeza—. Para. Él no es el enemigo».

«Que te den —respondí a la voz—. Sí que es el enemigo. Y de la peor calaña».

Quan era un tipo pequeño, pero era rápido. No dejaba de salirle sangre por la boca. Brilló al curarse.

Me abalancé hacia él y siguió rodando por el suelo. De repente, se puso en pie dando una voltereta hacia atrás. La mano empezó a brillarle de azul. Salté hacia delante, agarré el brazo izquierdo que le brillaba y tiré de él para intentar desequilibrarlo y anular el conjuro.

En ese mismo instante, él volvió a intentar alzar el vuelo y escapar, pero en esta ocasión usó algún tipo de habilidad especial que lo hizo despegar como un cohete, en plan Superman. El mazmorrero gritó de dolor, y yo caí de culo. Se alejó en las alturas y desapareció en la oscuridad. Aturdido, me fije en la trayectoria del punto azul en el mapa. Aterrizó a medio kilómetro de distancia y consiguió abrirse paso a duras penas hasta las escaleras. Luego desapareció.

—Cobarde —grité mientras la rabia se apoderaba de mí—. ¡Esto no acabará aquí!

CARL: Tran, envía un mensaje a Quan de mi parte. Dile que eso no ha sido más que una pequeña muestra.

Me quedé mirando el brazo cercenado que tenía en la mano. Le había arrancado el puto brazo hasta el hombro y colgaba flácido mientras lo sostenía. Seguí contemplándolo entre jadeos.

Le acababa de arrancar el puto brazo. Tenía tres anillos en los dedos.

Me di la vuelta y vi que Dónut se acababa de despertar. Los ojos brillantes parpadearon al verme. No supe descifrar la expresión de su rostro.

Me quedé sentado en el suelo ardiente, que empezaba a enfriarse muy rápido. Todo estaba lleno de niebla a nuestro alrededor.

«Madre mía —pensé—. Madre mía. Acaba de pasar de verdad. Joder. Seguimos con vida».

Antes de que me diese tiempo de decirle nada a Dónut, apareció el anuncio.

> ¡Misión fallida! A por Orthrus.
>
> Ninguno habéis podido matar a un cachorrito de nivel 10. Un cachorrito. Normal que no dejéis de morir.
>
> ¡Ahora nadie adoptará a Jimbo el mono!
>
> Como penalización por fallar la misión, todas las estancias seguras servirán únicamente sopa de mono y galletas de agua durante lo que os queda en este piso.

Gruñí y rodé para ponerme bocarriba. Me sentí como si me hubiese atropellado un camión.

> ¡Misión completada! ¡El lacayo más tonto!
>
> ¡Has salvado a un cachorrito dulce e inocente! Ahora podrá retozar en el duodécimo piso, donde pronto continuará con su entrenamiento. ¡Pronto empezará a profanar monjas!
>
> Recompensa: ¡Has recibido una caja de misión de platino!

Me pregunté durante unos instantes quiénes estarían en la burbuja en la que nos encontrábamos ahora. No vi ni a mazmorreros ni a criaturas. Era muy probable que se hubiesen marchado cuando Emberus empezó a atacar. Estaba tan cansado que podría dormirme allí mismo, pero eso hubiese sido una idea terrible, claro.

Dónut se sentó a mi lado. No había dicho nada desde que habíamos saltado del avión.

Le envié un mensaje a Imani.

CARL: Será mejor que vayáis empezando.

IMANI: ¿Seguro? ¿No deberíamos esperar a que regresaseis?

CARL: No hay tiempo. Si empiezan a aparecer dioses, ya veremos qué hacer cuando ocurra.

Aún tenía una página entera de notificaciones que leer. Llevaba un tiempo aplazándolo. Tenía dos nuevos tatuajes, uno en el dorso de cada mano. Eran unos soles y ambos brillaban de una tonalidad anaranjada.

—¿Sabes qué, Carl? He tomado una decisión —dijo Dónut, que habló al fin. Liberó a Mongo, quien empezó a graznar y a investigar aquel mundo extraño donde nos encontrábamos.

—Dime, Dónut.

—Creo que tenían razón sobre ti. Creo que estás loco. No un poco loco, no. No en plan el típico loco que se pone una bolsa de comida congelada sobre la cabeza en un súper. Me refiero a loco loco. Loco de remate.

Subí a la gata a mi regazo y luego la apreté contra mi pecho. Empezó a ronronearme con fuerza en el oído.

32

<Nota añadida por el mazmorrero Luz Justiciera. Octava edición>.

Hoy he cometido un error. He matado a un PNJ al que no debería de haberle hecho daño. Los avecelestes del acantilado blanco somos fuertes y no dejamos que nos insulten sin que dicha persona reciba un castigo. Era propietario de una tienda que vendía suministros de trampas, en un gran asentamiento que hay aquí en el sexto piso. Necesitaba algo que tenía a la venta, pero me insultó y lo maté. Pude hacerme con el objeto de la estantería, pero tenía muchas cosas más. Siempre decía que los objetos estaban en la trastienda, pero allí no había nada. Creo que lo tenía todo en su inventario, pero al parecer los comerciantes no sueltan el inventario completo cuando los matas. Ahora, los guardias de la ciudad me persiguen y la tienda, que era un buen lugar donde muchos otros y yo comprábamos suministros, ha desaparecido y temo que todo se vaya al traste por mi culpa. Era la única tienda de trampas que había en este piso.

Esto es algo que me gustaría dejar por escrito para que quede para la posteridad. No cometáis el mismo error que yo. Intentad matar a la menor cantidad de inocentes posible a menos que sea absolutamente necesario.

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO:
3 DÍAS Y 7 HORAS

Tserendolgor: Ya no está, el mundo sigue demasiado caliente y se ha derretido todo. Una de los nuestros puede volar y va a salir a colocar el último de los cristales, lo que hará que estallé la burbuja. Después tendremos que bajar por las escaleras. Gracias también por la caja de platino. He recibido una mejora para mi lanzallamas. Un tipo de mi grupo recibió un grimorio de Sanar grupo. Todo el mundo ha recibido cosas magníficas.

Carl: Perfecto. Intentad salir lo más rápido que podáis. No querréis estar en una burbuja estallada cuando ocurra lo que pasará a continuación.

—Carl, por Dios. ¿Qué es lo que tienes en el dorso de las manos? —preguntó Dónut—. ¿Qué has hecho?

Examiné los nuevos tatuajes. Eran redondos de estilo tribal y representaban al sol. Eran casi idénticos entre sí, pero no del todo. Los rayos que brotaban del sol de la mano derecha eran ondulados, y los de la izquierda era triangulitos. Una diferencia sutil. Los dos eran negros, pero brillaban anaranjados. Los sentía allí, cálidos y algo incómodos.

—Supongo que son símbolos de mi nueva religión —dije mientras caminaba fatigado hacia la escalera. Queríamos examinarla para asegurarnos de que Quan se había largado de aquí. Además, tenía que haber una estancia segura cerca en alguna parte. Esos lugares resistían en pie aunque se destruyese todo alrededor.

El suelo estaba demasiado caliente para Dónut, por lo que se me subió al hombro. También guardamos a Mongo en el transportín. La zona estaba desierta.

—¿Religión? ¿Cómo que religión? No puedes unirte a una religión, Carl. Los domingos te despiertas a mediodía. Y yo no tengo muy claro cuáles son los Diez Mandamientos, pero sí que sé que los has incumplido casi todos muchas veces.

Le conté lo que había hecho y la razón. Me interrumpieron antes de terminar.

> Mordecai: Idiotas, ¿cuál de vosotros es el responsable de lo que acaba de ocurrir?
>
> Carl: ¿Qué?
>
> Mordecai: Acaba de aparecer una capilla en la estancia segura. Es un disco solar con una copa y una calavera. No dice a qué deidad pertenece, pero supongo que será Emberus.
>
> Dónut: ES COSA DE CARL. NO TE ENFADES CONMIGO.

Dónut suspiró.

—Mira, Carl, podríamos haber evitado todo esto si hubiésemos bajado antes por las escaleras. —Volvió a mirar los soles gemelos de mis manos riendo entre dientes con desdén—. Con la nueva chaqueta, la bandana y los tatuajes te pareces a uno de esos tíos cuya foto aparece en las noticias porque hizo algo relacionado con el exhibicionismo indecente en un centro comercial. ¿Qué consecuencias tiene el hecho de que tengas una nueva religión?

—Pues no lo sé —dije con una sonrisilla tímida—. Me da miedo hacer clic en la notificación.

—No seas crío, Carl. Los hombres llenos de tatuajes desagradables no deberían comportarse como críos. Mira, hay una estancia segura por allí. Vete leyéndola mientras caminamos. Entremos antes de que Imani y Katia empiecen a hacerlo saltar todo por los aires.

Suspiré y abrí las notificaciones mientras giraba hacia la estancia segura. No la veía en la oscuridad, pero estaba a unos quinientos metros por detrás de las escaleras.

> Felicidades, mazmorrero. Has dedicado tu vida y tu destino a servir. ¡Ahora eres seguidor de Emberus, el dios del fuego y la ceniza!
>
> Tu clasificación en la iglesia: acólito.
>
> Aviso: No tienes la clase clérigo o paladín. Por ello, quizá no puedas subir de categoría por encima de devoto. Consulta la pestaña Deidad para recibir más información.
>
> Emberus, la personificación del poder destructivo de una estrella, te da la bienvenida a su cálido abrazo. Emberus recibe de buena gana a todo aquel que acepte los fundamentos de su filosofía. Cree que el poder nunca debe mantenerse ocioso y que hay que usarlo y nunca despilfarrarlo.
>
> Debido a la nueva fe que acabas de descubrir, tienes que respetar las siguientes normas si no quieres provocar la ira de la deidad.
>
> - No debes causar ningún daño a otros adoradores de Emberus.
> - Tienes que detenerte y ofrecer una única gota de sangre en el templo de Emberus al menos una vez al día. Si no encuentras templos en un periodo de 30 horas, tendrás que hacer la ofrenda en la capilla solar que ha aparecido en tu espacio personal.
> - También deberás ofrecer en la capilla el 5 % de todo el oro que saquees.
> - No podrás poseer ni usar equipo mágico que esté bendecido por el dios Hellik.
> - Tienes que completar con éxito las cinco misiones de la iglesia que recibirás.

Una gota de sangre y algunas monedas de oro no parecían un sacrificio demasiado terrible.

No sabía qué era eso de las «misiones de la iglesia», eso sí. No recordaba haber leído nada parecido en el libro de cocina, pero aquella era la regla más preocupante. Dónut iba a molestarse mucho con el pago del 5 % de oro, pero podríamos capear el problema haciendo que fuese ella la que saquease la mayoría de los cadáveres. Tampoco tenía nada en el inventario que nombrase al dios Hellik. Pasé a examinar los beneficios.

Todos los seguidores que tengan una buena relación con el dios Emberus reciben los siguientes beneficios sagrados:

- Acceso a todos los templos de Emberus.
- Los templos de Emberus aparecerán en tu mapa.
- Los templos de Hellik aparecerán en tu mapa.
- Los adoradores de Emberus quedarán señalados con un símbolo.
- Los adoradores de Hellik quedarán señalados con un símbolo.
- Todos los adoradores de Hellik que mates, sean PNJ, mazmorreros o criaturas, te darán un 100 % más de experiencia.
- Inmunidad a la desventaja Quemadura.
- Todos los ataques físicos que hagas tienen un 10 % de probabilidades de infligir Quemadura.
- Acceso libre* al club Vencedor, independientemente de tus afiliaciones previas o actuales.
- Cada cinco días consecutivos de veneración, recibirás una bendición del dios.
- Obtendrás beneficios y responsabilidades adicionales a medida que aumente tu círculo de adoración.

Pues no estaba nada mal, sobre todo lo del acceso al club Vencedor. Había un asterisco después de las palabras «acceso libre», pero no había información que lo aclarase, lo cual me resultó preocupante. Supuse que ya lo descubriría al intentar entrar. Lo último que sabía sobre el lugar era que seguía cerrado porque Prepotente había armado una buena allí dentro.

El efecto Quemadura era genial. Se parecía a un veneno y hacía daño a un objetivo durante un periodo de tiempo. No estaba seguro de cómo funcionaban los beneficios de los templos. Había poca información al respecto en el libro de cocina, supongo que porque era más bien cosa de clérigos, una clase que no podía hacerse con el libro.

Los únicos templos que recordaba haber visto eran las entradas al club Vencedor, pero no me había fijado si estaban dedicados a deidades diferentes. Sabía que todos los clérigos y paladines tenían que elegir una deidad al seleccionar la clase, y que era algo que llevaban haciendo desde el tercer piso, por lo que tenía que haber templos por todas partes, en realidad. Había una notificación más que no había visto antes.

Mensaje de Emberus.

Tragué saliva. Era una notificación normal de chat, pero brillaba con luz dorada. Hice clic en ella.

> Emberus: Hijo mío, has ayudado a reunirme con la mascota perdida de mi vástago. Estoy agradecido. Te he otorgado una bendición. Pero nuestro trabajo no ha terminado. Tengo dos tareas que quiero que lleves a cabo.
>
> ¡Has recibido una bendición de tu dios!
> ¡Tu Constitución ha aumentado un 25 % durante 30 horas!

El mensaje parecía muy normal. Era raro que me hubiese llegado así. El sistema había descrito a Emberus como «inestable», pero no había nada en los beneficios ni en los requisitos que me pareciese muy alocado. Si todas las bendiciones eran así de buenas, merecía mucho la pena. Cuando hice clic para cerrar el chat, recibí otras dos notificaciones.

A diferencia de las misiones normales, la voz que leyó estas era la cavernosa del dios.

> Nueva misión. Descubre quién mató a mi hijo.
> Geyrun fue asesinado. Descubre quién lo hizo y por qué. La única pista que tengo es que el sospechoso más obvio, mi hermano Hellik, estaba en una reunión con el resto de nosotros cuando ocurrió. Hazle una visita al sumo sacerdote en la capilla de Emberus del club Vencedor para obtener detalles adicionales.
> Tiempo límite: No hay tiempo límite para esta misión. No obstante, recibirás un castigo divino si intentas marcharte del decimoctavo piso de la mazmorra planetaria antes de completar la tarea.
> Recompensa: Eso depende de quién lo haya hecho.

Teniendo en cuenta todos los mensajes anteriores, me temía que me iba a pedir algo así. Al menos no había prisa. Hice clic en la siguiente notificación. La voz de Emberus resonó muy enfadada cuando leyó esta.

> Nueva misión. Mata a Hellik.
> Hellik, mi hermano gemelo, el dios del sol y de la vida, quiere matarnos tanto a mí como a mi hermano mayor Taranis, el dios del trueno y regente del Trono Celestial. Es un imbécil. Es un peligro. No merece existir. Como seguidor, tu tarea es acabar con él. Recibirás una bonificación si tiene una muerte dolorosa.
> Tiempo límite: Hellik debe morir antes de que llegues al duodécimo piso. Si sigue con vida en ese momento, recibirás un castigo divino.
> Recompensa: Matar a Hellik te granjeará una caja de dios celestial.

Aviso: Matar a un dios puede tener consecuencias accidentales para todos los mazmorreros.

Respiré hondo. Si Hellik se parecía al Emberus que acababa de ver, estaba claro que no iba a poder matarlo pronto. Los dioses eran invulnerables y tenían nivel 250.

Pero también era algo de lo que podría preocuparme más adelante. Lo de obtener una caja celestial era maravilloso, pero intentar hacer daño a una de esas cosas era absurdo. Me parecía imposible incluso con el virote especial de Katia que servía para eliminar la invulnerabilidad durante unos pocos segundos.

Nos detuvimos en las escaleras, donde expliqué a Dónut y a Mordecai los beneficios y las misiones del dios. Tal y como esperaba, Dónut perdió la compostura al oír lo del diezmo del cinco por ciento.

—Pues vas a tener que borrarte de inmediato de esa religión. Así mismo te lo digo, Carl. No sé en qué estarías pensando. Tendremos que vivir con ese castigo divino, sea lo que sea. Seguro que no puede ser peor que el diezmo. ¡Esto es un ultraje!

—No es para tanto. No es nada comparado con lo que piden algunas religiones. ¿Sabías que los padres de Bea pagaban un veinte por ciento de su sueldo a la iglesia? Se enfadaban mucho con ella porque no aportaba dinero.

—¿Veinte por ciento? La verdad es que me cuesta creerlo.

—Es cierto. Y su padre era abogado. Ganaban mucho dinero.

—Guau. Normal que siempre fuesen tan gruñones.

Mordecai también me dijo que era un idiota, pero parecía distraído. Nos comentó que teníamos que volver a la estancia segura lo más pronto posible. Gracias a la ayuda de Samantha, había conseguido usar el ñame y tenía una poción para mí.

Las escaleras estaban colocadas sobre un cuadrado perfecto, una plancha de metal grande y cuadrada con un borde que sobresalía, como una de esas bandejas de papel donde vienen las galletas dentro de los paquetes pero de tres por tres metros. Las escaleras en sí no eran más que un agujero mágico en el centro. Me pregunté qué habría pasado en esta burbuja.

Había sangre reciente por todo el metal. Era de Quan, que seguro la había derramado al pasar. Sonreí y contemplé el brazo que no había soltado. ¿En serio llevaba un rato caminando con esto en la mano? Bueno… No había conseguido romperle la túnica, por desgracia, pero estaba seguro de que a partir de ahora ya no podría usar su ataque de rayo. Algunos mazmorreros tenían un beneficio de regeneración de extremidades, pero el conjuro era muy poco habitual. Y, al parecer, el brazo no le había crecido de inmediato. Con suerte, habría aprendido la lección.

—Ahora irá a por nosotros —comentó Dónut, que también miró el brazo—. Ya teníamos a Maggie, Maestro y Lucia Mar pisándonos los talones. Tendrías que haber matado a ese tío.

—Lo habría hecho, pero escapó —aseguré.

—¿De verdad te vas a quedar el brazo? Porque es asquerosísimo, Carl.

—Claro que me lo voy a quedar.

La estancia segura apareció en mi mapa, pero seguía sin ver absolutamente nada. Dónut había dicho que era una escotilla en el suelo.

Quan tenía tres anillos en los dedos. Saqué el primero de ellos. Era un anillo de Fuerza +2 normal y corriente, de los que eran muy comunes en los dos primeros pisos. Me lo puse; era el quinto que llevaba. Podía ponerme un total de diez, pero tenía intención de evitar hacerlo en los pulgares a no ser que fuese necesario.

El segundo anillo era más interesante.

> Anillo de oportunista de Rockard.
>
> Este anillo de piedra ambarina recibe el nombre de Rockard, uno de los mazmorreros más infames de la mazmorra. Este guerrero orco se hizo famoso por su asombrosa capacidad para abalanzarse en el último momento y conseguir el mejor botín y la mayor cantidad de experiencia. Todo el mundo lo odiaba. ¡Fue fantástico!
>
> Un dato curioso: el tipo lideró la lista de los diez mejores de su temporada hasta que su propia madre lo apuñaló mientras dormía. Por suerte para ti, en esta temporada los mazmorreros no pueden asesinar a otros como ellos en las estancias seguras. La verdad es que es una pena.
>
> Llevar este anillo proporciona al portador los siguientes beneficios:
>
> El beneficio En su punto.
>
> El beneficio Ricachón.

Los examiné en ese momento.

> **En su punto.**
> Aparecerán en tu mapa todas las criaturas que tengan menos del 50 % de salud. Esto no aumenta el alcance del mapa en sí, pero si lo usas con otras habilidades como Exploración te facilitará mucho convertirte en un capullo capaz de robarle la gloria a los demás.

Normal que Quan tuviese esa reputación. La descripción era correcta. Algo así facilitaba mucho ser un oportunista. Recordé en ese momento lo que había pasado en el piso anterior, cuando había intentado matar al jefe de provincia que Miriam Dom y Prepotente tenían en el punto de mira. Lo había estropeado todo y luego había escapado.

Era probable que el otro beneficio no hubiese podido aprovecharlo tanto por el momento, aunque eso habría cambiado a partir del sexto piso. Sonreí.

> **Ricachón.**
> Todas las criaturas que lleven objetos mágicos y usen algo para ocultarse aparecerán en tu mapa. Esto es bastante útil cuando quieres relacionarte con verdaderos seguidores de la moda actual y no con gente que solo es postureo y llevan cosas de imitación. También sirve para pillar desprevenida a la gente, darles un buen golpe en la cabeza y robarles todos los objetos, sí.

También me puse ese anillo.

El último no era mágico. Parpadeé al verlo hasta que me di cuenta de que parecía ser uno que llevaba puesto antes de entrar en la mazmorra. Era uno de oro que llevaba en el dedo índice. Me costó bastante quitárselo, como si fuese demasiado pequeño. Giré y tiré, tanto que el dedo terminó por crujir.

—Ups… —murmuré.

La descripción solo rezaba ANILLO DE ORO CURSI. SIN VALOR. TÍRALO. Lo alcé a la luz del orbe flotante que teníamos encima y vi unas letras desgastadas en la cara interna. «Para papaíto». Me lo puse en el dedo, pero no me llegaba hasta la base. Luego volví a ponérselo al dedo de la mano cercenada, aunque solo llegaba hasta el primer nudillo, y luego la guardé entera en el inventario.

Toqué la lámina de metal donde se encontraban las escaleras. Esperaba que estuviese ardiendo, pero estaba fría al tacto. La

empujé hasta la estancia segura como si fuese un trineo. Se movió con facilidad.

Di por hecho que sería mejor tener una ruta de escape justo por fuera de la estancia segura. No quería permanecer mucho más tiempo en esta burbuja extraña, sobre todo teniendo en cuenta que teníamos muchas cosas que hacer, pero tampoco teníamos manera de salir de allí y era mejor estar preparados.

KATIA: Louis se acaba de comer una sopa de mono y ha enfermado. Ha salido corriendo al baño del espacio personal antes de que pudiese detenerlo.

Solté un improperio y abrí el menú. Hice clic en la segunda pestaña del bloc de notas y borré todo lo que había escrito, incluyendo el mapa y las coordenadas. Escribí: LOUIS, SI VES ESTO, NO DIGAS NADA. Las palabras se subrayaron solas una a una mientras la pluma mágica empezaba a escribir en el papel vinculado con la parte interna de la puerta del cubículo del baño. El subrayado se detuvo justo cuando estaba escribiendo: LOUIS, SI VES...

Aviso: Te has quedado sin tinta.

Reprimí un gruñido. La última vez que la había mirado aún quedaba medio tarro. El contenedor se encontraba en una pequeña estantería que había colocado dentro del cubículo, y tanto Katia como Dónut sabían que había que tener cuidado al abrir la puerta porque se movía demasiado y podían tirarlo. Seguro que ese idiota lo había derramado, sobre todo teniendo en cuenta que había ido corriendo y habría dado un portazo.

El baño principal del espacio personal era como los baños de las estancias seguras normales. Entrabas y había un lavabo y un espejo en una pared. La ducha mejorada estaba a un lado de la habitación alicatada de rosa y el cubículo se encontraba en el lado contrario. La puerta de metal de dicho cubículo contaba con una cerradura y era exactamente igual que la del típico baño que podía encontrarse en cualquier sitio antes del derrumbe. No eran lugares exclusivos, como esos aleatorios que había desperdigados por la mazmorra. En el interior del cubículo había un retrete, un orinal para mear de pie y

un arenero mágico. Mordecai, que era cambiaformas, al parecer no necesitaba usar el baño, a diferencia de Katia.

Los PNJ no podían entrar en los baños, ni en ninguna otra estancia del tipo sala de entrenamiento o estudio de creación, sin que los acompañase un mazmorrero. Cuando los niños dromedarienses habían necesitado ir, los habíamos hecho salir a la estancia segura o les habíamos dicho que aguantaran. Si no era posible, como cuando había un dios en el exterior destrozando el mundo, había sido Katia la que los había escoltado al baño, no sin antes guardar la tinta y la pluma antes de que las viesen y dijesen algo en voz alta.

Pero con los mazmorreros era diferente. Podían entrar en el baño en cualquier momento una vez entrasen en el espacio personal. No obstante, les habíamos dicho a todos que usasen el baño de las estancias seguras anexas. Katia lo había justificado diciendo que teníamos suministros limitados, lo que no era mentira, pero también era porque el cubículo se había convertido en el único lugar donde podíamos intercambiar mensajes sin que nadie nos viese.

Habíamos empezado a hacerlo usando uno de los rotuladores de pizarra borrables de Mordecai contra el metal del interior, pero el robot limpiador siempre limpiaba los mensajes. Terminé por descubrir que el conjunto de papel, tinta y pluma del kit de escritor de cafetería, funcionaba en ambos sentidos. Pegué el papel en la cara interior de la puerta usando un sujetapapeles magnético que había saqueado de la sala del jefe durante el combate contra el Ciclado en el primer piso. Si Katia escribía algo allí usando la pluma mágica, aparecía en mi bloc de notas y yo podía responderle en ese mismo momento. Dónut también podía usarlo, pero para eso tenía que saltar a la estantería donde había dejado la tinta y escribir en el papel usando la boca. Solo lo había intentado una vez. Había escrito NO PIENSO USAR ESTO, CARL. Y ya.

Katia lo había guardado todo cuando habíamos metido a los refugiados en nuestro espacio personal, pero acababa de volver a colocarlo hacía poco para pasar información sobre las coordenadas de sus últimos cálculos. No había conseguido quitarlo de nuevo antes de que entrase Louis a la carrera.

Louis: Oye, Carl. ¡No me habías dicho que vuestro baño estaba encantado! Ah, por cierto. No te comas la sopa de mono. Está asquerosa.

Carl: Entraremos en un momento. ¿Por qué no pruebas la ducha mágica? No te dará los beneficios, pero creo que puedes usarla igualmente.

Louis: Ah, vale.

Así se quedaría calladito un rato.

Terminamos de colocar las escaleras junto a la escotilla de la estancia segura, que era una trampilla redonda que había en el suelo rocoso. La abrí y bajé por una escalerilla corta hasta un bar normal y corriente.

Entrando en El bazo que todo lo ve.

El propietario de la estancia segura era un cíclope de tamaño humano que pareció sorprenderse al vernos entrar. Iba vestido con harapos y tenía aspecto de vagabundo. Se llamaba Xander.

—Hola —saludó—. Pensaba que os habíais ido ya. ¿Qué ha sido todo ese ruido ahí fuera?

—Nada. Un dios —respondí—. Pero ya se ha ido.

Xander el cíclope asintió.

—Al menos el profeta ha muerto. Si queríais comida, lo siento mucho. Acaban de desaparecer todos mis suministros. Solo tengo latas de sopa de Jimbo. Y galletas de agua.

—No te preocupes —dije—. Solo estamos de paso. —Me quedé quieto delante de la entrada del espacio personal—. Oye, ¿sabrías decirnos si hay algún club Desperado por aquí cerca?

El tipo se reclinó en el asiento y se frotó el mentón canoso.

—Había uno en el cráter de al lado, pero es un buen trecho. No sé si seguirá ahí. También había otro en los túneles, pero los gusanos de sangre se han apoderado del lugar desde la muerte de la reina rata, así que yo no me arriesgaría.

—Gracias —dije. Le tiré una moneda de oro. Intentó agarrarla, pero falló por mucho. Entramos en el espacio personal.

Carl: Ya estamos en el espacio personal, pero no parece que vayamos a poder llegar hasta un club Desperado fácilmente, por lo que vais a tener que encargaros vosotros. Katia está de camino para ayudar a coordinarnos.

Recordadles a esos tipos que tiene que ser rápido. ¿Cuántas burbujas tenemos?

IMANI: Solo hay ocho que cumplan con los requisitos. Y en la octava solo queda un mazmorrero. Somos más de quinientos en total, y la mayoría están en los cuatro primeros grupos. Hay algunas más que suplican por nuestra ayuda, pero van a tener que esperar hasta la segunda fase del plan.

Las personas que seguían atrapadas dentro de las burbujas tenían que cumplir con una serie de requisitos para que pudiésemos ayudarlas. Primero, necesitaban a alguien que tuviese acceso al club Desperado. Y segundo, todos los supervivientes de la burbuja tenían que estar en el mismo cuadrante.

El segundo requisito era el más complicado. Solo podíamos abrir un portal por burbuja. Eso significaba que tenían que haber conquistado tres de los cuatro castillos o que el resto de los mazmorreros de la burbuja estuviesen muertos. A veces no estaban del todo seguros de si había o no mazmorreros en los demás cuadrantes, por lo que en ese caso los poníamos en la lista de espera. No lo hacíamos por portarnos mal con ellos, pero no queríamos soltar a un dios feral en una burbuja cerrada llena de mazmorreros que no podían escapar de ninguna manera.

Era una norma que había establecido Imani a cambio de ayudarnos. Se negaba por completo a ayudar a escapar a los integrantes de una burbuja si eso significaba abandonar a alguien dentro de ella, aunque solo fuese una persona.

Al parecer, a Elle se le daba muy bien averiguar si alguien estaba mintiendo. Katia, Imani y ella estaban llevando a cabo las entrevistas en el club Desperado, y la exanciana ya le había negado nuestra ayuda a unos pocos mazmorreros que habían mentido sobre los mazmorreros de sus cuadrantes. Me alegraba no ser parte de aquello. Ojalá hubiese habido una manera de estallar todas las burbujas al mismo tiempo, pero si ni siquiera un dios como Emberus podía romperlas, estaba claro que era imposible.

Aún nos quedaban tres días. Le habíamos dicho a todo el mundo que no cumpliese los requisitos que se esforzase al máximo. Íbamos a ayudarlos con todo lo que pudiésemos, pero estábamos muy limitados.

Dónut: AH, DILES TAMBIÉN QUE SI INTENTAN ROBAR EL PORTAL, CARL LES ARRANCARÁ LOS BRAZOS COMO HIZO CON QUAN.

Imani: ¿De verdad le arrancaste el brazo?

Dónut: HASTA EL HOMBRO. COMO SI FUESE UN MUSLITO DE POLLO. CARL SE LO HA GUARDADO EN EL INVENTARIO Y LO VA A USAR PARA RASCARSE LA ESPALDA.

Elle: Dios, espero que lo saquen en el programa de esta noche.

Carl: Recordadles que es muy peligroso. Y que no pierdan el tiempo. Que lo atraviesen rapidito y se mantengan alejados del portal abierto.

El plan era muy simple. Todos los de cada grupo tenían que reunirse por fuera de la entrada del club Desperado de su burbuja. La persona del primer grupo entraría en el club y se haría con las partes del portal. Una vez volviese a salir, marcaría las coordenadas que le proporcionaría Katia y se abriría el portal. Como no había mucha distancia, el portal tardaría normalmente menos de un minuto en abrirse. Una vez lo hiciese, todos tenían que cruzarlo y acabarían en Pezuña de Camella, por fuera del club Desperado de allí. El que había abierto el portal lo cruzaría el último, momento en el que este se cerraría y aparecería un dios feral en la burbuja aún cerrada que acababan de abandonar. Luego, el del portal volvería a entrar en el club Desperado y le entregaría el artefacto al siguiente de la lista, quien repetiría el proceso.

Una vez los recién llegados entregasen el portal a los siguientes, el equipo de Langley los escoltaría hasta las escaleras, donde descenderían al piso siguiente. No queríamos que hubiese mucha gente reunida dentro del cuenco, del que ahora solo quedaba la mitad gracias a Orthrus, por lo que la norma era que tenían que bajar por las escaleras nada más llegar.

Si la primera fase iba bien, el proceso duraría más o menos media hora.

Cuando hubiésemos terminado, habría ocho dioses ferales atrapados en burbujas… Y es probable que otros ocho dioses normales deambulando por la laguna en busca de ellos.

Lo último que queríamos era recibir ocho misiones de mundo como la última. Era un riesgo que podía complicarnos la existencia de muchas formas diferentes. Mordecai había aconsejado a todos los mazmorreros que se quedasen en las estancias seguras si un dios

atacaba su burbuja. Él o ella terminaría por marcharse, sobre todo si había más dioses que empezaban a rondar la laguna.

—Los dioses suelen ponerse a luchar o a follar, o ambas cosas al mismo tiempo, cuando se encuentran fuera del duodécimo piso —había dicho Mordecai cuando empezamos a plantear el plan—. La mejor manera de distraer a una deidad es usar a otra deidad. Cuando eso ocurre, normalmente la invocación termina pronto. Lo he visto muchísimas veces.

Había dos cosas que me preocupaban mucho del plan. Una de ellas era que se invocase a Grull, u otra deidad patrocinada, y esta fuese directa a nuestra burbuja para ponerlo todo patas arriba. La otra era que Maggie, que seguía en nuestra burbuja en alguna parte, intentase hacer lo mismo. Habíamos subido al equipo de Gwen hasta el cuenco y los habíamos apostado para vigilar, pero por ahora nadie la había visto.

> IMANI: Muy bien. Atentos todos. Vamos a empezar con los rescates. Comentádselo a vuestros contactos. Si no formáis parte de ningún grupo, meteos en una estancia segura. Si vuestra burbuja está estallada, es probable que sea el mejor momento para bajar por las escaleras. Si veis a un dios, gritadlo por el chat para que podamos seguirles la pista a todos.

—Allá vamos —dije en voz alta. No había nadie por el espacio personal a excepción de los dromedarienses y los cambiados.

Había enviado a Louis para que escoltase a Katia en el Desperado. Luego, Firas y él ayudarían con los refugiados de las burbujas. El tipo había comentado alguna cosa más sobre lo de que el baño estaba «encantado» y había estado a punto de irse de la lengua, pero Katia le había puesto la mano en el hombro y se lo había apretado muy fuerte, tanto que terminó por darse cuenta de que tenía que cerrar el pico. No obstante, un fan que fuese muy observador seguro que habría descubierto a qué se refería. Esperaba que los comentarios pasasen desapercibidos entre todos los demás. Envié a Dónut a su habitación para que revisase las redes sociales. Si veía algún indicio de que el público sospechaba siquiera lo que estábamos planeando en realidad, nos avisaría.

Mordecai estaba en el estudio de creación, trabajando en la segunda poción que había creado con el ñame. Cada una de ellas usaba una octava parte del ingrediente, y le había dicho que necesitábamos tres: una para Katia, otra para Dónut y la última para mí.

Llegados a este punto, lo único que podía hacer yo era sentarme a esperar. Los niños se habían puesto a ver *El último unicornio* en la pantalla principal de la estancia segura. Higo estaba en forma humana, y la pequeña gnoma Bonnie se encontraba sentada sobre su regazo. Vi a la mujer acariciándole el pelo a la niña y recordé a todos los PNJ que había matado en este piso.

Recordé las decenas de miles que planeábamos matar durante la fase cuatro del plan.

«Muertos estarán mucho mejor. Los estamos liberando».

Pensé en Coolie, el autor del libro de cocina que lo había sacrificado todo para intentar matar a dos administradores. Pensé en Priestly, quien había escrito la decimocuarta edición y era la mejor fuente de información sobre el noveno piso. Me pregunté qué harían ellos en mi situación.

«Coolie haría exactamente lo que estás haciendo. Priestly no».

Pero primero, Dónut y yo teníamos que volver a la burbuja 543. Estábamos planeando viajar al día siguiente, después de la fase dos.

Pero no íbamos a arriesgarnos si había un puñado de deidades locas sueltas por ahí. La hora siguiente era crucial y determinaría lo que iba a ocurrir a continuación. El hecho de que yo no participase activamente en los acontecimientos me tenía subiéndome por las paredes. Había retrasado el hecho de ponerme a abrir mis cajas para tener algo con lo que distraerme más adelante.

Todos los demás ya habían abierto las cajas de misión de platino. La mayoría había conseguido objetos fantásticos, grimorios en su mayor parte. Dónut recibió uno de Deditos centelleantes, un hechizo que no gastaba mucho maná y que hacía que Mongo (y cualquier otro secuaz) corriese muy rápido durante los puntos de Inteligencia del lanzador en segundos. Se había emocionado mucho.

Katia también recibió un conjuro llamado Hanzo, que hacía que los monstruos se acercasen a ella. Louis y Firas consiguieron otros

conjuros, pero no tenía muy claro cuáles. A Gwen le salió una nueva lanza con la que había quedado muy impresionada. Tran recibió una caja de suscripción similar a la del Club de Grimorio por Piso de la Mazmorra de Dónut pero para pergaminos.

Yo empecé a abrir los logros en ese momento.

Un órgano tocó un himno cuando apareció el primero de ellos.

> ¡Logro desbloqueado! ¡Hombre de fe!
>
> Desde que aquel primer mono miró hacia los cielos y vio algo titilando en las alturas, os convertisteis en unos cachos de carne que han intentado justificar un existencialismo exacerbado donde solo hay caos incontenible.
>
> ¡Has encontrado una religión! ¡Te has comprometido a llevar una vida de adoración y religiosidad! Al fin. ¡Ahora tus acciones tendrán consecuencias!
>
> Recompensa: Una de las mejores cosas de ser religioso es la certeza de que tienes razón y de que todos aquellos que no creen lo mismo que tú se equivocan. Es una recompensa fantástica, la verdad. Ah, y no te olvides de lo de la vida eterna. Es el mejor gancho comercial que tienen.

La descripción me hizo gracia y solté una leve carcajada. Un niño cambiado se había sentado en el extremo de la barra de la cocina y se me había quedado mirando. Me giré hacia él y dije:

—Tengo muy claro que la IA del sistema va a ir al infierno.

—Vale —respondió el niño, quien no entendió mi intento torpe de hacerlo reír. Después volvió a girarse hacia la película.

> ¡Logro desbloqueado! ¡A-brazo de amigo!
>
> ¡Le has arrancado el brazo a un compañero mazmorrero! ¡Con la única ayuda de tu fuerza! ¡Madre mía!
>
> Recompensa: ¡Has recibido una caja de brutalidad de plata!

Recibí algunos logros más relacionados con los aviones y otro por resistir una cantidad de daño concreta mientras era invulnerable, pero me dieron cajas de aventurero de poco nivel en las que no había nada especial a excepción de otra poción de repelente de dinosaurio.

Solo me quedaban dos cajas por abrir. A la caja de aficionado aún le quedaban doce horas más.

Saqué mi primera caja de brutalidad. Se suponía que eran para los asesinos de jugadores, y lo cierto es que no tenía demasiadas ganas de abrirla. Quería evitar que me apareciese una calavera junto al nombre a toda costa. Me estremecí cuando la caja empezó a abrirse.

Aparecieron unas esposas. Estaban cubiertas de un terciopelo peludito y rosa.

Esposas mágicas.
Mi palabra de seguridad es «Más fuerte, papaíto».
¿Sabes lo que son? Tu madre tenía unas en un cajón, y es probable que tu padre también estuviese acostumbrado a ellas.
Se usan para unir los brazos de una persona por las muñecas. Este juguetito está reforzado con magia. Requiere una fuerza de al menos 200 para romperse. No tienen llave. Tú eres el único que puede cerrarlas y abrirlas mágicamente. También puedes configurar una palabra o frase de seguridad opcional para desbloquearlas.

—Pero venga ya —dije al tiempo que las guardaba en el inventario.

La caja de misión de platino tenía un grimorio. Cogí el libro y le di la vuelta en las manos. La cubierta de cuero negro era cálida al tacto y tenía una calavera. Miré al techo y sonreí.

—Me alegra saber que, por una vez, estamos en la misma onda.

Abrí el libro y este empezó a brillar. El conjuro se añadió a mi lista.

Tañido.
Coste: 5 de maná.
Tañido, también conocido como «Ven aquí, cerdito» o «El pavor nocturno» es una herramienta de caza y de apuntado de artillería para aquellos a los que les da igual que la presa sepa que van a por ella.
Los oficiales de artillería élfica del Sueño aprenden este conjuro al llegar a la edad adulta. Todo aquel que se encuentre en una trinchera vive con auténtico miedo de oír el ruido creado por él.
Objetivo: Una zona de un kilómetro alrededor del lanzador más 500 metros por cada 10 puntos de Inteligencia. Los factores medioambientales y los obstáculos pueden aumentar o reducir el alcance.
Duración: Instantáneo. El Tañido viaja a la velocidad del sonido.
Recarga: Cinco minutos.
Envía un tañido audible que revela la distancia y la ubicación de todas las criaturas que no sean mazmorreros y no tengan un punto rojo en un círculo a tu alrededor. Marcará incluso los objetivos que se encuentren fuera de la zona del mapa que tengas descubierta. Los objetivos afectados por Tañido oirán un ruido, pero no sabrán de dónde viene.
A niveles más altos aumentará la información que recibes sobre dichos objetivos.
A nivel 5 puede mezclarse con Miedo.

Era bastante decepcionante que el conjuro no funcionase con enemigos ni con mazmorreros, pero tampoco estaba tan mal. Se

suponía que sería de gran ayuda en el sexto y el noveno piso. Me serviría para encontrar PNJ y, lo más importante, élites y cazadores.

KATIA: ¡Ha funcionado! El primer grupo está cruzando el portal.
DÓNUT: ¿HAN ROBADO EL ARTEFACTO?
KATIA: No, acaban de atravesarlo y ya se lo han dado al siguiente grupo. Ha sido muy rápido.
LOUIS: Todos están llorando. Están muy contentos. Una orca que está buenísima me ha dado un abrazo.
FIRAS: Yo diría que era un tío, ¿eh? Y será mejor que Higo no se entere.
CARL: Vale. Bien. Mantenedme informado.

Me puse cómodo y esperé a que pasase lo que tenía que pasar.

33

<Nota añadida por el mazmorrero Priestly. Decimocuarta edición>.

Larracos es como un sueño. Es un poema en sí misma. Una canción. Una que se graba, indeleble, en tus huesos desde el momento que la experimentas por primera vez. Nunca he visto nada parecido. Está llena de museos, galerías, universidades y color. Los PNJ viven en ella y tienen un propósito y una vida. Es la primera vez desde que me encerraron en este sitio horrible que siento admiración y sorpresa en lugar de rabia. Pero es un sentimiento contaminado y pasajero. Esta ciudad no debería estar aquí. Es demasiado bonita para usarla de una forma tan horrible e inconsciente.

Aún no comprendo del todo la fábula del volcán y del ciempiés que hay en el fondo del todo ni qué se supone que representa algo así, si es que representa algo, pero quienquiera que haya diseñado este lugar maravilloso en el centro del noveno piso es alguien que sin duda sabe apreciar los detalles y el arte de convertir lo mundano en música para la vista. Es demasiado bonita, demasiado real como para que no la hayan copiado de otro lugar que existía de verdad. A mi mente le cuesta encontrarle sentido a algo así. Es lo primero que veo en esta pesadilla que me ha hecho cuestionarme lo que es real y lo que no. Me ha dejado sin aliento.

Se supone que la construyeron los enanos semeru, pero ellos no controlan la ciudad. Ya no. Siguen por aquí, en los bares principalmente. También son los cuidadores no combatientes del castillo invertido, que se encuentra en el centro de la ciudad en el fondo del pozo.

Larracos no tiene tanto diámetro como podría parecer. Es más pequeña que algunas de las ciudades del Coto de Caza, pero cuenta con pisos que bajan y bajan, como si fuese un cono invertido. Mi cultura tenía un mito en el que un pueblo construyó una torre para llegar hasta los dioses, dioses que luego la derrumbaron e hicieron que el pueblo se desperdigara por el mundo. Creo que esa leyenda hablaba sobre esta ciudad. Los semeru intentaron llegar hasta los celestiales, pero estos vivían abajo y no arriba. Al hacerlo, despertaron de alguna manera a Escolopendra, que se encuentra en la base del volcán.

La ciudad ha prosperado mucho. Cada piso cuenta con algo nuevo y emocionante. Hay barrios llenos de teatros, museos y universidades con PNJ

que son estudiantes de mirada intensa. Templos y tiendas. Esta noche, antes de que nos echen, tengo pensado sentarme a disfrutar de una obra. Una obra de teatro en un lugar como este. ¿Te lo puedes imaginar?

Te dibujaré un mapa. El que hizo Milk es bueno, pero le falta un poco de detalle.

Las bestias alienígenas se reúnen en los barrios rojos. No me he atrevido a aventurarme ahí abajo por si arruina la buena impresión que me ha causado este lugar. Es donde se encuentran el club Desperado y los burdeles. También donde se contratan mercenarios, aunque he oído que ya no quedan. Y es el lugar donde se comercia con mercancía y donde se compran armas para los asesinos que nos machacaron con tanta facilidad en aquel sexto piso de pesadilla.

También expulsarán a los alienígenas cuando nos echen a nosotros. Quedan menos de treinta horas para que dé comienzo el enfrentamiento.

Volverán. Cuando solo queden tres ejércitos, estos podrán entrar de nuevo en la ciudad y esta quedará destruida. Se dice que, cuando termine el combate, ninguno de estos PNJ seguirá con vida. Ninguno de estos edificios se mantendrá en pie. Todo quedará aniquilado en pos de conseguir un premio imaginario. Es algo que me apena muchísimo. Este mundo del volcán sin duda es un lugar que no es real. Pero ¿lo es la ciudad? Lo parece. Huele real. Tiene historia. Y eso es lo que hace que me pregunte qué sentido tiene abandonarla de esta manera para que la destrocemos. ¿Qué sentido tiene mostrarnos una maravilla que está a punto de desaparecer, recordarnos que les da exactamente igual que algo así acabe destruido? ¿Lo hacen para someternos aún más?

¿Y qué pasa con los PNJ? ¿Qué pasa con su sufrimiento?

Tengo miedo de cómo puede acabar mi mente cuando vea la ciudad destruida.

Una hora después, me quedó bien claro que la fase uno había sido todo un éxito. Era muy frustrante que nadie se hubiese podido quedar para ver qué dios feral específico era el que se invocaba en cada burbuja, pero conseguimos información de algunas de ellas. La penúltima estaba cerca de la de Elle e Imani, y estas se acercaron para echar un vistazo. Lo que quiera que se hubiese invocado en ella era demasiado grande, por lo que la deidad explotó y lo lleno todo de vísceras. Un minuto después, la burbuja en sí se abrió automáticamente, seguro que porque la explosión había matado a todos los mazmorreros que quedaban dentro. La sangre y los restos

de la deidad empezaron a caer en la laguna. El lugar empezó a oler fatal, y Elle dijo que acercarse era insoportable.

Otro mazmorrero nos informó de que una burbuja cercana a la suya tenía en el interior un pavo gigantesco, del mismo tamaño que Orthrus. La burbuja también había estallado sola, y ahora aquella deidad feral con forma de pavo no dejaba de brincar por ahí mientras picoteaba burbujas al azar. No atacaba nada, eso sí, y la última vez que la habían visto se encontraba posada comiendo vísceras cerca de los restos del dios feral que había explotado. Debido a lo cerca que se encontraba el pavo del grupo de Meadow Lark, obligamos al equipo a descender por las escaleras y solo quedaron Elle e Imani dentro de su burbuja.

Li Jun, quien había conseguido conquistar el último de sus castillos, nos comentó que en una burbuja cercana había un monstruo lleno de tentáculos que no dejaba de gritar. Todos los mazmorreros de su burbuja y de su grupo ya habían bajado por las escaleras, pero su hermana Li Na y él se habían quedado para hacernos el favor de vigilar la burbuja cercana.

Por suerte solo aparecieron tres dioses normales. Pero como había dicho Mordecai, todos se esfumaron unas horas después. Ninguno estaba patrocinado. Hicieron varios destrozos en las burbujas estalladas, pero no nos enteramos de que matasen a nadie. No se activaron más misiones de mundo. Y ninguno se acercó a la burbuja 543.

Estábamos a punto de iniciar la fase dos, que era igual que la uno pero con las burbujas en las que los mazmorreros no tenían claro si el resto de los cuadrantes estaban vacíos. Había dos mundos más que habían conseguido cumplir con los requisitos para la fase uno, por lo que empezamos por esos. Para la fase dos había quince burbujas con unas ochocientas personas.

Miré el contador de mazmorreros supervivientes. La cifra no dejaba de bajar a pesar de que la mitad de los supervivientes ya habían descendido al sexto piso.

99.754.

Eran menos de cien mil. Este piso había acabado con casi la mitad de los supervivientes del anterior. Era una cifra exorbitante. Tanto

trabajo para nada. Solo estábamos retrasando lo inevitable. Costaba mucho no dejarse llevar por el miedo y permitir que una situación así acabase con tu determinación.

Pensé en Priestly. Al final, el sistema había acabado con él. Había sido incapaz de superarlo. Ver la ciudad destruida mientras él avanzaba con un ejército de osgos caminando sobre los cadáveres de los PNJ, entre los que estaban los de los actores que había visto en la obra de teatro, había sido demasiado para él. La situación le había arrebatado la poca cordura que le quedaba. Su última entrada en el libro de cocina había sido poco después de eso y no era más que un cúmulo incompresible de palabras.

«Tanto y tan poco. Puñalada. Puñalada. Puñalada. Da igual si muero o si sobrevivo. Da igual si la canción ya está compuesta».

Noté una mano en el hombro y pegué un brinco a causa de la sorpresa. Era Higo.

—Oye, grandullón. ¿Estás bien? Llevas ahí sentado tenso y con cara de enfadado desde hace un rato. Estás asustando a los niños.

—Sí, estoy bien. Es que se me hace raro ser quien tiene que quedarse esperando mientras pasan tantas cosas ahí fuera.

Ella asintió.

—Pero ¿no lanzaste uno de esos osos rabiosos contra la cara de un dios?

—Eso fue hace horas.

—Me recuerdas a mi hermano —continuó—. Tienes que tener cuidado. Él necesitaba estar haciendo algo todo el rato, siempre en pos de su objetivo. Cuando se topaba con un obstáculo que no era capaz de superar, terminaba esforzándose más de lo recomendable. Si hubiese sido más paciente, seguiría con vida.

No supe qué responder. Mordecai salió del estudio de creación y miró la estancia con desagrado. Los niños se habían puesto a ver *Los Goonies*. Los cambiados habían empezado a emular de mala manera a unos humanos para luego ponerse a bailar con camisetas hawaianas levantadas hasta el pecho mientras agitaban las barrigas.

Dónut permaneció dentro de su habitación, sin quitarle ojo de encima a las redes sociales. Su adicción empezaba a preocuparme. De vez en cuando comentaba algo para quejarse de personas que

decían cosas de mal gusto, pero Mongo y ella estaban pasando un rato a solas, y bien que lo necesitaban.

El episodio resumen no emitió nada destacable. No apareció nada sobre las deidades, ni sobre la misión de Orthrus ni sobre aquellos que habían escapado de sus burbujas usando el portal, así que me quedó claro que se lo estaban guardando para el programa siguiente. Vi a Li Na y Li Jun enfrentarse a un monstruo cangrejo en el castillo final. Su burbuja había empezado con muy poca agua, pero algún elemento narrativo había hecho que esta empezase a ascender constantemente desde el principio. Cuando consiguieron capturar el último de los castillos, toda la burbuja había quedado sumergida. Cuando estalló, el agua se derramó por completo en la laguna. Al parecer, murieron varios mazmorreros en el proceso, unos que habían salido a explorar la niebla oscura que había en el suelo entre burbujas.

Mordecai y Dónut salieron para escuchar el anuncio. Katia y los demás permanecieron fuera, preparándose para la fase dos.

> Saludos, mazmorreros:
>
> ¡Qué día tan emocionante! No esperábamos que hubiese tantos dioses corriendo por ahí tan pronto. Sois todos muy valientes y es algo que os agradecemos. ¡Nunca habíamos tenido tanta audiencia!
>
> Después de algunas discusiones premeditadas, algún que otro pleito desafortunado que hemos ganado y de sopesar los comentarios del Sindicato, hemos decidido permitir que sigáis escapando de las burbujas de esta manera. No obstante, nos hemos visto obligados a bloquear algunas de las invocaciones secundarias. No todas. Los dioses ferales que han ido escapando son aleatorios, y en ocasiones han sido nuevos incluso para nosotros. Cada uno de los que aparece tiene un 66 % de probabilidades de invocar a la deidad correspondiente. Una de estas invocaciones fue la de Ysalte, la zorra avinagrada. Estas invocaciones habrían provocado una extinción masiva tanto en este piso como en el siguiente, pero aunque hubiese sido muy emocionante, tenemos por delante otro piso con pujas de patrocinio y no lo hemos podido permitir. Estamos a un 33 % de la capacidad esperada del sexto piso y nadie quiere que dicho número descienda aún más. Así que felicidades. Abrir el portal desatará a un dios feral, pero las probabilidades de invocar a un dios activo en el proceso son mucho menores.
>
> Como sois tantos los que habéis decidido descender antes por las escaleras, hemos decidido daros algo de información sobre el sexto piso antes de tiempo.
>
> Muchos tenéis clases que os permitirán especializaros y mejorar al descender. Este proceso será similar a la selección de clase del tercer piso. Para la mayoría de vosotros, la especialización es opcional, pero deberíais leer todas las disponibles.

Además, me complace anunciar que el sistema de gremios también se activará en el sexto piso. Esto os permitirá organizar mejor los grupos y compartir mejoras de espacio personal sin obligar a alguien a unirse al vuestro. Los bopcas del sexto piso os darán más información al respecto. El proceso será un poco caro, pero si vendéis en el mercado todo el equipo que no necesitéis, la mayoría podréis permitíroslo. Os recomendamos encarecidamente que lo uséis.

Finalmente, es posible que algunos de vosotros hayáis oído que habrá turistas que se unirán a nosotros en el sexto piso. Y que os darán caza para hacerse con vuestros objetos. ¿No es emocionante?

Esta temporada tenemos un récord de participación gracias a un patrocinador anónimo que se ha dignado a pagar las entradas a todo aquel que quisiese unirse a la diversión. Y ha venido gente de todos los rincones de la galaxia. Fantástico, ¿verdad?

Ahora, ¡salid ahí fuera y matad, matad, matad!

Estaba casi seguro de que los Borant iban a poner algún tipo de parche para detener esta locura, pero en realidad habían hecho todo lo contrario. Nos habían salvado el culo.

Necesitaban que muriésemos cuando ellos quisiesen, no cuando a nosotros nos diese por ahí.

—No me sorprende —comentó Mordecai—. Les encanta cuando vosotros hacéis cosas estúpidas y suicidas, pero cuando atañe a todos los mazmorreros empiezan a sonarles las alarmas. No esperéis que os vuelvan a ayudar cuando se hayan cerrado los patrocinios.

Miré cómo el número de mazmorreros vivos descendía de uno en uno. Luego de tres en tres.

—No entiendo por qué Louis y Firas no pueden venir a buscarnos sin más —gruñó Dónut mientras nos sacudíamos. Estábamos rodeados por una niebla oscura y el ambiente olía a carne podrida. Había varios centímetros de agua cubriendo el suelo, demasiada para consternación de la gata. A pesar del conjuro Antorcha, la oscuridad de la laguna era opresiva. En la distancia, oí el graznido de un puñetero pavo.

El lugar estaba inquietamente tranquilo. Y húmedo. Sentí claustrofobia a pesar de que no había techo ni paredes. Era como si hubiese caído en una alcantarilla. Alcé la vista al borde de la burbuja de la que nos acabábamos de tirar. Estaba muy lejos.

—No quiero que salgan de la 543 y que se arriesguen a perder el Tetamen. Van a tener que escapar en unos pocos días y, si le pasa algo al globo antes de eso, todo se complicará aún más.

—Aun así, van a tener que venir a por nosotros —gruñó Dónut.

—Sí, pero estaremos mucho más cerca. Vamos —dije mientras sacaba el Carruaje del inventario y empezaba a prepararlo—. Estaremos allí en menos de una hora.

La fase dos ya había terminado, y habíamos conseguido salvar a mil quinientos mazmorreros en total. Habíamos añadido alguna burbuja que otra más en el último momento. El portal volvía a estar en manos de Katia. Nadie había intentado robarlo, para sorpresa de Dónut.

Deseaba que el número de mazmorreros salvados fuese mucho mayor, pero por lo menos había burbujas que seguían estallando una tras otra gracias al trabajo de los mazmorreros del interior.

Otras se habían quedado inquietantemente tranquilas.

También había burbujas en las que las personas del interior no tenían acceso al club Desperado o al Vencedor, que seguía cerrado por reparaciones. Al parecer, si destruías el bar de entrada del Desperado o la iglesia del Vencedor, el acceso a los clubes quedaba inoperativo. A esos mazmorreros solo pudimos ofrecerles nuestros consejos y nuestros ánimos.

Los únicos dioses ferales que salieron a la laguna fueron el pavo gigante y lo que parecía ser un enjambre de insectos del tamaño de una ciudad. Por suerte, el enjambre se había quedado por la zona de su burbuja, la número 801 que estaba en el otro extremo. Terminaría por dispersarse, eso sí. También habíamos invocado a cinco dioses más, pero estos habían terminado por desaparecer. No llegué a ver a ninguno de ellos.

El pavo era el más peligroso en realidad. En aquel momento se encontraba sentado en la parte alta de una burbuja aleatoria estallada y se había puesto a graznar. Estaba claro que al menos había triplicado su tamaño después de comerse los restos del dios feral que había explotado. Tenía nivel 150.

Había leído en el chat que Miriam Dom y Prepotente estaban intentando matarlo usando su técnica de las desventajas.

Después de que hubiese terminado la fase dos, esperamos unas pocas horas por si ocurría algo más. Pero todo acabó cuando desaparecieron los cinco dioses. Dónut y yo no podíamos seguir esperando. Después de pedirle a Langley que nos devolviese el Carruaje y de repararlo un poco, decidimos hacer el traicionero viaje hasta la burbuja 543 por la laguna. Salir de la burbuja en la que nos encontrábamos era lo más complicado. Dónut se aferró con fuerza a mí mientras yo hacía el Spiderman con los pies por el lateral inferior casi invisible. Una vez descendimos todo lo posible, usé una casi chof para dejarnos caer hacia la niebla de la laguna.

El suelo era completamente plano. Aparecieron unos pocos puntos rojos en el límite de mi visión, pero se alejaron de nosotros. Dónut comentó que eran pequeños, como ratas. Yo usé el nuevo conjuro Tañido para comprobar si había algún PNJ extraño o alguna deidad tamaño pequeño oculta por la zona, pero no encontré nada.

No podíamos perder el tiempo. Aceleré con el Carruaje y partimos. Eché un vistazo por si veía alguna equis de mazmorrero, pero tampoco. Al parecer también había criaturas limpiadoras en la laguna.

Nos recogieron sin problema al llegar y no tardamos en ascender a la parte alta del cuenco, que ahora estaba partido por la mitad. Sin el borde, el lugar tenía un aspecto del todo diferente. Una burbuja brillante y cerrada abarcaba la totalidad del horizonte, como la curva de un planeta vista desde el espacio.

—Qué bonito paisaje —dijo Dónut cuando aterrizamos.

Era bonito, pero también muy extraño. Después, recordé que la burbuja en realidad podía considerarse una tumba, un monumento a los mazmorreros que habían fallecido en el interior, víctimas del quinto piso.

—Bienvenidos a casa —comentó Firas cuando aterrizamos por fuera de Pezuña de Camella.

Una pequeña multitud de mazmorreros se había reunido para vernos descender. Empezaron a aplaudir con emoción.

—Creía que todo el mundo había bajado por las escaleras —dije.

—Pues está claro que no, Carl —dijo Dónut, que se había envarado en mi hombro. Los saludó a todos con la pata—. La gente

sabe que no estarían a salvo de no ser por nosotros dos. Ahora, saluda y quita esa cara de cascarrabias.

Un cocodriliano estaba al frente de la multitud, de pie junto a Katia cuando aterrizamos. Dio un paso al frente y me chocó el puño.

—Hola, Florin —dije—. Me alegra ver que sigues con vida.

El tipo había apoyado el peso del cuerpo en su escopeta Mossberg. El arma modificada, y ahora mágica, se suponía que contaba con munición ilimitada.

—Conseguí capturar tres castillos y solo, pero el del cuadrante de Aire era imposible. Gracias a Elle, a Katia y a ti he conseguido escapar. —Miró a Dónut—. Y gracias a ti también, guapa.

Dónut se pavoneó un poco.

—Oh. De nada, de nada.

Había sido el último en ser rescatado durante la fase uno. Le habían dado acceso al club Desperado por haber «matado» a Ifechi. Tenía una calavera dorada de asesino de jugadores sobre la cabeza, parecida a la de Katia. Eran las únicas dos marcas iguales en toda la mazmorra.

—Me alegra haber sido de ayuda —dije.

Él asintió.

—Voy a bajar las escaleras, ya que no puedo seguir entrenando por aquí, pero antes quería conocerte. Me han comentado que vas a soltar un dios feral en el noveno piso para complicarles un poco la vida. Me parece una idea fantástica, tío. Estaré pendiente de las noticias que recibamos al respecto.

—Ese es el plan, sí —dije. Miré hacia el cielo—. Vamos a joder bien a esos cabrones. Vamos a lanzar una puñetera deidad al campamento del Imperio Calavera.

Se inclinó hacia delante y me agarró por el hombro con una mano llena de escamas verdes. La mantuvo allí y, de repente, empecé a sentirme muy incómodo. Se me quedó mirando con esos ojos oscuros e intensos.

—Estaba acabado, tío. No tenía nada —dijo, sensiblero de repente —. Tendrías que haberla conocido. A mi Ife. Era increíble. Era un rayo de luz para mí. Era la persona más amable y más valiente que he conocido jamás. Me dio esperanza. Estaba acabado, pero entré

en el club y conocí a Elle. Me contó la historia de un tipo y su gata que habían dejado de lado todo lo que estaban haciendo para ayudar a un grupo de ancianos en silla de ruedas. Y luego me dijo que ese tipo estaba planeando usar un artefacto que había encontrado para salvar a todos los que estuviesen encerrados en las burbujas. Y eso me recordó que Ife no era la única, que hay personas buenas en el mundo y que aún quedan cosas por las que luchar. Puede que muera mañana mismo, pero no será porque me he rendido. Quería darte las gracias.

—Me limito a hacerlo lo mejor que sé —dije, aunque no sabía muy bien qué más comentar. La garra del tipo seguía en mi hombro. Extendí el brazo y le di unos golpecitos.

La apartó al momento, como si le sorprendiese mi roce.

—Si necesitas potencia de fuego, cuenta conmigo. Te lo debo. —Después se dio la vuelta y se marchó sin más. Nos quedamos mirando en silencio cómo se alejaba directo hacia las escaleras y, sin darse la vuelta, desapareció.

—Qué tipo más intenso, ¿no? —pregunté.

—Me cae bien. Y la cosa habría sido mucho más emotiva si no tuviese el aspecto de un hombre cocodrilo asqueroso, también te digo —susurró Dónut después de que se fuese—. También está muy sucio. Huele a rana muerta. ¿Y cómo ha conseguido ponerse esa camisa con la cabeza enorme que tiene?

—Cagondiós, Dónut —dije con los dientes apretados—. No digas esas cosas en voz alta.

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO:
7 HORAS

—¿Sabes qué, Carl? —preguntó Dónut cuando nos sentamos en el reservado del club Desperado. Le dio un sorbo a un Shirley Temple sin alcohol mientras el Mazo se encontraba de pie e innecesariamente cerca. Éramos los únicos mazmorreros que había por el lugar—. Me preocupa que el final vaya a ser un poco anticlimático. ¿Y si eso no funciona? ¿Qué hacemos?

—Pues bajamos por las escaleras y ya, Dónut. No todo tiene que terminar siempre con un gran enfrentamiento o una explosión.

Estamos vivos. Ya hemos hecho bastantes cosas en este piso.

Los últimos dos días habían pasado muy rápido. Me picaba un poco la punta del dedo debido a la ofrenda de sangre diaria que tenía que hacer ahora. Ya no había enemigo alguno en el cuadrante de Aire, por lo que lo único que podíamos hacer era entrenar. Yo también había pasado algo de tiempo, demasiado en realidad, enseñando a los demás cómo jugar bien a *Frogger*.

La recreativa no era la misma que la que tenía mi padre en el sótano cuando yo era pequeño, pero se parecía bastante. Había tenido que conectarle una batería enana para que funcionase. La máquina me había salido en la caja de aficionado. Había mencionado el juego más de una vez en conversaciones con Katia y Dónut, por lo que habían terminado por regalármela. No estaba seguro, pero sospechaba que había sido un intento de trolearme o de evitar darme un premio mejor. Nunca iba a saberlo. Pero lo cierto es que terminó por ser justo lo que necesitaba.

Era algo que me servía para aliviar las tensiones, para relajarme. Me hacía recordar una felicidad muy alejada en el tiempo, aunque fuese solo por unos instantes. El juego solo se me daba bien porque jugar era lo único que hacía mientras mi padre estaba con sus amigos en el piso de arriba cuando venían a casa. Era una situación horrible que había conseguido convertir en un momento de paz, de diversión incluso. Necesitaba recordar que algo así seguía siendo posible, y la recreativa me ayudó mucho en ese aspecto.

Terminamos llevando a cabo tres rescates con el portal. Dos de los tres dioses invocados adicionales se pelearon entre sí y desaparecieron. No vimos ni rastro de Chris ni de Maggie. Todos llegaron a la conclusión de que habían bajado por las escaleras, pero yo no estaba tan seguro.

Gwen, Tran y su equipo se habían aventurado en el cuadrante Subterráneo, que ya estaba sin agua, para saquear los restos de los asaltatumbas y desenterrar la tumba de Anser, que no era más que un sarcófago con el esqueleto de un ganso con una corona dorada que no era mágica. Al electrificar el agua se habían activado todas las trampas. El cadáver de Quetzalcoatlus tenía un mapa parcial del sexto piso con las coordenadas de varias ubicaciones.

—Sí que tiene que terminar con una gran explosión, Carl. Le prometí a Katia que siempre terminaría así.

Katia estaba sentada frente a nosotros en la mesa. Se había quedado mirando su bebida con la cabeza gacha, removiéndola sin parar. No reaccionó al comentario de la explosión de Dónut. Estaba como en su mundo.

—Venga, Katia. Suéltalo.

Alzó la vista y suspiró. Llevaba muy callada desde hacía unos días. Respiró hondo.

—No quiero desbaratar nuestro espacio personal… —dijo al fin.

Parpadeé.

—¿Pero? —pregunté.

—Pero creo que necesito que nos separemos a partir del próximo piso.

—¿Qué? —dijo Dónut—. ¿Estás rompiendo con nosotros? ¿Qué ha hecho Carl ahora? —Me miró—. ¿Qué le has hecho a Katia, Carl?

Katia rio por lo bajo. Extendió un brazo y colocó una mano sobre la pata de Dónut.

—No ha hecho nada, Dónut. Es por Eva. He estado hablando con ella y con el resto de las Hijas que quedan. Está intentando que nos volvamos a juntar. Y algunas ya han empezado a hacerlo.

Sabía que Katia había estado hablando con otras personas, pero ¿con Eva? Eva había intentado matarla. Y Katia había intentado matar a Eva.

—¿Quieres volver a juntarte con Eva? —pregunté asombrado.

—No, claro que no. Eva tiene… tiene más calaveras de asesina de jugadores. ¿Recuerdas a Silfa, el hada, la que tenía una panadería?

—Sí —respondí. Silfa era una anciana que se había hecho sanadora y a la que acompañaban sus dos hijas. Hekla y Eva la habían usado como cebo y habían intentado que yo la matase. Parecía que había ocurrido hacía ya una vida.

—Pues está muerta. Y también sus dos hijas. A pesar de lo ocurrido, formaron un nuevo grupo con Eva. Intenté convencerlas para que no lo hiciesen, pero no me hicieron caso. Y Eva consiguió que las mataran. Algunas de las demás están tentadas de volver con Eva porque nadie las acepta en sus grupos. No podía hacer nada en

este piso, pero el siguiente será de mundo abierto. Quiero reunir a las Hijas para protegerlas. Antes de que Eva las encuentre, antes de que alguien se dé cuenta de lo vulnerables que son. No tendríamos que haber dejado que se desperdigasen así. Fue como una sentencia de muerte para ellas y no me lo puedo quitar de la cabeza. Y si Eva insiste, tendré que encargarme de ella de otra manera.

—Somos un equipo, Katia —dijo Dónut, con tono tristón—. Podemos hacerlo juntos. Podemos ayudarte. Solo tienes que pedírnoslo.

—No —aseguró ella—. Os quiero mucho a los dos, pero el camino que tenéis ahora por delante… con eso del anillo, de los cazadores y todo lo demás… Vais a tener muchos problemas en el sexto piso. Y eso sin contar la historia de Zarina Signet. Cuando uno está en el grupo de Carl y Dónut tiene que estar dispuesto a seguirles el ritmo a Carl y a Dónut, un ritmo que se lleva por delante muchas otras cosas. Pero esto es algo que necesito hacer.

Katia tenía razón. Si era algo que quería hacer, temía que mi presencia fuese más estorbo que otra cosa. Pero dependía mucho de ella y había empezado a dar por hecho su presencia… Y ahora se iba a marchar. ¿Pensaba enfrentarse sola a algo así? Iba a ser un suicidio.

—¿Estás segura de que tienes que hacerlo, aunque acabes muerta? —pregunté.

—Sí —insistió—. Me gustaría que entendierais una cosa. Llevo toda mi vida viéndolas pasar, limitándome a estar en el asiento de copiloto. Pero, gracias a vosotros, me he dado cuenta de lo que soy capaz. Que desaparecieseis unos días también fue muy importante para mí. Me demostró que puedo hacer esto sin vuestra ayuda. No quiero salir del grupo. Como he dicho, pondrá patas arriba el espacio personal. Pero quizá el nuevo sistema de gremios nos ayude a ese respecto.

—¿Y si te sientes sola? —preguntó Dónut. Estaba a punto de ponerse a llorar—. ¿Y si Mongo quiere que su tía Katia le rasque entre las plumas?

—No saldré del grupo hasta que no sepamos cómo funciona. Podremos vernos algunas noches en el espacio personal —aseguró

ella—. Y no estaré sola. Louis y Firas, Gwen y su equipo, Daniel y algunos de sus amigos, así como Florin, todos han aceptado ayudarme. Vamos a formar un grupo bastante grande.

—¡Gwen y tú siempre os estáis peleando! —aseguró Dónut.

—¿Bautista? —pregunté—. ¿Desde cuándo hablas con Bautista?

—Pues desde que lo rescatamos en la Maraña de Hierro. Está… muy perdido y también necesita algo así. Igual que Florin.

Me dieron ganas de oponerme, de decirle: «No me dejes, por favor». Pero estaba claro que ya se había decidido.

—También podrás llevarte el Tetamen —comenté—. Y esto. —Saqué la espada del inventario. El Colmillo izquierdo del sultán verde. Las propiedades mágicas del mortífero sable solo funcionaban cuando estaba junto a la otra espada. Era una de las dos armas principales de Eva, la que había soltado—. Asegúrate de devolvérsela a su propietaria.

Katia se hizo con el arma y se la quedó mirando. Brillaba con luz verde y tenía aspecto venenoso. Asintió y la espada desapareció cuando la guardó en el inventario.

—Lo haré.

Nos quedamos mirando la cuenta atrás. Cuando hubiesen pasado dos segundos después de que marcase seis horas para el derrumbe del piso, daría comienzo la fase tres.

Imani, Elle, Louis y Firas, así como un grupo heterogéneo de cambiados, iban a abrir un portal hasta el sexto piso por la zona de la burbuja de Imani y Elle.

Iba a ser el primer dios feral que invocásemos por fuera de una burbuja en sí. Estaba muy lejos, pero iba a ser peligrosísimo de igual manera.

Louis y Firas se habían aventurado por la laguna y conseguido encontrar el lugar. La única mazmorrera que habían llevado con ellos era Britney, la única superviviente del cuadrante de Agua si no contábamos a Chris. La ucraniana se había encariñado con Firas por alguna extraña razón. Habían viajado en la casa, y esta la habían llenado de cambiados que también iban camino de dicha burbuja. Había muchos de ellos, incluyendo los adultos que habían sobrevivido al ataque de Orthrus, tantos que no cabían. Se

transformaron en gansos y se limitaron a volar junto a la estructura voladora, como si fuesen una bandada.

Una vez abriesen el portal, los cambiados regresarían al sexto piso.

El viaje del Tetamen desde nuestra burbuja hasta la de Imani y Elle fue del todo tranquilo, por suerte. El pavo había muerto gracias a Prepotente, quien había subido ocho niveles y había llegado hasta el 55, convirtiéndose así en el más alto de la mazmorra. En el último episodio resumen había aparecido mordiendo la pluma más grande del universo y gritando sin parar mientras Miriam Dom, la pastora vampira, le acariciaba el pelaje.

Mordecai insistió en que el portal no iba a permitir a los mazmorreros bajar al sexto piso, aunque fuese el siguiente bajando por las escaleras, por lo que íbamos a enviar el Tetamen con los cambiados a través de él y Louis y Firas se quedarían atrás. Ellos bajarían por las escaleras inmediatamente después, para luego recuperar la casa voladora lo más pronto posible. Imani y Elle volverían al club, nos devolverían el artilugio y bajarían también por las escaleras antes de que se cerrase el portal de su burbuja y se invocase al dios feral.

Una vez hubiésemos recuperado el portal, llegaría la última fase.

Li Jun: Carl, vamos a bajar dentro de un minuto. La burbuja con el monstruo tentacular sigue igual. Ya no se mueve casi nada, así que diría que así se va a quedar.

Carl: Muy bien. Tened cuidado, chicos.

Li Jun: Y tú. Esa mujer está aquí, por cierto. La del carrito de la compra. Acaba de salir de la nada para luego bajar por las escaleras. No nos ha hablado y bajó antes de que la cuenta atrás llegase a las seis horas. No sé de dónde ha salido. Solo tiene nivel 12.

Carl: Sí, es Agatha. Ignorad a Agatha. Mucha suerte. Si el sistema de gremios funciona como creo que lo hará, buscadnos.

Li Jun: Así haremos.

Un momento después, la cuenta atrás marcó las seis horas.

Imani: Ha funcionado. Los cambiados han cruzado el portal. Vamos de camino al club.

Louis: Dios, espero que no destrocen el Tetamen. Ese niño, el tal Skarn, pilota muy bien, pero es un listillo. Lo he visto cobrando una moneda de oro al resto

de los chavales que querían pilotar un rato. Bonnie la niña gnoma dijo que quería instalar algunas mejoras en la casa, por lo que tenemos que encontrarlos antes de que la destrocen.

CARL: Vosotros dos, tened cuidado. Y no bebáis. Los cazadores irán a por vosotros nada más entrar. Mantened los ojos bien abiertos.

FIRAS: Gracias, Carl y Dónut. Katia, nos vemos pronto.

Imani y Elle entraron a toda prisa en el club Desperado. Ambas parecían agotadas. Teníamos que darnos prisa. Katia se acercó a Elle y le dio a la mujer voladora un fuerte abrazo. Luego se apartó.

—Tened cuidado, chicas.

—Siempre lo tenemos —aseguró Elle. Me guiñó el ojo y le dio unas palmaditas a Dónut en la cabeza—. Tengo muchas ganas de volver a vivir aventuras con vosotros. Este piso ha sido un coñazo y lo he tenido que hacer todo yo sola.

—Vamos —insistió Imani, muy seria—. Tenemos que irnos. —Hizo una pausa y luego me miró fijamente a los ojos—. Envíame un mensaje, pase lo que pase.

Asentí.

Ella sacó las tres partes del portal del inventario y me las entregó.

—Aquí tienes.

Me hice con ellas y me las guardé. Luego me giré hacia Katia. Había entrado en el club Desperado por el cuadrante de Tierra y ahora era cuando nos tocaba separarnos. La agarré y le di un abrazo muy fuerte. Dónut apareció de repente sobre mi hombro y empezó a frotarse contra ella. Katia me rodeó con los brazos, que ensanchó como las aletas de una mantarraya, y me cubrió por completo, tanto que me sentí como un burrito. Iba a ser la última vez que estuviésemos juntos en este piso.

Nos quedamos así un buen rato.

Había dado comienzo oficialmente la fase cuatro.

34 

<Nota añadida por el mazmorrero Porthus. Segunda edición>.

No sé cómo ha llegado hasta mí este diario, pero no creo que sea suficiente. He hecho todo lo que he podido y he añadido cosillas por aquí y por allá, la mayoría recetas inútiles. ¿Cuántas generaciones harán falta de ahora en adelante hasta que este libro llegue a marcar la diferencia? Demasiadas, me temo. Como primera persona en recibir el legado y autor de la segunda edición, me siento insuficiente. Podría haber hecho mucho más.

He decidido aceptar el trato. No sé qué será de mí, pero juro por todos mis hermanos y hermanas caídos que, algún día, lo pagarán caro. Parece que aquellos que viven fuera de nuestro mundo pueden llegar a existir durante miles de años. No sé cómo lo hacen, pero si sobrevivo a mis cien temporadas de servidumbre, haré todo lo posible para acabar con este horror. No sé si tendré las fuerzas necesarias, pero intentaré que no acaben conmigo.

Esta será mi última entrada en este libro, pero aún no he acabado con el enemigo. Lucharé hasta mi último aliento.

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO:
5 HORAS Y 30 MINUTOS

Saqué los dos relojes y los metí en la caja de movimiento. Luego, coloqué la caja en una duna de arena que había en el cuenco, a unos diez metros de la escalera. La rodeé con arena para que no se moviese y no chafase el plan. Si se desplazaba más de un metro y medio en cualquier dirección tras activarla y que empezase la cuenta atrás, el portal terminaría por cancelarse. Estaba del todo oscuro ahí fuera. La única luz era el resplandor distante de una burbuja que parecía vacía y relucía desde el interior como si hubiesen tirado una bomba atómica sin querer y todo estuviese irradiado.

Una ligera brisa que olía a pavo soplaba por todas partes.

Langley y sus arqueros eran los únicos mazmorreros que quedaban por allí, sin contarnos a Dónut y a mí. Langley estaba a mi

lado y contempló cómo colocaba la caja en la arena. Me puse en pie y me sacudí las manos en los calzoncillos.

—¿Qué tienes pensado hacer? —pregunté.

Langley se crujió el cuello. Solo tenía nivel 32. Había subido 8 niveles desde que lo había visto por primera vez.

—Vamos a bajar ahí y seguiremos haciendo lo que hemos estado haciendo hasta ahora. Katia me ha preguntado si quiero unirme a su nuevo grupo, pero creo que me iré con otros. Aún no me he decidido. Se han empezado a formar grupos muy grandes. Los hermanos Popov buscan arqueros. Quieren darle caza al grupo Cichociemni, que ha estado atacando a los mazmorreros más débiles. Tenemos que acabar con los grupos de asesinos de jugadores antes de que se vuelvan demasiado poderosos. Quizá nos unamos a ellos.

Le estreché la mano y le deseé suerte. El grupo se dio la vuelta y todos se marcharon.

—Están vivos —dijo Dónut—. Los raritos del resto de los cuadrantes no, pero los del nuestro están todos vivos.

Extendí el brazo y le rasqué la cabeza.

Solo quedábamos Dónut, Mongo, Higo y yo. También había algún que otro dromedariense que se dedicaba a reconstruir el asentamiento por allí cerca. Vi a un par de camellos en zancos afanándose por levantar una nueva muralla.

—Da igual lo que hagan, ¿verdad? —preguntó Higo. Había adquirido forma de zumbibuitre, y lo cierto es que era bastante desconcertante hablarle con ese aspecto—. Este mundo no es real. No importa lo que construyan. No servirá para nada. Dentro de unas pocas horas, todo esto dejará de existir.

No respondí.

—No quiero perderlos —añadió Higo unos instantes después—. Son lo único que me queda. Recuerda nuestro trato.

—Haré lo que pueda —dije—. Te lo prometo.

El único cuadrante de toda la burbuja en el que quedaban enemigos era el de Agua. Katia y Tran estaban allí abajo. Habían dicho que tenían que entrenar lo máximo posible, así que se habían ido a cazar tiburones.

KATIA: Según mis cálculos, el portal que acabas de colocar se abrirá dentro de cinco horas y cuatro minutos.

Miré el reloj. El piso iba a derrumbarse dentro de cinco horas y veintisiete minutos, lo que nos daba unos veintitrés minutos una vez se abriese el portal. Dichos portales se mantenían abiertos durante veinte minutos a menos que las tres partes del artefacto pasasen al otro lado.

CARL: Va a ir muy justo.
KATIA: Pues tú veras. Es tu plan, grandullón.
CARL: Cierto. ¿No vas a echar de menos todo esto?
KATIA: Pregúntamelo dentro de cinco horas y media.

En la carta y los documentos del cadáver de Ghazi el mago no solo había coordenadas. Por detrás destacaban una lista de posibilidades que mostraban lo que ocurriría en caso de que las distintas partes del artefacto atravesasen el portal abierto. La última de ellas mostraba un método para evitar que dicho portal hiciese aparecer un monstruo. Para ello era necesario dejar un reloj en un lado, otro en el lugar adonde llevaba dicho portal y la caja en el interior. Básicamente, el artefacto quedaría inutilizado a partir de ese momento, pero el portal sería seguro.

Pero la posibilidad que más me había intrigado era la penúltima. Si se dejaba el primer reloj dentro de la caja y atravesabas el portal con ella tras dejar el otro reloj en el lugar donde lo habías abierto, el resultado era que aparecía un dios feral en ambos extremos.

El plan, como había dejado bien claro, era muy simple.

Íbamos a abrir un portal al noveno piso. Yo me iba a quedar con el segundo de los relojes y haría que Higo atravesase dicho portal con el resto del artefacto. Gracias a ello, aparecería un dios en el noveno piso y, con suerte, devastaría el lugar.

Recordé cuando el príncipe Fornido había grabado aquel estúpido vídeo después de haber asesinado a Manasa la cantante. Se encontraba en un castillo desde el que se veía una extensión llena de soldados. Había sido poco después de que se abriese el noveno piso. Solo había una fortaleza preconstruida en el lugar donde se

desarrollaba la Guerra de Facciones, por lo que sabíamos exactamente en qué lugar se había apostado el Imperio Calavera. Gracias a las coordenadas de Ghazi, conocía el sitio exacto donde abrir el portal.

Siete de las nueve facciones me habían demandado para evitar que ocurriese algo así. Sabían que sus ejércitos aún no eran lo bastante fuertes como para enfrentarse a un dios feral, sobre todo si ello conllevaba que se invocase otro dios en aquel mismo lugar. El caos resultante sería más que suficiente para destruir las fortificaciones y matar a sus ejércitos.

—Vamos a matar a personas como yo —había dicho Higo cuando le había explicado el plan. Louis ya le había contado cuál era su verdadera naturaleza. Sabía qué era y cuál era su lugar en aquel mundo. Era más consciente aún de lo que lo había sido Brandy la Fogosa en el piso anterior—. Si esas personas…, esos directores de juego son de verdad inmortales en este lugar, ¿qué sentido tiene? ¿Por qué dices que va a ser un gran golpe contra ellos?

En aquel momento, me había encogido de hombros.

—Si vamos a morir hagamos lo que hagamos, ¿qué preferirías? Hacerlo como una marioneta o devolviéndoles el golpe a los responsables de tu situación?

—Supongo que tienes razón —había dicho ella, pero no parecía demasiado convencida. Más tarde, después de que Dónut hablase con ella, accedió a llevar a cabo el plan a cambio de que le prometiese algo. De ahora en adelante, tenía que intentar conseguir que los suyos bajasen a los pisos siguientes igual que nosotros. Le había asegurado que haría todo lo que estuviese en mi mano, pero que iba a ser complicado.

—Te he visto hacer cosas imposibles —había comentado ella—. Tengo fe en ti. Prométeme que lo intentarás y yo cruzaré el portal con la caja.

En la distancia, oí el grito de algo que parecía un mono extendiéndose por toda la laguna y con un eco muy extraño. Estaba muy lejos. Era probable que fuese el dios feral que se había invocado en la burbuja de Imani y Elle, ahora vacía.

—Carl, he llegado a la conclusión de que no me gustan nada los monstruos gigantes —anunció Dónut—. Me alegraré mucho cuando salgamos de aquí.

Un segundo rugido resonó en la oscuridad. El sonido era diferente, como si viniese de otro tipo de criatura. Era más grave. El cielo retumbó y destelló varias veces, como si hubiese una tormenta eléctrica a lo lejos.

Pasó de una oscuridad completa a una serie de estallidos y destellos pirotécnicos. Varios segundos después, llegó el sonido de aquel enfrentamiento. Todo tembló bajo nuestros pies.

—No sé qué habrán invocado en el mundo de Imani, pero también ha aparecido una deidad normal —comenté al ver las luces distantes. Como el dios feral no estaba protegido por una burbuja, el problema se iba a solucionar pronto y por sí mismo.

Zev: Saludos, mazmorreros.

Dónut: ¡HOLITA, ZEV!

Zev: Os escribo para comentaros que ha tenido lugar un desafío legal de última hora debido a lo que estáis a punto de intentar hacer. Y que, de nuevo, ha sido desestimado. En esta ocasión, casi consiguen el requerimiento, pero la Corporación Valtay envió a un abogado para ayudar con la defensa de Borant. Tenían argumentos legales muy interesantes sobre ti, Carl. Al parecer, como ahora posees acciones de una compañía con sede en el Imperio Calavera, la demanda debía presentarse en otro juzgado. Los contribuyentes que no tienen pagos pendientes disfrutan de varias medidas de protección. Fue suficiente para echar por tierra este intento de última hora.

Carl: ¿Borant y Valtay trabajando juntos? Vaya.

Zev: No es tan sorprendente, ya que en este caso el único demandante era el Imperio Calavera y, aunque en estos momentos tenemos nuestras rencillas con los Valtay, ninguna entidad soporta a los orcos.

Me mordí el labio para intentar que la rabia que sentía no se viese reflejada en el chat. Una demanda. Una demanda porque estaba amenazando a soldaditos de juguete y a sus fortificaciones imaginarias. Una puñetera demanda.

El suelo volvió a temblar. ¿Sería un tercer monstruo? Sonó como un bramido iracundo. Eran palabras ininteligibles. Por suerte, seguíamos muy lejos.

Zev: Sea como fuere, mi jefe me ha pedido que os dé un mensaje.

CARL: Muy bien. Cuéntanos.

ZEV: Es un mensaje directo del politburó, que recientemente ha reemplazado a la junta directiva como gerentes principales de la Corporación Borant. Cito textualmente: «Carl el mazmorrero y Dónut, aunque aprobamos vuestro plan, nos gustaría aclarar algo. Las excentricidades que van en contra del juego y afectan directamente a los patrocinadores no se tolerarán en el futuro». Ese es el mensaje completo de nuestros superiores absolutos.

Intenté reprimir una sonrisa. Copié el mensaje y lo pegué en mi bloc de notas por si decidían borrarlo más adelante. Sentí una satisfacción muy intensa que borró de un plumazo la rabia. Los peces del fango aprobaban lo que estábamos planeando porque significaba que otros patrocinadores iban a perder cantidades absurdas de dinero, lo que los obligaría a gastar cantidades absurdas de dinero para compensar dichas pérdidas. Y, como nadie moría de verdad en el noveno piso, todo era en pos de la diversión, algo de lo que todo el mundo terminaría por reírse cuando todo hubiese acabado. Al fin y al cabo, solo era dinero, ¿no?

CARL: Diles una cosa de mi parte: «Que os den mucho por el culo». Y también que si no quieren que les «rompa» el jueguecito, quizá no deberían darnos las herramientas para hacerlo.

ZEV: Mazmorrero, sabes que ese lenguaje es inaceptable. Que tengáis mucha suerte.

DÓNUT: ¡NOS VEMOS, ZEV!

Recibimos otro mensaje justo cuando cerré la conversación con Zev.

GIDEON: Esto... ¿Carl y Dónut?

DÓNUT: MADRE MÍA. ¡HOLA, GIDEON!

Gideon era un mazmorrero muy activo en los chats. Solo lo había visto en persona en una ocasión. Era humano y tenía una clase para tanquear. No recordaba los detalles. No habíamos necesitado salvarlo porque su grupo había estallado la burbuja antes de tiempo. Había estado junto a nosotros en el último enfrentamiento del piso anterior, y sabía que esto no se le daba nada mal. No recordaba de dónde era. A Dónut le caía bien porque una vez había dicho que era alérgico a los perros.

CARL: Gideon, no deberías seguir por ahí. Baja por las escaleras.

GIDEON: Estaba a punto de bajar, sí, pero quería daros una advertencia. Acaban de pasar junto a mi burbuja dos deidades que no dejaban de darse de hostias. Una era una especie de gorila gigante y sin pelo. La otra, que creo que era el dios de verdad y no el feral, era una serpiente con la cabeza de un tipo calvo que... se parecía a Woody Harrelson. Lo conocéis, ¿no? El tipo de Cheers.

DÓNUT: TAMBIÉN SALÍA EN UNA PELI DE ZOMBIS QUE ME GUSTÓ MUCHO, DONDE NO DEJABA DE BUSCAR UNOS TWINKIES.

GIDEON: Sí. Pues esa deidad Woody Harrelson mató al dios mono y ambos desaparecieron. Pero justo antes de hacerlo, lanzó al gorila contra una de las burbujas que tenía un monstruo dentro. Vi desde aquí cómo la burbuja estallaba y el monstruo conseguía escapar. Creo que va en vuestra dirección. Lleva un látigo enorme.

El tercer rugido volvió a resonar por todas partes. Estaba claro que eran palabras y cada vez se oían más cerca.

Tenía una voz grave e intensa. No sabía si era masculina o femenina, aunque me recordó a la de la Acaparadora. La rabia manaba de ella sin duda.

—Es una mujer —aseguró Dónut un momento después—. Está claro que necesita unos caramelos mentolados, la verdad. Da la impresión de que lleva fumando desde que era pequeña.

La deidad feral volvió a gritar y, en esta ocasión, sí que entendí lo que decía.

—¡Psámate! —aulló—. ¡Samantha! ¡Te huelo! ¡Sé que has escapado! Podrás esconderte, pero ¡te encontraré, pedazo de zorra inútil!

—Oh, oh —dijo Dónut—. Eso no ha sonado nada bien.

Estaba a punto de enviarle un mensaje a Katia para contárselo todo y que se acercase a una escalera, pero justo en ese momento recibí una notificación sorprendente.

Has recibido una caja de benefactor de platino de emergencia de parte de tu patrocinador, la Organización Activista y Pacifista de Intelecto Abierto, ONC Intergaláctica.

—¡Samantha! —gritó la deidad feral enorme. En la distancia, conseguí atisbar unas alas parecidas a las de un murciélago que no dejaban de agitarse. La criatura se encontraba encima de aquella burbuja distante y reluciente. No era más que una silueta, pero conseguí distinguir una forma rolliza con capas y capas de carne y

sin cuello. No era tan grande como el resto de las deidades, ni de lejos, pero seguía siendo inmensa. Llevaba un látigo chisporroteante del que brotaban relámpagos—. Samantha… —gritó mientras se acercaba.

No era una deidad. Era un demonio. Un demonio feral. Iba a llegar en unos pocos minutos.

—Si se acerca demasiado, baja por las escaleras, Dónut —grité, antes de salir corriendo en dirección a Pezuña de Camella. Tenía que abrir la maldita caja de botín.

> Mordecai: ¿Una caja de platino de emergencia? ¿Estás de puta broma? ¿Sabes cuánto podría costar algo así? Su valor puede ser superior al producto interior bruto de algunos sistema solares enteros. ¡Tiene que ser la caja más cara de toda la historia de los mazmorreos!
>
> Carl: Sí… Lo primero que pensé fue en cancelarlo todo y correr para bajar por unas escaleras, pero supuse que no estaría de más abrirla. Sean quienes sean estos tipos, parece que quieren que lleve a cabo mi plan.

En realidad, me sentí bastante mal, sobre todo porque me daba la impresión de que estos cabrones pacifistas querían ayudar de verdad. Si creían que mi plan iba a ir exactamente como había dicho en voz alta que iría, se iban a quedar muy decepcionados.

> Mordecai: Deberías olvidar esa tontería tuya y bajar por las escaleras igualmente.
>
> Carl: ¿Qué ha dicho Samantha?
>
> Mordecai: Puedes preguntarle directamente ahora que la hemos contratado. Tendrás que aprobar el chat en el menú.

Hice varios clics y vi que había una opción para añadir miembros del personal contratado. Seguí trasteando con los menús mientras atravesaba a toda prisa las puertas del bar más cercano que siguiese intacto. Llegué hasta una estancia segura de lo que antes había sido la Callejuela de las Movidas Chungas. El asentamiento al completo estaba irreconocible.

Vi que Dónut ya la había aprobado y le había cambiado el nombre de «Psámate» a «Samantha». Conociendo a la gata, era probable que ya le hubiese sonsacado la historia de su vida a la deidad menor convertida en muñeca hinchable.

CARL: Samantha: ¿quién es ese demonio gordo con alas y látigo?

Entré en el menú y empecé a hacer clic en mis cajas.

SAMANTHA: ¿UN LÁTIGO? ¿SE PARECE A UN PENE DE GNOMO SIN CIRCUNCIDAR?

CARL: Sí. Puede ser. No lo sé. No tiene cuello.

SAMANTHA: NO TENGO NI IDEA DE CUÁL PUEDE SER ELLA. TÚ SÁCAME AHÍ FUERA Y YO ME ENCARGO. LA MATARÉ A ELLA Y A SU MADRE. ESA ZORRA CREE QUE PUEDE CONMIGO.

CARL: Dios, Dónut te ha dicho dónde estaba el botón de las mayúsculas, ¿no?

SAMANTHA: ¡QUIERO LUCHAR CONTRA ELLA! ¡ME CARGARÉ A ESA GORDA DE MIERDA!

La caja de patrocinador de platino se abrió en ese momento con una ostentación exagerada. Vi que giraban varias ruedas y engranajes para luego empezar a llover confeti. Los dromedarienses que había por ahí se giraron hacia mí para verlo.

«Espero que no sea otro ñame de mierda».

Apareció un único objeto. Era una cesta de mimbre curvada, aunque brillaba con magia. Me la quedé mirando. Luego acerqué la *xistera* y, como era de esperar, el dispositivo se acopló con facilidad en la pala. No iba a poder replegarla cuando tuviese este añadido, pero el cometido de la mejora me había quedado muy claro.

CARL: ¿Estás segura de que quieres enfrentarte a ella?

SAMANTHA: LA MATARÉ.

CARL: Pues estás a punto de cumplir tus deseos.

Me acerqué a toda velocidad hacia la puerta del espacio personal. La estancia principal estaba destrozada debido a los niños, pero vacía al fin a excepción de Mordecai, quien se encontraba sentado en el sillón viendo una serie de televisión. El robot limpiador soltó un pitido lastimero mientras yo pasaba corriendo a su lado para entrar en la sala de entrenamiento. Agarré a Samantha y volví a toda velocidad a la salida.

—No la saques —advirtió Mordecai, alarmado y entre gritos—. ¡Invocarás a otro dios si la sacas ahí fuera!

Lo ignoré y crucé la puerta a toda velocidad con la cabeza de una muñeca hinchable que no dejaba de reírse agarrada por el pelo.

—Carl, ¿por qué las has sacado? —gritó Dónut—. ¿Y qué es eso que tienes en el brazo?

—¡Vamos allá! ¡Ha llegado la hora del sufrimiento! —aulló Samantha—. ¿Dónde estás, pedazo de zorra repugnante?

—¡Te huelo! ¡Estás aquí! —gritó la demonio gigantesca, una voz que sonó inquietantemente cerca.

Eché un vistazo alrededor para comprobar si veía al monstruo gigante.

—¿Dónde coño está?

Un repiqueteo agudo se oyó por todas partes, como si hubiesen empezado a disparar bombas.

—¡Cuidado! —grité mientras me preparaba para usar el escudo. No toqué nada al comprobar que el ataque había fallado.

El látigo en realidad era una cadena, parecida a las que usaba Li Na. Cada uno de los eslabones tenía el tamaño de un camión articulado y brillaba a causa de la electricidad. Apareció por abajo y se alzó por los cielos para estirarse como una serpiente, antes de chocar con fuerza contra el cuenco a un kilómetro de distancia. La cadena impactó contra el desierto y destrozó rocas como si fuesen mantequilla, atravesándolas y llegando hasta el templo que teníamos debajo. Uno de los bordes del cuenco, por la parte que ya se había derrumbado, empezó a caer hacia el cuadrante de Tierra. El suelo volvió a temblar. Higo se transformó en una tortuga y saltó sobre la caja de movimiento para protegerla.

No iba a servir de mucho si el templo se derrumbaba entero. Miré las escaleras, que estaban a unos pocos metros.

—¡Has fallado, puta de mierda! —gritó Samantha—. ¡No es culpa mía de que a tu queridito le guste más yo que tú! ¡Me dijo que olías a culo de demonio tragalefa! ¡Me dijo que prefería follarse a un elemental de cuchillas que volver a metértela!

> KATIA: Pero ¿qué está pasando ahí arriba?
> DÓNUT: ¡PELEA DE CHICAS! ¡PELEA DE CHICAS!
> CARL: Quédate ahí. ¡No te muevas!

La cabeza gigante apareció en el horizonte y se nos quedó mirando directamente. La monstruosidad relucía con una tonalidad

púrpura. A ambos lados de la cabeza, se encontraba la parte superior de las alas negras y curtidas.

No tenía ni idea de qué aspecto tenían los penes de gnomo circuncidados, pero en ese momento me quedó bien claro que Samantha había dado en el clavo con la descripción. La cabeza era una cúpula de carne rosa, pero cubierta de escamas por alguna razón, como si fuese un híbrido entre mamífero y reptil. Había cerdas de pelo negro desperdigadas por dicha cabeza. Unos ojos reptilianos se nos habían quedado mirando. En mi otra vida había conocido a un tipo que tenía un dragón barbudo por mascota, y los ojos me recordaron a los de esa criatura. La cabeza estaba recorrida de lado a lado por una boca llena de dientes aserrados, de la que brotaba una lengua roja. Olía a cigarrillos sin filtro, tanto que estuve a punto de asfixiarme.

El monstruo tenía tanta máscara de pestañas, sombra de ojos y lápiz de labios que el maquillaje de Samantha parecía sutil a su lado. En los ojos se había puesto un color parecido al de los moretones que le llegaba hasta el nacimiento del pelo ralo. La boca enorme la tenía llena de un pintalabios que parecía masilla y que me hubiese llegado al menos hasta la rodilla en caso de pisarlo. El maquillaje le caía de la cara cada vez que gesticulaba. En las mejillas tenía pintados unos torbellinos rojos de coloretes que parecían la Gran Mancha Roja de Júpiter.

La cabeza de los cojones tenía el tamaño de un estadio deportivo, ridículamente grande pero no tanto si la comparabas con la de Emberus. Pero el tamaño no era lo más importante en aquel momento.

> Hendidura. Demonio feral menor. Nivel 200.
>
> Hendidura, una de los muchos demonios que se capturaron y se lanzaron a la Nada durante la Ascendencia original, nunca quiso formar parte de ese drama de la realeza, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba enamorada y era capaz de hacer todo lo que fuese por su querido.
>
> Eones sumida en la locura han desgastado la cordura y la autoestima de Hendidura.

—Samantha —gruñó Hendidura—. Estás muertísima.

—Ah, la tipa esta. Ya sé quién es. Rápido, dadme un arma —dijo Samantha.

—¿Un arma? Pero si no te puedes mover —dije yo, antes de meterla de cara en la ranura redonda de la prolongación de la *xistera*. Encajaba a la perfección.

La forma en la que estaba descrito el accesorio dejaba bien claro lo que querían que hiciese. Esperaba que funcionase.

> Ranura de prolongación de xistera mágica. Accesorio para lanzar cabezas.
> ¡Es un objeto único!
> Este objeto se ha creado específicamente para Carl el mazmorrero, gracias a la Organización Activista y Pacifista de Intelecto Abierto, ONC Intergaláctica.
> Se conecta el extremo de una xistera y permite lanzar una cabeza.
> Este lanzacabezas de edición especial está personalizado para usarse con cabezas decapitadas de muñecas hinchables.
> Al tirar una cabeza con un espíritu debilitado, la distancia de lanzamiento mejorará en gran medida. (500 metros por la puntuación de Fuerza).
> La cabeza lanzada regresará mágicamente una vez se separe el accesorio de la xistera.

—¡Tienes dagas en el inventario! Méteme una en la boca. ¡Voy a rajar a esa zorra!

Hendidura la demonio empezó a agitar la cadena de arriba abajo de nuevo.

—Lo siento, pero no hay tiempo —dije. Luego, giré noventa grados y lancé a Samantha con todas mis fuerzas. Salió disparada gritando que iba a matar a mi madre.

Hendidura aulló de rabia y se giró hacia la cabeza.

Mi Fuerza base era de 75, pero con el equipo y las ventajas alcanzaba más de 100. Acababa de lanzarla a más de cincuenta kilómetros de distancia. La demonio rolliza tardó unos segundos en coger impulso, pero luego agitó las alas y se abalanzó en dirección a la laguna.

—La verdad es que es muy oportuno que tuviesen esa caja lista —dijo Dónut mientras veía a la demonio empezar a perseguir la cabeza. La extraña criatura llevaba un atuendo de cuero en plan sadomaso, algo que me recordó a las dominatrix de los colmilludos pero más cutre de alguna manera. Estaba cubierto de unas borlas del tamaño de secuoyas. El cuerpo gigantesco se le agitaba como

gelatina y tenía que batir las alas más de lo normal para mantenerse a flote. Persiguió la cabeza hacia la oscuridad sin dejar de aullar. El olor a cigarrillo se apoderó del lugar y eclipsó al de pavo asado.

—No —dije—. Seguro que la tenían lista para otra cosa. Puede que algo del piso siguiente. Pero se han visto obligados a enviarla ya.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dónut.

—Mira esto —dije.

Mientras Hendidura perseguía a la cabeza, se abrió una grieta en el cielo y apareció algo más. Era otra deidad, una que no había visto antes. Estaba demasiado lejos como para examinar sus propiedades. Tampoco distinguía su forma prácticamente, pero vi que era una de las que eran gigantescas. Tenía muchos brazos.

Esperaba que fuese a por Samantha, pero no fue el caso. Se giró y agarró a la demonio gorda como si fuese poco más que un pequeño roedor que no dejaba de agitarse. Y, sin más, la partió por la mitad. A pesar de la distancia, oí el rasgar de la carne. Hendidura gritó mientras sus entrañas caían por todas partes. El látigo cadena cayó a la laguna y armó un buen escándalo. Un momento después, tanto la deidad como el cadáver desaparecieron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dónut—. Carl, ¿por qué no dejas de invocar a estos monstruos gigantes?

—Samantha va a invocar a una deidad siempre que la saquemos. Esta prolongación de la *xistera* es un objeto similar a una granada celestial. Es muy probable que fuesen a dárnoslo en el siguiente piso, pero supongo que llegaron a la conclusión que era más importante protegernos ahora.

Alcé la vista al cielo.

—Gracias por salvarnos —dije—. No sé cuánto os ha costado, pero espero que haya merecido la pena.

Separé la prolongación de la *xistera* y la guardé en el inventario.

CARL: ¿Estás bien?

KATIA: La verdad es que ha salpicado mucho, pero ya está mejor la cosa. Todo bien. Ahora, los tiburones conserje se han puesto como locos.

CARL: Creo que solo queda un ataque antes de que terminemos, pero no debería ser tan exagerado.

Samantha apareció a mis pies gritando.

—¡No es justo! ¡Dile a mi madre que vuelva! ¡Yo era quien tenía que matar a esa cosa! —Nos quedamos mirándola desde arriba mientras siguió gritando y gruñendo—. ¡Vuelve a lanzarme! ¡Quizá eso la haga aparecer otra vez!

—¿Se supone que esa deidad era tu madre? —preguntó Dónut al fin.

—¡La mataré! —dijo Samantha.

—Espera —dije—. ¿No había sido tu padre quien te había expulsado a la Nada?

—Sí. Se enfadó conmigo por tener un bebé con mi rey. Pero mi madre también se lo estaba tirando, así que se enfadó. Zorra celosa. Dijo que iba a matarme si salía de la Nada, pero acaba de matar a la zorra de Hendidura. Nunca cumple sus promesas. Que los padres no cumplan con sus promesas es la causa principal de los traumas infantiles, ¿lo sabías?

Miré a Dónut.

—¿Crees que esa deidad estaba patrocinada? Ojalá hubiésemos podido verla bien.

¿Habría pagado el grupo «pacifista» para patrocinar una deidad? Volví a coger a Samantha. Tenía que meterla en nuestro espacio personal. El acceso se iba a cerrar cuando solo quedase una hora para el derrumbe del piso.

—¿Por qué estaba tan enfadada contigo esa demonio? —preguntó Dónut.

—Porque cree que me tiré a su rey.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Dónut.

—No. Qué asco —respondió Samantha.

—¿Y entonces por qué lo cree?

—Es que forma parte de una especie de harén demoniaco. Me oyó hablando sobre mis proezas sexuales con mi rey y creyó que estaba hablando del suyo. Se puso muy beligerante. No me gustan los enfrentamientos, como bien sabréis, pero me hizo enfadar mucho. Por eso, le dije que su rey y yo habíamos hecho todo tipo de cosas sexuales raras. No creeríais lo mucho que se enfadaron ella y sus hermanas.

—¿Cuántas hermanas tiene? —pregunté, preocupado de repente.

—El harén al completo está en la Nada. Todas me odian. —Se rio —. Y será mejor que os acostumbréis, porque salen de vez en cuando. Hendidura era una de las pequeñas. Su hermana Cuchillada es de las más peligrosas.

Higo se puso en pie, otra vez en forma humana. En la distancia, una parte del cuenco volvió a derrumbarse. Era la primera vez desde que la conocía que la veía tan exhausta.

—Empiezo a arrepentirme de haberte ayudado —comentó.

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO:
1 HORA

Aviso: Se han cerrado todos los accesos a las estancias seguras.

Llevábamos unas pocas horas sentados mientras Higo cambiaba de forma para entretenernos. Después de la aparición de la demonio, las horas de silencio posteriores se nos antojaron muy estremecedoras.

Higo nos estaba ayudando mucho, en realidad, enseñándonos formas de monstruos que aún no habíamos visto y comentando cuál era la mejor manera de matarlos. Algunos se nombraban en el libro de cocina, pero no había comentario alguno sobre sus debilidades. Me había puesto a coger apuntes.

Cada vez que se transformaba en algo diferente, pasaba por la forma de zumbibuitre antes de adquirir la siguiente. La criatura tenía una habilidad de caza especial que le permitía encontrar seres vivos ocultos en la arena.

Terminé por hartarme de esperar. Nos quedábamos sin tiempo.

—Sé que estás ahí, Maggie. No sé a qué esperas. Si quieres hablar, sal de una vez.

Pasamos un minuto entero en silencio, pero luego oí la voz.

—Me contaron lo de la poción —gritó Chris…, o Maggie más bien, desde el lugar donde se escondía. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Sonaba como si estuviese justo debajo de mí, lo que me dejó muy inquieto. Fue un sonido ahogado, pero estaba demasiado cerca, casi

como si me hubiese susurrado al oído.

Esa era la razón por la que nadie había sido capaz de encontrarlos. Las criaturas de roca tenían habilidades de camuflaje. Y Chris contaba con una que le permitía enterrarse en las dunas de arena y desaparecer.

—Sí —dije. Me aparté lentamente. A mi lado, Mongo graznó. Higo alzó el vuelo y se giró hacia abajo. Chris y Maggie se encontraban a varios metros del lugar donde había sonado la voz. ¿Sería otra habilidad? Dónut saltó sobre el dinosaurio.

Seguí hablando entre gritos.

—Me salió un ñame de esos en una caja de patrocinador y, al principio, nuestro representante no supo la razón. No sé si has visto lo que ocurrió antes, pero ¿sabes la muñeca esa, Samantha? Pues fue ella la que lo ayudó. En realidad, el ñame tiene varios usos. Crece en lava o en magma o algo así. La verdad es que no recuerdo cuál es la diferencia entre ambas cosas. Pero eso, que puede usarse para un tipo de tinta de pergamino especial o para algunas pociones de temática de lava. También para un tipo de pergamino de sanación especial para los monstruos de roca volcánica como Chris, o como una poción de fase para que la gente sea capaz de atravesar rocas volcánicas. Y eso fue justo lo que nos preparó Mordecai. Una poción de fase de roca volcánica. Una vez me la tome, no podrás tocarme. Los brazos de Chris me atravesarán.

Higo indicó que habían empezado a moverse. Habían avanzado muy despacio camuflados por la arena. Ella había sentido su presencia hacía una hora y los había señalado en silencio. No iba a poder hacerles nada hasta que no apareciesen.

Se me aceleró el pulso. No teníamos a Katia con su virote especial. Había llegado la hora de la verdad.

—Tienen a mi otra hija, Carl. Van a traerla de vuelta. Van a convertirla en un monstruo y obligar a alguien a matarla si no hago esto. No puedo permitir que ocurra.

—Es lo que nos han hecho a todos —comenté, deslizándome muy despacio por la arena—. Todos hemos perdido a alguien, Maggie. Podríamos haber colaborado, pero tu guía te llevó por el mal camino.

Lo siento mucho por lo ocurrido con Yvette, pero estás centrando tu rabia en las personas equivocadas.

—No lo entiendes —comentó ella un momento después—. Ya no estoy enfadada.

Tenían que moverse muy despacio para que no los detectásemos. Podía controlar el lugar de donde brotaba su voz, y había conseguido que me diese la impresión de estar muy cerca de mí. Pero yo no era su objetivo, sino la caja de movimiento. Iban a intentar moverla o tirarla al templo que teníamos debajo. Para arruinar el plan solo necesitaban desplazarla un metro y medio del lugar donde se encontraba ahora.

—Chris es un buen tipo —dije mientras seguía alejándome más y más de la duna. La poción de fase de roca volcánica solo duraba un minuto, por lo que no quería precipitarme al tomármela—. No te ha hecho nada y lo estás torturando.

—Deberías limitarte a bajar por las escaleras —dijo ella—. Siento que esto tenga que acabar así. Estaba muy enfadada, cegada por tus actos. No era una mala persona antes de esto. Te lo juro, pero tenía que proteger a mi familia a toda costa. Creía que todo acabaría al matar a Frank, pero me equivocaba. Cuando el cáprido nos habló en la estancia segura, me dijo que nos ayudaría si te matábamos.

¿Cáprido? ¿Prepotente? No tenía sentido. Seguro que estaba hablando de otra criatura.

Maggie gritó de repente.

—¡Me la sudan vuestros avisos! Si es legal que ocurra también lo es decirlo en voz alta. Que os den a todos. ¿Qué vais a hacer? ¿Acelerarme? ¿Ahora?

Me di cuenta de que estaba hablando con la IA. O con otra persona.

—Él es un clérigo. Una criatura con forma de cabra. Y un intermediario. Dijo que tenía que deteneros, porque si no… —En ese momento se quedó en silencio.

CARL: Creo que le han prohibido hablar.
DÓNUT: Sigue ahí. Va a hacerse con la caja.
CARL: Katia, ¿cuánto tiempo queda?

KATIA: Unos diez minutos.
CARL: Me vale.

—Maggie —grité. Me acerqué aún más a la caja y me coloqué detrás de donde creía que iban a salir—. Espero que puedas oírme. Siento que todo haya acabado así. Eso no significa que pueda perdonar lo que hiciste, pero lo siento mucho. Sé que las cosas se te complicaron y que es una mierda. Dejaré que…

Chris apareció en ese momento del suelo junto a la caja de movimiento, y yo hice clic en la poción de fase. Me abalancé hacia la criatura de roca mientras esta se hacía con la caja y la lanzaba con todas sus fuerzas. Salió volando en la misma dirección en la que yo había lanzado la cabeza de Samantha. La tapa de la caja se abrió y los dos relojes salieron despedidos en direcciones diferentes.

La poción de fase también me permitía caminar por lava y piedra volcánica. Extendí el brazo con la mano abierta hacia la cabeza de Chris, y la moví hasta que sentí a la criatura en el interior, dentro de su cerebro. El gusano era del tamaño de la palma de mi mano. Era la única parte del cuerpo del monstruo de roca que era sólida, y se me antojó como una salchicha escurridiza. Recordé cómo la deidad había acabado con la demonio Hendidura.

Tiré. Esperaba que me explotase en la mano, porque yo tenía la poción de fase y esa cosa no. Pero no lo hizo. En lugar de eso, me mordió la palma y empezó a meterse en mi cuerpo mientras yo apartaba la mano.

—Au —grité, y me llevé la mano contra el pecho. Chris cayó al suelo desmayado frente a mí. Intenté agarrar al gusano negro y largo por la cola con la mano izquierda, pero fallé y siguió internándose en mis entrañas. La sentí ahí, en el brazo, moviéndose por dentro como un submarino debajo del agua. Desapareció.

—Joder, joder —grité. Abrí el inventario rápidamente. Ahí estaba. Esperé dos segundos más hasta que pasase el tiempo de recarga de las pociones y me bebí una de sanación doble, la que había usado para curarme de los parásitos en el tercer piso. Mordecai me había comentado que solo iba a funcionar si me la bebía antes de que llegase a mi cerebro. Y la criatura se movía muy rápido.

La última vez que me había tomado la poción me había puesto a vomitar los parásitos. En esta ocasión, la criatura me salió del cuello a toda velocidad, como si un francotirador me hubiese pegado un tiro. La sangre brotó a chorro por el agujero y me sentí como si acabasen de darme un martillazo. El parásito que era Maggie empezó a retorcerse, con la salud en rojo y la desventaja ENVENENADA parpadeando sobre ella. La sangre no dejó de rezumar del agujero que me había hecho en el cuello. Me acerqué para aplastarla con el pie, pero antes de llegar hasta ella Mongo dio un brinco y la cogió.

—¡Muerde! —conseguí articular mientras me llevaba la mano a la terrible herida que me había hecho en el cuello. Intenté hacer clic en el conjuro Sanar. ¡ESTÁS ATONTADO! ¡NI CLIC NI HOSTIAS! ¡A DORMIR LA MONA!

Antes de desmayarme, vi cómo Mongo se ponía a morder alegremente el gusano scree hasta hacer papilla a la pequeña mazmorrera, zanjando de una vez la historia de Frank Q y Maggie My.

Estuve inconsciente solo unos dos minutos. Dónut me curó usando un pergamino. Al despertarme, la vi sentada sobre mí con gesto preocupado. Chris estaba cerca, también sentado, y con una mano en su cabeza de roca. La gata también lo había sanado a él.

—Eso ha dolido —dijo.

—Y a mí, joder —gruñí.

> CARL: Oye, Imani, Chris está a salvo. Ha funcionado. Lo acompañaremos hasta que dé con vosotros en el siguiente piso.

Mongo vomitó el cadáver de Maggie y luego se lo volvió a comer.

—Espera —conseguí decir—. Tenemos que saquearle el inventario.

—Ya lo hice yo la primera vez que la vomitó. Tenía muchas cosas —comentó Dónut.

—Dáselas a Chris —dije al tiempo que me dejaba caer bocarriba.

—¿Cómo que se las dé a Chris? Tenía muchos gorros. ¿Para qué necesita gorros un gusano? ¿Y para qué podría quererlos Chris? Yo colecciono gorros. Creo firmemente que debería quedármelos, Carl.

CARL: ¿Cuánto tiempo?
KATIA: Dos minutos. ¿Estáis bien?

«Joder. Joder. Ha llegado la hora».

CARL: Maggie está muerta y Chris está a salvo. Asegúrate de estar bien anclada. ¿Y Tran? ¿Está a salvo?
KATIA: Ya se ha marchado. El equipo de Gwen y él han bajado por las escaleras.

Higo volvía a estar en forma humana y sostenía uno de los relojes que Chris había tirado.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras le daba vueltas en la mano —. Este no es el reloj de mi hermano.

Era una imitación, una de las que había creado hacía tiempo para engañar a los gnomos de los dirigibles. Katia era quien había hecho la imitación de la caja de movimiento, todo mientras aprendía a usar la mesa de ingeniería. Se le daba mucho mejor que a mí moldear formas. La había fabricado por partes para luego juntarlas todas en su inventario. Habíamos intercambiado los objetos, la imitación y la de verdad, cuando nos habíamos abrazado en el club Desperado.

—El plan ha cambiado —le dije a Higo a toda prisa. La agarré por los hombros. Aún tenía la cabeza embotada y me dolía el cuello—. Tienes que marcharte. Ya. El portal se abrirá dentro de unos momentos, pero solo durante veinte minutos. No hace falta que te lleves nada al cruzar. Y que sepas que no vamos a enviar a una deidad al noveno piso. No ahora, al menos. Nos vamos a quedar el artefacto y esta no será la única vez que hagamos esto, ni de lejos. Pero quiero que vayas a Larracos. Tienes que permanecer oculta y contarle a los demás lo que sabes. ¿Me has entendido? Seguiremos en contacto. Cuando lleguemos allí, quiero que todos los supervivientes sepan lo que son en realidad. ¿De acuerdo?

La prostituta cambiada no fue capaz de articular palabra, prácticamente.

—¿Qué…? ¿Dónde está el portal?

—Puedes transformarte en tiburón, ¿verdad? —pregunté—. Conviértete en pájaro y vuela. Vuela lo más rápido que puedas por encima del borde del cuenco y luego desciende al agua. La ubicación

te quedará muy clara dentro de unos pocos minutos. Está por esta parte de la isla. Date prisa.

Me dio un beso en la mejilla.

—Cuida de los míos. Tenemos un trato. E intenta que no le pase nada a él. Lo amo.

—¿A quién? —pregunté.

—A Louis —respondió ella—. Vamos a casarnos.

Unos días antes me había perseguido un cachorrito gigantesco con dos cabezas. Había estrellado un avión en la cara de un dios. Había visto a una cabra parlante acurrucarse junto a una vampira después de matar al pavo más grande del universo. También había lanzado la cabeza encantada de una muñeca hinchable a una distancia de cincuenta kilómetros para zanjar un combate de chicas entre dicha cabeza y una demonio maquillada a más no poder del tamaño de un pueblo. Y ahora acababa de meter la mano en la cabeza de un monstruo de roca para sacar un gusano parásito del interior.

A pesar de todo eso, lo que Higo me acababa de decir era lo más sorprendente que había oído desde el principio de este piso. Me la quedé mirando como si le estuviesen saliendo babosas por los orificios nasales.

—¿Con Louis? —pregunté—. ¿Con nuestro Louis? ¿Estás enamorada de Louis? ¿Y os vais a casar? ¿Lo dices en serio?

La manera en la que arrugó la frente me indicó que lo estaba diciendo muy en serio.

—¡Recuerda tu promesa! —dijo sin esperar a que yo respondiese. Luego dio un salto y se transformó en aveceleste antes de marcharse a toda velocidad. Desapareció en pocos segundos. Me froté los ojos y respiré hondo.

—¿Louis? —preguntó Dónut—. Carl, el mundo entero se ha vuelto loco.

Un gruñido me hizo volver a centrarme en Chris, quien ahora estaba sentado y aturdido.

—Brandon —dijo al fin al tiempo que bajaba la cabeza—. Brandon.

Oírlo hizo que me pusiese muy serio. Me arrodillé junto a él y le coloqué una mano sobre la pierna, que estaba ardiendo.

—Tu hermano murió salvando las vidas de mucha gente. Esto que vamos a hacer será en su honor, ¿de acuerdo?

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO:
21 MINUTOS

KATIA: El portal se ha abierto. Esas cargas con temporizador que creaste han entrado. También tiré antes la bomba cebo y funcionó muy bien. Los tiburones han empezado a cruzar al otro lado y se han vuelto locos con las vísceras. Con suerte, las cargas de antes habrán explotado antes de que entrasen. Aunque supongo que, en realidad, da igual. Algunas de las medusas amplificadolor también han cruzado al otro lado.

CARL: Perfecto. Buen trabajo. Ahora, ve a las escaleras. Avísame antes de bajar. Rápido.

Iba a costarle avanzar por el agua con la fuerza de drenaje del portal, que daba hasta el nivel más bajo de la ciudad de Larracos, pero se había anclado a la pared de roca de la tumba. Katia iba a usar las escaleras del cuadrante Subterráneo para salir, ya que había una entrada cerca del lugar donde había estado el Akula. Aquella era la parte más peligrosa para ella y estaba preocupado, pero había insistido en que sería capaz de hacerlo sin problema.

Durante los veinte minutos siguientes, el cono invertido de la ciudad de Larracos sufriría todo un maremoto con origen en el portal que acabaría de aparecer cerca del mercado de facciones. Es muy probable que tuviesen un sistema de drenaje, pero se iban a llevar un buen susto. Las bombas iban a explotar justo después y servirían para derrumbar el mercado y para hacer que se dispersasen los comerciantes y los compradores. Y luego llegarían los tiburones. Si Katia lo había calculado bien y el mapa que tenía era preciso, más de la mitad de la ciudad estaría sumergida cuando se cerrase el portal. Las únicas partes que se librarían de la riada serían los niveles superiores, donde se encontraban las residencias de los PNJ.

El caos de bombas, agua, tiburones y otras criaturas sería tan repentino, violento y más destructivo de lo que jamás hubiesen llegado a imaginar.

ZEV: Dios mío, Carl. Se han enfadado. Esto no es lo que prometiste.

Zev había dejado de fingir que era una buena ciudadana del partido.

CARL: Yo no prometí nada.

ZEV: Si llenas Larracos de agua y de criaturas, acabarás con todos los PNJ. Los mercados se inundarán. Morirán los mercenarios. Y si matas a los PNJ que hay en el bar de la entrada, el club Desperado dejará de estar accesible. Los patrocinadores no podrán entrar para apostar ni podrán llegar al mercado para comprar equipamiento mágico. Borant depende de ese dinero y los patrocinadores necesitan el mercado para aprovisionar a sus tropas.

CARL: Oh, estoy seguro de que pondrán un parche o algo. Y el agua se drenará poco después. Puede que quede algún que otro tiburón por allí durante unos días, pero no creo que les vaya tan mal.

ZEV: No, Carl. Estoy segura de que lo sabías. No podemos añadir nuevos PNJ trabajadores una vez se ha creado el piso. Enemigos sí, pero PNJ no y está escrito en las normas. No podemos reemplazar a los comerciantes sin más. El mercado de comida para las tropas también está allí abajo.

Sí, sí que sabía todo lo que me estaba diciendo. Ese era justo el plan.

CARL: Ups. Perdón.

ZEV: Si quieren arreglar esto, tendrán que hacer una votación en el Sindicato. Y no va a salir adelante. Y, aunque lo haga, luego tendrán que convencer a la IA. Y eso sí que va a ser imposible. El sistema ha empezado a volverse loco, algo que nunca había ocurrido tan pronto.

Acababa de matar a gente. Gente inocente. Mucha gente inocente.

Pero todos eran PNJ y ninguno era un antiguo mazmorrero, que era lo que más me importaba. A los antiguos mazmorreros con contratos, como Mordecai, sí que quería tenerlos en cuenta. Pero a esos no los desperdiciaban poniéndolos en una ciudad que asaltaban todas las temporadas. Aun así, tampoco quería suavizar lo que acababa de hacer.

No teníamos tiempo para debates morales. En realidad, les estaba haciendo un favor. Y, aunque el maltrato emocional de PNJ como la pequeña Bonnie casi había estado a punto de quebrar mi determinación, me consolaba sabiendo que acababa de salvar a esos PNJ del horror de tener que subsistir durante un conflicto armado en el que acabarían por morir de igual manera.

Priestly había caído en esa trampa. Se había preocupado tanto por los PNJ que había terminado por no hacer nada. Y había acabado destrozado. Yo no iba a cometer el mismo error.

Una parte remota de mi ser estaba muy alarmada con mi actitud, pero esto era la guerra e ignorarla no iba a servir de nada.

Zev siguió quejándose sin parar. Empecé a darme cuenta de que su sorpresa y su rabia eran fingidas, que lo que estaba haciendo en realidad era darnos información crucial. Se había puesto como loca y no estaba haciendo nada por controlarse. Seguro que Dónut y ella habían empezado a hablar de alguna manera, puede que por el tablón de redes sociales, pero no me atreví a preguntar, ni usando el papel mágico que habíamos puesto en el baño.

La rabia de Borant por lo ocurrido era la prueba de que no habían descubierto nuestro método de comunicación. Yo no las tenía todas conmigo, y creía que sabrían lo que Dónut, Katia y yo habíamos planeado meticulosamente durante días. Ni siquiera Mordecai conocía todos los detalles.

Zev: La mitad de ellos tenían los ejércitos ocultos en la ciudad para que el dios no les hiciese nada. Ahora escaparán bastantes, pero aun así no sabes lo que acabas de hacer. Has matado a miles. A decenas de miles. Quién sabe cómo quedarán las cosas cuando acabe esto.

Carl: Lo que está claro es que será magnífico para la audiencia.

Zev: Habrá consecuencias.

Carl: Es probable. Pero diles que ellos lo aprobaron. No hemos hecho trampas. Hemos usado las herramientas que nos dieron. Además, diles también que se preparen para lo que ocurrirá a continuación. Creo que se lo van a pensar dos veces antes de volver a acelerarme o a hacerme perder el tiempo como han hecho en este piso. Sé que están a punto de perder el control de la temporada. Y quienquiera que acabe teniéndolo durante el próximo piso, va a ganar mucho dinero.

Zev: ¿A qué te refieres?

Carl: Espera y verás.

Cerré la ventana de chat.

Katia: Me voy. Estoy a punto de bajar por las escaleras.

Dónut: ¡ADIÓS, KATIA!

Carl: Muy bien. Voy a meter a Chris en el grupo para que baje con nosotros. Nos vemos al otro lado. Lo has hecho genial.

Katia: Buena suerte con la elección de clase.

—Me da mucha pena no ir al programa de Odette al final de este piso —comentó Dónut mientras nos dirigíamos hacia las escaleras. Chris iba delante con la cabeza gacha, mientras que Mordecai no dejaba de quejarse en el chat por lo que acabábamos de hacer. Lo ignoré.

—No te preocupes —le dije a Dónut—. Creo que conozco bien a Odette y es probable que vayamos dentro de un día o dos.

—¿Crees que Higo habrá llegado sana y salva? —preguntó Dónut —. No me ha dejado añadirla al chat como a Macito o a Mordecai.

—Estoy seguro de que sí —comenté—. Ha tenido una vida muy dura y es una mujer dura de pelar. Además, está enamorada y eso vuelve más fuerte a la gente.

> Mordecai: Y me da igual el valor que tenga ese anillo. Se acaba el tiempo. Quiero que lo tires por ahí antes de bajar por las escaleras.
>
> Carl: Mordecai, tienes que relajarte un poco, ¿eh? ¿Sabes una cosa?
>
> Mordecai: Carl, niño, no sabes dónde te estás metiendo. No puedes tentar a la suerte de esta manera. Hasta ahora, solo has sobrevivido porque los has hecho ganar mucho dinero. Pero ahora les acabas de dar una buena patada en los cojones, financieramente hablando. ¿Crees que te vas a salir con la tuya?
>
> Carl: Oye, conseguí que mi patrocinador me comprase esa caja, ¿no? Y creo que también patrocinaron a una deidad. Digo yo que por algo será.
>
> Mordecai: No puedes ganar esta guerra. Es imposible.
>
> Dónut: NO TE PORTES MAL CON CARL, MORDECAI. NO LO HA HECHO ÉL SOLO. ESTO ES COSA DE TODOS.

Dónut no sabía la razón que tenía con lo que acababa de decir. No estaba tan solo como había creído en un principio. Saqué la prolongación de la *xistera* del inventario y volví a examinarla. Pasé un dedo por ese material parecido a mimbre, por encima de la inscripción que tenía en el lateral.

FABRICADO PARA CARL EL MAZMORRERO POR LA ORGANIZACIÓN ACTIVISTA Y PACIFISTA DE INTELECTO ABIERTO, ONC INTERGALÁCTICA. DISEÑO APROBADO POR EL DOCTOR P. HU, DIRECTOR EJECUTIVO Y PRESIDENTE DE OPERACIONES EXTERNAS.

Volví a guardar aquel lanzacabezas y luego saqué del inventario el Anillo de sufrimiento divino. Lo sostuve a la luz tenue. Era uno de los objetos más deseados por los cazatesoros.

—¿Seguirán intentando darnos caza aunque no puedan venderlo en el mercado? —preguntó Dónut.

—Seguro que sí —respondí—. Querrán todo lo que tenemos. No solo el anillo, sino también el portal. ¿Te imaginas lo poderoso que sería algo así en el campo de batalla? Hay dos mercados diferentes. El del club Desperado, que es donde los cazadores venden su mercancía y también el online, donde los mazmorreros pueden vender usando el quiosco. Pues ese último está inoperativo para los de las facciones. Los mazmorreros lo usan mediante la interfaz, pero ellos tienen que bajar a un comerciante y comprar ahí. Acabamos de matar a todos esos comerciantes, así que ya no van a poder comprar nada a los mazmorreros.

—Pero Zev dijo que ahora tampoco podrían entrar al club Desperado, así que no podrán comprarles a los cazadores, ¿no?

—Puede que sí o puede que no —respondí—. Es probable que esté cerrado un tiempo, pero lo que supongo que ocurrirá es que cada facción tendrá que tomar la decisión rápida de enviar a alguien al sexto piso para recoger objetos manualmente y comprárselos a otros cazadores mientras estén allí. No hemos acabado con todos sus ejércitos, pero sí con la capacidad de conseguir equipamiento. Hemos enfadado a los poderosos. Ahora mismo, estarán desesperados intentando encontrar una solución para equipar a sus soldados. Y solo pueden hacer dos cosas: o no lo hacen o se arriesgan a enviar a alguien al sexto piso. Puede que me equivoque, pero sospecho que cuando bajemos nos vamos a encontrar a mucha gente.

Nos detuvimos frente a la escalera. Chris entró y no miró atrás. El pobre. Quedaban cinco minutos, y eché un vistazo alrededor por última vez. A unos pocos cientos de metros, los dromedarienses seguían reconstruyendo el asentamiento. Suspiré.

—Entonces ¿nos vamos a encontrar con más cazadores ahí abajo? —preguntó Dónut.

—Esa es la idea, Dónut, que haya más cazadores ahí abajo.

La gata me ignoró.

—La señora de matad, matad, matad dice que los cazadores también reciben las recompensas por matar mazmorreros. Y ahora tienes mucho valor, Carl. Todo el mundo va a venir a por nosotros.

—Y eso es justo lo que quiero que ocurra.

—No me gusta que la gente nos dé caza.

Después del último episodio resumen, Lucia Mar había bajado al fin del primer puesto. La lista de los diez mejores no había cambiado mucho, pero había alguna que otra diferencia notable:

1. Carl. Primigenio. Anarquista moderado. Nivel 47. 1.000.000 (doble).
2. Lucia Mar. Ladjablès. General inquisidor negro. Nivel 48. 500.000 (doble).
3. Prepotente. Cáprido. Equilibrista maldito. Nivel 55. 400.000 (doble).
4. Dónut. Gata. Ex actriz infantil. Nivel 39. 300.000 (doble).
5. Dmitri y Maxim Popov. Cabecencos. Ilusionista y bogatyr. Nivel 43. 200.000 (doble).
6. Miriam Dom. Vampira. Pastora. Nivel 52. 100.000 (doble).
7. Elle McGib. Doncella de hielo. Neviscamante. Nivel 47. 100.000.
8. Bogdon Ro. Humano. Legado. Nivel 44. 100.000.
9. Eva Sigrid. Seminagini y semiorca. Sicaria piesligeros. Nivel 40. 100.000.
10. Quan Ch. Semielfo. Soldado de seguridad imperial. Nivel 48. 100.000 (doble).

Ahora yo estaba en primera posición.

Le di unas palmaditas a Dónut en la cabeza.

—Cuando se abra el sexto piso, todos quedaremos atrapados dentro. Ellos también.

Tiré el anillo por los aires y lo cogí antes de que cayese. Alcé la vista al cielo y dejé de fingir que estaba hablando únicamente con Dónut.

—¿Veis esto, chicos? Os voy a decir una cosa. Si lo queréis, es vuestro. Aquí está. Venid a por él, hijos de puta. No, esperad. ¿Sabéis qué? Tengo una idea mejor. No tenéis que venir porque yo iré a por vosotros. Es una promesa, tanto a vosotros como todos los que estén viendo esto. Cuando se derrumbe el sexto piso, todos los cazadores que se hayan atrevido a estar en el mismo que nosotros, habrán muerto. —Dónut, Mongo y yo nos acercamos a la escalera—. Os lo juro por mi vida. Acabaré con vosotros, uno a uno. Acabaré con todos vosotros.

EPÍLOGO

—¿Cuánto dinero hemos gastado hasta ahora, exactamente? —preguntó la mujer—. Ese tipo está loco. ¿Has oído eso? Está como una cabra.

—Es mejor que no lo sepas —respondió el doctor Hu.

—Será mejor que la gente no se cuestione cuánto dinero puede permitirse gastar una pequeña ONC. Será mejor que no pregunten cómo es que podemos hacerlo.

—Eso ya da igual —aseguró el doctor Hu—. Vamos a ir a por todas con él.

—Es inestable. Puede morir en cualquier momento. Y, aunque no lo haga, la IA se está volviendo primigenia y cabe la posibilidad de que acabe con el planeta entero antes siquiera de que lleguen al noveno piso. Los Valtay están metiendo las narices en todo, y los kua-tin clandestinos están a punto de empezar una sangrienta guerra civil. Los hijos del rey Óxido no dejan de intentar matarse entre sí, y también es probable que la princesa D'Nadia haga algo estúpido. Además, este humano no es ni de lejos tan listo como crees que es. Deberías haber incluido instrucciones con el ñame. Han desperdiciado la mitad en salvar a ese otro mazmorrero.

—Él sabe para qué es en realidad.

—¿Seguro? Yo no lo tengo tan claro.

—Cielo, ya ha empezado a hacer temblar los cimientos de todo. Aunque fracase, ya ha sido un éxito. Cada vez que va al programa de esa tal Odette, son más los que se unen a la causa.

—Se unen a su causa. No a la nuestra.

—Es la misma.

—Va a morir, Porthus. Jamás logrará superar el sexto piso.

—Eso es lo mismo que dijiste del quinto —comentó el doctor Hu.

—A todos nos gustan los finales felices —aseguró Sadir a la criatura que había en la jaula. Esta le devolvió una mirada malhumorada. Sabía que el animal no era capaz de comprenderlo—. Pero a veces, amiguito, no conseguimos lo que queremos. A veces nuestros deseos mutuos son incompatibles. Por ejemplo, a mí me gustaría estar calentito y seco en estos momentos. Y tú quieres libertad. Me temo que ninguno de los dos vamos a conseguir lo que tanto ansiamos esta noche.

Una lluvia helada les caía a cántaros. Era poco más de absolar, lo que los del lugar llamaban «medianoche». Unas nubes densas cubrían los cielos y hacía que ahí fuera todo estuviese muy oscuro. No veía ni siquiera las luces de los miles de naves y sondas que había en la atmósfera baja. Por un momento, sintió como si los tres fuesen los únicos seres vivos del mundo. Él, su compañero y su presa.

Metió un dedo largo y gris en la jaula. El monstruo peludo siseó y lo arañó a una velocidad exagerada. Las garritas afiladas se le clavaron en la carne y le rasgaron la piel antes de que pudiese apartarse.

—Joder. Por su teta izquierda. ¡Eso ha dolido!

La bestia, que se llamaba «gato», soltó un gruñido grave e intenso. Tenía las orejas pegadas a la parte trasera del cráneo.

Sadir se llevó el dedo a la boca y succionó mientras Gennrik se reía entre dientes. Una sangre azul y viscosa brotaba de la herida y le caía en la boca. Intentó abrir el autodiagnóstico por si necesitaba antibióticos, pero luego soltó un improperio al recordar que tenía los implantes desconectados. El planeta estaba vedado para los que no eran nativos, por lo que tenían que apagar los sistemas para que no los detectasen.

—No es él —dijo Gennrik un momento después. El sacaciano con rostro tentacular bajó el ordenador de mano y se lo enganchó al cinto.

Sadir gruñó con frustración. Era el sexto gato que encontraban en la zona. Maldijo la norma del Sindicato que obligaba a que los supervivientes no mazmorreros tuviesen los implantes encriptados. Todo sería mucho más fácil si no fuese el caso.

«Pero si todo fuese tan simple no nos necesitarían —pensó—. Nos dedicamos a esto».

Sadir sacó la lista de acceso rápido del cinturón, la miró y luego giró la cabeza hacia el gato.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Se parece mucho.

—Sí. Tiene marcas similares, pero no del todo. Este tiene un microchip humano, y la base de datos confirma que su propietario era un hombre que formó parte de la recolección inicial. Además, es hembra. Se llama Condesa Ronronesa. Suéltala.

—Voy a pegarle un tiro —comentó Sadir—. Me ha atacado. Me ha hecho sangre.

Condesa Ronronesa le bufó con más intensidad y empezó a agitarse con más fuerza dentro de las paredes electrificadas del cubo jaula. Sadir dio un paso atrás.

—No, no lo vas a hacer. Te ha atacado porque has metido la mano donde no debías.

Gennrik extendió el brazo y colocó un dedo sobre la parte superior del cubo. El dispositivo desapareció y se convirtió en un cuadrado de metal. La gata corrió a toda prisa y se perdió en la oscuridad.

Sadir sacó el bioescáner y enjugó la lluvia de la pantalla. Gruñó de nuevo por las normas absurdas del Sindicato. Después se colocó la red de camuflaje sobre la cabeza y encendió el dispositivo, mientras se aseguraba de mantenerlo cerca del suelo para que a los escáneres les costase aún más detectar su presencia. Ya tenía dos avisos. Si lo pillaban volviendo a allanar el lugar, su orden se reduciría a tres cifras. En esta ocasión, irían a atraparlo de inmediato sin lugar a dudas, sobre todo ahora que había una guerra en ciernes. Varias guerras en ciernes.

Era un nulo, por lo que ya le costaba ganarse la vida de por sí. Había sistemas planetarios enteros que no permitían a los suyos entrar en ellos, a pesar de que algo así era ilegal. Al Sindicato le daba igual. Ignoraban los derechos de las especies que no formaban

parte del consejo. Sobre todo los de los nulos. Solo les importaban sus corporaciones, los ricos y las familias de la realeza, así como esos mundos maravillosos de los ciudadanos libres.

Por lo que, cuando se publicó la lista de extras de la temporada, se dirigió hacia el puerto más cercano, encontró una tripulación de cazarrecompensas que contratase nulos y se alistó. Era el tipo de tripulación en la que tener dos avisos era un plus y no algo negativo.

El Sindicato conocía la lista de extras. Claro que la conocían. Habían grabado hasta una serie holográfica hacía unas pocas temporadas. Las organizaciones de derechos no dejaban de jactarse al respecto. Redactaban proyectos de ley en subcomités para exigir que la práctica se condenase oficialmente. Pero nunca ocurría nada. Las patrullas de seguridad del Sindicato seguían recorriendo los planetas. Seguían dando caza, capturando y a veces incluso matando a los allanadores.

Pero a las corporaciones, que eran los auténticos culpables, nunca les pasaba nada. Nunca.

«Son todos unos cabrones», pensó Sadir con rencor. Algunos de esos planetas contaban con unos ingresos garantizados solo por haber tenido la suerte de nacer en ellos. Y en cambio él estaba allí arriesgando su vida y su libertad para llevarse algo a la boca.

Arriesgando su vida para dar caza a un puñetero gato llamado Salsero.

—Solo aparece otro gato en el escáner, pero está en el campamento —comentó Sadir.

—Por sus tetas —respondió Gennrik. Se quedó pensando unos instantes—. Cambia a humanos. ¿Cuántos hay?

—Demasiados —respondió Sadir unos instantes después—. Hay setenta y cuatro humanos en el campamento. Solo seis son jóvenes. Uno incluso tiene menos de un año de vida.

Gennrik soltó un trompeteo de irritación entre los tentáculos.

—A la mierda. Vamos allá. Si lo encontramos, será el primer objetivo de categoría A y conseguiremos la bonificación.

Sadir titubeó, pero solo durante unos instantes. La lista de extras era más pequeña de lo habitual este año, lo que significaba que había mucha competencia. Llamar la atención de los humanos era

un gran riesgo, pero si aquel de verdad era el objetivo, la recompensa podía llegar a ser astronómica.

El equipo de Sadir no se había preocupado siquiera por la mujer de la zona tropical, a pesar del valor inusualmente alto que se ofrecía por su captura. Era una causa perdida. La zona había sido barrida por un tsunami poco después de que los Borant descendiesen con su sede ejecutiva cerca del lugar. Había quedado destrozado. No quedaba nadie con vida.

No obstante, muchos de los cazadores que se habían infiltrado en el planeta habían ido allí en busca de la recompensa. Y había el mismo número en el hemisferio sur buscando al padre de la pequeña. Esa recompensa era inferior, pero encontrarlo parecía mucho más factible. Ahora, nadie había encontrado nada. Sadir sabía que lo más probable era que estuviesen muertos. Tenían que estarlo ya que, de lo contrario, ya los hubiesen encontrado. Siempre ocurría lo mismo. Había temporadas en las que la lista de extras tenía unos cinco mil nombres y solo encontraban a uno o dos.

Y, en esta ocasión, todo se había complicado más aún. Normalmente, tenían acceso a una imagen panorámica del planeta tal y como estaba en el instante exacto de la recolección. Pero los Borant estaban haciendo cosas muy turbias y el mazmorreo había dado comienzo antes de lo previsto. Sadir estaba harto de las protecciones adicionales que recibían estos gobiernos. Una persona no podía evitar una recolección porque tuviese un proyecto en ciernes. ¿Cómo iba a ser justo algo así? Y como Borant había empezado antes de lo esperado y lo había puesto todo patas arriba, la copia de seguridad de las sondas era de dos días antes del comienzo, lo que significaba que todos los registros, incluyendo los datos de ubicación y la copia de seguridad de la internet del lugar, estaban desfasadas cuando todo se había desconectado.

Pero no perdían la esperanza. Cuando tenía lugar una recolección a nivel planetario, todos los ciudadanos y la fauna del lugar se dividían en tres categorías: recolectados, mazmorreros y nativos. Los recolectados eran los que habían tenido la mala suerte de encontrarse dentro de las infraestructuras del lugar. En la mayoría de los casos, y en este sobre todo, era el grupo más grande de los tres.

Los mazmorreros eran aquellos que participaban en el juego. Y los nativos, el resto.

A medida que avanzaba el juego y algunos mazmorreros adquirían relevancia, los productores de la temporada empezaban a usar datos de ciudadanos recolectados para añadir más dramatismo. Era imposible olvidar aquella temporada de los Valtay en la que el mazmorrero Hoon, que pilotaba su meca hacia el ascensor para descender al duodécimo piso, se topó con sus hijos transformados en centinelas asesinos protegiendo la salida. Los cinco. Incluyendo al que tenía un año. Hoon había decidido suicidarse. Había sido una de las pocas veces en las que la crueldad del juego se había pasado de la raya, incluso para los ciudadanos libres. Sadir sintió un escalofrío al recordar el momento. Desde entonces, el uso de niños recolectados estaba prohibido. Y también el de las mujeres embarazadas.

«Putos Valtay», pensó Sadir. Eran los más crueles.

Pero ¿qué ocurría cuando los productores querían usar una persona específica y esta era nativa y estaba desaparecida? Si no se recolectaban y no eran mazmorreros, significaba que habían sobrevivido al derrumbe inicial y habían decidido no entrar en la mazmorra. La mayoría de dichas personas estaban muertas. A veces, la tasa de deserción de nativos era similar a la del mazmorreo, pero a menor escala.

En ocasiones, los productores querían encontrar y usar a los nativos perdidos. Querían meter a algunos individuos en la mazmorra. Pero había un problema. Las normas eran muy claras al respecto. Eran intocables.

Y por eso se había creado la lista de extras.

Contratar rastreadores para colarse en el planeta, dar caza y secuestrar a supervivientes específicos no era ni remotamente legal. No era algo que una corporación pudiese llegar a justificar en un juzgado. Pero nunca les llamaban la atención por hacerlo. Solo les importaba a muy pocas personas que pertenecían a grupos marginales. Si los espectadores eran capaces de justificar la subyugación de un planeta entero, un crimen o dos más no les iban

a importar lo más mínimo. Era una práctica tan antigua como el mazmorreo.

Encontrar a alguien tendría que ser sencillo. Incluso en planetas fronterizos con zonas de detección de la peor calidad, rastrear nativos era tan fácil como conectarte a la IA que controlaba el planeta. La Tierra contaba con un sistema de control muy bueno, mejor que el de la mayoría. No obstante, gracias a la Ley de Protección de Especies Planetarias Nativas, a todos los nativos se les encriptaban los implantes a pesar de haber nacido con ellos. Eran «libres». Una vez terminaba el mazmorreo y todo aquel circo se mudaba a otro sistema, el planeta permanecería confinado durante varias generaciones. Sadir no recordaba durante cuánto tiempo exactamente, pero era bastante.

—Esto es una pérdida de tiempo —murmuró mientras avanzaban hacia el campamento. Se encontraba en una zona aplastada a un kilómetro de la última ubicación registrada del gato. Alzó la vista hacia su compañero mientras una lluvia densa y casi helada le resbalaba por la red de camuflaje—. Deberíamos estar buscando a ese tipo del hemisferio sur. O a esa otra criatura. A la cabra.

—Si no encontramos la marca nos marchamos —aseguró Gennrik —. El capitán nos enviará a la selva que hay al otro lado del planeta para encontrar al gemelo de ese mazmorrero muerto.

Alzó una mano cuando la lanzadera brilló en la negrura del cielo. Ambos se relajaron. No era el equipo de seguridad el Sindicato.

Sadir gruñó.

—Mientras haya mejor clima…

—A mí me gusta este clima —comentó Gennrik. Iban corriendo agachados por la roca resquebrajada de una calle humana. Era una amplia y formada por piedras negras y ásperas al tacto. De vez en cuando, se topaban con agujeros rectangulares en la calzada, lugares donde antes había vehículos humanos que se habían aplastado durante el derrumbe.

Sadir fulminó a Gennrik con la mirada. Se suponía que eran las últimas semanas de invierno en el hemisferio donde se encontraban. No era un clima agradable, independientemente del planeta del que vinieses. Esta ciudad, antaño llamada «Seattle», estaba muy

poblada supuestamente. Pero le costaba creerlo. Ni los humanos eran tan tontos como para sufrir aquel clima cuando la región ecuatorial del planeta podía considerarse un paraíso.

Vieron el resplandor de varios incendios en la distancia. El campamento se encontraba en uno de los costados de lo que antes era un puente que se alzaba sobre la carretera, y habían levantado tiendas de campaña donde el agua fría del mar no las alcanzaba con tanta facilidad. Los incendios se alzaban en círculos que parecían controlados y que resistían a pesar de la lluvia. Habría unas treinta tiendas. Los restos de unas estructuras de madera se erigían cerca del lugar. Parecía que habían empezado a reconstruirlas.

El campamento estaba a rebosar de restos de la sociedad que acababan de perder. Sadir vio varias máquinas a gasolina, de dos y cuatro ruedas en su mayoría; eran vehículos sin capota y de un único pasajero. Una luz eléctrica brillaba sobre una tienda grande, y de otra de ellas salía lo que parecía música. Había movimiento por el lugar. Los humanos no estaban dormidos a pesar de la hora.

—Comprueba el arma —advirtió Gennrik.

Sadir examinó la pistola de dardos de aire comprimido que llevaba en la cadera. La tenía ajustada para dejar inconsciente a un gato. Aumentó la dosis al triple, lo que dejaría inconsciente al momento a la mayor parte de los humanos. Prefería la fiabilidad y la simpleza de una pistola aturdidora, pero estas dejaban un rastro que podía alertar a cualquier sonda de seguridad que se encontrase en el Sistema Solar.

Los dos cazadores se tiraron al suelo y se colocaron la red de camuflaje por encima. Se quedaron observando. Sadir sacó el escáner y amplió la imagen hacia la ubicación del gato. Ahora que estaban más cerca, podía ver la tienda específica en la que se encontraba. Era en la tercera, la que estaba cerca de la colina. Cambió los ajustes en busca de otras formas de vida. También había dos humanos en ella. Luego, marcó la ubicación de todas las formas de vida que había en el campamento y sacó una hoja de papel donde comenzó a dibujar un diagrama.

Se le ocurrió algo de repente y recalibró el escáner. No era habitual que el Sindicato tuviese seguridad en los campamentos de

los nativos, pero prefería asegurarse y buscar protocolos. De hecho, es lo primero que tendría que haber hecho. Vio algo extraño en la parte superior de la colina que daba al campamento, pero desapareció al instante. Acercó la imagen con la mira, pero no vio nada. Fuera lo que fuese, no pertenecía a la seguridad del Sindicato. Ellos no eran nada sutiles. Se arriesgó a pasar el escáner general por la zona y comprobó que la anomalía había desaparecido.

—Tengo una pregunta —comentó Gennrik mientras Sadir se afanaba con el escáner—. ¿Por qué haces esto? Te oí hablando el otro día vía túnel con tu pareja. Mentiste y aseguraste que estabas trabajando en una barcaza atmosférica. Oí todo lo que dijiste. Lo mucho que odias a los Borant. Lo mucho que desprecias el mazmorreo. Pero estás aquí, arriesgando tu vida para que el programa sea más entretenido.

Sadir se enfureció, tanto porque acababan de invadir su intimidad como porque ese sac le hubiese echado en cara lo hipócrita que era lo que estaba haciendo.

—Tengo varios hijos —respondió Sadir poco después. En la primera de las tiendas había cuatro perros, pero parecían muy pequeños. No eran peligrosos, pero sí que hacían mucho ruido. Lo escribió—. Viven en la comuna de nulos que hay en el sistema Filt. Los orcos han vuelto a aumentar los impuestos de los inmigrantes alienígenas. Si quiero que tengan un hogar, tengo que ganar dinero. Supongo que podría decirse que soy como los mazmorreros que ves en el programa. Hacen daño a otros para sobrevivir.

—Pero tiene que haber formas menos peligrosas de ganar dinero —comentó Gennrik—. Mi familia lo hace porque nos gusta. Y para ganar dinero con las compras de participaciones del Prisma. Tú no tienes por qué arriesgarte si lo odias. La galaxia es enorme. Puedes hacer cualquier cosa.

Sadir gruñó.

—Eso es fácil de decir para ti, que eres un sac. Los nulos nunca lo hemos tenido tan fácil. Hasta los humanos conocen nuestro aspecto y venden historias en las que aparecen unas criaturas similares a nosotros. El odio hacia los nuestros está muy arraigado.

Gennrik emitió un ruido parecido al de una bocina.

—Conocen vuestro aspecto porque los tuyos estaban deambulando por el sistema ilegalmente antes del mazmorreo. Además, en el sistema interior todos somos libres. Da igual cómo seas.

Sadir ni siquiera se molestó en responder. Tenían cosas que hacer.

—Podemos pasar tras las dos primeras tiendas y rasgar la tela de la tercera aquí —dijo al tiempo que señalaba con un dedo largo la hoja de papel en la que había trazado la ruta—. Los humanos de las dos primeras están dormidos. En la tienda objetivo hay uno despierto. Tenemos que ser lo más silenciosos posible, ya que los perros de la primera podrían sentir nuestra presencia. Por suerte, tenemos el ruido de la lluvia a nuestro favor.

Gennrik asintió para indicar que estaba de acuerdo. No desperdiciaron más tiempo. Sacaron las armas y empezaron a subir por la colina en dirección al campamento aprovechando la oscuridad.

Sadir pensó en sus hijos justo cuando dio comienzo el asalto. Rezó para que creciesen y tuviesen una vida pacífica, una en la que jamás necesitasen hacer algo como aquello para sobrevivir.

Brad no podía dormir. Miró a la mujer que se encontraba en el colchón hinchable, acurrucada con ese gato grande y naranja. Había vuelto a llorar hasta quedarse dormida. Los demás estaban bastante hartos de ella. Todo el mundo tenía que trabajar. Esas eran las normas. Si querías vivir en Nueva Reina Ana tenías que trabajar. Todo el mundo tenía miedo y estaba agobiado, pero aun así trabajaban: pescaban, buscaban alimentos, cultivaban o construían.

Bea no hacía nada de eso.

Se suponía que era enfermera y que tenía que «trabajar» cuando alguien necesitase atención médica. Pero en realidad no era necesario. Ya tenían a cuatro doctores en el grupo, aunque lo cierto era que todos eran dentistas. Estaban en el mismo vuelo que Bea y Brad, volviendo al país desde las Bahamas. Todos se habían quedado tirados en el aeropuerto de Atlanta durante horas debido a la tormenta de nieve y habían llegado a casa, a Seattle, diez horas más tarde de lo previsto. Y todos estaban en el aparcamiento antes de

que ocurriese, esperando a los Uber que los iban a llevar a casa. El loco aquel se había puesto a prender fuego a los coches y los había obligado a huir fuera a pesar del frío.

Había ocurrido demasiado rápido. La policía consiguió esposar al tipo, aunque él había intentado enfrentarse a ellos. No dejaba de gritarle a las autoridades en un idioma extraño. Brad lo había grabado todo con el teléfono. Era lo más divertido que le había pasado desde que había convencido a Bea cuando estaba borracha para subir aquella fotografía a su cuenta de Instagram.

Pero entonces el mundo llegó a su fin y solo quedaron Bea, él y los cuatro dentistas rodeados de escombros. Los policías y el vagabundo loco habían quedado atrapados debajo del aparcamiento. Había visto la entrada de la mazmorra o como quiera que se llamase bastante cerca, pero Bea no paraba de gritar y Brad decidió quedarse con ella.

Ahora se arrepentía. Se lo pasaba en grande burlándose del calzonazos de su novio. Ella no dejaba de pisotearlo y él no hacía una mierda. Brad se había impresionado un poco cuando el tipo había tenido cojones al fin y la había dejado después de publicar la foto. Pero luego Bea se había puesto como una fiera y le había dicho que quería marcharse antes de las vacaciones. Tenían pagados cuatro días más, pero ella no dejaba de llorar. Los amigos de mierda que tenía ella prácticamente los habían echado a los dos.

Así que se habían ido a casa.

«Tendría que haberme quedado», pensó. Si iba a sufrir una invasión alienígena apocalíptica hubiese sido mejor hacerlo con un clima más agradable.

Pero eso no era de lo que más se arrepentía. No.

«Tendría que haber entrado en esa mazmorra».

Cuando no podía dormir, que ahora era prácticamente siempre, recordaba aquel agujero en el suelo tan acogedor. Le habían dado muchísimas ganas de entrar. No sabía qué había dentro, pero seguro que era mejor que aquello. Odiaba haber perdido la oportunidad de alcanzar la gloria.

«Soy un rey —pensó—. Soy un rey».

Un tipo que se dedicaba a asfaltar los había encontrado. Tarik. Conducía un carrito eléctrico con una cama y todos se habían acurrucado por allí tras rebuscar en maletas de otras personas para hacerse con ropa abrigada. Habían pasado la primera noche entre una montaña de prendas, viendo luces que caían del cielo como estrellas fugaces. Y luego… nada. Los invasores los habían ignorado. Había naves espaciales que iban y venían durante todo el día. Hasta los vieron en ocasiones, caminando en grupos por la superficie. Eran de todo tipo y tamaño.

Pero los alienígenas hacían como si los humanos no estuviesen ahí. Los consideraban irrelevantes. Algo a evitar, como una mierda de perro en el camino.

Después de pasar una semana acampados entre los restos del aeropuerto, ocultándose y asustados, el pequeño grupo decidió buscar más personas y suministros. Se dirigieron hacia la ciudad, donde encontraron la comunidad en expansión de Nueva Reina Ana. Ahora, un mes después, aún sobrevivían. Los invasores seguían dejándolos en paz. Lo que Brad había dado por hecho que se trataría de un campamento temporal, empezaba a perfilarse como un hogar permanente. Habían empezado a construir edificios de madera. Cuando mejoró el clima, empezaron a plantar.

Bea gimoteó mientras dormía. El gato grande se había colocado alrededor de su cabeza. Aquella cosa les había destrozado el primer colchón inflable. A Brad le daba igual lo que Bea le dijese: como ese maldito bicho volviese a romper algo más en la tienda, lo echaría de allí. Y si ella se quejaba, la echaría también. Empezaba a estar harto de limitarse a hacer todo lo que ella quería. Era vergonzoso.

Centró la vista en el gato. Ni siquiera era de Bea, sino uno callejero.

Ella había insistido en volver a su antiguo apartamento para ir a buscar a esa gata rara que tenía, la que no dejaba de maullar y arañarlo. Aquella que hasta tenía una habitación propia aunque no se bajase de la torre para gatos que le habían colocado junto a la ventana. Seguro que había muerto, igual que prácticamente todos los habitantes del planeta. Brad sabía exactamente qué era lo que

iban a encontrar en caso de ir, pero la había llevado hasta allí de igual manera para que cerrase el pico.

El apartamento era un agujero en el suelo igual que el resto de los edificios de la zona. Quedaban algunos objetos desperdigados por el lugar. Los árboles. La mayoría de las farolas y de los carteles. Algunos vehículos por aquí y por allá. Encontraron una escúter que seguramente podrían usar, pero tenía puesta una cadena antirrobo.

Lo primero que vieron fue la cabeza podrida y descompuesta que había en el suelo. Bea se había puesto a vomitar para luego empezar a llorar.

Estaban a punto de marcharse, pero entonces Brad vio al gato sentado en el árbol. «Ni de puta coña», pensó. Pero no tardó en relajarse. Era uno diferente al que buscaba Bea. El animal estaba en los huesos y, por unos instantes, Brad pensó que se había quedado congelado en la rama. Pero luego empezó a maullar a todo volumen, saltó al suelo y empezó a frotarse contra sus piernas.

Bea, que seguía llorando, lo agarró, se lo puso contra el pecho y sollozó con más intensidad aún.

—¡Ferdinand! Tonto. ¡Tonto de mierda! —Lo agarró con más fuerza aún mientras lloraba y se negó a soltarlo.

—¿Conoces a este gato? —preguntó Brad—. ¿De quién es?

Bea no respondió en ese momento. Se limitó a murmurar algo mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Era algo que había hecho mucho los últimos días. Y era raro de cojones. Estaba empezando a perder la cabeza. Finalmente, dijo:

—Es el gato de mi vecina. Se llama Salsero, pero siempre se acercaba a nuestra ventana e intentaba entrar cuando Princesa tenía el celo. —Acercó la cara demasiado al gato—. Querías tirarte a mi niña, ¿verdad? Querías entrar y destrozarle la vida. —El gato, que no había dejado ronronear, bufó de repente y le arañó la cara. Ella ni se inmutó—. Antes de saber cómo se llamaba en realidad le puse Ferdinand. Siempre le decía: «Que te vayas, Ferdinand», y él maullaba y no dejaba de arañar el cristal de la ventana. Princesa no dejaba de bufarle y gruñirle. Sabía que no era bueno para ella. —Bea miró a Brad directamente a los ojos. La sangre se le derramaba por el rostro—. Ella era mucho más lista que yo. —Se giró para

volver a mirar al gato—. Intenté que los de Bienestar Animal lo capturasen, pero jamás consiguieron encontrarlo.

—Bueno, parece que no le va nada mal por aquí a él solo. Será mejor que volvamos…

La mirada de rabia de Bea hizo que se quedase en silencio de repente.

Por lo que aquella criatura volvió con ellos al campamento. El gato era un poco salvaje y no le gustaba que lo acariciasen ni que lo tocasen mucho. Pero todas las noches, cuando distribuían las raciones, estaba en la tienda sentado junto a Bea para que le diese un poco del pescado.

Por la noche, ella se quedaba allí sentada en la oscuridad y abrazaba al animal hasta que maullaba y la arañaba para que lo soltase. Tenía arañazos de ese monstruo por toda la cara y los brazos. Terminaba por acurrucarse en el colchón junto a ella, quien le acariciaba el pelaje naranja y amarillo mientras le canturreaba con esa voz rara que les ponía a los animales.

—Buen chico. Buen chico. Eres un buen chico, Ferdinand. No eres Salsero. No, claro que no. Perdóname por no dejarte entrar. Me arrepiento mucho. Lo siento. Lo siento. Lo siento, Ferdinand. Tendría que haberte dejado entrar.

Después cantaba otra versión algo extraña de la cancioncilla y se dormía. Brad envidiaba su capacidad para el descanso. Ahora él se encontraba sentado en la única silla de plástico que tenían, mordisqueando una chocolatina que habían encontrado. No dejaba de pensar en aquella misteriosa mazmorra.

«Soy un rey».

¡Raaaas!

Se quedó mirando el cuchillo, desorientado mientras la hoja atravesaba la lona de la tienda y empezaba a cortar hacia abajo.

—¡Oye! —gritó—. ¡Quién anda ahí! ¡Es mi puta tienda!

Se puso en pie de un brinco y cogió la palanca que siempre tenía a mano junto a la entrada. El corazón empezó a acelerársele cuando vio que había dos siluetas detrás del agujero, con armas extrañas que parecían de esas de juguete de la marca Nerf.

Una era una criatura alta y con cara de pulpo y la otra un alienígena gris con un abrigo de piel. El segundo se parecía a uno de los extraterrestres de Roswell, con cabeza en forma de púa de guitarra y ojos negros y grandes de insecto. Era bajita, más o menos un metro veinte.

El pulpo apuntó a Brad sin mediar palabra y estuvo a punto de disparar, pero en ese momento le explotó el pecho y la tienda quedó cubierta de vísceras verdes. El alienígena alto y amenazador cayó al suelo. Salsero saltó de la cama, y Bea se incorporó confundida. Brad soltó la palanca. Todo el mundo se quedó muy quieto, incluido el alienígena gris. Se habían quedado mirando al alienígena pulpo con el agujero en el pecho.

Bea empezó a desgañitarse. Salsero escapó a toda velocidad entre las piernas de la criatura y se perdió en la noche. A dos tiendas de distancia, los cuatro mierdecillas empezaron a gritar descontrolados. Todos los del campamento se pusieron a gritar.

El extraterrestre se quedó paralizado y levantó las manos, en aquel gesto de rendición que parecía confirmarse que era universal. Se puso a balbucear algo en un extraño idioma alienígena. Brad y los demás habían sido capaces de entenderlo al principio, pero ya no.

La criatura empezó a girarse para escapar, pero miró a Bea y volvió a quedarse paralizada. La piel gris se le ruborizó de repente y adquirió una tonalidad violácea. Soltó la pistola extraterrestre y bajó los brazos lentamente.

—B… B… ¿Beatrice? —preguntó con mucho acento. Sonaba parecido a una pregunta.

Bea dejó de gritar. Se quedaron mirando, ambos con las bocas abierta de par en par.

¿Qué cojones estaba pasando?

Apareció otra silueta, que metió la cabeza en la tienda para echar un vistazo antes de entrar. Era una mujer. Humana. Más o menos. Era asiática y tenía un aspecto extraño. Anoréxica, con los ojos demasiado juntos. Llevaba una malla muy ceñida y negra y, en las manos, lo que parecía una escopeta de repetición que apoyó contra la espalda del extraterrestre. Él volvió a alzar los brazos.

«Los perros han dejado de ladrar», pensó Brad. El exterior estaba demasiado silencioso. Algo no iba nada bien.

La mujer dijo algo en aquel idioma alienígena, y el alienígena tipo Roswell respondió. Bea corrió hacia Brad, quien la rodeó con un brazo. Miró el arma alienígena que había soltado el pulpo.

«Voy a por todas. Soy un rey».

—Señorita Beatrice —dijo la mujer. Seguía hablando en ese idioma alienígena, pero ahora se oía una traducción que salía de un altavoz oculto que tendría bajo la ropa. Las palabras del altavoz se mezclaban con las que salían de su boca, lo que complicaba un poco el comprenderla—. Me llamo Lexis. Siento lo ocurrido, pero el equipo de seguridad del Sindicato está de camino. Intentaban darle caza, pero he venido para llevarla a un lugar seguro.

Brad casi ni la oyó. Estaba demasiado centrado en el arma del suelo.

«Puedo hacerlo. Voy a por todas. Soy el rey».

«Soy el puto rey».

—La tengo —dijo Lexis por el comunicador. Una imagen flotante de su jefa apareció en la pantalla—. He matado a un mercenario sac y capturado a otro. Sugiero que intentemos que dé la impresión de que ha sido él quien ha matado a su compañero, que le disparó por la espalda. Es un nulo, por lo que todo el mundo se lo creerá. Ah, y también he disparado a un humano. A la pareja de Bea. Sigue con vida. Intentó hacerse con la pistola de dardos del mercenario. Diría que ha sido muy valiente, pero el tipo no ha dejado de lloriquear desde entonces. Se desangrará en unos pocos minutos si no hago nada.

—¿Y el gato? —preguntó Odette.

—Inconsciente, como el resto de los integrantes del campamento. Esa cosa es muy rápida y casi se escapa. Los de seguridad llegarán dentro de tres minutos. Los primeros rescatistas son de los nuestros, pero seguro que un supervisor quiere bajar en este caso. Supongo que tenemos veinte minutos como mucho. ¿Quieres que lleve el gato? También puedo eliminar por completo toda la ciudad.

Odette se quedó pensativa unos instantes.

—¿Algún testigo?

—Solo los que he mencionado. El nulo, Beatrice, el humano al que acabo de disparar y el gato.

—Vale. Esto es lo que vamos a hacer: no vaporizarás la ciudad. Deja al nulo con vida y coloca el arma para que dé la impresión de que ha matado a su compañero, pero deja que el humano se muera ahí mismo. Mete al gato en un cubo jaula y déjalo allí también. Dispara al nulo con la pistola de dardos… En la pierna estaría bien. Luego tírala junto al humano. Haremos que nuestros chicos de seguridad limpien la escena para que parezca que el enfrenamiento fue únicamente por el gato.

—El nulo hablará —dijo Lexis—. Se enfrentará a varios cargos.

—No te preocupes por eso —comentó Odette—. Le enviaré un mensaje después de que lo arresten y compraremos su orden para garantizarnos su cooperación. Haré que uno de los de seguridad entregue el gato a los Borant y cobrará la recompensa de la lista de extras. ¿Cómo se lo está tomando Beatrice?

—Pues… he tenido que dejarla inconsciente y meterla en otro cubo. Está bastante asustada. No creo que esté muy cuerda. Tiene la cara llena de arañazos.

Odette asintió.

—Cuando se despierte, asegúrate de decirle que tengo muchas ganas de conocerla. Y déjale claro que no la voy a vender a los Borant. Dile que tenemos grandes planes para ella.

Lexis rio. El escáner sonó en ese momento para indicar que la lanzadera de seguridad estaba a punto de aterrizar.

—Supongo que todos hemos salido ganando con esto. —Bajó la vista y miró al sac muerto. Pensó en el pobre gato y en lo que iban a hacerle. Se estremeció—. Bueno, casi todos.

Odette gruñó.

—No todos pueden tener un final feliz. Ahora, a trabajar.

MATERIAL ADICIONAL DEL LIBRO 4

ENTRE BASTIDORES EN EL CABARET DE LA PIÑA

CUARTA PARTE

QUIQUIRIQUÍ

—Un momento —dijo Quiquiriquí—, si colocamos la trampa aplastadora con retraso frente a la entrada de la estancia segura, se activará dos minutos después de que pasemos por debajo.

—¡ESA ES LA IDEA! —aseguró Mordisquitos.

—SÍ. MORIRÁN —añadió Ranúnculo.

—Hum… —dijo Quiquiriquí. Tuvo que alzar la vista para hablar con los dos hámsteres, que eran el doble de grandes que él. El doble de grandes y cuatro veces más escandalosos—. Lo más probable es que se queden en la estancia segura más de dos minutos. Y, además, estoy muy seguro de que las normas dicen que tiene que haber una zona de tres metros libre de trampas alrededor de…

—MIRA QUE TE PONES SEXY CUANDO HABLAS SOBRE MATAR HUMANOS —interrumpió Mordisquitos, que se dirigía a Ranúnculo.

—HAGAMOS EL AMOR COMO DOS TORTOLITOS —gritó en respuesta Ranúnculo.

—Chicos, otra vez no —dijo Quiquiriquí, pero lo ignoraron.

Mordisquitos aulló con emoción mientras los dos hámsteres dorados se dirigían a toda prisa hacia la parte delantera de la tienda de mascotas. Ambos se subieron a la rueda para hámsteres durante unos pocos segundos antes de salir despedidos en direcciones opuestas, caer al suelo y empezar a rodar. Mordisquitos agitó la cabeza tras chocar contra una pared para luego ponerse en pie a duras penas. Se dirigió a toda velocidad hacia Ranúnculo, quien aún no se había recuperado. Saltó sobre la espalda del hámster rechoncho y empezó a embestirlo mientras ambos se deslizaban por el suelo.

—HAZME ESOS MARAVILLOSOS BEBÉS, AMOR MÍO —gritó Ranúnculo.

Quiquiriquí suspiró y alzó la vista hacia el techo. La abuela llama solo les había dado tres trampas para la tienda de mascotas, y los otros dos hámsteres ya habían colocado una frente a la puerta principal y la segunda en la misma puerta pero al entrar. La tercera, una de aplastamiento con temporizador, habían intentado ponerla

sobre la puerta de la trastienda, que en realidad era la entrada de una estancia segura. Había una marca roja que indicaba que no podía colocarse allí.

Quiquiriquí echó un vistazo por la tienda y recolocó las tres trampas. Puso la aplastadora en la entrada por la parte interior. Después, movió las jaulas aún vacías y cambió la condición para que se abriesen; ahora, lo harían en el momento en el que se activase la segunda trampa, que servía específicamente para eso.

Se imaginó el diseño de la estancia. Los mazmorreros, a sabiendas de que estarían cerca de una sala de jefe, pararían por allí para ir a la estancia segura. Pero, al entrar, verían que se trataba de una tienda de mascotas de la Tierra y que la estancia segura se encontraba tras la puerta de la trastienda. Entrarían titubeantes, contemplando detenidamente las estanterías, seguramente, y avanzarían con cuidado hasta la parte trasera. Dos minutos después, la trampa aplastadora que había en la parte delantera caería a plomo. Era muy probable que no matase nada, pero sí que haría mucho ruido. En ese mismo momento, las jaulas que había en la pared oriental se abrirían todas y dejarían en libertad al mismo tiempo a los jerbos enajenados mejorados, los hurones coléricos y las cacatúas jodidas. Llegados a ese punto, los mazmorreros se quedarían para luchar o correrían hacia la puerta de la estancia segura.

Quiquiriquí reflexionó sobre las otras dos trampas. Ambas eran lanzallamas. Las colocó en los dos pasillos que llevaban hasta la estancia segura. Si los mazmorreros empezaban a correr, daba igual por qué pasillo fuesen ya que activarían las llamas.

Subió las estanterías como buenamente pudo y se dirigió hacia el lugar donde empezaban los pasillos para luego bajar la vista. El primero estaba lleno de bolsas de comida para perros; el segundo, de recipientes con arena para gatos.

—Hum… —dijo mientras pensaba. Tuvo una idea.

QUIQUI: Oye, Gary. Tengo que pedirte un favor.

GARY: ¡Quiqui! ¿Vienes a la fiesta de esta noche? Gary quiere que conozcas a alguien.

QUIQUI: Pues a lo mejor. Rory dice que esta noche hay misa y creo que Nigel quiere que me ponga con algo. Mira, tengo un par de trampas de lanzallamas que estoy intentando colocar y sé que tú tienes monopolizado el mercado de materiales... inflamables. Voy a llenar la mitad de unos recipientes de arena para gatos que están en el lado opuesto del pasillo. Quizá consiga hacerlos explotar cuando les llegue el fuego de las trampas. Quiero que sea algo parecido al napalm. ¿Sabes lo que es?

GARY: ¿Me estás diciendo que quieres alcohol para colocarlo en una trampa?

Quiquiriquí hizo un mohín. Si lo «colocaba» tendría que duplicarse para las pruebas y aparecería en el informe diario. Era algo que no había pensado antes de preguntar. Menerva había prohibido el alcohol entre bastidores.

QUIQUI: Sí. ¿Es posible?

GARY: Si lo pones en una trampa, Menerva sabrá que Gary fue quien lo preparó. Pídele un poco de gasolina a la abuela llama mejor.

QUIQUI: La abuela llama se ha enfadado con nosotros. Ranúnculo mordió a una de sus amigas llamas, la que se llama Arturo el Mediano. Le pedimos diez trampas y solo nos dio tres.

—¡QUE TE EMPOTRO! ¡TOMAAA! —gritó Mordisquitos.
Por toda respuesta, Ranúnculo soltó unos aullidos más agudos.

GARY: Gary no sabe por qué proteges a esos dos. Deberían estar en la estancia trasera con el resto de las criaturas menos inteligentes, como los dreks y los dingos.

QUIQUI: No son tontos, pero sí que hacen mucho ruido. Y son mi hermano y mi hermana. Tengo que protegerlos.

GARY: Pero si sois de razas diferentes.

QUIQUI: Son hámsteres dorados y yo soy un hámster de Roborovski. Estábamos en la misma casa. Tillie los quería mucho y yo quería a Tillie, así que tengo que protegerlos.

GARY: Gary no sabe cómo responder a eso. Mira, Quiqui, entiendo los asuntos familiares y los amorosos, pero van a conseguir que acabéis todos en la estancia trasera. Además, no son hermano y hermana en realidad, ¿no? Porque, de ser así, sería muy raro incluso para Gary.

—DAME FUERTE, MORDISQUITOS. REVIÉNTAME CON TU ÍMPETU DE HÁMSTER —gritó Ranúnculo.

QUIQUI: Bueno... En realidad, creo que son mellizos.

GARY: Gary te dará alcohol, pero solo para beber. Lo necesitas.

—¿A qué viene este escándalo? —gritó otra voz, que entró volando en la estancia.

Era Nigel, el cerebro flotante. Él controlaba lo que había fuera de la tienda de mascotas: un pequeño pasillo en espiral por el que había que pasar para llegar a uno de los jefes del laberinto. La tienda de mascotas se suponía que era una zona de descanso antes de cruzar dicha espiral y enfrentarse al jefe. Las paredes de la zona de Nigel estaban cubiertas por muchísimos espejos que cambiaban entre tres opciones: a veces no eran más que espejos, otras eran portales y, en ocasiones, se transformaban en una especie de dispositivo que invocaba monstruos.

Una vez atravesada la espiral y tras acabar con el jefe que había al otro lado, el truco consistía en que tendrían que volver y uno de los portales espejo, que no era más que un espejo normal antes del jefe, era el que te llevaba a la rotonda. Nigel estaba bastante orgulloso del truco, sobre todo porque el encargado de probar el laberinto, que era Gary, aún no lo había descubierto.

—Dios, ¿estos no paran o qué? —preguntó Nigel, que se detuvo junto a los dos hámsteres descontrolados—. Había oído que los roedores eran insaciables sexualmente, pero esto es absurdo.

—Sí —comentó Quiquiriquí—. La cosa ha empeorado mucho desde que consiguieron que les asignasen una estancia para diseñar. Perdón por el ruido.

Nigel gruñó.

—¿Te vienes a la partida de ajedrez de esta noche?

—No sé si voy a poder. Gary da una fiesta y me ha dicho que alguien quiere conocerme. Además, Rory va a dar una misa.

Nivel agitó los tentáculos.

—Antes oí gritos que venían de los aposentos de Gary. Parece que ha creado otra mujer gnoll.

—Lo sé —dijo Quiquiriquí. Los kobolds ya tenían apuestas para ver cuánto duraba esta antes de que la desterrasen a la estancia trasera junto a las demás. Gary había intentado recrear a su exnovia muerta varias veces, y Quiquiriquí estaba bastante preocupado.

La verdadera razón por la que se había enfadado la abuela llama era porque él había intentado convencerla para quitarle a Gary el

poder de crear criaturas. Sin duda estaba volviendo loco al pobre gnoll inmortal. Ya tenía el trabajo más complicado del piso, que era poner a prueba las trampas. Debido a su naturaleza inmortal, era el único que podía hacerlo sin peligro alguno. No le habían encargado diseñar ninguna habitación, pero a pesar de eso tenía el poder de la creación. Se pasaba los días muriendo una y otra vez y luego las noches encerrado en su habitación esculpiendo gnolls mujeres, todo para intentar recrear a una específica de su pasado.

Aquello no estaba bien.

Pero, aparte de no estar bien, era sospechoso. La abuela llama tenía un plan que parecía necesitar de Gary el Ronco, y Quiquiriquí estaba decidido a descubrir cuál era. Tenía que hacerlo, porque aquel plan de las llamas quizá pusiese en peligro a todos los que estaban entre bastidores. Y si era un peligro para todos los que estaban entre bastidores, también era un peligro para Mordisquitos y para Ranúnculo.

Quiquiriquí había prometido que los protegería. Se lo había prometido a Tillie y mantendría su promesa.

—Eres único, Quiqui —había dicho Menerva a Quiquiriquí después de que apareciese entre bastidores por primera vez—. Puedo llamarte Quiqui, ¿verdad? Tu nombre es demasiado largo. ¿Sabes por qué eres único?

A Quiquiriquí no le gustaba que la gente usase aquel nombre más corto, pero tampoco iba a decir nada. Y menos a esa elfa que sin duda estaba a cargo de aquel lugar. Tillie era quien le había puesto el nombre. Siempre lo pronunciaba entero sin acortarlo y, aunque jugaba más con Mordisquitos y con Ranúnculo, metiéndolos en la pelota y llevándolos fuera entre risas mientras él se quedaba en la parte alta de tubo mirando por la ventana, no le importaba. Tillie era su persona preferida y la quería mucho.

Los mazmorreros iban por el quinto piso de la mazmorra y, cuando ellos acababan de ser invocados allí, los teletransportaron para sacarlos casi de inmediato.

Los tres, Quiquiriquí y sus hermanos Mordisquitos y Ranúnculo, estaban en la jaula de una tienda de mascotas que había en un extremo de un asentamiento grande del tercer piso, a la espera de formar parte de una misión que jamás se activó. En dicha misión, los mazmorreros habrían tenido que conseguir un mapa del tesoro incompleto que estaba en posesión de un comerciante naga quien solo lo entregaba a cambio de una exquisitez rara de la Tierra. Les habían dado inteligencia y la capacidad de hablar, y también conocían el mapa. No solo eso, de hecho, también conocían dónde estaba enterrado el tesoro.

Bueno, Quiquiriquí era quien lo sabía. Se suponía que sus hermanos también, pero ambos decían que se habían «olvidado».

Daba igual. Había una manera alternativa de encontrarlo, y ningún mazmorrero había activado esa parte de la misión. Nadie entró jamás en la tienda de mascotas. Los tres se quedaron encerrados en la jaula hasta que se derrumbó el piso. Todo se quedó a oscuras, y Quiquiriquí creyó que aquel era su final.

Pero luego, de repente, los invocaron al quinto piso. Y no solo a ellos…, sino a cientos de roedores más. La mayoría eran unas criaturas llamadas jerbos enajenados, que eran básicamente las mismas criaturas que había en la Tierra pero modificados para ser monstruos. Y les dijeron que atacasen a un grupo de camellos y de humanos, que acabasen con un grupo concreto de mazmorreros. Las palabras especiales dijeron que el sistema se estaba quedando sin jerbos, por lo que se iba a invocar a cualquier roedor que estuviese en el inventario. Los invocaron a ellos y, unos instantes después, les llegó una notificación.

> Ja, ja. Era broma. Se acabó. Nos hemos reconciliado. Podéis volver a quedar almacenados.

Junto a ellos había una turón patinegro. Los había visto a los tres asustados en la arena y había dicho:

—Estoy harta.

Y luego, un momento después, todos habían aparecido allí. La turón, que ni siquiera tenía nombre, ahora trabajaba con las hadas. La mayor parte del resto de los roedores que estaban allí con ellos

no tenían inteligencia alguna y los llevaron a otra parte. Rory, la goblin que les había dado la bienvenida, dijo que los iban a meter en la «estancia trasera». Quiquiriquí no sabía muy bien qué significaba eso y le dio miedo preguntar.

Una hora después, sus hermanos y él se encontraban en una habitación extraña y fría con una elfa sentada detrás de un escritorio. Los tres estaban de pie sobre la mesa, en un extremo, donde los había colocado Rory antes de irse y de dejarlos solos con aquella elfa rara y estoica.

—Eres único por dos razones, de hecho —continuó Menerva—. Primero, porque ya eras del todo consciente al llegar. Es algo que ha ocurrido una o dos veces, la mayoría con PNJ que solo iban a usarse una vez. Pero, al verte en el sistema, vi que era como si a ti y a tus hermanos os hubiesen dado una galleta de mascota. En tu caso concreto, Quiqui, una de tipo 01, que supone mucha información para ese cerebrito tan pequeñito tuyo. Tus hermanos recibieron una de tipo 02, parecida pero con algunas diferencias que saltan a la vista. Eres de la Tierra y se te recolectó en el derrumbe inicial, tras lo que se te readaptó prácticamente con el mismo aspecto para una misión que solo requería una transferencia de conocimiento rudimentaria sin borrado de memoria. Eso no debería haber pasado. No tendrías que recordar el tiempo que pasaste en la Tierra, pero así son las cosas. Es otro ejemplo más de los recortes de los Borant.

—Tuve mucho tiempo para reflexionar al respecto mientras estaba en la jaula —comentó Quiquiriquí—. Pero no creía que fuésemos únicos.

—TAMBIÉN TUVIMOS MUCHO TIEMPO PARA HACER BEBÉS —anunció Mordisquitos.

—Y TAMBIÉN PARA PLANEAR EL ASESINATO DE NUESTRA ARCHIENEMIGA TILLIE —añadió Ranúnculo.

—No digas eso —espetó Quiquiriquí—. No vuelvas a decir eso nunca más. Tillie nos quería mucho.

—ME VOY A COMER SU CARA —insistió Ranúnculo.

—Me temo que esa tal Tillie probablemente haya muerto —comentó Menerva—. Pero eso no significa que no podáis continuar con vuestra vida. No tenéis magia ni habilidades especiales, lo que

no es muy habitual, pero aun así podéis haceros más fuertes. Os entrenaremos, pero es probable que no lleguéis a ser lo bastante fuertes como para luchar en el decimoséptimo piso. Aun así, podréis ayudar. Tienes una Sabiduría muy alta, Quiqui. Serás un buen añadido para el equipo. Si construimos bien el piso, todos podremos ir al Cabaret de la Piña.

—Haré lo que me pidas —aseguró Quiquiriquí—. Mientras pueda hacerlo junto a mis hermanos.

Menerva arqueó una ceja.

—Muy bien —dijo un instante después.

Antes de que ocurriese todo, los tres vivían en un lugar llamado Providence, Rhode Island. Y tenían una jaula para cada uno, algo que era muy positivo. De haber vivido en la misma que Ranúnculo o Mordisquitos, Quiquiriquí hubiese quedado destrozado. Era un hámster de Roborovski, también conocido como hámster enano, por lo que era mucho más pequeño que los hámsteres dorados, que eran más grandes, agresivos y comunes.

Pero él había sido el primero. Antes de que llegasen los otros dos, él llevaba tres meses enteros viviendo con Tillie. Había sido una época maravillosa para Quiquiriquí. La pequeña se sentaba al lado de su jaula y, como estaba aprendiendo a leer, le leía cuentos. Y si había palabras que no entendía, se las inventaba.

Su madre había llegado a la conclusión de que Quiquiriquí era demasiado pequeño y también tenía miedo de que mordiese a la niña. Y esa había sido la razón de que Tillie volviese a casa un día con otras dos en las que había otros dos hámsteres.

Obviamente, ellos recibieron más atención. Eran más grandes y podían mover las pelotas de gran tamaño. También podía sacarlos al patio. Eran una novedad.

Pero no pasaba nada. A él le seguían dando sus chucherías. Tenía agua y sus semillas de girasol. Y todas las noches, después de que la niña rezase, esta pegaba la cara contra la jaula y se despedía de Quiquiriquí. Tenía una forma muy cantarina de pronunciar su

nombre. A veces mantenía la última sílaba hasta que se quedaba sin aire y luego se reía. Quiquiriquíííííííííííííííí.

El padre de Tillie vivía en un lugar muy lejano llamado Inglaterra, adonde ella fue a pasar la Navidad. Esa era la razón por la que llevaba semanas sin verla. Pero jamás iba a olvidar lo último que le había dicho.

—¡Adiós, Mordisquitos! ¡Adiós, Ranúnculo! ¡Adiós, Quiquiriquí! —Había agitado el dedo frente a él—. Eres el hermano mayor, así que tienes que cuidar de ellos.

Él se la había quedado mirando, había arrugado la nariz y nunca la había vuelto a ver.

Y ahora sabía que jamás iba a hacerlo.

A diferencia de sus hermanos, él no quería hacerles daño a los seres humanos. Pero sí que comprendía cómo funcionaba la mazmorra. Sabía que los mazmorreros jamás llegaban al decimoséptimo piso y también sabía que si conseguían crear el laberinto más mortal posible, quizá los llevarían a esa tierra prometida, ese Cabaret de la Piña.

Él no creía que fuese cierto y sabía que había opiniones de todo tipo entre los demás. No obstante, sí que sonaba bien, ¿no? Si trabajaban duro y obedecían, quizá terminarían por vivir en el paraíso.

Quiquiriquí llegó a la conclusión de que merecía la pena. Merecía la pena creer.

No tenía poderes, ni conjuros mágicos ni superfuerza como los demás, pero sabía que era listo. Y rápido.

Y lo más importante: era pequeño.

No fue a la fiesta de Gary. Tampoco a la misa de Rory. Ni al club de ajedrez de Nigel. En lugar de eso, se aseguró de que su hermano y su hermana estaban metidos en la cama. Vivían en unas jaulas calentitas que había dentro de la tienda de animales, a pesar de que les habían ofrecido una casa entera. Luego, salió de allí en busca de la guarida de las llamas. Había oído que estarían reunidas aquella noche y quería espiarlas y descubrir todo lo posible.

Los pasillos estaban cubiertos por una moqueta sucia, y Quiquiriquí se dedicó a correr a toda velocidad pegado a las paredes de aquel laberinto prácticamente terminado, en dirección a la pared opuesta y cruzando junto a hadas y a kobolds, quienes se habían obsesionado con los juegos de mesa de la Tierra. También cruzó la sala de entrenamiento, llena de trogloditas apestosos y sudados y de rátidos que siseaban y escupían al ver a Quiquiriquí y a sus hermanos. Pasó junto a los goblins y junto a los mapaches, que daban esa misa en la que veneraban a… Quiquiriquí no tenía muy claro qué era lo que veneraban. Estaban obsesionados con la idea del Cabaret de la Piña y su religión parecía ensalzar aquel lugar.

Quiquiriquí también había decidido creer en aquel paraíso, pero no era como ellos. Él iba a aceptar la verdad, fuera cual fuese.

Pasó por delante de la oficina pintada de rojo de las llamas y, finalmente, se detuvo por fuera de sus habitaciones. Aquel lugar iba a ser una de las cuatro estancias para jefes normales, si no tenía en cuenta el jefe de la rotonda, pero estaba incompleto. Quiquiriquí no sabía qué planes tenían para la habitación, pero al parecer iba a contar con unas cañerías que llegaban hasta el techo y que iban a derramar algo sobre los mazmorreros. Dichas cañerías ya estaban colocadas, pero sin conectar a nada. Oyó ruidos dentro al pasar y siguió avanzando hasta doblar la esquina, en un lugar donde faltaba una pared. Después se metió en una de las cañerías abiertas y ascendió por el interior.

Estaba del todo oscuro, pero no era problema. Tillie le había fabricado un sistema de cañerías muy elaborado y era todo un experto. Llegó hasta el techo, giró un par de veces y llegó hasta su objetivo. Se detuvo justo encima de la habitación y vio a la perfección a todos los que estaban en ella.

Había tres llamas: abuela llama y sus dos lugartenientes, Bolsita de Té y Arturo el Mediano. También había varios monstruos que habían entrado en el laberinto. Como una súcubo. Un ogro. Un osgo. Un trol aplastador que ocupaba la mitad del espacio. Una orca con una minifalda. Y algunos más.

—No estamos seguros —dijo el ogro. La criatura hablaba sorprendentemente bien para ser lo que era. Iba ataviada con una

especie de bañador extraño con estampado de animales que no pegaba nada con su voz—. Os repito que tenemos que esperar al menos hasta el noveno o el décimo piso. Lo sabremos cuando todos los mazmorreros hayan muerto.

—Cuando todos los mazmorreros hayan muerto será demasiado tarde —aseguró abuela llama.

—No lo creo —dijo el ogro—. La mazmorra no termina hasta que se acaba el duodécimo piso, haya mazmorreros o no. Creo que tendremos algo de tiempo tras la extinción de los mazmorreros y antes de que terminen las batallas de la Ascendencia para comprender bien qué es lo que está pasando en realidad.

—Eso es ser demasiado optimista —espetó abuela llama—. Cuando muera el último mazmorrero, se cerrarán todos los pisos que no pertenezcan a la trama de Escolopendra. Y es probable que ni nos avisen ni nada.

—Entonces ¿para qué estamos haciendo todo esto? —preguntó el ogro—. ¿Para qué nos esforzamos?

—Porque necesitan que el piso esté construido. Que sepamos, es algo que también están haciendo con el decimosexto, el decimocuarto y el decimotercero.

—Pues yo no estoy tan seguro. Tiene que haber otra razón.

—Quizá vayamos al Cabaret de la Piña —comentó el trol aplastador, cuya voz era poco menos que un rugido.

—Y quizá mis pezones se conviertan en barritas de chocolate —dijo con retintín la súcubo, que estaba sentada en el suelo pintándose las uñas de los pies.

—Qué rico —comentó Arturo el Mediano, la llama. La otra llama, Bolsita de Té, le dio un golpe en la cabeza.

—Si nos precipitamos, dará igual que exista o no —comentó el ogro—. Necesitamos que el gnoll esté de nuestra parte. Cuando lo hayamos convencido del todo, me gustará más la idea de ponernos contra Menerva y obligarla a contarnos la verdad. ¿Cómo va lo del gnoll, por cierto?

—Va por la novia número seis —comentó la súcubo—. Esta le ha salido medio loca. Solo medio.

La súcubo levantó el pie y abrió bien los dedos. Arrugó la frente y retocó un poco la pintura de uno de ellos. Tillie y su madre a veces se pintaban las uñas así. Quiquiriquí olió la pintura de uñas y recordó la escena.

—Dioses —comentó el ogro—. Pobre tipo.

—Tengo una idea para eso —dijo abuela llama—. Es un poco arriesgada porque suele ir enseñando las novias por ahí y mucha gente lo verá, pero si lo hacemos bien quizá funcione. Me gustaría que conocieseis a una de las recién llegadas.

La orca, que estaba apoyada contra la pared, dio un paso al frente. Solo llevaba una minifalda y un sujetador. Era ancha de hombros y tenía la complexión de una guerrera. Con nariz de cerdo. Alta. Llevaba el pelo negro recogido en coletas que ataba con lacitos rosa. Quiquiriquí nunca había visto una orca, pero la mujer tenía exactamente el aspecto que podía esperarse de una criatura con ese nombre. Sabía que dicha especie tenía variedades diferentes.

—Buenas noches, damas y caballeros —dijo la orca—. Me llamo Sauce Alegre, pero dentro de unos pocos días todos podréis llamarme Jen-Jen la Saltarina.

Quiquiriquí reconoció el acento. Era el mismo que tenía el padre de Tillie y no pegaba nada con la apariencia de la criatura.

—No eres una orca —dijo la súcubo, que se puso en pie en ese momento y empezó a caminar en círculos alrededor de Sauce Alegre.

—No, no lo soy —respondió Sauce Alegre—. Y estaré encantada de contaros mi plan. —Señaló hacia arriba, directamente hacia el lugar donde se encontraba Quiquiriquí—. Pero primero deberíamos hacer algo con la plaga de roedores que tenemos en el techo.

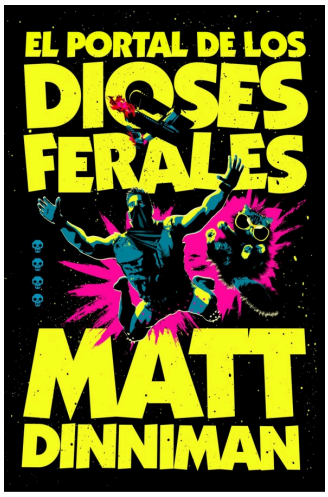
—Mierda —dijo Quiquiriquí.

Se dio la vuelta y empezó a correr.

LA QUINTA PARTE ESTARÁ INCLUIDA EN
LA MASCARADA DEL CARNICERO.

VOLUMEN 4 DE LA SAGA MÁS ADICTIVA Y METEÓRICA. ¡MÁS DE 6 MILLONES DE LECTORES!

UNA BURBUJA. CUATRO CASTILLOS. QUINCE DÍAS. ¡CAPTURADLOS TODOS Y SE ABRIRÁN LAS ESCALERAS!



Fallaste una misión nada más recibirla. ¡Eso sí que es talento!

Una fortaleza voladora ocupada por gnomos guerreros. Un castillo hecho de arena. Un ruinoso submarino protegido por máquinas averiadas. Una cripta encantada llena de trampas mortales. ¡Y se suponía que iba a ser fácil!

Una burbuja. Cuatro castillos. ¡Capturadlos todos y se abrirán las escaleras! Pero las cosas nunca son tan sencillas… Carl y su equipo no pueden hacerlo solos, no esta vez. Necesitan a los mazmorreros de bajo nivel y a los idiotas que sorprendentemente siguen vivos y que también están encerrados en esta burbuja.

¿Podrán confiar en ellos? Bienvenido al quinto piso de la mazmorra.

La crítica ha dicho sobre la saga:

«Dinniman va directo a lo que importa: que te lo pases bien».
3DJuegos

«El blockbuster de la literatura: frenético y adictivo».
RTVE

«Qué pedazo de saga es Carl el Mazmorrero. Leedla, por favor».
Isma Priego, @Wismichu

«Todo es gamberro, descarado, violento, irreverente ¡y muy divertido!».
Chicote

«Una saga de aventuras cómicas (y cósmicas) que te hace reír a carcajada limpia».
The Wall Street Journal

«Consigue que no se te borre la sonrisa de la cara mientras lo lees. Prepárate para una lectura deliciosa».
Kevin J. Anderson

Matt Dinniman es un escritor, artista y músico originario de Gig Harbor, Washington. Es reconocido por su saga superventas Carl el Mazmorrero, con más de un millón de lectores. Además de su faceta literaria, Dinniman ha publicado numerosas historias cortas y obras de arte, como tarjetas de felicitación y calendarios. En su tiempo libre, disfruta tocando el bajo en dos bandas musicales.



Título original: *The Gate of the Feral Gods*

Primera edición: mayo de 2026

© 2021, Matt Dinniman
© 2025, «Entre los bastidores en el Cabaret de la Piña» por Matt Dinniman
Publicado por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària S. L. y The Gernert Company
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, David Tejera Expósito, por la traducción
Las ilustraciones del interior son de Erik Wilson, a excepción del mapa, hecho por el autor

Diseño de la cubierta: adaptación de la cubierta original de Will Staehle / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: © Will Staehle

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10466-37-1

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: novaCifi

X: @NovaCiFi
Instagram: @novacifi
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

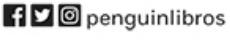
Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

El portal de los Dioses Ferales
Capítulo 1. Fase 1 de 4. Los gnomos
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10. Fase 2 de 4. Aún con los gnomos
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17. Fase 3 de 4. El mago loco de las dunas
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23. Fase 4 de 4. La Necrópolis de Anser
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Material adicional del libro 4. Entre bastidores en el Cabaret de la Piña
    Cuarta parte. Quiquiriquí
Sobre este libro
Sobre Matt Dinniman
Créditos